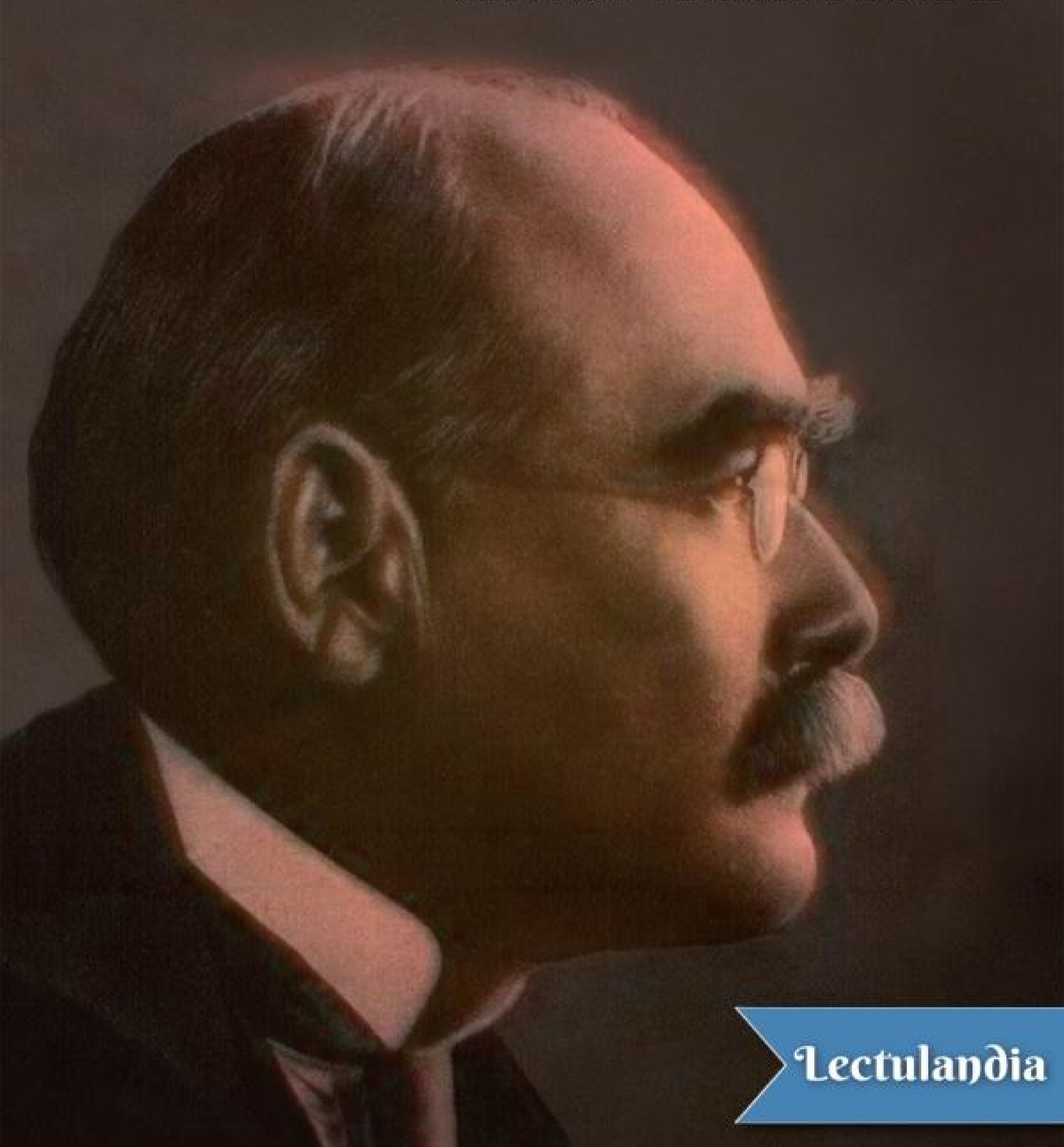
Rudyard Kipling Relatos

SELECCIÓN Y POSTFACIO DE ALBERTO MANGUEL

TRADUCCIÓN DE CATALINA MARTÍNEZ



Este libro contiene algunos de los relatos más perfectos escritos en lengua inglesa. Su mérito está en la concisión, la sutil manera de contar, la generosidad que permite al lector sentirse más inteligente que el autor. Un gesto discreto, un detalle nimio, una palabra que parece ser casual, revela la verdad sobre un personaje y brinda la clave de la historia. El lector acaba la última página con la agradecida impresión de que algo, quizás innombrable, maravilloso o terrible, le ha sido revelado.

Lectulandia

Rudyard Kipling

Relatos

ePub r1.0
Titivillus 06.02.15

Rudyard Kipling, 1936
Traducción: Catalina Martínez Muñoz
Selección y postfacio: Alberto Manguel

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

EN LA CASA DE SUDDHOO

Cae una piedra desde uno y otro lado
de la ordenada senda que pisamos,
y así se torna el mundo delirante y extraño:
demonio y *churel* y duende y *dyinn*
esta noche nos harán compañía.
Pues hemos alcanzado la Tierra Más Antigua,
gobernada por las fuerzas de la Oscuridad.

Del crepúsculo al alba

La casa de Suddhoo, situada cerca de la Puerta de Tasali, tiene dos pisos, cuatro ventanas de madera tallada y una azotea. Se distingue por las cinco huellas de mano, rojas y dispuestas como el cinco de diamantes sobre el muro encalado, entre las ventanas superiores. Bhagwan Dass, el tendero, y otro hombre que dice ganarse la vida grabando sellos, viven en la planta inferior, con un tropel de esposas, criados, amigos y empleados. Las dos habitaciones de la segunda planta las ocupaban antes Yanoo, Azizun y un terrier negro y marrón, robado de la casa de un inglés, que un soldado le regaló a Yanoo. Hoy sólo Yanoo vive en el piso de arriba. Suddhoo suele dormir en la azotea, salvo cuando duerme en la calle. Hasta hace poco, acostumbraba ir a Peshawar en la estación fría para visitar a su hijo, que vende curiosidades cerca de Edwardes' Gate, y entonces dormía bajo un verdadero techo de adobe. Suddhoo es buen amigo mío, pues su primo tenía un hijo que, gracias a mi recomendación, se colocó como jefe de recaderos de una gran empresa en el Puesto. Dice que cualquier día Dios me nombrará vicegobernador. Y yo me atrevo a asegurar que su profecía se verá cumplida. Es muy, muy anciano, con el pelo blanco y dientes que más vale no ver, y ha sobrevivido a casi todo, salvo al amor por su hijo, que vive en Peshawar. Yanoo y Azizun son cachemires, damas de la ciudad, y era la suya una profesión antigua y más o menos honrosa. Azizun se casó más tarde con un estudiante de medicina del noroeste y hoy lleva una vida sumamente respetable en algún lugar cercano a Bareilly. Bhagwan Dass es un extorsionador y un timador. Y muy rico. El hombre que supuestamente se gana la vida tallando sellos finge ser muy pobre. Ya saben ustedes todo lo necesario acerca de los cuatro ocupantes principales de la casa de Suddhoo. Y estoy también yo, claro; pero yo soy tan sólo el coro que aparece al final para explicar las cosas, y por eso no cuento.

Suddhoo no era un hombre listo. El más listo de todos era el que se hacía pasar por grabador de sellos —Bhagwan Dass sólo sabía mentir—, con excepción de

Yanoo, que además era hermosa, aunque eso no viene al caso.

El hijo de Suddhoo que vivía en Peshawar había sufrido un ataque de pleuresía, y el padre estaba muy preocupado. El grabador de sellos supo de su aflicción y decidió sacar provecho de las circunstancias. Era un hombre muy bien informado. Tenía un amigo en Peshawar al que podía telegrafiar a diario para saber de la salud del hijo. Y aquí comienza la historia.

Una tarde, el primo de Suddhoo se presentó en mi casa diciendo que éste quería verme, pero estaba demasiado anciano y débil para acudir personalmente, por lo que me rogaba le hiciese el sumo honor de ir a su casa. Allá fui; al ver lo holgadamente que vivía Suddhoo, ahora pienso que podía haber enviado algo mejor que un destartalado *ekka* que avanzaba dando peligrosas sacudidas para recoger a un futuro vicegobernador de la ciudad aquella bochornosa tarde de abril. El *ekka* no era rápido. La oscuridad había caído por completo cuando nos detuvimos frente a la puerta de la tumba de Ranyit Singh, junto al portón del fuerte. Allí nos esperaba Suddhoo, quien afirmó estar convencido de que, en razón de mi condescendencia, sería nombrado vicegobernador antes de que mi cabeza se cubriera de canas. Pasamos quince minutos hablando del tiempo, de mi estado de salud y de la cosecha de trigo, sentados en el Huzuri Bagh, bajo las estrellas.

Suddhoo entró en materia finalmente. Yanoo le había contado que el *Sirkar* había dictado una ley contra la magia, pues se temía que la práctica de estas artes pudiera acabar con la vida de la emperatriz de la India. Yo no tenía noticia del asunto, pero supuse que algo interesante estaba a punto de ocurrir. Señalé que, por más que el gobierno lo desaprobase, la magia era cosa muy recomendable. Hasta los funcionarios del Estado la practicaban. (No sé de qué otro modo puede entenderse el Balance de las Cuentas del País). Y con intención de animar a Suddhoo, añadí que si en verdad había una campaña de magia en curso, no tenía yo ningún reparo en darle mi aprobación, siempre y cuando se tratara de *yadu* blanca, muy distinta de la *yadu* negra, que mata a la gente. Pasó un buen rato antes de que Suddhoo admitiese que ésa era precisamente la razón por la que me había hecho llamar. Entre temblores y estremecimientos, me confió entonces que el grabador de sellos era un hechicero de la peor especie; a diario daba a Suddhoo noticias de su hijo enfermo en Peshawar, a una velocidad mayor de la que podía alcanzar el relámpago, y sus noticias se veían posteriormente corroboradas en las cartas del hijo. El grabador de sellos le había anunciado que un gran peligro amenazaba a su hijo, si bien él podía evitarlo haciendo uso de su *yadu* blanca, a cambio de una elevada suma, como es natural. Empecé a comprender qué terreno pisaba y le dije a Suddhoo que también yo había aprendido un poco de *yadu* occidental y que con mucho gusto acudiría a su casa para comprobar que todo se realizaba debidamente. Nos pusimos en marcha y, de camino, Suddhoo me contó que ya le había pagado al grabador de sellos primero cien y luego doscientas rupias, y que la intervención de esa noche le costaría otras doscientas. Era poco dinero, dijo, habida cuenta del gran peligro en que su hijo se hallaba, aunque no

parecía decirlo convencido.

Todas las luces de la fachada estaban apagadas cuando llegamos a la casa. Oí unos ruidos espantosos procedentes del taller del grabador; gemidos, como si estuviesen arrancando el alma a alguien. Suddhoo temblaba de la cabeza a los pies, y, mientras subíamos a tientas las escaleras, me anunció que la sesión ya había comenzado. Yanoo y Azizun nos recibieron en el rellano para informarnos de que la sesión de magia se estaba realizando en sus habitaciones, por ser más espaciosas. Yanoo es una mujer de ideas propias. Susurró que eso de la magia era un invento para sacarle el dinero a Suddhoo y, por esa razón, el grabador de sellos sería enviado cuando muriera a un lugar donde hacía mucho calor. Suddhoo casi lloraba de miedo y de vejez. No paraba de dar vueltas por la habitación en penumbra, repitiendo sin cesar el nombre de su hijo y preguntando a Azizun si no debería el grabador hacerle una rebaja por tratarse de su casero. Yanoo me condujo hasta la sombra del hueco de las ventanas talladas en forma de arco. Los postigos estaban cerrados, y sólo una pequeña lámpara de aceite iluminaba la estancia. No había posibilidad de que nadie me viera si me quedaba quieto.

Cesaron entonces los gemidos, y oímos pisadas en la escalera. Era el grabador. Se detuvo en la puerta, al tiempo que el terrier ladraba y Azizun buscaba a ciegas la cadena, y le ordenaba a Suddhoo que apagase la lámpara. La habitación quedó sumida en la más negra oscuridad, salvo por el resplandor rojizo de las dos *huqas*, propiedad de Yanoo y Azizun. El grabador entró, y oí que Suddhoo se echaba al suelo y empezaba a gimotear. Azizun contuvo la respiración y Yanoo retrocedió hasta una de las camas, con un escalofrío. Se oyó el tintineo de un objeto metálico y, acto seguido, una pálida llama azul verdosa se encendió a escasa distancia del suelo.

Su luz era suficiente para mostrar a Azizun, acurrucada en una esquina con el terrier entre las rodillas; a Yanoo, con las manos unidas y crispadas, que se había sentado en el borde de la cama, con el cuerpo hacia delante; a Suddhoo, tumbado boca abajo, temblando, y al grabador de sellos.

Espero no encontrarme jamás con un hombre como aquel grabador. Llevaba el torso desnudo y una corona de jazmín blanco, del grosor de mi muñeca, ceñida en la frente; se cubría por debajo de la cintura con un taparrabos de color salmón y lucía una esclava de acero en cada tobillo. Nada de esto inspiraba temor. Fue su cara lo que me dejó helado. Para empezar, tenía un color azul verdoso. De sus ojos, vueltos hacia atrás, sólo se veía la esclerótica, y su rostro era el de un demonio —un *ghoul*— que en nada salvo en el brillo se parecía al viejo rufián manchado de grasa que de día se sentaba ante el torno en el piso de abajo. Yacía sobre el estómago, con los brazos cruzados a la espalda, como si estuviera inmovilizado. Sólo el cuello y la cabeza se separaban del suelo, formando casi un ángulo recto con el cuerpo, como la cabeza de una cobra a punto de atacar. Resultaba espantoso. En mitad de la sala, sobre el suelo de tierra, reposaba un gran caldero de cobre en cuyo centro flotaba una pálida llama verde azulada, como una lamparilla de noche. El hombre dio tres vueltas completas

alrededor del caldero, reptando. Cómo lo hizo es cosa que no puedo decir. Los músculos crecían como una ola a lo largo de su espalda y volvían a relajarse; no vi nada más que este movimiento. La cabeza era la única parte del cuerpo que parecía dotada de vida, aparte de las extrañas contorsiones de sus músculos dorsales. Yanoo, en la cama, respiraba a setenta pulsaciones por minuto; Azizun se cubría la cara con las manos, y el anciano Suddhoo se quitaba con los dedos la tierra adherida a la barba blanca y lloraba para sus adentros. Lo más horroroso era que la criatura que se arrastraba como un reptil no emitía sonido alguno, ¡sólo reptaba! Téngase en cuenta que la escena se prolongó por espacio de diez minutos, mientras el terrier gemía, Azizun temblaba, Yanoo jadeaba y Suddhoo lloraba.

Sentí que se me erizaba el vello de la nuca y el corazón me latía como las aspas de un ventilador. Por suerte el grabador se delató al realizar el más extraordinario de sus trucos, y pude recobrar la calma. Una vez concluidas las espeluznantes vueltas, separó cuanto pudo la cabeza del suelo y lanzó un chorro de fuego por la nariz. Pero yo sabía cómo se escupe fuego —incluso puedo hacerlo—, y no me inquieté. Todo era una estafa. Si se hubiera limitado a reptar, si no hubiese querido realzar el efecto, Dios sabe lo que hubiera yo llegado a creer. Las muchachas gritaron ante la visión del fuego, mientras la cabeza del grabador caía estrepitosamente sobre el suelo y el cuerpo yacía como un cadáver, con los brazos atados. A continuación se produjo una pausa de cinco minutos, hasta que la llama azul se extinguió. Yanoo se agachó para ajustarse una de las pulseras de los tobillos, al tiempo que Azizun se volvía hacia la pared y cogía en brazos al terrier. Suddhoo estiró mecánicamente el brazo hacia la *huqa* de Yanoo, que la deslizó por el suelo con la punta del pie. En una de las paredes, justo encima del cuerpo yaciente, resplandecían dos retratos con marcos de cartón, de la reina y del príncipe de Gales. Observaban la actuación y, a mi entender, su presencia la volvía aún más grotesca.

Cuando el silencio empezaba a tornarse insoportable, el cuerpo se volvió y se alejó rodando del caldero hacia un lado de la estancia, donde quedó tumbado boca arriba. En el interior del caldero se oyó un débil «plop», idéntico al sonido que hace un pez cuando salta, y la luz verde del centro revivió.

Miré el caldero y, meciéndose en el agua, vi la cabeza negra, encogida y seca de un bebé indígena: los ojos abiertos, la boca abierta y el cráneo afeitado. Por inesperado, el impacto fue mucho peor que la exhibición reptil. No tuvimos tiempo de decir nada antes de que la cabeza empezase a hablar.

Quien haya leído el relato de Poe sobre la voz que sale del cuerpo hipnotizado de un hombre agonizante alcanzará a comprender siquiera la mitad del horror que inspiraba la voz de aquella cabeza.

Mediaba entre cada palabra un intervalo de uno o dos segundos, y había en la voz una especie de tintineo, como el timbre de una campana. Se desgranó despacio, como si hablara para sí, durante varios minutos antes de que yo pudiera librarme de un sudor frío. Fue entonces cuando se me ocurrió la bendita solución. Miré el cuerpo que

yacía junto al umbral de la puerta y, allí, justo en la cavidad donde el cuello se une con los hombros, vi un músculo en modo alguno relacionado con la respiración normal, a ritmo regular, de un hombre. Todo era una esmerada reproducción del terafín egipcio, del que tenemos conocimiento a través de los libros, y la voz era el fruto de un astuto y hábil ejercicio de ventriloquia. La cabeza no dejaba de chocar contra las paredes del caldero mientras le hablaba a Suddhoo, a cuyo rostro había vuelto el llanto, sobre la enfermedad del hijo y de su evolución hasta esa misma tarde. El grabador de sellos contará siempre con mi respeto por su adaptación a los tiempos del telégrafo. La voz siguió diciendo que los más diestros doctores vigilaban al enfermo día y noche, y que éste tal vez recuperase la salud si se doblaban los honorarios del poderoso hechicero, cuyo siervo era la cabeza que hablaba desde el caldero.

Ése fue el error de la puesta en escena. Era absurdo pedir el doble de lo estipulado con la voz que podría haber usado Lázaro al regresar de entre los muertos. Yanoo, que es ciertamente una mujer de intelecto masculino, cayó en la cuenta al mismo tiempo que yo. Entre dientes y con desprecio, la oí decir: «¡*Asli nahin! ¡Fareib!*». Y nada más decirlo, la luz del caldero se apagó, la cabeza dejó de hablar y oímos crujir las bisagras de la puerta de la habitación. Yanoo encendió entonces una cerilla, prendió la lámpara, y comprobamos que la cabeza, el caldero y el grabador habían desaparecido. Suddhoo se retorcía las manos y explicaba a todo el que quisiera escucharlo que, aun cuando su salvación eterna dependiera de ello, no podía conseguir otras doscientas rupias. Azizun continuaba en su rincón, al borde de la histeria, mientras que Yanoo, tranquilamente sentada en el borde de la cama, sopesaba las posibilidades de que todo fuera un *bunao*, un «montaje».

Ofrecí una explicación plausible de las artes mágicas del grabador de sellos, pero Yanoo tenía un argumento mucho más sencillo.

—La magia que exige un precio no es magia de verdad. Mi madre me enseñó que los únicos conjuros eficaces son los que se hacen por amor. Ese grabador es un mentiroso y un demonio. No me atrevo a hacer nada ni a decir nada, y tampoco a que nadie haga nada, pues estoy en deuda con Bhagwan Dass, el *bunnia*, por dos anillos de oro y una pulsera de mucho peso. Es en su tienda donde compro mi comida. El grabador es amigo suyo, y podría envenenarla. Lleva diez noches haciéndose pasar por *yadu* para sacarle a Suddhoo sus buenas rupias. Hasta hoy usaba gallinas negras, limones y mantras. Nunca había hecho nada parecido a lo de esta noche. Azizun es tonta, y no tardará en convertirse en una *purdahnashin*[1]. Suddhoo ha perdido su energía y su valor. Yo esperaba obtener muchas rupias de Suddhoo mientras viviera, y aún más después de su muerte; pero se lo está gastando todo en ese grabador, que es un demonio y una mala bestia.

Intervine entonces para decir:

—¿Por qué me ha metido Suddhoo en este asunto? Desde luego que puedo hablar con el grabador para que le devuelva su dinero. Todo es un juego de niños sin el

menor sentido; además de una vergüenza.

—Porque Suddhoo es como un niño viejo —dijo Yanoo—. Lleva setenta años viviendo en las azoteas y tiene menos juicio que una cabra. Le ha traído aquí para asegurarse de no estar violando ninguna ley del *Sirkar*, de cuya sal se alimentó hace ya muchos años. Venera el suelo que pisa el grabador de sellos, y ese comedor de vacas le ha prohibido que vaya a visitar a su hijo. ¿Qué sabe Suddhoo de vuestras leyes o del correo relámpago? Y yo aquí, viendo cómo malgasta su dinero con esa bestia día tras día.

Yanoo estampó el pie en el suelo, a punto de llorar de indignación, mientras Suddhoo sollozaba bajo una manta, acurrucado en el rincón, y Azizun intentaba guiar hasta su boca de anciano bobo la boquilla de la pipa.

La situación es la siguiente. Como consecuencia de mi imprudente actitud, me expongo ahora a ser acusado de colaboración e instigación para obtener dinero ilícitamente, lo cual está prohibido por el Apartado 420 del Código penal indio. Y me encuentro indefenso por la siguiente razón. No puedo informar a la policía. ¿Qué testigos respaldarían mi denuncia? Yanoo se niega en redondo, y Azizun vive oculta bajo un velo en algún lugar cercano a Bareilly, perdida en esta gran India nuestra. No me atrevo a tomar la justicia por mi mano hablando con el grabador de sellos, pues no sólo es seguro que Suddhoo no me creería, sino que podría provocar el envenenamiento de Yanoo, maniatada por su deuda con el *bunnia*. Suddhoo es un viejo chocho, y siempre que nos encontramos repite mi mal chiste de que el *Sirkar* patrocina la magia negra, antes que velar por lo contrario. Su hijo ya se ha recuperado, pero Suddhoo vive completamente sometido por el grabador de sellos, conforme a cuyos consejos regula todos sus asuntos. Yanoo ve cómo día tras día el grabador se queda con el dinero que ella esperaba obtener de Suddhoo, y está cada vez más furiosa y huraña.

Nunca dirá nada, porque no se atreve; pero, a menos que algo la detenga, temo que el grabador morirá de cólera —en su variedad causada por el arsénico blanco— mediado el mes de mayo. Y será así como yo tendré conocimiento de un crimen en la casa de Suddhoo.

TRANSGRESIÓN

El amor no repara en castas ni el sueño en cama rota.
Salí en busca del amor y me perdí.

Proverbio hindú

Todo hombre debiera ceñirse a su propia casta, raza y educación, en cualquier circunstancia. Que vaya el blanco con el blanco y el negro con el negro. En tal caso, cualquier problema que pueda presentarse estará dentro del curso ordinario de las cosas: no será repentino, ni ajeno ni inesperado.

Ésta es la historia de un hombre que deliberadamente traspasó los límites seguros de la vida decente en sociedad, y lo pagó muy caro.

En primer lugar, sabía demasiado, y en segundo lugar vio más de la cuenta. Se interesó en exceso por la vida de los nativos, pero nunca más volverá a hacerlo.

En el recóndito corazón de la ciudad, tras el *bustee* de Yitha Megyi, se encuentra el callejón de Amir Nath, que muere en una tapia horadada por una ventana con una reja. A la entrada del callejón hay una vaquería, y las paredes a ambos lados carecen de ventanas. Ni Suchet Singh ni Gaur Chand aprueban que sus mujeres se asomen al mundo. Si Durga Charan hubiera sido de la misma opinión, hoy sería un hombre más feliz, y la pequeña Bisesa habría podido amasar su propio pan. Daba la habitación de Bisesa, a través de la ventana enrejada, al angosto y oscuro callejón, donde jamás entraba el sol y las búfalas se revolcaban en el lodo azul. Era una joven viuda, de unos quince años, y día y noche suplicaba a los dioses que le enviaran un nuevo amante, pues no le gustaba vivir sola.

Cierto día, el hombre —Trejago se llamaba— se adentró en el callejón de Amir Nath mientras deambulaba sin rumbo y, tras pasar junto a las búfalas, tropezó con un gran montón de forraje.

Vio entonces que el callejón no tenía salida y oyó una risita ahogada tras la ventana enrejada. Era una risa muy agradable, y, sabedor de que las *Mil y una noches* son una buena guía en cualquier situación práctica, Trejago se acercó a la ventana y susurró ese verso de «La canción de amor de Har Dyal» que empieza así:

¿Puede un hombre mantenerse erguido frente al sol desnudo; o un amante
en presencia de su amada?
Si mis pies flaquearan, ¡ay, alma de mi alma!, ¿se me puede culpar, pues
me ha cegado el resplandor de tu belleza?

Sonó tras las rejas el leve tintineo de unas pulseras de mujer, y una vocecilla continuó la canción en su quinto verso:

¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¿Puede decir la luna al loto de su amor
si la puerta del cielo está cerrada y se concentran nubes para gestar la lluvia?
Hacia el norte se han llevado a mi amada los caballos de carga.
Los grilletes que ciñen esos pies los llevo puestos en mi corazón.
Avisa a los arqueros, que se apresten…

La voz se detuvo bruscamente, y Trejago salió del callejón preguntándose quién podría haber concluido «La canción de amor de Har Dyal» con tanta habilidad.

A la mañana siguiente, cuando iba camino de su oficina, una anciana arrojó un paquete en su coche de caballos. El paquete contenía la mitad de un brazalete de cristal roto, una flor de *dhak*, roja como la sangre, un pellizco de *bhusa* o forraje y once semillas de cardamomo. Era una carta; no una carta comprometedora y torpe, sino una inocente y críptica misiva de amor.

Trejago sabía mucho de estas cosas, como ya se ha mencionado. Ningún inglés sería capaz de traducir estas cartas-objeto, pero Trejago esparció las menudencias sobre la tapa de su escritorio y se dispuso a desentrañar su significado.

El brazalete de cristal roto representa en toda la India a una viuda hindú, porque, cuando el marido muere, a la mujer le rompen los brazaletes que lleva en las muñecas. Trejago comprendió el significado del fragmento de cristal. La flor de *dhak* puede significar «deseo», «ven», «escribe» o «peligro», según el resto de los objetos que la acompañen. El cardamomo simboliza los celos, pero cuando un objeto aparece duplicado en este tipo de mensajes, pierde su significado simbólico y pasa a indicar sencillamente una parte de una secuencia que denota tiempo, o lugar, si va acompañado de incienso, cuajada o azafrán. Así pues, el mensaje decía: «Una viuda… flor de *dhak* y *hhusa…* a las once». El pellizco de *bhusa* iluminó a Trejago. Comprendió —la interpretación de este tipo de cartas depende en gran medida del conocimiento instintivo— que el *bhusa* se refería al montón de forraje con el que se había topado en el callejón de Amir Nath, y dedujo que el mensaje tenía que ser de la mujer que se encontraba tras la ventana enrejada, que era viuda. Así pues, el mensaje decía: «Una viuda en el callejón donde se encuentra el montón de *bhusa* desea verlo a las once».

Trejago arrojó a la chimenea las bagatelas que componían la carta y se echó a reír. Sabía que los hombres de oriente no cortejan bajo una ventana a las once de la mañana y que tampoco las mujeres conciertan una cita con una semana de antelación. Y así, esa misma noche, a las once en punto, se presentó en el callejón de Amir Nath,

embozado en un *burka*, que cubre tanto a un hombre como a una mujer. No bien los gongs de la ciudad dieron la hora, la vocecilla tras la reja reanudó «La canción de amor de Har Dyal» en ese verso en el que la muchacha pastún suplica a Har Dyal que regrese. La canción es muy hermosa en su versión vernácula. Al traducirla se pierde su lamento. Dice algo parecido a esto:

Sola en las azoteas que miran hacia el norte,
me vuelvo a contemplar el resplandor del cielo:
el goce de tus pasos en el norte,
¡vuelve conmigo, amado, o yo me muero!

Tendido está a mis pies el bazar quieto,
reposan más allá los camellos cansados:
ellos y los cautivos de tu asalto.
¡vuelve conmigo, amado, o yo me muero!

Agriada y vieja está la esposa de mi padre,
y esclava soy de todos en la casa paterna.
Es la pena mi pan y mi bebida el llanto,
¡vuelve conmigo, amado, o yo me muero!

Cuando el canto hubo cesado, Trejago se acercó al pie de la reja y susurró:

—Estoy aquí.

Bisesa era una joven de buen ver.

Esa noche marcó el comienzo de muchas cosas extrañas, y de una doble vida tan intensa que, aún hoy día, Trejago se pregunta si no fue todo un sueño. Bisesa, o acaso la anciana criada que le lanzó la carta, había desprendido la pesada reja de la pared de ladrillo, de tal suerte que la ventana se deslizó hacia dentro, dejando apenas un hueco cuadrado por el que un hombre ágil podía colarse.

De día, Trejago cumplía con su rutina laboral, o se ponía su ropa de calle y visitaba a las damas del puesto, preguntándose si seguirían recibiéndolo si supiesen de la existencia de la pobre Bisesa. De noche, cuando toda la ciudad se hallaba en calma, daba su paseo envuelto en el *burka* maloliente, cruzaba el barrio de Yitha Megyi y torcía deprisa en el callejón de Amir Nath, entre el ganado dormido y las paredes ciegas para llegar, al fin, junto a Bisesa y la respiración profunda y regular de la anciana que dormía al otro lado de la puerta del austero cuartucho que Durga Charan había asignado a la hija de su hermana. Quién o qué era Durga Charan es algo que Trejago nunca preguntó; y tampoco se le ocurrió preguntarse cómo no fue descubierto y degollado hasta que su locura hubo concluido, y Bisesa… Pero de eso hablaremos más adelante.

Bisesa era para Trejago una inagotable fuente de delicias. Era ignorante como un pajarillo, y sus distorsionadas versiones de los rumores que llegaban hasta su habitación desde el mundo exterior divertían a Trejago casi tanto como sus ceceantes intentos de pronunciar su nombre: Christopher. La primera sílaba le resultaba siempre imposible, y movía con gracia sus manos de pétalo de rosa, como si quisiera espantar la palabra, para luego, arrodillándose ante Trejago, preguntarle, exactamente igual que una mujer inglesa, si estaba seguro de que la amaba. Trejago le juraba que la amaba más que a nada en el mundo. Y era cierto.

Transcurrido un mes desde que se iniciara esta locura, las exigencias de su otra vida obligaron a Trejago a mostrarse especialmente atento con cierta dama a la que conocía. Pueden ustedes dar por sentado que un hecho de esta naturaleza no sólo es advertido y comentado por los hombres de la propia raza, sino también por ciento cincuenta nativos. Trejago debía pasear con la dama en cuestión, conversar con ella junto al kiosco de los músicos y de vez en cuando llevarla en su coche de caballos, sin imaginar siquiera por un instante que esto pudiera afectar a su vida clandestina, mucho más preciada para él. Pero las noticias corrieron de boca en boca, como misteriosamente suele suceder, hasta llegar a oídos de la dueña de Bisesa, quien al punto habló con ésta. Tan trastornada estaba la chiquilla que descuidó sus quehaceres domésticos y por ello recibió una buena paliza de la esposa de Durga Charan.

Una semana más tarde, Bisesa le recriminó a Trejago sus devaneos. No sabía de sutilezas y se expresó sin ambages. Trejago se echó a reír, y Bisesa a patalear con los pies, unos piececitos ligeros como caléndulas, que cabían en la palma de la mano de un hombre.

Mucho de lo que se ha escrito acerca de la pasión y la impulsividad de los orientales es exagerado y recabado de segunda mano, pero hay en ello una parte de verdad; y cuando un caballero inglés descubre esa verdad, le sorprende tanto como cualquiera de sus propias pasiones vitales. Bisesa se enfureció, gritó y finalmente amenazó con quitarse la vida si Trejago no dejaba de inmediato a la memsahib extranjera que se había interpuesto entre ellos. Trejago intentó explicarse y demostrarle a Bisesa que no entendía aquellas cosas desde un punto de vista occidental. Bisesa se irguió y se limitó a decir:

—No las entiendo. Yo sólo sé que no es bueno quererte más que a mi propio corazón, sahib. Tú eres inglés. Yo no soy más que una chica negra —era más rubia que un lingote de oro de la Casa de la Moneda— y viuda de un hombre negro.

Luego sollozó y dijo:

—Pero por mi alma y por el alma de mi madre, te amo. No te haré ningún daño, me ocurra lo que me ocurra.

Trejago discutió con la muchacha, intentó tranquilizarla, pero Bisesa parecía más afectada de lo razonable. Nada podía satisfacerla, salvo que él rompiera por completo toda clase de relación con aquella mujer. Trejago tenía que marcharse enseguida. Y se marchó. Besó dos veces la frente de Bisesa mientras salía por la ventana y volvió a su

casa desconcertado.

Una semana y tres más transcurrieron sin señal alguna de Bisesa. Pensando que la separación ya había durado demasiado, Trejago acudió al callejón de Amir Nath por quinta vez en esas tres semanas, con la esperanza de que su golpe con los nudillos en el alféizar de la ventana hallase respuesta. No se vio defraudado.

Había luna creciente, y un rayo de luz entraba en el callejón, iluminando la reja, que se retiró nada más llamar Trejago. Desde la negra oscuridad, Bisesa tendió los brazos a la luz de la luna. Tenía ambas manos cortadas a la altura de las muñecas, y los muñones ya casi habían cicatrizado.

Luego, mientras Bisesa hundía la cabeza entre los hombros y empezaba a sollozar, alguien gruñó como una fiera en el interior de la habitación, y algo afilado —cuchillo, espada o lanza— atravesó el *burka* de Trejago. La estocada no le alcanzó el cuerpo, pero le cortó uno de los músculos de la ingle, y Trejago quedó afectado de una leve cojera para el resto de su vida.

La reja volvió a ocupar su lugar. No llegó ninguna señal desde el interior de la casa… nada sino la franja de luz de luna en lo alto del muro, y más allá la negrura del callejón de Amir Nath.

Lo siguiente que Trejago recuerda, después de rabiar y de gritar como un loco entre los despiadados muros de la calleja, es que despertó junto al río al rayar el alba, se deshizo del *burka* y volvió a casa con la cabeza descubierta.

Trejago continúa sin saber cuál fue la tragedia: si Bisesa, en un arrebato de injustificada desesperación, lo había contado todo, o si la intriga había sido descubierta y ella torturada hasta confesar; si Durga Charan conocía el nombre de Trejago, y qué fue de Bisesa. Algo terrible había sucedido, y el pensamiento de lo que pudo ser aún asalta a Trejago de cuando en cuando en plena noche y lo desvela hasta el amanecer. Un curioso detalle del caso es que Trejago desconoce dónde se encuentra la entrada principal de la casa de Durga Charan. Tal vez en un patio común a dos o más casas, o quizás tras alguna de las puertas del *bustee* de Yitha Megyi. Trejago lo ignora. Ya no puede volver junto a Bisesa, la pobre y pequeña Bisesa. La ha perdido en la ciudad donde cada vivienda se protege tan celosamente como se protegería una tumba, y donde, como una tumba, cada vivienda es incognoscible; y la ventana con su reja que da al callejón de Amir Nath ha sido tapiada.

Sin embargo, Trejago cumple regularmente con sus visitas, y es tenido por un hombre muy decente.

No hay en él nada que llame la atención, salvo una leve rigidez en la pierna derecha, consecuencia de un esguince que se produjo montando a caballo.

LA PUERTA DE LAS CIEN PENAS

¿Me envidias porque puedo alcanzar el cielo
con un par de monedas?

Proverbio del fumador de opio

Esto no es obra mía. Me lo contó todo mi amigo Gabral Misquitta, el mestizo, entre la puesta de la luna y el amanecer, seis semanas antes de morir; y mientras respondía a mis preguntas anoté lo que salió de su boca. Fue así:

Se encuentra entre el callejón de los orfebres y el barrio de los vendedores de boquillas de pipa, a unos cien metros a vuelo de cuervo de la mezquita de Wazir Jan. Hasta ahí no me importa decírselo a cualquiera, pero lo desafío a encontrar la puerta, por más que crea conocer bien la ciudad. Uno podría pasar cien veces por ese callejón y seguir sin verla. Nosotros lo llamábamos «el callejón del Humo Negro», aunque su nombre nativo es muy distinto, claro está. Un asno cargado no podría pasar entre sus paredes, y en un punto del paso, justo antes de llegar a la puerta, la panza de una casa te obliga a caminar de lado.

En realidad no es una puerta. Es una casa. Primeramente fue del viejo Fung-Tching, hasta hace cinco años. Era un zapatero de Calcuta. Dicen que mató a su mujer estando borracho. Por eso cambió el ron de bazar por el Humo Negro. Luego se marchó al norte y abrió la Puerta, una casa donde se podía fumar en paz y tranquilidad. Ten en cuenta que era un fumadero de opio respetable, auténtico, no uno de esos tugurios malolientes, esos *chandoo-khanas* que hay por toda la ciudad. No; el viejo conocía bien su negocio y era muy limpio para ser chino. Era un hombre tuerto y bajito, no medía más de metro cincuenta, y le faltaba el dedo corazón de las dos manos, a pesar de lo cual era uno de los hombres más hábiles para amasar las píldoras negras que he visto en mi vida. No parecía afectarle el Humo, y eso que fumaba sin parar día y noche, noche y día. Yo llevo en esto cinco años, y puedo medirme con cualquiera, pero en comparación con Fung-Tching era un niño. En todo caso, el viejo se preocupaba mucho por su dinero, muchísimo, y eso es lo que no alcanzo a comprender. Oí decir que dejó unos buenos ahorros al morir, y su sobrino se quedó con todo; el viejo volvió a China para ser enterrado en su país.

Se ocupaba de la gran sala de arriba, donde se reunían sus mejores clientes, un espacio limpio como una patena. En un rincón estaba el ídolo de Fung-Tching, casi tan feo como él, y siempre había varitas perfumadas ardiendo bajo de su nariz, aunque apenas se notaba cuando el humo de las pipas era denso. Frente al ídolo se encontraba el ataúd de Fung-Tching. Había gastado en él buena parte de sus ahorros y

cada vez que llegaba a la Puerta un cliente nuevo lo invitaba a meterse allí. Estaba lacado en negro, con letras rojas y doradas, y me contaron que Fung-Tching lo había mandado traer desde China. No sé si eso es cierto o no, lo que sé es que cuando yo llegaba el primero, al atardecer, extendía mi esterilla a los pies del ataúd. Era un rincón tranquilo y de vez en cuando entraba por la ventana un poco de brisa del callejón. No había más mobiliario en la habitación que las esterillas, el ataúd y el ídolo, verde, azul y púrpura, de viejo y pulido que estaba.

Fung-Tching nunca nos dijo por qué llamó a su casa «La Puerta de las Cien Penas». (No conozco a otro chino que inventara nombres feos. La mayoría de los nombres chinos son muy floridos. Ya lo verás en Calcuta). Tuvimos que averiguarlo sin su ayuda. Nada afecta tanto a un hombre blanco como el Humo Negro. El hombre amarillo es diferente. El opio apenas lo perjudica, pero los blancos y los negros lo pasan muy mal. Los chinos echan una cabezada, como si disfrutaran de un sueño natural, y a la mañana siguiente están casi en condiciones de trabajar. Yo era de ésos al principio, pero llevo cinco años fumando mucho, y ahora es distinto. Tenía una anciana tía en Agra que me dejó algo de dinero al morir, unas sesenta rupias al mes. No es que sea gran cosa. Recuerdo que en otra época, aunque me parece que hace siglos de eso, ganaba mis buenas trescientas cincuenta rupias al mes, más algún que otro pico, cuando trabajaba en una gran empresa maderera de Calcuta.

No duré mucho allí. El Humo Negro no te permite otras ocupaciones, y aunque a mí no me afecta demasiado, ahora no resisto una jornada de trabajo sin riesgo para mi vida. Además, a mí me basta con sesenta rupias. Fung-Tching me administraba el dinero, me daba la mitad para vivir (suelo comer poco) y se quedaba con el resto. Podía entrar en la Puerta a cualquier hora del día o de la noche, y fumar y dormir cuando se me antojara; y eso era lo único que me importaba. Sé que el viejo hacía un buen negocio, pero a mí me da igual. Casi todo me da igual; además, recibía dinero fresco todos los meses.

Al principio éramos diez los que nos reuníamos en la Puerta. Yo y dos *babus*, dos señores que trabajaban en una oficina del gobierno en Anarkulli, hasta que los echaron del trabajo y no pudieron pagar (nadie que trabaje durante el día resiste el Humo Negro mucho tiempo); un chino, que era el sobrino de Fung-Tching; una tendera que había ganado mucho dinero no sé cómo; un vagabundo inglés —MacAlgo, creo, aunque no lo recuerdo— que fumaba muchísimo y al parecer nunca pagaba (dicen que le había salvado la vida a Fung-Tching en un juicio en Calcuta, cuando era abogado); otro euroasiático, como yo, de Madrás; una mujer mestiza y un par de hombres que decían ser del norte. Yo creo que eran persas o afganos o algo por el estilo. Ahora sólo quedamos cinco con vida, y seguimos yendo a la Puerta. No sé qué fue de los *babus*; la tendera murió seis meses después de que se abriera el local, y creo que Fung-Tching se quedó con sus esclavas y su aro de la nariz, pero no estoy seguro. El inglés bebía, además de fumar, y murió. A uno de los persas lo mataron en una pelea nocturna, junto al gran aljibe que está cerca de la mezquita, hace ya mucho

tiempo; la policía lo cerró, pues decían que el aire estaba viciado. Lo encontraron muerto en el fondo del aljibe. De manera que, como ves, sólo quedo yo, el chino, la mujer mestiza a la que llamamos la memsahib (que vivía con Fung-Tching), el otro euroasiático y uno de los persas. La memsahib parece muy vieja. Creo que cuando empezó a frecuentar el local era una mujer joven, aunque en ese sentido todos somos viejos. Hemos vivido siglos y siglos. Es muy difícil llevar la cuenta del tiempo allí; además, a mí no me importa el tiempo. Recibo mis rupias frescas todos los meses. Hace tiempo, mucho tiempo, cuando ganaba trescientas cincuenta rupias al mes, más algún que otro pico, en la gran empresa maderera de Calcuta, yo tenía una mujer. Ahora está muerta. La gente dice que yo la maté por mi afición al Humo Negro. Puede que sea cierto, pero hace tanto tiempo que ya no importa. Cuando empecé a frecuentar el fumadero, a veces lo lamentaba; pero eso se acabó hace ya mucho tiempo, y recibo mis sesenta rupias frescas todos los meses, y soy bastante feliz. No estoy ebrio de felicidad, pero sí tranquilo, sosegado y satisfecho.

¿Cómo me aficioné? Todo empezó en Calcuta. Al principio fumaba en mi casa, para ver qué se sentía. No me excedía demasiado, aunque creo que fue por aquel entonces cuando murió mi mujer. El caso es que acabé aquí y conocí a Fung-Tching. No recuerdo exactamente cómo ocurrió; él me habló de la Puerta y empecé a ir por allí, y en cierto sentido no he salido de allí desde entonces. Recuerdo que en la época de Fung-Tching aquél era un lugar respetable, donde uno se sentía cómodo; nada que ver con esos *chandoo-khanas* adonde van los negros. No; era un lugar limpio, tranquilo, y poco frecuentado. Por supuesto que había más gente que nosotros diez y el chino, pero siempre teníamos una alfombrilla y un reposa cabezas acolchado con lana, todo cubierto de dragones negros y rojos y de cosas así, como el ataúd del rincón.

A partir de la tercera pipa, los dragones empezaban a moverse y a pelear. Los he visto muchas noches. Era así como regulaba mi dosis; ahora necesito una docena de pipas para ver moverse a los dragones. Además, están rotos y sucios, como las alfombrillas, y el viejo Fung-Tching ha muerto. Murió hace un par de años, y me regaló la pipa que ahora utilizo siempre, una pipa de plata, con extraños animales que se arrastran por la boquilla y la cazoleta. Creo que antes de eso usaba una pipa grande de bambú, con la cazoleta de cobre, muy pequeña, y la boquilla de jade. Era un poco más gruesa que un bastón, y tiraba de maravilla. Parecía que el bambú succionara el humo. La plata no es igual; tengo que limpiarla con frecuencia y eso es un fastidio, pero la uso por el viejo. Puede que hiciera un buen negocio conmigo, pero siempre me daba alfombrillas y almohadas limpias, y el mejor opio que pudieras encontrar.

Cuando murió Fung-Tching, su sobrino Tsin-Ling se quedó con la Puerta, y la llamó el «Templo de las Tres Posesiones», aunque los viejos seguimos llamándola de las Cien Penas. El sobrino es muy desaliñado, y creo que la memsahib tiene que ayudarle. Vive con él; igual que antes vivía con el viejo. Dejan entrar a gente de mala calaña, incluso a negros, y el Humo Negro ya no es igual de bueno. Siempre

encuentro restos de salvado en la pipa. El viejo se habría muerto si eso hubiera pasado en su época. Además, la habitación nunca está limpia, y las alfombrillas están rotas y raídas en los bordes. El ataúd ya no está en la sala; ha vuelto a China, con el viejo y dos onzas de humo dentro, por si quería fumar durante el camino.

El ídolo tampoco está rodeado de tantas varitas perfumadas como antes; eso es un mal augurio, tan cierto como la muerte. Se ha vuelto marrón y nadie se ocupa de él. Sé que eso es tarea de la memsahib, porque cuando Tsin-Ling intentaba quemar un papel dorado para el ídolo, ella le decía que era un despilfarro y que si la varita se consumía muy despacio el ídolo no notaba la diferencia. Ahora mezclan las varitas con un montón de cola y tardan más de media hora en consumirse, y despiden un olor pegajoso; eso por no hablar de cómo huele la habitación. Así no es posible hacer negocio. Al ídolo no le gusta. Yo lo noto. A veces, de noche, adquiere extraños colores —azul y verde y rojo— como cuando Fung-Tching estaba vivo, y mueve los ojos y patalea como un diablo.

No sé por qué no dejo de ir por allí y me quedo fumando tranquilamente en mí cuartito del bazar. Lo más probable es que Tsin-Ling me matara si lo hiciera —ahora es él quien administra mis sesenta rupias—; además es un jaleo y le tengo mucho cariño a la Puerta. No es nada del otro mundo. No lo que era en vida del viejo, pero no puedo dejar de ir. He visto entrar y salir a muchos. Y he visto morir a tantos, en las alfombrillas, que ahora temo morir en la calle. He visto cosas que a la gente le parecerían muy extrañas; pero no hay nada extraño en el Humo Negro, salvo el Humo Negro. Y aunque lo hubiera, tampoco importaría. Fung-Tching era muy puntilloso con sus clientes; nunca dejaba entrar a quien pudiera causar problemas por morir de un modo desagradable o algo por el estilo. Pero el sobrino no es ni la mitad de cuidadoso. Le va contando a todo el mundo que tiene un fumadero «de primera». Nunca recibe a los hombres tranquilamente y les ofrece lo necesario para que se instalen a gusto, como hacía su tío. Por eso la Puerta ahora empieza a ser más conocida. Entre los negros, claro. El sobrino no se anima con los blancos, ni siquiera con los mestizos. A nosotros no puede echarnos, desde luego; a mí y a la memsahib y al otro euroasiático. Somos fijos. Pero jamás nos fiaría una pipa, por nada del mundo.

Creo que un día de estos moriré en la Puerta. El persa y el hombre de Madrás no paran de temblar. Necesitan que un chico les encienda las pipas. Yo lo hago siempre sin ayuda. Lo más probable es que vea cómo se los llevan antes que a mí. No me veo en condiciones de sobrevivir a la memsahib o a Tsin-Ling. Las mujeres resisten más que los hombres el Humo Negro, y Tsin-Ling tiene la misma sangre del viejo, aunque él fuma opio barato. La tendera del bazar supo que iba a morir dos días antes de que llegara su hora; murió sobre una alfombrilla limpia, sobre una cómoda almohada, y el viejo colgó su pipa justo encima del ídolo. Creo que siempre le tuvo cariño. Pero se quedó con sus esclavas, eso sí.

A mí me gustaría morir como ella, sobre una alfombrilla limpia y fresca, con una pipa de buen opio entre los labios. Cuando sienta que me voy, se lo pediré a Tsin-

Ling; que se quede con mis sesentas rupias al mes mientras le plazca. Me tumbaré, tranquilo y cómodo, y contemplaré el último gran combate de los dragones negros y rojos; y después…

Bueno, no importa. Casi nada me importa… sólo pido que Tsin-Ling no ponga salvado en el Humo Negro.

EL RICKSHAW[2] FANTASMA

No turben mi reposo malos sueños,
ni me asedien las Fuerzas de lo Oscuro.

Himno vespertino

Una de las pocas ventajas que tiene la India sobre Inglaterra es su mayor familiaridad. Al cabo de cinco años de servicio un hombre conoce directa o indirectamente a doscientos o trescientos funcionarios de su provincia, las cantinas de diez o doce regimientos y baterías, y cerca de mil quinientas personas ajenas a la casta funcionarial. En diez años puede haber duplicado su número de conocidos, y en veinte tener conocimiento o amistad con todos los ciudadanos ingleses del Imperio y viajar a cualquier destino sin pagar facturas de hotel.

Algunos trotamundos para quienes la diversión es un derecho han ido borrando esta calidez de trato incluso en mi memoria, pese a lo cual las casas todavía siguen abiertas a todo aquel que pertenezca al círculo íntimo, siempre y cuando no sea un zafio o una oveja negra, y nuestra pequeña comunidad es muy, pero que muy amable y servicial.

Rickett, de Kamartha, se alojaba con Polder, de Kumaon, hará cosa de quince años. Pensaba pasar dos noches con él, mas cayó enfermo de fiebres reumáticas y por espacio de seis semanas desorganizó el establecimiento de Polder, impidió trabajar a Polder y a punto estuvo de morir en el dormitorio de Polder. Polder aún hoy se comporta como si hubiera contraído una importante deuda con Rickett, y todos los años envía a los pequeños de la familia Rickett un paquete con regalos y juguetes. En todas partes sucede lo mismo. Hombres que no se toman la molestia de ocultar que a uno le tienen por un zopenco inútil, y mujeres que mancillan la reputación de uno y no comprenden las diversiones de su esposa, se dejarán la piel por uno si cae enfermo o se ve en graves problemas.

El doctor Heatherlegh compaginaba la práctica regular de la medicina con la gestión de su clínica privada —una serie de barracones independientes para los incurables, a decir de sus amigos—, que en realidad era una especie de cobertizo donde se guardaban las máquinas estropeadas por la acción de los elementos. El clima de la India es a menudo bochornoso, y comoquiera que el número de ladrillos es siempre una cantidad fija, y la única libertad permitida es la de hacer horas extras sin recibir siquiera las gracias, los hombres a veces se derrumban y quedan tan confundidos como las metáforas en esta frase.

Nunca ha habido médico tan querido como Heatherlegh, cuya recomendación a

sus pacientes es invariablemente ésta: «Repose, no se apresure y no pase calor». Asegura que la importancia de este mundo no justifica la cantidad de hombres que mueren por exceso de trabajo. Sostiene que fue el exceso de trabajo lo que acabó con Pansay, que murió en sus manos hace unos tres años. Sin duda tiene derecho a hablar con autoridad, y se burla de mi teoría, según la cual Pansay tenía una grieta en la cabeza por la que se coló un poquito del Mundo Oscuro, lo cual lo llevó a la muerte. En opinión de Heatherlegh, «Pansay se volvió mochales tras el estímulo de un largo permiso en Inglaterra. Puede que se portase como un villano con la señora Keith-Wessington o puede que no. A mi modo de ver, fue el trabajo en la Colonia de Katabundi lo que le afectó el juicio, y le dio por cavilar y atribuir demasiada importancia a un simple flirteo durante una travesía en barco. Se prometió luego con la señorita Mannering, y ella rompió el compromiso. Más tarde pilló un resfriado acompañado de fiebre y fue entonces cuando empezaron todos esos cuentos de fantasmas. Fue el exceso de trabajo lo que desencadenó su enfermedad, la alimentó y terminó por matar al pobre diablo. La culpa es del sistema que obliga a un solo hombre a realizar el trabajo de dos hombres y medio».

Yo no lo veo así. A veces me sentaba un rato con Pansay cuando Heatherlegh salía a visitar a algún paciente y nada me reclamaba en ese momento. Me causaba una gran desazón cuando, en voz baja y monótona, me describía la procesión que a todas horas desfilaba a los pies de su cama. Tenía esa locuacidad característica del hombre enfermo. Cuando se hubo recuperado, le sugerí que escribiera la historia de principio a fin, pensando que la tinta tal vez lo ayudara a tranquilizarse. Los niños que acaban de aprender una palabra soez no se quedan contentos hasta que la escriben con tiza en alguna puerta. Y eso también es literatura.

Pansay escribía en estado febril, y el tono de folletín melodramático que adoptó en su narración no logró tranquilizarlo. Dos meses más tarde fue declarado apto para el servicio y, aun cuando se le requirió con urgencia para que se incorporara a una comisión afectada por un importante déficit de mano de obra, él prefirió morir, jurando finalmente que estaba poseído. Me envió su manuscrito antes de morir, y ésta es su versión de los hechos, fechada en 1885:

Mi médico dice que necesito reposo y un cambio de aíres. No es improbable que pronto pueda disfrutar de ambas cosas: de un descanso que ni el mensajero de la casaca roja ni un disparo en pleno día puede interrumpir, y de un cambio de aires que me llevará mucho más lejos que cualquier vapor con destino a Inglaterra. Entretanto he decidido quedarme donde estoy y, desoyendo por completo las órdenes del doc tor, hacer del mundo entero mi confidente. Conocerán por sí mismos la naturaleza exacta de mi enfermedad y podrán juzgar igualmente sí alguna vez hubo en esta fatigada tierra hombre nacido de mujer más atormentado que yo.

Hablando ahora como hablaría un criminal condenado a muerte antes de que se

muevan los pernos del patíbulo, mi historia, por descabellada, improbable y atroz que pueda parecer, merece como mínimo un poco de atención. Que alguna vez llegue a ser creída es cosa de la cual dudo profundamente. Hace dos meses yo mismo habría tildado de loco o de borracho a quien osara contarme algo parecido. Hace dos meses yo era el hombre más feliz de la India. Hoy no existe desde Peshawar hasta el océano hombre más desdichado. Sólo mi médico y yo lo sabemos. Él lo atribuye a una leve dolencia que afecta al cerebro, el estómago y la vista; eso es lo que produce mis frecuentes y pertinaces «ilusiones». ¡Ilusiones, sin duda! Yo le digo que es idiota, pero él sigue atendiéndome con la misma sonrisa infatigable, la misma delicadeza profesional, el mismo bigote pelirrojo bien recortado, hasta que empiezo a sospechar que soy un inválido desagradecido y amargado. Pero ustedes juzgarán libremente.

Hace tres años fue mi fortuna —mi gran infortunio— navegar desde Gravesend hasta Bombay tras un largo permiso en Inglaterra, en compañía de una tal Agnes Keith-Wessington, casada con un oficial de la zona de Bombay. En modo alguno les incumbe a ustedes la clase de mujer que ella era. Baste con saber que, antes de que hubiera terminado la travesía, ambos estábamos desesperada y locamente enamorados. Dios sabe que hoy lo reconozco sin asomo de vanidad. En cuestiones de esta índole siempre hay uno que da y otro que recibe. Desde el primer día de nuestra malhadada relación, fui consciente de que la pasión de Agnes era un sentimiento más intenso, más dominante, y —si se me permite la expresión—, más puro que el mío. No sé si entonces ella se daba cuenta. Poco después resultó amargamente claro para ambos.

Llegados a Bombay en primavera, seguimos cada cual nuestros respectivos caminos y no volvimos a encontrarnos hasta pasados tres o cuatro meses, cuando mi permiso y su amor nos llevaron a ambos a Simla. Pasamos allí la temporada juntos, y allí mi pobre hoguera de paja se extinguió al terminar el año. No pretendo excusarme. No pido disculpas. La señora Wessington ya había renunciado a muchas cosas por mí, y estaba dispuesta a renunciar a todo. De mis propios labios supo, en agosto de 1882, que me sentía hastiado de su presencia, cansado de su compañía y aburrido del timbre de su voz. Noventa y nueve de cada cien mujeres se habrían cansado de mí igual que yo de ellas; setenta y cinco se habrían vengado de inmediato, coqueteando activa y abiertamente con otros hombres. La señora Wessington era la que faltaba para completar la centena. Ni mi aversión abiertamente expresada, ni la hiriente crueldad con que aderezaba yo nuestros encuentros causaban en ella efecto alguno.

—¡Jack, cariño! —exclamaba eternamente como el cuco—. Estoy segura de que se trata de un error, de un terrible error; algún día volveremos a ser buenos amigos. Por favor, Jack, perdóname, cariño.

Yo era el ofensor, y lo sabía. Ese conocimiento transformó mi compasión primero en resistencia pasiva y más tarde en odio ciego; el mismo instinto, supongo, que

impulsa a un hombre a pisotear salvajemente a la araña a la que ya casi ha dado muerte. Y con este odio en mi pecho concluyó la temporada de 1882.

Volvimos a encontrarnos el año siguiente en Simla, ella con su cara aburrida y sus tímidos intentos de reconciliación; yo sintiendo que hasta la última fibra de mi cuerpo la despreciaba. En varias ocasiones no pude evitar que nos viéramos a solas, y sus palabras fueron siempre idénticas. El mismo lamento irracional de que todo era un «error»; la misma esperanza de que pudiéramos «ser amigos». Si me hubiera tomado la molestia de mirar, habría visto que esa esperanza era lo único que la mantenía con vida. Mes a mes se la veía más pálida y delgada. Convendrán conmigo al menos en que semejante conducta habría desesperado a cualquiera. Estaba fuera de lugar; era infantil e indigna de una mujer. Yo sostengo que ella tuvo mucha culpa. Y sin embargo, a veces, en la negrura de mis insomnios febriles, he empezado a pensar que debería haber sido un poco más amable con ella. Aunque eso sin duda es una «ilusión». No podía seguir fingiendo que la amaba cuando no era así; ¿o sí podía? Habría sido injusto para ambos.

Nos vimos de nuevo el año pasado en idénticos términos. La misma súplica agotadora, y las mismas respuestas escuetas en mis labios. Al menos le haría ver cuán equivocados y vanos eran sus intentos de reanudar nuestra antigua relación. Poco a poco nos fuimos distanciando; es decir, ella empezó a tener dificultades para encontrarme, pues andaba yo ocupado en intereses distintos y más absorbentes. Ahora, cuando pienso tranquilamente en todo esto, en mi habitación de enfermo, la temporada de 1884 se me figura una confusa pesadilla en la que luz y sombra se entreveraban de un modo fantástico: el cortejo a Kitty Mannering; mis esperanzas, dudas y temores; nuestros largos paseos a caballo; mi tembloroso reconocimiento de amor; su respuesta; y de cuando en cuando, la fugaz aparición de un rostro blanco entrevisto al pasar en un *rickshaw* cargado por los cuatro *jhampanies* de librea negra y blanca a los que en otro tiempo yo había esperado con tanto anhelo; el saludo de la mano enguantada de la señora Wessington; y su irritante súplica cuando me sorprendía solo, cosa que no ocurría sino muy de vez en cuando. Yo amaba a Kitty Mannering; la amaba de verdad y con todo mi corazón, y al tiempo que mi amor por Kitty crecía mi odio por Agnes. Kitty y yo nos prometimos en el mes de agosto. Al día siguiente me encontré en los alrededores de Jakko con los malditos *jhampanies*, semejantes a urracas, y movido por un sentimiento de compasión pasajera me detuve para contárselo todo a la señora Wessington. Ella ya lo sabía.

—He oído que estás prometido, querido Jack. —Y luego, sin una pausa—: Estoy segura de que es un error… un terrible error. Algún día volveremos a ser tan buenos amigos como antes, Jack.

Mi respuesta habría estremecido incluso a un hombre. A la mujer agonizante que tenía ante mí la hirió como un latigazo.

—Por favor, Jack, perdóname. No pretendía ofenderte; pero ¡es verdad, es verdad!

Y la señora Wessington se desmoronó por completo. Di media vuelta y dejé que concluyera su paseo en paz, sintiendo, aunque sólo por un momento, que me había portado como un perro rastrero. Me volví a mirar y vi que el *rickshaw* regresaba, supuse que con idea de alcanzarme.

La escena y su entorno quedaron fotografiados en mi memoria. El cielo azotado por la lluvia (nos encontrábamos al final de la temporada de lluvias), los pinos empapados y tristes, el camino embarrado y los riscos reventados por la pólvora dibujaban un siniestro telón de fondo sobre el cual se perfilaban nítidamente las libreas negras y blancas de los *jhampanies*, el *rickshaw* con sus paneles amarillos y la cabeza abatida y dorada de la señora Wessington. Sostenía su pañuelo en la mano izquierda y se recostaba, destrozada, entre los almohadones del vehículo. Enfilé mi caballo hacia una senda próxima a la presa de Sanjowlie y, literalmente, huí. En una ocasión me pareció oír un lejano «¡Jack!». Debió de ser mi imaginación. No me detuve para verificarlo. Diez minutos más tarde me cruzaba con Kitty a caballo, y la delicia de un largo paseo en su compañía me hizo olvidarlo todo.

La señora Wessington murió una semana después, y mi vida se vio libre de la inexpresable carga de su existencia. Me marché a Palinsward, plenamente feliz. En menos de tres meses la había olvidado casi por completo, salvo cuando encontraba alguna de sus viejas cartas y eso me traía desagradables recuerdos de nuestra pretérita relación. Llegado el mes de enero había desenterrado y quemado lo que quedaba de nuestra correspondencia, desperdigada entre mis posesiones. A primeros de abril de ese año, 1885, me encontraba una vez más en simla —una Simla semidesierta—, sumido en hondas conversaciones y paseos de amante con Kitty. Decidimos que nos casaríamos a finales de junio. Comprenderán ustedes que, amando a Kitty como la amaba, no exagero al proclamar que por aquel entonces yo era el hombre más feliz de la India.

Catorce deliciosos días transcurrieron sin que notara yo que casi habían volado. Recuperando entonces el sentido de lo que corresponde hacer a los mortales en parecidas circunstancias, le señalé a Kitty que un anillo de compromiso era el signo externo y visible de su dignidad de muchacha prometida, y le pedí que me acompañara a Hamilton's para que le tomaran las medidas. Les doy mi palabra de que hasta ese momento habíamos olvidado por completo un detalle tan trivial. Y así, el 15 de abril de 1885 fuimos juntos a Hamilton's. Recuerden que —por más que mi médico se empeñe en afirmar lo contrario— yo gozaba entonces de una salud perfecta, de equilibrio mental y de un espíritu en absoluta paz. Kitty y yo entramos juntos en Hamilton's, donde, ajeno al protocolo habitual, medí el anular de Kitty en presencia del divertido dependiente. El anillo era un zafiro con dos diamantes. Bajamos luego a caballo la cuesta que conduce al puente de Combermere y a Peliti's.

Mientras mi caballo australiano abría la marcha entre la pizarra suelta del camino y Kitty reía y charlaba a mi lado —mientras todo Simla, es decir, todos los que hasta entonces habían llegado de las llanuras, se congregaba en torno a la sala de lectura y

la terraza de Peliti's—, yo fui consciente de que alguien, al parecer desde una distancia remota, me llamaba por mi nombre de pila. Pensé que había oído esa voz con anterioridad, mas no supe determinar cuándo y dónde. En el breve trecho de camino comprendido entre Hamilton's y el primer tablón del puente de Combermere, pensé en la media docena de personas que podrían haber cometido semejante incorrección y concluí que me silbaban los oídos. Justo enfrente de Peliti's llamaron mi atención cuatro *jhampanies* con su librea de urraca, que tiraban de un vulgar carrito de mercado con paneles amarillos. Con irritación y disgusto, mi memoria voló al instante hasta el año anterior y la señora Wessington. ¿Por qué, si estaba muerta y enterrada, aparecían de nuevo sus criados de negro y blanco para arruinar la felicidad de aquel día? Decidí visitar a quien los hubiera contratado y pedirle como favor personal que cambiara la librea de sus *jhampanies*. Estaba dispuesto a contratarlos yo mismo y a comprarles sus libreas si fuera necesario. Me resulta imposible describir la avalancha de recuerdos indeseados que su presencia suscitó.

—¡Mira, Kitty —exclamé—, ahí están otra vez los *jhampanies* de la pobre señora Wessington! ¿Para quién trabajarán ahora?

Kitty había conocido superficialmente a la señora Wessington la temporada anterior y siempre se había mostrado interesada por aquella mujer enferma.

—¿Qué? ¿Dónde? Yo no los veo —dijo.

Antes de que Kitty terminara de hablar, su caballo hizo un extraño giro para esquivar a una mula cargada y se lanzó delante del *rickshaw*. Apenas tuve tiempo de avisarle cuando, con un horror inexpresable, vi que caballo y jinete pasaban a través del vehículo y los criados, como si éstos fueran de puro aire.

—¿Qué pasa? —exclamó Kitty—. ¿Por qué has dado ese grito tan absurdo, Jack? No es necesario que el mundo entero sepa que estoy prometida. Había espacio de sobra entre la mula y la terraza. ¿O es que crees que no sé montar?

Dicho lo cual la testaruda Kitty soltó riendas y se lanzó a medio galope hacia el kiosco de los músicos, su delicada cabeza al aire, plenamente convencida, según me dijo más tarde, de que yo la seguiría. ¿Qué me pasaba? Nada en realidad. O estaba loco, o estaba borracho, o los diablos andaban rondando por simla. Contuve con las riendas a mi impaciente jaca y di media vuelta. El *rickshaw* también había girado y se encontraba justo delante de mí, junto al pretil izquierdo del puente de Combermere.

—¡Jack! ¡Jack, cariño! —Esta vez las palabras resultaron inconfundibles: resonaron en mi cerebro como si me las gritaran al oído—. Es un terrible error. Estoy segura. Por favor, Jack, perdóname. Seamos amigos de nuevo.

La capota del *rickshaw* había caído hacia atrás y, en su interior, tan cierto como de día espero y ruego a la muerte, a la que temo de noche, se encontraba la señora Keith-Wessington, pañuelo en mano, la cabeza dorada e inclinada sobre el pecho.

No sé cuánto tiempo me quedé allí mirando, inmóvil. Volví en mí cuando mi criado sujetó la rienda de mi montura y preguntó si no me encontraba bien. Un solo paso media entre lo horrible y lo corriente. Desmonté, tambaleándome, y casi

desmayado entré en Peliti's para tomar un licor de cereza. Dos o tres parejas ocupaban las mesas, comentando los chismes del día. Su conversación trivial me reconfortó en ese momento más que el consuelo de la religión. Me sumé de inmediato al grupo; parloteé, reí y gesticulé con una cara (me vi en un espejo) blanca y rígida como la de un cadáver. Tres o cuatro hombres advirtieron mi estado y, atribuyéndolo sin duda a un exceso de alcohol, se empeñaron caritativamente en sacarme de allí. Pero yo me resistí. Necesitaba la compañía de los míos, como un niño que irrumpe de noche en plena fiesta para huir de los terrores de la oscuridad. Debía de llevar unos diez minutos hablando, aunque a mí me parecía una eternidad, cuando oí la clara voz de Kitty en la terraza, preguntando por mí. Al minuto había entrado en el local, con la firme decisión de reprenderme por faltar a mis compromisos de un modo tan manifiesto. Algo en mi rostro la contuvo.

—Pero ¡Jack! ¿Qué has hecho? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás enfermo?

Y viéndome así conducido a mentir abiertamente, dije que el exceso de sol me había afectado. Eran cerca de las cinco de una nublada tarde de abril, y el sol no había asomado en todo el día. Comprendí mi error en el mismo instante en que las palabras salieron de mi boca; intenté enmendarlo; metí la pata irremediablemente y seguí a Kitty, que abandonaba el local majestuosamente airada entre las sonrisas de mis conocidos. Inventé una excusa (no recuerdo cuál) para mi ligero malestar y al trote regresé a mi hotel, dejando que Kitty terminara sola su paseo.

Una vez en mi habitación me senté e intenté pensar tranquilamente en lo ocurrido. Allí estaba yo, Theobald Jack Pansay, funcionario destinado en Bengala, titulado, en el año de gracia de 1885, supuestamente cuerdo, ciertamente sano, aterrado y separado de mi amada por la aparición de una mujer muerta y enterrada ocho meses antes. Los hechos eran irrefutables. Nada más alejado de mi pensamiento que el recuerdo de la señora Wessington cuando Kitty y yo salimos de Hamilton's. Nada más corriente que aquel lienzo de pared situado frente a Peliti's. Nos encontrábamos a plena luz del día. La calle estaba llena de gente; y sin embargo, fíjense bien, un rostro surgido de la tumba se me aparece desafiando todas las leyes de la probabilidad y en directa violación del orden natural.

El caballo árabe de Kitty había atravesado el *rickshaw*, de ahí que se esfumara por completo mi primera esperanza de que alguna mujer prodigiosamente parecida a la señora Wessington hubiera contratado el vehículo y a los criados con la misma librea de siempre. Una y otra vez di vueltas a esta idea, y una y otra vez me rendí, perplejo y desesperado. La voz era tan inexplicable como la aparición. En un primer momento me pasó por la cabeza la descabellada idea de contárselo todo a Kitty, de pedirle que se casara conmigo cuanto antes y en sus brazos desafiar a la espectral ocupante del *rickshaw*. Me dije que, a fin de cuentas, la mera presencia del vehículo bastaba para demostrar la existencia de una ilusión espectral. Uno puede ver fantasmas de hombres y mujeres, pero seguramente nunca de *jhampanies* y de *rickshaws*. ¡Todo era absurdo! ¡Imagínense, ver una litera fantasma!

Al día siguiente envié a Kitty una nota de arrepentimiento, implorándole que pasara por alto mi extraña conducta de la tarde anterior. Mi diosa seguía muy enfadada, y se imponía una disculpa. Con la prolijidad resultante de una larga noche de cavilaciones en torno a una falsedad, le expliqué que había sentido palpitaciones a consecuencia de una mala digestión; y esa misma tarde, Kitty y yo salimos a cabalgar separados por la sombra de mi primera mentira.

Se empeñó en dar un paseo por los alrededores del monte Jakko. Con los nervios aún deshechos desde la noche anterior, me opuse débilmente a su propuesta y sugerí a cambio la colina del observatorio, Jutogh o el camino de Boileaugunge, cualquier cosa menos los alrededores del Jakko. Kitty estaba enfadada y un tanto herida, y cedí por temor a provocar nuevos malentendidos. Nos encaminamos así hacia Chota Simla. Recorrimos la mayor parte del camino al paso y, fieles a nuestra costumbre, cubrimos a medio galope la distancia de más o menos un kilómetro y medio entre el convento y el tramo de camino llano que discurre junto a la presa de Sanjowlie. Los malditos caballos parecían volar, y mi corazón se aceleraba a medida que nos acercábamos a la cresta de la loma. Llevaba toda la tarde pensando en la señora Wessington, y cada palmo del camino era testigo de nuestros paseos y nuestras charlas en el pasado. Pervivían en las rocas, los cantaban a voz en cuello las copas de los pinos; alimentados por las lluvias, los torrentes invisibles desgranaban entre dientes y risas ahogadas la misma historia vergonzosa, y el viento salmodiaba la iniquidad en mis oídos.

El oportuno clímax llegó en mitad del llano que los hombres llaman la Milla de las Damas, donde el horror me estaba esperando. No había ningún vehículo a la vista: sólo los cuatro *jhampanies* de negro y blanco, el carrito amarillo y la cabeza dorada de la mujer en su interior; ¡todo aparentemente tal como yo lo había dejado ocho meses y quince días antes! Imaginé por un instante que Kitty debía de estar viendo lo mismo que yo, pues existía entre nosotros una empatía extraordinaria. Sus palabras me desengañaron enseguida: «¡No se ve un alma! ¡Vamos Jack, te reto hasta los edificios de la presa!». Su brioso caballo árabe salió lanzado como un pájaro, seguido muy de cerca por mi australiana, y así galopamos bajo los riscos. En medio minuto estábamos a cincuenta metros del *rickshaw*. Recogí riendas y me rezagué un poco. El *rickshaw* se hallaba justo en mitad del camino, y una vez más Kitty lo atravesó, con mi montura a la zaga. «¡Jack! ¡Jack, cariño! Perdóname, por favor», resonó el lamento en mis oídos; y tras un intervalo: «Es un error, ¡un terrible error!».

Espoleé a mi jaca como un poseso. Cuando volví la cabeza hacia los edificios de la presa, los criados de librea negra y blanca seguían aguardando pacientemente bajo la ladera gris de la colina, y el viento me devolvió el eco burlón de las palabras que acababa de oír. Kitty hizo abundantes bromas a cuenta de mi silencio durante el resto del paseo. Hasta entonces yo había hablado atolondradamente, de cualquier cosa; pero después de la visión, como es natural, ni por mi propia vida habría sido capaz de hablar, y cerré la boca sabiamente entre Sanjowlie y la iglesia.

Esa noche debía cenar con los Mannering y apenas disponía de tiempo para volver a casa a vestirme. En el camino de la colina Elysium capté la conversación de dos hombres al atardecer:

—Es muy curioso que no quede ni rastro de todo eso —decía uno de ellos.

—Ya sabes cuánto cariño le tenía mi esposa a esa mujer (yo sin embargo nunca vi nada en ella); por eso me pidió que consiguiera la litera y a los *jhampanies*, a cualquier precio. A mí me parece un capricho malsano, pero mi obligación es hacer lo que me pide mi memsahib. ¿Puedes creer que el hombre que le alquilaba la litera me contó que los cuatro *jhampanies*, que eran hermanos, murieron de cólera camino de Hardwar, pobres diablos, y él mismo se encargó de destruir el vehículo? Dijo que por nada del mundo usaría la litera de una memsahib muerta. Que eso traía mala suerte. Qué idea tan rara, ¿verdad? ¡Figúrate a la pobre señora Wessington arruinándole la suerte a alguien que no fuera ella misma!

Me reí con ganas al oírlo, y mi propia risa me hizo estremecer. ¡Al final resultaba que había *rickshaws* fantasmas y empleos fantasmas en el otro mundo! ¿Cuánto les pagaría la señora Wessington a sus criados? ¿Qué horario cumplían? ¿Adónde irían?

Como respuesta visible a mi última pregunta, vi que el *rickshaw* infernal me bloqueaba el camino en el crepúsculo. Los difuntos viajan deprisa y por atajos desconocidos para los vivos. Reí por segunda vez, pero contuve la risa al instante, pues temí estar volviéndome loco. Y loco hasta cierto punto debía de estar, porque recuerdo que detuve mi caballo delante del *rickshaw* y cortésmente le di las buenas noches a la señora Wessington. Oí perfectamente su respuesta. La escuché hasta el final, y repliqué que todo eso ya lo sabía, pero que la escucharía con mucho gusto si tuviera algo nuevo que decir. Algún diablo maligno y más fuerte que yo debió de apoderarse de mí esa noche, pues recuerdo vagamente que pasé cinco minutos comentando los asuntos triviales del día con la aparición que tenía delante.

—Loco de remate el pobre diablo… o borracho. Anda, Max, a ver si podemos convencerlo de que se vaya a casa.

¡Seguro que esa voz no era de la señora Wessington! Los dos hombres me vieron hablando solo y volvieron en mi busca. Se mostraron muy amables y considerados, y por sus palabras deduje que me creyeron completamente borracho. Les di las gracias muy confundido, salí al galope en dirección a mi hotel, me cambié de ropa, y llegué a casa de los Mannering con diez minutos de retraso. Puse como excusa que la noche era muy oscura, pero Kitty me reprendió porque mi tardanza era impropia de un amante, y me senté.

Todos estaban ya conversando y, al abrigo de la conversación dirigía yo a mi amada unas palabras tiernas cuando caí en la cuenta de que en el otro extremo de la mesa un hombre bajito, de bigote pelirrojo, describía con mucho adorno el encuentro que esa tarde había tenido con un desconocido.

Pocas frases bastaron para convencerme que relataba el incidente ocurrido media hora antes. A mitad de la historia buscó con la mirada la aprobación de su auditorio,

como hacen los narradores profesionales, se fijó en mí y a punto estuvo de desplomarse. Se hizo un embarazoso silencio, y el hombre del bigote rojo se disculpó murmurando que había «olvidado el resto», con lo que sacrificó la reputación de buen narrador que se había labrado a lo largo de seis temporadas. Yo lo bendije con todo mi corazón y continué con mi pescado.

Concluyó al fin la cena, y con sincero pesar me alejé de Kitty, tan seguro de mi propia existencia como de que la aparición me estaría esperando en la puerta. El hombre del bigote pelirrojo, a quien me presentaron como el doctor Heatherlegh, de Simla, se ofreció a acompañarme hasta donde nuestros caminos se separaban. Acepté su ofrecimiento con gratitud.

Mi instinto no me engañaba. Allí estaba puntualmente la aparición, en el bulevar, con un faro encendido, como si se burlara diabólicamente de nosotros. El doctor no tardó en ir al grano, de un modo que mostraba que había estado dando vueltas al asunto durante la cena.

—Dígame, Pansay, ¿qué diantre le pasaba esta tarde en el camino del Elysium? —Tan repentina fue la pregunta que me obligó a responder inconscientemente.

—¡Eso! —dije, señalando hacia la aparición.

—Que yo sepa, eso podría ser *delirium tremens* o un problema de la vista. Pero usted no bebe. Me he fijado en la cena; de manera que no puede ser *delirium tremens*. Donde usted señala no hay nada, aunque está sudando y temblando como un caballo aterrorizado. Concluyo por eso que se trata de un problema de la vista. Y necesito entenderlo todo. Venga a casa conmigo. Vivo en el camino de Blessington.

Con intenso deleite vi que el *rickshaw*, en lugar de esperarnos, se mantenía siempre a unos veinte metros por delante de nosotros, tanto si íbamos al paso como si trotábamos o galopábamos. En el curso de esa larga cabalgada nocturna le conté a mi compañero casi tanto como hasta aquí les he contado.

—Me ha estropeado usted una de las mejores historias que mi lengua hubiera podido contar, pero le perdono por lo que le está pasando. Ahora venga a casa y haga lo que le digo, y cuando lo haya curado, joven, aprenda la lección y aléjese de mujeres y alimentos indigestos hasta el día en que se muera.

El *rickshaw* seguía delante a paso regular, y mi amigo parecía disfrutar enormemente con mis descripciones acerca de su localización exacta.

—La vista, Pansay; todo es cuestión de vista, cerebro y estómago. Y lo principal es el estómago. Tiene usted un cerebro demasiado engreído, un estómago demasiado pequeño y la vista muy afectada. Arregle su estómago y lo demás vendrá por sí solo. Tómese una píldora para el hígado. ¡A partir de este momento sólo yo me ocuparé de usted! Es usted un fenómeno demasiado interesante para dejarlo pasar.

Nos hallábamos para entonces bien adentrados en la sombra del camino de Blessington, y el *rickshaw* se detuvo bajo la cornisa de un risco de pizarra cubierto de pinos. Me detuve instintivamente, y expliqué la razón. Heatherlegh soltó un juramento.

—Si piensa que voy a pasar una noche fría en la montaña por una alucinación estomacal, cerebral u oftalmológica… ¡Dios se apiade de mí! ¿Qué pasa?

Llegó una respuesta amortiguada, un sofocado desprendimiento de polvo cegador justo delante de nosotros, un chasquido, un ruido de ramas quebradas y, a unos diez metros del risco, pinos, maleza y todo lo demás se deslizó y cayó al camino, bloqueándolo por completo. Los árboles se desprendieron de sus raíces, oscilaron y se tambalearon por un momento como gigantes ebrios en la oscuridad antes de desplomarse unos sobre otros con estrepitoso crujido. Los caballos sudaban, y el miedo los había paralizado. En cuanto hubo cesado el alud de tierra y piedras, mi compañero musitó:

—¡Estaríamos a tres metros bajo tierra si no nos hubiéramos detenido! «Hay más cosas en el cielo y en la tierra…». Vayamos a casa, Pansy, y dé gracias a Dios. Necesito un trago desesperadamente.

Continuamos el camino por el risco de la iglesia y poco después de la medianoche llegamos a casa del doctor Heatherlegh.

Sus esfuerzos curativos empezaron inmediatamente y casi no me perdió de vista por espacio de una semana. Muchas veces, a lo largo de aquellos días, bendije a la fortuna que había puesto en mi camino al médico más competente y bondadoso de Simla. Mi ánimo se tornaba cada día más ligero y sereno. Y cada día me sentía yo más inclinado a aceptar la teoría de la «ilusión espectral» del doctor Heatherlegh, en la que intervenían ojos, cerebro y estómago. Escribí a Kitty anunciándole que un esguince provocado al caerme del caballo me obligaba a guardar reposo, si bien me recuperaría antes de que pudiera lamentar mi ausencia.

El tratamiento de Heatherlegh fue en cierto modo sencillo. Constaba de píldoras para el hígado, baños fríos y mucho ejercicio, todo al atardecer o a primera hora de la mañana, pues, como él sabiamente observaba, «un hombre con un esguince en el tobillo no está en condiciones de recorrer veinte kilómetros al día; tu mujercita se extrañaría mucho si le viera».

Transcurrida esa semana, tras realizar numerosas exploraciones de pupila y pulso, además de impartir muchas órdenes estrictas en cuanto ala dieta y los paseos, Heatherlegh me despachó tan repentinamente como me había acogido. Se despidió de mí con esta bendición:

—Puedo certificar que está usted mentalmente curado, o lo que es lo mismo, que he curado la mayor parte de sus dolencias corporales. Ahora, sortee lo que queda de la temporada lo mejor que pueda, y vaya a cortejar a la señorita Kitty.

Yo estaba ansioso por agradecerle su bondad, pero me interrumpió bruscamente.

—No crea que he hecho esto porque usted me caiga bien. Sé que se ha comportado como un canalla en todo este asunto. Pero es usted un fenómeno, y un fenómeno tan extraño como canalla. ¡No! —dijo, interrumpiéndome por segunda vez —. Ni una rupia, por favor. Salga y compruebe si vuelve a encontrarse con ese asunto de ojos, cerebro y estómago. Le daré un *laj* por cada vez que lo vea.

Media hora más tarde me encontraba con Kitty en el salón de los Mannering, ebrio de felicidad y seguro de que la espantosa presencia de la aparición no volvería a atormentarme. Fortalecido por esta sensación de seguridad recobrada, enseguida propuse un paseo a caballo, preferiblemente por los alrededores de Jakko.

Jamás me había sentido mejor, tan rebosante de vitalidad y puro espíritu animal como esa tarde del 30 de abril. Kitty parecía encantada por mi cambio de aspecto, y así lo elogió, a su manera deliciosamente franca y natural. Salimos juntos de la casa, riendo y charlando, y trotamos como de costumbre por el camino de Chota Simla.

Yo tenía prisa por llegar a la presa de Sanjowlie y ratificarme definitivamente en mi certeza. Los caballos corrían cuanto daban de sí, aunque su ritmo se le antojaba demasiado lento a mi cerebro impaciente. Kitty estaba asombrada de mi entusiasmo.

—¡Pero Jack! —exclamó al fin—. Te estás portando como un chiquillo. ¿Qué haces?

Nos encontrábamos justo debajo del convento, y por puro desenfreno yo hacía saltar a mi caballo, picándolo con la fusta.

—¿Hacer? Nada, cariño. Es que cuando llevas una semana tumbado te pones así de contento.

De pura dicha cantas y murmuras,
te regocijas al sentirte vivo;
Señor de la Naturaleza y de la Tierra visible,
Señor de los cinco sentidos.

Apenas había salido esta cita de mis labios cuando rodeamos el recodo por encima del convento y unos kilómetros más adelante divisamos Sanjowlie. En mitad del camino se hallaban los criados de librea negra y blanca, el *rickshaw* amarillo y la señora Keith-Wessington. Me paré en seco, miré, me froté los ojos, y creo que dije algo. Lo siguiente que recuerdo es que me vi de bruces en el suelo, con Kitty arrodillada y llorosa a mi lado.

—¡Ya ha vuelto a pasar, niña! —resoplé. Y Kitty lloró aún más amargamente.

—¿Qué es lo que ha vuelto a pasar, Jack? ¿Qué significa todo esto? Debe de haber algún error, Jack. Un terrible error.

Sus últimas palabras me hicieron ponerme en pie, enloquecido y delirante.

—Sí, debe de haber algún error —repetí—. Un terrible error. Ven y lo verás.

Recuerdo con absoluta claridad que arrastré a Kitty por el camino, sujetándola por la muñeca, hasta donde se encontraba la aparición, y le imploré que, por piedad, hablara con ella; que le dijera que estábamos prometidos; que ni la muerte ni el infierno podían romper el vínculo que había entre nosotros; y sólo Kitty sabe cuántas cosas más parecidas dije. Una y otra vez apelé con auténtica pasión al Terror sentado en el *rickshaw* para que diera fe de cuanto yo había dicho y me liberase de aquella

tortura que me estaba matando. Supongo que mientras hablaba debí de desvelarle a Kitty mi antigua relación con la señora Wessington, pues vi que me escuchaba atentamente, pálida y con los ojos encendidos.

—Gracias, señor Pansay —dijo—. Ya es suficiente. *Syce ghora láo* («¡Mozos, traed los caballos!»).

Con característica impasibilidad oriental, los criados habían regresado después de recuperar nuestros caballos, y mientras Kitty montaba de un salto, yo sujetaba la rienda, suplicándole que me escuchara y que me perdonara. Recibí por toda respuesta un golpe de su fusta que me cruzó la cara, desde la boca hasta el ojo, y una o dos palabras de despedida que ni siquiera ahora soy capaz de repetir. Juzgué entonces, y estaba en lo cierto, que Kitty lo sabía todo; y, tambaleándome, me acerqué hasta el *rickshaw*. Sangraba por el corte en la cara, y el impacto de la fusta había provocado una lividez azulada alrededor. Había perdido mi dignidad. Justo en ese momento, Heatherlegh, que debía de habernos seguido a Kitty y a mí a cierta distancia, llegó al galope.

—Doctor —dije, señalándome la cara—. Así es como la señorita Mannering ha firmado mi orden de despido y… gracias por ese *laj* tan inmediato como conveniente.

La expresión de Heatherlegh, aun en mi miserable situación, me hizo reír.

—Apuesto mi reputación profesional… —empezó a decir.

—No sea idiota —le susurré—. He perdido la felicidad de mi vida; será mejor que me lleve a casa.

El *rickshaw* desapareció mientras yo hablaba. Perdí entonces la conciencia de todo lo que estaba ocurriendo. La cresta de Jakko pareció elevarse y rodar como una nube, y cayó sobre mí.

Siete días más tarde (esto es, el 7 de mayo), comprendí que me encontraba en la habitación de Heatherlegh, débil como un niño. El doctor me vigilaba atentamente desde su escritorio repleto de papeles. Sus primeras palabras no fueron alentadoras, pero yo estaba demasiado agotado para que pudieran impresionarme.

—La señorita Kitty ha devuelto sus cartas. Ustedes, los jóvenes, escriben mucho. Aquí hay un paquete que parece un anillo, y una especie de nota jocosa de papá Mannering, que me he tomado la libertad de leer y de quemar. El caballero no está contento con usted.

—¿Y Kitty? —pregunté, con voz apagada.

—Todavía más furiosa que su padre, a juzgar por lo que dice. Al parecer se le escaparon a usted algunos recuerdos extraños justo antes de que yo lo encontrara. Dice que un hombre que se ha portado con una mujer como hizo usted con la señora Wessington debería quitarse la vida por pura compasión hacia los demás. Es muy terca y varonil su mujercita. También cree que sufría usted un *delirium tremens* cuando organizó ese escándalo en el camino de Jakko. Y dice que prefiere morir antes que volver a dirigirle la palabra.

Gruñí y me volví hacia el otro lado.

—Ahora, amigo mío, no tiene elección. Es preciso romper el compromiso, y los Mannering no desean mostrarse demasiado duros. ¿Fue la causa de la ruptura el *delirium tremens* o un ataque epiléptico? Siento no poder ofrecerle algo mejor, a menos que prefiera locura congénita. Pídamelo y yo diré que ha sido epilepsia. Todo Simla está al corriente de esa escena vivida en la Milla de las Damas. ¡Vamos! Le doy cinco minutos para pensarlo.

Creo que durante esos cinco minutos exploré a fondo hasta los círculos más profundos del infierno que a un hombre se le permite transitar en esta tierra. Y al mismo tiempo me vi avanzando a tientas por los oscuros laberintos de la duda, la desgracia y la más absoluta desesperación. Me pregunté, como debió de preguntarse el propio Heatherlegh desde su silla, cuál de las espantosas alternativas debía aceptar. Hasta que me oí responder en una voz que apenas reconocí:

—Son increíblemente puntillosos en cuestiones de moral por estos pagos. Diga que son ataques epilépticos, Heatherlegh, y envíeles mis respetos. Y ahora déjeme dormir un poco más.

Se unieron entonces las dos mitades de mi ser y fui yo y sólo yo (medio loco y poseído por el diablo) quien se agitó en la cama rememorando paso a paso la historia del último mes.

«Pero estoy en Simla», me repetía sin cesar. «Soy Jack Pansay y estoy en Simla, y aquí no hay fantasmas. No tiene sentido que esa mujer insista en demostrar lo contrario. ¿Por qué no pudo Agnes dejarme en paz? Yo nunca le hice daño. Lo mismo pudo haberme sucedido a mí en lugar de a ella. Sólo que yo nunca habría regresado con la intención de matarla. ¿Por qué no me dejan en paz, en paz y feliz?»

Era mediodía cuando desperté, y me había quedado dormido en el momento en que el sol declinaba, dormido como duerme el criminal torturado sobre su instrumento de tortura, agotado e incapaz de sentir más dolor.

Al día siguiente no pude levantarme de la cama. Heatherlegh me comunicó por la mañana que había recibido respuesta del señor Mannering, y que gracias a sus buenos oficios (los de Heatherlegh) la historia de la epilepsia había circulado por todo lo largo y ancho de Simia, donde se me compadecía en todas partes.

—Y eso es más de lo que se merece —concluyó en tono complacido—, aunque bien sabe el Señor que ha pasado usted por una prueba muy severa. Descuide, fenómeno perverso, que todavía podemos curarlo.

Me negué rotundamente a ser curado.

—Ha sido usted demasiado bueno conmigo, querido amigo —dije yo—, pero no creo que sea necesario molestarlo más.

En mi fuero interno sabía que nada de cuanto pudiera hacer Heatherlegh aliviaría la carga que sobre mí había caído.

Tal convencimiento trajo aparejada una sensación de indefensión, de impotente rebeldía ante la sinrazón de todo el asunto. Había docenas de hombres no mejores que yo a quienes el castigo al menos les había sido reservado para otro mundo, y me

parecía una terrible y cruel injusticia que sólo yo fuera el elegido para un destino tan atroz. Este estado de ánimo dio con el tiempo paso a otro en el que el *rickshaw* y yo parecíamos ser las únicas realidades en un mundo de sombras, en el que Kitty no era más que un fantasma, en el que Mannering, Heatherlegh y el resto de los hombres y mujeres a quienes conocía eran todos fantasmas, y las grandes montañas grises no eran sino vanas sombras ideadas para torturarme. Con este humor cambiante viví siete agotadores días; mi cuerpo se fortalecía poco a poco, hasta que el espejo del dormitorio me indicó que había regresado a la vida cotidiana y volvía a ser como cualquier otro hombre. Curiosamente, mi rostro no mostraba signo alguno de la batalla que había librado. Cierto es que estaba pálido, pero tan inexpresivo y normal como siempre. Esperaba advertir alguna alteración permanente, alguna señal visible de la enfermedad que me estaba devorando. No hallé nada.

Abandoné la casa de Heatherlegh el 15 de mayo a las once de la mañana y mi instinto de soltero me llevó hasta el club. Supe allí que todos conocían mi historia tal como Heatherlegh la había contado, y vi que se mostraban insólitamente amables y atentos, aunque torpes. Comprendí no obstante que nunca, en todos los días de mi vida, volvería a ser uno de ellos, y envidié amargamente aun la suerte de los risueños criados del bulevar. Almorcé en el club y a las cuatro eché a andar sin rumbo fijo por el bulevar, con la vana esperanza de encontrarme con Kitty. Cerca del kiosco de los músicos se me unieron los lacayos de librea negra y blanca, y oí a mi lado la vieja llamada de la señora Wessington. Esperaba este momento desde que puse el pie en la calle y lo único que me sorprendió fue su retraso. El *rickshaw* fantasma y yo avanzábamos en silencio por el camino de Chota Simla. Cuando nos encontrábamos cerca del bazar, Kitty y un hombre a caballo nos adelantaron. A juzgar por su actitud lo mismo habría podido ser yo un perro callejero. Ni siquiera me hizo el cumplido de acelerar el paso, pese a que la tarde lluviosa le ofrecía un buen pretexto.

Y de este modo, Kitty y su acompañante, junto a mi enamorada fantasmal y yo, rodeamos el Jakko por parejas. Fluía el agua por el camino; los pinos goteaban como canalones sobre las rocas, y una lluvia fina y violenta empañaba el aire. Por dos o tres veces me sorprendí diciendo casi en voz alta: «Soy Jack Pansay y estoy de permiso en Simla… *en Simla*. En la Simla normal y corriente de todos los días. No debo olvidar esto. No debo olvidar esto». Traté luego de recordar algunos de los chismes que había oído en el club: el precio que fulano de tal pedía por sus caballos, cualquier cosa que guardara relación con el día a día en el mundo angloindio que tan familiar era para mí. Incluso repasé mentalmente la tabla de multiplicar para asegurarme de que no estaba perdiendo el juicio. Me resultó muy reconfortante y acaso me impidiera oír durante un rato a la señora Wessington.

Una vez más ascendí fatigosamente la cuesta del convento hasta el llano del camino. Kitty y su acompañante salieron allí al galope, dejándome a solas con la señora Wessington.

—Agnes —dije—. Voy a bajar la capota para que me expliques qué significa todo

esto.

La capota cayó sin hacer ruido y me vi frente a frente con mi amante muerta y enterrada. Llevaba el mismo vestido que la última vez que la vi con vida, el mismo pañuelo diminuto en la mano derecha y el mismo tarjetero en la izquierda. (¡Una mujer que llevaba ocho meses muerta con un tarjetero!) Tuve que recurrir de nuevo a la tabla de multiplicar y sujetarme con ambas manos en el parapeto de piedra del camino para asegurarme de que al menos eso era real.

—Agnes —repetí—. Dime por piedad qué significa todo esto.

La señora Wessington se inclinó hacia delante, con ese extraño y rápido movimiento de cabeza que yo tan bien conocía, y me habló.

Sería éste el momento de pedirle disculpas, si mi relato no hubiera sobrepasado ya tan disparatadamente los límites de la credulidad humana. Mas como sé que nadie va a creerme —ni siquiera Kitty, para quien lo escribo a modo de justificación de mi conducta—, proseguiré de todos modos. Habló la señora Wessington y anduve yo a su lado desde el camino de Sanjowlie hasta el cruce situado un poco más allá de la casa del comandante en jefe, lo mismo que hubiera podido caminar junto al *rickshaw* de cualquier mujer viva, absorto en nuestra conversación. El segundo y más torturador de los humores que producía mi enfermedad se apoderó súbitamente de mí y, como el príncipe en el poema de Tennyson, «parecía avanzar por un mundo de espectros». Se había celebrado una fiesta en el jardín de la casa del comandante en jefe, y nos sumamos a la multitud que regresaba a sus casas. Al verlos me pareció que eran sombras —intangibles y fantásticas sombras— que se apartaban para dejar paso al *rickshaw* de la señora Wessington. No puedo relatar —ciertamente no me atrevo— lo que dijimos en el curso de aquella extraña conversación. Heatherlegh soltaría una risotada y se limitaría a señalar que había estado «coqueteando con una quimera, simple producto de mi vista, mi cerebro y mi estómago». Fue una experiencia espantosa y, sin embargo, maravillosamente grata, de un modo que no alcanzo a expresar. ¿Sería posible, me preguntaba, que estuviese en esta vida para cortejar por segunda vez a la mujer a quien mi desprecio y crueldad habían matado?

Me encontré con Kitty en el camino de vuelta a casa: una sombra entre las sombras.

Mi relato jamás terminaría si describiera en orden cronológico todo lo que ocurrió en las dos semanas siguientes, y además agotaría su paciencia. Día tras día y noche tras noche, el *rickshaw* fantasma y yo deambulamos juntos por Simia. Dondequiera que fuese me seguían las cuatro libreas negras y blancas, acompañándome en todo momento desde y hasta mi hotel. Los veía en el teatro, entre la vociferante multitud de *jhampanies*, junto a la terraza del club, tras una larga velada de whist, en el Baile del Aniversario, aguardando pacientemente mi aparición, y a plena luz del día, cuando salía de visita. Salvo por el hecho de que no proyectaba sombra alguna, el *rickshaw* era tan real en todos los demás sentidos como cualquier vehículo de hierro y madera. Lo cierto es que en más de una ocasión tuve que contenerme para no advertir

a alguno de mis amigos, que disfrutaba con un buen galope, de que estaban a punto de chocar contra él. Y también en más de una ocasión recorrí el bulevar absorto en mi conversación con la señora Wessington, para indecible asombro de los transeúntes.

No hacía ni una semana que había vuelto yo al mundo cuando comprendí que la teoría de la epilepsia había sido descartada en favor de la de la locura. No alteré sin embargo mi estilo de vida. Salía, cabalgaba y cenaba fuera con la misma libertad de siempre; anhelaba el contacto con las cosas reales de la vida y, al mismo tiempo, sentía una vaga desazón cuando llevaba algún tiempo separado de mis fantasmas. Sería casi imposible describir mis cambiantes estados de ánimo desde ese 15 de mayo hasta la fecha de hoy.

La presencia del *rickshaw* me colmaba alternativamente de horror, un terror ciego, una suerte de siniestro placer y una honda desesperación. No me atrevía a abandonar Simia, aun cuando sabía que la estancia allí me estaba matando. Sabía también que era mi destino morir lentamente y poco a poco cada día. Sólo ansiaba que mi castigo concluyera con la mayor tranquilidad posible. A veces me consumía por ver a Kitty, y entre interesado y divertido observaba su escandaloso flirteo con mi sucesor o más exactamente con mis sucesores. Estaba ella tan fuera de mi vida como yo de la suya. De día paseaba con la señora Wessington casi con agrado. De noche imploraba al cielo que me permitiera regresar al mundo tal como yo lo conocía. Y sobre todas estas fluctuantes sensaciones prevalecía la de una nebulosa y paralizante perplejidad por el hecho de que lo visible y lo invisible pudieran fundirse en esta tierra de un modo tan extraño, y que asediaran así a un pobre hombre hasta llevarlo a la tumba.

27 de agosto. Heatherlegh se ha mostrado infatigable en sus atenciones y ayer mismo me sugirió que solicitara una baja por enfermedad. ¡Una solicitud para librarme de la compañía de un fantasma! Una petición de gracia gubernamental para quedar liberado de cinco fantasmas y de un *rickshaw* invisible y regresar a Inglaterra. La proposición de Heatherlegh casi me produjo un ataque de risa histérica. Le dije que aguardaría el final tranquilamente en Simia, y estoy seguro de que el final no está lejos. Créanme si les digo que temo el desenlace más de lo que ninguna palabra puede expresar, y que de noche me torturo con mil especulaciones sobre el modo de mi muerte.

¿Moriré dignamente en mi cama, como corresponde a un caballero inglés, o me será arrancada el alma en mi último paseo por el bulevar, para que ocupe eternamente su lugar al lado de ese espectro espeluznante? ¿Recobraré mi vieja posición en el otro mundo o habré de reunirme con Agnes, aborreciéndola, y me veré condenado a vivir junto a ella por toda la eternidad? ¿Contemplaremos suspendidos en el aire la escena de nuestras vidas hasta el fin de los tiempos? A medida que se aproxima el día de mi muerte se intensifica el horror indecible que en toda carne viva producen los espíritus

llegados de ultratumba. Es espantoso descender entre los muertos cuando apenas se ha completado la mitad de la vida, pero mil veces más espantoso es esperar como espero yo entre ustedes, ignorando qué inimaginables horrores me aguardan. Apiádense de mí al menos por mi «ilusión», pues bien sé que jamás creerán lo que aquí he escrito. Sepan no obstante que si alguna vez hubo un hombre arrastrado a la muerte por las fuerzas de las tinieblas, ése hombre soy yo.

Y, en justicia, apiádense también de ella; pues si alguna vez un hombre mató a una mujer, fui yo quien mató a la señora Wessington. Así, la última parte de mi castigo pesará sobre mí desde ahora y por siempre.

LA EXTRAÑA GALOPADA DE MORROWBIE JUKES

O vivo o muerto: no hay otro modo.

Proverbio indio

No hay invención en este relato. Jukes topó por accidente con un pueblo de cuya existencia se tiene conocimiento cierto, aunque él tan sólo sea el inglés que estuvo allí. Floreció en otro tiempo un lugar en cierta manera similar en los alrededores de Calcuta, y se cuenta que si uno se adentra hasta el corazón de Bikanir, que es lo mismo que decir el corazón del gran desierto indio, se encontrará no ya con un pueblo, sino con una ciudad donde los muertos que no murieron pero que tampoco pueden vivir han establecido su cuartel general. Y, siendo del todo veraz que en ese mismo desierto existe una maravillosa ciudad a la que se retiran los acaudalados prestamistas tras amasar sus fortunas —fortunas tan vastas cuyos propietarios ni siquiera pueden confiar en la mano dura del gobierno para su protección, de ahí que se refugien en las arenas resecas—, quienes conducen suntuosas calesas, compran hermosas muchachas y decoran sus palacios con oro, marfil, madreperla y azulejos Minton, no veo razón alguna para que la historia de Jukes no sea real. Es ingeniero de caminos, entiende de mapas, distancias y asuntos parecidos, y no creo yo que se tomara la molestia de inventar trampas imaginarias. Podía ganar mucho más cumpliendo con su trabajo legítimo. Nunca introduce variaciones en su relato, y se enardece y enfurece cuando recuerda el infame trato que recibió. Lo escribió primero de un tirón, aunque ha retocado algunos pasajes y añadido reflexiones morales; así:

Todo empezó con un ligero acceso de fiebre. Mi trabajo me exigía pasar algunos meses al aire libre, entre Pakpattan y Mubarakpur, una desolada franja de arena, como probablemente sepa todo el que haya tenido la desgracia de estar allí. Mis criados no eran ni más ni menos exasperantes que otros, y mi trabajo exigía la atención necesaria para evitar que me deprimiera, caso de haber tenido una debilidad tan poco masculina.

El 23 de diciembre de 1884 me sentí febril. Había luna llena, y los perros ladraban en los alrededores de mi tienda de campaña. Formaban dúos y tríos que me sacaban de quicio. Días antes había disparado yo a uno de los escandalosos cantantes y colgado sus restos *in terrorem* a unos cincuenta metros de la carpa, pero sus compañeros se lanzaron sobre el cadáver, pelearon por él y finalmente lo devoraron, y me pareció que después entonaban sus himnos de acción de gracias con renovada

energía.

El aturdimiento que acompaña a la fiebre no actúa del mismo modo en todas las personas. Tras un breve lapso de tiempo, mi irritación dio paso a la firme determinación de sacrificar a una enorme bestia blanca y negra que había llevado la voz cantante durante toda la tarde. Como me temblaba la mano y se me iba la cabeza, ya había fallado en dos ocasiones con los dos cañones de mi escopeta, y se me ocurrió que lo mejor sería montar en mi caballo para liquidar el perro con una lanza. Ésta fue, como es natural, la idea próxima al delirio de un hombre febril, aunque recuerdo que en el momento me pareció elementalmente factible y práctica.

Ordené así a mi mozo de cuadras que ensillara a Pornic y lo llevase con sigilo hasta detrás de mi tienda. Cuando el poni estuvo listo, esperé a su lado dispuesto para montar y salir al galope en cuanto el perro alzase nuevamente la voz. Se daba la circunstancia de que Pornic llevaba un par de días atado a sus estacas; el aire de la noche era fresco y vigorizante, y yo iba armado con un par de picas especialmente largas y afiladas con las que esa tarde había estado arreando a una yegua perezosa. Es fácil suponer que Pornic salió con prontitud al verse libre. En un momento, pues salió disparado como un rayo, nos habíamos alejado de la tienda y volábamos sobre la arena suave a una velocidad de vértigo. Un instante después, el miserable perro quedó atrás, y yo casi olvidé la razón por la que había tomado caballo y lanza.

Debió de suceder que el delirio de la fiebre y la excitación de la carrera al aire libre se llevaron lo que quedaba de mi razón. Recuerdo vagamente que iba de pie sobre los estribos, amenazando con la pica a la enorme luna blanca que observaba serenamente mi frenética galopada y amenazando a voz en grito a los espinos que pasaban zumbando junto a mí. Creo que en un par de ocasiones resbalé desde el cuello de Pornic, y quedé sujeto literalmente con las espuelas… eso insinuaban las marcas que mostraba el animal a la mañana siguiente.

El pobre Pornic corría como un poseso por la infinita extensión de arena iluminada por la luna. Lo siguiente que recuerdo es que el terreno se elevó bruscamente ante nosotros y, tras coronar el cerro, vi brillar a mis pies las aguas del Sutlej como un lingote de plata. Inesperadamente, Pornic cayó de bruces, y rodamos por una pendiente que no habíamos visto.

Es seguro que perdí el conocimiento, porque al despertar me vi tendido sobre un montículo de arena fina y blanca, cuando el alba empezaba a rasgar débilmente el filo de la cresta por la que me había despeñado. A medida que la luz fue cobrando intensidad, vi que me encontraba en el fondo de un cráter de arena en forma de herradura, que se abría directamente por uno de sus lados hacia las orillas del Sutlej. La fiebre me había abandonado por completo y no aprecié más consecuencias de mi caída que un ligero aturdimiento.

Pornic, que estaba en pie a pocos metros de mí, parecía agotado, como es natural, pero no tenía un solo rasguño. Su silla, la favorita para jugar al polo, había recibido bastantes golpes y se había desplazado bajo la panza del animal. Me llevó algún

tiempo ponerlo todo en orden y entretanto pude observar el lugar donde tan tontamente había caído.

Aún a riesgo de resultar tedioso, debo describir este escenario por extenso, pues una exacta imagen mental de sus particularidades será de gran ayuda para que el lector comprenda lo que viene a continuación.

Imaginen, como ya se ha dicho, un cráter de arena en forma de herradura y con abruptas paredes, de unos cien metros de altura. (Calculo que el desnivel rondaba los 65 grados). Id cráter encerraba una extensión plana de unos cincuenta metros de largo por treinta en su parte más ancha, con un rudimentario pozo en su centro. En torno al lecho del cráter, a cosa de un metro del suelo, discurría una serie de ochenta y tres agujeros semicirculares, ovoides, cuadrados y poligonales, todos de un metro de ancho. Vi al inspeccionarlos que cada uno de los orificios estaba esmeradamente apuntalado en su interior con bambú y madera arrastrada por el río, y por encima de la entrada sobresalía un tablón de medio metro, como la visera del casco de un jinete. No había indicio alguno de vida en los agujeros, pero un hedor nauseabundo inundaba el anfiteatro, un hedor más pestilente de lo que jamás había encontrado en mis paseos por las aldeas de la India.

Monté a Pornic, que tenía tantas ganas como yo de regresar al campamento, y rodeé la herradura por su base en busca de una salida practicable. Los habitantes de aquel lugar, quienesquiera que fueran, no juzgaron oportuno aparecer, y tuve que ingeniármelas por mis propios medios. El primer intento de «espolear» a Pornic por las abruptas paredes de arena me hizo comprender que había caído en una trampa como las que tiende la hormiga león a su presa. A cada paso que dábamos, la cambiante arena se derramaba por toneladas desde la boca del cráter, impactando como perdigones contra los porches de los agujeros de la pared. Un par de infructuosos intentos nos arrastraron rodando hasta el lecho del cráter, donde quedamos sepultados bajo los torrentes de arena, y me vi obligado a centrar mi atención en la orilla del río.

Me pareció que sería más sencillo. Cierto que las dunas descendían hasta el agua, pero contaban con abundancia de bancos y depresiones de escasa profundidad que bien podría vadear con Pornic al galope para dar con el camino de regreso a tierra firme, si avanzaba haciendo quiebros a derecha o izquierda. Mientras conducía a Pornic sobre la arena, me sobresaltó la leve detonación de un rifle al otro lado del río, y en ese mismo instante una bala pasó silbando muy cerca de la cabeza de mi montura.

No tuve dudas sobre la clase de munición: se trataba de un proyectil reglamentario Martini-Henry. A unos quinientos metros vi un vapor fondeado en el río, y el chorro de humo que ascendía desde su proa en el aire inmóvil de la mañana me reveló de dónde procedía tan delicada atención. ¿Alguna vez se había encontrado un caballero respetable en semejante *impasse*? La traicionera pendiente de arena no me permitía salir del lugar al que por accidente había llegado, y un paseo por la orilla

del río podía desencadenar el tiroteo de algún nativo demente desde el barco. Perdí los nervios por completo.

Otra bala me recordó que más me valía reservar mi aliento para soplar las gachas, y volví precipitadamente a la herradura, donde comprobé que el sonido del rifle había hecho salir a sesenta y cinco seres humanos de los cubículos que hasta ese momento yo había supuesto deshabitados. Me vi rodeado por una multitud expectante: unos cuarenta hombres, veinte mujeres y un niño que no tendría más de cinco años. Iban apenas cubiertos con esa tela de color salmón que suelen llevar los mendigos hindúes, y a primera vista me parecieron una aborrecible banda de faquires. Me resulta imposible describir lo sucios y repulsivos que eran, y me estremecí al imaginar cómo sería su vida en aquellos nichos.

Incluso en estos tiempos en los que el gobierno autónomo local ha destruido en los nativos cualquier respeto por un Sahib, estaba yo acostumbrado a cierto grado de civismo por parte de mis inferiores y, al acercarme a la multitud, esperaba algún reconocimiento de mi presencia. De hecho lo hubo, pero no fue en modo alguno como yo esperaba.

La harapienta congregación se rió de mí, con una risa que espero no volver a oír en mi vida. Cacarearon, gritaron, silbaron y aullaron mientras me acercaba a ellos; algunos se tiraron literalmente al suelo, para retorcerse con diabólico regocijo. Al momento solté la cabeza de Pornic e, indeciblemente irritado por mi aventura, la emprendí a bofetadas con los que estaban más cerca, poniendo en ello todas mis fuerzas. Caían los infelices como bolos a consecuencia de mis golpes, y las risas dieron paso a gemidos de piedad, mientras los que aún no habían sido alcanzados se me abrazaban a las rodillas, implorando en toda suerte de rudimentarias lenguas.

En mitad del tumulto, cuando empezaba a sentirme profundamente avergonzado por haber perdido la cabeza de ese modo, una aguda vocecilla murmuró en inglés por detrás de mi hombro:

—¡Sahib! ¡Sahib! ¿No me conoce? Soy Gunga Dass, sahib, el jefe del telégrafo.

Giré sobre mis talones para ver quién me había hablado.

Gunga Dass —no vacilo en emplear su verdadero nombre— era un hombre al que yo había conocido cuatro años antes en su condición de brahmán decano, enviado por el gobierno del Punyab a uno de los estados de la región de Jalsia. Estaba allí al mando de una oficina de telégrafos, y la última vez que lo vi era un jovial, barrigudo y corpulento funcionario con una asombrosa capacidad para hacer chistes malos en inglés, peculiaridad ésta por la que seguí recordándolo mucho tiempo después de haber olvidado sus servicios como empleado del gobierno, pues es infrecuente que un hindú gaste bromas en inglés.

Gunga Dass estaba irreconocible. Su marca de casta, su barriga, sus manguitos de color pizarra y su habla empalagosa se habían esfumado por completo. Observé su esqueleto mermado, su ausencia de turbante y su desnudez casi total, el pelo largo y sin brillo, los ojos hundidos como los de un bacalao. De no haber sido por una

cicatriz en forma de media luna en la mejilla izquierda, secuela de un accidente del que yo fui responsable, jamás lo habría reconocido. Era no obstante indudable que se trataba de Gunga Dass y —di gracias por ello— de un nativo que hablaba inglés y que podía ayudarme al menos a comprender lo que ese día me estaba pasando.

La multitud se retiró a cierta distancia cuando me volví hacia el pobre desgraciado y le ordené que me indicara el modo de salir del cráter. Llevaba él en la mano un cuervo recién desplumado y, en respuesta a mi petición, trepó despacio hasta una plataforma de arena que discurría por delante de los agujeros, y allí se dispuso a preparar su fuego en silencio. Los palos secos, las amapolas del desierto y los maderos arrastrados por el río no tardaron en arder, y me consoló sobremanera ver que lo encendía con una ordinaria cerilla de azufre. Cuando las llamas se avivaron y el cuervo quedó bien sujeto a un palo, Gunga Dass, sin preámbulo alguno, empezó a decir:

—Sólo hay dos tipos de hombres, señor. Los vivos y los muertos. Cuando estás muerto estás muerto, y cuando estás vivo vives. —El cuervo reclamó en este punto su atención por un instante, pues se retorció ante el fuego con riesgo de chamuscarse—. Si falleces en casa y no has muerto en el momento de llegar a la pira crematoria, vienes a este lugar.

Comprendí entonces el hedor del poblado, y todo cuanto había conocido o leído acerca de lo horrible y lo grotesco palideció ante la circunstancia que el antiguo brahmán acababa de comunicarme. Dieciséis años antes, cuando llegué por primera vez a Bombay, supe por un armenio errante de la existencia, en algún lugar de la India, de un lugar al que eran enviados los hindúes que tenían la desgracia de recuperarse tras un trance o un estado de catalepsia, y recuerdo que reí con ganas lo que entonces me agradó tomar por una leyenda de viajero. Sentado en aquella trampa de arena, el recuerdo del Hotel Watson, con sus oscilantes abanicos, sus criados de túnica blanca y el armenio de rostro cetrino se dibujó en mi memoria, nítido como una fotografía, y me entró un ataque de risa. ¡El contraste resultaba demasiado absurdo!

Gunga Dass me observaba con curiosidad, inclinado sobre el pajarraco. Los hindúes muy rara vez ríen, y el entorno no era de los que mueven a la risa. Sacó solemnemente el pájaro del palo de madera y lo devoró con la misma solemnidad. Prosiguió luego su narración, que reproduzco con sus propias palabras:

—Cuando se propaga una epidemia de cólera, te llevan a enterrar casi antes de que hayas muerto. El aire fresco de la orilla acaso te haga revivir y, si conservas un poco de vida, te llenan de barro la nariz y la boca para que mueras definitivamente. Yo estaba demasiado vivo y protesté airadamente contra las indignidades a que se proponían someterme. Por aquel entonces yo era brahmán y un hombre orgulloso. Ahora soy un hombre muerto y me alimento —echó una ojeada al bien roído hueso de la pechuga del pájaro, y por primera vez desde que nos habíamos encontrado percibí en él un signo de emoción— de cuervos y… otras cosas. Al ver que estaba

demasiado vivo, me sacaron de las sábanas, me administraron medicamentos por espacio de una semana y sobreviví con éxito. Luego me metieron en un tren y me enviaron a la estación de Okara, al cuidado de un hombre; allí nos reunimos con otros dos hombres, y desde allí nos trajeron a los tres en camello, de noche, hasta este lugar; nos lanzaron al cráter desde arriba, y los otros dos consiguieron escapar, pero yo sigo aquí desde entonces, hace ya dos años y medio. En otro tiempo fui brahmán y un hombre orgulloso, y hoy me alimento de cuervos.

—¿No hay manera de salir?

—Ninguna en absoluto. Lo intenté muchas veces al poco de llegar, como todos los demás, pero quedábamos sepultados bajo la arena.

—Pero —le interrumpí en este punto— el río está abierto, y vale la pena el intento de esquivar las balas; esta noche…

Para entonces ya había yo madurado un tosco plan de huida que un natural instinto egoísta me impedía compartir con Gunga Dass. Sin embargo, él adivinó mis pensamientos sin necesidad de que yo dijera nada, casi al tiempo que éstos surgían, y con profundo asombro de mi parte, mostró su desdén con una carcajada larga y sorda… una carcajada, para que se entienda, si no de un superior, al menos de un igual.

—No podrás —había dejado de llamarme señor desde que pronunció la primera frase— escapar así. Aunque puedes intentarlo. Yo lo intenté. Una sola vez.

La indecible sensación de terror que en vano intentaba combatir me dominó por completo. Mi largo ayuno —eran cerca de las diez y no había comido nada desde el té del día anterior—, sumado a mi violenta y agitada galopada, me habían dejado exhausto, y en verdad creo que enloquecí por espacio de unos minutos. Me lancé contra la pendiente de arena. Corrí alrededor de la base del cráter, blasfemando y rezando alternativamente. Me arrastré entre las juncias de la ribera, pero regresé todas las veces aterrado por el miedo a las balas, que levantaban la arena a mi alrededor —pues no me sentía capaz de morir como un perro rabioso en tan espantosa compañía—, y así caí, agotado y delirante, junto al borde del pozo. Nadie pareció interesarse por mi exhibición, y eso hace que todavía me ruborice intensamente cuando lo recuerdo.

Dos o tres hombres me pisotearon mientras trataba de recobrar el aliento para sacar agua del pozo, pues era evidente que estaban acostumbrados a esa clase de situaciones y no malgastaron su tiempo conmigo. Eso sí, cuando Gunga Dass terminó de enterrar las ascuas de su fogata con arena, se tomó la molestia de echarme medio cuenco de agua fétida por encima de la cabeza, una atención por la que bien pude haberme hincado de rodillas para darle las gracias, pero él no paraba de reír con la misma amargura y los mismos espasmos con que había saludado mi primer intento de forzar las arenas. Y allí me quedé, casi inconsciente hasta el mediodía. Entonces, porque a fin de cuentas no soy más que un hombre, sentí hambre y así se lo dije a Gunga Dass, a quien empezaba a considerar mi protector natural. Respondiendo al

impulso del mundo exterior en el trato con nativos, eché mano al bolsillo y saqué cuatro *anna*. Al punto caí en la cuenta de lo absurdo de mi ofrecimiento y me dispuse a guardarlas de nuevo.

No obstante, Gunga Dass exclamó:

—¡Dame el dinero! Todo lo que tengas; si no lo haces pediré ayuda y te mataremos.

Creo que el instinto natural de un británico es proteger el contenido de sus bolsillos, pero me bastó un momento para comprender que sería una locura discutir con el hombre en cuya mano estaba facilitarme las cosas y con cuya ayuda tal vez lograse yo escapar del cráter. Le di todo lo que tenía. Nueve rupias, ocho *anna* y cinco *pie*, porque siempre llevo a mano calderilla para las propinas cuando estoy acampando. Gunga Dass agarró las monedas y al punto las escondió en su harapiento taparrabos, mirando alrededor para cerciorarse de que nadie nos había visto.

—Ahora te daré algo de comer —dijo.

Soy incapaz de explicar qué placer podía proporcionarle mi dinero, mas viendo que le había complacido, no lamenté habérselo entregado con tanta prontitud, pues no me cabe la menor duda de que de haberme negado Gunga Dass me habría matado allí mismo. En un cubil de bestias salvajes no se protesta, y mis compañeros eran inferiores a cualquier bestia. Los demás no mostraron ninguna curiosidad mientras yo comía lo que Gunga Dass me proporcionó —un *chapatti* duro y un cuenco de agua fétida—, y eso que la curiosidad es la norma en cualquier poblado indio.

Casi me pareció que me despreciaban. Me trataban en todo momento con la más fría indiferencia, y tampoco Gunga Dass se distinguía demasiado de los otros. Lo atosigué a preguntas sobre la espantosa comunidad, y sus respuestas fueron sumamente insatisfactorias. Por lo que pude deducir, existía desde tiempos inmemoriales —lo que me llevó a concluir que tenía al menos un siglo de antigüedad— y no se sabía de nadie que hubiera conseguido escapar de allí. (Tuve que contenerme con ambas manos para evitar que el pánico se apoderara de mí por segunda vez, empujándome a un nuevo delirio alrededor del cráter). Gunga Dass subrayó este detalle con malsano placer, mientras observaba cómo me estremecía. Nada de cuanto yo pudiera hacer lo induciría a decirme quiénes eran los misteriosos «ellos».

—Así se ha dispuesto —respondió—. Y no sé de nadie que haya desobedecido las órdenes.

—Cuando mi criado advierta mi ausencia —repliqué— este lugar será borrado de la faz de la tierra, y además te daré una lección de civismo, amigo mío.

—A tus criados los harán pedazos antes de poder acercarse siquiera; y además, tú estás muerto, mi querido amigo. De eso no tienes la culpa, naturalmente; pero estás muerto y enterrado.

Supe que a intervalos regulares se lanzaban provisiones de comida desde la cima del anfiteatro, y los habitantes peleaban por ella como bestias salvajes. Cuando un

hombre presentía que se acercaba su muerte, se retiraba a su guarida para morir. A veces sacaban el cadáver del agujero y lo arrojaban a la arena, o lo dejaban pudrirse en el sitio.

Me llamó la atención la expresión «arrojarlo a la arena» y le pregunté a Gunga Dass si dicha práctica no podía provocar una epidemia de peste.

—Ya lo verás con tus propios ojos —dijo, con otra de sus espasmódicas carcajadas—. Tendrás mucho tiempo para hacer observaciones.

Volví a estremecerme, para regocijo suyo, pero me apresuré a reanudar la conversación:

—¿Cómo pasáis aquí los días? ¿Qué hacéis?

La pregunta suscitó exactamente la misma respuesta que la anterior, con la apostilla «este lugar es como el cielo de los europeos; nadie se casa y nadie es entregado en matrimonio».

Gunga Dass se había educado en la escuela de la Misión y, según él mismo admitía, si hubiera cambiado de religión, «como habría hecho un hombre listo», podría haber evitado caer en ese sepulcro para los vivos. Pero a mí me pareció contento el tiempo que pasé con él.

Ahí estaba un sahib, un representante de la raza dominante, indefenso como un niño y enteramente a merced de sus vecinos nativos. Con deliberada desidia, Gunga Dass se propuso torturarme, como el colegial que se entrega con arrobo a contemplar durante media hora la agonía de un escarabajo empalado, o como el hurón que en una madriguera sumida en la oscuridad se pega cómodamente al cuello de un conejo. Ponía todo el énfasis de su conversación en que no había escapatoria «de ninguna clase» y en que allí tendría yo que seguir hasta que muriera y fuese «arrojado a la arena». Si fuera posible imaginar la conversación de los condenados cuando una nueva alma llegaba a su morada, yo diría que seguramente hablan como Gunga Dass lo hizo a lo largo de toda esa tarde. No podía yo protestar ni responder; todas mis fuerzas se iban en combatir el inexplicable terror que amenazaba con apoderarse de mí una y otra vez. Sólo con la batalla que libra un hombre contra las angustiosas náuseas al realizar la travesía del canal de la Mancha podía comparar mi sensación, con la diferencia de que mi agonía era espiritual y por tanto, infinitamente más atroz.

Ya avanzado el día, los pobladores fueron concentrándose para tomar el sol de la tarde, que empezaba a declinar en la boca del cráter. Se reunían en pequeños grupos y charlaban sin lanzar siquiera una mirada en mi dirección. A eso de las cuatro, si mis cálculos son correctos, Gunga Dass se levantó, desapareció un momento en su guarida y salió de allí con un cuervo vivo en las manos. El desdichado pájaro se encontraba en un estado deplorable, aunque no parecía asustado de su amo. Gunga Dass se acercó con cautela hasta la orilla del río, avanzando de matorral en matorral hasta que alcanzó una franja de arena situada justo en la línea de fuego del barco. Los ocupantes no le prestaron atención. Se detuvo allí y, con diestros movimientos de muñeca, atravesó al pájaro por el lomo con un palo, manteniendo sus alas

desplegadas. El cuervo, como es natural, se puso a graznar y a arañar el aire con sus garras. En pocos segundos, el jaleo llamó la atención de una bandada de cuervos posada en otro banco de arena a un par de cientos de metros de allí, que peleaban por lo que parecía ser un cadáver. Media docena de pájaros volaron al punto para ver lo que pasaba, y también, según resultó, para atacar al cuervo inmovilizado. Gunga Dass, que se había tumbado entre las matas, me hizo una señal para indicarme que me estuviera quieto, aunque tal precaución fuera innecesaria. Al instante, y sin que pudiera ver cómo ocurría, uno de los cuervos que forcejeaba con el pájaro indefenso que no paraba de graznar, se enredó entre las garras de este último, momento que Gunga Dass aprovechó para desenganchar rápidamente al recién llegado y empalarlo, como a su compañero en la adversidad. Parece ser que la curiosidad se apoderó del resto de la bandada, y antes de que Gunga Dass y yo tuviéramos tiempo de ocultarnos entre la maleza, otros dos pájaros cautivos pugnaban ya por liberarse de las garras de los señuelos. Así continuó la caza —si es que puedo darle un nombre digno— hasta que Gunga Dass hubo capturado siete cuervos. Estranguló a cinco de una vez, reservándose dos para repetir la operación en otro momento. Quedé muy impresionado por este método de procurarse el alimento, nuevo para mí, y elogié la habilidad de Gunga Dass.

—No tiene ninguna dificultad —dijo—. Mañana lo harás tú por mí. Eres más fuerte que yo.

Me molestó bastante que diera por sentada mi superioridad, y en tono imperioso le dije:

—¿Eso piensas, canalla? ¿Para qué crees que te he dado el dinero?

—Muy bien —dijo sin inmutarse—. Puede que no sea mañana, ni pasado mañana, pero al final, y por muchos años, tú cazarás los cuervos y yo los comeré, y darás gracias a tu dios europeo por tener cuervos que cazar y comer.

De buena gana lo habría estrangulado por esta contestación, pero dadas las circunstancias estimé más oportuno atemperar mi cólera. Una hora después estaba comiendo uno de los cuervos, y tal como había dicho Gunga Dass, di gracias a mi Dios por tener un cuervo que comer. Nunca en los días de mi vida olvidaré esta cena. La población al completo se había acuclillado en la plataforma de arena dura, a la puerta de las cuevas, encorvada ante pequeñas fogatas encendidas ron desperdicios y juncos secos. La muerte, que ya en una ocasión había posado su mano en aquellos hombres, absteniéndose de asestarles el golpe definitivo, parecía ahora mantenerse a distancia de ellos, pues integraban principalmente esta sociedad hombres ancianos, doblados, consumidos y retorcidos por los años, y mujeres tan viejas a juzgar por su aspecto como las mismas Parcas. Se sentaron en grupos y charlaron —Dios sabe qué temas de conversación podían encontrar— en voz baja y serena, en curioso contraste con el estridente parloteo con que los nativos hacen que el día resulte insoportable. De vez en cuando uno de ellos era presa de la misma furia repentina que a mí me había poseído esa mañana, y entre imprecaciones y alaridos, la víctima atacaba la

empinada pared del cráter hasta que, derrotada y sangrando, se desplomaba sobre la plataforma, incapaz de mover un solo miembro. Los otros ni siquiera alzaban la vista cuando esto ocurría, como si fueran plenamente conscientes de la futilidad de los intentos de su vecino y estuvieran cansados de su inútil repetición. Fueron cuatro las tentativas de este tenor que presencié en el curso de esa tarde.

Gunga Dass encaraba mi situación con un espíritu eminentemente práctico, y mientras cenábamos —ahora no puedo recordarlo sin reír, pese a lo doloroso que fue en su momento— expuso los términos del acuerdo según el cual consentiría en «actuar» para mí. Mis nueve rupias y ocho *anna*, argumentó, a razón de tres *anna* al día, me proporcionarían alimento para cincuenta y un días o, lo que es lo mismo, unas siete semanas; es decir, él se ocuparía de aprovisionarme durante ese período de tiempo. Una vez concluido éste, tendría que arreglármelas por mis propios medios. Por una cantidad adicional, a saber, mis botas, se avendría a permitirme ocupar la cueva contigua a la suya y a proporcionarme hierba seca en abundancia para que pudiera yo hacerme un lecho.

—Muy bien, Gunga Dass —le dije—; acepto de buen grado los primeros términos, pero, como no hay nada en el mundo que me impida matarte mientras estás aquí sentado y quedarme con todas tus pertenencias —pensaba en los dos valiosos cuervos—, me niego rotundamente a entregarte mis botas; ya escogeré yo la guarida que me apetezca.

Fue un buen golpe, y me alegró ver que surtía efecto. Gunga Dass cambió el tono de inmediato, negando toda intención de quedarse con mis botas. No me pareció en absoluto extraño entonces que yo, un ingeniero de caminos con trece años de experiencia, y, así lo espero, un inglés corriente, amenazara de muerte y violencia con tanta tranquilidad al hombre que, bien es verdad que a cambio de una suma de dinero, lo había acogido bajo su ala. Todo parecía indicar que yo había abandonado el mundo por muchos siglos aún por venir. Tuve entonces la certidumbre, tan nítida como la que ahora tengo de mi propia existencia, de que el odioso acuerdo no atendía a otra ley que la del más fuerte; de que los muertos vivientes habían dejado atrás por completo todos los cánones del mundo del que fueron expulsados; y de que mi vida dependía únicamente de mi propia fuerza y vigilancia. Sólo la tripulación del infortunado *Mignonette* podrá comprender cuál era mi estado de ánimo. «En este momento», argumenté conmigo mismo, «soy fuerte y puedo enfrentarme con seis de estos miserables. Es vital que conserve la fuerza y la salud hasta que llegue la hora de mi liberación… si es que llega algún día».

Fortalecido por estas decisiones, comí y bebí cuanto pude, e hice entender a Gunga Dass que tenía la intención de ser el amo y que cualquier intento de insubordinación de su parte sería respondido con el único castigo que estaba en mi mano infligir: una muerte repentina y violenta. Poco después me fui a la cama. Es decir, Gunga Dass me dio dos brazadas de juncos secos que empujé a través de la boca del nicho situado a la derecha del suyo, antes de introducirme también yo,

principalmente los pies; el agujero se adentraba unos tres metros en la arena, con una ligera inclinación descendente, y estaba bien apuntalado con troncos. Desde mi guarida, que miraba a la orilla del río, podía contemplar el flujo de las aguas del Sutlej a la luz de una luna creciente, y me acomodé para dormir lo más confortablemente posible.

Nunca olvidaré los horrores de esa noche. La oquedad era casi tan estrecha como un ataúd, y las paredes estaban pulidas y engrasadas por el contacto de innumerables cuerpos desnudos, a lo que se añadía un olor abominable. Dormir estaba fuera de lugar para alguien en mi estado de agitación. A medida que avanzaba la noche, el anfiteatro pareció llenarse de legiones de sucios demonios que, ascendiendo en tropel desde los bancos de arena, se burlaban de los desgraciados que ocupaban los cubículos.

No soy hombre de naturaleza imaginativa —muy pocos ingenieros lo son—, pero en esa ocasión quedé casi postrado de terror, como una mujer. Al cabo de una media hora, conseguí sin embargo repasar con calma, una vez más, mis posibilidades de huida. No había en las paredes de arena ninguna salida practicable. A esa conclusión ya había llegado tiempo antes. Era posible, sólo posible, que bajo la incierta luz de la luna pudiera eludir los disparos de los rifles. Tanto terror me inspiraba aquel lugar que estaba dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de salir de allí. Imaginen mi alegría cuando, tras acercarme sigilosamente hasta la orilla del río, descubrí que la infernal embarcación había desaparecido. ¡Me encontraba a sólo unos pasos de mi libertad!

Caminando hasta la primera charca que se formaba a los pies del saliente izquierdo de la herradura, podría vadear el lecho del cráter, rodear su flanco y abrirme camino hasta tierra firme. Sin un instante de vacilación, dejé atrás a paso ligero las matas donde Gunga Dass había tendido su trampa a los cuervos y avancé hacia la arena lisa y blanca. No bien hube puesto el pie fuera de los penachos de hierba seca comprendí cuán profundamente vana era toda esperanza de fuga, pues, nada más pisar, sentí un indescriptible movimiento de succión bajo mis pies. Un momento más tarde me había hundido hasta la rodilla. La superficie de la arena parecía temblar con diabólico deleite ante mí desesperación. Sudando por el esfuerzo y el terror, conseguí volver a las matas y caí de bruces.

¡Mi única salida posible del anfiteatro estaba protegida por arenas movedizas!

No tengo la menor idea del tiempo que pasé allí tendido; me despertó la risa malévola de Gunga Dass en el oído.

—Te aconsejo, protector de los pobres —el rufián hablaba en inglés—, que vuelvas a casa. Es malo para la salud tumbarse aquí. Además, cuando el barco regrese, ten por seguro que te dispararán. —Estaba de pie, a mi lado, en la pálida luz del amanecer, sin parar de reír. Refrenando el primer impulso de cogerlo del cuello y lanzarlo a las arenas movedizas, me levanté de mala gana y lo seguí hasta la plataforma de las madrigueras.

De pronto, e inútilmente según comprendí mientras lo decía, pregunté:

—¿De qué sirve el barco, Gunga Dass, si en ningún caso puedo salir? —Recuerdo que, a pesar de mi honda tribulación, había especulado vagamente sobre el desperdicio de munición que entrañaba la vigilancia de una zona de la orilla de por sí bien protegida.

Gunga Dass volvió a reír y dio su respuesta:

—El barco sólo está aquí de día. Y si está es porque hay un camino. Confío en que sigamos disfrutando de tu compañía por mucho tiempo. Este lugar resulta agradable cuando llevas unos años aquí y te has acostumbrado al cuervo asado.

Avancé dando tumbos, entumecido e impotente, hacia el fétido nicho que se me había asignado, y me quedé dormido. Me despertó una hora después un grito penetrante: el estridente relincho de dolor de un caballo. Quienes han oído alguna vez este sonido no lo olvidan jamás. Tuve dificultad para salir del cubículo. Una vez en el exterior, vi a Pornic, mi pobre y querido Pornic, agonizando en la arena. No supe cómo lo habían matado. Gunga Dass explicó que el caballo era mejor que el cuervo, «y el mayor bien para la mayoría es la máxima política, ahora que somos una república, señor Jukes; y tú también tienes derecho a una parte del animal. Si lo deseas podemos pedir que conste el agradecimiento. ¿Quieres que lo proponga?».

¡Sí, en verdad éramos una república! Una república de bestias salvajes atrapadas en el fondo de un foso y condenadas a comer, pelear y dormir hasta la muerte. Contuve mi protesta, me senté y observé el terrible espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos. En menos tiempo de lo que a mí me lleva escribirlo, el cuerpo de Pornic quedó despiezado merced a distintos procedimientos igualmente miserables; los hombres y las mujeres arrastraron los pedazos hasta la plataforma y empezaron a preparar el desayuno. Gunga Dass se ocupó del mío. Volví a ser presa del impulso casi irrefrenable de escapar por la pendiente de arena hasta quedar extenuado, y tuve que combatirlo con todas mis fuerzas. Gunga Dass siguió torturándome con sus bromas hasta que le advertí que si volvía a hacer un comentario de cualquier clase lo estrangularía allí mismo. Esto le hizo guardar silencio, hasta que el silencio se volvió insoportable y le rogué que dijera algo.

—Vivirás aquí hasta que mueras, como el otro extranjero —dijo fríamente, observándome por encima del trozo de cartílago que estaba royendo.

—¿De qué otro sahib hablas, cerdo? Dilo enseguida y no se te ocurra mentir.

—Está allí —respondió Gunga Dass, señalando hacia la entrada de una cueva situada cuatro puertas más allá, a la izquierda de la mía—. Puedes comprobarlo. Murió en la cueva, como morirás tú y moriré yo, y morirán todos los demás; también las mujeres y el niño.

—Por el amor de Dios, dime todo lo que sepas de él. ¿Quién era? ¿Cuándo llegó y cuándo murió?

Esta petición fue un paso en falso de mi parte. Gunga Dass me miró con desprecio y repuso:

—No. A menos que me des algo.

Entonces recordé dónde me encontraba y le propiné un golpe entre ceja y ceja que lo dejó parcialmente aturdido. Enseguida se alejó por la plataforma y, arrastrándose, adulándome, sollozando e intentando abrazarse a mis pies, me condujo hasta la cueva que me había indicado.

—No sé nada de este caballero. A tu dios pongo por testigo de que así es. Estaba tan ansioso como tú de escapar, y le dispararon desde el barco, aunque intentamos impedírselo por todos los medios. Le dieron aquí. —Gunga Dass se llevó una mano al vientre y se dobló hasta el suelo.

—Muy bien. ¿Y qué pasó después? ¡Continúa!

—Y después… después, su señoría, lo llevamos a su casa y le dimos agua; le pusimos paños húmedos en la herida, y se quedó allí tumbado hasta que su alma lo abandonó.

—¿En cuánto tiempo? ¿En cuánto tiempo?

—Una media hora después de resultar herido. Juro por Vishnú —exclamó el desgraciado— que hice todo cuanto pude por él. ¡Hice todo lo posible!

Dicho esto se tiró al suelo y me agarró de los tobillos. Pero yo dudaba de su bondad, y lo pateé mientras él se quejaba.

—Creo que le robaste todo lo que tenía. Sólo necesito un par de minutos para averiguarlo. ¿Cuánto tiempo estuvo aquí el sahib?

—Casi año y medio. Creo que se volvió loco. Pero ¡escúchame, protector de los pobres! Te juro, su señoría, que jamás toqué nada que le perteneciera. ¿Qué está haciendo su señoría?

Yo había cogido a Gunga Dass de la cintura y lo arrastraba por la plataforma, hasta la puerta de la madriguera vacía. Mientras lo hacía pensé en la indescriptible agonía que debió de vivir aquel hombre en medio de todo ese horror por espacio de dieciocho meses, y en la angustia final de morir como una rata en un agujero, con una herida de bala en el estómago. Gunga Dass se figuró que iba a matarlo y empezó a lanzar aullidos lastimeros. El resto de los pobladores, pletóricos tras una comida abundante, nos observaban sin moverse.

—Entra y sácalo de ahí —le ordené a Gunga Dass.

Me sentía mareado y débil, de puro horror. Gunga Dass casi se cae de la plataforma, y gritó con fuerza.

—No puedo; soy un brahmán, sahib. Un brahmán de alta casta. ¡Por tu alma, por el alma de tu padre te pido que no me obligues a hacer esto!

—¡Brahmán o no brahmán, por mi alma y por el alma de mi padre te ordeno que entres! —contesté. Y sujetándolo de los hombros, le empujé la cabeza por la entrada del nicho, introduje el resto de su cuerpo de una patada y me senté, cubriéndome el rostro con las manos.

Al cabo de unos minutos oí un crujido y un chasquido; acto seguido vi a Gunga Dass, que me hablaba entre sollozos y susurros ahogados; luego un ruido sordo… y

me tapé los ojos.

La arena seca había transformado el cadáver que tenía bajo su custodia en una momia pardo amarillenta. Le dije a Gunga Dass que se alejara mientras yo la examinaba. El cuerpo —vestido con ropa de caza verde olivo, muy sucia y vieja, con refuerzos de cuero en los hombros— era el de un hombre de entre treinta y cuarenta años, de estatura superior a la media, pelo claro, de color arenoso, bigote grande y una barba tosca y descuidada. Le faltaba el colmillo superior izquierdo, y una parte del lóbulo de la oreja derecha había desaparecido. En el dedo medio de la mano izquierda llevaba un anillo: un sello de jaspe rojo con forma de escudo engastado en oro, con unas iniciales que tanto podían ser b. k. como b. l. En el dedo corazón de la mano derecha llevaba un anillo de plata en forma de cobra enroscada, muy gastado y deslustrado. Gunga Dass depositó a mis pies un puñado de baratijas que había sacado de la madriguera, y, cubriéndome el rostro con mi pañuelo, me volví para inspeccionarlas. Ofrezco la relación completa con la esperanza de que pueda servir para la identificación del pobre infeliz:

Cazoleta de pipa de palo de rosa, con el borde serrado; muy usada y ennegrecida; la boquilla sujeta con una cuerda.

Dos llaves de palanca de diseño patentado; las dos con las guardas rotas.

Una navaja con el mango de carey y una placa de plata o de níquel con las iniciales B. k. grabadas.

Un sobre, de matasellos indescifrable, con sello victoriano, dirigido a la «Señorita Monn…» (el resto era ilegible)… «ham’…’nt».

Lápiz y cuaderno de notas de imitación de piel de cocodrilo. Las primeras cuarenta y cinco páginas en blanco; cuatro páginas y media ilegibles; otras quince llenas de recuerdos personales relativos principalmente a tres personas: una tal señora L. Singleton, abreviada en varias ocasiones como «Lot Single», una tal «señora S. May», y «Garmison», a quien en algunos lugares se refería como «Jerry» o «Jack».

El mango de un machete pequeño. La hoja partida. Asta de ciervo, en forma de diamante, con anilla giratoria en el extremo; atada con un trozo de cuerda de algodón.

No debe suponerse que realicé un inventario completo de todos estos objetos en el momento. Lo primero que llamo mi atención fue el cuaderno, que me guardé en el bolsillo con intención de estudiarlo más adelante. Llevé el resto de los artículos a mi guarida para esconderlos en lugar seguro y, una vez allí, puesto que soy un hombre metódico, los clasifiqué. Regresé luego junto al cadáver y ordené a Gunga Dass que me ayudara a llevarlo hasta la orilla del río. Mientras lo arrastrábamos, la funda vacía de un viejo cartucho marrón cayó de uno de los bolsillos del cadáver y rodó hasta mis pies.

Gunga Dass no lo había visto; di en pensar que un hombre no guardaba cartuchos vacíos en los bolsillos cuando iba de caza, especialmente de esa clase, que no se podían cargar por segunda vez. Dicho de otro modo, aquel cartucho se había disparado dentro del cráter. Por consiguiente, en alguna parte tenía que haber un

arma. Estuve a punto de preguntárselo a Gunga Dass, pero me contuve, sabiendo que mentiría. Descargamos el cadáver en el borde de las arenas movedizas, junto a las matas de hierba. Mi intención era empujarlo y dejar que las arenas se lo tragaran… el único entierro que fui capaz de concebir. Ordené a Gunga Dass que me dejara solo.

Deposité entonces el cadáver con cuidado sobre las arenas movedizas. Al hacerlo —yacía boca abajo—, rasgué la frágil y podrida cazadora, y una espantosa cavidad en la espalda quedó al descubierto. Ya he dicho que la arena seca había momificado el cuerpo, por así decir. Me bastó una rápida ojeada para comprobar que el agujero era la consecuencia de una herida de bala, que debió dispararse casi a quemarropa. La cazadora, que estaba intacta, se la pusieron después de producirse la muerte, que a buen seguro fue instantánea. Al punto comprendí el secreto de la muerte del pobre diablo. Alguien, presumiblemente Gunga Dass, le disparó desde el cráter con su propia arma, a la que correspondían los cartuchos vacíos. El hombre en ningún caso intentó escapar bajo el fuego procedente del barco.

Empujé el cadáver apresuradamente y lo vi desaparecer en pocos segundos. Me estremecí al observarlo. Aturdido y casi inconsciente, volví para hojear el cuaderno. Había un papel descolorido y sucio entre la tapa y el lomo, que cayó al suelo al abrir las páginas. Decía lo siguiente: «Cuatro desde el montón de cuervos; tres izquierda; nueve de frente; dos derecha; tres atrás; dos izquierda; catorce de frente, dos izquierda, siete de frente, uno izquierda; nueve atrás; dos derecha; seis atrás; cuatro derecha; siete atrás». Los bordes del papel estaban quemados. No entendí qué podía significar. Me senté en la hierba seca, dando vueltas al papel entre los dedos, hasta que noté que Gunga Dass estaba justo detrás de mí, los ojos encendidos de brillo y las manos tendidas.

—¿Lo has encontrado? —preguntó, resollando—. ¿Me dejarás verlo? Te juro que te lo devolveré.

—¿Encontrar qué? ¿Devolver qué?

—Eso que tienes en la mano. Nos ayudará a los dos. —Extendió sus largas garras de ave, temblando de avidez—. Yo no fui capaz de encontrarlo. Lo llevaba siempre escondido encima. Por eso lo maté, pero aún así no logré dar con ello.

Gunga Dass olvidó por completo su relato ficticio acerca de la bala. Lo escuché tranquilamente. Los contornos de la moral se desdibujan cuando se trata con muertos que están vivos.

—¿Qué tonterías estás diciendo? ¿Qué es lo que quieres que te dé?

—El trozo de papel que había en el cuaderno. Nos ayudará a los dos. ¡Ah, qué idiota! ¡Qué idiota! ¿Es que no comprendes para qué sirve? ¡Nos permitirá escapar!

Casi gritaba y bailaba de excitación delante de mí. Reconozco que la posibilidad de huida me emocionó.

—¿Quieres decir que ese trozo de papel nos ayudará? ¿Qué significa?

—¡Léelo en voz alta! ¡Léelo en voz alta! Te ruego que lo leas en voz alta.

Así lo hice. Gunga Dass escuchó con deleite y trazó con los dedos una línea

irregular sobre la arena.

—¡Ahora lo entiendo! Es la longitud de los cañones de la escopeta sin culata. Tengo los cañones. Cuatro medidas de cañón desde el lugar donde cacé los cuervos. De frente; ¿me sigues? Luego tres a la izquierda. ¡Ah! Ahora recuerdo cómo trabajaba ese hombre noche tras noche. Después nueve de frente, y así sucesivamente. Siempre de frente antes de cruzar las arenas movedizas al norte. Me lo dijo antes de que lo matara.

—¿Y si sabías todo esto por qué no te has ido antes?

—No lo sabía. Me dijo que llevaba trabajando en ello un año y medio, noche tras noche, cuando el barco se marchaba, y que conocía un camino seguro cerca de las arenas movedizas. Después dijo que nos marcharíamos juntos. Pero yo temí que cualquier noche se fugaría sin mí. Por eso lo maté. Además, no es aconsejable que los hombres escapen de este lugar. Sólo yo, porque soy brahmán.

La esperanza de la fuga había devuelto a Gunga Dass su conciencia de casta. Se puso en pie, dio un par de vueltas y gesticuló violentamente. Al cabo de un rato conseguí que hablara con sensatez, y me contó que el inglés había pasado seis meses explorando noche tras noche, centímetro a centímetro, el camino a través de las arenas movedizas; aseguraba que era muy fácil hasta llegar a unos veinte metros de la orilla, antes de rodear el cuerno izquierdo de la herradura. Era evidente que no había llegado a completar el recorrido cuando Gunga Dass le disparó con su propia escopeta.

Recuerdo que, en mi frenesí de ilusión ante la posibilidad de huida, estreché con violencia la mano de Gunga Dass, tras decidir que intentaríamos la fuga esa misma noche. La espera de la tarde nos resultó muy ardua.

A eso de las diez de la noche, según mis estimaciones, cuando la luna acababa de asomar por encima del borde del cráter, Gunga Dass fue a su cueva para traer los cañones con los que mediríamos el camino. Hacía rato que los demás infelices se habían retirado a sus guaridas. El barco se había alejado río abajo horas antes, y estábamos completamente solos junto al banco de arena de los cuervos. Gunga Dass, que llevaba los cañones en la mano, dejó caer el papel que nos serviría de guía. Me detuve apresuradamente para recuperarlo y, al hacerlo, fui consciente de que se proponía asestarme un golpe en la cabeza. No tuve tiempo de dar media vuelta. Debí de recibir el golpe en la nuca, pues caí inconsciente en el borde de las arenas movedizas.

La luna ya declinaba cuando recuperé el conocimiento, y noté un dolor insoportable en la cabeza. Gunga Dass había desaparecido, y yo tenía la boca llena de sangre. Volví a tumbarme y recé para morir sin más dilación. Después, la furia irracional de la que ya he hablado se apoderó de mí, y eché a andar, tambaleándome, hacia las paredes del cráter. Me pareció que alguien me llamaba entre susurros —«¡Sahib! ¡Sahib! ¡Sahib!»—, exactamente igual a como me despertaba mi ayudante por las mañanas. Supuse que deliraba hasta que un puñado de arena cayó a mis pies.

Alcé la vista y vi que una cabeza asomaba por la boca del cráter; era Dunnoo, el joven que se encargaba de mis perros. En cuanto logró llamar mi atención, levantó una mano y me mostró una cuerda. Avancé dando traspiés, para que pudiera lanzármela. Eran un par de correas de abanico, atadas, con un lazo en un extremo. Me pasé el lazo por debajo de las axilas; oí que Dunnoo decía algo en tono urgente; fui consciente de cómo me arrastraba de cara a la abrupta pared de arena, y un instante más tarde me vi asfixiado y al borde del desmayo sobre las dunas que miraban al cráter. Dunnoo, la cara cenicienta a la luz de la luna, me imploró que no me detuviera, que regresara al campamento de inmediato.

Al parecer había seguido el rastro de Pornic a lo largo de más de veinte kilómetros hasta el cráter; había regresado para avisar a mis criados, que se negaron en redondo a mezclarse con nadie, ya fuera blanco o negro, que hubiese caído en la espantosa ciudad de los muertos; Dunnoo volvió entonces al cráter con uno de mis ponis y un par de correas de abanico, y me rescató tal como acabo de describir.

EL HOMBRE QUE PUDO REINAR

Hermano de un príncipe y compañero de un mendigo ha de ser para ser digno.

Establece textualmente la ley una justa norma de vida que no resulta fácil de cumplir. En más de una ocasión he compartido con un mendigo circunstancias que a los dos nos impedían concluir si el otro era digno. Aún me queda por ser hermano de un príncipe, aunque hubo un momento en el que estuve cerca de alcanzar este parentesco con un hombre que bien pudiera haber sido un auténtico rey y que me prometió la posesión de un reino, con su ejército, sus tribunales de justicia, sus impuestos y su gobierno al completo. Mucho me temo hoy que mi rey haya muerto, y si deseo una corona habré de procurármela yo mismo.

Todo empezó a bordo de un tren que partió de Ajmir camino de Mhow. Se había producido un déficit presupuestario que me exigía viajar, no ya en segunda clase, que es la mitad de buena que la primera, sino en clase intermedia, que es en verdad pésima. No hay cojines en clase intermedia, y sus pasajeros son intermedios, es decir, euroasiáticos o nativos, lo cual resulta horrible cuando se viaja de noche; o vagabundos, lo cual resulta divertido, aunque suelen ir ebrios. Los que viajan en clase intermedia no consumen en la cantina del tren. Llevan su propia comida en hatos y cazuelas, compran pastelillos a los vendedores nativos y beben agua en los charcos del camino, de ahí que cuando hace calor a los viajeros de clase intermedia los saquen muertos de los vagones, y es comprensible que en cualesquiera condiciones climáticas se les mire con desprecio.

Viajé solo en el vagón hasta que llegamos a Nasirabad, donde subió un caballero de cejas negras y espesas que iba en mangas de camisa y mató el tiempo como es costumbre en los de clase intermedia. Era, como yo, un trotamundos y un vago, si bien tenía un paladar bien educado para el whisky. Contaba historias de las cosas que había visto y hecho, de remotos rincones del Imperio en los que se había adentrado y de aventuras en las que había arriesgado su vida a cambio de comida para unos pocos días.

—Si la India estuviera llena de hombres como usted y como yo, sin más conocimiento que los cuervos acerca de dónde encontrarán mañana su alimento diario, este país estaría pagando setecientos millones en impuestos en lugar de setenta —dijo; y al observar su boca y su barbilla me sentí inclinado a darle la razón.

Hablamos de política —de la política del vagabundo, que ve las cosas por el reverso, donde nadie se molesta en allanar el yeso— y también del servicio postal, pues mi amigo deseaba enviar un telegrama a Ajmir desde la próxima estación, donde

se halla la bifurcación de las líneas de Bombay y de Mhow, cuando se viaja hacia el oeste. Mi amigo no tenía más dinero que ocho *annas* que necesitaba para cenar, mientras que yo no tenía nada, a causa del problema presupuestario antes mencionado. Me dirigía hacia un desierto, donde, si bien debía restablecer contacto con la tesorería, no había oficinas de telégrafos. No podía ayudarlo en modo alguno.

—Podríamos amenazar a algún jefe de estación para que mande un cable de fiado —se le ocurrió a mi amigo—, pero se pondrían a hacer averiguaciones sobre nosotros, y yo estoy hasta el cuello en este momento. ¿Ha dicho usted que hará el camino de vuelta dentro de unos días?

—Diez días —asentí.

—¿Podrían ser ocho? —preguntó—. Mi asunto es muy urgente.

—Puedo enviar su telegrama dentro de diez días, si eso le va bien.

—Bien mirado, no estoy seguro de que él lo reciba. La cosa es como sigue. El día 23 sale de Delhi para Bombay. Eso significa que pasará por Ajmir en torno a la noche del 23.

—Pero yo voy al desierto —expliqué.

—Precisamente. Tendrá usted que cambiar de tren en la bifurcación de Marwar para entrar en Jodpur, y él pasará por la bifurcación de Marwar a primera hora de la mañana del día 24, en el tren correo de Bombay. ¿Podría esperarlo allí a esa hora? No le supondrá ninguna incomodidad; me consta que de esos estados de la India central se sacan poquísimas ganancias, aun cuando se hiciera usted pasar por corresponsal del *Backwoodsman*.

—¿Ha probado ese truco alguna vez?

—Muchas, pero los residentes siempre te descubren, y te escoltan hasta la frontera antes de que puedas clavarles un cuchillo. Volviendo al asunto de mi amigo, es preciso que le dé noticia de lo que ha sido de mí, pues de lo contrarío no sabrá adónde dirigirse. Le quedaré muy agradecido si pudiera usted llegar a la bifurcación de Marwar a tiempo de decirle: «Se ha marchado a pasar la semana al sur». Él sabrá entenderlo. Es un hombre corpulento, de barba roja, y muy elegante. Lo encontrará durmiendo, con todo su equipaje alrededor, en un vagón de segunda clase. No tema. Baje la ventanilla y dígale: «Se ha marchado a pasar la semana al sur». Él caerá en la cuenta. Sólo le supondrá acortar dos días su estancia en esas tierras. Se lo pido como un desconocido… que se dirige al oeste —dijo con especial énfasis.

—¿De dónde viene? —me interesé.

—Del este. Y espero que le transmita usted mi mensaje con exactitud, por la memoria de mi madre y por la suya de usted.

A los ingleses no suelen enternecerles las alusiones a sus madres, sin embargo, por razones que más tarde resultarán obvias, estimé conveniente aceptar.

—El asunto no es baladí —dijo—; por eso se lo pido.

Y sé que puedo contar con que lo hará. Un vagón de segunda en la bifurcación de Marwar, y un hombre pelirrojo que duerme en él. Seguro que lo recuerda. Me apeo en

la próxima estación, y allí debo esperar hasta que él venga o me envíe lo que necesito.

—Le comunicaré el mensaje si logro dar con él —dije—. Y, tanto por la memoria de su madre como de la mía, le daré un pequeño consejo. No intente recorrer los estados de la India central en este momento haciéndose pasar por un corresponsal del *Backwoodsman*. Hay uno de verdad que anda por ahí, y podría verse en apuros.

—Gracias —se limitó a decir—. ¿Y cuándo se marchará ese cerdo? No puedo permitirme morir de hambre porque él me arruine el trabajo. Pensaba ponerme en contacto con el rajá de Degumber de aquí para hablarle de la viuda de su padre y darle un buen susto.

—¿Pues qué le hizo a la viuda de su padre?

—La atiborró de pimienta de cayena, la colgó de una viga y le dio de zapatillazos hasta que murió. Yo lo descubrí y soy el único que se atrevería a entrar en el estado para obtener dinero a cambio de mi silencio. Intentarán envenenarme, como hicieron en Chortumna cuando les saqué los cuartos. Pero ¿le dará usted mi mensaje al hombre de la bifurcación de Marwar?

Se apeó en una pequeña estación, junto a la carretera, y yo reflexioné. Más de una vez había tenido noticia de hombres que se hacían pasar por corresponsales de prensa y sangraban a la autoridades de los pequeños estados nativos amenazando con revelar ciertos asuntos, pero era la primera vez que me topaba con uno de ellos. Llevaban una vida dura, y por lo general morían de forma repentina. Los estados nativos sienten auténtico pavor de la prensa inglesa, que puede airear sus peculiares métodos de gobierno, de ahí que se esfuercen en ahogar a los corresponsales en champán o se los quiten de encima regalándoles un lando de cuatro caballos. No saben que a nadie le importa un rábano la administración interna de los estados nativos, en tanto la opresión y el delito se mantengan dentro de unos límites decentes y el gobernador no se pase el año drogado, borracho o enfermo. Son los lugares oscuros del planeta, donde la crueldad es inimaginable y el ferrocarril y el telégrafo conviven con los días de Harun-al-Rashid. Cuando bajé del tren hice negocios con distintos reyezuelos, y cambié numerosas veces de vida en el plazo de ocho días. Unas veces me vestía de mujer y trataba con príncipes y políticos, bebía en copas de cristal y comía en vajilla de plata. Otras veces me tiraba al suelo y devoraba lo que podía, en un plato improvisado con hojas, bebía el agua de los charcos y dormía bajo la misma manta que mi criado. De todo podía haber en un mismo día de trabajo.

Me encaminé hacia el gran desierto indio en la fecha señalada, según lo prometido, y el tren correo nocturno me llevó hasta la bifurcación de Marwar, de donde parte una pintoresca y despreocupada línea férrea gestionada por los nativos, en dirección a Jodpur. El tren correo procedente de Delhi con destino a Bombay hace una breve parada en Marwar. Llegamos justo a la par, el tren y yo, y tuve que correr hasta el andén y recorrer sus vagones. Sólo había un vagón de segunda clase. Bajé la ventanilla, me asomé y vi una barba roja como el fuego, medio oculta bajo una manta

de viaje. Allí estaba mi hombre, adormilado. Le di un suave codazo en las costillas y se despertó con un gruñido, y entonces vi su rostro a la luz de las farolas. Era notable y magnífico.

—¿Billetes otra vez? —preguntó.

—No —dije—. Vengo a decirle que él se ha marchado a pasar la semana en el sur. ¡Se ha marchado a pasar la semana en el sur!

El tren había empezado a moverse. El hombre pelirrojo se frotó los ojos.

—Se ha marchado a pasar la semana en el sur —repitió—. ¡Qué desfachatez! ¿Le dijo que yo debía entregarle algo? Porque no pienso hacerlo.

—No lo dijo —respondí.

Salté de la ventanilla y me quedé mirando hasta que las luces rojas se extinguieron en la oscuridad. Hacía un frío terrible, porque el viento soplaba del desierto. Subí a mi tren —esta vez no iba en clase intermedia— y me quedé dormido.

Si el hombre de la barba roja me hubiera dado una rupia, la habría guardado como recuerdo de un asunto bastante curioso. Pero la conciencia de haber cumplido con mi deber fue mi única recompensa.

Cavilé más tarde que dos caballeros como mis amigos no tramaban nada bueno cuando se hacían pasar por corresponsales de prensa y, en caso de concluir con éxito su chantaje; en alguno de los pequeños estados de mala muerte de la India central o del sur de Rajputana, podrían verse en serios apuros. Me tomé la molestia de describirlos con la mayor exactitud posible a personas que pudieran estar interesadas en su deportación, y conseguí, según supe más tarde, que los hicieran volver desde la frontera de Degumber.

Luego me volví respetable y regresé a una oficina donde no había reyes, ni más incidentes de los que se producen en la elaboración diaria de un periódico. La redacción de un periódico parece atraer a toda clase imaginable de personas, con gran perjuicio para la disciplina. Se presentan allí las damas de la misión de Zenana y suplican que el director abandone al instante sus obligaciones para ponerle al corriente de una cristiana entrega de premios en alguna barriada de un pueblo inaccesible; coroneles relevados del mando se sientan a esbozar las líneas generales de una serie de diez, doce o veinticuatro artículos de primera plana sobre Veteranía *versus* Selección; los misioneros desean saber por qué no se les ha permitido emplear unos medios de abuso distintos de los habituales para vilipendiar a un hermano misionero debidamente protegidos por el plural mayestático en la sección editorial; compañías de teatro sin recursos acuden en pleno para explicar que en ese momento no pueden afrontar el pago de su publicidad, pero que lo harán con intereses, en cuanto regresen de Nueva Zelanda o de Tahití; inventores de máquinas patentadas para mover *punkahs*, enganches para vagones de tren, espadas irrompibles y árboles de eje acuden con sus especificaciones en el bolsillo y abundantes horas a su disposición; las compañías del té se presentan y utilizan las plumas de la redacción para escribir sus folletos; los secretarios de comités de baile exigen a gritos que se

describa con mayor lujo de detalles la gloria de su última actuación; extrañas damas hacen su aparición entre un frufrú de sedas, diciendo: «Necesito cien tarjetas de invitación para ahora mismo, por favor», lo cual, como es notoriamente sabido, forma parte de las obligaciones de un director de periódico; y hasta el último rufián disoluto que en alguna ocasión haya pateado la gran carretera principal se atreve a pedir trabajo como corrector de pruebas. La campanilla del teléfono no deja de sonar, enloquecida, en ningún momento, pues están asesinando a reyes en Europa, y los Imperios dicen «Ahora reinarás tú», y el señor Gladstone maldice los dominios británicos, y los jóvenes meritorios negros acosan como moscas, implorando «*kaa-pi chay-ha-yeh*» («encárgueme un artículo»), y la mayor parte del papel sigue tan vacío como el escudo de Modred.

Pero ésa es la época divertida del año. Hay otros seis meses durante los cuales ni siquiera suena el teléfono, el mercurio asciende centímetro a centímetro hasta lo más alto del termómetro y la redacción se mantiene en penumbra, con la luz justa para leer, y las prensas están al rojo vivo, y nadie escribe más que obituarios o crónicas de las diversiones en las estaciones de montaña. El timbre del teléfono inspira entonces terror, porque anuncia la repentina muerte de hombres y mujeres a los que uno acaso conocía íntimamente, y el sarpullido del calor lo cubre a uno como una prenda de vestir, y uno se sienta y escribe: «El distrito de Juda Yanta Jan advierte de un ligero repunte de la enfermedad. La naturaleza del brote es puramente esporádica y, gracias a los enérgicos esfuerzos de las autoridades del distrito, ya casi se da por concluido. No obstante, con hondo pesar, damos cuenta de la muerte de…», etc.

Es más adelante cuando la enfermedad se declara de verdad, y cuanto menos se registre y se informe, tanto mejor para la tranquilidad de los suscriptores. Pese a todo, los imperios y los reyes continúan disfrutando con el mismo egoísmo de siempre, y el presidente piensa que un diario debe salir realmente cada veinticuatro horas, y los que se divierten en las estaciones de montaña exclaman: «¡Válgame Dios! ¿Por qué no es más animado este periódico? ¡Con la de cosas que están pasando aquí!».

Ésa es la cara oculta de la luna, y, como reza el anuncio, «hay que vivirlo para apreciarlo».

Fue durante esta época, una temporada especialmente dura, cuando el periódico empezó a tirar la última edición semanal los sábados por la noche, lo que es lo mismo que decir las madrugadas del domingo, según la costumbre de los diarios londinenses. Las ventajas no eran desdeñables, pues cuando cerrábamos la edición, a punto de amanecer, el termómetro bajaba de 36 a 29 grados por espacio de media hora, y con ese fresquito —no se hace uno idea del fresco que puede hacer a 29 grados hasta que no se ha rezado por ello—, un hombre cansado podía quedarse dormido hasta que el calor lo despertaba.

Un sábado por la noche tuve el grato deber de cerrar la edición solo. Un rey o un cortesano o una cortesana estaban a punto de morir, o una comunidad a punto de dotarse de una nueva Constitución, o algo importante iba a ocurrir en el otro extremo

del planeta, y el periódico no podía cerrar hasta el último minuto, en espera del telegrama.

Era una noche negra como la boca del lobo, todo lo bochornosa que puede llegar a ser una noche de junio, y el *loo*, el ardiente viento del oeste, azotaba los árboles secos como la yesca, fingiendo que la lluvia le iba a la zaga. De tanto en tanto, una gota de agua casi hirviendo caía al suelo con el golpe seco de una rana, pero el hastiado mundo sabía que todo era impostado. En la sala de las prensas la temperatura era ligeramente inferior que en la redacción, y allí me senté, entre el chasquido y el traqueteo de la rotativa y el ulular de los chotacabras en las ventanas, mientras los cajistas, casi desnudos, se enjugaban el sudor de la frente y pedían agua. Lo que nos estaba retrasando, fuera lo que fuese, no llegaba, aunque el *loo* había amainado y la última página estaba ya compuesta, y toda la tierra, con un dedo sobre los labios, parecía haberse detenido bajo el sofocante calor, a la espera del acontecimiento. Me adormilé un rato, preguntándome si el telégrafo era una bendición y si el hombre que agonizaba o el pueblo que peleaba serían conscientes de las molestias que la demora nos estaba ocasionando. No había ninguna razón en especial para estar tenso, más allá del calor y la preocupación, pero cuando las manecillas del reloj llegaron a las tres y los volantes de las máquinas giraron dos y tres veces para comprobar que todo estaba a punto antes de que yo diera la orden de impresión, podría haberme puesto a gritar.

El rugido y el estruendo de las máquinas hizo añicos la calma. Me levanté para marcharme, pero dos hombres con traje blanco estaban de pie frente a mí. El primero dijo:

—¡Es él!

Y el segundo asintió:

—¡Es él!

Se echaron a reír casi con tanto estrépito como la rotativa, al tiempo que se secaban la frente.

—Vimos que había una luz encendida desde el otro lado de la calle, donde pensábamos dormir junto a la acequia para estar algo más frescos, y le dije aquí a mi amigo: «La redacción está abierta. Vayamos a saludarlo ahora que hemos vuelto de Degumber» —dijo el más bajo de los dos. Era el hombre al que había conocido en el tren de Mhow, y su amigo el barbudo pelirrojo de la bifurcación de Marwar. No cabía duda, por las cejas del uno y la barba del otro.

No me alegré de verlos, pues tenía ganas de irme a dormir, no de pelearme con un par de haraganes.

—¿Qué quieren? —pregunté.

—Media hora de conversación con usted, frescos y cómodos en la oficina —dijo el pelirrojo barbudo—. Y nos gustaría beber algo… El contrato aún no ha entrado en vigor, Peachey; no pongas esa cara… Lo que queremos en realidad es consejo. No queremos dinero. Venimos a pedirle un favor, porque nos enteramos de que nos jugó

una mala pasada con lo del estado de Degumber.

Salí de la sala de impresión a la redacción sofocante, con sus mapas en las paredes, y el pelirrojo se frotó las manos.

—Aquí se está bien —dijo—. Hemos venido al lugar indicado. Y ahora, señor, permítame presentarle al hermano Peachey Carnehan, que es él, y al hermano Daniel Dravot, que soy yo; y cuanto menos digamos de nuestra profesión tanto mejor, porque lo cierto es que hemos hecho de todo en la vida: soldado, marinero, cajista, fotógrafo, corrector de pruebas, predicador ambulante y corresponsal del *Backwoodsman*, cuando pensábamos que el periódico lo necesitaba. Carnehan está sobrio, y yo también. Mírenos y comprobará que es cierto. Eso le ahorrará interrumpirme. Cogeremos uno de sus cigarros cada uno, y usted verá cómo los encendemos.

Observé la demostración. Estaban completamente sobrios, de modo que les serví un whisky tibio con soda.

—Estupendo —dijo Carnehan, el de las cejas densas, mientras se limpiaba la espuma del bigote—. Déjame hablar a mí, Dan. Hemos recorrido toda la India, generalmente a pie. Hemos sido caldereros, maquinistas, pequeños contratistas y todo eso, y hemos llegado a la conclusión de que este país no es suficientemente grande para gente como nosotros.

La verdad es que eran demasiado grandes para la oficina. Sentados a la mesa, la barba de Dravot parecía ocupar la mitad de la habitación, y los hombros de Carnehan la otra mitad. Carnehan siguió diciendo:

—El país no está ni medio explotado todavía, porque los que gobiernan no te dejan tocarlo. Malgastan todo su santo tiempo en gobernarlo, y no puedes levantar una pala ni picar una roca, ni buscar petróleo o cualquier cosa por el estilo sin que el gobierno diga: «No hagas nada. Déjanos gobernar». Así las cosas, lo dejaremos estar y nos marcharemos a otra parte, donde los hombres no vivan hacinados y puedan demostrar su valía. No somos unos chiquilicuatres y no tememos a nada más que a la bebida; y a ese respecto hemos firmado un contrato. Por lo tanto, nos vamos de aquí para ser reyes.

—Reyes por derecho propio —musitó Dravot.

—Sí, claro —dije—. Han estado andando bajo el sol, y hace una noche muy calurosa; ¿no creen que sería mejor consultarlo con la almohada? Vuelvan mañana.

—Ni borrachos ni con insolación —dijo Dravot—. Llevamos medio año consultándolo con la almohada; hemos visto algunos libros y atlas, y hemos decidido que en este momento sólo hay un lugar en el mundo donde dos hombres fuertes puedan reinar como el Rajá de Sarawhack. Lo llaman Kafiristán. Tengo entendido que está en la esquina superior derecha de Afganistán, a unos quinientos kilómetros de Peshawar. Allí tienen treinta y dos ídolos paganos, y nosotros seremos los números treinta y tres y treinta y cuatro. Es un país montañoso, y sus mujeres son muy bellas.

—Pero eso lo prohíbe el contrato —apostilló Carnehan—. Ni mujeres ni alcohol,

Daniel.

—Y eso es todo lo que sabemos, además de que nadie ha entrado nunca en ese lugar, y de que son un pueblo belicoso, y allí donde hay guerras un hombre capaz de ofrecer instrucción militar siempre puede convertirse en rey. Iremos a esas tierras y le diremos al rey, si es que lo encontramos: «¿Quieres derrotar a tus enemigos?». Y le enseñaremos a entrenar a los hombres; de eso sabemos más que de ninguna otra cosa. Luego derrocaremos al rey, ocuparemos su trono y fundaremos una dinastía.

—No podrán recorrer ni cien kilómetros al otro lado de la frontera sin que les corten en pedazos —les advertí—. Para llegar a ese país tienen que cruzar todo Afganistán. Es una masa de montañas, picos y glaciares, donde ningún inglés se ha internado jamás. Sus habitantes son auténticos salvajes, y aun cuando los encontraran no tendrían nada que hacer.

—Es posible —dijo Carnehan—. Nos gustaría que nos considerase un poco más locos. Hemos acudido a usted para aprender sobre ese país, para leer algún libro y consultar mapas. Queremos que nos diga que estamos chalados y nos muestre sus libros. —Se volvió hacia las estanterías.

—¿De verdad hablan en serio?

—Un poco —dijo Dravot amablemente—. El mapa más grande que tenga, aunque no figure Kafiristán, y cualquier libro. Sabemos leer, aunque no somos muy cultos.

Saqué el mapa de la India a escala 1: 200 000 junto con dos mapas fronterizos más pequeños y el volumen de la *Enciclopedia británica* correspondiente a las letras INF-KAN, y los hombres los consultaron.

—¡Fíjese en esto! —dijo Dravot, con el pulgar sobre el mapa—. Peachey y yo conocemos el camino hasta Yagdallak. Estuvimos allí con el ejército de Roberts. Una vez en Yagdallak tenemos que torcer a la derecha, por territorio Laghmann. Luego cruzar las montañas… a más de cuatro mil metros de altitud; hará frío, pero no parece estar muy lejos.

Le pasé las *Fuentes del Oxo*, de Wood. Carnehan parecía absorto en la enciclopedia.

—Son gente mestiza —reflexionó Dravot—, y saber los nombres de sus tribus no nos servirá de nada. A más tribus, más guerras, y mejor para nosotros. De Yagdallak a Ashang. ¡Umm!

—Pero toda esta información sobre el país es esquemática y poco exacta —observé—. En realidad nadie sabe nada. Aquí está el informe del United Services Institute. Lea lo que dice Bellew.

—¡Al infierno Bellew! —exclamó Carnehan—. Son un atajo de paganos apestosos, Dan, pero este libro dice que creen estar emparentados con nosotros, con los ingleses.

Me dediqué a fumar mientras ellos estudiaban a Raverty, a Wood, los mapas y la enciclopedia.

—No es necesario que espere —dijo cortésmente Dravot—. Son casi las cuatro. Puede irse a dormir si lo desea. Nos marcharemos antes de las seis y no le robaremos ningún papel. No se preocupe. Somos dos lunáticos inofensivos, y si viene mañana por la noche al serrallo nos despediremos de usted.

—Son un par de chiflados —contesté—. Les obligarán a dar media vuelta en la frontera o los cortarán en pedazos en cuanto pongan un pie en Afganistán. ¿Necesitan dinero o una carta de recomendación? La semana que viene puedo ayudarles a encontrar trabajo.

—La semana que viene estaremos muy ocupados, gracias —dijo Dravot—. Ser rey no es tan fácil como parece. Cuando nuestro reino funcione debidamente se lo haremos saber, y puede venir para ayudarnos a gobernarlo.

—¿Firmarían dos lunáticos un contrato como éste? —preguntó Carnehan con disimulado orgullo, mientras me mostraba un grasiento papel en el que habían escrito las siguientes palabras, que copié allí mismo por curiosidad:

> Poniendo a Dios por testigo de este Contrato entre tú y yo… Amén, etcétera.
>
> Uno: que yo y tú resolveremos este asunto juntos; p. ej., ser reyes de Kafiristán.
>
> Dos: que en tanto resolvamos este asunto ni yo ni tú nos acercaremos al alcohol o a ninguna mujer, negra, blanca o morena, para no mezclarnos nocivamente ni con lo uno ni con la otra.
>
> Tres: que nos conduciremos con Dignidad y Discreción, y si uno de los dos tiene problemas, el otro permanecerá a su lado.
>
> Firmado con fecha de hoy por ti y por mí.

PEACHEY TALIAFERRO CARNEHAN
DANIEL DRAVOT

Ambos caballeros sin domicilio establecido…

—El último artículo era innecesario —dijo Carnehan, sonrojándose ligeramente—; pero es lo habitual. Ahora ya sabe qué clase de hombres son los vagabundos… Tú y yo somos vagabundos, Dan, hasta que salgamos de la India. ¿Cree que firmaríamos un contrato así si no habláramos en serio? Prometemos alejarnos de las dos cosas por las que merece la pena vivir.

—No creo que puedan disfrutar de la vida por mucho tiempo si se embarcan en esa estúpida aventura. No prendan fuego a la oficina —les advertí—. Y salgan de aquí antes de las nueve.

Los dejé enfrascados en los mapas, tomando notas en el reverso del «Contrato».

No deje de pasar mañana por el serrallo —fueron sus palabras de despedida.

El serrallo de Kumharsen es un cuadrado de cuatro menos de lado, la gran cloaca de la humanidad, donde cargan y descargan las caravanas de camellos y caballos que vienen desde el norte. Allí se dan cita personas de todos los pueblos del Asia central, así como de la mayoría de los pueblos de la India propiamente dicha. Los llegados de Baj o de Bojara se dan la mano con los de Bengala o Bombay y tratan de hincarse el diente. En el serrallo de Kumharsen se compran y se venden ponis, turquesas, gatos persas, alforjas, ovejas y almizcle, y se consiguen muchos objetos raros a cambio de nada. Esa tarde bajé a fin de comprobar si mis amigos tenían intención de cumplir su palabra o estaban tirados por ahí, borrachos.

Un sacerdote ataviado con pedazos de cinta y jirones de tela se me acercó con paso majestuoso, haciendo girar un molinillo de papel como ésos con los que juegan los niños. Tras él caminaba su criado, doblado bajo el peso de un cajón de juguetes de arcilla. Cargaban dos camellos, mientras los habitantes del serrallo los observaban riendo a carcajadas.

—El sacerdote está loco —me confió un traficante de caballos—. Se va a Kabul a vender juguetes al emir. O lo colman de honores o le cortan la cabeza. Llegó esta mañana, y desde entonces se ha comportado como un chiflado.

—Dios protege a los locos —farfulló un uzbeko de cara chata en un hindi imperfecto—. Predicen el porvenir.

—¡Pues ya podían haber predicho que los shinwari iban a atacar mi caravana a un tiro de piedra del Paso! —gruñó el agente yusufzai de una casa de comercio de Rajputana, cuyas mercancías se habían repartido otros ladrones nada más cruzar la frontera, y cuyo infortunio era el hazmerreír del bazar—. ¡Eh, sacerdote! ¿De dónde vienes y adónde vas?

—De Roum vengo —voceó el sacerdote, agitando su molinillo—; ¡de Roum, atravesando el mar, impulsado por el aliento de cien demonios! ¡Ah, ladrones, bellacos, embusteros, que Pir Jan bendiga a los perros, a los cerdos y a los perjuros! ¿Quién llevará hasta el norte al Protegido de Dios para venderle al emir amuletos nunca vistos? No flaquearán los camellos, ni enfermarán los hijos, y las mujeres guardarán fidelidad a los hombres que me ofrezcan un lugar en su caravana. ¿Quién me ayudará a azotar al rey del Roos con el tacón de plata de una zapatilla de oro? ¡Que Pir Jan proteja sus afanes! —Se abrió los faldones de la gabardina y empezó a hacer piruetas entre la hilera de caballos amarrados.

—Dentro de veinte días sale una caravana de Peshawar a Kabul, Huzrut —dijo el comerciante yusufzai—. Mis camellos van con ella. Ven tú también y tráenos buena suerte.

—¡Yo parto ahora mismo! —gritó el sacerdote—. ¡Parto a lomos de mis camellos alados, y en un día llegaré a Peshawar! ¡Eh! Hazar Mir Jan —le gritó a su criado—, saca a los camellos, pero deja que yo monte primero el mío.

Se subió de un salto a su montura, que se había arrodillado, y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Ven tú también, sahib, y durante el camino te venderé un amuleto; un amuleto que te convertirá en rey de Kafiristán.

Entonces lo vi todo claro y seguí a los camellos hasta que salimos del serrallo y llegamos a una carretera, donde el sacerdote se detuvo:

—¿Qué le ha parecido? —preguntó en inglés—. Carnehan no habla su lengua, por eso lo he convertido en mi criado. Es un criado muy apuesto. No en vano llevo catorce años pateando este país. ¿Verdad que he hablado bien? Nos sumaremos a una caravana en Peshawar hasta que lleguemos a Yagdallak; allí trataremos de cambiar los camellos por burros y nos pondremos en camino hacia Kafiristán. ¡Molinillos para el emir, oh Señor! Meta la mano en las alforjas y dígame qué toca.

Palpé la culata de un Martini, y de otro, y de otro más.

—Veinte —dijo Dravot muy complacido—. Veinte, con su correspondiente munición, bajo los molinillos y las muñecas de barro.

—¡Que el cielo les asista si les sorprenden con esto! —exclamé—. Un Martini vale su peso en plata para los pastunes.

—Un capital de mil quinientas rupias. Hasta la última rupia que hemos mendigado, robado o pedido prestada la hemos invertido en estos dos camellos —explicó Dravot—. No nos cogerán. Cruzaremos el Jaiber con una caravana corriente. ¿Quién le pondría la mano encima a un sacerdote chiflado?

—¿Tienen todo lo necesario? —pregunté sin salir de mí asombro.

—Todavía no, pero pronto lo tendremos. Denos algún recuerdo de su amabilidad, hermano. Ayer nos hizo un favor, y otro esa vez, en Marwar. La mitad de mi reino será suyo, como reza el dicho. —Saqué un pequeño amuleto en forma de brújula de la cadena de mi reloj y se la ofrecí al sacerdote.

—Adiós —dijo Dravot, tendiéndome la mano con cautela—. Es la última vez que estrechamos la mano de un inglés en muchos días. Dale la mano, Carnehan —gritó mientras el segundo camello pasaba a mi lado.

Carnehan se agachó y me dio la mano. Los camellos se alejaron por la carretera polvorienta, y allí me quedé, a solas con mi perplejidad. Mis ojos no detectaron fallo alguno en sus disfraces. La escena del serrallo demostraba que a ojos de los nativos eran lo que parecían. Cabía pues la posibilidad de que Carnehan y Dravot lograsen cruzar Afganistán sin ser detenidos. Pero más allá encontrarían la muerte: una muerte segura y atroz.

Diez días más tarde, el corresponsal nativo que me comunicaba las noticias del día en Peshawar comenzaba su misiva diciendo: «Ha habido por aquí mucha diversión a costa de un sacerdote chiflado con intención de vender a su majestad el emir de Bojara baratijas y fruslerías a las que atribuye grandes poderes. Pasó por Peshawar, donde se incorporó a la segunda caravana estival, la que se dirige a Kabul. Los comerciantes están contentos, porque son supersticiosos y creen que ese tipo de

locos trae buena suerte».

Así pues, los dos habían cruzado la frontera. De buena gana hubiera rezado por ellos, pero esa noche falleció en Europa un rey de verdad, y debía escribir su necrológica.

La rueda del mundo repite el mismo ciclo una y otra vez.

Pasó el verano y le sucedió el invierno, y otro verano y otro invierno. El periódico seguía su curso, y yo con él; y el tercer verano hubo una noche de fuerte calor y tensa espera de un telegrama que debía llegar del otro lado del mundo, tal como ya ocurriera en otras ocasiones. Un puñado de grandes hombres había muerto en el curso de los dos últimos años; las máquinas trabajaban con mayor estruendo, y algunos árboles del jardín de la redacción habían crecido al menos diez centímetros. Por lo demás, nada había cambiado.

Entré en la sala de impresión y me encontré una escena como la descrita anteriormente. La tensión nerviosa era mayor que dos años atrás, y yo acusaba más el calor. A las tres en punto grité: «¡Rotativa en marcha!». Me disponía a irme cuando vi que lo que quedaba de un hombre se arrastraba hasta mi silla. Parecía enroscado, la cabeza hundida entre los hombros, y andaba torpemente, como un oso. Apenas distinguía si caminaba o gateaba… y el hombre, quejumbroso, tullido y harapiento, se dirigió a mí llamándome por mi nombre para anunciar, gimoteante, que había regresado.

—¿Puede darme un trago? —sollozó—. ¡Por Dios, deme un trago!

Volví a la oficina, mientras él seguía gimiendo de dolor, y encendí la lámpara.

—¿No me reconoce? —jadeó, desplomándose sobre una silla y volviendo hacia la luz el rostro demacrado, el pelo desgreñado y gris.

Lo miré fijamente. En alguna parte había visto unas cejas que se unían por encima de la nariz, formando una franja negra de más de dos centímetros de ancho, pero en ese momento era incapaz de decir dónde.

—No lo conozco —dije, pasándole el whisky—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Bebió un trago de alcohol y tembló como si lo recorriera un escalofrío, a pesar del calor sofocante.

—He vuelto —repitió—. Y fui rey de Kafiristán. ¡Dravot y yo fuimos coronados reyes! Lo planeamos todo en esta oficina; usted estaba ahí y nos dio los libros. Soy Peachey… Peachey Taliaferro Carnehan, y usted sigue aquí desde entonces. ¡Ah, Dios!

Estaba más que asombrado y así lo manifesté.

—Es cierto —dijo Carnehan, con una risa socarrona y seca, acariciándose los pies, que llevaba envueltos en harapos—. Cierto como el Evangelio. Fuimos reyes, y lucimos coronas sobre nuestras cabezas… Dravot y yo… Pobre Dan. ¡Ah, pobre, pobre Dan! ¡No debería haberme hecho caso, ni aunque se lo hubiera suplicado!

—Quédese con el whisky —le dije— y tómese el tiempo necesario. Cuénteme todo lo que recuerde, de principio a fin. Cruzaron la frontera en los camellos. Dravot

disfrazado de sacerdote y usted de criado. ¿Recuerda eso?

—No estoy loco, aunque no tardaré en estarlo. Naturalmente que lo recuerdo. No deje de mirarme, de lo contrario puede que mis palabras se hagan pedazos. No deje de mirarme a los ojos, y no diga nada.

Me incliné hacia delante y lo miré con la mayor fijeza que pude. Dejó caer una mano sobre la mesa y le cogí por la muñeca. La tenía retorcida, como la garra de un pájaro, y en el dorso de la mano mostraba una cicatriz enrojecida, con forma de diamante.

—No; no mire ahí. Míreme a mí —dijo Carnehan—. Eso viene después. Pero ¡por el amor de Dios, no me distraiga! Partimos con la caravana, Dravot y yo, haciendo toda clase de extravagancias para divertir a nuestros compañeros de viaje. Dravot nos hacía reír de noche, mientras los demás preparaban la cena… preparaban la cena y… ¿qué hacían a continuación? Encendían fogatas de las que saltaban chispas que llegaban hasta la barba de Dravot, y todos nos moríamos de risa. Eran pequeñas hogueras rojas que volaban hasta la barba roja de Dravot… ¡qué divertido! —Dejó de mirarme a los ojos y sonrió como alelado.

—Llegaron hasta Yagdallak con esa caravana —me atreví a decir—, después de lo de las hogueras. Hasta Yagdallak, y desde allí se dirigieron a Kafiristán.

—No; no hicimos ninguna de las dos cosas. ¿De qué está hablando? Nos desviamos antes de Yagdallak, porque oímos decir que las rutas eran buenas, aunque no lo suficiente para nuestros camellos. Cuando nos separamos de la caravana, Dravot se deshizo de su ropa y de la mía; dijo que seríamos bárbaros, porque los kafir no permiten que los mahometanos se dirijan a ellos. De modo que no nos vestimos ni de lo uno ni de lo otro. Yo nunca había visto, y espero no volver a ver, a nadie con una pinta como la de Daniel Dravot. Se quemó media barba y se echó una piel de oveja sobre los hombros; y se afeitó la cabeza, formando dibujos. Luego me rapó a mí, y me obligó a ponerme una ropa terrible, para que pareciera un bárbaro. Estábamos en un país muy montañoso, y los camellos no podían seguir avanzando por las montañas. Eran altas y negras, y a mi regreso las vi pelear como cabras salvajes… hay montones de cabras en Kafiristán. Y esas montañas nunca se están quietas, como las cabras. Siempre están peleando, no te dejan dormir de noche.

—Beba un poco más —le ofrecí, muy despacio—. ¿Qué hicieron usted y Daniel Dravot cuando los camellos no pudieron continuar por esos difíciles caminos que llevan a Kafiristán?

—¿Qué hicieron quiénes? El que iba con Dravot se llamaba Peachey Taliaferro Carnehan. ¿Quiere que le hable de él? Murió allí, de frío. El pobre Peachey cayó desde un puente, girando y retorciéndose en el aire como esos molinillos de un penique que llevábamos para venderle al emir. No; vendíamos dos molinillos por tres peniques, si no me equivoco y no estoy irremediablemente enfermo… Los camellos ya no nos servían de nada, y Peachey le dijo a Dravot: «Por el amor de Dios, salgamos de aquí antes de que nos rompamos la crisma». Dicho lo cual mataron a los

camellos allí mismo, en las montañas, pues no tenían nada que comer; pero antes descargaron las cajas con las armas y la munición, hasta que aparecieron dos hombres en mulas. Dravot se puso a dar saltos y a bailar delante de ellos, cantando «Véndeme cuatro mulas». Y el primero de los hombres dijo: «Si eres rico para comprar, eres rico para que te roben». Pero antes de que pudiera echar mano al cuchillo, Dravot le partió el pescuezo de un rodillazo, y el otro echó a correr. Carnehan cargó a las mulas con los rifles que hasta entonces habían llevado los camellos, y juntos nos adentramos en las montañas, donde el frío es atroz y no hay camino más ancho que la palma de una mano.

Se detuvo un momento, y le pregunté si recordaba cómo era la naturaleza en aquel país.

—Se lo estoy contando lo mejor que puedo, pero mi cabeza ya no rige como debiera. Me la atravesaron con clavos para que pudiese oír mejor cómo moría Dravot. Era un país montañoso, y las mulas eran muy tercas; los habitantes vivían desperdigados y aislados. Siguieron subiendo y subiendo, y bajando y bajando; y el otro, Carnehan, le imploró a Dravot que no cantara y silbara con tanta fuerza, por miedo a provocar una temible avalancha. Pero Dravot decía que si un rey no puede cantar no valía la pena ser rey, y arreó a las mulas por la pendiente, y por espacio de siete fríos días hizo caso omiso de este ruego. Llegamos a un valle amplio y plano entre las montañas; las mulas estaban medio muertas y decidimos matarlas, porque no teníamos comida, ni para ellas ni para nosotros. Nos sentamos en las cajas y jugamos a pares y nones con los cartuchos quemados.

»De pronto, diez hombres provisto de arcos y flechas bajaron corriendo hacia el valle, persiguiendo a otros veinte, también con arcos y flechas, y la pelea fue tremenda. Eran hombres blancos; más blancos que usted o que yo, de pelo rubio y notable constitución. Dravot sacó las armas y dijo: “Aquí empieza el negocio. Lucharemos con los diez”. Y empezó a disparar dos rifles a una distancia de doscientos metros contra los otros veinte, derribando a uno de ellos de la roca donde estaba sentado. Los demás se dieron a la fuga, pero Carnehan y Dravot, sentados sobre las cajas, los alcanzaban a cualquier distancia, valle arriba y valle abajo. Subimos entonces hasta donde se encontraban los diez hombres que habían salido corriendo por la nieve, y nos lanzaron una flecha muy rudimentaria. Dravot respondió con un disparo que les pasó rozando por encima de la cabeza, y todos se echaron al suelo. Luego se acercó a ellos, les dio un puntapié, los levantó y les estrechó a todos la mano, para que se mostraran amistosos. Les pidió que llevaran las cajas y saludó al mundo, como si ya fuera rey. Los hombres cargaron con las cajas a través del valle y montaña arriba, hasta un pinar que había en la cima, donde vimos media docena de ídolos de piedra. Dravot se acercó al más grande (un tal Imbra), dejó un rifle y un cartucho a sus pies, se frotó respetuosamente la nariz contra la nariz del ídolo, le acarició la cabeza e hizo una reverencia. Después se volvió hacia los demás, asintió con la cabeza y dijo: “Muy bien. Yo también estoy en el ajo, y estos viejos demonios

son mis amigos”. Abrió la boca y señaló hacia dentro, y cuando el primero de los hombres le ofreció comida, dijo: “No”. Y cuando el segundo le ofreció comida, dijo: “No”. Pero cuando uno de los sacerdotes y el jefe de la aldea le ofrecieron comida, dijo: “Sí”. Muy altivo, y empezó a comer despacio. Así fue como llegamos sin problemas a nuestra primera aldea, como si hubiéramos caído del cielo. De lo que nos caímos fue de uno de esos malditos puentes de cuerda, y después de eso no se puede esperar de un hombre que ría a menudo.

—Beba un poco más de whisky y continúe —dije—. Ésa fue la primera aldea a la que llegaron. ¿Cómo lograron convertirse en reyes?

—Yo no era rey —dijo Carnehan—. El rey era Dravot, y estaba muy atractivo con su corona de oro en la cabeza y todo lo demás. Se quedaron los dos en la aldea, y todas las maña nas, Dravot se sentaba junto a Imbra y la gente acudía a venerarlo. Ésa era la orden de Dravot. Poco después llegaron muchos hombres al valle, y Carnehan y Dravot les dispararon con los rifles antes de que pudieran darse cuenta de dónde estaban; corrieron valle abajo, subieron por la ladera de otra montaña y encontraron otra aldea, igual que la primera, con gente de cara chata, y Dravot preguntó: «¿Qué problema hay entre vuestras aldeas?». La gente señaló a una mujer más blanca que usted o que yo, a la que habían raptado, y Dravot la devolvió a su aldea y contó los muertos: ocho en total. Derramó un poco de leche en el suelo por cada hombre muerto, agitó los brazos como un molinillo y dijo: «Así está bien». Carnehan y él tomaron del brazo al jefe de cada aldea, los llevaron hasta el valle y les enseñaron a abrir una zanja en la tierra con una lanza; luego dieron a cada uno un trozo de tierra a cada lado de la zanja. Entonces bajaron los demás, gritando como locos, y Dravot dijo: «Id a labrar la tierra, sed provechosos y multiplicaos». Ellos obedecieron, aunque no lo entendían. Preguntamos los nombres de las cosas en su jerga: pan, agua, fuego, ídolos y cosas por el estilo, y Dravot condujo a los sacerdotes de cada aldea hasta donde se encontraba el ídolo y les dijo que él tenía que sentarse allí para impartir justicia y que si algo salía mal podían pegarle un tiro.

»Una semana más tarde todos arando la tierra del valle, laboriosos como abejas y mucho más hermosos; los sacerdotes escuchaban las quejas del pueblo y mediante gestos explicaban a Dravot de qué se trataba. “Esto no es más que el principio”, dice Dravot. “Creen que somos dioses”. Entre Carnehan y él eligen a veinte hombres fuertes y les enseñan a disparar un rifle, a formar de cuatro en fondo y a avanzar en línea, y todos parecen muy contentos y dispuestos, y enseguida le cogen el tranquillo. Dravot saca entonces su pipa y su bolsa de tabaco y deja una cosa en una aldea y otra cosa en la otra, y se marcha con Carneham a ver qué pueden hacer en el siguiente valle. Era todo de roca y en él había una pequeña aldea, y Carnehan dice: “Llévalos a sembrar al otro valle y dales un poco de tierra que todavía no sea de nadie”. Eran muy pobres, y antes de permitirles entrar en el nuevo reino los ungimos con la sangre de un cabrito. Lo hicimos para impresionarlos, y después de eso se establecieron tranquilamente. Y entonces Carnehan fue en busca de Dravot, que se había marchado

a otro valle, todo cubierto de nieve y de hielo, muy montañoso. Allí no había nadie, y el ejército se asustó; Dravot disparó a uno de los soldados y siguió avanzando hasta que encontró otro valle habitado. El ejército explica a los aldeanos que más les vale no disparar sus mosquetes, porque tenían mosquetes de mecha, si no quieren que nadie muera. Hacemos buenas migas con el sacerdote, y yo me quedo allí solo con dos soldados, para ocuparme de la instrucción de los hombres; y un jefe de tamaño imponente llega entre la nieve, tañendo cuernos y timbales, porque ha oído que un nuevo dios anda por los alrededores. Carnehan apunta con su rifle hacia la masa humana a más de medio kilómetro de distancia y abate a uno. Acto seguido le envía un mensaje al jefe para comunicarle que, si no desea morir, debe venir a estrecharme la mano, desarmado. El jefe viene solo, y Carnehan le da la mano y lo abraza, como hacía Dravot. Y el jefe se queda muy sorprendido y me acaricia las cejas. Poco después, Carnehan va solo a hablar con el jefe y mediante gestos le pregunta si tiene algún enemigo al que odie. "Lo tengo", dice el jefe. Carnehan escoge entonces a los mejores hombres y ordena a sus dos soldados que les den instrucción, y al cabo de dos semanas los aldeanos son capaces de manejarse como un ejército de voluntarios. Carnehan parte entonces en compañía del jefe hasta una gran llanura en la cima de una montaña, mientras sus hombres asaltan un valle y lo toman; somos tres Martini disparando a bulto contra el enemigo. Conquistamos también ese valle, y yo le entrego al jefe un jirón de mi abrigo y le digo:

»—Ocúpalo hasta mi regreso, como se dice en las Escrituras.

»A modo de advertencia, cuando ya me he alejado de allí unos dos kilómetros con mis tropas, disparo una bala a sus pies, en la nieve, y todos se echan de bruces al suelo. Le envío luego una carta a Dravot, esté donde esté, por tierra o por mar.

A riesgo de que el pobre hombre perdiera el hilo, le pregunté:

—¿Cómo podía enviar una carta desde allí?

—¿La carta? ¡Ah! ¡La carta! No deje de mirarme a los ojos, por favor. Era una carta de cuerda parlante; lo aprendimos de un mendigo ciego en el Punyab.

Recordé que en cierta ocasión se presentó en la redacción un hombre ciego con un rama nudosa y un trozo de cuerda enrollado en la rama según cierto código propio. Al cabo de horas o de días, podía repetir la frase que había anudado. Había reducido el alfabeto a once sonidos elementales; intentó enseñarme su método, pero no logré entenderlo.

—Le envié esa carta a Dravot —dijo Carnehan—. Le pedía que regresara, porque su reino empezaba a ser demasiado grande para que yo pudiera manejarlo solo, y me puse en camino hacia el primer valle, para ver cómo trabajaban los sacerdotes. Dieron a la aldea que tomamos con ayuda del jefe el nombre de Bashkai, y a la que habíamos tomado anteriormente el de Er-Heb. Los sacerdotes de Er-Heb lo estaban haciendo muy bien, pero tenían que consultarme muchas causas pendientes sobre la tierra, y algunos hombres de otra aldea los habían atacado con flechas durante la noche. Salí en busca de esa aldea y lancé cuatro descargas a mil metros de distancia. Con eso me

quedé sin munición y mantuve a mi gente tranquila mientras esperaba el regreso de Dravot, que llevaba dos o tres meses fuera.

»Una mañana oí un ruido infernal de cuernos y tambores, y vi que Dan Dravot marchaba con un ejército montaña abajo, seguido por un séquito de cientos de hombres, y, lo más extraordinario de todo, que llevaba una corona de oro en la cabeza.

»—¡Dios mío, Carnehan! —me dijo—. Este negocio es estupendo; y tenemos toda la tierra que queramos. Soy el hijo de Alejandro y de la reina Semíramis, y tú eres mi hermano pequeño, y un dios como yo. Es lo más grande que hemos visto en la vida. Llevo seis semanas avanzando y combatiendo con mi ejército, y hasta el último poblacho en ochenta kilómetros a la redonda se ha sumado con regocijo. Pero lo mejor de todo es que tengo la clave de todo el tinglado, como no tardarás en ver, ¡y una corona para ti! Ordené que labrasen dos coronas en un lugar llamado Shu, donde las rocas están cubiertas de oro como los corderos de lana. He visto oro y he arrancado turquesas de los barrancos, y hay granates en las arenas del río, y mira el trozo de ámbar que me ha regalado un hombre. Avisa a todos los sacerdotes y, toma, ponte mi corona.

»Uno de los hombres abre un morral de pelo negro y yo no me pongo la corona. Era demasiado grande y pesaba mucho, pero la luzco para la gloria. De oro batido… más de dos kilos pesaba, como el aro de un tonel.

»—Peachey —me dice Dravot—. Se acabaron las balas. ¡La solución está en la Hermandad! Tienes que ayudarme.

»Hace venir al mismo jefe que yo dejé en Bashkai. A partir de ese momento lo llamamos Billy Fish, porque se parecía mucho a Billy Fish, el que conducía la locomotora de Mach en el Bolán, en los viejos tiempos.

»—Dale la mano —dice Dravot.

»Le doy la mano y casi me caigo al suelo del apretón que me dio Billy Fish. Yo no digo nada, pero lo pongo a prueba con el apretón del hermano en la Orden. El otro responde a la perfección, y pruebo entonces el apretón del maestre, pero no responde.

»—¡Es un hermano de la Orden! —le digo a Dan—. ¿Conoce la Palabra?

»—La conoce —dice Dan—. Como todos los sacerdotes. ¡Es un milagro! Los jefes y los sacerdotes forman una logia muy parecida a la nuestra; han tallado las marcas en la roca, pero no conocen el tercer grado y han venido a aprenderlo. Es el destino. Llevo muchos años oyendo decir que los afganos conocían hasta el grado de aprendiz, pero esto es un milagro. Un dios soy y un gran maestre de la Orden, y fundaré una logia de tercer grado, y ascenderemos a los principales sacerdotes y a los jefes de las aldeas.

»—Va en contra de la ley fundar una logia sin autorización; además, tú sabes que nunca hemos pertenecido a ninguna logia —le digo.

»—Es un golpe maestro que nos permitirá gobernar el país con la misma facilidad con que un vagón de cuatro ruedas corre cuesta abajo. Si empezamos a hacer

indagaciones se volverán contra nosotros. Tengo cuarenta jefes a mis pies, y todos serán admitidos y ascendidos según sus méritos. Aloja a estos hombres en las aldeas y ocúpate de crear una logia. El templo de Imbra nos servirá de sala de reuniones. Enseñarás a las mujeres a hacer delantales. Esta noche convocaré a los jefes y mañana se reunirá el consejo de la logia —me dice Dravot.

»Yo tenía mucho trabajo, pero no era tan idiota para no ver la ventaja que nos daba el asunto de la Hermandad. Enseñé a las familias de los sacerdotes a confeccionar los mandiles para los distintos rangos; en el de Dravot, la cenefa y las marcas azules se adornaron con trozos de turquesa sobre cuero blanco en lugar de tela. Colocamos un gran sillar de piedra en el templo a modo de asiento para el maestre, junto a otros de menor tamaño para los oficiales, pintamos cuadrados blancos sobre el empedrado negro e hicimos cuanto pudimos para que todo saliera bien.

»En la recepción que esa noche se celebró en la ladera de la montaña con graneles hogueras, Dravot comunicó a los presentes que él y yo éramos dioses, hijos de Alejandro, y grandes maestres de la Hermandad, y que estábamos allí para hacer de Kafiristán un país donde todo hombre pudiera comer en paz y beber con tranquilidad, pero, ante todo, obedecernos. Los jefes se formaron en círculo para estrecharnos la mano; eran tan blancos y rubios que fue como saludar a un grupo de viejos amigos. Les pusimos los nombres de gente a la que habíamos conocido en la India: Billy Fish, Holly Dilworth, Pikky Kergan, que era el jefe del bazar cuando estuve en Mhow, y así sucesivamente.

»La noche siguiente se obraron en la logia los más asombrosos milagros. Uno de los sacerdotes más ancianos no nos quitaba ojo de encima, y yo me sentía incómodo, porque teníamos que amañar el rito, sin saber cuánto sabían ellos. El mayor de los sacerdotes era un extranjero llegado de más allá de la aldea de Bashkai. En cuanto Dravot se pone el mandil de maestre que las muchachas han hecho para él, el sacerdote lanza un aullido e intenta volcar el sillar sobre la que está sentado Dravot.

»—Se acabó —dije entonces—. ¡Esto es lo que pasa por crear una logia sin autorización!

»Dravot ni siquiera parpadeó cuando diez sacerdotes volcaron el asiento del gran maestre, que equivalía a la piedra de Imbra. Un sacerdote empieza a frotar la parte inferior de la piedra para eliminar la tierra y muestra a todos los demás la marca del maestro, la misma que figuraba en el delantal de Dravot, tallada en la piedra. Ni siquiera los sacerdotes del templo de Imbra sabían que estaba allí. El anciano cayó entonces de bruces para besar los pies de Dravot.

»—La suerte vuelve a sonreímos —me dice Dravot—. Dicen que es la marca perdida, que nadie había logrado encontrar. Ahora estamos a salvo. —Y usando la culata de su rifle a la manera de un mazo, anuncia—: En virtud de la autoridad que me ha sido concedida por mi propia mano derecha, y con la ayuda de Peachey, me proclamo gran maestre de toda la masonería en Kafiristán en esta logia madre del

país, así como rey de Kafiristán, en igualdad con Peachey. —Dicho lo cual se ciñe su corona y yo me pongo la mía (yo hacía de Venerable) e inauguramos la logia de la manera más solemne. ¡Fue un milagro prodigioso! Los sacerdotes superaron los dos primeros grados casi sin necesidad de indicarles nada, como si recobraran una memoria perdida. A partir de ese momento, Peachey y Dravot ascendieron, según sus méritos, a los sumos sacerdotes y a los jefes de aldeas remotas. Billy Fish fue el primero, y le aseguro que casi se muere del susto. Lo que hacíamos no tenía nada que ver con el rito oficial, pero a nosotros nos servía. No ascendimos más que a diez de los hombres más notables, para no convertir el privilegio en procedimiento común. Y ellos clamaban por ascender.

»—En el plazo de seis meses —dijo Dravot—, celebraremos otra reunión para comprobar qué tal lo estáis haciendo. —Luego se interesó por sus aldeas y supo que luchaban unas contra otras, y que estaban hartos de pelear. Y cuando no luchaban entre sí luchaban contra los mahometanos—. Ya lucharéis contra ellos cuando se adentren en nuestro país —dijo Dravot—. Enviad a diez hombres de cada tribu a vigilar la frontera, y a otros doscientos a este valle para que los instruyamos militarmente. Nadie más morirá por disparo o herida de lanza si aprende a combatir, y sé que no me engañaréis, porque sois blancos, hijos de Alejandro, no como los mahometanos, que son negros. ¡Vosotros sois mi pueblo, y vive Dios que os convertiré en una gran nación o moriré en el intento! —concluyó en inglés.

»No puedo relatar todo lo que hicimos en el curso de esos seis meses, porque Dravot hizo muchas cosas que yo no entendía, y aprendió a hablar su lengua de un modo que yo fui incapaz. Mi tarea consistía en ayudar a la gente a trabajar la tierra y en salir de vez en cuando con algunos soldados para comprobar cómo marchaban las cosas en otras aldeas y enseñarles a tender puentes de cuerda sobre los espeluznantes barrancos que cortaban el país. Dravot se mostraba muy amable conmigo, pero cuando se ponía a dar vueltas por el bosque de pinos tirándose de la barba roja con los puños, yo sabía que tramaba cosas sobre las que no podía aconsejarle y me limitaba a esperar órdenes.

»Dravot en ningún momento me faltó al respeto en presencia de los demás. Todos nos temían, al ejército y a mí, aunque a él lo adoraban. Se hizo íntimo amigo de los sacerdotes y de los jefes, y cuando alguien llegaba desde una aldea con cualquier queja, Dravot lo escuchaba con atención, convocaba a cuatro sacerdotes y con ellos decidía lo que había de hacerse. Solía llamar a Billy Fish, de Bashkai, a Pikky Kergan, de Shu, y a un jefe de bastante edad al que llamábamos Kafuzelum, porque sonaba bastante parecido a su verdadero nombre, y deliberaba con ellos cuando era preciso pelear en alguna de las aldeas pequeñas. Éste era su consejo de guerra, mientras que los cuatro sacerdotes de Bashkai, Shu, Khawak y Madora integraban su consejo privado. Entre todos decidieron enviarme, con cuarenta hombres y veinte rifles, y otros sesenta hombres cargados con turquesas, al país de Ghorband, a comprar esos rifles Martini artesanales que salían de los talleres del emir de Kabul en

uno de los regimientos Herati, donde los soldados eran capaces de vender hasta sus dientes para conseguir turquesas.

»Pasé un mes en Ghorband y allí entregué al gobernador el contenido de mis cestos a cambio de su silencio, y soborné también al coronel del regimiento, y entre ellos dos y la gente de las tribus conseguimos más de doscientos Martini, un centenar de buenos Kohat Jezail, que eran capaces de alcanzar un blanco a una distancia de seiscientos metros, y cuarenta cargas de pésima munición para los rifles. Volví con lo que había conseguido y lo distribuí entre los hombres que los jefes me enviaron para que les diera instrucción. Dravot estaba demasiado ocupado para prestar atención a estas cosas, pero conté con la ayuda del primero de los ejércitos que habíamos formado, y resultó que éramos quinientos los hombres capaces de dirigir la instrucción y doscientos los que sabían sostener un arma con bastante firmeza. Hasta esos sacacorchos hechos a mano les parecían un milagro. Dravot hablaba mucho de fábricas y almacenes de pólvora, mientras daba vueltas por el bosque cuando se acercaba el invierno.

»—No construiré una nación —dijo—. ¡Construiré un Imperio! ¡Estos hombres no son negros; son ingleses! Fíjate en su ojos… fíjate en su boca. Mira cómo andan. Se sientan en sillas dentro de sus casas. Son las tribus perdidas, o algo por el estilo, y están preparados para ser ingleses. En la primavera haré un censo de población, si los sacerdotes no se asustan. Deben de ser como poco dos millones en estas montañas. Las aldeas están llenas de niños. Dos millones de personas… doscientos cincuenta mil soldados… ¡y todos ingleses! Sólo necesitan rifles y un poco de instrucción. ¡Doscientos cincuenta mil hombres preparados para romper el flanco derecho de Rusia cuando intente conquistar la India! —dice, mordisqueando mechones de barba —. Seremos emperadores, Peachey… ¡Emperadores de la Tierra! El rajá Brooke será un niño de pecho a nuestro lado. Trataré con el virrey en pie de igualdad. Le pediré que me envíe a doce ingleses escogidos, doce de mi confianza, para que nos ayuden a gobernar. Está Mackray, el sargento retirado de Segowli, que me ha pagado mis buenas comidas, y su esposa un par de pantalones. Está Donkin, el guardián de la prisión de Tounghoo; hay cientos a los que podría recurrir si estuviera en la India. El virrey lo hará por mí; en primavera enviaré a un hombre en su busca, y solicitaré por escrito a la Gran Logia su dispensa por lo que he hecho como gran maestre. Y con eso… todos entregarán sus Snider cuando el ejército nativo de la India empuñe sus Martini. Estarán agotados, pero nos servirán para combatir en estas montañas. Doce ingleses y cien mil Snider que se extenderán como una mancha de aceite por el país del emir… me conformaría con que fuesen veinte mil en un año…, y seremos un Imperio. Cuando todo esté en orden, entregaré la corona, ésta que ahora llevo, a la reina Victoria, de rodillas. Y ella dirá: “Ponte en pie, sir Daniel Dravot”. ¡Es fantástico! ¡Es fantástico! Te lo aseguro. Pero hay mucho por hacer en todas partes: Bashkai, Khawak, Shu, y en las demás aldeas.

»—¿Cómo lo harás? —le dije—. Este otoño ya no vendrán más hombres para

recibir instrucción. Mira esas nubes negras. Traen nieve.

»—Eso no importa —respondió Daniel, apretándome el hombro con fuerza—. No quiero decir nada contra ti, porque ningún otro hombre me habría seguido como has hecho tú para convertirme en lo que ahora soy. Eres un comandante en jefe de primera clase, y el pueblo te conoce; sin embargo… el país es grande, y por alguna razón, Peachey, no puedes proporcionarme la ayuda que necesito.

»—¡Acude entonces a tus malditos sacerdotes! —le espeté, y al momento me arrepentí de haberlo dicho, pero me dolió enormemente el tono de superioridad de Daniel, cuando yo había instruido a los hombres y cumplido todas las órdenes que él me había dado.

»—No nos peleemos, Peachey —dijo Daniel, sin alterarse—. Tú también eres rey, y la mitad de este reino te pertenece; pero debes comprender que ahora necesitamos hombres más listos que nosotros, Peachey… tres o cuatro a los que podamos dispersar por ahí y nombrar regentes. Tenemos un estado enorme, y yo no siempre sé decidir qué es lo más correcto, ni tengo tiempo para hacer todo lo que me propongo, y se acerca el invierno. —Se metió en la boca media barba, roja como el oro de su corona.

»—Lo siento, Daniel —me disculpé—. He hecho todo lo que he podido. He instruido a los hombres y les he enseñado a amontonar la avena; he traído esos rifles de hojalata de Ghorband… pero sé lo que te propones. Supongo que los reyes siempre viven bajo esa presión.

»—Hay una cosa más —añadió Dravot, que no paraba de ir y venir—. Se acerca el invierno, y esta gente no causará demasiados problemas; y si lo hicieran podemos marcharnos. Quiero una esposa.

»—¡Olvídate de las mujeres! Hemos hecho todo el trabajo entre los dos, a pesar de que soy un inútil. Recuerda el contrato y no te acerques a las mujeres.

»—El contrato sólo tenía validez hasta que fuésemos reyes; y ya lo somos desde hace meses —respondió Dravot, sopesando la corona en su mano—. Busca una mujer tú también, Peachey… una moza guapa, fuerte y rolliza que te dé calor en el invierno. Las de aquí son más bonitas que las chicas inglesas, y podemos elegir la que más nos guste. Las escaldamos un par de veces con agua caliente, y quedarán tiernas como un pastel de pollo.

»—¡No me tientes! —le dije—. No quiero tener trato con ninguna mujer hasta que estemos mucho mejor instalados. Yo he estado haciendo el trabajo de dos hombres, y tú el de tres. Descansemos un poco y veamos si podemos conseguir mejor tabaco afgano y un poco de alcohol; pero nada de mujeres.

»—¿Quién ha hablado de mujeres? —dijo Dravot—. Yo he dicho una “esposa”: una reina, para que le dé al rey un hijo. Una reina de la tribu más fuerte; de ese modo todos serán hermanos de sangre, y se pondrán de tu lado y te dirán lo que la gente piensa de ti y de sus propios asuntos. Eso es lo que quiero. ¿Recuerdas a la mujer bengalí con la que estuve en el serrallo mongol cuando trabajé en la construcción del

ferrocarril? —me preguntó—. Se portaba muy bien conmigo. Me enseñó su jerga y muchas otras cosas; pero ¿qué pasó? Se fugó con el criado del jefe de estación y la mitad de mi paga del mes. Pasado un tiempo apareció en la bifurcación de Dadur cargada con un mestizo y tuvo la desfachatez de decir que yo era su marido, ¡en presencia de todos los maquinistas!

»Eso se acabó —siguió diciendo—. Esas mujeres son peores que tú y que yo, pero te digo que este invierno tendré una reina.

»—Por última vez te lo pido, Dan; no lo hagas —dije—. Sólo nos traerá problemas. La Biblia dice que los reyes no deben malgastar sus fuerzas con mujeres, sobre todo cuando tienen un nuevo reino que organizar.

»—Por última vez te lo digo yo. Lo haré —concluyó Dravot; y se alejó entre los pinos como un gran diablo rojo, con el sol reflejado en la barba y la corona.

»Sin embargo, encontrar una mujer no era tan fácil como Dan imaginaba. Planteó el asunto al consejo, pero no hubo respuesta hasta que Billy Fish propuso que él mismo preguntara a las muchachas. Dravot se puso furioso.

»—¿Acaso tengo algo malo? —vociferó, junto al ídolo Imbra—. ¿Soy un perro o no soy suficientemente hombre pura vuestras muchachas? ¿No he cubierto este país con la sombra de mi mano? ¿Quién contuvo el último ataque de los afganos? —En realidad había sido yo, pero Dravot estaba demasiado enfurecido para recordarlo—. ¿Quién os trajo armas? ¿Quién reparó los puentes? ¿Quién es el gran maestre del símbolo tallado en la roca? —preguntó, asestando un puñetazo al sillar en el que solía sentarse en las sesiones de la logia y del consejo, que se iniciaba siempre como la logia.

»Billy Fish no respondió, y los demás tampoco. Yo le dije:

»—No te alteres y pregunta a las muchachas. Así es como se hace en casa, y esta gente es muy parecida.

»—El matrimonio de un rey es una cuestión de Estado— gritó Dan, encendido de ira, pues comprendía, creo yo, que estaba actuando con poca inteligencia. Salió de la sala del consejo y los demás quedaron en silencio, con la mirada fija en el suelo.

»—Billy Fish —le dije al jefe de Bashkai—, ¿cuál es el problema? Dale una respuesta sincera a un amigo de verdad.

»—Tú lo sabes —respondió Billy Fish—. ¿Qué puedo decirle yo a un hombre que lo sabe todo? ¿Cómo vamos a casar a nuestras hijas con dioses o diablos? No está bien.

»Recordé que en la Biblia se decía algo parecido, pero me dije que si después de tanto tiempo seguían tomándonos por dioses, no sería yo quien los sacara del engaño.

»—Un dios lo puede todo —dije—. Si el rey se interesa por una muchacha no permitirá que ella muera.

»—Eso es imposible —dijo Billy Fish—. Estas montañas están llenas de dioses y de diablos. De vez en cuando una muchacha se casa con uno de ellos, y nunca más se vuelve a saber de ella. Además, los dos conocéis la marca tallada en la piedra. Eso

sólo lo conocen los dioses. Creimos que erais hombres hasta que vimos el signo del maestre.

»En ese momento lamenté no haberles explicado desde el principio los verdaderos secretos de un maestre de la masonería, pero no dije nada. Los cuernos sonaron durante toda la noche en un templo pequeño y oscuro que se encontraba a medio camino, montaña abajo, y oí el llanto de una muchacha, como si estuviera a punto de morir. Uno de los sacerdotes me dijo que había sido la elegida para casarse con el rey.

»—No toleraré esa clase de tonterías —dijo Dan—. No deseo interferir en vuestras costumbres, pero estoy decidido a tomar una esposa.

»—La muchacha está un poco asustada —explicó el sacerdote—. Cree que va a morir, y están intentando convencerla, allá en el templo.

»—En ese caso, que la convenzan con dulzura —replicó Dravot—. De lo contrario yo os convenceré con la culata de un arma, y no os quedarán ganas de que nadie vuelva a convenceros.

»Se humedeció los labios y pasó más de la mitad de la noche en vela, dando vueltas, pensando en la esposa que obtendría a la mañana siguiente. Yo no estaba en absoluto tranquilo, pues sabía que ese tipo de situaciones con una mujer en un país extranjero, por mucho que a uno lo coronasen rey veinte veces, entrañaba grandes riesgos. Me levanté muy temprano, cuando Dravot aún dormía, y vi a los sacerdotes reunidos, hablando entre susurros, y a los jefes debatiendo; observé que me miraban de soslayo.

»—¿Qué pasa, Fish? —le pregunté al jefe de Bashkai, que estaba envuelto en sus pieles y ofrecía una imagen espléndida.

»—No estoy seguro —respondió—, pero si lograras que el rey renuncie a esta insensatez, nos harías un gran favor, a él, a mí y también a ti.

»—Yo también lo creo —dije—. Pero tú sabes tan bien como yo, Billy, porque has luchado contra nosotros y por nosotros, que el rey y yo tan sólo somos los hombres más perfectos que Dios Todopoderoso haya creado jamás. Sólo eso. Te lo aseguro.

»—Puede ser —dijo Billy Fish—. Y si así fuera yo lo lamentaría. —Escondió la cabeza bajo su gran manto de piel y reflexionó por espacio de un minuto. Luego dijo —: Ya seas hombre o dios o diablo, hoy estaré a tu lado, rey. He venido con veinte de mis hombres, y ellos me seguirán. Regresaremos a Bashkai hasta que haya pasado la tormenta.

»Había caído algo de nieve durante la noche, y todo estaba blanco, menos las densas nubes que descendían desde el norte. Dravot apareció tocado con su corona, balanceando los brazos y pisando con fuerza, más contento que unas pascuas.

»—Por última vez, Dan; no lo hagas —le susurré—. Billy Fish asegura que habrá una sublevación.

»—¡Una sublevación entre mi pueblo! —exclamó Dravot—. Eso es imposible.

Peachey, eres idiota si no tomas una esposa. ¿Dónde está la muchacha? —preguntó, con voz tan bronca como el rebuzno de un asno—. Que vengan los jefes y los sacerdotes para que el emperador pueda ver si la esposa es de su agrado.

»No hubo necesidad de llamar a nadie. Estaban todos allí, apoyados en sus rifles y sus lanzas, alrededor del claro que había en el centro del bosque. Un grupo de sacerdotes había bajado hasta el templo para traer a la muchacha, y los cuernos sonaban con una fuerza capaz de despertar a los muertos. Billy Fish echó a andar despacio y se acercó a Dan cuanto pudo, seguido de sus veinte hombres armados con mosquetes. Ninguno medía menos de metro ochenta. Yo estaba junto a Dravot, y veinte hombres del ejército regular me cubrían las espaldas. En ese momento apareció la muchacha, que era muy buena moza, cubierta de plata y turquesas, pero estaba blanca como un cadáver, y se volvía a cada poco para mirar a los sacerdotes.

»—Es apta —proclamó Dan, cuando la hubo mirado de arriba abajo—. ¿De qué tienes miedo, pequeña? Ven y dame un beso. —La rodeó con sus brazos. Ella cerró los ojos, lanzó un grito ahogado y hundió la cara en la encendida barba de Dan.

»—¡Esta zorra me ha mordido! —exclamó Dan, llevándose una mano al cuello y sacándola luego manchada de sangre.

»Billy Fish y dos de sus hombres sujetaron a Dan de los hombros y lo llevaron junto a la gente de Bashkai, mientras los sacerdotes aullaban en su jerga:

»—¡Ni dios ni diablo, sino hombre!

»Me quedé muy sorprendido cuando un hombre me cortó el paso y el ejército que se encontraba tras él abrió fuego contra los hombres de Bashkai.

»—¡Por Dios Todopoderoso! —dijo Dan—. ¿Qué significa esto?

»—¡Retroceded! ¡Alejaos! —gritó Billy Fish—. Ruina y sublevación es lo que significa. Nos refugiaremos en Bashkai, si es que podemos.

»Intenté dar algunas órdenes a mis hombres, los hombres del ejército regular, pero de nada sirvió. Disparé entonces a bulto con un Martini inglés y atravesé a tres de un disparo. El valle se llenó de gritos y alaridos; todos chillaban: “¡Ni dios ni diablo, sino hombre!”. Los soldados de Bashkai se mantuvieron fieles a Billy Fish, pero sus mosquetes no eran ni la mitad de buenos que las armas con recámara traídas de Kabul, y cuatro de ellos cayeron. Dan rugía como un toro, loco de ira, y Billy Fish a duras penas podía contenerlo para que no corriera al encuentro de la multitud.

»—No podemos resistir —dijo Billy Fish—. ¡Corred valle abajo! Vienen todos a por nosotros. —Los hombres obedecieron, y huimos valle abajo, a pesar de Dravot. Blasfemaba de un modo atroz y clamaba que era un rey. Los sacerdotes nos atacaron haciendo rodar grandes rocas, mientras el ejército regular disparaba a discreción, y no pasó de media docena el número de hombres que llegaron con vida al pie de la montaña, además de Dan, Billy Fish y yo.

»Dejaron entonces de disparar, y sonaron de nuevo los cuernos en el templo.

»—¡Hay que salir de aquí… por el amor de Dios… hay que salir de aquí! —dijo Billy Fish—. Enviarán mensajeros a todas las aldeas antes de que logremos llegar a

Bashkai. Allí os protegeré, pero aquí nada puedo hacer.

»Mi impresión es que Dan empezó a perder la cabeza a partir de ese momento. Miraba aquí y allá como una fiera acorralada. Luego se empeñó en regresar solo para matar a los sacerdotes con sus propias manos; y sin duda habría sido capaz.

»—Soy emperador —decía—. Y el año que viene seré caballero de la reina.

»—Claro que sí, Dan —le dije—. Pero ahora debemos irnos antes de que sea tarde.

»—Tú tienes la culpa —me espetó—. Por no ocuparte mejor de tu ejército. Se produce un motín y no sabes reaccionar… ¡maldito maquinista, obrero de mierda, sabueso de misionero ambulante! —Se sentó en una roca y me lanzó los peores insultos que se le ocurrieron. Yo estaba demasiado abatido para que pudiera importarme, por más que su locura fuese la causa del desastre.

»—Lo siento, Dan —dije—; los nativos son imprevisibles. Éste es nuestro trabajo número cincuenta y siete. Puede que aún podamos resolverlo cuando lleguemos a Bashkai.

»—Vayamos a Bashkai entonces —aceptó—. Pero ¡por Dios que cuando vuelva aquí arrasaré este valle hasta que no quede ni una chinche en una manta!

»Pasamos todo el día caminando. Llegó la noche, y Dan no paró de ir y venir por la nieve, mordiéndose la barba y musitando para sí.

»—No hay esperanza de conseguirlo —dijo Billy Fish—. Los sacerdotes habrán enviado emisarios a todas las aldeas para comunicar que no sois más que hombres. ¿Por qué no habéis seguido siendo dioses hasta que las cosas se tranquilizaran un poco? Soy hombre muerto —dijo. Se hincó de rodillas en la nieve y se puso a rezar a sus dioses.

»A la mañana siguiente nos encontrábamos en una zona inhóspita, muy escarpada, sin un solo espacio llano, y para colmo sin comida. Los seis hombres de Bashkai miraban a Billy Fish con avidez, como si desearan preguntar algo, aunque no llegaron a abrir la boca. A mediodía alcanzamos la cima de una meseta nevada, ¡y cuando nos adentramos en ella nos topamos con todo un ejército en posición que nos esperaba en el centro!

»—Los mensajeros han sido muy rápidos —observó Billy Fish, con un remedo de carcajada—. Nos están esperando.

»Tres o cuatro hombres empezaron a disparar desde el bando enemigo, y una bala alcanzó a Daniel en la pantorrilla. Eso le hizo volver en sí. Miró hacia donde se encontraba el ejército y vio los rifles que nosotros mismos les habíamos proporcionado.

»—Estamos acabados —dijo—. Estos hombres son ingleses… y ha sido mi maldita estupidez la que os ha metido en esto. Vuelve, Billy Fish, y llévate a tus hombres contigo; ya habéis hecho más de lo posible. Carnehan, dame la mano y ve con Billy. Puede que a ti no te maten. Yo saldré a su encuentro solo. Soy yo quien ha provocado todo esto. ¡Yo, el rey!

»—¡Vete al infierno, Dan! Yo me quedo contigo. Tú márchate, Billy Fish; nosotros nos enfrentaremos a ellos.

»—Yo soy un jefe —dijo Billy Fish, muy tranquilo—. Me quedo con vosotros. Mis hombres pueden irse.

»Los soldados salieron corriendo, sin esperar una palabra más. Dan, Billy Fish y yo echamos a andar en dirección a los tambores y los cuernos. Hacía frío, un frío espantoso. Sigo con ese frío metido en la cabeza. Como si tuviera un témpano dentro.

Los abanicadores se habían retirado a dormir. Dos lámparas de queroseno iluminaban la redacción, y el sudor que me corría por el rostro cayó sobre el papel secante cuando me incliné. Carnehan temblaba y yo temía que pudiera estar perdiendo la razón. Me sequé la cara, agarré con fuerza sus manos destrozadas, que inspiraban compasión, y dije:

—¿Qué pasó después?

Un desvío momentáneo de mi mirada había interrumpido el flujo de sus recuerdos.

—¿Qué quiere decir? —gimió Carnehan—. Se los llevaron sin el menor ruido. Ni siquiera un crujido en la nieve, aunque el rey abatió al primer hombre que se le echó encima a pesar de que el pobre Peachey disparó hasta su último cartucho contra ellos. Ni un sonido salió de aquellos cerdos. Nos rodearon, y recuerdo que sus pieles apestaban. Había un hombre que se llamaba Billy Fish, un buen amigo nuestro, y lo degollaron allí mismo, como a un cochino. El rey levantó de una patada la nieve ensangrentada y dijo: «En una buena nos hemos metido por dinero. ¿Y ahora qué?». Pero Peachey, Peachey Taliaferro, en confianza se lo digo, señor, como a un amigo, perdió la cabeza. No, no fue él. Fue el rey quien perdió la cabeza, en uno de esos ingeniosos puentes de cuerda. Permítame que coja el abrecartas, señor. Estaba así de inclinado. Le hicieron andar más de un kilómetro sobre la nieve hasta un puente que colgaba sobre un barranco; abajo había un río. Seguro que ha visto alguno igual. Lo empujaban como a un buey.

»—¡Malditos seáis! —dijo el rey—. ¿Creéis que no moriré como un caballero? —Luego se volvió hacia Peachey, que lloraba como un niño—: Yo te he metido en esto, Peachey. Yo te saqué de una vida feliz para venir a morir a Kafiristán, donde fuiste el último comandante en jefe de los ejércitos Imperiales. Di que me perdonas, Peachey.

»—Te perdono —dijo Peachey—. Te perdono por completo, Dan.

»—Dame la mano, Peachey. Debo irme—. Y allá fue, sin mirar a derecha ni a izquierda, y cuando se vio colgado en mitad de las cuerdas, que se movían de un modo que mareaba, gritó—: ¡Cortadlas, imbéciles! —Y las cortaron. Y Dan cayó, dando vueltas y vueltas, desde una altura de más de tres mil metros; tardó media hora en llegar al agua, y encontré su cuerpo atrapado en una roca, con la corona de oro al lado.

»¿Y sabe lo que le hicieron a Peachey entre dos pinos? Lo crucificaron, señor; sus manos se lo dirán. Le clavaron estacas de madera en las manos y los pies; pero no

murió. Lo dejaron allí colgado, aullando, y al día siguiente lo liberaron y dijeron que era un milagro que no hubiese muerto. Se llevaron al pobre Peachey, que nunca les había hecho ningún daño… nunca les había hecho ningún daño.

Se balanceaba adelante y atrás, llorando amargamente, secándose los ojos con el dorso de las manos repletas de cicatrices y gimiendo como un niño; así estuvo diez minutos.

—Tuvieron la crueldad de darle de comer en el templo; dijeron que era más dios que Daniel, que tan sólo era un hombre. Luego lo sacaron a la nieve y le dijeron que volviera a casa, y Peachey tardó casi un año en regresar, mendigando por los caminos, sin peligro; porque Daniel Dravot caminaba ante él y le decía: «Vamos, Peachey. Lo que estamos haciendo es algo grande». Las montañas bailaban de noche; intentaban desplomarse sobre la cabeza de Peachey, pero Dan las contenía con las manos, y Peachey pasaba por debajo, encogido. Nunca se deshizo de la mano de Dan y nunca se deshizo de la cabeza de Dan. Se las dieron como regalo en el templo, para recordarle que no volviera jamás por allí; y aunque la corona era de oro puro, y Peachey se moría de hambre, Peachey nunca quiso venderla. ¡Usted conoció a Dravot, señor! ¡Usted conoció al venerable hermano Dravot! ¡Mírelo ahora!

Buscó con los dedos entre el montón de harapos en torno a la cintura, sacó una bolsa de pelo de caballo bordada con hilo de plata, y allí, sobre mi mesa, depositó la cabeza seca y marchita de Daniel Dravot. El sol de la mañana, que desde hacía rato eclipsaba las lámparas, se reflejó en la barba roja y en los ojos ciegos y hundidos; alcanzó también un aro de oro macizo, tachonado de turquesas sin pulir, que Carnehan colocó delicadamente sobre las sienes machacadas.

—Ahora puede contemplar al emperador tal como fue en vida… al rey de Kafiristán con su corona en la cabeza. ¡Al pobre Daniel, que llegó a ser monarca!

Me estremecí, pues a pesar de su terrible desfiguración, reconocí la cabeza del hombre al que había conocido en la bifurcación de Marwar. Carnehan se levantó para marcharse. Intenté detenerlo. No estaba en condiciones de ir a ningún sitio.

—Deje que me lleve el whisky y deme algo de dinero —dijo, casi sin voz—. En otro tiempo fui rey. Iré a ver al comisionado y le pediré que me aloje en un asilo para indigentes hasta que recupere la salud. No, gracias. No puedo esperar que un coche venga a recogerme. Tengo asuntos privados muy urgentes… en el sur… en Marwar.

Salió tambaleándose de la redacción y se alejó en dirección a la casa del comisionado. Ese mismo mediodía fui hasta el mercado bajo un sol cegador y vi a un hombre encogido que se arrastraba por el polvo blanco de la cuneta con el sombrero en la mano, cantando con voz trémula y dolorida, como los que cantaban por las calles de Inglaterra. No había ni un alma a la vista, y se encontraba muy lejos de cualquier casa para que nadie pudiera oírlo. Cantaba con timbre nasal, moviendo la cabeza a derecha e izquierda:

El Hijo del Hombre se marcha a la guerra,
para ganar una corona de oro;
a lo lejos ondea su estandarte rojo como la sangre.
¿Quién sigue sus pasos?

No esperé más; subí al pobre desgraciado a mi coche y lo llevé hasta la misión más cercana, para que desde allí lo trasladaran al manicomio. Repitió el himno dos veces mientras estuve con él, sin que me reconociera en ningún momento, y cantando lo dejé en la misión.

Dos días más tarde pregunté por él al director del manicomio.

—Tenía una insolación. Murió ayer, a primera hora de la mañana —me comunicó el director—. ¿Es cierto que estuvo media hora bajo el sol de mediodía con la cabeza descubierta?

—Así es —dije—. ¿Por casualidad sabe usted si llevaba algo encima cuando murió?

—No, que yo sepa —respondió el director.

Y así quedaron las cosas.

BEE, BEE, OVEJITA NEGRA

Bee, ovejita negra,
dime, ¿tienes lana?
Sí, señor, sí; tres sacos llenos tengo.
Uno para el amo, uno para el ama…
Nada para el niño
que llora en la cama.

Canción infantil

EL PRIMER SACO

Cuando estaba en la casa de mi padre, estaba en un lugar mejor.

Estaban acostando a Punch: el aya, el *hamal* y Meeta, el muchacho surti del turbante dorado y rojo. Judy ya casi estaba dormida debajo de su mosquitera. A Punch le dejaron quedarse hasta la hora de la cena. Fueron muchos los privilegios que se le concedieron en los últimos diez días, y todos los que integraban su mundo aceptaban de mejor grado sus modales y sus hazañas, normalmente escandalosas. Punch se sentó en el borde de la cama y se puso a balancear las piernas desnudas con aire desafiante.

—¿Nos dará Punch-*baba*[3] las buenas noches? —le pidió el aya.

—No. Punch-*baba* quiere el cuento del Ranee que se convirtió en tigre. Que lo cuente Meeta, y el *hamal* que se esconda detrás de la puerta y que ruja como un tigre cuando corresponda.

—Si hacemos eso despertaremos a Judy -*baba* —observo el aya.

—Judy-*baba* está despierta —anunció una vocecilla cantarina desde debajo del mosquitero—. Érase una vez un Ranee que vivía en Delhi. Sigue, Meeta —dijo Judy, y volvió a quedarse dormida mientras Meeta empezaba a contar la historia.

Nunca había conseguido Punch que le contaran el cuento con tan poca resistencia.

Reflexionó un buen rato. El *hamal* hacía los ruidos del tigre en veinte claves distintas.

—¡Para! —ordenó Punch en tono autoritario—. ¿Por qué no viene papá a darme mua-mua?

—Punch-*baba* se marchará pronto —dijo el aya—. Dentro de una semana ya no estará aquí para tomarme el pelo. —Suspiró ligeramente, pues quería mucho al niño.

—¿En un tren por las montañas? —preguntó Punch, poniéndose de pie en la cama —. ¿Hasta Nassick, donde vive el tigre Ranee?

—Este año no irás a Nassick, pequeño sahib —le explicó Meeta, sentando al niño en su hombro—. Irás hasta el mar, donde caen los cocoteros de las palmeras, y cruzarás el mar en un barco muy grande. ¿Llevarás a Meeta contigo a Belait?

—Vendréis todos —aseguró Punch, sostenido por los fuertes brazos de Meeta—. Meeta, el aya, el *hamal*, Bhini el jardinero y el salaam-capitán-sahib, el domador de serpientes.

No había burla en la voz de Meeta cuando replicó:

—Grande es el favor del sahib —y volvió a dejar al niño en su cama; y el aya, sentada en el umbral de la puerta, a la luz de la luna, lo arrulló hasta que se quedó dormido, con una canción parecida a la que se canta en las iglesias católicas de Parel. Punch se hizo un ovillo y se durmió.

A la mañana siguiente, Judy anunció a gritos que había una rata en la habitación, y Punch se olvidó de contarle las excelentes noticias. No tenía mucha importancia, porque Judy sólo tenía tres años y tampoco lo entendería. Pero Punch tenía cinco, y sabía que ir a Inglaterra sería mucho más bonito que ir a Nassick.

Papá y mamá vendieron el cupé y el piano, vaciaron la casa, redujeron la vajilla de uso diario y deliberaron acerca del montón de cartas recibidas, con matasellos de Rocklington.

—Lo malo es que no podemos estar seguros de nada —dijo papá, tirándose del bigote—. Las cartas son todas excelentes y las condiciones razonables.

«Lo malo es que los niños crecerán lejos de mí», pensó mamá, sin decirlo en voz alta.

—No somos más que un caso entre cientos —observó papá con amargura—. Volverás a casa dentro de cinco años, querida.

—Para entonces Punch ya tendrá diez… y Judy ocho. ¡Qué largos, qué larguísimos serán esos años! Y tendremos que dejarlos allí, en manos de extraños.

—Punch es un niño muy alegre. Seguro que hará amigos en todas partes.

—¿Y quién puede no adorar a mi Ju?

Se encontraban junto a las dos camitas, en el cuarto de los niños, bien avanzada la noche. Creo que mamá lloraba muy bajito. Cuando papá se marchó, mamá se arrodilló junto a la cuna de Judy. El aya la vio y entonó una oración para que la memsahib jamás perdiera el amor de sus hijos mientras estuvieran lejos de ella y al cuidado de desconocidos.

La oración de mamá, por su parte, era bastante ilógica.

En resumen decía: «Que esas personas desconocidas quieran a mis hijos y sean con ellos tan buenas como yo, pero que pueda conservar su amor y su confianza para siempre. Amén». Punch se rascó entre sueños, y Judy gimió un poquito.

Al día siguiente fueron todos al puerto, y hubo una escena en el Apollo Bunder[4] cuando Punch supo que Meeta no podía ir con ellos y Judy comprendió que el aya tenía que quedarse allí. Pero Punch ya había encontrado mil motivos de fascinación en las maromas, la cubierta y la chimenea del gran vapor antes de que Meeta y el aya hubieran secado sus lágrimas.

—Vuelve, Punch-*baba* —dijo el aya.

—Vuelve —repitió Meeta, y conviértete en un *burra sahib* («un gran hombre»).

—Sí —dijo Punch, subido en brazos de su padre para decirles adiós—. Volveré y seré un *burra sahib bahadur* («un hombre muy grande»).

Al final del primer día, Punch dijo que quería llegar a Inglaterra, pues estaba seguro de que debían de hallarse muy cerca. Al día siguiente soplaba una alegre brisa, y Punch se mareó mucho.

—Cuando vuelva a Bombay —anunció Punch en cuanto se recuperó del mareo— lo haré por carretera… en un *gharri*. Este barco es muy malo.

El contramaestre sueco lo consoló, y Punch cambió de opinión en cuanto al viaje de vuelta. Había tantas cosas que ver, tocar y preguntar, que Punch ya casi se había olvidado del aya, de Meeta y del *hamal*, y apenas recordaba unas cuantas palabras en indostaní, que era su segunda lengua.

El caso de Judy era mucho peor. Un día antes de que el vapor llegase a Southampton, mamá le preguntó si le gustaría volver a ver al aya. Judy volvió sus ojos azules hacia el mar que se había tragado su diminuto pasado y dijo: «¡El aya! ¿Qué aya?».

Mamá lloró, y a Punch le pareció muy extraño. Fue entonces cuando oyó por primera vez la insistente súplica de mamá: «No dejes que Judy se olvide de mamá». Viendo lo pequeña que era Judy, lo ridículamente pequeña que era, y viendo que mamá, todas las noches durante las últimas cuatro semanas, había entrado en su camarote para cantarles a ella y a Punch una misteriosa canción que él llamaba «Hijo de mi vida», Punch no entendió lo que mamá quería decir.

Pero se esforzó por cumplir con su deber, y en cuanto mamá salió del camarote le dijo a Judy:

—Ju, ¿te «decuerdas» de mamá?

—Claro que sí —dijo Judy.

—Pues «decuérdate» siempre de mamá. Si no, no te daré los patos de papel que me ha regalado el sahib capitán de pelo rojo.

Y Judy prometió que siempre se «decordaría» de mamá.

Mil veces le repitió mamá la misma súplica a Punch; y, con la misma insistencia, papá decía:

—Punch, debes aprender enseguida a escribir, para que puedas escribirnos cartas

a Bombay.

—Iré a tu habitación —respondió Punch, y papá tuvo que ahogar las lágrimas.

Papá y mamá estaban todo el rato ahogando las lágrimas esos días. Cuando Punch reñía a Judy por no «decordarse», papá y mamá ahogaban las lágrimas. Cuando Punch se tumbaba en el sofá de la casa de huéspedes de Southampton y planificaba su futuro rojo y dorado, papá y mamá ahogaban las lágrimas; y lo mismo hacían cuando Judy acercaba los labios para darles un beso.

Fueron durante muchos días cuatro vagabundos sobre la faz de la tierra: Punch no tenía a quién dar órdenes, Judy era demasiado pequeña para todo, y mamá y papá se mostraban serios, distraídos y ahogaban las lágrimas.

—¿Dónde —preguntó Punch, cansado del horrible artefacto de cuatro ruedas, con un montón de equipaje encima— está nuestro *gharri*? Esto hace tanto ruido que no puedo hablar. ¿Dónde está nuestro *gharri*? Cuando estábamos en Bandstand, antes de salir, le pregunté al sahib Inverarity por qué estaba sentado en nuestro *gharri*, y me dijo que era suyo. Yo le dije: «Te lo regalo». Me gusta sahib Inverarity. Y le pregunté: «¿Puedes deslizarte con las piernas por las correas de cuero a través de las ventanillas?». Me dijo que no, y yo me reí. Yo sí que puedo deslizarme con las piernas por las correas de cuero. Puedo deslizarme con las piernas por «es tas» correas de cuero. ¡Mira! ¡Vaya! ¡Mamá ya se ha puesto a llorar otra vez! Yo no sabía que eso no se hace.

Punch se sujetó con las piernas a las correas de cuero del coche de caballos; la puerta se abrió y el niño se deslizó hasta el suelo entre una cascada de paquetes, a la puerta de una austera casita de campo, con un cartel en la verja que rezaba «Downe Lodge». Punch se recompuso y miró la casa con disgusto. Se encontraba en mitad de un camino de tierra, y un viento frío le hacía cosquillas en las piernas, donde no las cubrían sus bombachos.

—Quiero irme de aquí —dijo Punch—. Este sitio no me gusta.

Pero papá, mamá y Judy habían bajado del coche, y los mozos estaban metiendo el equipaje en la casa. En el umbral había una mujer de negro, que sonreía mucho, con los labios secos y agrietados. Tras ella había un hombre, grande, huesudo, gris y cojo de una pierna, y tras el hombre un niño de doce años, de pelo negro y aspecto desaliñado. Punch examinó al trío y avanzó sin temor, como hacía en Bombay cuando alguien llegaba a casa y él estaba jugando en el porche.

—¿Cómo están ustedes? —dijo—. Soy Punch. —Pero ellos miraban el equipaje, menos el hombre gris, que le dio la mano y observó que era «un chico muy listo». Había mucho trasiego y ruido de cajas, y Punch se acurrucó en el sofá del comedor para considerar la situación.

«Esta gente no me gusta. Pero no importa; pronto nos iremos de aquí. Siempre nos vamos pronto de todas partes. Tengo ganas de volver a Bombay».

Sus deseos no fueron atendidos. Mamá se pasó seis días llorando a intervalos, y le enseñó a la mujer de negro toda la ropa de Punch, una licencia que a Punch no le

gustó lo más mínimo. «Aunque a lo mejor es una nueva aya blanca», reflexionó.

—Yo debo llamarla Titarrosa, pero ella no me llama sahib. Me llama Punch —le confió a Judy—. ¿Qué significa Titarrosa?

Judy no lo sabía. Ni ella ni Punch habían oído hablar de ninguna cosa o ningún animal que se llamara así. Su mundo se limitaba a papá y a mamá, que lo sabían todo, lo permitían todo y querían a todo el mundo… incluso a Punch cuando salía al jardín en Bombay y se ensuciaba las uñas de tierra cuando acababan de hacerle la manicura semanal, porque, según le explicaba a su desesperado padre entre dos azotes con la zapatilla, «quería probar las nuevas puntas de sus dedos».

Punch creyó oportuno, sin saber decir por qué, que sus padres estuvieran siempre entre él y la mujer de negro y el chico de pelo oscuro. No le caían bien. Le gustaba el hombre gris, que le había dicho que lo llamase «Tioharri». Se saludaban con la cabeza cuando se encontraban, y el hombre gris le enseñó un barquito de vela.

—Es una maqueta del *Brisk*… del pequeño *Brisk*, que tanto sufrió aquel día en Navarino. —El hombre gris se sumió en sus recuerdos tras murmurar las últimas palabras—. Ya te hablaré de Navarino, Punch, cuando salgamos a pasear juntos; pero no debes tocar el barco, porque es el *Brisk*.

Mucho antes de ese primer paseo, el primero de muchos, despertaron a Punch y a Judy un frío amanecer del mes de febrero, para decir adiós, entre todos los habitantes del planeta, precisamente a papá y a mamá, que esta vez lloraban abiertamente. Punch tenía mucho sueño y Judy estaba de mal humor.

—No os olvidéis de nosotros —les suplicó mamá—. No lo olvides de nosotros, hijito mío, y no dejes que Judy se olvide.

—Ya le he dicho a Judy que se «decuerde» —dijo Punch retorciéndose, porque la barba de su padre le hacía cosquillas en el cuello—. Se lo he dicho… diez… cuarenta… once mil veces. Pero Judy es muy pequeña… es casi un bebé, ¿verdad?

—Sí —dijo papá—, casi un bebé. Tú tienes que ser bueno con Judy y aprender a escribir muy pronto… y… y… y…

Punch volvió a su cama. Judy estaba medio dormida, y se oyó el traqueteo de un coche en la carretera. Papá y mamá se habían marchado. No a Nassick, que estaba al otro lado del mar. A algún lugar mucho más cerca, y no tardarían en volver. Volverían después de una fiesta, y papá volvería después de ir a un lugar llamado «Las Nieves», y mamá con él; volverían con Punch y con Judy a casa de la señora Inverarity, en Marine Lines. Seguro que volvían. Por eso Punch durmió hasta bien entrada la mañana, cuando el chico del pelo negro le saludó con la noticia de que papá y mamá se habían marchado a Bombay, y Judy y Punch se quedarían en Downe Lodge «para siempre». Llorando acudió Punch a Titarrosa para que contradijera la información, pero ella se limitó a decir que Harry había dicho la verdad, y que Punch debía dejar su ropa bien doblada encima de la cama. Punch se marchó y lloró mucho con Judy, en cuya cabecita había logrado inculcar cierta idea de lo que significaba la separación.

Cuando un hombre maduro descubre que ha sido abandonado por la Providencia,

privado de su dios y de su casta, desprovisto de ayuda, consuelo o simpatía, en un mundo nuevo y extraño para él, su desesperación, que puede expresarse con una mala conducta, la puesta por escrito de sus experiencias o la más satisfactoria evasión del suicidio, suele parecer impresionante. Un niño en idénticas circunstancias no alcanza a comprender, ni puede maldecir a Dios y morir. Llora hasta que se le irrita la nariz, le escuecen los ojos y le estalla la cabeza. Punch y Judy acababan de perder todo su mundo, sin tener culpa alguna. Se sentaron a llorar en el vestíbulo; el chico del pelo negro los observaba a cierta distancia.

La maqueta del velero no sirvió de nada, por más que el hombre gris le dijera a Punch que podía subir y bajar las velas cuanto quisiera; a Judy le garantizaron acceso libre a la cocina. Pero ellos querían a papá y a mamá, que se habían marchado a Bombay por el mar, y su dolor fue inconsolable mientras duró.

La casa quedó en un gran silencio cuando cesó el llanto. Titarrosa decidió que era mejor dejar «que los niños sacaran las lágrimas», y el chico de doce años se había marchado al colegio. Punch levantó la cabeza del suelo y sorbió por la nariz, abrumado por la pena. Judy casi se había quedado dormida. Sus tres años escasos no le habían enseñado a soportar el dolor con pleno conocimiento. Había en el ambiente un ruido sordo y lejano… un golpe repetido. Punch recordaba aquel sonido de Bombay, en la temporada del monzón. Era el mar… el mar que había que cruzar para llegar a Bombay.

—Vamos, Ju, date prisa. Estamos cerca del mar. ¡Lo estoy oyendo! ¡Escucha! Allí es donde han ido papá y mamá. A lo mejor podemos alcanzarlos si nos damos prisa. Ellos no querían irse sin nosotros. Sólo se han olvidado.

—Sí —coincidió Judy—. Sólo se han olvidado. Vamos al mar.

La puerta del vestíbulo estaba abierta, y también la verja del jardín.

—Este sitio es grandísimo —dijo Punch, mirando el camino con recelo— y seguro que nos perdemos; pero encontraré a un hombre y le ordenaré que me lleve a mi casa… como hacía en Bombay.

Tomó a Judy de la mano, y juntos echaron a andar con la cabeza descubierta, en dirección al sonido del mar. Downe Lodge era casi la última de una hilera de casas de reciente construcción que discurría entre un descampado repleto de ladrillos hasta un brezal donde los gitanos acampaban ocasionalmente y donde practicaba la guarnición de artillería de Kocklington. Había muy poca gente, y los niños podían confundirse fácilmente con soldados que se alejaban de maniobras. Pasaron media hora andando con sus cortas piernecitas entre el brezo, los patatales y las dunas.

—Estoy muy cansada —dijo Judy—, y mamá se enfadará.

—Mamá nunca se enfada. Seguro que nos está esperando en el mar, mientras papá saca los billetes. Los encontraremos y nos iremos con ellos. No te sientes, Ju. Ya falta muy poco para llegar al mar. Ju, si te sientas, te pego —la amenazó Punch.

Subieron otra duna y llegaron hasta el mar vasto y gris, con la marea baja. Cientos de cangrejos correteaban por la playa, pero allí no había ni rastro de papá y mamá, ni

tampoco de un barco en el agua… no había nada más que arena y lodo por espacio de muchos kilómetros.

Y Tioharri los encontró de casualidad, llenos de barro y desesperados… Punch deshecho en llanto, aunque intentando entretener a Judy con un «gangrejo» y Judy gimiendo «¡Mamá! ¡Mamá!», la mirada perdida en el cruel horizonte… «¡Mamá!».

EL SEGUNDO SACO

¡Disfrutemos del día, pues afligido está nuestro corazón!
No hay bajo el inmenso cielo
seres más desesperanzados
que nosotros, que tanto esperábamos,
ni más descreídos
que nosotros, que tanto creíamos.

The City of Breadful Night

Ni una sola palabra sobre la Oveja Negra en todo este tiempo. La Oveja Negra llegó más tarde, y Harry, el chico del pelo negro, fue el principal responsable de su llegada.

Judy —¿quién podía no querer a la pequeña Judy?— tenía permiso para entrar en la cocina, y desde allí directamente al corazón de tía Rosa. Harry era el único hijo de tía Rosa, y Punch el chico que sobraba en la casa. No había espacio para él y sus pequeños asuntos, y tenía prohibido tumbarse en los sofás o exponer sus ideas acerca de la arquitectura del mundo y sus esperanzas para el futuro. Tumbarse era cosa de haraganes, y además estropeaba el sofá, y los niños no hablaban. A los niños se les hablaba, y la conversación se dirigía a su bien moral. Punch, el déspota incuestionable de la casa de Bombay, no alcanzaba a entender cómo en su nueva vida no contaba para nadie.

Harry podía estirarse por encima de la mesa para coger lo que quisiera; Judy podía señalar y pedir lo que quisiera. A Punch ambas cosas le estaban prohibidas. El hombre gris fue su única esperanza y asidero durante muchos meses después de que papá y mamá se hubieran marchado y Punch se hubiera olvidado de decirle a Judy

que se «decordara» de mamá.

Fue un error inexcusable pues, entretanto, tía Rosa inició a Punch en dos asuntos impresionantes: una abstracción llamada Dios, íntimo amigo y aliado de tía Rosa, que según la creencia general vivía lejos de la cocina, porque allí hacía mucho calor… y un libro sucio, de color marrón, lleno de puntos y de signos incomprensibles. Punch se mostraba siempre ansioso por complacer a todos. De ahí que amalgamara la historia de la Creación con lo que alcanzaba a recordar de sus cuentos indios, con el consiguiente escándalo de tía Rosa cuando le contaba el resultado a Judy. Era un pecado, un pecado muy grave, y Punch recibía un sermón que duraba un cuarto de hora. Él no entendía qué maldad había cometido, pero se cuidaba mucho de repetir la ofensa, porque tía Rosa le aseguraba que Dios lo había oído todo y estaba muy enfadado con él. Si eso era cierto, ¿por qué no venía Dios para decírselo?, pensaba Punch, y luego se quitaba el asunto de la cabeza. Poco después aprendió que el Señor era lo único en el mundo más temible que tía Rosa; un ser que nunca se dejaba ver y contaba los golpes de la vara.

Sin embargo, la lectura fue desde el principio una cuestión mucho más seria para Punch que cualquier creencia, tía Rosa lo sentaba a la mesa y le explicaba que la A con la B se leía AB.

—¿Por qué? —preguntaba Punch—. A es ay B es b. ¿Por qué A y B son AB?

—Porque te lo digo yo —respondía tía Rosa—. Y tú tienes que repetirlo.

Punch lo repetía obedientemente. Pasó un mes entero, muy en contra de su voluntad, peleando con el libro marrón, sin comprender en absoluto lo que significaba. Pero tío Harry, a quien le gustaba mucho pasear, casi siempre solo, entraba en la habitación de los niños y le decía a Tía Rosa que a Punch le sentaría bien salir a dar un paseo. Tío Harry rara vez hablaba, pero le enseñó a Punch todo Rocklington, desde los lodazales y la arena de la bahía hasta los grandes puertos donde se encontraban anclados los barcos, y los astilleros, donde jamás cesaba el ruido de los martillos, y las tiendas del paseo marítimo, y los mostradores de reluciente latón de las oficinas a las que tío Harry acudía una vez cada tres meses con un trozo de papel azul a cambio del cual recibía soberanos, porque tenía una pensión de guerra. De sus labios escuchó Punch la historia de la batalla de Navarino, donde los marinos de la flota pasaron tres días sordos como tapias y comunicándose por señas.

—Era por el ruido de los cañones; y ahora tengo un trozo de metralla de bala en algún lugar del cuerpo —le explicó tío Harry.

Punch lo miraba con curiosidad. No tenía la menor idea de lo que significaba «metralla», y su noción de «bala» era la de un proyectil de cañón más grande que su cabeza. ¿Cómo podía tener tío Harry una bala de cañón dentro del cuerpo? No se atrevía a preguntar, por miedo a que tío Harry pudiera enfadarse.

Sin embargo, Punch nunca había visto a tío Harry enfadado —enfadado de verdad —, hasta un día horrible en que Harry, el hijo, le quitó a Punch su caja de pinturas

para pintar un barco, y Punch protestó. Entonces apareció tío Harry, murmuró algo así como «niños extraños» y azotó en la espalda al chico del pelo negro con una vara hasta que lo hizo llorar y gritar, y entonces llegó tía Rosa, acusó a tío Harry de crueldad con el hijo de su propia carne, y Punch tembló hasta la punta de los zapatos.

—No ha sido culpa mía —le dijo al chico; pero tanto Harry como tía Rosa dijeron que sí, y que Punch mentía, y que no habría más paseos con tío Harry durante una semana.

Esa semana, no obstante, le trajo a Punch una gran alegría.

Repitió hasta el agotamiento que «subieron en Carro hasta el Cerro y jugaron al Corro».

—Ahora que ya sé leer —declaró Punch— no volveré a leer nunca más en la vida.

Guardó el libro marrón en el armario donde tenía sus libros escolares, y tiró sin querer un venerable volumen sin cubiertas titulado *Sharpe's Magazine*. Ocupaba la primera página la portentosa imagen de un grifo, con unos versos al pie. El grifo robaba una oveja cada día en un pueblo de Alemania, hasta que aparecía un hombre con un «sable» y lo partía en dos. A saber lo que era un sable; lo que importaba era el grifo, y su historia era mucho mejor que la del «Carro».

«Esto significa cosas», se dijo Punch, «y ahora lo sabré todo sobre todo lo que existe en el mundo». Leyó hasta que la luz se extinguió, sin entender ni la décima parte, pero hipnotizado al vislumbrar los nuevos mundos que en lo sucesivo se le revelarían.

—¿Qué es un sable? ¿Qué es un carnero? ¿Qué es un «ursupador»? ¿Qué es un prado verdeante? —preguntaba con rubor en las mejillas en el momento de acostarse a la atónita tía Rosa.

—Reza tus oraciones y duérmete —replicaba ella; y ésa fue toda la ayuda que Punch recibió de tía Rosa en el nuevo y delicioso ejercicio de la lectura, tanto entonces como en lo sucesivo.

«Tía Rosa sólo sabe cosas de Dios», razonaba Punch «Tío Harry me lo dirá».

Resultó que tío Harry tampoco pudo ayudarle cuando dieron su siguiente paseo, pero dejó hablar a Punch, incluso se sentó en un banco para interesarse sobre el grifo. Con otros paseos llegaron otras historias, a medida que Punch progresaba con sus lecturas, pues la casa albergaba una amplia provisión de libros viejos que nadie abría jamás, desde *Frank Fairlegh* por entregas y los primeros poemas de Tennyson, publicados como colaboración anónima en *Sharpe's Magazine*, hasta los catálogos de la Exposición Universal de 1862, de vivos colores y exquisitamente incomprensibles, junto a extrañas ediciones de *Los viajes de Gulliver*.

En cuanto Punch fue capaz de unir los trazos de las letras escribió a Bombay y pidió que le enviaran por correo «todos los libros del mundo». Papá no pudo satisfacer su modesto encargo, si bien le envió *Los cuentos de Grimm* y uno de Hans Andersen. Con eso fue suficiente. Si lograba quedarse solo, Punch podía estar,

cualquier hora, en su propio mundo, lejos del alcance de tía Rosa y de su Dios, de las bromas pesadas de Harry y de las súplicas de Judy para que jugase con ella.

—No me «intedrumpas», estoy leyendo. Ve a jugar a la cocina —gruñía Punch—. Tía Rosa a ti te deja entrar. —Judy estaba muy quejosa, porque le estaba saliendo un diente. Entonces acudía a tía Rosa, y ésta la tomaba con Punch.

—Estaba leyendo —explicaba—; leyendo un libro. Quiero leer.

—Eso sólo lo haces para llamar la atención —decía tía Rosa—. Ya hablaremos. Ahora juega con Judy y no vuelvas a abrir un libro hasta que transcurra una semana.

Judy no lo pasaba bien jugando con Punch, que se consumía de indignación, desconcertado por la mezquindad que encerraba aquella prohibición.

A mí me gusta leer —decía—; y ahora que ella lo sabe no me deja. —N o llores Ju…, no ha sido culpa tuya. No llores, por favor; si lloras dirá que soy yo quien te hace llorar.

Ju se secaba lealmente las lágrimas, y los dos jugaban en el cuarto de juegos, entre la primera planta y el sótano, adonde les mandaban siempre después de comer, mientras tía Rosa dormía. Tía Rosa bebía vino —es decir, bebía un poco de una botella que guardaba en el sótano— porque le hacía bien a su estómago, pero cuando no se quedaba dormida a veces pasaba por el cuarto de los niños para comprobar si de verdad estaban jugando. Los bloques de construcción, los aros de madera, los bolos y la vajilla de juguete ya no proporcionaban la misma diversión ahora que era posible trasladarse al País de la Fantasía mediante el simple acto de abrir un libro, y en muchas ocasiones tía Rosa sorprendía a Punch leyendo o contándole a Judy interminables historias. Eso era una violación de la ley, por lo que tía Rosa se llevaba a Judy y dejaba a Punch jugando solo, tras advertirle: «Más vale que te oiga jugar».

La cosa no tenía gracia, porque Punch se veía obligado a hacer ruido, como si estuviera jugando. Con infinito ingenio ideó al fin el modo de apoyar tres patas de la mesa sobre unos bloques de construcción y dejar la cuarta en el suelo. Así podía empujar la mesa con una mano mientras sostenía un libro con la otra. Y eso hizo hasta un día aciago en que tía Rosa lo pilló desprevenido y le dijo que estaba «mintiendo».

—Si tienes edad suficiente para mentir —anunció (siempre estaba de peor humor después de comer)—, tienes edad suficiente para ser azotado.

—Pero… ¡yo… yo no soy un animal! —exclamó Punch, aterrado. Se acordó de tío Harry y de la vara, y se puso blanco. Tía Rosa escondía una caña detrás de ella y allí mismo azotó a Punch en la espalda. El castigo fue una revelación para Punch. La puerta de la habitación se cerró, y lo deja ron solo, llorando hasta que se arrepintiera, y elaborando su propio credo acerca de la vida.

Tía Rosa, razonaba Punch, tenía poder para darle muchos azotes. Eso era injusto y cruel, y mamá y papá jamás lo tolerarían. A menos que, como tía Rosa parecía insinuar, le hubieran dado órdenes secretas, en cuyo caso estaría cierta mente abandonado. Debía conducirse con prudencia para ganarse la simpatía de tía Rosa,

pero muchas veces, aunque fuera inocente, le habían acusado de querer «llamar la atención». Había «llamado la atención» en presencia de las visitas, cuando acosó a un caballero desconocido —pues era tío de Harry y no suyo— con preguntas sobre el grifo y el sable y sobre el modelo exacto de tílburi que usaba Frank Fairlegh, asuntos de la mayor importancia que Punch anhelaba comprender. De nada serviría fingir amabilidad con tía Rosa.

En ese momento entró Harry y se quedó a cierta distancia, mirando con disgusto a Punch, que estaba desmadejado en un rincón del cuarto.

—Eres un mentiroso… un pequeño mentiroso —dijo Harry con fervor—. Y tendrás que cenar aquí solo, porque no eres digno de hablar con nosotros. Y tampoco podrás hablar con Judy hasta que mamá te lo autorice. La vas a corromper. Sólo sirves para relacionarte con la criada. Eso dice mamá.

Tras dejar a Punch nuevamente anegado en llanto, Harry subió para dar la noticia de que Punch seguía rebelándose.

Tío Harry parecía incómodo.

—Maldita sea, Rosa —dijo al fin—. ¿No puedes dejar al chico en paz? Conmigo siempre se porta muy bien.

—Contigo emplea sus mejores modales, Henry, pero me temo, mucho me temo que es la oveja negra de la familia.

Harry oyó el comentario y decidió archivarlo para hacer uso de él en el futuro. Judy lloró hasta que le ordenaron que se callara, pues no valía la pena llorar por su hermano; y la velada concluyó con el regreso de Punch a las regiones superiores de la casa y una reunión privada en la que a Punch le fueron revelados todos los horrores del infierno, con tanta profusión de imágenes como cabía en la estrecha mente de tía Rosa.

L, o que más le dolió a Punch fue sin embargo el abierto reproche de Judy, y se fue a dormir en las profundidades del Valle de la Humillación. Compartía su habitación con Harry, y sabía la tortura que le aguardaba. Durante una hora y media, tuvo que contestar las preguntas del joven caballero en torno a sus razones para decir una mentira, y una mentira tan grave, la cantidad exacta de azotes que tía Rosa le había propinado, y tuvo además que profesar su más honda gratitud por la instrucción religiosa que Harry había tenido la gentileza de ofrecerle.

Ese día empezó la decadencia de Punch, en lo sucesivo la Oveja Negra.

—El que miente en una cosa miente en todas —aseguraba tía Rosa, y Harry sentía que le ponían en bandeja a la Oveja Negra. Lo despertaba a media noche para preguntarle por qué era tan mentiroso.

—No lo sé —respondía Punch.

—¿No crees que deberías levantarte y pedirle a Dios un corazón nuevo?

—Sssí.

—¡Pues levántate y reza!

Y Punch salía de la cama con el corazón rebosando odio hacia el mundo entero,

tanto conocido como por conocer. No paraba de meterse en líos. El modo en que Harry lo interrogaba sobre sus acciones del día rara vez dejaba de producir en él, adormilado y furioso, media docena de contradicciones que a la mañana siguiente eran puntualmente comunicadas a tía Rosa.

—No era una mentira —empezaba Punch, enzarzándose en una elaborada explicación que lo dejaba aún más indefenso en el punto de mira—. Dije que no había rezado dos veces, pero eso fue el martes. Recé una vez. Es verdad, pero Harry dice que no. —Etcétera, etcétera, hasta que la tensión daba paso al llanto, y lo expulsaban de la mesa, castigado.

—Antes no eras tan malo —decía Judy, impresionada por el historial delictivo de la Oveja Negra—. ¿Por qué te has vuelto tan malo?

—No lo sé —respondía la Oveja Negra—. No soy malo; lo que pasa es que no me dejan en paz. Yo sé lo que he hecho y quiero explicarlo, pero Harry lo cuenta siempre de un modo distinto, y tía Rosa nunca me cree. ¡No digas tú también que soy malo, Ju; por favor!

—Tía Rosa lo dice. Ayer se lo dijo al vicario, cuando vino —fue la respuesta de Judy.

—¿Y por qué le habla de mí a todo el mundo? Eso no es justo —dijo la Oveja Negra—. Cuando estaba en Bombay y era malo… malo de verdad, no como ahora que se lo inventan… mamá se lo decía a papá, y papá me decía que lo sabía; y nada más. La gente de fuera no se enteraba… ni siquiera Meeta lo sabía.

—Yo no me acuerdo —decía Judy, llena de añoranza—. Era muy pequeña. Mamá no te quería tanto como a mí, ¿verdad que no?

—Claro que sí. Y papá también. Todo el mundo.

—Tía Rosa me quiere más a mí que a ti. Dice que eres una cruz y una oveja negra y que no debo hablar contigo más que lo justo.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera cuando ya ha pasado el tiempo en que no puedes hablar conmigo?

Judy asintió tristemente con la cabeza. La Oveja Negra se dio la vuelta, desesperado, pero Judy lo abrazó.

—No te preocupes, Punch —le susurró—. Yo seguiré hablando contigo siempre. Eres mi único hermano, aunque seas… aunque tía Rosa diga que eres malo, y aunque Harry diga que eres un cobarde. Dice que si te tiro del pelo con fuerza te echarás a llorar.

—Prueba a hacerlo —dijo Punch.

Judy le tiró del pelo con cautela.

—Tira más fuerte… ¡tira con todas tus fuerzas! ¡Así! No me importa. Si sigues hablando siempre conmigo te dejaré que me tires del pelo todo lo que quieras… tira si te gusta. Aunque sé que si Harry viene y te dice que me tires del pelo me pondré a llorar.

Así fue como los niños sellaron su pacto con un beso, y el corazón de la Oveja

Negra se llenó de alegría, y con suma prudencia y mucho tacto para evitar a Harry fue haciendo méritos y le dejaron leer una semana entera sin interrupciones. Tío Harry lo llevaba a pasear y lo consolaba con su ternura tosca; nunca lo llamaba Oveja Negra.

—Supongo que te hace bien, Punch —le decía—. Sentémonos un poco. Estoy cansado. —Sus pasos no lo llevaban ahora hasta la playa, sino al cementerio de Rocklington, entre los patatales. El hombre gris se pasaba horas sentado en una lapida, mientras la Oveja Negra leía los epitafios, y volvía a cusa a grandes zancadas.

—No tardaré en estar ahí dentro —le anunció tío Harry una tarde de invierno bajo el porche de entrada al camposanto; tenía la cara blanca como una moneda de plata gastada—. Pero no se lo digas a tía Rosa.

Un mes más tarde, poco después de haber salido a pasear a media mañana, tío Harry dio media vuelta para regresar bruscamente a casa.

—Llévame a la cama, Rosa —murmuró—. Ya he dado mi último paseo. La metralla me ha alcanzado.

Lo acostaron; la sombra de su enfermedad envolvió la casa por espacio de quince días, y Oveja Negra entró y salió sin que nadie se fijara en él. Papá le había enviado libros nuevos, y le habían ordenado que no hiciera ruido. Se refugió en su propio mundo y fue plenamente feliz. Ni siquiera de noche veía interrumpida su felicidad. Podía estar tranquilo en la cama y contarse historias de viajes y aventuras, mientras Harry seguía en el piso de abajo.

—Tío Harry se está muriendo —dijo Judy, que entonces vivía casi exclusivamente con tía Rosa.

—Lo siento mucho —dijo escuetamente la Oveja Negra—. Ya me lo dijo hace mucho tiempo.

Tía Rosa oyó la conversación.

—¿Es que no hay nada que te haga contener esa lengua malvada? —dijo, muy enfadada. Tenía cercos azules alrededor de los ojos.

La Oveja Negra se retiró al cuarto de juegos para leer *Cometh up as a Flower* con enorme interés, aunque sin entender apenas nada. Le habían prohibido abrirlo, por sus «pecados», pero el universo se desmoronaba, y tía Rosa estaba profundamente sumida en su pena.

«Me alegro», se dijo la Oveja Negra. «Ahora ella está sufriendo. Pero no era mentira. Yo lo sabía. Pero él me dijo que no lo contara».

Esa noche, Oveja Negra se despertó sobresaltado. Harry no estaba en la habitación, y oyó sollozos en el piso de abajo. La voz de tío Harry, que cantaba la canción de la batalla de Navarino, le llegó entonces a través de la oscuridad:

> Era nuestro buque el *Asia*…
> ¡El *Génova* y el *Albión*!

«Está mejorando», pensó la Oveja Negra, que había aprendido los diecisiete versos de la canción. Pero, al pensarlo, se le heló la sangre en su pequeño corazón. La voz subió una octava y sonó aguada como el silbato del contramaestre:

> Llegó luego el lindo *Rosa*,
> el brulote se acercó,
> y expuesto quedó el *Brioso*
> ese día en Navarino.

—¡Ese día en Navarino, tío Harry! —gritó la Oveja Negra, desesperado y medio loco de miedo a no sabía qué.

Una puerta se abrió, y tía Rosa gritó desde el rellano:

—¡Calla! Por Dios, calla, desaprensivo. ¡Tío Harry ha muerto!

EL TERCER SACO

> Y concluye el viaje cuando al fin se reúnen los amantes, como bien sabe todo hombre sabio.

«¿Qué será de mí ahora?», se preguntó la Oveja Negra una vez que hubieron concluido los peculiares ritos semipaganos propios del funeral en un hogar de clase media, y tía Rosa, espantosamente vestida de negro, volvió a la vida. «Creo que de momento no he hecho nada malo, aunque supongo que no tardaré en hacerlo. Ella estará muy enfadada por la muerte de tío Harry, y Harry también. Más vale que no salga de la habitación».

Punch vio sus planes truncados cuando se tomó la decisión de que fuera al mismo colegio que Harry. Eso significaba que tendría que salir con él por las mañanas, y acaso también regresar con él por la tarde; la perspectiva de felicidad en el intervalo resultaba, sin embargo, refrescante. «Harry le contará todo lo que haga; pero no haré nada», pensó la Oveja Negra. Fortalecido con tan meritoria decisión, Punch fue al colegio, donde descubrió que su mala fama le había precedido, merced a los oficios

de Harry, y la vida resultó un tormento. Evaluó a sus compañeros. Unos eran sucios, otros hablaban en dialecto, algunos no pronunciaban las «haches» y había dos judíos y un negro, o de piel bastante oscura. «Es un *hubshi* ("negro")», se dijo la Oveja Negra. «Hasta Meeta se reía de los *hubshis*. No me parece que éste sea un lugar decente». Pasó una hora indignado, hasta que concluyó que cualquier objeción que pudiera poner sería transformada por tía Rosa en «llamada de atención» y Harry se lo contaría a los demás chicos.

—¿Qué te ha parecido el colegio? —le preguntó tía Rosa al final de su primer día.

—Es un sitio muy bonito —respondió tranquilamente Punch.

—¿Supongo que habrás prevenido a los chicos del carácter de la Oveja Negra? —le dijo tía Rosa a Harry.

—Desde luego —respondió el censor moral de la Oveja Negra—. Están al corriente de todo.

—Si estuviera con mi padre —saltó la Oveja Negra, sin poder contenerse—, no hablaría con esos chicos. Él no me lo permitiría. Viven en tiendas. Los he visto entrar… donde sus padres viven y venden cosas.

—¿Te crees superior para ir a ese colegio? —preguntó Tía Rosa con una sonrisa amarga—. Deberías estar agradecido de que esos chicos te dirijan la palabra. No creas que en todos los colegios se acepta a los mentirosos.

Harry no perdió la ocasión de capitalizar el desafortunado comentario de la Oveja Negra, a resultas de lo cual varios chicos, incluido el *hubshi*, ofrecieron a la Oveja Negra una demostración de la eterna igualdad de la raza humana, a base de golpes en la cabeza, y el único consuelo que recibió de tía Rosa fue el comentario de que «le estaba bien empleado, por ser tan engreído». Aprendió sin embargo a guardarse sus opiniones para sí y a ganarse la simpatía de Harry llevándole los libros y cosas por el estilo, para disfrutar de un poco de paz. Su existencia no era en absoluto feliz. Pasaba todo el día en el colegio, de nueve a doce y de dos a cuatro, menos los sábados. Por la tarde le mandaban a su cuarto a hacer los deberes para el día siguiente y de noche debía afrontar los temidos interrogatorios de Harry. A Judy apenas la veía. Judy se había vuelto profundamente religiosa —a los seis años, la religión era fácil de aceptar — y se hallaba dolorosamente dividida entre su amor natural por la Oveja Negra y su amor por tía Rosa, que era incapaz de hacer nada malo.

La mezquina mujer recibía con interés el amor de la pequeña, y a veces Judy se atrevía a aprovecharlo para aliviar las penas de su hermano. Cuando no se sabía la lección, en casa lo castigaban a no leer más que libros de texto durante una semana, y era Harry quien se encargaba de transmitir la noticia con alegría. Además, tenía que recitarle la lección a Harry antes de acostarse, y éste generalmente conseguía que Punch perdiera el control para luego consolarlo con las más lúgubres perspectivas sobre su porvenir. Harry era el espía, el inquisidor y el encargado de las bromas pesadas, y tía Rosa la ejecutora. Harry ejercía admirablemente sus múltiples funciones, y ahora que tío Harry había muerto, la Oveja negra no tenía posibilidad de

apelación. No se le permitía el menor fallo en la escuela, mientras que en casa no contaba con ninguna credibilidad y agradecía cualquier muestra de compasión de las jóvenes criadas, que no duraban mucho en Downe Lodge, porque también eran unas «mentirosas». «Eres igual que la Oveja Negra», era la frase que cada nueva Jane o Eliza no tardaba ni un mes en oír de boca de tía Rosa; de ahí que la Oveja Negra tuviera costumbre de preguntar a las chicas si ya las habían comparado con él. Harry era para ellas el «señorito Harry»; Judy era oficialmente la «señorita Judy», pero la Oveja Negra nunca fue más que la Oveja Negra *tout court*.

A medida que pasaba el tiempo y el recuerdo de papá y mamá quedaba velado por la ingrata tarea de escribirles todos los domingos, bajo la vigilante supervisión de tía Rosa, la Oveja Negra se olvidó de la vida que había llevado con anterioridad. Ni siquiera los llamamientos de Judy, «intenta acordarte de Bombay», tenían efecto alguno en él.

—No me acuerdo —decía—. Sólo recuerdo que daba muchas órdenes y que mamá me besaba.

—Tía Rosa también te besará si eres bueno —le suplicaba Judy.

—¡Puaj! No quiero que tía Rosa me bese. Diría que lo hago para conseguir más comida.

Las semanas se convirtieron en meses, y llegaron las vacaciones; pero justo antes de las vacaciones la Oveja Negra cayó en pecado mortal.

Entre los muchos chicos a los que Harry había incitado a «pegar a la Oveja Negra en la cabeza, porque no se atrevía a devolver el golpe» había uno más exasperante que los demás, y en un momento en que Harry no andaba cerca, se abalanzó sobre la Oveja Negra. Los golpes fueron muy duros, y la Oveja Negra los devolvió a diestro y siniestro con toda su alma. El otro cayó y se puso a llorar. La Oveja Negra no daba crédito a lo que estaba haciendo, pero, al sentir el cuerpo del otro debajo del suyo, sin ofrecer resistencia, lo zarandeó con las dos manos, ciego de ira, y se dispuso luego a estrangular al enemigo, con la sincera intención de matarlo. La lucha duró hasta que Harry y otros compañeros separaron a la Oveja Negra del otro chico y lo llevaron a casa, dolorido pero exultante. Tía Rosa había salido, y mientras aguardaban su llegaba, Harry aleccionó a la Oveja Negra sobre el pecado del asesinato, que describió como el delito de Caín.

—¿Por qué no luchaste limpiamente? ¿Por qué te ensañaste con él cuando ya estaba derrotado, bellaco? —La Oveja Negra miraba la garganta de Harry y el cuchillo que había sobre la mesa del comedor.

—No lo sé —dijo con hastío—. Tú siempre le dices que se meta conmigo y luego me llamas cobarde porque lloro. ¿Quieres dejarme en paz hasta que vuelva tía Rosa? Tú dile que tiene que pegarme, que ella ya me pegará, y con eso se arregla todo.

—Con eso no se arregla nada —respondió Harry en tono profesoral—. Has estado a punto de matarlo, y no me sorprendería que se muriera.

—¿Se morirá? —preguntó la Oveja Negra.

—Creo que sí —dijo Harry—; y entonces te ahorcarán e irás al infierno.

—Muy bien —concluyó la Oveja Negra, echando mano del cuchillo—. En ese caso te mataré. Siempre estás diciendo cosas y haciendo cosas… y yo no entiendo lo que pasa, y nunca me dejas en paz… ¡y no me importa lo que pase!

Corrió hacia él cuchillo en mano, y Harry huyó escaleras arriba augurándole la mayor de las palizas en cuanto volviera tía Rosa. La Oveja Negra se sentó al pie de la escalera, sin soltar el cuchillo, y lloró por no haber matado a Harry. La criada salió de la cocina, le quitó el cuchillo y lo consoló, pero nada podía consolar a la Oveja Negra. Recibiría una buena paliza de tía Rosa, y luego otra paliza de Harry; y prohibirían a Judy hablar con él; y en el colegio se enterarían de todo y…

No tenía a nadie que lo ayudara ni a nadie a quien querer, y el mejor modo de acabar con todo era la muerte. El cuchillo le haría mucho daño, pero tía Rosa le había dicho un año antes que si chupaba la pintura se moriría. Fue al cuarto de juegos, desenterró el Arca de Noé, que ya nadie usaba, y se comió la pintura de todos los animales que quedaban allí. Tenía un sabor asqueroso, pero había dejado limpia a la paloma cuando volvieron tía Rosa y Judy. La Oveja Negra subió al piso de arriba y las recibió diciendo:

—Por favor, tía Rosa, creo que casi he matado a un niño en el colegio, y también he intentado matar a Harry, pero ¿me darás una paliza y me dejarás en paz cuando hayas terminado de hablarme de Dios y del infierno?

El relato de los hechos, tal como lo expuso Harry, no tenía más que una explicación: la Oveja Negra estaba poseído por el diablo. De ahí que no sólo recibiera una paliza descomunal de tía Rosa y, una vez completamente acobardado, también de Harry, sino que la familia rezó por él además de por Jane, la criada, que había robado una croqueta fría de la despensa y sollozaba ruidosamente mientras su pecado era debidamente expuesto ante el Trono de la Gracia. La Oveja Negra estaba magullado y entumecido, pero se sentía victorioso. Moriría esa misma noche y se libraría de todos ellos. No; no le pediría perdón a Harry; y no toleraría su interrogatorio a la hora de acostarse, aunque lo llamara «Caín».

—He recibido una paliza —dijo— y he hecho cosas. Ya no me importa lo que hago. Si te atreves a hablarme esta noche. Harry, intentaré matarte. Ahora, si quieres, mátame tú.

Harry se llevó su cama a una habitación desocupada, y la Oveja Negra se acostó preparado para morir.

Pudiera ser que quienes fabricaron el Arca de Noé supieran que los animales llegaban fácilmente a la boca de los niños y lo tuvieran en cuenta a la hora de pintarlos. Lo cierto es que, una vez más, la mañana se presentó con el tedio de siempre al otro lado de la ventana y encontró a Oveja Negra perfectamente sano y bastante avergonzado, aunque fortalecido por el conocimiento de que, en casos extremos, podía defenderse de Harry en lo sucesivo.

Cuando bajó a desayunar, el primer día de vacaciones, recibió la noticia de que

Harry, tía Rosa y Judy se marchaban a Brighton, mientras que la Oveja Negra se quedaría en casa con la criada. Su última mala acción le vino de perlas a tía Rosa, pues le proporcionó una buena excusa para dejarlo allí. Papá, que desde Bombay parecía adivinar al instante los deseos del joven pecador, le envió un nuevo paquete de libros. Y con ellos y la compañía de Jane pasó la Oveja Negra un mes en soledad.

Los libros le duraron diez días. Los devoró con ansia a razón de doce horas de un tirón. Llegaron entonces días en los que no había absolutamente nada que hacer, días de soñar y desplegar ejércitos imaginarios escaleras arriba y abajo, de contar el número de barrotes y de medir la longitud y la anchura de cada habitación de la casa con palmos: cincuenta de largo, treinta de ancho, y otra vez cincuenta. Jane hizo muchas amistades y, cuando la Oveja Negra prometió que no daría cuenta de sus ausencias, empezó a pasar muchas horas fuera de casa todos los días. La Oveja Negra observaba el desplazamiento de los rayos del sol de la cocina al comedor, y de ahí a su dormitorio, hasta que todo se tornaba oscuro y gris, y bajaba corriendo a la cocina para leer a la luz del fuego. Se alegraba de estar solo y de poder leer cuanto se le antojara, aunque al cabo de un rato empezaba a tener miedo de las sombras de las cortinas, el batir de las puertas y el crujido de las persianas. Salía al jardín, y el rumor de los laureles lo asustaba.

Se alegró cuando todos volvieron —tía Rosa, Harry y Judy—, llenos de noticias, y Judy cargada de regalos. ¿Quién podía no querer a la adorable y fiel Judy? La Oveja Negra respondió al alegre parloteo de su hermana informándole de que la distancia entre la puerta del vestíbulo y el primer rellano de la escalera era exactamente de ciento ochenta y cuatro palmos. Lo había descubierto por sí solo.

Se reanudó entonces la vieja rutina, con una diferencia y un nuevo pecado. Al resto de las muchas maldades de la Oveja Negra se había añadido recientemente una increíble torpeza, de ahí que en sus acciones pudiera confiarse tan poco como en su palabra. Ni siquiera él entendía por qué se le caía todo lo que tocaba, por qué volcaba los vasos en cuanto les ponía las manos encima, por qué se golpeaba en la cabeza con las puertas que estaban manifiestamente cerradas. Todo su mundo quedó velado por una neblina gris, y fue estrechándose mes tras mes hasta que la Oveja Negra no tuvo más compañía que el aleteo de las cortinas, que tanto se parecían a fantasmas, y los indecibles terrores de la luz del día, que a la postre resultaban no ser más que abrigos colgados de sus perchas.

Las vacaciones llegaron y se marcharon, y la Oveja Negra tuvo que ir de visita a casa de mucha gente, cuyos rostros eran exactamente iguales los unos a los otros; recibía una paliza siempre que lo exigía la ocasión y a todas horas sufría las torturas de Harry, aunque Judy salía en su defensa haciendo un relato de lo bueno y de lo malo, por más que para entonces ya se hubiera contagiado de la ira de tía Rosa.

Las semanas resultaban interminables, y papá y mama cayeron completamente en el olvido. Harry había terminado sus estudios y trabajaba como empleado en un banco. Liberado de su presencia, la Oveja Negra decidió que ya no tenía por qué

privarse del placer de la lectura. Así, cuando suspendía en el colegio, aseguraba que todo le iba bien, y empezó a albergar un profundo desprecio por tía Rosa al comprobar lo fácil que era engañarla. «Dice que soy un mentiroso cuando no digo mentiras, y ahora que miento no se da cuenta», pensaba la Oveja Negra. Tía Rosa lo había acusado en el pasado de viles argucias y estratagemas que jamás habían tenido cabida en su cabeza. A la luz de los sórdidos conocimientos que ella le había revelado, se lo estaba devolviendo todo con creces. En una casa donde el más inocente de sus motivos, el natural anhelo de un poco de cariño, se había interpretado como el deseo de recibir más pan y jamón o de buscar la complicidad de los extraños, la ausencia de Harry lo volvía todo más fácil. Tía Rosa descubría algunos engaños, pero no todos. Punch empezó a utilizar su inteligencia contra ella y nunca más recibió una paliza. A cada mes se le hacía más duro el estudio, y hasta las páginas de los libros de historia se le borraban al ponerse las letras a bailar. Así cavilaba Oveja Negra, envuelto en sombras y alejado del mundo, inventando terribles castigos para el «querido Harry» o tramando una nueva maraña de engaños en la que atrapar a tía Rosa.

Hasta que se produjo el choque que rompió su telaraña. Era imposible predecirlo todo. Tía Rosa se interesó personalmente por los progresos de la Oveja Negra, y la información que recibió la dejó perpleja. Paso a paso, con el mismo e intenso deleite con que acusaba a una criada mal nutrida por robarle un poco de carne fría, siguió el rastro de los delitos de la Oveja Negra. ¡La Oveja Negra llevaba semanas y semanas burlándose de tía Rosa para que no lo apartara de sus libros, burlándose de Harry y, sobre todo, burlándose de Dios! Eso era horrible, era el mayor de los horrores, y revelaba su profunda depravación mental.

La Oveja Negra evaluó las consecuencias. «Me dará la mayor paliza de mi vida y luego me colgará en la espalda un cartel de “Mentiroso”, como otras veces. Harry me azotará y rezará por mí, y ella me tendrá presente en sus oraciones me dirá que soy hijo del diablo, y me obligará a aprender algunos himnos de memoria. Pero he logrado leer todos mis libros sin que se diera cuenta, aunque dirá que lo ha sabido en todo momento. Ella también es una vieja embustera».

Pasó tres días encerrado en su habitación, para preparar su ánimo. «Habrá dos palizas. Una en la escuela y otra aquí.

La de aquí dolerá más». Y casi empezó a sentir el dolor, sólo de pensarlo. En el colegio recibió una paliza de los judíos y el *hubshi*, por el asqueroso pecado de mentir en casa sobre sus progresos escolares. En casa recibió una paliza de tía Rosa, por la misma razón, y a continuación le colgaron el cartel. Tía Rosa se lo cosió entre los hombros y le ordenó que saliera a dar una vuelta con el letrero puesto.

—Si me obligas a hacer eso —dijo la Oveja Negra sin alterarse en absoluto—, quemaré esta casa y puede que te mate. No sé si conseguiré matarte, con tantos huesos como tienes, pero al menos lo intentaré.

No hubo castigo para esta blasfemia, aunque la Oveja Negra estaba preparado

para agarrar el ajado cuello de tía Rosa y apretar hasta que lo redujeran. Puede que tía Rosa se asustara porque, una vez alcanzado el nadir del pecado, la Oveja Negra se comportaba de un modo implacable.

En mitad de esta crisis llegó a Downe Lodge un visitante de ultramar que conocía a papá y a mamá y había recibido el encargo de visitar a Judy y a Punch. Ordenaron a la Oveja Negra que bajara al salón y se sentara a la mesa repleta de porcelana.

—Veamos, caballerito —dijo el visitante, volviendo despacio hacia la luz el rostro de la Oveja Negra—. ¿Qué pájaro es ése que está en la valla?

—¿Qué pájaro? —preguntó la Oveja Negra.

El visitante observó intensamente los ojos de la Oveja Negra por espacio de medio minuto y exclamó:

—¡Dios mío! ¡El pobre chico está casi ciego!

Era un visitante muy expeditivo. Dio orden, bajo su propia responsabilidad, de que la Oveja Negra no fuera al colegio ni abriese un libro hasta que llegara mamá.

—Estará aquí dentro de tres semanas, como bien sabes. Yo soy el Sahib Inverarity. Fui quien te trajo a este malvado mundo, jovencito, y parece que has sabido hacer buen uso de tu tiempo. No debes hacer absolutamente nada. ¿Eres capaz de eso?

—Sí —respondió Punch, bastante aturdido. Sabía que mamá llegaría pronto. Era por tanto probable que recibiera otra paliza. Gracias a Dios que papá no venía también. Tía Rosa le había dicho recientemente que debería ser castigado por un hombre.

La Oveja Negra quedó estrictamente autorizado a no hacer nada en las tres semanas siguientes. Se pasaba el día entero en el cuarto de juegos, mirando los juguetes rotos, de todo lo cual darían puntual cuenta a mamá. Tía Rosa le pegaba en las manos si se rompía siquiera un barco de madera, pero ése era un pecado nimio en comparación con el resto de las oscuras insinuaciones de tía Rosa.

—Cuando venga tu madre y escuche lo que tengo que decirle te dará tu merecido —decía en tono grave, y vigilaba muy de cerca a Judy, no fuera a ser que la niña intentara consolar a su hermano, con gran peligro para su alma.

Y al fin llegó mamá, en un coche de cuatro ruedas, arrebolada de ilusión y de ternura. ¡Mamá! Joven, frívolamente joven, y hermosa, con las mejillas levemente sonrosadas, los ojos refulgentes como estrellas y una voz que no necesitaba de la llamada de sus brazos extendidos para atraer a los pequeños hacia sí. Judy corrió directamente hacia ella, pero la Oveja Negra vaciló.

Sería aquel prodigio un modo de «llamar la atención». Seguro que cuando se enterara de sus crímenes mamá no le tendería los brazos. ¿Era posible que intentara obtener algo de la Oveja Negra, fingiendo cariño? Mamá quería todo su amor y toda su confianza, pero eso la Oveja Negra no lo sabía. Tía Rosa se retiró y dejó a mamá arrodillada entre sus dos hijos, a medias riendo a medias llorando, en el mismo vestíbulo donde Punch y Judy habían llorado cinco años antes.

—¿Os acordáis de mí, ratoncitos?

—No —dijo sinceramente Judy—. Pero yo le pido a Dios todas las noches que bendiga a papá y a mamá.

—Un poco —dijo la Oveja Negra—. Al menos recuerdo que os he escrito todas las semanas. Y no lo hacía para llamar la atención sino por lo que pasa después.

—¿Y qué pasa después? ¿Qué es lo que debe pasar después, amor mío? —preguntó mamá, volviendo a atraerlo hacia sí. Punch se acercó torpemente, con mucho recelo. La madre fue rápida como el rayo—: No está acostumbrado a recibir cariño. La niña sí —dijo.

«Es demasiado pequeña para hacer daño a nadie», pensó la Oveja Negra, «y se asustará si le digo que la voy a matar. Me pregunto qué le contará tía Rosa».

Hubo una cena cortésmente tensa, al término de la cual mamá cogió a Judy y la llevó a la cama con toda clase de mimos y cariños. La desagradecida Judy ya se había olvidado de tía Rosa, que soportó la ofensa con amargura.

—Ven a darme las buenas noches —le dijo tía Rosa a la Oveja Negra, ofreciendo una mejilla marchita.

—¿Cómo? —exclamó la Oveja Negra—. Nunca te he besado y ahora no pienso fingir. Cuéntale a esta mujer todo lo que he hecho y ya veremos lo que dice.

La Oveja Negra se metió en la cama con la sensación de haber perdido el cielo nada más atisbarlo entre sus verjas. Media hora más tarde «esta mujer» estaba inclinada sobre su cama. La Oveja Negra movió rápidamente el brazo derecho. No era justo que viniera a pegarle en la oscuridad. Ni siquiera la tía Rosa lo había intentado. Pero no recibió ningún golpe.

—¿Estás fingiendo? No pienso decirte nada más de lo que te haya contado tía Rosa, y eso que ella no lo sabe todo —dijo la Oveja Negra intentado hablar lo más claramente posible, pues tenía unos brazos alrededor del cuello.

—¡Ay, hijo mío… mi pequeño! Todo es culpa mía… es culpa mía, cariño… Pero no pudimos evitarlo. Perdóname, Punch. —La voz se apagó hasta convertirse en un murmullo roto, y dos lágrimas calientes cayeron sobre la frente de la Oveja Negra.

—¡A ti también te ha hecho llorar! —exclamó—. No te imaginas cómo llora Jane. Pero tú eres buena, y Jane es una mentirosa nata… eso dice tía Rosa.

—¡Calla, Punch, calla! No hables así, mi niño. Intenta quererme un poquito… sólo un poquito. No sabes cuánto lo añoro. ¡Vuelve a mí, *Punch-baba*! Soy tu madre… tu verdadera madre… y todo lo demás no importa. Lo sé, mi vida, lo sé. Pero ya no importa. ¿Me querrás al menos un poquito, Punch?

Resulta extraordinaria la cantidad de cariño que puede soportar un chico que ya ha cumplido los diez años cuando tiene la certeza de que no hay nadie para reírse de él. La Oveja Negra no había recibido mucho, y de pronto allí estaba aquella mujer hermosa, tratándolo —a él, a la Oveja Negra, al hijo del diablo— como si fuera un pequeño dios.

—Te quiero mucho, madre querida —susurró al fin—, y me alegro de que estés

aquí. Pero ¿estás segura de que tía Rosa te lo ha contado todo?

—Todo. ¿Y eso qué importa? Aunque —la voz se quebró con un sollozo que era mitad risa—, ¿no crees mi pobre y querido Punch, mi hijito medio ciego, que ha sido un poco tonto de tu parte?

—No. Me ahorré una paliza.

Mamá se estremeció y se alejó en la oscuridad para escribir una larga carta a papá. He aquí un fragmento:

… Judy es una mojigata regordeta que adora a la mujer y ha asimilado con enorme seriedad sus creencias religiosas… ¡y no tiene más que ocho años, Jack! ¡Lleva puesta una auténtica atrocidad de crin a la que llama su miriñaque! Acabo de quemarla. Judy está dormida en mi cama mientras te escribo. A Punch no llego a entenderlo. Está bien alimentado, pero al parecer se ha ido enredando en una serie de pequeños embustes que la mujer magnifica y transforma en pecados mortales. ¿Recuerdas cómo nos educaron a nosotros, querido, cuando el temor de Dios era tantas veces la antesala de la mentira? No tardaré en ganarme a Punch. Pienso llevarme a los niños al campo hasta que me conozcan; en conjunto estoy contenta, o lo estaré cuando tú vengas a casa, cariño, y entonces daré gracias a Dios, ¡cuando todos estemos al fin juntos bajo el mismo techo!

Tres meses más tarde, Punch, que ya no es la Oveja Negra, ha descubierto que es el legítimo propietario de una madre de verdad, amorosa y viva, que es también una hermana, una fuente de consuelo y una amiga, y debe protegerla hasta que papá llegue a casa. El engaño no tiene cabida en un protector, y cuando uno puede hacer cualquier cosa sin ser cuestionado, ¿de qué sirve engañar?

—Mamá se enfadará mucho si saltas esa zanja —dice Judy, continuando una conversación.

—Mamá nunca se enfada —dice Punch—. Sólo dirá: «Eres un *pagal*[5]». Y eso no está bien, pero te lo demostraré. Punch salta la zanja y se hunde hasta las rodillas.

—¡Mamá! —grita después—. ¡Me he ensuciado todo lo po-si-ble!

—¡Pues cámbiate de ropa lo antes po-si-ble! —La voz clara de mamá llega desde la casa—. Y no seas tan *pagal*.

—¡Lo ves! ¡Te lo dije! —exclama Punch—. Ahora todo es distinto, y somos tan de mamá como si nunca se hubiera marchado.

¡Ah, Punch! No del todo, pues cuando unos labios jóvenes han bebido de las profundas y amargas aguas del odio, la sospecha y la desesperación, todo el amor del mundo no basta para borrar ese descubrimiento; aunque por un instante el amor pueda volver hacia la luz los ojos oscurecidos, y enseñar Fe donde antes no la había.

TAMBORES DE GUERRA

En la nómina de las Fuerzas Armadas figuran todavía como «Los Destacados y Aptos de la Muy Regia y Muy Leal Infantería Ligera de la Princesa Hohenzollern-Sigmaringen de Anspach Merther-Tydfilshíre, adscritos al Regimiento del Distrito 392 A», pero en todos los barracones y las cantinas del ejército se les conoce ahora como los «Destacados e Ineptos». Acaso con el tiempo lleguen a hacer algo que honre su nuevo título, si bien por el momento han caído en un profundo oprobio, y el hombre que los llame «Destacados e Ineptos» sabe que corre el riesgo de perder la cabeza que reposa sobre sus hombros.

Dos palabras masculladas en los establos de un determinado regimiento de caballería bastan para que los hombres echen a la calle con palos y correas, lanzando improperios, pero si alguien se atreve siquiera a susurrar «Destacados e Ineptos», el regimiento empuñará los rifles.

La excusa es que volvieron e hicieron cuanto pudieron por concluir su tarea con elegancia, aunque todo el mundo sabe que fueron abiertamente derrotados, azotados, aplastados y amedrentados, y que se echaron a temblar. Lo saben los soldados, lo saben sus oficiales y lo sabe la Guardia Real, y también el enemigo lo sabrá cuando sobrevenga la próxima guerra. Hay en el frente dos o tres regimientos marcados por un negro estigma que quedará entonces borrado, y en un grave aprieto se verán las tropas a cuya costa consigan limpiarlo.

Oficialmente se supone que el valor del soldado británico se halla por encima de toda duda, y así es por regla general. Las excepciones se ocultan discretamente, y sólo al calor de la animada conversación que de cuando en cuando desborda a medianoche el comedor de los oficiales se alude a ellas. Se cuentan entonces extrañas y horrorosas historias de hombres que no secundan a sus oficiales, de órdenes dadas por quienes no tienen atribuciones para el mando y de vergonzosos errores que, de no ser por la proverbial fortuna del ejército británico, bien pudieran haber desencadenado un desastre monumental. Son historias poco gratas de oír, y los oficiales las cuentan a media voz, sentados junto a las grandes chimeneas, mientras los más jóvenes ladean la cabeza y suplican íntimamente a Dios que sus hombres no se comporten nunca de ese modo.

En ningún caso puede culparse al soldado británico por un fallo ocasional, pero él no debe conocer este decreto. Un general de mediana inteligencia tardará seis meses en dominar el arte de la guerra en la que se ve inmerso; un coronel puede malinterpretar de plano la capacidad de su regimiento hasta tres meses después de haber entrado en combate, y hasta un comandante de compañía puede equivocarse en cuanto al temple y el carácter de sus hombres. De ahí que no pueda culparse al soldado, y aún menos al soldado de hoy, por batirse en retirada. Naturalmente se

enfrentará a la horca o al pelotón de fusilamiento, porque es preciso dar ejemplo a los demás, pero en ningún caso debe ser vilipendiado en los periódicos, pues tal conducta constituye una falta de tacto además de un desperdicio de espacio.

Digamos que el soldado lleva unos cuatro años al servicio de la emperatriz, y que se licenciará en el plazo de otros dos años. No ha heredado unos valores morales, y cuatro años no son suficientes para fortalecer su carácter ni para enseñarle hasta qué punto es sagrado su regimiento. Quiere beber y divertirse —en la India quiere ahorrar dinero—, y no le hace gracia resultar herido. Ha recibido la formación indispensable para comprender la mitad del sentido de las órdenes que recibe y especular sobre la naturaleza de heridas limpias, profundas y mortales. Así, si recibe orden de desplegarse bajo el fuego que preludia el combate, sabe que el riesgo de morir en el despliegue es muy elevado, y sospecha que lo lanzan al ataque tan sólo para ganar diez minutos. Puede optar por desplegarse con desesperada celeridad o puede arrastrar los pies, escabullirse y huir, según la disciplina a que se haya visto sometido a lo largo de esos cuatro años.

Provisto de un conocimiento imperfecto, aquejado por la maldición de poseer una imaginación rudimentaria, lastrado por el egoísmo de las clases bajas y con escasos apoyos en el regimiento, el joven soldado se encuentra de pronto ante un enemigo que en tierras orientales es siempre feo, generalmente alto y peludo y con frecuencia escandaloso. Si mira a derecha e izquierda y ve que los soldados de mayor edad —hombres con doce años de servicio a sus espaldas que, él lo sabe, son conscientes de lo que está a punto de ocurrir— abordan sin dificultad una carga, un ataque o una demostración, encuentra algún consuelo y apoya la culata de su rifle contra el hombro con ánimo enérgico. Aún mayor es su tranquilidad si el oficial que se ha ocupado de su formación y alguna vez le ha roto la cabeza, le susurra al oído: «Seguirán otros cinco minutos gritando. Luego cargarán, ¡y entonces los agarraremos de los pelos!».

Pero si se ve rodeado de hombres con el mismo período de servicio, hombres que palidecen y juguetean con el gatillo, diciendo: «¿Y ahora qué puñetas pasa?», mientras los mandos de la compañía echan mano de los sables al tiempo y gritan: «Primera línea. Preparen las bayonetas. ¡Cuidado allí… cuidado! ¡Ajusten la mira a trescientos… no, a quinientos! ¡Todos al suelo! ¡Ya! ¡Primera línea, de rodillas!», y así sucesivamente, el joven soldado se inquieta, y el abatimiento se apodera de él cuando oye que un compañero se vuelve con el estrépito de un atizador al golpear contra el guardafuegos de la chimenea y gruñendo como un buey sacrificado. Si consiente en avanzar un poco más y logra ver el efecto de su ataque sobre el enemigo, entonces se anima y puede que se excite hasta alcanzar la pasión ciega del combate que, en contra de la creencia general, se halla bajo el control de un diablo glacial y produce en los hombres los mismos temblores que las fiebres palúdicas. Sí se queda paralizado y empieza a sentir frío en la boca del estómago, y por ello resulta gravemente herido y oye órdenes que en ningún momento llegan a pronunciarse, romperá filas y huirá despavorido, y no hay bajo el sol nada más terrible que un

regimiento británico que deserta. Cuando la situación va de mal en peor y el pánico se propaga como una epidemia, los mandos de la compañía deben dejar que los soldados se retiren, y más les vale huir del enemigo y quedarse donde están, por su propia seguridad. No será grato enfrentarse a ellos si se consigue que regresen al campo de batalla, pues si lo hacen es para no abandonar.

En un plazo de treinta años, cuando hayamos logrado educar parcialmente a todo lo que lleva pantalones, nuestro ejército será una máquina muy poco fiable. Sabrá demasiado, pero hará muy poco. Y años más tarde, cuando todos los hombres alcancen el nivel intelectual del oficial de hoy día, ese mismo ejército arrasará la tierra. Hablando en plata, lo que hacen falta son patanes o caballeros, o, mejor aún, patanes bajo el mando de caballeros, para que la carnicería se realice con eficacia y celeridad. Desde luego que el soldado ideal debe pensar por sí mismo, así lo dice el «Manual»; mas para alcanzar esta virtud ha de pasar lamentablemente por la fase de pensar en sí mismo, lo cual desvía el carácter. Es posible que el patán tarde en aprender a pensar por sí mismo, pero tiene auténticas ganas de matar, y un pequeño correctivo le enseñará a salvar el pellejo y despellejar al otro. Un regimiento de las Highlands profundamente devoto y comandado por presbiterianos de alto rango resulta tal vez un grado más temible en el combate que un millar de rufianes irlandeses bien curtidos, pero liderados por ateos jóvenes y deshonestos. Son este tipo de factores los que ponen a prueba la regla; a saber: que los hombres corrientes no son de fiar cuando actúan por su cuenta y riesgo. Tienen ciertas ideas acerca del valor de la vida, y no se les ha enseñado a perseverar y a exponerse a los peligros. Privados del respaldo de los camaradas que han muerto, se vuelven cautos, y en tanto no recuperen este sostén, en lo que centrarán sus esfuerzos muchos mandos del regimiento, serán más propensos al deshonor de lo que permiten la magnitud del Imperio o la dignidad del Ejército. Sus oficiales son hombres capaces, pues su formación se ha iniciado a una edad temprana, y ha dispuesto Dios que un puñado de intachables jóvenes británicos, procedente de las clases medias, se distinga del resto de la juventud por su carácter, su inteligencia y sus agallas. De ahí que un muchacho de dieciocho años sea capaz de resistir armado con una espada de hojalata y el corazón rebosante de alegría hasta el momento de ser abatido. Si muere, muere como un caballero. Si vive, escribe a los suyos y cuenta que lo han «cazado», «emboscado», «cascado» o «rajado», y entonces acosa al gobierno para que se le conceda una gratificación por sus heridas hasta que se produce la siguiente escaramuza, momento en el cual comete perjurio ante la comisión médica, le va con paparruchas al coronel y adula al agregado hasta que se le permite regresar al frente.

Y esta perorata me lleva directamente a la mayor pareja de granujas que jamás haya tañido un tambor o soplado un pífano en la banda de un regimiento británico. Su pecaminosa carrera concluyó en abierta y flagrante sublevación, y por ello murieron de un disparo. Eran sus nombres Jakin y Lew —Piggy Lew—, dos descarados y picaros tambores a quienes el primer tambor del regimiento de los Destacados e

Ineptos azotaba con frecuencia.

Jakin era un muchacho raquítico, de catorce años, y Lew tenía más o menos la misma edad. Fumaban y bebían a escondidas. Blasfemaban de continuo a la manera del cuartel, que consiste en lanzar juramentos entre dientes y con frialdad, y peleaban religiosamente una vez por semana. Jakin había salido de alguna cloaca londinense, y se desconoce si pasó por las manos del doctor Barnardo antes de alcanzar la dignidad de tambor. Lew no tenía más recuerdos que los del regimiento y el placer que le proporcionaba escuchar a la banda desde sus primeros años de vida. En algún recóndito lugar de su alma mugrienta albergaba un verdadero amor por la música, y tenía una engañosa cara de querubín, al punto que las hermosas damas que observaban al regimiento en la iglesia decían de él que era una «preciosidad». Claro que ja más llegaron a oídos de ellas los vitriólicos comentarios del angelito sobre las maneras y la moral de las damas en cuestión cuando regresaba al cuartel con la banda, maquinando nuevas ofensas contra Jakin.

El resto de los tambores odiaban a los dos muchachos por su insensato proceder. Era frecuente que Jakin la emprendiese a puñetazos con Lew o que Lew arrastrara la cabeza de Jakin por el barro, si bien cualquier intento de intervención del exterior topaba con la fuerza combinada de Lew y de Jakin, y sus consecuencias eran desastrosas. Los dos chicos eran los Ismaeles del cuerpo, aunque Ismaeles con posibles, pues vendían sus mutuas peleas en semanas alternas para solaz del cuartel, cuando no se enfrentaban a otros muchachos, y de este modo amasaban dinero.

Sobre este día en particular hubo disensión en el regimiento. Los jóvenes tambores acababan de ser castigados por fumar una vez más, costumbre ésta muy perjudicial para los muchachos, que gastaban picadura de tabaco; y Lew sostuvo que Jakin «apestaba tanto, pues llevaba la pipa en el bolsillo», que él y sólo él era el responsable del escozor que sintieron tras ser azotados con la vara.

—Te digo que la pipa estaba escondida en el barracón —dijo Jakin en tono pacífico.

—Eres un maldito mentiroso —le espetó Lew sin acaloramiento.

—Y tú un maldito bastardo —contraatacó Jakin, sabedor de los inciertos orígenes de su amigo.

Hay en el amplio vocabulario de insultos cuarteleros una palabra que no puede quedar sin respuesta. Uno puede llamar a otro ladrón sin que le pase nada. Incluso puede llamarle cobarde sin más consecuencias que una bota que pasa zumbando muy cerca de la oreja, pero ninguno puede llamar a otro bastardo a menos que esté dispuesto a demostrarlo con uñas y dientes.

—Eso mejor te lo guardas para cuando no esté tan magullado —dijo Lew en tono lastimero, tanteando la defensa de Jakin.

—Más magullado te voy a dejar yo —fue la genial respuesta de Jakin, que arremetió contra la frente de alabastro de su amigo.

Todo habría terminado bien, y esta historia, como se dice en los libros, nunca

habría llegado a escribirse, de no ser porque quiso el destino que el hijo del sargento de intendencia, un hombre de veinticinco años sin oficio ni beneficio, apareciese por allí después del primer asalto. El hombre en cuestión se hallaba eternamente necesitado de dinero y sabía que los chicos tenían plata.

—Otra vez peleando —comentó—. Se lo diré a mi padre y él dará cuenta al abanderado.

—¿Y eso a ti qué te importa? —respondió Jakin con las aletas de la nariz dilatadas de un modo muy desagradable.

—¿A mí? Nada. Tendréis problemas y no creo que estéis en situación de permitíroslo.

—¿Qué puñetas sabes tú de nosotros? —intervino Lew, el serafín—. Tú no formas parte del ejército; eres un piojoso y un gorrón.

Lew se acercó al hombre por su flanco izquierdo.

—Sí, porque te topas con dos caballeros que están saldando sus diferencias con los puños y metes tu sucia nariz donde no te llaman. Vuelve a casa con la puerca mestiza de tu madre si no quieres saber lo que es bueno —dijo Jakin.

El hombre intentó vengarse, haciendo chocar entre sí las cabezas de los chicos. El plan habría tenido éxito si Jakin no le hubiera asestado un fuerte puñetazo en el estómago y Lew se hubiera abstenido de darle patadas en las espinillas. Pelea ron, sangraron y jadearon por espacio de media hora, y, tras propinarle un buena paliza, arrastraron triunfalmente al adversario como arrastra a un chacal una jauría de terriers.

—Ahora —anunció Jakin sin aliento—, tendrás tu merecido.

Y procedió a darle puñetazos en la cara mientras Lew se encargaba de patear otras zonas de la periferia de su anatomía. La caballerosidad no es el punto fuerte del tambor común, que pelea, como sus mayores, con ánimo de dejar su impronta.

Cadavérico y destrozado salió el intruso de la pelea, y terrible fue la ira del sargento de intendencia, como terrible fue la escena que tuvo lugar en la oficina del cuartel, donde los réprobos hubieron de comparecer para enfrentarse a la acusación de dejar medio muerto a un «civil». El sargento de intendencia tenía sed de venganza, y el hijo mintió. Los jóvenes tambores permanecieron en posición de firmes mientras los cargos se concentraban sobre ellos como nubes negras.

—Vosotros dos, rufianes, dais más problemas que todo el regimiento junto —aseguró con furia el coronel—. Amonestaros es como hablarle a la pared, y no puedo encerraros en un calabozo ni suspenderos del servicio. Volveréis a ser azotados.

—Con el debido respeto, mi coronel —intervino Jakin con voz estridente—. ¿No podemos decir nada en nuestra defensa?

—¿Cómo? ¿Te atreves a llevarme la contraria? —respondió el coronel.

—No, mi coronel —dijo Lew—. Pero cuando un hombre viene y te amenaza con denunciarte ante usted, mi coronel, porque has tenido un pequeño encontronazo con un amigo, y pretende sacarte el dinero, mi coronel…

La oficina estalló en carcajadas.

—¿Y bien? —dijo el coronel.

—Eso es lo que hizo ese miserable *janwar*, mi coronel, y se habría salido con la suya si no se lo hubiésemos impedido. Le aseguro que no le dimos mucho, mi coronel. No tenía ningún derecho a entrometerse, mi coronel. No me importa ser azotado por el primer tambor o castigado por algún cabo, pero, mi coronel, yo… no creo que sea justo que un civil se enfrente a un militar.

Un segundo estallido de carcajadas inundó la oficina, aunque el coronel estaba muy serio.

—¿Qué clase de carácter tienen estos chicos? —preguntó el coronel al brigada del regimiento.

—Según el director de la banda, mi coronel —informó el respetado oficial, único hombre en todo el regimiento a quien los muchachos temían—, son capaces de cualquier cosa menos de mentir, mi coronel.

—¿Cree usted que nos meteríamos con ese hombre por diversión, mi coronel? —terció Lew, señalando al demandante.

—¡Amonestados… amonestados! —exclamó el coronel con irritación, y cuando los chicos se hubieron marchado, le soltó al sargento de intendencia un sermón sobre el pecado y la inutilidad de sembrar la cizaña y dio órdenes de que el director de la banda sometiera a los tambores a una disciplina más estricta.

—Si alguno de los dos vuelve a aparecer en el ensayo con un solo rasguño en esas caras de mono —rugió el director de la banda—, ordenaré al primer tambor que os despelleje la espalda. ¿Lo habéis entendido, par de diablos?

Se arrepintió de sus palabras en cuanto Lew, que parecía un serafín con su roja casaca de gala, ocupó el puesto de uno de los trompetistas —que se encontraba en el hospital— para hacer el eco de una pieza de batalla. Lew tenía un gran talento musical y, en sus momentos de mayor exaltación, expresaba el anhelo de dominar todos los instrumentos de la banda.

—No hay nada que te impida llegar a ser director de banda, Lew —le dijo el director, que había compuesto sus propios valses y trabajaba día y noche por el interés del conjunto.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Jakin después del ensayo.

—Que puedo ser un director de banda de primera. Y que me invitarán a tomar una copa de jerez en las veladas de oficiales.

—¡Ya! ¡Ha dicho que puedes ser un no combatiente de primera! Eso es lo que quería decir. Cuando haya terminado mi servicio… es una puñetera lástima que eso no cuente para recibir una pensión… me formaré como soldado raso. Y en un año llegaré a lancero, conociendo como conozco los entresijos de las cosas. En tres años llegaré a sargento de primera. Pero no me casaré; ¡eso ni loco! Aprenderé las maneras de los oficiales y solicitaré el traslado a un regimiento donde nadie sepa nada de mí. Y ascenderé a oficial de primera. Entonces te invitaré a tomar una copa de jerez

conmigo, «señor» Lew, y tendrás que quedarte en el salón hasta que el sargento te lo ponga en tus sucias manos.

—Supongamos que llego a director de banda. Aunque lo veo difícil. Yo también seré oficial. El maestro dice que el que la persigue la consigue. El regimiento no volverá a casa hasta dentro de otros siete años. Para entonces seré lancero o andaré cerca.

Así discutían los muchachos su futuro, y se comportaban como dos santos por espacio de una semana; es decir, Lew iniciaba un amorío con la hija del abanderado, una chica de trece años, «no», según le explicó a Jakin, «con intenciones de matrimonio, sino para no perder la práctica», y Cris Delíghan, la muchacha de pelo negro, disfrutaba de aquel romance más que de los anteriores, desatando con ello la furia del resto de los tambores, mientras Jakin sermoneaba a su amigo sobre los peligros de «quedar enredado en las enaguas».

Sin embargo, ni el amor ni la virtud habrían bastado para retener a Lew por mucho tiempo en la senda de la corrección si no hubiese corrido el rumor de que el regimiento se hallaba a punto de pasar al servicio activo, para participar en una guerra que, por el bien de la brevedad, llamaremos la «guerra de las tribus perdidas».

El rumor llegó a los barracones casi antes que al comedor de los oficiales; de los novecientos hombres del cuartel, no llegaban ni a diez los que habían visto disparar un arma con rabia. El coronel había participado en una expedición fronteriza veinte años antes; uno de los comandantes había prestado servicio en Ciudad del Cabo; un desertor de la Compañía Oriental había ayudado a poner orden en las calles en Irlanda; pero eso era todo. El regimiento llevaba muchos años en compás de espera. El grueso de la tropa contaba con entre tres y cuatro años de servicio; los oficiales de rango inferior al de teniente tenían menos de treinta años; y ni soldados ni sargentos recordaban ya la historias que se habían escrito sobre la bandera: la nueva enseña de la unión oficialmente bendecida por un arzobispo en Inglaterra antes de la partida del regimiento.

Deseaban ir al frente —se mostraban entusiastas y ansiosos por partir—, mas no tenían conocimiento alguno de lo que la guerra significaba, y tampoco nadie podía decírselo. Se trataba de un regimiento educado, con un alto porcentaje de graduados escolares en sus filas, y la mayoría de los militares sabía algo más que leer y escribir. Habían sido reclutados en leal observancia de la idea territorial, aun cuando no tuvieran noción alguna de dicha idea. Eran los excedentes de un distrito industrial superpoblado. El sistema había logrado revestir de carne y músculo sus jóvenes huesos, pero no infundir valor en los descendientes de hombres que, por espacio de varias generaciones, habían trabajado sin descanso a cambio de una paga más que exigua, sudando en secaderos, doblando el lomo sobre los telares, tosiendo a causa del plomo blanco y tiritando en barcazas cargadas de cal. En el ejército hallaron comida y descanso, y ahora se disponían a combatir a los «negros», que huían si los amenazabas con un palo. De ahí que estallaran en vítores al propagarse el rumor,

mientras los astutos suboficiales de la oficina especulaban con las posibilidades de una paga extra para ahorrar un sueldo. En el cuartel general se decía: «Los destacados y aptos no han entrado en combate en el curso de la última generación. Es mejor que se entrenen con una misión fácil; que se encarguen de proteger las líneas de comunicación». Sucedió, sin embargo, que había una gran necesidad —una necesidad desesperada— de regimientos británicos en el frente, mientras que los dudosos regimientos nativos podían hacerse cargo de las tareas menores. «Que formen brigada con dos regimientos fuertes», fue la decisión del Cuartel General. «Sufrirán algún revés, pero aprenderán el oficio. No hay como una buena alarma nocturna y un poco de mano dura con los rezagados para que el regimiento espabile en el campo de batalla. Ya veréis cuando les hayan cortado el gaznate a media docena de centinelas».

El coronel comunicó con sumo placer que el ánimo de sus tropas era excelente, y el regimiento se hallaba a la altura de las expectativas y en perfecto estado de salud. Los comandantes sonrieron con moderada satisfacción; los suboficiales bailaron un vals en el comedor después de la cena y a punto estuvieron de resultar heridos practicando con el revólver. Jakin y Lew, por su parte, estaban muy preocupados. ¿Qué sería de los tambores? ¿Participaría la banda en la batalla? ¿Cuántos músicos acompañarían al regimiento?

Celebraron consejo en lo alto de un árbol, mientras fumaban.

—Es un fastidio que nos dejen aquí con las mujeres. Seguro que tú te alegras —dijo Jakin en tono sarcástico.

—¿Lo dices por Cris? ¿Qué es una mujer, o un cuartel lleno de mujeres, ante la posibilidad de servir en combate? Sabes que tengo tantas ganas de ir como tú —respondió Lew.

—Ojalá fuera un maldito corneta —observó Jakin con tristeza—. Seguro que se llevan a Tom Kidd, que tiene yeso en el cuerpo como para cubrir una pared entera, y a nosotros nos dejan aquí.

—Pues hagamos algo para que Tom Kidd no pueda volver a tocar la cometa. Tú le agarras de las manos y yo le zurro —propuso Lew, rebulléndose sobre la rama.

—Eso no servirá de nada. Y con la mala fama que tenemos no estamos en condiciones de presionar. Si deciden que la banda se queda en el cuartel no iremos, y habrá que fastidiarse. Aunque si deciden llevar a la banda podrían excluirnos por incapacidad física. ¿Tú eres físicamente apto, Piggy? —preguntó Jakin, asestando a Lew un fuerte codazo en las costillas.

—Sí —respondió Lew soltando un improperio—. El médico dice que tienes el corazón débil por fumar con el estómago vacío. Saca pecho para que pueda comprobarlo.

Jakin sacó pecho y Lew le estampó un puñetazo con todas sus fuerzas. Jakin se puso muy pálido, jadeó, tragó saliva, apretó los ojos y dijo:

—Está bien.

—Pasarás la prueba —concluyó Lew—. He oído que algunos se han muerto de

un buen golpe en el esternón.

—Eso tampoco aumenta nuestras posibilidades —objetó Jakin—. ¿Sabes adónde nos envían?

—Sabe Dios, pero Él nunca abandona a un amigo. Al frente a matar a los pastunes: un hatajo de mendigos peludos que si te cazan te sacan las tripas. Aunque dicen que sus mujeres son guapas.

—¿Y habrá botín? —preguntó el disoluto Jakin.

—Ni un mísero *anna*, a menos que caves en la tierra para ver si los negros han escondido algo. Son muy pobres.

Erguido sobre la rama, Jakin contemplaba la llanura.

—Se acerca el coronel, Lew. El coronel es un buen hombre. Vayamos a hablar con él.

Lew casi se cae del árbol ante la audacia de la propuesta. Al igual que Jakin, no temía a Dios ni respetaba al hombre, pero hay límites incluso para la osadía de un tambor, y dirigirse a un coronel era…

Pero Jakin ya se había deslizado por el tronco del árbol y se acercaba a paso ligero hacia el coronel, que caminaba sumido en las ensoñaciones y los pensamientos propios de un caballero de la Orden del Baño —incluso de un consejero real—, pues ¿no se hallaba al mando de uno de los mejores regimientos del frente: el de los destacados y aptos? Vio que dos chiquillos se le acercaban. En una ocasión previa se le había comunicado solemnemente que los tambores se habían amotinado, y Jakin y Lew eran los cabecillas. El asunto tenía visos de conspiración organizada.

Los chicos se detuvieron a veinte metros, avanzaron los cuatro pasos reglamentarios y saludaron al unísono, tiesos como escobas y apenas más altos que éstas.

El coronel estaba de un humor espléndido; los chiquillos parecían indefensos y desamparados en mitad de la desolada llanura, y uno de ellos era muy apuesto.

—¡Vaya! —exclamó el coronel, que los había reconocido—. ¿Os proponéis tumbarme aquí mismo? Estoy seguro de no haberme entrometido jamás en vuestros asuntos, pero —olisqueó con aire receloso—, me parece que habéis estado fumando.

Era preciso batir el hierro mientras aún estuviera caliente. Un tumulto agitaba sus corazones.

—Disculpe, mi coronel —comenzó Jakin—. ¿Es cierto que el regimiento ha recibido orden de entrar en combate, mi coronel?

—Eso parece —respondió cortésmente el coronel.

—¿Y lo acompañará la banda, mi coronel? —preguntaron los dos al mismo tiempo. Y acto seguido, sin pausa, añadieron—: Nosotros también iremos, ¿verdad que sí, mi coronel?

—¡Vosotros! —exclamó el coronel, retrocediendo un paso para abarcar mejor con la mirada sus pequeñas figuras. ¡Vosotros moriríais en la primera carga!

—No, mi coronel. Podemos marchar con el regimiento a cualquier parte, avanzar

en cualquier parte —aseguró Jakin.

—Si va Tom Kidd, seguro que se quedará callado como un muerto —intervino Lew—. Tiene las venas de las piernas muy estrechas, mi coronel.

—¿Muy qué?

—Muy estrechas, mi coronel. Por eso se le hinchan después de un desfile, mi coronel. Si él puede ir, nosotros también podemos, mi coronel.

El coronel volvió a mirarlos de hito en hito.

—Sí, la banda irá con el regimiento —anunció con gravedad, como si se dirigiera a un oficial de su mismo rango—. ¿Vosotros tenéis padres?

—No, mi coronel —respondieron alegremente Lew y Jakin—. Los dos somos huérfanos, mi coronel. Nadie se preocupará por nosotros, mi coronel.

—Pequeños como un arenque, pero queréis ir al frente, ¿no es así? ¿Por qué?

—Yo visto el uniforme de la reina desde hace dos años, mi coronel —explicó Jakin—. Es muy duro para un hombre no recibir su recompensa por el deber cumplido, mi coronel.

—Y yo… si no voy, mi coronel —interrumpió Lew—… el director de la banda dice que seré un músico de primera antes de pasar al servicio activo, mi coronel.

El coronel tardó un buen rato en responder, hasta que dijo tranquilamente:

—Si el médico da el visto bueno, creo que podréis ir.

Aunque yo de vosotros no fumaría.

Los chicos saludaron y desaparecieron. El coronel volvió a casa y le describió la escena a su mujer, a quien se le llenaron los ojos de lágrimas. El coronel estaba profundamente satisfecho. Si un par de chiquillos demostraban tanto arrojo, ¿qué no podría esperarse de los hombres?

Jakin y Lew entraron en el dormitorio de los muchachos con actitud majestuosa y se negaron a hablar con sus compañeros al menos durante diez minutos, al cabo de los cuales, Jakin, estallando de orgullo, anunció:

—He tenido una entrevista con el coronel. ¡Qué buen hombre es el coronel! Yo le digo: «Coronel, deje que vaya al frente con el regimiento». Y él me dice: «Al frente irás; ya quisiera yo que hubiese más hombres como tú entre esa caterva de granujas que aporrean los tambores». Y os aseguro, chicos, que si la tomáis conmigo por deciros la verdad, por vuestro propio bien, se os hincharán las piernas.

Se organizó no obstante una auténtica batalla campal en el dormitorio, pues los demás parecían consumidos por la envidia y el odio, y ni Jakin ni Lew se conducían con sabiduría conciliatoria.

—Voy a despedirme de mi novia —anunció Lew para colmo de males—. Que nadie se atreva a tocar mis cosas, porque las necesito para el servicio activo, ahora que he sido especialmente invitado por el coronel.

Salió a grandes zancadas y, al abrigo de los árboles, silbó junto a la fachada posterior de las viviendas de los militares casados, hasta que Cris salió a reunirse con él y, una vez dados y recibidos los besos preliminares, Lew comenzó a exponer la

situación.

—Me marcho al frente con el regimiento —anunció con valentía.

—Eres un mentiroso, Piggy —dijo Cris, no sin albergar dudas en su corazón, pues Lew no tenía por costumbre mentir.

—Mentirosa lo serás tú —replicó Lew, rodeándola con un brazo—. Me voy, Cris. Cuando el regimiento se disponga a partir, me verás desfilar junto a los demás, alegre y decidido. Besémonos de nuevo, Cris, para celebrarlo.

—Si te quedaras en el cuartel, que es donde deberías estar, tendrías todos los besos que quisieras —gimoteó Cris, haciendo un mohín.

—Es duro, Cris, lo comprendo. Pero un hombre tiene sus obligaciones. Si me quedara en el cuartel no valdría nada para ti.

—Eso no es verdad; y estarías conmigo, Piggy. Ni todo el pensamiento del mundo puede compararse con un beso.

—Y todos los besos del mundo no valen para ganar una medalla y lucirla en la solapa.

—No ganarás ninguna medalla.

—Claro que sí. Jakin y yo seremos los únicos tambores en activo. Todos los demás son hombres hechos y derechos, y ganaremos nuestras medallas junto a ellos.

—Deberían haber elegido a cualquier otro, Piggy. Te matarán… eres muy imprudente. Quédate conmigo, cariño, en el cuartel, y te amaré para siempre.

—¿Es que no me amas ya para siempre, Cris? Me dijiste que sí.

—Desde luego que sí, pero lo otro es mejor. Espera a crecer un poco, Piggy. Ni siquiera eres más alto que yo.

—Llevo dos años en el ejército y no pienso perder la ocasión de entrar en combate; no intentes convencerme. Volveré, Cris; y cuando me haga un hombre me casaré contigo… me casaré contigo cuando sea lancero.

—Prométela, Piggy.

Reflexionó Lew por un instante sobre los planes de futuro que había hecho con Jakin muy poco antes, pero la boca de Cris se encontraba muy cerca de la suya.

—Lo prometo, con la ayuda de Dios.

Cris le pasó un brazo alrededor del cuello.

—No quiero retenerte, Piggy. Ve y consigue tu medalla, que yo te haré la bolsa con botones más bonita que sea capaz —le susurró Cris.

—No olvides poner dentro un mechón de tu pelo, Cris, y lo llevaré en el bolsillo mientras viva.

Cris volvió a llorar, y el encuentro se dio por concluido. La animosidad de los demás tambores alcanzó cotas febriles, y las vidas de Jakin y Lew empezaron a ser muy poco envidiables. No sólo se les había permitido enrolarse en el ejército dos años antes de la edad reglamentaria —los catorce años—, sino que en virtud de su extrema juventud, eso parecía, se les permitía ir al frente, de lo cual no había noticia en el caso de ningún tambor. La banda que acompañaría al regimiento estaría

integrada por un total de veinte hombres; todos los demás se quedarían en el cuartel. Jakin y Lew eran miembros supernumerarios de la banda, por más que codiciasen el puesto de cornetas.

—No ha sido para tanto —dijo Jakin cuando hubo pasado el reconocimiento médico—. Debemos dar gracias porque nos permitan ir. El médico ha dicho que si fuimos capaces de resistir la paliza del sargento de intendencia resistiremos casi cualquier cosa.

—Y así lo haremos —le aseguró Lew, observando con ternura la birria de bolsita que Cris le había regalado, con un mechón de pelo sujeto bajo una «L» grande y desgarbada.

—No he conseguido hacerlo mejor —sollozó Cris—. No quise que mi madre ni el sastre del sargento me ayudaran. Llévala siempre contigo, Piggy, y recuerda que te amo de verdad.

Partieron a la estación del ferrocarril novecientos sesenta hombres fuertes, y no hubo en el cantón nadie que no acudiera a despedirlos. Los tambores rechinaron los dientes al paso de Jakin y de Lew junto al resto de la banda; las mujeres casadas lloraban en la tribuna, y el regimiento vitoreó con ardor su noble conducta.

—¡Gente de honor! —observó el coronel a su inmediato subalterno, mientras supervisaban el embarque de las cuatro primeras compañías.

—Capaces de cualquier cosa —respondió el número dos con entusiasmo—. Aunque se me antoja que son demasiado jóvenes y están verdes para el asunto que nos ocupa. El frío en el frente es glacial.

—Están sanos —repuso el coronel—. Habrá que asumir el riesgo de que se produzcan algunas bajas.

Avanzaron en dirección norte, siempre hacia el norte, dejando atrás manadas y más manadas de camellos, ejércitos de simpatizantes y legiones de mulas cargadas, viendo crecer las multitudes día tras día, hasta que el tren hizo sonar su silbato y se detuvo en un abarrotado cruce de vías férreas, donde cuarenta y seis vagones se acomodaban en seis líneas provisionales, no paraban de sonar los silbatos, sudaban los *babus* y maldecían los oficiales de intendencia desde el amanecer hasta bien entrada la noche, entre el forraje que el viento arrancaba de las pacas y los mugidos de un millar de bueyes.

«Deprisa… se os necesita en el frente». Éste fue el mensaje que recibieron los Destacados y Aptos, y lo mismo decían los ocupantes de los vagones de la Cruz Roja.

—Lo peor no es la maldita guerra —explicaba un soldado de la caballería de los húsares tocado con un turbante a un grupo de admiradores de los Destacados y Aptos —. Lo peor no es la cochina guerra, aunque eso ya es bastante. Lo peor es la cochina comida y el cochino clima. Hiela todas las noches, menos cuando llueve; durante el día el sol abrasa, y la peste que echa el agua te puede tumbar. Tengo la cabeza cascada como un huevo, además de neumonía, y las tripas totalmente descompuestas. Os aseguro que allí no se va de excursión.

—¿Cómo son los negros? —quiso saber un cabo.

—En ese tren de ahí abajo hay algunos prisioneros. Puedes ir a verlos. Son la aristocracia del país. La gente corriente es feísima. Si quieres saber con qué combaten, echa un vistazo debajo de mi asiento y verás qué cuchillo tan largo.

Se acercaron y, por primera vez, vieron el siniestro sable afgano de hoja triangular, con la empuñadura de hueso. Me día casi lo mismo que Lew.

—Con eso te rebanan —explicó el húsar con escasas fuerzas—. Es capaz de cortarte el brazo a la altura del hombro como si fuese de mantequilla. Yo partí en dos al infeliz que llevaba este sable, pero ahí arriba hay muchos más. No saben lo que es la ambición, pero matan como diablos.

Cruzaron a continuación las vías del tren para ver a los prisioneros afganos. No se parecían a ninguno de los «negros» que los Destacados y Aptos habían visto hasta la fecha: eran enormes, de pelo negro, Hijos de Israel, con cara de pocos amigos. Los afganos empezaron a escupir al saberse observados y cuchichearon entre sí sin levantar la vista.

—¡Madre mía! ¡Son feos como cerdos! —exclamó Jakin, que estaba a la cola de la procesión—. Eh, tú, viejo, ¿te han zurrado? Suerte que no te colgaran por feo.

El más alto de los afganos se volvió, y las cadenas que llevaba en las piernas chocaron con estrépito al hacer el movimiento. Miró fijamente al chico y, dirigiéndose a sus compañeros en lengua pastún, dijo:

—¡Mirad! Envían a niños a pelear contra nosotros. ¡Qué gente! ¡Qué ilusos!

—¡Eh! —gritó Jakin, meneando alegremente la cabeza—. Te llevan al sur. Te darán *khana* y *peenikapana*… vivirás como un maldito rajá *ke marfik*. Ésa es mejor disciplina que una bayoneta en las tripas. Adiós, viejo. Cuida de esa cara tan bonita y pórtate bien.

Rieron y formaron para su primera marcha, momento en el que empezaron a comprender que la vida de un soldado no es todo cerveza y bolos. Estaban muy impresionados por el tamaño y la ferocidad de los negros, a quienes aprendieron a llamar «pastunes», y aún más con las muchas incomodida des del entorno. Veinte soldados veteranos podrían haberles enseñado a acomodarse relativamente bien para pasar la noche, pero no había soldados veteranos, y, como decían los que avanzaban en formación, «vivían como cerdos». Conocieron la frustración y las penalidades de los camellos y las cocinas de campaña, y la depravación de las tiendas de los soldados y las mulas heridas. Observaron los animálculos en el agua, que provocaron los primeros casos de disentería.

Al término de su tercer día de marcha se vieron ingratamente sorprendidos por la llegada a su campamento de una bala de hierro artesanal que, disparada desde un soporte firme a una distancia de casi setecientos metros, le voló los sesos a un cabo que se encontraba sentado junto al fuego. Este incidente los privó de la paz nocturna y marcó el inicio de una serie de ataques a larga distancia meticulosamente planeados a tal fin. De día no veían más que una desagradable nube de humo que ascendía desde

un risco por encima de la tropa en formación. De noche avistaban llamaradas en la distancia y se producían bajas ocasionales, y el campamento entero refulgía en la oscuridad, incendiándose a veces las tiendas. En tales ocasiones blasfemaban con ardor y aseguraban que el espectáculo era magnífico, pero eso no era una guerra.

Ciertamente no lo era. El regimiento no podía detenerse para tomar represalias contra los excelentes tiradores emboscados en la campiña. Era su deber seguir avanzando hasta reunirse con las tropas escocesas y gurkas con las que debían formar brigada. Los afganos lo sabían, como sabían, tras sus primeras tentativas de ataque, que se enfrentaban a un regimiento sin curtir. Y así, en lo sucesivo se empeñaron en la tarea de mantener a los Destacados y Aptos en permanente estado de tensión. Por nada del mundo se habrían tomado las mismas libertades con un ejército veterano, como los feroces gurkas, cuyo mayor placer era tenderse al raso en una noche oscura y acechar a quienes los acechaban —hombres temibles, vestidos con ropas de mujer, que rezaban a su dios durante las guardias nocturnas con una paz de espíritu que ni mil disparos podían quebrantar—; o como los implacables sijs, que avanzaban ostentosamente desprovistos de lo más necesario y aplicaban atroces castigos a quienes intentaran sacar provecho de su precariedad. Este regimiento blanco era distinto; muy distinto. Dormían como puercos, y como puercos disparaban en todas las direcciones cuando los despertaban. El ruido que hacían los centinelas al pisar se oía a varios cientos de metros a la redonda; disparaban contra cualquier cosa que se moviera —aunque fuese un burro— y una vez que habían disparado era científicamente posible azuzarlos para sembrar el horror lanzando una ofensiva bajo el sol de la mañana. Y estaban también los hombres de intendencia, a los que se podía degollar sin temor. Sus alaridos perturbaban a los muchachos blancos, además de privarlos de sus servicios, lo que ocasionaba importantes molestias.

De ahí que en cada nueva emboscada el enemigo oculto se mostrara más osado, y el regimiento más confundido y humillado por los ataques que no podía vengar. El triunfo definitivo fue una incursión nocturna por sorpresa que concluyó con las cuerdas de muchas tiendas cortadas, el hundimiento de la tela empapada y el glorioso acuchillamiento de los hombres que luchaban y pateaban debajo. Fue una acción extraordinaria, ejecutada con pulcritud, que terminó por destrozar los alterados nervios de los Destacados y Aptos. Hasta entonces no se les había exigido más valor que el que se requiere para «abandonar el calor de las mantas a las dos de la madrugada», con lo que no habían logrado nada más que desvelarse y disparar contra sus propios camaradas.

Hoscos, descontentos, ateridos, enfurecidos y enfermos, con sus uniformes sucios y deslustrados, los Destacados y Aptos se incorporaron al fin a su brigada.

—Parece que ha sido duro llegar hasta aquí —comentó el brigadier, pero se quedó blanco al ver los partes hospitalarios. «Esto no pinta nada bien», se dijo para sus adentros. «Están acabados». Y en voz alta, dirigiéndose al coronel, dijo—: Temo que vamos a necesitarlos de inmediato. La situación es muy precaria; de lo contrario les

daría diez días para recuperarse.

El coronel parpadeó y dijo:

—Es un honor para mí, mi general. No hay necesidad alguna de dispensarnos. Mis hombres han sufrido numerosas emboscadas y ofensivas sin poder cobrarse cumplida venganza. Lo único que desean es ver a lo que se enfrentan.

—No he tenido una buena impresión de los Destacados y Aptos —le confió el brigadier a su comandante—. Han perdido a buena parte de la soldadesca y, a juzgar por su estado, es como si hubieran llegado hasta aquí atravesando las líneas enemigas. En la vida había visto hombres tan reventados.

—Bueno, mejorarán con la práctica. Han perdido un poco de brillo en el avance, pero ya cobrarán el lustre de la batalla —observó el comandante—. Les han dado una buena paliza, y no alcanzan a entenderlo.

Así era. Todos los golpes habían ido a parar a un solo bando, y fueron golpes crueles, con accesorios que les ponían los nervios de punta. Y no faltó tampoco la enfermedad, que se cebaba en un hombre fuerte y lo arrastraba hasta la tumba entre atroces aullidos. Lo peor era que los oficiales sabían tan poco del país como los hombres de la tropa, aunque actuaban como si lo supieran. Los Destacados y Aptos se hallaban en una pésima situación, pese a que seguían confiando en que todo saldría bien si se les presentaba la ocasión de lanzar una buena ofensiva contra el enemigo. Las pequeñas escaramuzas valle arriba y valle abajo no colmaban sus expectativas, y la bayoneta no parecía encontrar su oportunidad. Tal vez fuera mejor así, porque un afgano de brazos largos armado con uno de aquellos sables tenía un alcance de dos metros y medio, y era capaz de cortar el plomo y dejar fuera de combate a tres ingleses de una estocada.

Deseaban practicar un poco con el rifle contra el enemigo: setecientos *riñes* disparando a la vez. Este deseo daba cuenta del ánimo de la tropa.

Los gurkas llegaron al campamento, y los ingleses se es forzaron por confraternizar con ellos: les ofrecieron pipas de tabaco y los invitaron en la cantina. Sin embargo, desconocían ampliamente el carácter de esos hombres, y los trataban como tratarían a cualquier otro «negro», de ahí que los hombrecillos de verde no tardaran en regresar junto a sus buenos amigos de las Highlands escocesas, a quienes con abundancia de sonrisas les confiaron: «Ese condenado regimiento blanco no vale para nada. ¡Son ariscos… puaj! ¡Sucios… puaj! ¡Eh, una copita aquí para Johnny!». A lo que los escoceses respondieron emprendiéndola a golpes con los gurkas y adviniéndoles de que no se atrevieran a insultar a un regimiento británico, pero los gurkas no paraban de reír con risa cavernosa, porque los de las Highlands eran sus hermanos mayores y gozaban de los privilegios del parentesco. Si un soldado raso osa tocar a un gurka, lo más probable es que le corten la cabeza por la mitad.

Tres días más tarde el brigadier planificó la estrategia de acuerdo con las reglas de la guerra y el peculiar carácter de los afganos. El enemigo se hallaba concentrado en gran número entre las montañas, y el avance de tantos estandartes verdes le advertía

de que las tribus de «arriba» necesitaban la ayuda del ejército regular afgano. Un escuadrón y medio regimiento de lanceros bengalíes era toda la caballería disponible, y dos cañones prestados por una columna destacada a cincuenta kilómetros de allí, toda la artillería con que contaba el general.

—Si resisten, y estoy seguro de que así lo harán, creo que asistiremos a una acción de la infantería digna de ser presenciada —observó el general de brigada—. Actuaremos con elegancia. Cada regimiento entrará en combate acompañado de su banda, y dejaremos a la caballería en la reserva.

—¿Por toda reserva? —preguntó alguien.

—Por toda reserva; porque vamos a machacarlos —respondió el brigadier, que era un excelente general y no creía en el valor de la reserva cuando uno se enfrentaba con asiáticos. Lo cierto es que, bien mirado, si el ejército británico hubiese tenido que contar con alguna reserva en sus pequeñas escaramuzas, las fronteras de nuestro Imperio no habrían pasado de la costa de Brighton.

La batalla sería gloriosa.

Los tres regimientos surgirían de tres desfiladeros distintos, tras haber coronado sus cumbres, para caer respectivamente desde el centro, la izquierda y la derecha sobre lo que llamaremos el ejército afgano, estacionado en ese momento hacia el extremo inferior de un valle plano. De este modo se vería que tres lados del valle estaban casi dominados por los ingleses, mientras que el cuarto era de propiedad estrictamente afgana. En caso de derrota, los afganos podían huir por las montañas rocosas, donde el fuego de las tribus que integraban la guerrilla les cubriría la retirada. En caso de victoria, esas mismas tribus descenderían desde las montañas y se emplearían a fondo en derrotar a los británicos.

Los cañones cargarían contra las cabezas de los afganos si atacaban en formación cerrada, mientras la caballería de reserva, apostada en el valle, sería un discreto estímulo para su retirada tras el ataque conjunto. El brigadier, sentado en una roca sobre el valle, observaría el desarrollo de la batalla a sus pies. Los Destacados y Aptos saldrían del desfiladero central, los gurkas del de la izquierda y los escoceses del de la derecha, en razón de que el flanco izquierdo del enemigo parecía ser el que exigía mayor dureza. No ocurría a diario que el ejército afgano se batiese en retirada, y el brigadier estaba resuelto a aprovechar la ocasión al máximo.

—Si tuviéramos más hombres —se lamentó— podríamos rodearlos y aplastarlos por completo. En la situación actual sólo podremos cortarles la retirada. Es una lástima.

Los Destacados y Aptos habían disfrutado de una paz sin interrupciones por espacio de cinco días y empezaban a recobrar el valor, a pesar de la disentería. Sin embargo, no estaban contentos, pues no sabían lo que se avecinaba y, aunque lo hubiesen sabido, tampoco habrían sabido cómo afrontarlo. Pasaron esos cinco días, que los soldados veteranos podrían haber aprovechado para instruirles en el arte del combate, comentando sus desgracias pasadas: cómo fulano estaba vivo al amanecer y

muerto al caer la noche, y con qué alaridos y cuánto forcejeo había rendido mengano su alma bajo el filo de un sable afgano. La muerte era algo desconocido y horrible para los hijos de mecánicos acostumbrados a morir con dignidad por alguna enfermedad infecciosa, y su cautelosa discusión en los barracones de nada había servido para encararla con menos temor.

A muy temprana hora del amanecer sonaron los clarines, y, rebosantes de un entusiasmo equivocado, los Destacados y Aptos corrieron sin esperar siquiera una taza de café y una galleta, con la recompensa de verse obligados a esperar bajo el frío mientras el resto de los regimientos se preparaba tranquilamente para la refriega. Todo el mundo sabe lo grave que puede ser quitarle a un escocés sus bombachos; pues peor aún es obligarlo a que se mueva si no ve la necesidad de apresurarse.

Los Destacados y Aptos esperaron apoyados en sus rifles y escuchando las protestas de sus estómagos vacíos. El coronel hizo cuanto pudo por remediar el ayuno al ver que la cosa iba para largo, y consiguió que el café estuviera listo justo cuando los hombres… ya empezaban a marchar, con la banda en cabeza. Incluso en esto hubo un error de cálculo, y el regimiento llegó al valle diez minutos antes de la hora señalada. La banda giró a la derecha una vez alcanzada la llanura, se replegó tras un pequeño montículo rocoso y siguió tocando mientras el regimiento se alejaba.

La escena con la que se encontró el inexperto regimiento no fue en absoluto agradable, pues resultó que el extremo inferior del valle estaba ocupado por todo un ejército en posición: varias compañías ataviadas con casacas rojas disparaban —no cabía la menor duda— balas Martini-Henry, de esas que abrían un agujero en la tierra a cien metros por delante de la compañía que iba en cabeza. Se vieron obligados a avanzar sobre el terreno horadado antes de que el baile se iniciara con una profunda reverencia general a los gaiteros, que se ocultaron en el momento preciso, como accionados por un resorte mecánico. Capaces de pensar por sí mismos, siquiera a medias, lanzaron una descarga merced al simple procedimiento de encajar el rifle en el hombro y apretar el gatillo. Puede que las balas acabaran con algunos de los que observaban en la ladera de la montaña, mas ciertamente no afectaron al grueso del enemigo, mientras el estrépito de las armas ahogaba cualquier orden que pudiera haberse emitido.

—¡Por Dios bendito! —exclamó el brigadier desde su atalaya en lo alto del valle—. Ese regimiento acaba de arruinar el espectáculo. Que los otros se apresuren y disparen los cañones.

Pero los cañones, en su avance por las cumbres, se entretuvieron al topar con un pequeño fortín de adobe, contra el que dispararon sin tregua a una distancia de ochocientos metros, ocasionando grandes molestias a sus ocupantes, que no estaban acostumbrados a armas de tan diabólica precisión.

Los Destacados y Aptos siguieron avanzando, aunque acortaron la zancada. ¿Dónde estaban los otros regimientos y por qué esos negros usaban Martini? Por instinto acataron la orden de echar cuerpo a tierra y abrir fuego a discreción,

levantarse para avanzar rápidamente unos pasos y volver al suelo, como dicta el reglamento. En esta formación, cada hombre se sentía desesperadamente solo y se arrimaba al compañero en busca de consuelo.

El chasquido del rifle del vecino en la oreja lo incitaba a disparar a toda prisa, en este caso por el consuelo que proporcionaba el ruido. La respuesta no tardó en llegar. Cinco descargas cayeron sobre las filas, formando un banco de humo impenetrable para la vista, y las balas empezaron a aterrizar a veinte o treinta metros por delante de los tiradores, mientras el peso de la bayoneta vencía el brazo del soldado y lo desviaba hacia la derecha, agotado por el esfuerzo de resistir el impacto de los Martini. Los mandos de la compañía atisbaban impotentes entre el humo, y los más nerviosos intentaban mecánicamente dispersarlo con sus cascos.

—¡Arriba y a la izquierda! —vociferaba el capitán hasta quedarse ronco—. ¡Así es imposible! Alto el fuego hasta que el humo se disipe un poco.

Hasta tres y cuatro veces daban la orden las cornetas y, una vez que ésta se obedecía, los Destacados y Aptos esperaban ver al enemigo acribillado y amontonado en el suelo. Una brisa suave se llevaba el humo hacia la izquierda, revelando al enemigo todavía en posición y aparentemente indemne. Un cuarto de tonelada de plomo había quedado enterrada a doscientos metros de donde se encontraban, de lo cual daba cuenta la tierra hecha jirones.

Nada de esto parecía desmoralizar a los afganos, que no tienen los nervios europeos. Aguardaron hasta que la confusión hubo pasado y empezaron a disparar tranquilamente al corazón del humo. Un cabo de los Destacados y Aptos puso boca arriba a su compañero, que aullaba de dolor; otro jadeaba y pateaba el suelo, y un tercero a quien una bala dentada le había desgarrado los intestinos llamaba a voces a sus camaradas para que pusieran fin a su agonía. Éstas fueron las bajas, y en modo alguno resultaba tranquilizador verlas u oírlas. El humo se extinguió hasta tornarse una bruma tenue.

Un griterío feroz estalló entonces en las filas del enemigo, y una masa —una masa negra— se desprendió del cuerpo principal y rodó por el suelo a increíble velocidad. Integraban dicha masa unos trescientos hombres que, con grandes alaridos, disparaban y acuchillaban cuando la carga de sus cincuenta camaradas dispuestos a morir surtía efecto. Eran cincuenta ghazis medio enloquecidos por los efectos de alguna droga y enloquecidos del todo por su fanatismo religioso. El fuego británico cesó al lanzarse esta carga, y con la tregua llegó la orden de cerrar filas y salir al encuentro del enemigo con las bayonetas.

Cualquier hombre con conocimientos del oficio podría haber explicado a los Destacados e Ineptos que el único modo de repeler un ataque ghazi es lanzando ráfagas de fuego a larga distancia; porque un hombre que está dispuesto a morir, que desea morir, que ganará el cielo con la muerte, en nueve de cada diez casos matará a cualquiera que albergue algún prejuicio en favor de la vida. Y allí donde debieran haber cerrado filas y avanzar, los Destacados e Ineptos se desplegaron y se lanzaron

al combate, mientras que donde debían desplegarse y disparar, cerraban filas y se mantenían a la espera.

Ningún hombre está de buen humor cuando lo sacan del sueño y se encuentra en ayunas, y mucho menos se alegra de ver la esclerótica de trescientos enemigos de metro ochenta con las barbas cubiertas de espuma, las lenguas enredadas en un rugido de furia y armados con larguísimos sables.

Los Destacados e Ineptos oyeron las cornetas de los gurkas que llamaban a seguir avanzando a paso ligero, mientras desde su izquierda les llegaba el relincho de las gaitas. Se esforzaron por seguir en el sitio, a pesar de que las bayonetas temblaban como los remos de una embarcación destrozada. Fue entonces cuando sintieron cuerpo a cuerpo la prodigiosa fuerza física del enemigo; el ataque concluyó con un grito de dolor, y cayeron los sables produciendo escenas inenarrables. Los hombres se apiñaron y lucharon ciegamente, muchas veces contra sus propios compañeros. Se rasgó como un papel su línea de combate, y los cincuenta ghazis la atravesaron, seguidos de sus camaradas, que, ebrios de victoria, combatían con idéntico frenesí.

Se ordenó entonces que se cerrara la retaguardia, y los subalternos se sumaron al guiso… solos, pues había llegado hasta la retaguardia el clamor del frente, los gritos y los aullidos de dolor, y los hombres habían visto, aterrados, el color de la sangre oscura. No tenían intención de resistir. Se produjo, como en tantas ocasiones, la desbandada. Que fueran los oficiales al infierno, si así lo deseaban; ellos se alejarían de aquellos sables.

—¡Adelante! —gritaban los subalternos; pero los soldados los maldecían, retrocedían, pegándose unos a otros y girando sobre los talones.

Charteris y Devlin, subalternos de la última compañía, afrontaron su muerte en solitario, convencidos de que sus hombres seguirían sus pasos.

—Me habéis matado, cobardes —sollozó Devlin antes de caer a tierra, cortado desde el hombro hasta la mitad del pecho; y otro destacamento bajo su mando, que se batía en retirada, lo pisoteó para regresar al desfiladero del que había salido.

> La besé en la cocina, la besé en el salón.
> ¡Seguidme, chicos, seguidme!
> ¡Dios Santo!, dijo el reloj, ¿a todos piensa besarnos?
> Ale… Ale… Ale… ¡Aleluya!

Los gurkas salían en gran número del desfiladero de la izquierda y bajaban desde las cumbres en respuesta a la llamada de avanzar a paso ligero. Las rocas negras se cubrieron de arañas verdes cuando las cornetas entonaron con júbilo:

> ¡En la mañana! ¡En la mañana con la primera luz!

¡Cuando Gabriel toque su trompeta en la mañana!

Las compañías que integraban la retaguardia de los gurkas avanzaban dando tumbos y traspiés sobre las piedras sueltas. Los que integraban las primeras filas se detuvieron un momento para evaluar la situación en el valle y atarse los cordones de las botas. Un leve y feliz suspiro recorrió a las tropas, y fue como si la tierra sonriera, pues allí abajo se hallaba el enemigo, y para salir a su encuentro habían redoblado los gurkas el paso. Y el enemigo era numeroso. La diversión estaba garantizada. Se ciñeron los *kukris* y miraron a sus oficiales boquiabiertos, como el terrier que sonríe antes de que le lancen la piedra que debe encontrar. El terreno descendía a sus pies hasta el valle, y disfrutaban de una buena vista de la escena. Se sentaron a observarla desde las rocas, porque sus oficiales no malgastarían sus fuerzas en repeler un ataque que se estaba produciendo a más de ochocientos metros de distancia. Que los hombres blancos cumplieran con su parte.

—¡Eh, vosotros! —exclamó el capitán, que sudaba profusamente—. ¿Qué narices hacéis cerrando filas, idiotas? No es momento de cerrar filas, es momento de atacar. ¡Aj!

Horrorizados, divertidos e indignados, contemplaron los gurkas la retirada de los Destacados e Ineptos, que, entre blasfemias y comentarios, formaban un coro a la carrera.

—¡Huyen! ¡Los hombres blancos están huyendo! ¿Podemos huir también nosotros, sahib coronel? —murmuró Runbir Thappa, el teniente.

Pero el coronel ni siquiera le escuchaba.

—¡Dejad que sufran algunos cortes los pobres diablos! —dijo en tono airado—. Les está bien merecido. En menos de un minuto les ordenarán regresar. —Miró con los prismáticos y atisbo el destello de la espada de un oficial—: ¡Pegad con la superficie de la hoja, malditos reclutas! ¡Mirad cómo avanzan los ghazis!

Los Destacados e Ineptos arrastraban a sus oficiales en la retirada. La angostura del paso forzaba a la multitud a avanzar en compacta formación, mientras desde la retaguardia se lanzaba alguna que otra descarga titubeante. Los ghazis se replegaron, pues no sabían lo que podía esperarles en el desfiladero. Además, nunca era prudente alejarse demasiado en una persecución. Regresaron como lobos a su guarida, satisfechos de la matanza que acababan de ejecutar y deteniéndose sólo para rebanar con sus sables a los que yacían heridos en el suelo. Cuatrocientos metros se habían alejado los Destacados e Ineptos, que, apiñados ahora en el desfiladero, temblaban de dolor, sobrecogidos y desmoralizados por el miedo, mientras los oficiales, cegados por la ira, les golpeaban con la culata y la empuñadura de las espadas.

—¡Volved, volved, cobardes… mujerzuelas! ¡Media vuelta… columna de compañías, en formación, perros! —clamaba el coronel, mientras los subalternos blasfemaban a voz en cuello.

Pero el regimiento quería marcharse… marcharse a cualquier lugar donde los implacables sables no pudieran alcanzarlos. Se movían indecisos, adelante y atrás, entre gritos y protestas, en tanto los gurkas, desde la derecha, lanzaban sucesivas descargas de balas Snider sobre la turba de ghazis que regresaba junto a sus tropas, hiriéndolos y deteniéndolos con sus disparos.

La banda de los Destacados e Ineptos, aunque protegida del fuego directo por el promontorio rocoso bajo el cual se había instalado, huyó al lanzarse la primera carga. Jakin y Lew se habrían largado de buena gana, de no ser porque sus cortas piernas los dejaron a cincuenta metros por detrás del grupo, y cuando la banda logró alcanzar al regimiento, comprendieron con desazón que tendrían que apañárselas sin ayuda de nadie.

—Volvamos a la roca —jadeó Jakin—. Allí no nos verán.

Y regresaron junto a los instrumentos abandonados por los músicos, con el corazón a punto de reventarles las costillas.

—Disfrutemos del espectáculo —dijo Jakin, tendiéndose en el suelo boca abajo —. ¡Un espectáculo de tomo y lomo para la infantería británica! ¡Los muy perros! ¡Nos han dejado solos! ¿Qué vamos a hacer?

Lew echó mano de una cantimplora que alguien había abandonado y que estaba, naturalmente, llena de ron; y bebió hasta que le entró tos.

—Bebe —le ordenó escuetamente a su amigo—. Volverán en un par de minutos… ya lo verás.

Jakin bebió, pero no vio indicio alguno de que el regimiento regresara. Les llegaba un clamor sordo desde lo alto del valle y veían escabullirse a los ghazis, que apretaban el paso para alejarse del fuego de los gurkas.

—Somos los únicos que quedamos de la banda, y seguro que nos rebanan —dijo Jakin.

—En ese caso moriré como un animal salvaje —respondió Lew con la voz pastosa, jugueteando con su diminuta espada. El ron empezaba a actuar en su cerebro, igual que en el de Jakin.

—¡Un momento! Se me ocurre algo mejor que pelear —dijo Jakin, deslumbrado por el brillo de una ocurrencia principalmente producida por el alcohol—. Haremos regresar a esos malditos cobardes. Los pastunes están bastante lejos.

¡Vamos, Lew! No nos pasará nada. Tú coge el pífano y dame a mí el tambor. ¡Toca el «Old Step» soplando desde las tripas! Algunos de los nuestros están volviendo. Levántate, borracho holgazán. ¡A tu derecha… a paso rápido!

Se pasó la cinta del tambor por encima del hombro, le puso a Lew el pífano en la mano, y juntos abandonaron el abrigo de la roca para salir a campo abierto, interpretando de un modo atroz los primeros compases del himno de los granaderos británicos.

Tal como había dicho Lew, algunos de sus camaradas regresaban sombríos y avergonzados, bajo el estímulo de los golpes y los insultos; sus casacas rojas

brillaban en la cabecera del valle y tras ellos oscilaban las bayonetas. Sin embargo, entre esta línea rota y el enemigo, que con recelo de afgano se temía una emboscada tras la presurosa retirada y por ello no se había movido del sitio, no mediaban más que ochocientos metros de terreno salpicado de cuerpos heridos.

La melodía fue cobrando ritmo, y los muchachos avanzaron hombro con hombro, aporreando Jakin el tambor como un poseso. El pífano emitía un chirrido estridente y lastimero, pero la música llegaba incluso hasta el lugar donde se encontraban los gurkas.

—¡Vamos, perros! —musitaba Jakin para sus adentros—. ¿Vais a obligarnos a tocar eternamente?

Lew llevaba la vista al frente y marchaba más envarado que en un desfile.

Y para amargo escarnio de los desertores, la vieja melodía se tejía a golpes y pitidos estridentes:

De Alejandro hablan unos,
y otros hablan de Hércules;
de Lisandro y de Héctor,
¡y grandes hombres son!

Resonaron a lo lejos los aplausos de los gurkas, y se oyó rugir a los escoceses, pero ni británicos ni afganos lanzaron un solo disparo. Los dos pequeños puntos rojos avanzaban a campo abierto, en paralelo al frente del enemigo.

Mas no hay en el mundo héroe que se pueda comparar
al granadero británico
cuando desfila al compás.

La tropa de los Destacados e Ineptos empezaba a concentrarse en la entrada de la llanura. Arriba, en las cumbres, el brigadier había enmudecido de rabia. El enemigo seguía sin hacer ningún movimiento. El día se había detenido para contemplar a los dos niños.

Jakin se detuvo para interpretar el gran redoble que llamaba a la asamblea, mientras el pífano chirriaba desesperadamente.

—¡Adelante! No te detengas, Lew; estás borracho —dijo Jakin. Giraron sobre sus talones y reanudaron la marcha:

Esos héroes del pasado jamás vieron un cañón
ni conocieron la pólvora…

—¡Ya vienen! —anunció Jakin—. Continúa, Lew.

… ¡que derrota al espadón!

Los Destacados e Ineptos salían del valle en avalancha. Qué les dijeron sus oficiales en ese momento de vergüenza y humillación es cosa que nunca se sabrá, pues ni oficiales ni soldados se avienen a hablar de ello.

—¡Vuelven! —gritó un sacerdote entre los afganos—, ¡No matéis a los niños! Atrapadlos con vida, y se convertirán a nuestra fe.

Pero ya se había lanzado la primera descarga, y Lew cayó de bruces. Jakin se mantuvo en pie por espacio de un minuto, giró en redondo y cayó a tierra mientras los Destacados e Ineptos avanzaban con el eco de los insultos de los oficiales en sus oídos y la vergüenza de la humillación en sus corazones.

La mitad de los hombres había visto morir a los tambores sin hacer el menor gesto. Ni siquiera gritaron. Redoblaron el paso a través de la llanura en abierta formación y sin disparar.

—Ahora empieza el ataque de verdad —dijo en voz baja el coronel de los gurkas—. Así es como tenía que haber sido. Adelante, muchachos.

—¡Ulu-lu-lu-lu! —gritaron los gurkas, y se lanzaron a la carrera haciendo chasquear alegremente sus temibles sables.

No hubo precipitación en el flanco derecho. Encomendando astutamente su alma a Dios —pues tan malo para un hombre es morir en una escaramuza de frontera como en Waterloo—, los escoceses se desplegaron y abrieron fuego según su costumbre, esto es, sin ardor, pero sin tregua, mientras los cañones, una vez que despacharon el inoportuno fortín de adobe antes mencionado, disparaban sin piedad sobre la piña de hombres rodeados por los verdes estandartes que ondeaban en las cumbres.

—El ataque es una necesidad aciaga —murmuró el abanderado de la compañía escocesa—. Es una maldición para los hombres, pero creo que éste será de los buenos si esos demonios negros se resisten. Stewart, estás disparando al ojo del sol, y te aseguro que la munición del gobierno no puede hacerle ningún daño. Apunta treinta centímetros más abajo y dispara mucho más despacio. ¿Qué hacen los ingleses? Están muy quietos ahí en el centro. ¿Piensan huir otra vez?

Los ingleses no huían. Acuchillaban, destripaban y cortaban a tajo, porque si bien un hombre blanco rara vez puede aventajar físicamente a un afgano cubierto por una piel de borrego o un abrigo acolchado, la presión de sus muchos compañeros y cierta sed de venganza en su corazón lo vuelve capaz de hacer cualquier cosa con ambos extremos de su rifle. Los Destacados e Ineptos no detenían el fuego hasta que una bala lograba atravesar a cinco o seis hombres, y desde el frente afgano se devolvía la descarga. Los afganos empezaron poco después a seleccionar a su objetivo para

asesinarlo entre profundos resuellos, toses entrecortadas y gruñidos del correaje sobre los cuerpos crispados, y por primera vez los ingleses comprendieron que un afgano atacado es mucho menos formidable que un afgano cuando ataca, una verdad que los soldados más veteranos debieran haberles enseñado.

Pero en sus filas no había soldados veteranos.

El tenderete de los gurkas era el más bullicioso del mercado, pues se empleaban a fondo con el *kukri* —produciendo un sonido muy desagradable, como el de la carne al ser cortada sobre el tajo del carnicero—, que preferían con mucho a la bayoneta, sabedores de cuánto odiaban los afganos su hoja en forma de media luna.

Mientras los afganos vacilaban, los estandartes verdes descendían por la montaña para ayudar en una última ofensiva. Y fue un error. Los lanceros, desesperados en el desfiladero de la derecha, enviaron por tres veces a su único subalterno para dar cuenta de la evolución de la batalla. Regresó el jinete en la tercera ocasión con un rasguño de bala en la rodilla, profiriendo incomprensibles juramentos en indostaní y anunciando que todo estaba a punto. Y así fue como este escuadrón giró a la derecha de los escoceses, acompañado del lúgubre ulular del viento en las banderolas de sus lanzas, para precipitarse sobre los restos del ejército en el preciso instante en que, según todas las reglas de la guerra, debieran haber esperado hasta que el enemigo diera mayores muestras de agotamiento.

Fue no obstante un ataque primoroso y ejecutado con destreza, que concluyó con la caballería en la cabecera del paso por el que los afganos intentaban retroceder; tras la estela de las lanzas avanzaban dos compañías escocesas, algo en ningún momento había sido planeado por el brigadier. La maniobra resultó un éxito. Desprendió al enemigo de su posición como se arranca una esponja de una roca y lo encerró en un cerco de fuego en el centro de la implacable llanura. Y tal como la mano del que se baña atrapa la esponja en la bañera, así fueron atrapados los afganos hasta que rompieron filas en pequeños destacamentos, mucho más difíciles de abatir que una masa compacta.

—¡Mirad! —dijo el brigadier—. Todo ha salido tal como yo había dispuesto. Ahora que hemos logrado cortar sus defensas los haremos pedazos.

Una derrota aplastante era todo cuanto el brigadier se había atrevido a pronosticar, habida cuenta de las fuerzas con que contaba, pero cuando los hombres resisten o caen como consecuencia de los errores del adversario, bien puede perdonárseles por transformar en designio el azar. La ofensiva continuaba alegremente. Las fuerzas afganas se batían en retirada, como lobos exhaustos que huyen aullando y vuelven la cabeza para morder por encima del hombro. A pares y a tríos caían en picado las lanzas rojas, y, con potente alarido, alzaban los soldados el extremo romo de su lanza, como un mástil en un mar azotado por la tempestad, y limpiaban luego su punta a medio galope. Se mantenían los lanceros entre su presa y la abrupta montaña, pues todo el que podía intentaba escapar del valle de la muerte. Los escoceses aplicaban a los fugitivos la ley de los doscientos metros y luego los

abatían, jadeantes y asfixiados, antes de que pudieran alcanzar refugio en los peñascos. Los gurkas seguían el ejemplo, pero los Destacados e Ineptos mataban por su cuenta y riesgo, pues habían logrado encerrar a una masa de hombres entre las puntas de sus bayonetas y la pared de roca, y el destello de los rifles iluminaba los abrigos acolchados.

—¡No podemos resistir, sahib capitán! —resolló un *risaldar* de los lanceros—. Probemos con la carabina. La lanza es eficaz, pero nos hace perder tiempo.

Probaron con la carabina, y el enemigo siguió replegándose, huyendo montaña arriba por centenares, aun cuando los otros sólo contaban con veinte balas para detenerlos. Los cañones cesaron el fuego en las cumbres —se habían quedado sin munición—, y el brigadier lanzó un gruñido, porque las descargas de los mosquetes no bastaban para aplastar a los que se batían en retirada. Mucho antes de que se lanzaran las últimas descargas, las camillas ya tuvieron que acudir al rescate de los heridos. La batalla había concluido y, de no ser por la falta de tropas frescas, los afganos habrían sido borrados de la faz de la tierra. Sus muertos se contaban por centenares, aunque el mayor número de bajas se produjo en las filas de los Destacados e Ineptos.

El regimiento no se sumó a los vítores de los escoceses ni a la macabra danza de los gurkas entre los cadáveres. Miraban al coronel de soslayo, jadeantes y apoyados en sus rifles.

—Volved al campamento. ¡Ya os habéis deshonrado bastante en un solo día! Id en busca de los heridos. No servís para nada más —les espetó el coronel. Sin embargo, los Destacados e Ineptos habían hecho en la última hora todo cuanto un alto mando puede esperar de sus tropas. Si perdieron a muchos hombres, fue por desconocimiento e impericia, pero habían actuado con gallardía y ésa era su recompensa.

Un joven y vivaz abanderado, que ya se veía convertido en héroe, ofreció su cantimplora a un escocés con la lengua negra de sed.

—Yo no bebo con cobardes —respondió el otro con voz ronca, y, volviéndose hacia un gurka, dijo—: ¡Eh, Johnny! ¿*A* ti te gusta el agua?

El gurka sonrió y le pasó su cantimplora. El Destacado e Inepto no dijo palabra.

Regresaron al campamento tras despejar y adecentar el campo de batalla, y el brigadier, que imaginaba su investidura como caballero en menos de tres meses, fue el único que tuvo elogios para ellos. El coronel estaba desconsolado y los oficiales muy enfadados y huraños.

—Son soldados muy jóvenes —explicó el brigadier—, y es natural que en algún momento se retiren desordenadamente.

—¡Eso mismo haría mi tía María! —murmuró un joven oficial—. ¡Retirarse desordenadamente! ¡Han huido en estampida!

—Pero han vuelto, como todos sabemos —susurró el brigadier, mirando al coronel, que estaba blanco como la tiza—, y han combatido lo mejor que cabía

esperar. A decir verdad, se han portado de maravilla. Los he estado observando. No hay que tomárselo tan a pecho, coronel. Como dijo de sus hombres un general alemán, sólo querían recibir unos cuantos disparos, nada más. —Y para sus adentros, pensó: «Ahora que ya están encarnizados puedo asignarles tareas de responsabilidad. Es bueno que les haya pasado esto. Han aprendido más que con media docena de devaneos con el rifle; todo pasará con el tiempo. Pero pobre coronel».

Esa tarde, el heliógrafo no paró de parpadear y de titilar sobre las colinas para transmitir la buena nueva a una montaña situada a sesenta kilómetros de distancia. A la anochecida apareció un emisario desorientado, polvoriento, sudoroso y herido, que había salido para ayudar a sofocar un importante incendio en una aldea y captó el mensaje a lo lejos, maldiciendo por ello su suerte.

—Repasemos lo ocurrido… con el mayor de los detalles, por favor. Es la primera vez que me ocupo de esta campaña —le dijo el corresponsal al brigadier; y el brigadier, sin la menor resistencia, le contó cómo un ejército de comunicación había sido aplastado, destruido y casi aniquilado gracias a su pericia, su estrategia, su sabiduría y su previsión.

Algunos, como los gurkas, que lo habían visto todo desde la ladera de la montaña, cuentan sin embargo que la batalla la ganaron Jakin y Lew, cuyos cuerpos menudos llegaron en el momento preciso para ocupar dos huecos en la cabecera de la gran fosa común que se cavó para los muertos bajo las cumbres de Yagai.

SIN PASAR POR LA VICARÍA

Antes de primavera coseché las ganancias del otoño;
a destiempo mi campo se vistió de grano blanco.
Y a mi pena le confió el año sus secretos.
Desflorada y forzada, una estación enferma a la otra sucedía,
dio misteriosamente la abundancia paso a la escasez;
vi llegar el ocaso antes de que otros contemplaran el día,
yo, que sé demasiado de lo que no debiera.

BITTER WATERS

I

—Pero ¿y si fuera niña?

—No, por Dios. Tantas noches he rezado y tantas ofrendas he enviado al altar de Sheij Badl, que estoy segura de que Dios nos dará un hijo… un varón que se convertirá en un hombre. Debes estar contento. Mi madre será su madre hasta que yo pueda ocuparme de él, y el *mullah* de la mezquita pastún anunciará su nacimiento… ¡Dios quiera que nazca en hora auspiciosa! Y entonces tú nunca te cansarás de mí, tu esclava.

—¿Desde cuándo eres tú una esclava, mi reina?

—Desde el principio… desde que esta bendición vino a mí. ¿Cómo podía estar segura de tu amor, sabiendo que me habías comprado con plata?

—No; eso fue la dote que le pagué a tu madre.

—Que la enterró y se pasa el día entero sentada encima de ella, como una gallina clueca. ¡Qué dices de dote! Me compraste como a una bailarina de Lucknow, no como a una muchacha.

—¿Y lamentas la compra?

—Lo he lamentado; pero ahora estoy contenta. ¿Verdad que nunca dejarás de amarme? Di, mi rey.

—Nunca… nunca. No.

—¿Ni siquiera cuando las *mem-log*, las mujeres blancas de tu propia sangre, te ofrezcan su amor? Recuerda que las he visto pasar en coche por las tardes, y son muy hermosas.

—Y yo he visto centenares de cometas. Y he visto la luna; y ya no quiero ver más cometas.

Amira aplaudió y rió.

—Muy bien dicho —dijo. Luego, adoptando un aire solemne, añadió—: Con eso me basta. Tienes mi permiso para marcharte… si lo deseas.

El hombre no se movió. Estaba sentado en el lecho lacado en rojo, en una habitación sin más adornos que una alfombra en el suelo, azul y blanca, unas cuantas esteras y una amplia colección de almohadones. A sus pies se encontraba una mujer de dieciséis años, casi el único mundo que veían sus ojos. Amira no se ajustaba a ninguna norma o ley, pues él era inglés y ella una joven musulmana comprada dos años antes a una madre que, al verse sin dinero, habría sido capaz de vender a su hija, por más que hubiera protestado, al mismísimo príncipe de las tinieblas, siempre y cuando el precio le pareciese satisfactorio.

El contrato se firmó con ligereza, pero aun antes de que la niña alcanzara su madurez sexual ya había empezado a colmar la mayor parte de la vida de John Holden. Para ella y la arpía que tenía por madre había alquilado Holden una casita con vistas a la gran muralla roja de la ciudad, y cuando las caléndulas florecieron junto al pozo del jardín, Amira se hubo instalado según su propia idea de confort y la madre dejó de protestar por la incomodidad de los fogones, la distancia hasta el mercado y otras cuestiones de orden doméstico, él descubrió que aquella casa era su hogar. Cualquiera podía entrar en su bungalow de soltero de día o de noche, y la vida que llevaba allí le resultaba muy poco satisfactoria. En la casa de la ciudad no podía pasar más allá del jardín que daba a las habitaciones de las mujeres, y cuando el gran portón de madera se cerraba y atrancaba a sus espaldas, Holden se sentía rey en sus propios dominios, con Amira por reina. Y a este reino estaba a punto de incorporarse un tercer habitante, cuya llegada perturbaba en cierto modo a Holden. Interfería en su felicidad perfecta. Alteraba la paz y la armonía de su hogar. Amira, por su parte, estaba loca de alegría, y la madre no le iba a la zaga. El amor de un hombre, y especialmente de un hombre blanco, era en el mejor de los casos un asunto inconstante, pero ambas mujeres coincidían en que las manos de un bebé podían atarlo.

—Y entonces —decía siempre Amira— nunca se fijará en las *mem-log* blancas. Las odio…, las odio a todas.

—Con el tiempo volverá junto a los suyos —opinaba la madre—, pero gracias a Dios ese tiempo aún está lejos.

Holden estaba sentado en el lecho, silencioso, pensando en el futuro, y sus pensamientos no eran placenteros. Los inconvenientes de una doble vida son múltiples. Con singular cautela, el gobierno lo había destinado en misión especial por

espacio de una quincena, para sustituir a un hombre que debía cuidar de su mujer enferma. La notificación verbal del traslado llegó acompañada de la frívola observación de que Holden debía considerarse afortunado por el hecho de ser un hombre soltero y libre. Acudió para comunicar la noticia a Amira.

—No es bueno —dijo Amira despacio—; pero tampoco es del todo malo. Tengo a mi hermano y no me pasará nada, salvo que muera de pura felicidad. Cumple con tu deber y no permitas que nada te preocupe. Cuando llegue el momento creo que… no, estoy segura… Lo pondré en tus brazos y me amarás para siempre. El tren sale hoy a medianoche, ¿no es así? Ve pues, y no dejes que tu corazón se entristezca por mí. Pero no te retrases. No te detengas en el camino para hablar con esas descaradas *mem-log* blancas. Vuelve enseguida a mi lado, amor mío.

Cuando salió al jardín para marcharse en su caballo, que esperaba atado a un poste, Holden habló con el anciano vigilante de pelo blanco a cargo de la casa y le rogó que, en el caso de que se produjeran determinadas contingencias, le enviara un telegrama ya escrito, que le entregó en ese mismo momento. Era todo cuanto podía hacer, y, con la sensación de un hombre que ha asistido a su propio funeral, Holden partió en el tren correo nocturno camino de su exilio. A cada hora del día temía la llegada del telegrama, y cada hora de la noche imaginaba la muerte de Amira. En semejante situación, no fue su trabajo para el Estado de primera calidad, ni su carácter el más amable hacia sus colegas. La quincena concluyó sin noticias de casa y, desgarrado de ansiedad, Holden volvió y malgastó dos preciosas horas cenando en el club, donde, como sumido en una especie de trance, oyó voces que le recriminaban su execrable actuación en aquel servicio, por lo cual se había granjeado el cariño de todos sus compañeros. Partió luego a caballo en plena noche, con el corazón agitado. Al principio no hubo respuesta a sus golpes en el portón, y ya se disponía a marcharse cuando Pir Jan apareció con un farol y le sujetó el estribo.

—¿Ha ocurrido? —preguntó Holden.

—De mi boca no saldrá la noticia, protector de los pobres, aunque… —Tendió una mano temblorosa, como corresponde al portador de una buena nueva que merece una recompensa.

Holden cruzó presurosamente el jardín. Había una luz encendida en el piso de arriba. Oyó relinchar a su caballo y un llanto agudo que le concentró toda la sangre en la nuez. Era una voz nueva, aunque eso no probaba que Amira estuviera viva.

—¿Hay alguien ahí? —llamó por el estrecho hueco de la escalera.

Amira lanzó un grito de alegría, y se oyó después la voz de la madre, trémula de orgullo y de vejez:

—Dos mujeres y… un hombre… tu hijo.

En el umbral de la habitación, Holden pisó un puñal desenvainado con el que se pretendía ahuyentar la mala suerte, partiendo la empuñadura con su impaciente talón.

—¡Dios es grande! —susurró Amira en la penumbra—. Tú cargarás con el peso de sus desgracias.

—Sí, pero ¿cómo estás tú, vida mía? ¿Cómo está ella, señora?

—Tan feliz de que el niño haya nacido que ya ha olvidado su sufrimiento. Todo ha ido bien, pero hable en voz baja —respondió la madre.

—Sólo necesitaba tu presencia para sentirme bien —dijo Amira—. Has estado mucho tiempo fuera, mi rey. ¿Qué regalos me has traído? ¡No, no! Soy yo la que ofrece regalos esta vez. Mira, mi vida, mira. ¿Has visto un bebé igual? Ay, apenas tengo fuerzas para mover el brazo.

—Descansa, entonces, y no hables. Estoy aquí, *bachari* («mujercita»).

—Bien dicho, porque ahora hay un vínculo entre nosotros que nada puede romper. Mira… ¿ves bien con esta luz? No tiene mancha ni defecto. Nunca ha habido un niño igual. *Ya illah!* Será un explorador… no, un soldado de la reina. ¿Me quieres, vida mía, tanto como siempre, aunque esté débil, dolorida y agotada? Dime la verdad.

—Sí, te quiero como siempre, con toda mi alma. No te muevas, mi perla; descansa.

—No te vayas entonces. Siéntate a mi lado… así. Madre, el señor de la casa necesita un almohadón. Tráelo. —La nueva vida, acurrucada en el brazo de Amira, realizó un movimiento apenas perceptible—. ¡Vaya! —exclamó ella, la voz rebosante de amor—. Este bebé es un campeón nato. ¡No sabes con qué fuerza me da patadas en el costado! ¿Has visto un bebé igual? Y es nuestro… tuyo y mío. Acaricíale la cabeza, pero con cuidado; es muy pequeño, y los hombres sois poco hábiles para estas cosas.

Con mucho cuidado, Holden rozó la sedosa cabeza con la punta de los dedos.

—Ya está bautizado —dijo Amira—; en las noches en vela le he susurrado al oído la llamada a la oración y la profesión de fe. Y es maravilloso que haya nacido en viernes, igual que yo. Ten cuidado con él, mi vida; aunque ya casi es capaz de agarrar con las manos.

Holden encontró una manita indefensa que se cerró débilmente en torno a su dedo. Sintió que la presión le recorría todo el cuerpo, y luego se posó en su corazón. Hasta entonces todos sus pensamientos habían sido para Amira. Empezaba a comprender que había alguien más en el mundo, pero aún no alcanzaba a sentir que se trataba de un hijo de verdad, dotado de alma. Se sentó a reflexionar mientras Amira se adormecía.

—Salga, sahib —dijo la madre en voz muy baja—. No es bueno que se quede aquí esperando. Ella necesita descansar.

—Voy —dijo sumisamente Holden—. Tenga estas rupias. Ocúpese de que mi *baba* engorde y tenga todo lo necesario.

El tintineo de la plata despertó a Amira.

—Soy su madre, no una asalariada —protestó con voz débil—. ¿Crees que cuidaré de él mejor o peor, según el dinero? Madre, devuélveselo. Le he dado un hijo a mi señor.

El profundo sueño inducido por el cansancio casi no le permitió completar la

frase. Holden bajó al patio con mucho sigilo y el corazón en paz. Pir Jan, el guardés, lo recibió riendo alegremente.

—La casa está ahora completa —dijo, y sin más comentarios depositó en las manos de Holden la empuñadura de un sable gastado mucho tiempo atrás, cuando él, Pir Jan, trabajaba en la policía, al servicio de la reina. El balido de una cabra llegó desde la acera.

—Serán dos —anunció Pir Jan—, dos cabras de la mejor calidad. Las he comprado y me han costado mucho dinero, y como no habrá fiesta por el nacimiento toda su carne será para mí. ¡Un golpe diestro, sahib! El sable está un poco alabeado. Espere a que levanten la cabeza, cuando dejen de comer caléndulas.

—¿Para qué? —preguntó Holden, atónito.

—Para el sacrificio del nacimiento. ¿Para qué iba a ser? El niño puede morir si no se le protege del destino. El protector de los pobres sabrá encontrar las palabras adecuadas.

Holden las había aprendido en el pasado, sin pensar que algún día las pronunciaría con la mayor seriedad. El tacto de la empuñadura fría en su mano se transformó de pronto en el apretón del niño que estaba arriba, del niño que era su hijo, y el miedo a la pérdida se apoderó de él.

—¡Ahora! —dijo Pir Jan—. Jamás llegó la vida al mundo, sin que hubiera que pagar un precio. Mire, las cabras han levantado la cabeza. ¡Ahora! ¡Un buen tajo!

Apenas consciente de lo que hacía, Holden dio los dos cortes, al tiempo que rezaba la oración mahometana que dice así: «¡Dios Todopoderoso! En lugar de este hijo mío te ofrezco vida por vida, sangre por sangre, cabeza por cabeza, hueso por hueso, pelo por pelo y piel por piel». El caballo resopló y brincó junto a su estaca al sentir el olor de la sangre, que se derramó sobre las botas de montar de Holden.

—¡Buen golpe! —dijo Pir Jan, limpiando el sable—. Lleva usted oculto un espadachín. Vaya sin miedo, hijo de los cielos. Soy su siervo y el siervo de su hijo. Que mil años dure la vida de la Presencia y… ¿es toda para mí la carne de las cabras?

Pir Jan había obtenido en un momento las ganancias de todo un mes. Holden subió a su montura y cabalgó entre los jirones del humo de las hogueras al atardecer. Sentía una exaltación desenfrenada que alternaba con una vasta e imprecisa ternura hacia ningún objeto en particular, y se ahogó al inclinarse sobre el cuello del inquieto caballo. «Nunca me había sentido así», pensó. «Pasaré por el club para tranquilizarme».

Empezaba en ese momento una partida de billar, y el salón estaba lleno de hombres. Holden entró, ávido del buen humor y de la compañía de sus amigos, cantando a voz en grito: «¡Paseando por Baltimore a una dama conocí!».

—¿Es eso cierto? —preguntó el secretario del club desde su esquina—. ¿Por casualidad te dijo quizás que tenías las botas empapadas? ¡Por Dios bendito, si es sangre!

—¡Majaderías! —dijo Holden, cogiendo su taco del soporte—. ¿Puedo sumarme

al juego? Es rocío. He estado cabalgando entre los cultivos. Pero ¡es verdad que llevo las botas hechas un asco!

> Y si fuera una niña llevará una alianza,
> y si fuera un muchacho luchará por su rey,
> con su daga y su gorra y su chaqueta azul,
> recorrerá el alcázar…

—La amarilla a la azul… el siguiente verde —anunció el árbitro con escaso entusiasmo.

—«Recorrerá el alcázar». ¿Me toca a mí la verde, árbitro? «Recorrerá el alcázar». ¡Vaya! ¡Qué mal golpe! «… como hacía su papá».

—¿A qué viene tanta ostentación? —observó en tono cáustico un joven funcionario muy celoso de su deber—. El gobierno no está precisamente satisfecho con tu trabajo al sustituir a Sanders.

—¿Significa eso que me caerá un rapapolvo del cuartel general? —preguntó Holden con abstraída sonrisa—. Creo que podré soportarlo.

La charla giró en torno a los últimos incidentes del trabajo de cada cual, y Holden se tranquilizó hasta la hora de regresar a su bungalow vacío y oscuro, donde el mayordomo lo recibió como si estuviera al corriente de todos sus asuntos. Holden pasó la mayor parte de la noche en vela y tuvo plácidos sueños.

II

—¿Qué tiempo tiene ya?

—*Ya illah!* ¡Qué pregunta tan masculina! Tiene casi seis semanas, y esta noche subiré contigo a la azotea, amor mío, para contar las estrellas. Eso trae buena suerte. Y nació en viernes, bajo el signo del Sol; me han dicho que nos sobrevivirá a los dos y que será un hombre rico. ¿Verdad que no podíamos esperar nada mejor, amor mío?

—Nada mejor. Subamos a la azotea para que cuentes las estrellas… aunque no serán muchas, porque el cielo está muy cubierto.

—Las lluvias del invierno se están retrasando; puede que lleguen a destiempo. Corramos, antes de que se oculten todas las estrellas. Me he puesto mis mejores

joyas.

—Has olvidado la mejor de todas.

—¡Ah! La nuestra. Él también vendrá. Todavía no ha visto el cielo.

Amira subió la angosta escalera que llevaba a la azotea. El bebé iba cómodamente instalado en su brazo derecho, sin parpadear, vestido con un magnífico trajecito de muselina con flecos de plata y un gorrito en la cabeza. Amira lucía sus más preciadas pertenencias. El diamante que realza el pliegue de la aleta de la nariz, el adorno de oro en el centro de la frente, con diminutas esmeraldas e imperfectos rubíes, el pesado collar de oro batido ceñido al cuello con la suavidad del metal puro y las tintineantes esclavas de plata en el tobillo rosado. Vestía una túnica de muselina verde jade, como corresponde a una hija de la Fe y lucía de hombro a codo y de codo a muñeca brazaletes de plata ensartados con hilo de seda, delicadas pulseras de cristal que se deslizaban sobre la muñeca, dando prueba de la delgadez de sus manos, y otras de oro macizo que no formaban parte de los adornos típicos de su país, pero que deleitaban inmensamente a Amira poique se las había regalado Holden y se aseguraban con un ingenioso broche europeo.

Se sentaron en el parapeto blanco de la azotea, sobre la ciudad y sus luces.

—Los que están ahí abajo son felices —observó Amira—. Pero no creo que puedan compararse a nosotros. Ni creo tampoco que las *mem-log* blancas sean tan felices. ¿Tú que crees?

—Seguro que no.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque dejan a sus hijos al cuidado de niñeras.

—Nunca he visto cosa igual —dijo Amira con un suspiro—. Yo no pienso hacer eso. *Ahí!* —Apoyó la cabeza en el hombro de Holden—. He contado cuarenta estrellas y estoy cansada. Mira al bebé, amor mío; él también las está contando.

El bebé contemplaba la oscuridad del cielo con los ojos muy abiertos. Amira lo puso en brazos de Holden, donde se quedó sin protesta alguna.

—¿Cómo lo llamaremos entre nosotros? —preguntó Amira—. ¡Míralo! ¿Te cansas alguna vez de mirarlo? Tiene tus ojos. Aunque la boca…

—Es tuya, querida mía. ¿Quién puede saberlo mejor que yo?

—¡Es una boquita tan delicada! ¡Tan pequeña! Y, sin embargo, atrapa mi corazón entre sus labios. Dámelo ya. Llevo demasiado tiempo separada de él.

—No; espera un poco; ni siquiera ha llorado.

—Cuando llore me lo devuelves… ¿de acuerdo? ¡Qué buen corazón tienes! Si llorara, lo querría todavía más. Pero dime, vida mía, ¿cómo lo llamaremos?

El bebé estaba pegado al corazón de Holden. Era completamente indefenso y muy tierno. Holden apenas se atrevía a respirar por miedo a aplastarlo. El loro verde, que en la mayoría de los hogares nativos se considera una especie de espíritu guardián, se movió en su percha, dentro de la jaula, extendiendo perezosamente un ala.

—Ahí tienes la respuesta —dijo Holden—. Mian Mittu ha hablado. Lo

llamaremos loro. Cuando esté preparado hablará sin parar y correteará por todas partes. Mian Mittu es el loro en tu… en la lengua musulmana, ¿no es así?

—¿Por qué me alejas de ti? —respondió Amira con decepción—, Prefiero un nombre más inglés… aunque no demasiado. Porque es mío.

—Entonces lo llamaremos Tota, que suena más inglés.

—Pero Tota sigue siendo loro. Perdóname, amor mío, por lo que acabo de decir, pero creo que es demasiado pequeño para cargar con el peso de un nombre como Mian Mittu. Será Tota… será nuestro Tota para nosotros. —Amira acarició la mejilla del bebé, que se despertó llorando y volvió entonces a los brazos de su madre, y ésta lo tranquilizó cantando la preciosa canción de «Aré koko, Yaré koko», que dice así:

> ¡Vete cuervo! ¡Márchate de aquí! El bebé está durmiendo,
> y las ciruelas crecen en la jungla, a sólo un penique el kilo.
> A sólo un penique el kilo, *baba*, a sólo un penique el kilo.

Tranquilizado sobre el precio de las ciruelas, Tota se acurrucó y se quedó dormido. Los dos bueyes blancos del pozo del jardín rumiaban sin pausa su alimento de esa tarde; el anciano Pir Jan estaba acuclillado junto a la cabeza del caballo de Holden, su sable de policía en las rodillas, amodorrado y fumando en la pipa de agua que croaba como una rana toro en una charca. La madre de Amira hilaba en el porche, y el portón de madera estaba cerrado y atrancado. La música de un cortejo nupcial llegó hasta la azotea, alzándose sobre el suave murmullo de la ciudad, y una bandada de murciélagos surcó la faz de la luna baja.

—He rezado —dijo Amira tras una larga pausa—. He rezado por dos cosas. La primera es morir en tu lugar si se exigiera tu muerte, y la segunda es morir en lugar del niño. Se lo he pedido al Profeta y a la Virgen María. ¿Crees que alguno de los dos me escuchará?

—¿Quién podría no prestar atención a una sola palabra de tus labios?

—Te pido sinceridad y tú me das dulzura. ¿Crees que escucharán mis oraciones?

—¿Cómo voy a saberlo? Dios es bondadoso.

—De eso no estoy segura. Escúchame. Si muero, o si el niño muere, ¿cuál será tu destino? Regresarás con esas descaradas *mem-log* blancas, porque los de la misma clase se arriman.

—No siempre.

—Las mujeres no; los hombres son distintos. Con el paso del tiempo volverás junto a los tuyos. Podré soportarlo, porque estaré muerta; pero cuando te llegue la hora de morir, te llevarán a un lugar extraño y a un paraíso que yo no conozco.

—¿Será un paraíso?

—Seguro. ¿Quién podría hacerte daño? Sin embargo, nosotros, el niño y yo, iremos a otra parte y no podremos acudir a ti, ni tú a nosotros. Antes de que naciera el

niño no pensaba en estas cosas, pero ahora las tengo siempre presentes. Resulta muy duro hablar de ellas.

—Será como tenga que ser. No sabemos lo que pasará mañana, pero sabemos bien lo que pasa hoy y cómo es nuestro amor. Ahora somos felices.

—Tan felices que se diría que nuestra felicidad está asegurada. Y tu Virgen María me escuchará, porque ella también es mujer. ¡Aunque seguro que me envidia! No está bien que los hombres veneren a una mujer.

Holden rió de buena gana y Amira sintió una leve punzada de celos.

—¿No está bien? ¿Por qué entonces consientes que yo le venere?

—¡Tú venerando a alguien! ¿Y a mí? ¡Qué palabras tan dulces, mi rey! Por ellas sé que soy tu sierva y tu esclava, y el polvo bajo tus pies. Y no quiero que sea de otro modo. ¡Mira!

Antes de que Holden pudiera impedirlo, Amira se inclinó y le tocó los pies; incorporándose luego con una carcajada, estrechó a Tota contra su pecho. Y después, muy alterada, preguntó:

—¿Es cierto que esas descaradas *mem-log* blancas viven tres veces más que yo? ¿Es cierto que se casan cuando son casi viejas?

—Se casan como las demás… cuando son mujeres.

—Eso ya lo sé, pero se casan a los veinticinco años. ¿Es cierto?

—Es cierto.

—*Ya illah!* ¡A los veinticinco! A esa edad seré una anciana… Y esas *mem-log* nunca envejecen. ¡Cuánto las odio!

—¿Y ellas qué tienen que ver con nosotros?

—No lo sé. Sólo sé que en este momento, en algún lugar del mundo, tal vez haya una mujer diez años mayor que yo que puede acercarse a ti y robarme tu amor diez años después de que yo sea una mujer mayor, con el pelo gris, cuando me ocupe del hijo de Tota. Eso es injusto y malvado. Ellas también deberían morir.

—A pesar de los años que tienes sigues siendo una niña, y tengo que llevarte abajo.

—¡Tota! ¡Ten cuidado con Tota, mi señor! ¡Eres tan insensato como un bebé! —Amira colocó a Tota a salvo de todo daño, en el hueco de su cuello, y Holden la bajó en brazos, mientras ella reía y Tota abría los ojos para sonreír a la manera de los ángeles menores.

Era un bebé silencioso, y casi antes de que Holden tuviera tiempo de asimilar su presencia en el mundo, se convirtió en un pequeño dios dorado y en el indiscutible tirano de la casa encaramada sobre la ciudad. Fueron éstos meses de absoluta felicidad para Holden y Amira, una felicidad alejada del mundo, encerrada tras el portón de madera custodiado por Pir Jan. De día, Holden cumplía con su trabajo y se compadecía profundamente de todos los que no eran tan dichosos como él, y mostraba hacia los niños una simpatía que asombraba y divertía a muchas madres en las reuniones del cuartel. De noche volvía junto a Amira… Amira, que le contaba las

maravillosas ha2añas de Tota; cómo había unido las manos y movido los dedos con intención y propósito —lo cual era manifiestamente un milagro—, o cómo por iniciativa propia había salido a gatas de su cama y se había sostenido en pie mientras ella contenía la respiración.

—Y fueron tres respiraciones largas, porque se me había parado el corazón de alegría —aseguró Amira.

Poco después, Tota empezó a interesarse por los animales: los bueyes blancos, las pequeñas ardillas grises, la mangosta que vivía en una oquedad cerca del pozo y, sobre todo, Mian Mittu, el loro, al que tiraba de la cola sin piedad, haciéndole gritar hasta que llegaban Amira y Holden.

—¡Ah, bribón! ¡Qué fuerza tienes! ¿Cómo tratas así al hermano que vive en la azotea? *Tobah, tobah!* ¡Qué vergüenza! Pero yo conozco un hechizo que lo volverá tan sabio como Salomón y Platón. Verás —dijo Amira. Sacó de un bolsito bordado un puñado de almendras—. ¡Mira! Contamos hasta siete. ¡En el nombre de Dios!

Colocó a Mian Mittu, muy enfadado y encogido, en el piso superior de la jaula, y sentándose entre el bebé y el pájaro partió y peló una almendra menos blanca que sus dientes.

—Esto es un hechizo de verdad, vida mía; no te rías. ¡Mira! Le doy la mitad al loro y la mitad a Tota. —Mian Mit tu mordisqueó delicadamente con el pico su mitad de almendra de entre los labios de Amira, quien con un beso introdujo la otra mitad en la boca del niño, y éste la masticó despacio, poniendo ojos de asombro—. Haré lo mismo todos los días, durante siete días, y nuestro hijo se volverá sabio y elocuente, sin ninguna duda. Dime, Tota, ¿qué serás cuando te hagas un hombre y mi pelo se haya vuelto gris?

Tota flexionó las piernas regordetas, formando unos pliegues adorables. Podía gatear y no tenía intención de desperdiciar su infancia en ociosa cháchara. Quería pellizcarle la cola a Mian Mittu.

Cuando se le concedió la dignidad de un cinturón de plata —que, junto a un cuadrado mágico del mismo metal labrado y colgado de su cuello constituía la mayor parte de su indumentaria—, Tota emprendió una peligrosa aventura por el jardín hasta donde se encontraba Pir Jan, a quien ofreció todas sus joyas a cambio de un paseo en el caballo de Holden, aprovechando que la abuela charlaba con los vendedores ambulantes en el porche. Pir Jan lloró y apoyó los inexpertos pies de Tota en su cabeza gris, en señal de fidelidad, antes de devolver al intrépido aventurero a los brazos de su madre, asegurando que Tota se convertiría en un gran líder incluso antes de que le creciera la barba.

Una tarde de mucho calor, cuando el niño, sentado entre su padre y su madre, contemplaba desde la azotea el incesante duelo de las cometas de los muchachos de la ciudad, Tota pidió una cometa propia para que Pir Jan la hiciese volar, pues tenía miedo de manipular cualquier cosa que fuera más grande que él, y cuando Holden lo llamó «pizca», el niño se puso en pie y respondió muy despacio, afirmando su recién

descubierta identidad: «*Hum 'park nahin hai. Hum admi hai*» («No soy una pizca; soy un hombre»).

La respuesta de Tota dejó a Holden perplejo y le hizo reflexionar seriamente acerca del futuro de su hijo. Apenas se había parado a considerar el asunto. Aquella vida tan deliciosa no podía durar. Y le fue arrebatada, como se arrebatan tantas cosas en la India: de improviso y sin previa advertencía. El pequeño señor de la casa, como lo llamaba Pir Jan, empezó a mostrarse apagado y a quejarse de dolores ante quienes desconocían el significado de la palabra dolor. Amira lo veló toda la noche, aterrada, y al amanecer del segundo día la fiebre se llevó la vida del pequeño: la fiebre del otoño. Parecía de todo punto imposible que Tota muriera, y ni Amira ni Holden pudieron creerlo al ver su cuerpecito en la cuna. Amira empezó a darse cabezazos contra la pared, y se habría arrojado al pozo del jardín si Holden no lo hubiera impedído con todas sus fuerzas.

Una sola bendición se le concedió a Holden. Volvió a caballo hasta el cuartel a plena luz del día y descubrió que allí lo esperaba un paquete postal inusualmente pesado que exigía plena concentración y mucho trabajo. Sin embargo, no le quedaba ánimo para agradecer el favor de los dioses.

III

El impacto de una bala no es más intenso que un buen pellizco. Las protestas del cuerpo herido no llegan al espíritu hasta pasados diez o quince segundos. Holden tomó conciencia de su dolor gradualmente, tal como había tomado conciencia de su felicidad, y con la misma necesidad imperiosa de seguirle el rastro hasta el final. Al principio sólo sintió que se había producido una pérdida, y que Amira necesitaba consuelo cuando se sentaba con la cabeza en las rodillas y temblaba mientras Mian Mittu, desde la azotea, gritaba «¡Tota! ¡Tota! ¡Tota!». Poco después, todo lo que conformaba el mundo y la vida cotidiana empezó a dolerle. Era ultrajante que los niños que tocaban en la orquesta por las tardes estuvieran vivos y alborotasen tanto cuando su hijo había muerto. Sentía más que dolor cuando uno de ellos le rozaba, y si alguno de los padres le refería lleno de orgullo las últimas proezas de su pequeño, Holden lo interrumpía bruscamente. No podía expresar su dolor. No encontraba ayuda, consuelo ni compasión; y cuando el fatigoso día terminaba al fin, Amira lo arrastraba hasta el infierno de reproches y acusaciones reservado para quienes han

perdido a un hijo y creen que con un poquito —sólo un poquito más— de cuidado, podrían haberlo salvado.

—Tal vez no le di la importancia necesaria —decía Amira—. ¿Crees que sí o que no? Ese día pasó mucho tiempo jugando en la azotea bajo el sol, mientras yo… ¡ay!, me trenzaba el pelo… puede que fuera el sol lo que trajo la fiebre. Si le hubiera protegido del sol quizás estaría vivo. ¡Por favor, vida mía, di que no soy culpable! Sabes que yo lo amaba tanto como te amo a ti. Di que no soy culpable o moriré… ¡moriré!

—No eres culpable… lo digo ante Dios; en absoluto. Estaba escrito. ¿Cómo íbamos a salvarlo? Así ha sido. Acéptalo, amor mío.

—Era mi vida entera. ¿Cómo voy a aceptarlo cuando mis brazos me recuerdan todas las noches que ya no está aquí? ¡Ay! ¡Ay! ¡Ah, Tota, vuelve conmigo… vuelve y estemos todos juntos como antes!

—¡Paz! ¡Paz! Por tu bien y por el mío. Si me amas… descansa.

—Eso significa que no te importa; ¿cómo iba a importarte? Los hombres blancos tienen el corazón de piedra y el alma de hierro. ¡Ah, ojalá me hubiera casado con un hombre de mi raza… aunque me pegara… ojalá no hubiera probado nunca el pan de un extranjero!

—¿Soy un extranjero para la madre de mi hijo?

—¿Qué eres si no… sahib?… ¡Ah, perdóname! ¡Perdóname! Su muerte me ha trastornado. Eres mi vida entera, la luz de mis ojos y el aire que respiro, y… y te he alejado de mí, siquiera por un momento. ¿Quién me ayudará si tú te vas? No te enfades. Es el dolor quien ha hablado, no tu esclava.

—Lo sé, lo sé. Ahora somos dos, cuando antes éramos tres. Más necesario por tanto que seamos uno.

Se encontraban en la azotea, como de costumbre. Era una noche templada de comienzos de primavera, y los relámpagos danzaban en el horizonte al compás de la intermitente melodía del trueno en la distancia. Amira se echó en brazos de Holden.

—La tierra seca muge como una vaca llamando a la lluvia, y yo… tengo miedo. Cuando contábamos las estrellas no me sentía así. ¿Me amas tanto como antes, aunque nuestro vínculo se haya roto? ¡Di!

—Te amo más, porque la pena que compartimos ha creado un nuevo vínculo, y tú lo sabes.

—Sí, lo sé —consentía Amira, con un leve suspiro—. Pero me gusta oírtelo decir, vida mía; porque tú eres fuerte y puedes ayudarme. Ya no volveré a ser una niña, sino una mujer; y te ayudaré. ¡Escucha! Trae mi *sitar* y cantaré con valentía.

Tomó el ligero *sitar* con adornos de plata y entonó la canción del gran héroe, el rajá Rasalu. La mano cayó sobre las cuerdas, la melodía se detuvo, se ajustó y, tras atacar una nota grave, se transformó en la triste canción infantil del cuervo malo…

Y las ciruelas crecen en la jungla, a sólo un penique el kilo.
A sólo un penique el kilo, *baba*… a sólo…

Llegaron entonces las lágrimas y la triste rebelión contra el destino, hasta que Amira se quedó dormida, gimiendo a veces en sueños, el brazo derecho separado del cuerpo, como si protegiera algo que no estaba allí. A partir de esa noche, la vida empezó a resultar un poco más fácil para Holden. El eterno dolor de la pérdida lo empujaba a trabajar, y el trabajo le recompensaba manteniendo su mente ocupada por espacio de nueve o diez horas al día. Amira se pasaba el día en casa, sola, rumiando su dolor, aunque se alegró al ver que Holden se animaba un poco, como es costumbre en las mujeres. Volvieron a rozar la felicidad, pero esta vez con más cautela.

—Tota murió porque lo amábamos. Dios se puso celoso de nosotros —decía Amira—. He colgado una tinaja negra en la ventana para alejar el mal de ojo, y no debemos dar muestras de alegría, sino pasar con sigilo bajo las estrellas, para que Dios no nos descubra. ¿Crees que lo que digo no está bien, que no tiene sentido?

Pronunciaba con un énfasis especial la palabra «amado», dando muestra de la sinceridad de sus intenciones; y el beso que siguió al nuevo bautizo habría despertado la envidia de cualquier divinidad. Siguieron adelante, diciendo «¡No importa! ¡No importa!» y albergando la esperanza de que los Poderes los escucharan.

Los Poderes se hallaban ocupados en otros menesteres. Habían concedido a treinta millones de personas cuatro años de abundancia, en el curso de los cuales los hombres pudieron alimentarse sin problemas, las cosechas estuvieron garantizadas y el índice de nacimientos creció año tras año; los distritos albergaban a una población exclusivamente agrícola que oscilaba entre los seiscientos y los mil doscientos habitantes por kilómetro cuadrado, y la tierra estaba superpoblada. El representante del Lower Tooting que recorría la India con frac y sombrero hongo hablaba mucho de los beneficios del gobierno británico y señalaba como mayor necesidad el establecimiento de un sistema electoral con las debidas garantías, basado en el sufragio universal. Sus sufridos anfitriones sonreían y le daban la bienvenida, y cuando él se detenía para admirar con términos cuidadosamente elegidos las flores del *dhak*, rojas como la sangre, que florecían a destiempo como indicio de lo que se avecinaba, ellos sonreían más que nunca.

Fue el delegado del gobierno de Kot-Kumharsen quien, un día que pasó en el club, contó alegremente una historia cuyo final hizo que a Holden se le helara la sangre al escucharlo de pasada.

—Ya no podrá molestar a nadie. En la vida he visto a un hombre más preocupado. ¡Incluso pensé que se proponía plantear la cuestión en el Parlamento! Un pasajero de su mismo barco, que cenaba en la mesa de al lado, se cayó redondo, por el cólera, y murió en cuestión de dieciocho horas. No se rían, amigos. El representante de Lower Tooting está muy enfadado, pero sobre todo está asustado. Creo que está pensando en

sacar a su ilustre persona de la India.

—Yo pagaría bastante por verlo tumbado. Así, todos los de su calaña se quedarían en su parroquia. Pero ¿qué dice usted del cólera? Es muy pronto para eso —dijo el encargado de unas salinas muy poco rentables.

—No lo sé —respondió el delegado del gobierno en tono circunspecto—. Tenemos langostas y se están presentando brotes de cólera esporádicos en todo el norte del país… a menos que los llamemos esporádicos por decoro. Las cosechas de la primavera están siendo muy escasas en cinco distritos, y nadie sabe por qué no llegan las lluvias. Ya estamos casi en marzo. No deseo alarmar a nadie, pero tengo la impresión de que la naturaleza revisará sus cuentas este verano con un gran lápiz rojo.

—¡Justo cuando yo pensaba pedir permiso! —dijo una voz desde el otro lado de la sala.

—No habrá muchos permisos este año, aunque podría haber muchos ascensos. He venido para persuadir al gobierno de que incluya mi canal de riego en la lista de medidas para paliar la hambruna. No hay mal que por bien no venga. Al fin podré terminar ese canal.

—¿La misma pauta de siempre? —se interesó Holden—. ¿Hambre, fiebre y cólera?

—No, no. Sólo escasez localizada y una inusual presencia de la enfermedad en esta época del año. Lo verá en todos los informes si sigue con vida el año que viene. Es usted un hombre con suerte por no tener una esposa a la que proteger del mal. Se prevé que las estaciones de montaña estarán repletas de mujeres esta temporada.

—Tengo la impresión de que exagera usted un poco —intervino un joven funcionario de la secretaría—. Sin embargo, he observado que…

—Seguro que sí —lo interrumpió el delegado del gobierno—, pero aún le queda mucho por observar, hijo mío. Entretanto, me gustaría señalarle… —Y se lo llevó a un aparte para discutir sobre la construcción de su querido canal.

Holden se retiró a su bungalow y empezó a comprender que no estaba solo en el mundo y que temía por el bienestar de otra persona… que es el temor más satisfactorio para el alma de un hombre.

Dos meses más tarde, tal como vaticinara el delegado, la naturaleza comenzó a revisar sus cuentas con lápiz rojo. El pan escaseó al poco de recogerse las cosechas de primavera, y el gobierno, que había decretado que nadie moriría de hambre, envió trigo. Estalló luego el cólera en los cuatro puntos cardinales, alcanzando a los peregrinos en un templo sagrado, donde se habían congregado medio millón de personas. Muchos murieron a los pies de su dios; otros huyeron en estampida, llevando consigo la plaga. La enfermedad cayó sobre una ciudad amurallada, cobrándose doscientas vidas en un solo día. La gente abarrotaba los trenes, encaramada a las plataformas, hacinada en los tejados de los vagones, y era evidente que el cólera la seguía, pues en cada estación tenían que sacar a los muertos y a los

agonizantes. Morían en las cunetas, y los caballos de los ingleses se asustaban de los cadáveres que encontraban entre la hierba. Las lluvias no llegaban, y la tierra se transformó en hierro para evitar que el hombre escapara de la muerte ocultándose en ella. Los ingleses enviaron a sus mujeres a las montañas y prosiguieron con sus quehaceres, actuando como si tuvieran que cubrir las bajas en el frente. Holden, aterrado ante la perspectiva de perder su mayor tesoro, hizo cuanto pudo por convencer a Amira para que se marchara con su madre al Himalaya.

—¿Por qué tengo que irme? —preguntó ella una tarde, en la azotea.

—Hay una plaga, la gente está muriendo, y todas las *mem-log* blancas se han marchado.

—¿Todas?

—Todas… excepto alguna vieja obstinada que tortura a su marido arriesgándose a morir.

—No; la que se queda es mi hermana, y no te permito que la insultes; yo también soy una obstinada. Me alegro de que todas esas descaradas *mem-log* se hayan marchado.

—¿Estoy hablando con una mujer o con un bebé? Ve a las montañas, y yo me encargaré de que te traten como a la hija de una reina. Piénsalo, mi niña. En un carro de bueyes lacado en rojo, con velos y cortinas, pavos reales de bronce en los postes y colgaduras rojas. Enviaré a dos ordenanzas para que cuiden de ti, y…

—¡Paz! Eres tú el bebé, por hablar de ese modo. ¿Para qué quiero yo esos juguetes? Él habría acariciado a los bueyes y habría jugado con todos los artefactos. Por él quizá (me has vuelto muy inglesa) me marcharía. Pero ahora no pienso hacerlo. Que corran las *mem-log*.

—Sus maridos las envían allí, querida.

—¡Bonita conversación! ¿Desde cuándo eres tú mi marido, para decirme lo que he de hacer? Yo sólo te he dado un hijo. Tú eres lo único que mi alma anhela. ¿Cómo voy a marcharme, sabiendo que si te pasa algo malo, aunque sea tan pequeño como la uña de mi meñique (¿verdad que es pequeña?) yo lo sabría aunque estuviera en el paraíso? Podrías morir aquí este verano (*ai*, *yanee*, ¡morir!), y si cayeras enfermo, podrían enviar a una mujer blanca para que cuidara de ti, y ella me robaría tu amor.

—¡El amor no nace en un momento ni en un lecho de muerte!

—¿Qué sabes tú de amor, corazón de piedra? Al menos se ganaría tu agradecimiento, y por Dios y el Profeta y la Virgen María, madre del Profeta, que no lo soportaría. Mi amor y mi señor, no hablemos más de mi partida. Yo estaré donde tú estés. Ya basta —concluyó Amira, pasándole un brazo alrededor del cuello y sellando sus labios con un dedo.

Pocas felicidades son tan completas como las que se arrancan bajo la amenaza de una espada. Allí siguieron, juntos, riendo, dirigiéndose el uno al otro con toda clase de nombres tiernos, capaces de despertar la ira de los dioses. A sus pies, la ciudad vivía encerrada en sus propios tormentos. Ardían hogueras de azufre en las calles;

gritaban y bramaban las caracolas de los templos hindúes, porque los dioses se mostraban poco atentos esos días. Se celebró un servicio religioso en el gran templo mahometano, y la llamada a la oración desde los alminares era casi incesante. Oyeron el llanto en las casas de los difuntos, y una vez el grito de una madre que había perdido a su hijo y pedía que se lo devolvieran. A la luz gris del amanecer vieron cómo sacaban a los muertos por las puertas de la ciudad, cada camilla seguida de su pequeño cortejo fúnebre. Por todo ello, se besaron y se estremecieron.

Fue ciertamente una exhaustiva auditoría con lápiz rojo, pues la tierra estaba muy enferma y necesitada de un poco de espacio para respirar antes de verse nuevamente inundada por el torrente de la vida superflua. Los niños de padres inmaduros y madres con escasas dotes no ofrecían resistencia. Se acobardaban y se quedaban sentados hasta recibir la estocada en el mes de noviembre, si así se había dispuesto. Se produjeron algunas bajas entre los ingleses, que de inmediato fueron sustituidas. Las labores de intendencia para aliviar la hambruna, la búsqueda de refugios donde aislar a los enfermos, la distribución de medicinas y cualquier otra medida sanitaria posible se desarrollaban según lo previsto.

Holden recibió aviso de que estuviera listo para sustituir la próxima baja. Pasaba doce horas sin poder ver a Amira, y ella podía morir en sólo tres. Imaginaba cómo sería su dolor si no pudiera verla durante tres meses, o si ella muriera y él no estuviera a su lado. Tenía la absoluta certeza de que la muerte de Amira estaba escrita, tanto es así que al levantar la vista del telegrama y ver a Pir Jan jadeando en el umbral se echó a reír.

—¿Y bien?

—Cuando se oye un grito en plena noche y el espíritu se agita en la garganta, ¿quién conoce el hechizo capaz de evitarlo? Venga deprisa, hijo del cielo. ¡Es el cólera!

Holden acudió al galope a su casa. El cielo estaba cargado de nubes, pues las lluvias que tanto se habían demorado se acercaban al fin, y el calor era sofocante. La madre de Amira lo esperaba en el jardín, sollozando.

—Se está muriendo. Se está preparando para morir. Está casi muerta. ¿Qué será de mí, sahib?

Amira yacía en la habitación en la que había nacido Tota. No hizo señal alguna al entrar Holden, porque el alma humana es una cosa muy solitaria y cuando se dispone a partir se refugia en una costa envuelta en bruma que los vivos no pueden alcanzar. El cólera actúa en silencio y sin dar explicaciones. Amira estaba siendo expulsada de la vida como sí el mismísimo Ángel de la Muerte la hubiese rozado con su mano. Su agitada respiración parecía indicar que tenía miedo o dolor, mas ni sus ojos ni su boca respondían a los besos de Holden. Imposible decir o hacer nada. Holden no podía más que esperar y sufrir. Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer en el tejado, y desde la sedienta ciudad llegaron gritos de júbilo.

El alma de Amira regresó un instante y sus labios se movieron. Holden se inclinó

para escuchar.

—No conserves nada mío —dijo Amira—. No me cortes ningún mechón de pelo. Ella te obligaría a quemarlo después. Y yo sentiría esa llama. ¡Acércate! ¡Acércate más! Sólo recuerda que he sido tuya y que te he dado un hijo. Pero si mañana te casaras con una mujer blanca, el placer de haber tenido en tus brazos a tu primer hijo se alejará de ti para siempre. Acuérdate de mí cuando nazca tu hijo… el que llevará tu nombre ante el resto del mundo. Yo me haré cargo de sus desgracias. ¡Soy testigo… soy testigo… —los labios de Amira formaban las palabras en los oídos de Holden— de que no hay más dios que tú, amor mío!

Y en ese instante murió. Holden se quedó inmóvil, y todo pensamiento lo abandonó hasta que oyó que la madre de Amira levantaba la cortina.

—¿Ha muerto, sahib?

—Ha muerto.

—En ese caso la lloraré, y luego haré inventario de todo lo que hay en la casa. Todo será para mí. ¿Tiene el sahib intención de llevárselo? Es tan poco, tan poco, sahib… y yo ya soy mayor. Me gustaría tener una muerte dulce.

—Por el amor de Dios, cállese un rato. Salga y llore donde yo no la oiga.

—Será enterrada dentro de cuatro horas, sahib.

—Conozco la costumbre. Me marcharé antes de que se la lleven. Eso corre por su cuenta. Ocúpese de que el lecho en el que… en el que va a yacer…

—¡Ajá! Esa hermosa cama roja. Siempre he querido…

—Esa cama se queda aquí, intacta y a mi disposición. Lo demás es suyo. Alquile un carro, lléveselo todo y váyase de aquí; antes de que salga el sol no quiero que quede en esta casa nada más que lo que le he ordenado respetar.

—Soy una mujer mayor. Me gustaría quedarme al menos hasta que pase el luto; además, acaban de empezar las lluvias. ¿Adónde iré?

—¿Y eso a mí qué me importa? La orden es que se marche. Lo que hay en la casa vale mil rupias, y mi ordenanza le traerá otras cien rupias esta noche.

—Eso es muy poco. Piense que necesito alquilar un carro.

—Menos será si no se marcha de aquí enseguida.

La madre bajó las escaleras arrastrando los pies y, en su ansia por hacer acopio de los enseres domésticos, se olvidó de llorar su pérdida. Holden se quedó junto a Amira mientras la lluvia golpeaba en el tejado. El ruido le impedía pensar con claridad, por más que lo intentaba. Cuatro fantasmas con sábanas blancas entraron en la habitación, chorreando, y lo miraron fijamente a través de sus velos. Eran los encargados de lavar a los difuntos. Holden salió de allí y fue en busca de su caballo. Reinaba en el exterior una calma asfixiante y muerta, y Holden se hundía en el barro hasta los tobillos. El jardín se había convertido en una charca azotada por la lluvia y repleta de ranas; un torrente de agua amarilla corría por debajo del portón, y el viento rugía, disparando la lluvia como perdigones contra las paredes de adobe. Pir Jan tiritaba en su cabaña, junto al portón, y el caballo no paraba de piafar con inquietud

bajo el aguacero.

—Ya me he enterado de la orden del sahib —dijo Pir Jan—. Es correcta. Esta casa se ha quedado desolada. Yo también me marcharé; mi cara de mono será un recordatorio de lo ocurrido. En cuanto a la cama, la llevaré a su casa mañana a primera hora, pero recuerde, sahib, que será para usted como un cuchillo clavado en una herida crónica. Partiré en peregrinación y no aceptaré dinero. He engordado bajo la protección de la Presencia, cuya pena es mi pena. Por última vez sujeto su estribo.

Tocó con las dos manos el pie de Holden, y el caballo salió como un rayo al camino, donde las cañas de bambú se quebraban bajo el azote de los cielos y las ranas se ahogaban. La lluvia en el rostro impedía ver a Holden. Se cubrió los ojos con las manos y murmuró:

—¡Ah, qué bestia! ¡Qué completa bestia!

La noticia de sus dificultades ya había llegado a su bungalow. Lo leyó en los ojos de su mayordomo, cuando Ahmed Jan le sirvió la comida y, por primera vez en la vida, puso una mano en el hombro de su amo y dijo: «Coma, sahib; coma. La carne es buena contra la tristeza. Yo ya he pasado por ello. Además, las sombras vienen y van, sahib; las sombras vienen y van. Son huevos al curry».

Holden no podía ni comer ni dormir. Esa noche la lluvia acumulada alcanzó una altura de veinte centímetros y lavó la tierra. Las aguas derribaron muros, rompieron carreteras y abrieron las sepulturas del cementerio mahometano. Tampoco al día siguiente paró de llover, y Holden lo pasó sentado en casa, sumido en su dolor. En la mañana del tercer día recibió un telegrama que decía escuetamente: «Ricketts, Myndonie. Agoniza. Se requiere a Holden. Inmediato». Se dijo entonces que antes de partir quería ver por última vez la casa de la que había sido dueño y señor. El cielo se había despejado y la tierra pestilente desprendía vapor.

Comprobó que las lluvias habían partido los pilares de adobe de la entrada y que el pesado portón de madera que había guardado su vida colgaba de un solo gozne. La hierba del jardín había crecido ocho centímetros; la vivienda de Pir Jan se encontraba vacía y la techumbre de paja, empapada, se había hundido entre las vigas. Una ardilla gris había tomado posesión del porche, como si la casa llevara deshabitada treinta años en lugar de tres días. La madre de Amira se lo había llevado todo, salvo un colchón mohoso. El único sonido de la casa era el tic-tic de los pequeños escorpiones en su carrera por el suelo. La habitación de Amira y la de Tota estaban cubiertas de moho, y la angosta escalera que conducía a la azotea embarrada por la lluvia. Holden vio todas estas cosas, salió de la casa y en el camino se topó con Durga Dass, su casero: corpulento, afable, vestido con muselina blanca y conduciendo una calesa. Había pasado para echar un vistazo a su propiedad y ver cómo había soportado el tejado el embate de las primeras lluvias.

—Me he enterado —dijo—. Supongo que no querrá seguir conservando esta casa, sahib.

—¿Qué piensa hacer con ella?

—Tal vez vuelva a alquilarla.

—En ese caso, la conservaré durante mi ausencia.

Durga Dass guardó silencio unos instantes.

—No debe hacerlo, sahib. Cuando era joven, yo también… pero hoy soy miembro del ayuntamiento. ¡Ja! ¡Ja! No. ¿De qué sirve guardar el nido cuando los pájaros ya lo han abandonado? Ordenaré que la derriben… la madera siempre puede venderse. La derribarán, y el ayuntamiento construirá una carretera, tal como desea, desde la escalinata del río hasta la muralla de la ciudad, para que nadie pueda decir dónde estaba esta casa.

AL FINAL DEL VIAJE

Está el cielo plomizo y rojos nuestros rostros,
las puertas del infierno divididas y abiertas:
los vientos del infierno, desatados, azotan;
se eleva el polvo hasta la faz del cielo,
y caen las nubes como un manto encendido,
que pesa, que no asciende, y no resulta fácil de llevar.
Se está alejando el alma de la carne del hombre,
atrás quedan las cosas por las que se ha esforzado,
enfermo el cuerpo y triste el corazón.
Y alza el alma su vuelo como el polvo del manto,
se arranca de su carne, desaparece, parte,
mientras braman los cuernos la llegada del cólera.

Himalayo

Cuatro hombres, con derecho a «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad», se encontraban sentados a una mesa, jugando al whist. El termómetro marcaba para ellos 38º. Habían ensombrecido la habitación de tal modo que sólo era posible distinguir las cartas y los blancos rostros de los jugadores. Un *punkah*, un abanico de lienzo blanco maltrecho y podrido, batía el aire caliente lanzando gemidos lastimeros a cada golpe. El día era tan lúgubre como una tarde de noviembre en Londres. No había cielo, ni sol, ni horizonte; nada sino la bruma parda y púrpura que producía el calor. Se diría que la tierra se estaba muriendo de apoplejía.

Nubes de polvo rojizo se desprendían de cuando en cuando del suelo sin viento ni advertencia, se tendían como un mantel entre las copas de los árboles agostados y descendían de nuevo. Un remolino de polvo infernal barría entonces la llanura por espacio de algunos kilómetros, se deshacía y caía como una cascada, aunque nada frenara su avance salvo una larga hilera de traviesas de ferrocarril amontonadas y cubiertas de polvo blanco, unas cuantas chozas de barro arracimadas, las vías férreas condenadas, una lona y el bungalow de una sola planta y cuatro habitaciones del subingeniero a cargo del tramo de la vía férrea en construcción en el estado de Gaudhari.

Los cuatro hombres, cubiertos tan sólo con sus pijamas más frescos, jugaban malhumoradamente a las cartas, y eran frecuentes las disputas por las salidas y los servicios. No era la suya la mejor variante de whist, pero les había costado mucho llegar hasta allí. Mottram, el topógrafo del Servicio Cartográfico indio, había cabalgado cincuenta kilómetros y recorrido otros ciento cincuenta en tren desde su

solitario puesto en el desierto, del que salió la noche anterior; Lowndes, el residente en misión especial del departamento político, intentaba escapar unas horas de las miserables intrigas de un empobrecido estado indígena cuyo rey alternaba las lisonjas con las bravatas para exigir más dinero de los exiguos fondos recaudados entre campesinos exprimidos y criadores de camellos desesperados; Spurtsow, el médico de la línea, había abandonado un campamento de culis azotado por el cólera para ocuparse de sí mismo durante cuarenta y ocho horas y relacionarse con hombres blancos. Hummil, el subingeniero, era el anfitrión. Se mantenía firme y recibía a sus amigos todos los domingos, si es que podían acudir. Cuando uno de ellos no aparecía, Hummil enviaba un telegrama a su última dirección, para averiguar si el ausente estaba vivo o muerto. Hay en Oriente muchos lugares en los que no es ni bueno ni amable perder de vista a los conocidos siquiera durante una breve semana.

Los jugadores no eran conscientes de sentir una especial estima mutua. Reñían siempre que se reunían, pese a lo cual deseaban hacerlo con tanto ardor como desean beber los hombres privados de agua. Eran hombres solitarios que conocían el terrible significado de la soledad. Tenían todos menos de treinta años, y eso es pronto para que un hombre haya llegado a adquirir tal conocimiento.

—¿Pilsener? —preguntó Spurstow al terminar la segunda partida, secándose la frente.

—Siento comunicaros que se ha terminado la cerveza y apenas nos queda soda para esta noche —dijo Hummil.

—¡Qué organización tan lamentable! —gruñó Spurstow.

—No es culpa mía. He escrito y enviado un telegrama, pero los trenes todavía no circulan con regularidad. La semana pasada nos quedamos sin hielo, como bien sabe Lowndes.

—Pues me alegro de no haber venido. Aunque de haberlo sabido podría haberte enviado un poco. ¡Puff! Hace demasiado calor para seguir jugando con tan poco rigor —dijo Mottram, mirando a Lowndes con cara de pocos amigos. Éste, que no se ofendía fácilmente, se limitó a reír.

Mottram se levantó y atisbo entre una rendija de las persianas.

—¡Qué día tan agradable! —observó.

La compañía bostezó a la vez y procedió a investigar sin propósito alguno todas las pertenencias de Hummil: armas, novelas en pésimo estado, arreos, espuelas y cosas por el estilo. Las habían toqueteado docenas de veces en ocasiones anteriores, pero no había otra cosa que hacer.

—¿Tienes algo reciente? —preguntó Lowndes.

—La *Gaceta* de la India de la semana pasada y un recorte de un periódico de Inglaterra. Me lo envió mi padre. Es bastante divertido.

—¿Uno de esos sacristanes que se hacen llamar parlamentarios? —dijo Spurstow, que leía los periódicos siempre que podía.

—Sí. Escuchad. Va para ti, Lowndes. El hombre estaba pronunciando un discurso

en la cámara y se pasó de la raya. Un ejemplo: «Y afirmo sin vacilación que nuestros residentes en la India son la reserva, la reserva doméstica, de la aristocracia inglesa. ¿Qué obtiene la democracia, que obtienen las masas, de ese país que nos hemos anexionado paso a paso y de manera fraudulenta? Yo digo que nada en absoluto. Son los vástagos de la aristocracia quienes lo trabajan con las miras puestas exclusivamente en su propio beneficio. ¡Bien que se cuidan de preservar sus espléndidos ingresos, de evitar o de silenciar cualquier investigación sobre la naturaleza y la conducta de su administración, al tiempo que obligan al infeliz campesino a pagar con el sudor de su frente los lujos en los que se deleitan!». Hummil agitó el recorte por encima de su cabeza.

—¡Claro! ¡Claro! —respondió la audiencia.

Luego, con aire reflexivo, Lowndes dijo:

—Daría… daría el sueldo de tres meses para que ese caballero pasara un mes conmigo y viera cómo maneja las cosas el príncipe independiente y nativo. El querido Carapalo —era éste el displicente apodo que se daba a un venerado y ampuloso príncipe feudatario— no me ha dejado vivir esta semana con sus peticiones de dinero. ¡Su última escenificación ha consistido en enviarme a una de sus mujeres para sobornarme!

—¡Qué suerte! ¿Y la aceptaste? —quiso saber Mottram.

—No. Aunque ahora me arrepiento. Era una jovencita muy guapa, y me vino con el cuento de que estaba terriblemente desfavorecida entre las mujeres del rey. Esas niñas llevan casi un mes sin ropa nueva, y el señor quiere comprarles algún trapo en Calcuta… y pasamanos y lámparas de plata maciza para su carruaje; menudencias así. Intenté hacerle ver que lleva veinte años jugando a los dados con los impuestos y que debía bajar el ritmo. Pero no lo entiende.

—Cuenta con las ancestrales bóvedas del tesoro. Seguro que guarda lo menos tres millones en joyas y monedas en su palacio —señaló Hummil.

—¡Si sorprenden a un rey nativo metiendo la mano en el tesoro familiar! Los sacerdotes lo prohíben, salvo que sea el último recurso. Carapalo ha añadido a las reservas de su reino otro cuarto de millón.

—¿De dónde sale tanto dinero?

—Del campo. El pueblo vive en una situación deplorable. Me han contado que los recaudadores esperan junto a la camella hasta que nace la cría y se llevan a la madre para cobrarse los atrasos. ¿Y yo qué puedo hacer? No consigo que los contables de la corte me presenten las cuentas; no consigo más que una gran sonrisa del comandante en jefe cuando descubro que las tropas llevan tres meses sin cobrar su sueldo; y Carapalo se echa a llorar cuando se lo digo. Se ha aficionado mucho al King’s Peg, bebe coñac en lugar de whisky y champán Heidsieck en lugar de soda.

—Lo mismo que bebía el Rao de Yubela. Ni siquiera un nativo puede durar mucho así —observó Spurstow—. Morirá pronto.

—Y eso no vendría mal. Supongo que entonces tendríamos un consejo de

regencia, y un tutor para el joven príncipe, y luego le devolveríamos su reino con las ganancias de diez años.

—Entretanto el joven príncipe, que habría aprendido todos los vicios de los ingleses, jugaría a hacer ranas con el dinero y en dieciocho meses habría arruinado el trabajo de diez años. Ya lo he visto otras veces —dijo Spurstow—. Yo que tú trataría al rey con mano izquierda, Lowndes. Ya te odiarán lo suficiente en cualquier circunstancia.

—Todo eso está muy bien. Es fácil hablar de mano izquierda cuando uno se limita a observar, pero no se puede limpiar una pocilga con una pluma mojada en agua de rosas. Conozco los riesgos, aunque de momento no haya pasado nada. Mi criado es un viejo pastún, y me prepara la comida. Es poco probable que consigan sobornarlo y yo no acepto comida de mis amigos de verdad, como se hacen llamar. Pero con sangre. Sin embargo, hay por ahí cosas con apariencia humana que les dirán que Horacio era un vago, un merodeador. Apártense de ellas. Horacio sabía muchas cosas. ¡Sabía! *Erit ille fortis*… «¿será valiente aquel que se ha postrado ante el enemigo infiel?». Y a continuación (¡deje de piafar con las pezuñas, Thornton!) *hicunde vitam sumeret inscius*. Eso significa aproximadamente… aunque veo que me anticipo a mis traductores. Empiece desde *hic unde*, Vernon, y permítanos ver si tiene usted el espíritu de Régulo.

Nadie esperaba fuegos artificiales del amable Paddy Vernon, subprefecto de la Casa Hartopp, pero como es frecuente en los adolescentes, Vernon estaba en la inopia y acudió precipitadamente en defensa de Régulo:

—O *magna Carthago probrosis altior Italiae ruinis*. Tú, Cartago, te alzarás sobre las ruinas de Italia.

Incluso Beetle, el más benévolo de los críticos, estaba interesado llegado ese punto, aunque no se sumó al murmullo de reprobación de las mentes más sabias del curso.

—Por favor, haga como si yo no estuviera aquí —dijo Kíng, y Vernon obedeció amablemente. Se abrió camino con gran dificultad, diciendo:

—Se dice de él (de Régulo) que apartó de sí los besos de su casta mujer y de sus hijos como un hombre despojado y fijó severamente en el suelo su mirada viril.

Puesto que la palabra «viril» era tan del agrado de Ring como «esposa» o «en verdad», la clase miró al profesor con expectación. Pero Júpiter no tronó en esta ocasión.

—A la espera de vencer las reticencias de los senadores, como autor de un consejo jamás dado bajo nombre falso —continuó Vernon.

Se detuvo, consciente del silencio que lo rodeaba, como la temible calma en el ojo del huracán. King respondió con una voz más dulce que la miel.

—Soy dolorosamente consciente, por amarga experiencia, de que no puedo transmitirles una idea de cuánta pasión, ¡es agotador! Prefería estar contigo, Spurstow. Hay tiroteos cerca de tu campamento.

—¿Lo preferirías? No lo creo. Quince muertos diarios no incitan a un hombre a disparar salvo contra sí mismo. Y lo peor es que esos pobres diablos te consideran el fuerte que debería salvarlos. Dios sabe que lo he intentado todo. Mi último intento fue empírico, pero logré salvar a un hombre. Cuando me lo trajeron ya casi no había esperanza para él; le di ginebra y salsa Worcester con cayena. Lo curó; aunque no lo recomiendo.

—¿Cómo se tratan esos casos en general? —se interesó Hummil.

—Es muy sencillo. Cloridina, opio, cloridina, colapso, nitro, derrumbe ladrillos en los pies y… a la pira funeraria. Esto último parece ser lo único que acaba con la enfermedad. Ya sabéis que es el cólera negro. ¡Pobres! Aunque debo decir que Bunsee Lal, mi boticario, trabaja como un demonio. Lo he recomendado para un ascenso si es que consigue salir con vida.

—¿Y qué posibilidades tienes tú, querido amigo? —preguntó Mottram.

—No lo sé; no me preocupa mucho. Aunque ya he enviado la carta. ¿Vosotros qué hacéis normalmente?

—Yo sentarme debajo de una mesa en una tienda de campaña y escupir en el sextante para que no se caliente —dijo el cartógrafo—. Lavarme los ojos para evitar una oftalmia, aunque seguro que termino padeciéndola, e intentar que el topógrafo comprenda que un error de cinco grados en un ángulo no es tan pequeño como parece. Como sabéis estoy completamente solo, y así seguiré hasta que pase este calor.

—Hummil es el que tiene más suerte —dijo Lowndes, lanzándose sobre una hamaca—. Tiene un techo; de lona rota, pero un techo al fin y al cabo. Ve un tren a diario. Y cuando Dios es compasivo consigue cerveza, soda y hielo. Tiene libros, fotografías —arrancadas del *Graphic*— y la compañía del excelente subcontratista Jevins, además del placer de recibirnos a nosotros todas las semanas.

Hummil sonrió lúgubremente.

—Sí, supongo que tengo suerte. El más afortunado es Jevins.

—¿Cómo? No…

—Sí. Murió. El lunes pasado.

—¿Por su propia mano? —se apresuró a preguntar Spurstow, formulando la sospecha que todos tenían en mente. No había cólera en la zona de Hummil. Y hasta la fiebre concede a un hombre una semana de gracia, de ahí que una muerte súbita significara generalmente suicidio.

—No juzgo a nadie, con este calor —dijo Hummil—. Creo que sufrió una insolación; la semana pasada, después de que os marcharais, salió a la terraza y me anunció que se iba a su casa de Market Street, a ver a su mujer, en Liverpool. Avisé al boticario para que lo examinara y entre los dos intentamos acostarlo. Al cabo de una o dos horas se frotó los ojos y dijo que creía que había tenido una crisis y que esperaba no haber dicho ninguna grosería. Jevins le daba mucha importancia a medrar socialmente. Hablaba como Chucks, el contramaestre de esa novela de

Marryat.

—¿Y?

—Después se fue a su bungalow y empezó a limpiar un rifle. Le dijo a su criado que pensaba salir a cazar ciervos por la mañana. Anduvo manipulando el gatillo y se disparó en la cabeza… accidentalmente. El boticario envió un informe a mi jefe; y a Jevins lo enterramos por ahí. Te habría avisado, Spurstow, si hubieras podido hacer algo.

—Eres un tipo raro —dijo Mottram—. Si lo hubieras matado tú mismo no te habrías mostrado más reservado.

—¡Dios mío! ¿Y eso qué importa? —dijo Hummil tranquilamente—. Tenía que hacer buena parte de su trabajo además del mío. El que sufre soy yo. Jevins ya se ha librado; por puro accidente, desde luego, pero se ha librado. El boticario tenía intención de escribir un largo discurso sobre el suicidio. ¡Las tonterías que puede hacer un *babu* cuando se le presenta la ocasión!

—¿Y por qué no quisiste comunicarlo como suicidio? —preguntó Lowndes.

—No hay pruebas directas. Un hombre no goza de muchos privilegios en este país; al menos debe permitírsele que manipule indebidamente su propio rifle. Además, puede que algún día necesite que alguien silencie mi propio accidente. Vive y deja vivir. Muere y deja morir.

—Tómate una pastilla —dijo Spurstow, que había estado observando atentamente la palidez de Hummil—. Tómate una pastilla y no seas bestia. No digas tonterías. Además, el suicido es un modo de eludir el trabajo. Si yo fuera Job me interesaría tanto lo que iba a pasar al día siguiente que me quedaría para verlo.

—¡Ah! Yo he perdido esa curiosidad —respondió Hummil.

—¿Andas mal del hígado? —preguntó Lowndes con profunda emoción.

—No. No puedo dormir. Eso es peor todavía.

—¡Ya lo creo que lo es! —terció Mottram—. A mí me pasa de vez en cuando, y no hay manera de evitarlo. ¿Tú qué tomas?

—Nada. ¿Para qué? No he dormido ni diez minutos desde el viernes por la mañana.

—¡Pobrecillo! Spurstow, deberías ocuparte de esto —dijo Mottram—. Ahora que lo dices, tienes los ojos bastante hinchados.

Spurstow, que seguía observando a Hummil, se echó a reír.

—Ya me ocuparé de él más tarde. ¿Creéis que hace demasiado calor para salir a montar?

—¿Adónde? —preguntó Lowndes con desgana—. Debemos marcharnos a las ocho, y ya tendremos suficiente paseo entonces. Odio a los caballos cuando tengo que usarlos por necesidad. ¡Dios mío! ¿Qué podemos hacer?

—Empezar otra partida de whist, a cuatro pollitos la mano (se supone que un *pollito* son ocho chelines) y un *mohur* de oro (una moneda de oro) la serie completa —se apresuró a decir Spurstow.

—Poker. La paga entera de un mes para entrar, sin límite, y con subidas de cincuenta rupias. Alguien se quedará sin blanca antes de que nos levantemos —propuso Lowndes.

—A mí no me apetece desplumar a nadie de esta compañía —dijo Mottram—. Ya tenemos suficiente excitación, y es una sandez. —Se acercó a la vieja y maltratada pianola de campaña dejada por el matrimonio que había ocupado en otro tiempo el bungalow, y levantó la tapa.

—Hace mucho que no se usa —dijo Hummil—. Los criados la han destrozado.

La pianola estaba ciertamente en un estado pésimo, pero Mottram consiguió que las notas rebeldes alcanzaran algo parecido a un acuerdo, y del teclado hecho trizas salió algo que acaso fuera el fantasma de una popular canción de revista de variedades. Los hombres se volvieron en sus hamacas con notable interés mientras Mottram aporreaba las teclas con creciente entusiasmo.

—¡Qué bien! —exclamó Lowndes—. ¡Dios mío! La última vez que oí esa canción fue en el 79, más o menos; justo antes de venir aquí.

—¡Ah! —exclamó Spurstow con orgullo—. Yo estaba en casa en el 80. —Y mencionó una canción muy popular por aquel entonces.

Mottram la ejecutó toscamente. Lowndes criticó su interpretación y propuso ciertas enmiendas. Mottram acometió con brío una nueva melodía, no de revista en esta ocasión, y luego hizo amago de levantarse.

—Siéntate —le ordenó Hummil—. No sabía que hubiera música en tu cuerpo. Sigue tocando hasta que no se te ocurra nada más. Mandaré que afinen ese piano antes de que vuelvas. Toca algo alegre.

Muy simples eran las melodías que el arte de Mottram y las limitaciones del propio instrumento podían ofrecer, pero los hombres escuchaban con deleite, y en las pausas hablaban todos al tiempo de lo que habían visto u oído en su última visita a casa. Se había levantado una fuerte tormenta de arena que rugía y azotaba la casa, envolviéndola en la sofocante oscuridad de la medianoche, pero Mottram hacía caso omiso, mientras la enloquecida arena tintineaba sobre la lona raída del techo.

En el silencio que sucedió a la tormenta, Mottram pasó a interpretar aires escoceses, más personales, tarareando a medias, y concluyó con el «Himno vespertino».

—Es domingo —dijo, asintiendo con la cabeza.

—Continúa. No te disculpes —respondió Spurstow.

Hummil soltó una larga y sonora carcajada.

—Tócala, por lo que más quieras. Hoy estás lleno de sorpresas. No sabía que tuvieras el refinado don del sarcasmo. ¿Cómo es esa canción?

Mottram interpretó la melodía.

—Demasiado lento en la mitad. No le has dado el tono de gratitud —señaló Hummil—. Debería parecerse a la «Polka del saltamontes». Así. —Y empezó a cantar, *prestissimo*: «Gloria a ti, Señor, en esta noche, por todas las bendiciones de la

luz».

—Eso demuestra que de verdad sentimos nuestras bendiciones. ¿Cómo sigue…?

—«Si en la noche yazgo desvelado, colma mi alma de santos pensamientos; no turben mi reposo malos sueños…».

—¡Más deprisa, Mottram!

—«¡Ni me asalten las fuerzas de lo oscuro!».

—¡Bah! ¡Qué hipócrita eres!

—No seas burro —dijo Lowndes—. Tienes plena libertad para burlarte de lo que se te antoje, pero deja en paz al menos este himno. Para mí está asociado con los recuerdos más sagrados…

—Las noches de verano en el campo, la ventana de cristal esmerilado, la luz declinando, y tú y ella inclinados sobre el libro de himnos con las cabezas unidas —dijo Mottram.

—Sí, y un abejorro gordo y viejo que te salta al ojo cuando vuelves a casa paseando. Huele a heno, y una luna grande como una sombrerera está sentada sobre un almiar; murciélagos, rosas, leche y mosquitos —completó Lowndes.

—Y madres también. Recuerdo cómo me cantaba mi madre hasta que me quedaba dormido, cuando era niño —dijo Spurstow.

La oscuridad había caído sobre la habitación. Oyeron que Hummil se revolvía en su hamaca.

—¡Por eso —dijo, de malos modos—, la cantas cuando estás hundido del todo en el infierno! Es un insulto a la inteligencia de la Deidad fingir que no somos nada más que rebeldes torturados.

—Tómate dos pastillas —dijo Spurstow—. Tú lo que tienes es el hígado torturado.

—Nuestro Hummil, normalmente apacible, está de mal humor. Lo siento por lo que les espera mañana a sus culis —observó Lowndes, cuando los criados entraron con las lámparas y prepararon la mesa para la cena.

Mientras ocupaban su puesto en torno a las míseras chuletas de cabra y el budín de tapioca ahumada, Spurstow aprovechó para susurrarle a Mottram:

—¡Bien hecho, David!

—Cuida tú entonces de Saúl —fue la respuesta.

—¿Qué murmuráis vosotros dos? —preguntó Hummil con recelo.

—Sólo decíamos que eres un pésimo anfitrión. Esta ave no hay quien la corte —respondió Spurstow con amable sonrisa—. ¿A esto lo llamas cena?

—Lo siento. ¿Esperabas un banquete?

A lo largo de la cena, Hummil hizo grandes esfuerzos para insultar a todos sus invitados sucesivamente, de manera directa o velada, y a cada insulto que Hummil profería, Spurstow lanzaba al agraviado una patada por debajo de la mesa, aunque no se atrevía a intercambiar una mirada cómplice con ninguno de ellos. Hummil tenía el semblante blanco y contraído, los ojos desmesuradamente grandes. Ninguno de los

presentes soñó siquiera por un momento con reprocharle sus brutales cambios de humor, pero todos se apresuraron a marcharse no bien concluyó la cena.

—No os vayáis. Sólo estamos empezando a divertirnos. Espero no haber dicho nada que os haya molestado. Sois terriblemente quisquillosos. —Y cambiando de tono, con una súplica casi abyecta, Hummil añadió—: ¿Os marcháis de verdad?

—Como dice el bendito Jorrocks, yo donde ceno duermo —respondió Spurstow—. Me gustaría ver a tus culis mañana, si no te importa. Supongo que puedes ofrecerme un lugar para descansar.

Los demás alegaron la urgencia de sus respectivos asuntos al día siguiente y partieron juntos en sus caballos, mientras Hummil les rogaba que volvieran el próximo domingo. Cuando se alejaban al trote, Lowndes se desahogó con Mottram…

—… Y en la vida había tenido tantas ganas de pegar a un hombre en su propia casa. ¡Dijo que había hecho trampas en el whist y me recordó que le debía dinero! ¡Y a ti te dijo a la cara que eras un mentiroso! Y no pareces demasiado indignado.

—No lo estoy —dijo Mottram—. ¡Pobre hombre! ¿Habías oído alguna vez que Hummy se comportaba así?

—Eso no es excusa. Spurstow no paraba de darme patadas en la espinilla, y por eso me controlé. De lo contrario…

—No habrías hecho nada. Habrías hecho lo mismo que Hummy con Jevins; no juzgues a un hombre con este calor. ¡Por Dios, si hasta la hebilla de la brida me quema en la mano! Trotemos un poco, y cuidado con las madrigueras.

Diez minutos al trote sacaron de Lowndes una sabia observación cuando se detuvo, sudando por todos los poros:

—Me alegro de que Spurstow se haya quedado a pasar la noche con él.

—Sí. Spurstow es un buen hombre. Aquí se separan nuestros caminos. Nos veremos el domingo, si el sol no acaba conmigo.

—Eso espero, a menos que el ministro de finanzas de Carapalo consiga envenenarme. Buenas noches y… ¡que Dios te bendiga!

—¿Qué te sucede?

—Nada. —Lowndes recogió el látigo y, atizando en el flanco a la yegua de Mottram, añadió—: No eres un mal hombre, eso es todo. —Y la yegua corrió como un rayo casi un kilómetro sobre la arena.

En el bungalow del subingeniero, Spurstow y Hummíl fumaban juntos la pipa del silencio, observándose intensamente. La capacidad de la vivienda de un hombre soltero es tan elástica como sencillos son sus arreglos. Un criado se llevó la mesa del comedor, trajo un par de toscos catres indígenas, hechos con cintas atadas a una ligera estructura de madera, lanzó sobre cada uno de ellos unas esteras frescas de Calcuta, los colocó uno junto al otro, colgó dos toallas del abanico, de manera que los flecos pasaran justo por encima de la nariz y la boca del durmiente, y anunció que las camas estaban listas.

Los hombres se acostaron, ordenando a los culis que abanicaran con toda la

fuerza del infierno. Puertas y ventanas estaban cerradas, pues el aire en el exterior era el de un horno. Dentro hacía sólo 40º, según señalaba el termómetro, y el ambiente estaba cargado por las malolientes lámparas de queroseno en mal estado; un olor tan desagradable, sumado al del tabaco indio, el ladrillo cocido y la tierra seca, hace que a más de un hombre fuerte el corazón se le caiga a los pies, pues ése es el olor característico del gran imperio de la India cuando por espacio de seis meses se transforma en una casa de tormento. Spurstow apiló hábilmente las almohadas para reclinarse en lugar de tumbarse, la cabeza un poco elevada con respecto a los pies. No es bueno dormir con una almohada baja cuando hace calor si estás gordo, porque es fácil pasar de los ronquidos y los silbidos del sueño natural al sueño profundo de la apoplejía provocada por el calor.

—Apila las almohadas —ordenó el médico secamente al ver que Hummil se preparaba para ponerse en posición horizontal.

Se rebajó la luz de la lámpara; la sombra del *punkah* ondeaba en la habitación, seguida por las sacudidas de las toallas y el suave gemido de la cuerda al pasar por el agujero en la pared. El abanico desfalleció al cabo de un rato; casi se detuvo. El sudor se acumulaba en la frente de Spurstow. ¿Tendría que levantarse para arengar al criado? El abanico volvió a batir con una fuerte sacudida, y las toallas forcejearon. Un tambor empezó entonces a sonar en las filas de los criados con el ritmo regular de una arteria hinchada en un cerebro febril. Spurstow se volvió sobre un costado y maldijo entre dientes. Hummil no se movía. Se había instalado rígido, como un cadáver, las manos contraídas junto a los costados. Su respiración era demasiado agitada para sospechar que pudiera estar dormido. Spurstow observaba su rostro crispado. Tenía las mandíbulas tensas y arrugas en torno a los párpados temblorosos.

«Se está controlando con todas sus fuerzas», pensó Spurstow. «¿Qué demonios le pasa?».

—¡Hummil! —dijo Spurstow.

—Sí —respondió Hummil con voz forzada.

—¿No puedes dormir?

—No.

—¿La cabeza cargada? ¿La garganta inflamada? ¿O qué?

—Ninguna de las dos cosas, gracias. Ya sabes que no duermo mucho.

—¿Te encuentras mal?

—Bastante mal, gracias. Está sonando un tambor fuera, ¿no es cierto? Al principio me pareció que era en mi cabeza… ¡Ay, Spurstow, por piedad dame algo que me haga dormir, dormir profundamente siquiera seis horas! —Se levantó de un salto, temblando de la cabeza a los pies—. Llevo días sin poder dormir, y no aguanto más. ¡No aguanto más!

—¡Pobre!

—Eso no sirve de nada. Dame algo que me haga dormir. Me estoy volviendo loco. La mitad de las veces no sé lo que me digo. Desde hace tres semanas tengo que

pensar y deletrear cada palabra que sale de mis labios antes de atreverme a pronunciarla. ¿No te parece eso suficiente para que un hombre enloquezca? No veo y he perdido el sentido del tacto. ¡Me duele la piel… me duele la piel! Hazme dormir. Por Dios te lo pido, Spurstow, hazme dormir profundamente. No me basta con soñar. ¡Hazme dormir!

—De acuerdo, amigo; de acuerdo. Tranquilo; no estás tan mal como imaginas.

Una vez derribadas las compuertas de su reserva, Hummil se aferró a Spurstow como un niño asustado.

—Me estás destrozando el brazo.

—Te romperé el cuello si no haces algo por mí. Perdona, no quería decir eso. No te enfades, amigo mío. —Se secó el sudor al tiempo que luchaba por recobrar la compostura—. Estoy inquieto y fuera de mí; podrías recomendarme algo para dormir… bromuro potásico.

—¡Bromuro de gaitas! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Suéltame el brazo y veré si llevo en la pitillera algo que pueda ayudarte. —Spurstow rebuscó entre su ropa, subió la luz de la lámpara, abrió una pitillera de plata y se acercó al expectante Hummil con el más delicado de los líquidos mágicos.

—El último recurso de la civilización —dijo—. Y es algo que detesto tener que usar. Estira el brazo. Bueno, parece que la falta de sueño no te ha afectado a los músculos. ¡Tienes una buena musculatura! Es como si estuviera inyectando a un búfalo. La morfina empezará a actuar en pocos minutos Tiéndete y espera.

Una sonrisa de absoluto y estúpido deleite empezó a dibujarse en el rostro de Hummil.

—Creo… —dijo con un susurro—… creo que me estoy yendo. ¡Dios! ¡Es increíblemente maravilloso! Tienes que darme esa cajita, Spurstow; tú… —La voz cesó y la cabeza cayó hacia atrás.

—Eso ni lo sueñes —le dijo Spurstow a la figura inconsciente—. Y ahora, amigo mío, puesto que ese insomnio que padeces es perfecto para relajar la moral en pequeñas cuestiones de vida y muerte, me tomaré la libertad de inutilizar tus armas.

Se acercó descalzo hasta la habitación donde Hummil guardaba sus guarniciones y sacó un rifle del calibre 12, otro de fuego rápido y un revólver. Le quitó al primero el percutor y lo escondió en el fondo de una caja de accesorios ecuestres; retiró el cargador del segundo y lo metió de un puntapié de bajo de un gran armario ropero. Se limitó a abrir el revólver, y machacó el cerrojo con el tacón de una bota.

—Listo —dijo, sacudiéndose el sudor de las manos—. Estas pequeñas precauciones te darán al menos tiempo para pensar. Pareces demasiado comprensivo con los accidentes con armas de fuego.

Y al incorporarse oyó que Hummil, con voz pastosa y amortiguada, exclamaba en el umbral.

—¡Serás idiota!

Es común que en los intervalos de lucidez en medio del delirio los hombres se

dirijan a sus amigos en este tono poco antes de morir.

Spurstow se sobresaltó y dejó caer la pistola. Hummil ocupaba el umbral de la puerta, sacudido por incontenibles carcajadas.

—Eso ha sido muy considerado de tu parte —dijo muy despacio, como si escogiera las palabras—. No tengo intención de quitarme la vida por el momento. Te aseguro, Spurstow, que esto no hace efecto. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? — Y el pánico asomó en sus ojos.

—Acuéstate y ten paciencia. Acuéstate inmediatamente.

—No me atrevo. Sólo me llevará de nuevo a mitad del camino, y esta vez no podré escapar. ¿Sabes que ahora no podía hacer otra cosa más que huir? Suelo ser rápido como el rayo, pero me has atado los pies. Casi me atrapa.

—Sí, comprendo. Ve y acuéstate.

—No estoy delirando; me has jugado una mala pasada. ¿Sabes que podría haber muerto?

Tal como frota una esponja una lasca de pizarra hasta dejarla limpia, así un poder desconocido para Spurstow había borrado del semblante de Hummil todos los rasgos que graban el rostro de un hombre, y se encontraba en el umbral con la expresión de haber perdido su inocencia. El sueño lo había transportado a los terrores de la infancia.

Spurstow se preguntó si su amigo estaría a punto de morir, y en voz alta, dijo:

—No pasa nada, hijo mío. Vuelve a la cama y cuéntamelo todo. No podías dormir; pero ¿qué otras cosas absurdas le han ocurrido?

—Un lugar; un lugar allí —dijo Hummil, con sencilla sinceridad. La droga le hacía efecto en oleadas, y se debatía entre el temor de un hombre fuerte y el pánico de un niño, según si recobraba el sentido o se embotaba—. ¡Dios mío, Spurstow! Hace meses que lo estoy temiendo. Mis noches se han convertido en un infierno; sin embargo, no soy consciente de haber hecho nada malo.

—Tranquilízate y te daré otra dosis. ¡Terminaremos con esas pesadillas, so imbécil!

—Sí, pero dame lo suficiente para que no pueda escapar. Hazme dormir profundamente, que no sea un sueño superficial. Que me resulte muy difícil huir.

—Lo sé; lo sé. Yo también lo he sentido. Los síntomas son exactamente tal como los describes.

—¡No te burles de mí, maldito! Antes de que este terrible insomnio se apoderase de mí, intentaba descansar apoyado en un codo, y ponía una espuela en la cama para pincharme si me caía. ¡Mira!

—¡Dios mío! ¡Estás espoleado como un caballo! ¡La pesadilla se ha ensañado contigo! Y todos te teníamos por un hombre sensato. ¡El cielo nos envía esta revelación! ¿Tienes ganas de hablar?

—Sí, a veces. Cuando estoy asustado no. Entonces sólo quiero huir. ¿Tú no?

—Siempre. Antes de que te dé otra dosis, dime exactamente qué te preocupa.

Casi diez minutos estuvo hablando Hummil con susurros entrecortados, mientras Spurstow observaba sus pupilas y le pasaba una mano por delante en una o dos ocasiones.

Concluido el relato, Spurstow sacó la pitillera de plata, y las últimas palabras que Hummil pronunció antes de caer rendido por segunda vez fueron:

—¡Hazme dormir profundamente, para que si me atrapa pueda morir!

—Sí, sí; todos morimos tarde o temprano. Gracias a Dios por poner fin a nuestro sufrimiento —dijo Spurstow, colocando las almohadas bajo su cabeza—. Creo que a menos que beba algo para impedirlo moriré antes de mi hora. He dejado de sudar y… estoy muy gordo.

Se preparó un té muy caliente, que es un excelente remedio contra la apoplejía causada por el calor si se toman tres o cuatro tazas seguidas. Luego observó a su amigo dormido.

—Un rostro ciego que llora y no puede secarse los ojos; ¡un rostro ciego que lo persigue por los pasillos! ¡Umm!

Decididamente, Hummil necesita unas vacaciones lo antes posible; no sé si está loco o cuerdo, pero es obvio que se ha torturado de un modo cruel. ¡Gracias a Dios por enviarnos esta revelación!

Hummil se levantó a mediodía, con un desagradable sabor en la boca, pero con la visión limpia y el corazón alegre.

—Anoche me puse muy mal, ¿verdad?

—He visto a hombres más sanos. Ha debido de afectarte el sol. Dime una cosa: si te expido un certificado médico, ¿pedirás un permiso inmediatamente?

—No.

—¿Por qué no? Lo necesitas.

—Sí, pero puedo esperar hasta que el tiempo refresque un poco.

—¿Por qué esperar si puedes obtener una baja ahora mismo?

—Burkett es el único que podría sustituirme y es un imbécil redomado.

—No te preocupes por el ferrocarril. No eres tan importante. Envía un telegrama y solicita la baja si es necesario.

Hummil parecía muy incómodo.

—Puedo aguantar hasta que lleguen las lluvias —dijo evasivamente.

—No puedes. Telegrafía al cuartel general y di que envíen a Burkett.

—No. ¿Quieres saber por qué? En primer lugar porque Burkett está casado y su mujer acaba de tener un hijo en Simia; en Simia hace fresco y Burkett tiene un precioso billete que lo llevará a Simia de sábado a lunes. Su mujercita no está bien. Si a Burkett lo trasladaran ella querría acompañarlo. Si se separa del bebé morirá de preocupación. Y si viene (dado que Burkett es una de esas bestias egoístas que siempre dicen que el lugar de la mujer está junto al marido) morirá. Es un crimen traer a una mujer aquí en este momento. Burkett tiene menos espíritu que una rata. Aquí se moriría; sé que ella no tiene dinero, y estoy seguro de que también se

moriría. Yo estoy curtido en cierto sentido, y no estoy casado. Esperaré hasta que lleguen las lluvias; Burkett podrá venir entonces. Le sentará muy bien.

—¿Quieres decir que estás dispuesto a soportar… lo que has soportado hasta que empiecen las lluvias?

—No será para tanto, ahora que me has enseñado la manera de evitarlo. Siempre puedo avisarte por cable. Además, ahora que sé cómo dormir todo irá bien. No pienso pedir ese permiso. No se hable más del asunto.

—¡Qué espíritu tan caballeresco! Yo creía que eso ya no existía.

—¡Pamplinas! Tú harías lo mismo. Me siento un hombre nuevo, gracias a tu pitillera. ¿Vuelves ya al campamento?

—Sí, pero pasaré a verte cada dos días, si puedo.

—No estoy tan mal para eso. No quiero molestarte. Tú dales ginebra y salsa de tomate a los culis.

—¿De verdad te encuentras bien?

—Soy capaz de luchar por mi vida, pero no de seguir hablando contigo bajo el sol. ¡Ve, amigo, y que Dios te bendiga!

Hummil giró sobre sus talones y se enfrentó al vacío de solador de su bungalow; lo primero que vio en el porche fue su propia figura. Ya había tenido una aparición similar en otra ocasión, cuando estaba sobrecargado de trabajo y afectado por el calor.

—Esto no tiene buena pinta —dijo, frotándose los ojos—. Si esa cosa se esfuma de golpe, como un fantasma, sabré que algo les pasa a mis ojos y a mi estómago. Si echa a andar, es que estoy perdiendo el juicio.

Se acercó a la figura, que naturalmente se mantenía siempre a la misma distancia, como es costumbre en todos los espectros nacidos del exceso de trabajo. La visión se deslizó por la casa y se diluyó en manchas que flotaban en el ojo de Hummil nada más alcanzar la ardiente luz del jardín. Hummil se ocupó de su trabajo hasta el atardecer. Cuando volvió para cenar, vio su propia figura sentada a la mesa. La visión se puso en pie y echó a andar precipitadamente. Era real en todos los aspectos, salvo en que carecía de sombra.

Nadie sabe lo que esa semana le tenía reservado a Hummil. Un rebrote de la epidemia mantuvo a Spurstow ocupado en el campamento con los culis, y lo más que pudo hacer fue telegrafiar a Mottram y rogarle que fuera al bungalow y pasara la noche con Hummil. Pero Mottram se encontraban a más de sesenta kilómetros del puesto de telégrafos más próximo y no tuvo noticias de nada que no fueran las necesidades de sus mediciones hasta que, a primera hora del domingo, se encontró con Lowndes y Spurstow camino de casa de Hummil para su reunión semanal.

—Espero que el pobre hombre esté de mejor humor —dijo Mottram, en el momento de descabalgar junto a la puerta del bungalow—. Supongo que aún no se habrá levantado.

—Iré a echar un vistazo —dijo el médico—. Si está dormido será mejor no despertarlo.

El abanico seguía moviéndose sobre la cama, pero hacía al menos tres horas que Hummil había abandonado este mundo.

Su cuerpo yacía boca arriba, las manos crispadas en los costados, como Spurstow lo viera tumbado siete noches antes. Un terror para el que no existen palabras estaba escrito en sus ojos abiertos.

Mottram, que había entrado detrás de Lowndes, se inclinó sobre el cadáver y rozó levemente con los labios la frente del difunto.

—¡Qué afortunado eres, amigo! —susurró.

Pero Lowndes había visto los ojos, y se retiró temblando hasta un rincón de la habitación.

—¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! Y la última vez que nos vimos me enfadé con él. Deberíamos habernos ocupado de él, Spurstow. ¿Crees que…?

Spurstow proseguía diestramente su reconocimiento, que concluyó con un registro de la habitación.

—No —replicó con brusquedad—. No hay restos de nada. Avisa a los criados.

Llegaron, ocho o diez de ellos, susurrando y atisbando por encima del hombro del compañero.

—¿A qué hora se acostó el sahib? —preguntó Spurstow.

—A las diez o las once, más o menos —dijo el criado personal de Hummil.

—¿Y se encontraba bien en ese momento? Aunque tú qué vas a saber.

—No parecía enfermo, hasta donde alcanzamos a ver. Pero apenas había dormido en tres noches. Eso lo sé, porque lo vi dar muchas vueltas, sobre todo a medianoche.

Mientras Spurstow colocaba la sábana, una gran espuela de caza cayó al suelo. El médico gimió. Los criados observaban el cadáver.

—¿Qué opinas, Chuma? —preguntó Spurstow, captando la mirada en el rostro oscuro.

—En mi humilde opinión, el nacido del cielo ha descendido a los Lugares Oscuros, y se ha quedado allí atrapado, al no ser capaz de escapar con suficiente rapidez. La espuela es la prueba de que luchó contra el miedo. He visto hacer lo mismo a hombres de mi raza, con espinas, cuando un conjuro se apoderaba de ellos en las horas del sueño y no se atrevían a dormir.

—Eso es un disparate, Chuma. Ve y ocúpate de recoger las pertenencias del sahib.

—Dios ha creado al nacido del cielo. Dios me ha creado también a mí. ¿Quiénes somos nosotros para indagar en las disposiciones de Dios? Pediré a los demás criados que se alejen de aquí mientras ustedes hacen el recuento de las propiedades del sahib. Son todos ladrones, y las robarían.

—Al parecer ha muerto de… en realidad de nada; de un paro cardíaco, de un golpe de calor, o algo por el estilo —informó Spurstow a sus compañeros—. Debemos hacer inventario de sus objetos personales.

—Estaba aterrorizado —insistió Lowndes—. ¡Mira esos ojos! ¡Por el amor de Dios, no dejes que lo entierren con los ojos abiertos!

—Sea lo que fuere, sus problemas han terminado —dijo Mottram en voz baja.

Spurstow observaba los ojos del cadáver.

—Venid —dijo—. ¿Veis algo ahí?

—¡No lo soporto! —gimoteó Lowndes—. ¡Cúbrele la cara! ¿Hay terror en la tierra que pueda poner esa expresión en un rostro? Es espantoso. ¡Vamos, Spurstow, cúbrelo!

—No hay terror… en la tierra —dijo Spurstow.

Mottram se inclinó sobre el hombro del médico y miró atentamente.

—Yo sólo veo unas manchas grises en la pupila. Tú sabes que no puede haber nada.

—Aun así. Bien, pensemos. Llevará medio día construir algo parecido a un ataúd; y la muerte debió de producirse a medianoche. Lowndes, amigo, sal y diles a los culis que caven junto a la tumba de Jevins. Mottram, tú acompaña a Chuma a recoger la casa y asegúrate de ponerlo todo a buen recaudo. Enviadme a un par de hombres y yo me ocuparé de lo demás.

Cuando volvieron junto a los suyos, los criados de brazos fuertes relataron una extraña historia de cómo el doctor del sahib intentó devolver la vida a su amo mediante el uso de artes mágicas, a saber, sosteniendo una cajita verde y haciéndola chasquear ante los ojos del difunto, y murmurando Luego muy asombrado, antes de llevarse consigo la cajita.

No es grato oír los golpes de martillo en la tapa de un ataúd, pero quienes han tenido esta experiencia aseguran que mucho más terrible es el suave siseo del sudario y el tensar y destensar de las cuerdas cuando se amortaja al que ha caído junto al camino para enterrarlo, y cómo se va hundiendo poco a poco a medida que se tensan las cuerdas, hasta que el cuerpo envuelto toca el suelo sin protesta alguna por el indigno y precipitado modo de deshacerse de él.

Lowndes tuvo escrúpulos morales en el último momento.

—¿No deberías leer el oficio de principio a fin? —le dijo a Spurstow.

—Eso me propongo. Tú eres un funcionario de rango superior. Puedes hacerlo si lo deseas.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Sólo me preguntaba si podríamos traer a un capellán de alguna parte; estoy dispuesto a cabalgar hasta donde haga falta para ofrecerle al pobre Hummil una oportunidad mejor. Nada más.

—¡Tonterías! —espetó Spurstow; y frunció los labios para pronunciar las tremendas palabras con que daba comienzo el oficio fúnebre.

Después de desayunar fumaron una pipa en silencio en memoria del difunto. Al cabo de un rato, Spurstow dijo con aire ausente:

—Eso no es ciencia médica.

—¿Qué?

—Las cosas que se ven en los ojos de un muerto.

—¡Por el amor de Dios, no me recuerdes ese horror! —dijo Lowndes—. He visto

a un nativo morir de puro pánico antes de que un tigre lo atacara. Yo sé qué ha matado a Hummil.

—¡Tú qué vas a saber! Yo intento comprenderlo. —El médico se retiró al cuarto de baño con una cámara Kodak. Minutos más tarde se oyó un ruido como cuando algo se hace pedazos, y Spurstow apareció increíblemente pálido.

—¿Has hecho una fotografía? —preguntó Mottram—. ¿Qué aspecto tiene la cosa?

—Era imposible, por supuesto. Mejor que no lo veas, Mottram. He roto las películas. No había nada en ellas. Era imposible.

—Eso —dijo Lowndes con mucho énfasis, observando la lucha de la mano temblorosa por encender la pipa— es una maldita mentira.

Mottram soltó una risotada incómoda.

—Spurstow tiene razón —dijo—. Tal y como estamos en este momento somos capaces de creer cualquier cosa. Intentemos ser racionales, por el amor de Dios.

No volvieron a hablar en un buen rato. El viento caliente silbaba en el exterior y los árboles secos sollozaban. El tren diario, de bronce titilante y acero bruñido, apareció jadeando y escupiendo vapor, envuelto en un intenso resplandor.

—Será mejor que subamos a ese tren —dijo Spurstow—. Que volvamos al trabajo. Ya he redactado el certificado. Aquí ya no podemos hacer nada, y el trabajo nos ayudará a recuperarnos. Vamos.

Ninguno se movió. No es agradable subirse a un ferrocarril a mediodía en pleno mes de junio. Spurstow cogió su sombrero y su fusta y, volviéndose en el umbral, dijo:

—Puede que haya un cielo… y a buen seguro que habrá un infierno. Entretanto, aquí está nuestra vida. ¿No es así?

Ni Mottram ni Lowndes tenían respuesta para esa pregunta.

LA MARCA DE LA BESTIA

Tus dioses y mis dioses: ¿sabes tú o sé yo
quiénes son más poderosos?

Proverbio indio

Al este de Suez, sostienen algunos, la Providencia deja de ejercer su control. Los hombres quedan sometidos al poder de los dioses y demonios de Asia, y la Iglesia anglicana se limita a supervisar a los ingleses tan sólo moderada y esporádicamente.

Esta teoría explica una parte de los horrores más innecesarios de la vida en la India, por eso me propongo ampliarla para contar esta historia.

Mi amigo Strickland, que es policía y buen conocedor de los nativos de la India, puede dar fe de los hechos que aquí van a relatarse. Dumoisa, nuestro médico, también presenció lo mismo que Strickland y yo presenciamos. Su interpretación de las pruebas, sin embargo, fue del todo errada. Ahora está muerto; murió de un modo bastante curioso y ya descrito en otro lugar.

Cuando Fleete llegó a la India, tenía algo de dinero y un poco de tierra en el Himalaya, cerca de un lugar llamado Dharamsala. Había heredado ambas cosas de un tío suyo, y tomó la firme decisión de conservarlas. Era un hombre grande, gordo, inofensivo y genial. Su conocimiento de los nativos era, naturalmente, limitado, y se quejaba de las barreras lingüísticas.

Bajó a caballo desde su propiedad en las montañas para pasar el Año Nuevo en el cuartel, y se alojó en casa de Strickland. La víspera de Año Nuevo se celebró una gran cena en el club, y la noche transcurrió excusablemente empapada en alcohol. Cuando los hombres se reúnen, llegados desde los más remotos rincones del Imperio, tienen derecho a alborotar un poco. De la frontera había llegado un contingente de aguerridos soldados que en todo un año no había visto ni veinte caras blancas y que a diario debía recorrer veinticinco kilómetros a caballo para cenar en el fuerte más próximo, a riesgo de recibir en el Jiber una bala en lugar de una copa. Supieron aprovechar este momento de seguridad y organizaron una partida de billar con un erizo que encontraron en el jardín, mientras uno de ellos llevaba el marcador entre los dientes por toda la sala. Media docena de colonos llegados del sur increpaban al Mayor Mentiroso de Asia, que intentaba contar historias mejores que las suyas. Todo el mundo estaba allí, cerrando filas y haciendo balance de los muertos y los heridos en el curso del año. Bebimos mucho, y recuerdo que cantamos «Auld Lang Syne» con los pies metidos en el Trofeo del Campeonato de Polo y las cabezas entre las

estrellas, y que juramos que todos nos queríamos. Más tarde algunos nos marcharíamos de allí para anexionar Birmania, mientras que otros intentarían adentrarse en el Sudán y serían degollados por los fusíes en una feroz batalla en los alrededores de Suakim, algunos ganarían estrellas y medallas, otros se casarían, cosa que no era buena, otros harían cosas peores, y otros seguiríamos con nuestras ataduras y nos esforzaríamos por ganar dinero a pesar de nuestra escasa experiencia.

Fleete empezó la noche con jerez y *bitter*, bebió champán hasta los postres, se pasó luego al Capri puro y fuerte como el whisky, tomó coñac con el café, cuatro o cinco whiskys para mejorar sus golpes en el billar, y cerveza mezclada con brandy añejo en la partida de dados, a las dos y media. Por consiguiente, cuando a las tres y media de la madrugada salió del club, a diez grados bajo cero, se enfadó mucho con su caballo porque resoplaba, e intentó subirse a la silla de un salto. El caballo se alejó y se metió en la cuadra, de ahí que Strickland y yo formáramos guardia de deshonor para llevar a Fleete a casa.

El camino pasaba por el bazar, junto a un pequeño templo dedicado a Hanuman, el dios-mono, una divinidad mayor y digna de respeto. Todos los dioses tienen sus virtudes, como las tienen todos los sacerdotes. Hanuman tiene una gran importancia para mí, y me porto bien con los suyos: los grandes simios de las montañas. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar un amigo.

Había luz en el templo, y al pasar por delante oímos voces de hombres cantando. En los templos hindúes, los monjes se levantan a distintas horas de la noche para honrar a su dios. Antes de que pudiéramos impedirlo, Fleete subió corriendo las escaleras, saludó a dos monjes con palmaditas en la espalda y apagó ceremoniosamente su cigarro en la frente de la estatua de piedra roja de Hanuman. Strickland intentó sacarlo de allí, pero Fleete se sentó y anunció con solemnidad:

—¿Lo has visto? ¡La marca de la bestia! La he hecho yo. ¿Verdad que es bonita?

En menos de medio minuto la confusión reinaba en el templo, y Strickland, que sabía cuáles eran las consecuencias por ultrajar a los dioses, aseguró que podía ocurrir cualquier cosa. Los monjes lo conocían bien, merced a su posición oficial, sus largos años de residencia en el país y su debilidad de mezclarse con los nativos, y Strickland se disgustó mucho. Fleete se sentó en el suelo y se negó a moverse. Dijo que «el bueno de Hanuman» era una almohada muy cómoda.

Sin previo aviso, un Hombre de Plata salió de un hueco que había tras la imagen del dios. Iba completamente desnudo, a pesar del frío glacial, y su cuerpo brillaba como plata escarchada, pues era lo que en la Biblia se describe como «un leproso blanco como la nieve». Padecía la enfermedad desde hacía algunos años y no tenía rostro; la lepra estaba acabando con él. Nos agachamos para incorporar a Fleete mientras el templo empezaba a llenarse de gente que parecía salir de la tierra, y el Hombre de Plata pasó corriendo por debajo de nuestros brazos, emitiendo un sonido exactamente igual que el maullido de una nutria, agarró a Fleete, y antes de que pudiéramos apartarlo de él, hundió la cabeza en su pecho. Se retiró luego a un rincón

y se sentó a maullar, mientras la multitud bloqueaba todas las puertas.

Los monjes, que parecían muy enfadados hasta que el Hombre de Plata tocó a Fleete, se aplacaron al ver que lo rozaba con el hocico.

Tras unos minutos de silencio, uno de los monjes se acercó a Strickland y, en perfecto inglés, dijo:

—Llévate a tu amigo de aquí. Él ya ha terminado con Hanuman, pero Hanuman aún no ha terminado con él.

La multitud abandonó el recinto, y llevamos a Fleete hasta la carretera.

Strickland estaba furioso. Señaló que podían habernos acuchillado a los tres y le dijo a Fleete que diese gracias a los astros por haber salido indemne.

Fleete no dio las gracias a nadie. Dijo que quería dormir. Tenía una borrachera monumental.

Seguimos andando, Strickland en silencio y furioso, hasta que Fleete empezó a sudar y a temblar violentamente. Observó que los olores del bazar eran repugnantes y preguntó por qué se permitía instalar mataderos tan cerca de las residencias de los ingleses.

—¿No notas el olor de la sangre? —dijo.

Al fin lo metimos en la cama, justo cuando rayaba el alba, y Strickland me invitó a otro whisky con soda. Mientras bebíamos, me recordó el incidente en el templo y confesó que se había quedado sin habla. Y Strickland no soporta quedarse sin habla ante los nativos, pues su trabajo consiste precisamente en derrotarlos con sus propias armas. De momento no lo ha conseguido, aunque puede que de aquí a quince o veinte años haya hecho algunos progresos.

—Deberían habernos dado una paliza —dijo—, en lugar de maullar. No entiendo qué significa. No me gusta ni pizca.

Señalé que con toda probabilidad el consejo del templo presentaría una querella criminal contra nosotros, por insultar su religión. Un artículo del Código penal indio condenaba expresamente el delito de Fleete. Strickland sólo esperaba que no lo hicieran y aseguró que rezaría para impedirlo. Antes de marcharme pasé a echar un vistazo a la habitación de Fleete y lo vi tendido sobre el costado derecho, rascándose en el lado izquierdo del pecho. A las siete de la mañana me acosté, deprimido, triste y con frío.

A la una cabalgué hasta la casa de Strickland para interesarme por la cabeza de Fleete. Supuse que la tendría más que dolorida. Fleete estaba desayunando y no tenía buen aspecto. Perdió los estribos e insultó al cocinero por no servirle una chuleta poco hecha. Un hombre capaz de comer carne cruda tras una noche de borrachera es una rareza. Así se lo dije a Fleete, y él se echó a reír.

—Son muy extraños estos mosquitos que tenéis por aquí —comentó—. Me han acribillado, pero sólo en una parte del cuerpo.

—Veamos esa picadura —se ofreció Strickland—. Puede que haya desaparecido en el transcurso de la mañana.

Mientras le preparaban las chuletas, Fleete se desabotonó la camisa y nos mostró una marca en el lado izquierdo del pecho —las cinco o seis picaduras irregulares dispuestas en círculo— idéntica a los rosetones negros de la piel de un leopardo. Strickland la examinó y dijo:

—Esta mañana era rosa. Se ha vuelto negra.

Fleete corrió a un espejo.

—¡Diantre! Esto no tiene buena pinta. ¿Qué es?

No pudimos responder. En ese momento llegaron las chuletas, rojas y jugosas, y Fleete se zampó tres de un modo harto grosero. Masticaba sólo con los molares derechos y ladeaba la cabeza sobre el mismo hombro para triturar la carne. Cuando hubo terminado, cayó en la cuenta de su extraño comportamiento, pues se disculpó diciendo:

—En mi vida había tenido tanta hambre. He comido como un avestruz.

Concluido el desayuno, Strickland me pidió:

—No te vayas. Quédate a pasar la noche aquí.

Encontré absurda su petición, habida cuenta de que mi casa se encontraba a escasos cinco kilómetros de allí, pero Strickland insistió y estaba a punto de decir algo cuando Fleete lo interrumpió para confesar, avergonzado, que volvía a tener hambre. Strickland envió a un hombre a mi casa con el encargo de recoger lo que pudiera yo necesitar para la noche y un caballo, mientras los tres nos dirigíamos a los establos para pasar el rato hasta la hora de salir a cabalgar. El hombre que siente debilidad por los caballos nunca se cansa de mirarlos, y cuando dos hombres matan el tiempo de este modo comparten tantos conocimientos como mentiras.

Había cinco caballos en las cuadras, y nunca olvidaré la escena que allí se produjo. Los animales parecían haber enloquecido. Relinchaban, encabritados, y poco faltó para que rompieran las estacas; sudaban, temblaban, echaban espumarajos por la boca y parecían aterrados. Los caballos conocían a Strickland tan bien como sus perros, de ahí que la situación resultara aún más insólita. Salimos de la cuadra por miedo a que los animales nos atacaran llevados por el pánico. Strickland volvió a entrar y me llamó. Los caballos seguían asustados, pero esta vez se dejaron tranquilizar y apoyaron la cabeza en nuestro pecho.

—No tienen miedo de nosotros —observó Strickland—. Daría tres meses de paga por que Escándalo pudiera hablar.

Escándalo, naturalmente, era mudo y sólo podía recibir el abrazo de su amo resoplando por el hocico, como es costumbre en los caballos cuando desean explicar algo. Al poco entró Fleete, y nada más verlo, los caballos volvieron a ser presa del terror. Por suerte logramos salir de allí sin recibir ninguna coz.

—Parece que no les gustas, Fleete —observó Strickland.

—Tonterías; mi yegua me sigue como un perro.

Se acercó a la yegua, que estaba en un establo aparte; nada más abrir la barrera, el animal se abalanzó sobre él, lo derribó al suelo y salió al jardín en estampida. Yo me

eché a reír, pero a Strickland no pareció hacerle gracia. Se agarro del mostacho con los puños y tiró de él casi hasta arrancarlo. En lugar de ir en busca de la yegua, Fleete bostezó y anuncio que tenía sueño. Entró en la casa para acostarse, lo cual era un modo ridículo de pasar el día de Año Nuevo.

Me senté en la cuadra con Strickland, que me preguntó si había notado yo algo peculiar en Fleete. Comenté que había comido como una bestia, si bien eso podía ser consecuencia de su vida de aislamiento en las montañas, lejos de una compañía tan refinada y edificante como la nuestra, por ejemplo. Strickland no reparó en la broma. Creo que ni si quiera me escuchaba, porque acto seguido aludió a la marca en el pecho de Fleete, a lo que yo respondí que podía tratar se de una picadura de escarabajo o incluso de una marca de nacimiento que por primera vez se hacía visible. Coincidimos en lo desagradable de su aspecto, y Strickland vio la ocasión para tildarme de idiota.

—De momento no puedo decirte lo que pienso, porque me tomarías por loco, pero quiero que te quedes unos días aquí, si te es posible. Quiero que observes a Fleete, pero no me digas lo que piensas hasta que haya logrado aclararme.

—Esta noche ceno fuera —dije.

—Yo también, y Fleete. Eso si no cambia de opinión.

Estuvimos paseando por el jardín, fumando en silencio —éramos amigos y hablar echa a perder el buen tabaco— hasta que nuestras pipas se consumieron. Subimos entonces a despertar a Fleete. Lo encontramos despierto, dando vueltas por la habitación.

—Me gustaría comer más chuletas. ¿Sería posible?

—Ve a cambiarte —le dijimos, riendo—. Los caballos estarán listos enseguida.

—En cuanto me haya comido las chuletas… poco hechas, por supuesto.

Hablaba con absoluta seriedad. Eran las cuatro y habíamos desayunado a la una; pese a todo, siguió un buen rato insistiendo en las chuletas poco hechas. Finalmente se puso ropa de montar y salimos al porche. Su poni —la yegua se había escapado— no dejaba que Fleete se le acercara. Los caballos se mostraban ingobernables —enloquecidos de terror— y Fleete terminó anunciando que se quedaría en casa y comería algo. Strickland y yo salimos a cabalgar, bastante desconcertados. Pasábamos por delante del templo de Hanuman cuando el Hombre de Plata salió a maullarnos.

—No es uno de los monjes habituales —dijo Strickland—. Me gustaría mucho echarle el guante.

El paseo transcurrió sin sobresaltos. Los caballos eran viejos y parecían agotados.

—El susto de después del desayuno ha sido demasiado para ellos.

Ése fue el único comentario de Strickland en el resto del paseo. Creo que blasfemó entre dientes en un par de ocasiones, pero eso no cuenta.

Volvimos al anochecer, a las siete en punto, y vimos que no había luces en la casa.

—¡Qué holgazanes estos criados míos! —exclamó Strickland.

Mi caballo se puso de manos al ver algo en la entrada de carruajes; allí estaba Fleete, plantado ante las narices del animal.

—¿Qué haces merodeando por el jardín? —preguntó Strickland.

Pero los caballos se encabritaron y estuvieron a punto de tirarnos al suelo. Desmontamos junto a las cuadras y volvimos con Fleete, que estaba a cuatro patas bajo los naranjos.

—¿Qué demonios te pasa? —le preguntó Strickland.

—Nada, nada en absoluto —aseguró Fleete, muy deprisa y con voz pastosa—. He estado practicando un poco de jardinería… de botánica. El olor de la tierra es delicioso. Creo que voy a dar un paseo, un buen paseo… toda la noche.

Fue entonces cuando me pareció que algo no iba bien y le dije a Strickland:

—No saldré a cenar.

—¡Bendito seas! —dijo Strickland—. Oye, Fleete, levántate. Vas a coger fiebre. Entremos a cenar y encendamos las lámparas. Cenaremos todos en casa.

Fleete se levantó a regañadientes, diciendo:

—Nada de lámparas… nada de lámparas. Se está mucho mejor aquí. Cenemos fuera. Quiero más chuletas… muchas y poco hechas; sangrientas y con cartílago.

El frío es intenso en el norte de la India una noche de invierno, de ahí que la sugerencia de Fleete fuera una chaladura.

—Entra —le ordenó severamente Strickland—. Entra de una vez.

Fleete entró en la casa, y, cuando nos trajeron las lámparas, vimos que estaba literalmente cubierto de barro, de los pies a la cabeza. Sin duda había estado revolcándose en el jardín. Se apartó de la luz y se retiró a su habitación. Resultaba horrible ver sus ojos. Una luz verde acechaba tras ellos, no dentro de ellos, y tenía el labio inferior colgando.

—Creo que esta noche tendremos problemas… graves problemas. No te quites la ropa de montar.

Esperamos un buen rato a que Fleete regresara y entretanto pedimos la cena. Le oíamos dar vueltas por su habitación, aunque la luz estaba apagada. De repente, el prolongado aullido de un lobo resonó en el cuarto de Fleete.

La gente muchas veces habla y escribe a la ligera acerca de cómo se te hiela la sangre o se te eriza el vello y cosas por el estilo. Ambas son sensaciones demasiado horribles para jugar con ellas. Se me detuvo el corazón como si me clavaran un cuchillo, y Strickland se puso blanco como el mantel.

Se repitió el aullido, que fue respondido por otro aullido lejano, en los campos.

El horror alcanzó cotas máximas. Strickland entró precipitadamente en el cuarto de Fleete. Lo seguí, y juntos vimos que Fleete saltaba por la ventana, profiriendo sonidos animales desde el fondo de su garganta. No pudo respondernos cuando le gritamos. Escupió.

No alcanzo a recordar con claridad lo que pasó después, aunque creo que Strickland debió de atontar a Fleete con un descalzador, de lo contrario no habría yo

podido sentarme encima de su pecho. Fleete no podía hablar, sólo gruñía; y sus gruñidos eran los de un lobo, no los de un hombre. Su espíritu humano agonizó poco a poco a lo largo del día hasta morir con el crepúsculo. Nos enfrentábamos a una bestia, que antes había sido Fleete.

La situación superaba cualquier experiencia humana y racional. Intenté decir «hidrofobia», pero no fui capaz de pronunciar la palabra, pues sabía que era mentira.

Sujetamos a la bestia con las correas de cuero del abanico, le atamos los pulgares a los dedos gordos del pie y lo amordazamos con un calzador, que resulta una mordaza sumamente eficaz debidamente colocada. Lo llevamos entonces al salón y enviamos a un hombre en busca de Dumoise, el médico, con la orden de que acudiera de inmediato. Cuando hubimos despachado al mensajero, y mientras recuperábamos el aliento, Strickland dijo:

—No servirá de nada. Éste no es asunto para un médico.

También yo sabía que Strickland estaba en lo cierto.

La bestia tenía la cabeza libre y la sacudía a uno y otro lado. Cualquiera que entrase en la habitación creería que estábamos desollando a un lobo. Eso era lo más odioso.

Strickland estaba sentado, la barbilla apoyada en un puño, observando cómo se revolvía la fiera en el suelo, sin pronunciar palabra. La camisa de Fleete se había rasgado durante la escaramuza, y el rosetón negro asomaba en el lado izquierdo del pecho. Se había hinchado como una ampolla.

En el silencio de la espera oímos un maullido en el exterior, como el de una nutria. Nos pusimos en pie de un salto, y yo —respondo sólo de mí, no sé qué sentiría Strickland— me sentí enfermo, real y físicamente enfermo. Nos dijimos el uno al otro, como los hombres en *Pinafore*[6], que había sido el gato.

Llegó Dumoise, y nunca había visto yo a un hombre tan impresionado, no obstante su amplia experiencia. Anunció que se trataba de un terrible caso de hidrofobia y que nada podía hacerse. Cualquier medida paliativa sólo serviría para prolongar la agonía. La bestia echaba espuma por la boca. Fleete, le explicamos a Dumoise, había recibido el mordisco de un perro en un par de ocasiones. Un hombre que convive con media docena de terriers no puede librarse de alguna que otra dentellada. Dumoise no podía ofrecer ninguna ayuda. A lo sumo podía certificar que Fleete estaba muriendo de hidrofobia. La bestia empezó a aullar, una vez que logró zafarse del calzador que lo amordazaba. Dumoise se ofreció a certificarla causa de la muerte y aseguró que nada podía evitar el desenlace. Era un buen hombre y estaba dispuesto a quedarse con nosotros, pero Strickland declinó el ofrecimiento. No quería arruinarle el Año Nuevo. Se limitó a pedirle que no hiciera pública la verdadera causa de la muerte de Fleete.

Dumoise se despidió, profundamente agitado, y en cuanto el ruido de las ruedas del carruaje se hubo extinguido, Strickland me comunicó sus sospechas entre susurros. Eran tan improbables que no se atrevía a formularlas en voz alta; y yo, que

compartía siempre las creencias de Strickland, me sentí tan avergonzado en esta ocasión que fingí no creerlo.

—Aunque el Hombre de Plata hubiera hechizado a Fleete por ultrajar la imagen de Hanuman, el castigo no habría tenido un efecto tan inmediato.

Mientras yo murmuraba estas palabras, volvió a oírse el maullido en el exterior de la casa, y volvió a forcejear la bestia con tal violencia que temimos que rompiera las correas que lo sujetaban.

—¡Escucha! —dijo Strickland—. Si esto se repite seis veces me tomaré la justicia por mi mano. Te ordeno que me ayudes.

Se fue a su habitación y volvió al cabo de unos minutos con los cañones de una vieja escopeta, un trozo de sedal de pesca, una cuerda gruesa y el pesado cabezal de madera de su cama. Le informé de que las convulsiones se habían producido dos segundos después del maullido en todos los casos y la bestia parecía visiblemente debilitada.

—Pero ¡es capaz de matar! —musitó Strickland—. ¡Es capaz de matar!

A sabiendas de que no era eso lo que pensaba, repetí:

—Podría ser un gato. Tiene que ser un gato. Si el Hombre de Plata fuera el responsable, ¿cómo se atreve a venir aquí?

Strickland colocó el cabecero de la cama delante de la chimenea, metió los cañones de la escopeta entre las brasas, extendió la cuerda sobre la mesa y partió en dos un bastón. Tenía un metro de sedal, de tripa, forrado de alambre, como los que se usan para pescar carpas, y anudó los dos extremos con una lazada.

—¿Cómo lo cazamos? —preguntó a continuación—. Tenemos que atraparlo vivo y sin hacerle daño.

Respondí que debíamos encomendarnos a la Providencia; provistos de bastones de polo nos adentraríamos entre los arbustos de la fachada. Era evidente que el hombre o animal que emitía aquel sonido rodeaba la casa con la regularidad de un centinela nocturno. Podíamos esperarlo ocultos entre la vegetación y derribarlo cuando pasara por allí.

Strickland aceptó la propuesta, y por la ventana de un cuarto de baño nos deslizamos hasta el porche, para cruzar luego la entrada de carruajes y escondernos entre los arbustos.

A la luz de la luna vimos aparecer al leproso por una esquina de la casa. Iba completamente desnudo y se detenía de vez en cuando para maullar y bailar con su propia sombra Era una visión muy poco grata, y al pensar en el pobre Fleete, llevado a tal extremo de degradación por una criatura tan repugnante, me liberé de todos mis recelos y resolví ayudar a Strickland con los cañones calentados al fuego y el lazo del sedal —desde las ingles hasta la cabeza y vuelta a empezar—, con tantas torturas como fueran necesarias.

El leproso se detuvo un momento en el porche y nos abalanzamos sobre él con los bastones. Tenía una fuerza formidable y temimos que escapara o que pudiese herirnos

gravemente antes de poder reducirlo. Nos habíamos hecho la idea, que resultó ser falsa, de que los leprosos eran criaturas frágiles. Strickland lo derribó de un golpe en las piernas y yo le puse un píe en el cuello. Lanzó un maullido espantoso y aun a través de las botas de montar pude apreciar que su carne no era la de un hombre sano.

Se defendía a manotazos y puntapiés. Lo rodeamos con una correa de perro por debajo de las axilas y lo arrastramos primero hasta el vestíbulo y luego hasta el comedor, donde se encontraba la bestia. Una vez allí lo atamos con las cuerdas. No intentó escapar, pero se puso a maullar.

La escena que se produjo al confrontarlo con la bestia fue indescriptible. La bestia arqueó el lomo, como si lo hubieran envenenado con estricnina, y lanzó el más lastimero de los aullidos. Sucedieron más cosas, pero no es posible reflejarlas aquí.

—Creo que tenía razón —dijo Strickland—. Ahora le pediremos que lo cure.

Sin embargo, el leproso se limitaba a maullar. Strickland se envolvió una toalla en la mano para sacar los cañones del luego. Yo pasé la mitad del bastón partido por la lazada del sedal y até cómodamente al leproso al cabecero de la cama de Strickland. Comprendí entonces por qué los hombres, las mujeres y los niños soportan presenciar cómo se quema viva a una bruja; la bestia no paraba de gemir en el suelo, y, aunque el Hombre de Plata no tenía rostro, era posible apreciar los horribles sentimientos que se manifestaban en la losa que ocupaba su lugar, de un modo idéntico a como se propagan las ondas de calor a través del hierro al rojo vivo, por ejemplo en los cañones de una escopeta.

Strickland se cubrió los ojos un instante, y nos pusimos manos a la obra. No revelaré lo que pasó entonces.

Empezaba a clarear cuando el leproso habló finalmente. Sus maullidos no habían servido de nada. La bestia se había desmayado de agotamiento, y un gran silencio reinaba en la casa. Desatamos al leproso y le ordenamos que se llevara al espíritu maligno. Se arrastró hacia la bestia y le puso las manos en el lado izquierdo del pecho. Eso fue todo. Luego cayó de bruces y gimió, al tiempo que expulsaba el aire.

Observamos la cara de la bestia y vimos que el alma regresaba a los ojos de Fleete. Se le cubrió la frente de sudor y los ojos —unos ojos humanos— se cerraron. Esperamos una hora, pero Fleete seguía durmiendo. Lo trasladamos a su habitación y pedimos al leproso que se marchara, ofreciéndole el cabecero de la cama y una sábana para cubrir su desnudez, además de los guantes y las toallas con que lo habíamos tocado y la cuerda con que lo habíamos atado. Se cubrió con la sábana y salió a la mañana sin hablar ni maullar.

Strickland se secó el sudor de la cara y se sentó. A lo lejos, en la ciudad, un gong anunció que eran las siete de la mañana.

—¡Veinticuatro horas exactas! —observó Strickland— Y he hecho más de lo sensato para que me expulsen del ser vicio y me recluyan además en un manicomio

para siempre. ¿Crees que estamos despiertos?

El cañón al rojo vivo había caído al suelo y estaba que mando la alfombra. El olor era completamente real.

Esa mañana, a las once, fuimos juntos a despertar a Fleete. Lo examinamos y comprobamos que la mancha negra de su pecho había desaparecido. Estaba adormilado y muy cansado, pero nada más vernos dijo:

—¡Ah! Dejadme en paz, amigos. Feliz Año Nuevo. No mezcléis nunca distintos licores. Estoy casi muerto.

—Gracias por tu amabilidad, pero es un poco tarde —dijo Strickland—. Hoy es la mañana del segundo día. Te has vengado durmiendo sin parar.

Se abrió la puerta, y el menudo doctor Dumoise asomó la cabeza. Había venido a pie, suponiendo que ya estaríamos a punto de enterrar a Fleete.

—He traído a una enfermera —dijo Dumoise—. Supongo que puede entrar para… lo que sea necesario.

—Desde luego —respondió alegremente Fleete, incorporándose en la cama—. Que entren sus enfermeras.

Dumoise se quedó mudo. Strickland salió con él y le explicó que debió de equivocarse en su diagnóstico. Dumoise continuaba mudo y se marchó de la casa apresuradamente. Se sentía herido en su valía profesional y parecía tomarse la recuperación de Fleete como una afrenta personal. Strickland salió también. Volvió anunciando que había pasado por el templo de Hanuman para ofrecer una reparación por el ultraje al dios, y allí le habían asegurado solemnemente que ningún hombre blanco había osado jamás tocar el ídolo, pues era la encarnación de todas las virtudes que obran bajo una falsa ilusión.

—¿Qué te parece? —preguntó Strickland.

—Hay más cosas… —empecé a decir.

Pero Strickland detesta esa cita. Dice que la he agotado de tanto usarla.

Sucedió otro incidente curioso que me asustó tanto como lo acaecido durante la noche. Cuando Fleete se hubo vestido, bajó al comedor y olisqueó. Movía la nariz de un modo muy extraño.

—¡Menuda peste a perro! —comentó—. Deberías disciplinar a tus terriers. Prueba con sulfuro, Strick.

Strickland no respondió. Agarró el respaldo de una silla y, de buenas a primeras, tuvo un increíble ataque de histeria, lis horroroso ver a un hombre fuerte dominado por la histeria. Pensé entonces que en esa habitación habíamos luchado contra el Hombre de Plata por el alma de Fleete, y al hacerlo nos habíamos degradado como ingleses para siempre; me reí, tomé aire y grité de un modo tan vergonzoso como Strickland, mientras Fleete pensaba que los dos nos habíamos vuelto locos. Nunca le contamos lo que habíamos hecho.

Años más tarde, cuando Strickland ya se había casado e integrado en la comunidad eclesiástica por complacer a su mujer, repasamos el incidente sin

apasionamiento, y Strickland sugirió que lo diera a conocer.

No veo que este paso sirva para aclarar el misterio, porque, en primer lugar, nadie dará crédito a una historia tan desagradable y, en segundo lugar, como bien sabe todo hombre sensato, los dioses paganos son de piedra y de bronce, y quien ose decir lo contrario recibe su justa condena.

LA CIUDAD DE LA NOCHE ATROZ

El calor denso y húmedo que cubría como un manto el rostro de la tierra aniquilaba de raíz cualquier esperanza de sueño. Las cigarras ayudaban al calor, y el aullido de los chacales a las cigarras. Era imposible estarse quieto en el eco de la casa oscura y vacía viendo cómo el abanico golpeaba el aire muerto. A las diez de la noche clavé la punta de mi bastón en el centro del jardín y esperé a ver cómo caía. Señaló directamente hacia el camino iluminado por la luna que conduce a la Ciudad de la Noche Atroz. El ruido del bastón al caer asustó a una liebre, que corrió a refugiarse en un cementerio mahometano en desuso, donde los cráneos sin mandíbulas y los fémures de cabeza roma, cruelmente expuestos a las lluvias de julio, refulgían como la madreperla en la tierra acanalada por el agua. El aire caliente y la tierra pesada habían hecho salir incluso a los muertos en busca de frescor. La liebre avanzó renqueando, olisqueó con curiosidad un trozo de cristal ahumado procedente de una lámpara rota, y se perdió en la sombra de unos tamariscos.

La choza del tejedor de alfombras situada al abrigo del templo hindú estaba abarrotada de hombres dormidos que yacían como cadáveres en sus sudarios. Brillaba en el cielo el ojo fijo de la luna. La oscuridad proporcionaba al menos una falsa sensación de frescura. Costaba no creer que la cascada de luz que llegaba del cielo fuese templada. No era tan caliente como el sol, pero seguía teniendo una desesperante tibieza, y caldeaba el aire denso más de lo que merecíamos. Recta como una barra de acero pulido discurría la carretera hasta la Ciudad de la Noche Atroz, y en las cunetas, en actitudes fantásticas, yacían cadáveres tendidos en camastros: ciento setenta cadáveres humanos. Algunos estaban envueltos en sábanas blancas y embozados hasta la nariz; otros estaban desnudos y eran negros como el ébano bajo la intensa luz; y había uno —yacía boca arriba con la mandíbula caída, bastante alejado de los demás— blanco plateado y gris ceniza.

«Un leproso dormido; y los demás eran criados exhaustos, sirvientes, modestos tenderos y cocheros de la estación de taxis cercana. La escena es la siguiente: un hombre se aproxima a la ciudad de Lahore; la noche: una cálida noche de agosto». Esto era todo cuanto se veía, aunque en modo alguno todo lo que se podía ver. El embrujo de la luna lo envolvía todo, y el mundo parecía horrorosamente transformado. La larga hilera de cadáveres desnudos, custodiada por la rígida estatua de plata, no era una imagen grata a la vista. Estaba formada exclusivamente por hombres. ¿Se habían visto forzadas las mujeres a dormir en sofocantes cabañas de adobe como mejor pudieran? El quejoso llanto de un niño en una de las casas respondió a la pregunta. Allí donde están los niños están las madres para atenderlos. Necesitan cuidados en estas noches de calor sofocante. Una cabeza pequeña y negra, como una bala, asomaba por una barandilla, y una pierna oscura y delgada —

dolorosamente delgada— colgaba por encima de una cañería. Se oyó el tintineo de unas pulseras de cristal; un brazo de mujer se dejó ver por un instante sobre el parapeto, se enroscó alrededor del cuello fino y se llevó al niño, a pesar de sus protestas, al refugio del lecho. El grito agudo y penetrante se ahogó en la densidad del aire casi en el mismo momento de ser proferido, pues incluso los niños nativos sentían demasiado calor para llorar.

Más cadáveres; más franjas de carretera blanca iluminada por la luna; una reata de camellos tranquilamente dormidos junto a la cuneta; una visión fugaz de chacales deslizándose; ponis dormidos en sus *ekka*, el arnés aún sobre el lomo, y los carros de hojalata de los campesinos, parpadeando a la luz de la luna; y más cadáveres. Donde hubiera un carro de grano volcado, un tronco de árbol, un tablón de madera, un par de cañas de bambú o unos montones de paja para proyectar alguna sombra, la tierra aparecía repleta de cadáveres. Unos yacían en el suelo, boca abajo, con los brazos flexionados, otros con las manos entrelazadas por detrás de la cabeza; otros enroscados como perros; otros tirados sobre el costa do de los carros como sacos de arpillera vacíos; y otros con la frente apoyada en las rodillas bajo el intenso fulgor de la luna. Sería tranquilizador si se limitaran a roncar; pero no es así, y su parecido con un cadáver es inequívoco en todos los casos menos uno. Los perros flacos se acercan a olfatearlos y dan media vuelta. A veces se ve a un niño diminuto tendido en el catre de su padre, siempre rodeado por un brazo protector. Sin embargo, la mayoría de los niños duerme en las azoteas junto a sus madres. No se puede confiar en los parias de piel amarilla y dientes blancos ante la proximidad de los cuerpos morenos.

Una asfixiante ráfaga de calor que emana de la boca de la Puerta de Delhi está a punto de quebrar mi decisión de entrar a esa hora en la Ciudad de la Noche Atroz. Se compone de todos los malos olores, animales y vegetales, que una ciudad amurallada es capaz de producir en un día y una noche. La temperatura bajo las inmóviles arboledas de plátanos y naranjos extramuros de la ciudad resulta fresca en comparación. ¡Que los cielos ayuden a los enfermos y a los niños de la ciudad esta noche! Los altos muros de las casas siguen irradiando un calor infernal, y de los callejones oscuros llega una brisa fétida, capaz de envenenar a un búfalo. Pero los búfalos no le prestan atención. Unos cuantos desfilan por la desierta calle principal, deteniéndose aquí y allá para apoyar sus grandes hocicos en los postigos cerrados de un tienda donde se vende forraje, y resoplando luego como orcas.

Se palpa el silencio: el silencio cargado de los ruidos nocturnos de una gran ciudad. Un instrumento de cuerda resulta apenas, sólo apenas, audible. Allá arriba alguien abre bruscamente una ventana, y el ruido de la madera resuena en la calle vacía. En una azotea se oye el borboteo de un narguile, y la suave conversación de los hombres mientras la pipa parpadea. Un poco más allá, el sonido de las voces resulta más nítido. Una rendija de luz asoma entre los cierres de un comercio. En el interior, un tendero con barba de varios días y ojos cansados cuadra sus libros de cuentas rodeado de telas de algodón. Tres figuras cubiertas con túnicas lo acompañan, y de

cuando en cuando hacen algún comentario. El tendero anota su asiento, y a continuación llega el comentario; se pasa luego el dorso de la mano sobre la frente sudorosa. El calor en las calles es atroz. En el interior de las tiendas debe de ser casi insufrible. Pese a todo, la actividad sigue su curso; asiento, gruñido gutural y pasada de mano se suceden con la precisión de un mecanismo de relojería.

Un policía —adormilado y sin turbante— está tumbado en el camino que lleva a la mezquita de Wazirjan. Un rayo de luna le cruza la frente y los ojos, pero el hombre no se mueve. Es cerca de medianoche, y el calor parece ir en aumento. La explanada de la mezquita está repleta de cadáveres, y es preciso avanzar con cuidado para no pisarlos. La luz de la luna se derrama en amplias franjas diagonales sobre la alta fachada de la mezquita cubierta de esmaltes de colores, y cada una de las palomas que sueña por separado en los nichos y rincones del edificio proyecta una sombra pequeña y blanda. Espectros cubiertos con túnicas se levantan fatigosamente de sus camastros para internarse en las profundidades oscuras de la mezquita. ¿Se podrá subir hasta los grandes alminares para contemplar la ciudad desde las alturas? En cualquier caso, vale la pena intentarlo; cabe la posibilidad de que la puerta de la escalera no esté cerrada con llave. No lo está; pero un vigilante profundamente dormido está atravesado en mitad del umbral, el rostro vuelto hacia la luna. Una rata escapa veloz de debajo de su turbante al oír que se acercan pasos. El hombre gruñe, abre los ojos un instante, se da media vuelta y sigue durmiendo. El calor de toda una década de feroces veranos indios se concentra en las paredes negras y pulidas de la escalera de caracol. A mitad de camino hay algo vivo, tibio y suave; ronca. Impulsado de peldaño en peldaño por el ruido de mis pisadas, revolotea hasta la cima y resulta ser una enfurecida cometa de ojos amarillos. Docenas de come tas duermen en éste y en los demás alminares, y también bajo las cúpulas. La brisa es ligeramente más fresca o al menos no tan bochornosa en las alturas, y, aliviado, me vuelvo para contemplar la Ciudad de la Noche Atroz.

¡Doré podría haberlo dibujado! Zola podría describir este espectáculo de miles de personas que duermen a la luz de la luna y a la sombra de la luna. Las azoteas se ven repletas de hombres, mujeres y niños, y el aire está cargado de sonidos indistinguibles. Todos están inquietos en la Ciudad de la Noche Atroz, y no es extraño que así sea. Lo prodigioso es que todavía puedan respirar. Si se observa atentamente a la multitud, se percibe que su inquietud es la de un gentío a la luz del día, aunque el bullicio es contenido. La intensa claridad permite ver a los que duermen por todas partes sin dejar de dar vueltas; levantándose de la cama para volver a acostarse. El mismo movimiento se observa en los jardines de las casas, como pozos.

La implacable luna lo muestra todo. Muestra también las llanuras que se dilatan más allá de la ciudad, y el Ravee parece hallarse en algunas zonas al alcance de la mano, al otro lado de la muralla. Revela por último una mancha de reluciente plata en una azotea, justo debajo de la mezquita Minar. Algún pobre diablo se ha levantado

para echarse una jarra de agua sobre el cuerpo febril. El chapoteo del agua al caer resulta ligeramente audible. En recónditos rincones de la Ciudad de la Noche Atroz, otros dos o tres hombres siguen su ejemplo, y el agua lanza destellos como señales heliográficas. Una nube pequeña pasa por delante de la luna, y la ciudad, con sus habitantes —nítidamente dibujados antes en blanco y negro—, se tornan borrosas masas negras de distinta intensidad. El inquieto sonido no cesa; el bordoneo de una gran ciudad abrumada por el calor, y de su gente que en vano intenta descansar. Sólo las mujeres de clase baja duermen en las azoteas. ¿Qué tormento se vivirá en los *zenanas*, tras las celosías, donde aún parpadean algunas lámparas? Se oyen pisadas abajo, en la explanada. Es el almuédano, el ministro de la fe; debería haber llegado una hora antes para anunciar a los fieles que la oración es mejor que el sueño, ese sueño que no llega a la ciudad.

El almuédano forcejea un instante con la puerta de uno de los alminares, desaparece un rato, y con un sonido grave y poderoso como el rugido de un toro anuncia que ha llegado a la cima del alminar. ¡El grito debe de oírse incluso en las orillas del mermado Ravee! Aun al otro lado de la explanada resulta casi ensordecedor. La nube pasa y revela la negra silueta del al muédano recortada contra el cielo, las manos cubriendo los oídos, hinchado el amplio pecho por el tirón de los pulmones: «*Allah ho Akbar*»; luego una pausa, mientras en algún lugar, en dirección al Templo Dorado, otro almuédano responde a la llamada: «*Allah ho Akbar*». Y así sucesivamente, hasta un total de cuatro veces; y una docena de hombres ya se han levantado de sus catres. «Proclamo que no hay más dios que Dios». ¡Qué prodigiosa profesión de fe ésta que arranca a docenas de hombres de sus camastros en plena noche! Temblando por la fuerza de su propia voz, el almuédano lanza de nuevo su mensaje, y entonces, en todas partes, cerca y lejos, la respuesta reverbera en el aire: «Mahoma es Su profeta». Se diría que su grito desafía al horizonte, donde el relámpago estival juega y salta como una espada. A pleno pulmón gritan todos los almuédanos de la ciudad, y algunos hombres comienzan a arrodillarse en las azoteas. Una larga pausa precede la última llamada, «*La ilaha illallah*», y tras ésta el silencio se cierra, como la cápsula sobre la cabeza de una bola de algodón en su rama.

El almuédano desciende a trompicones por la escalera oscura, refunfuñando entre sus barbas. Pasa por debajo del arco de la entrada y se pierde de vista. El silencio sofocante vuelve a posarse sobre la ciudad, apaciguándola. Las cometas del alminar duermen de nuevo, roncando ahora con más fuerza; llegan perezosas ráfagas y remolinos de brisa caliente, y la luna se desliza hacia el horizonte. Acodado en el parapeto de la torre, uno puede contemplar hasta el amanecer esa colmena torturada por el calor sin dejar de maravillarse. «¿Cómo viven ahí abajo? ¿Qué piensan? ¿Cuándo despertarán?». Más chapoteos de agua derramada; leves disonancias de catres de madera arrastrados hacia dentro o hacia fuera de las sombras; tosca melodía de instrumentos de cuerda atenuada por la distancia hasta tornarse un gemido lastimero, y a lo lejos, el grave retumbar del trueno. El vigilante que a mi llegada

dormía atravesado en el umbral de la escalera se despierta sobresaltado, se lleva las manos a la cabeza, murmura algo y vuelve a caer. Acunado por los ronquidos de las cometas, que parecen hombres atiborrados de comida, me adormilo y caigo en un sopor agitado, consciente de que son las tres de la madrugada y de que hay en el aire un leve, un levísimo frescor. La ciudad está ahora sumida en un silencio absoluto, alterado tan sólo por la canción de amor de algún perro vagabundo. Nada salva a los muertos de su sueño profundo.

Se suceden a continuación varias semanas de oscuridad. La luna se ha retirado. Hasta los perros descansan, y vigilante aguardo la llegada de las primeras luces del alba antes de emprender la vuelta a casa. Otra vez un sonido de pasos arrastrados. La llamada de la mañana está a punto de empezar, y mi vigilia concluye. «*Allah hoAkbar! Allah hoAkbar!*». El cielo se torna gris en el oriente, y luego azafrán; el viento del amanecer llega como si respondiera a la llamada del almuédano; y, como un solo hombre, la Ciudad de la Noche Atroz se levanta y vuelve el rostro hacia el albor del día. Con la vida regresa el sonido. Primero un leve murmullo; luego un zumbido intenso y grave, pues hay que recordar que toda la ciudad se encuentra en las azoteas. Me pesan los párpados de sueño aplazado y decido bajar del alminar; cruzo el patio y salgo a la explanada, donde la gente ya está en pie, lejos de sus catres, preparando el primer narguile del día. El ligero frescor del aire se ha esfumado, y el calor es tan intenso como al principio.

«¿Tiene el sahib la bondad de hacerme sitio?». ¿Qué sucede? Algo se acerca en la penumbra, cargado a hombros de un hombre, y retrocedo. Es el cadáver de una mujer a la que llevan a la pira funeraria, y alguien que está cerca dice: «Murió de calor a medianoche». De modo que la ciudad no era sólo de la noche; también era de la muerte.

UN HECHO REAL

Si dudas de la historia que te cuento,
navega entre las olas del Pacífico sur;
llega hasta donde las ramas del coral
son batalla sin fin de vidas infinitas;
donde unidas al buque a la deriva
se hinchan y flotan medusas irisadas;
y una estrella de mar pasea de puntillas,
cantando entre las algas de la playa;
donde bajo miríadas de púas espinosas
se deslizan erizos sobre rocas.
Un cárdeno prodigio vagamente atisbado,
surge de las tinieblas donde duerme la sepia;
y varada en abismos más oscuros se oculta
la cegada pareja de serpientes marinas
que con pereza explora navíos naufragados,
llevados a sus labios entre las aguas negras.

Las palmeras

Una vez sacerdote, siempre sacerdote; una vez albañil, siempre albañil; pero una vez periodista, siempre y eternamente periodista.

Éramos tres, todos periodistas, los únicos pasajeros de un pequeño vapor errante que navegaba allí donde sus patrones ordenaban. Había estado en Bilbao, en el negocio del mineral de hierro, además de destacado por el gobierno español en Manila, y terminaba entonces sus días comerciando con culis en Ciudad del Cabo y realizando alguna que otra travesía a Madagascar e incluso hasta Inglaterra. Supimos que zarpaba en lastre rumbo a Southampton y decidimos embarcar, porque el precio del pasaje era simbólico. Allí estábamos Keller, corresponsal de un periódico estadounidense, que regresaba a su país tras dar cuenta de las ejecuciones en el palacio; un hombre corpulento y mitad holandés, llamado Zuyland, propietario y director del periódico de una localidad próxima a Johannesburgo; y quien esto escribe, tras haber renunciado solemnemente al periodismo y jurado olvidar que alguna vez conoció la diferencia entre un anuncio impreso y otro radiado.

Diez minutos después de que Keller me dirigiera la palabra, mientras el

Rathmines dejaba atrás Ciudad del Cabo, ya había olvidado yo mi fingida indiferencia y estaba enzarzado en una acalorada discusión sobre la inmoralidad de dilatar los telegramas más allá de un límite establecido. Salió entonces Zuyland de su camarote, y al instante nos sentimos los tres como en casa, pues sobraban las presentaciones entre hombres que compartían la misma profesión. Nos adueñamos formalmente del barco, forzamos la puerta del baño de pasajeros —los caballeros españoles que viajan en las líneas de Manila no se lavan—, limpiamos la costra naranja y las colillas del fondo de la bañera, contratamos a un *lascar*, un marinero oriental, para que nos afeitara durante la travesía, y finalmente nos preguntamos nuestros nombres.

Tres hombres corrientes habrían peleado de puro aburrimiento antes de llegar a Southampton. Nosotros, por nuestra profesión, éramos cualquier cosa menos hombres corrientes. Un amplio porcentaje de los relatos que circulan por el mundo, esos treinta y nueve que no pueden contarse a una dama y el otro que sí se le puede contar, son patrimonio común de un grupo común. Los contamos todos, por cortesía, con todas sus variaciones específicas y locales, que son sin duda asombrosas. A continuación, en los intervalos ociosos entre las largas partidas de cartas, vinieron historias más personales, de las aventuras y de las cosas vistas y sufridas: del pánico entre los blancos, cuando un miedo cerval se contagia de hombre a hombre en el puente de Brooklyn y la gente muere arrollada sin saber por qué; de fuegos y de rostros que abrían y cerraban la boca de un modo atroz enmarcados por el fuego en una ventana; de naufragios entre la nieve y el hielo referidos desde el remolcador de rescate con riesgo de congelación bajo el aguanieve; de largas cabalgadas en persecución de ladrones de diamantes; de revueltas en la pradera y en los comités municipales con los bóers; de vislumbres de una política enmarañada y perezosa en Ciudad del Cabo y de la táctica de la tierra quemada en el Transvaal; historias de naipes, historias de caballos, historias de mujeres, a docenas y hasta un número de cincuenta; así hasta que el primer oficial, que había visto más que nosotros tres juntos, aunque carecía de palabras con que adornar sus narraciones, empezó a sentarse con nosotros boquiabierto hasta pasado el amanecer.

Cuando terminábamos de contar historias reanudábamos la partida de cartas, hasta que una mano curiosa o un comentario fortuito nos hacía decir a alguno: «Eso me recuerda a un hombre que… o a un asunto que…», y las anécdotas se sucedían mientras el *Rathmines* se abría camino hacia el norte entre las aguas cálidas.

Una mañana, tras una noche especialmente templada, nos sentamos los tres justo delante de la timonera; el contramaestre sueco, un hombre entrado en años a quien llamábamos «Frithiof el danés», se encontraba al timón, fingiendo que no oía nuestras historias. Frithiof dio un par de golpes bruscos de timón, y Keller levantó la cabeza desde una hamaca para preguntarle:

—¿Qué pasa? ¿Es que no sabe gobernar un barco?

—Noto algo en el agua que no llego a entender —respondió Frithiof—. Como si

descendiéramos por una pendiente. El barco no se deja gobernar esta mañana.

Nadie parece conocer las leyes por las que se rige el pulso de las grandes aguas. A veces, incluso un hombre de tierra adentro puede ver cómo el cuerpo del océano se inclina y cómo el barco asciende con dificultad por una pendiente invisible y larga; y cuando ni el viento ni la fuerza de las máquinas justifican el rápido avance en un solo día, el capitán dice que el barco va cuesta abajo; pero hasta el momento no ha sido posible establecer con autoridad cómo se producen estas subidas y bajadas.

—Tenemos mar de popa —dijo Frithiof—, y con la mar de popa no es fácil manejar el timón.

El mar estaba liso como un estanque, salvo por una ligera hinchazón oleaginosa. Mientras me asomaba a la banda para ver desde dónde nos empujaba, el sol ascendió por el cielo completamente despejado, alcanzando las aguas con tal intensidad que fue como si el mar golpeara contra un gong bien bruñido. La estela de la hélice y la pequeña franja blanca que abría en el mar la corredera, colgada en la proa, eran las únicas marcas en el agua hasta donde alcanzaba la vista.

Keller se levantó de la hamaca y fue a popa a por una piña del montón que maduraba colgado en la toldilla de popa.

—Frithiof, la corredera está cansada. Parece que vuelve a casa —dijo, arrastrando las vocales.

—¿Qué? —preguntó Frithiof, subiendo la voz varias octavas.

—Que vuelve a casa —repitió Keller, inclinado sobre la baranda de popa.

Corrí hasta allí y vi que la corredera, que hasta entonces iba bien tensada en la barquilla, se soltaba, formaba un lazo y se salía del carretel. Frithiof comunicó con el puente a través del tubo, y el puente respondió: «Sí, nueve nudos». Frithiof habló de nuevo, y la respuesta fue: «¿Para qué quieres al capitán?». Y Frithiof bramó:

—Dile que suba.

Para entonces, Zuyland, Keller y yo compartíamos la excitación de Frithiof, pues cualquier emoción a bordo resulta sumamente contagiosa. El capitán llegó corriendo desde su camarote, habló con Frithiof, miró la corredera, subió al puente de un salto, y en menos de un minuto sentimos que el barco viraba en redondo, a las órdenes de Frithiof.

—¿Volvemos a Ciudad del Cabo? —preguntó Keller.

En lugar de responder, Frithiof se aferró al timón. Luego nos pidió ayuda, y giramos el timón hasta que el *Rathmines* respondió y nos vimos frente a la espuma blanca de nuestra propia estela, y la proa rasgó la mar apacible y oleaginosa, a pesar de que no íbamos a más de media máquina.

El capitán asomó un brazo desde el puente y gritó. Un minuto después también yo habría dado cualquier cosa por gritar, pues una mitad del mar parecía levantarse, apoyada sobre la otra mitad, y avanzaba hacia nosotros como una montaña. No tenía cresta, ni bucle, ni voluta; era tan sólo una masa de agua negra con pequeñas olas que se perseguían unas a otras en los flancos. La vi pasar como un río, al ras de la amura

de proa, antes de que el barco empezara a elevar su masa, y me dije que aquélla sería mi última travesía. Después nos elevamos eternamente, hasta que oí que Keller me gritaba al oído:

—¡Las entrañas de los abismos! ¡Dios mío! —Y el barco quedaba suspendido, la hélice enloquecida y golpeando contra la pendiente de un agujero que se hundía en las profundidades su buena media milla.

Con la mayor parte de la proa sumergida descendimos por aquel abismo que olía a humedad y a lodo, como un acuario vacío. Nos tocó subir otra montaña; hasta ahí pude ver lo que ocurría, pero el agua entró entonces en el barco y me lanzó contra la puerta de la timonera, y antes de que pudiera tomar aliento o abrir los ojos estábamos dando bandazos en el agua flagelada, mientras los imbornales escupían como aleros bajo una tormenta.

—Han sido tres olas —dijo Keller—, y las calderas se han inundado.

Los fogoneros habían subido a cubierta y, al parecer, esperaban el momento de ahogarse. El jefe de máquinas les ordenó que volvieran a sus puestos, y la atónita cuadrilla empezó a accionar la pesada bomba. No parecía que hubiéramos sufrido daños graves, y cuando vi que el *Rathmines* flotaba sobre el agua, y no por debajo, pregunté qué había pasado.

—El capitán dice que ha sido una explosión submarina; un volcán —dijo Keller.

—Pues yo no noto ningún calor —repliqué.

Estaba muerto de frío, y el frío es un fenómeno casi desconocido en esas aguas. Bajé a cambiarme de ropa y, cuando volví a cubierta, todo estaba envuelto por una niebla blanca.

—¿Nos esperan nuevas sorpresas? —le preguntó Keller al capitán.

—No lo sé. Den gracias de estar vivos, caballeros. Eso ha sido un maremoto producido por un volcán. Es posible que el fondo del mar se haya levantado varios metros en alguna parte. Lo que no entiendo es este frío. El termómetro indica que la temperatura del agua en la superficie es de 6,6 ° cuando debiera ser como mínimo de 20º.

—Es espantoso —dijo Keller, tiritando—. Pero ¿no debería accionar la sirena de niebla? Me ha parecido oír algo.

—¡Oír! ¡Santo cielo! No me extraña.

Tiró de la cuerda de nuestra sirena, que era muy débil. La sirena petardeó, se ahogó, porque la sala de máquinas se había inundado y las calderas se estaban apagando, y al fin soltó un gemido. Desde la niebla respondió una de las sirenas más espeluznantes que he oído en mi vida. Keller se puso tan blanco como yo, pues la niebla, la niebla fría, nos envolvía, y es comprensible que cualquier hombre se atemorice ante una muerte que no consigue ver.

—¡Los de abajo, dadle vapor! —ordenó el capitán a la sala de máquinas—. ¡Vapor para la sirena, si es que vamos a morir lentamente!

La sirena sonó una vez más, y aguardamos la respuesta mientras de las toldillas

caían gotas de agua sobre la cubierta. Esta vez el sonido pareció llegar desde popa, mucho más cerca que antes.

—¡Tenemos encima al *Pembroke Castle*! —dijo Keller; y añadió con saña—: Bueno, gracias a Dios se hundirá con nosotros.

—Es un barco de hélice lateral —susurré—. ¿No oyes las palas?

Esta vez silbamos y chillamos hasta que el vapor respondió, y su respuesta casi nos deja sordos. Se oyó un ruido frenético, como si una aventadora golpeara el agua a unos cincuenta metros de distancia, y una masa gris y roja surcó la niebla como un rayo.

—El *Pembroke Castle* con la proa en el aire —dijo Keller, que como periodista siempre buscaba explicaciones—. Son los colores de la naviera. ¡Vamos a presenciar algo increíble!

—El mar está embrujado —dijo Frithiof desde la timonera—. ¡Hay dos barcos!

Otra sirena sonó a proa, y nuestro pequeño vapor se bamboleó en la estela de algo que pasó sin ser visto.

—Es evidente que estamos rodeados por una flota —señaló Keller en voz baja—. Si no nos embiste uno nos embestirá otro. ¡Pfiuuu! ¿Qué demonios es eso?

Olfateé, pues percibí un olor emponzoñado y rancio en el aire frío, un olor que conocía.

—Si estuviéramos en tierra diría que es un caimán. Huele a almizcle —dije.

—Ni diez mil caimanes producirían ese olor —respondió Zuyland—. Yo sé cómo huelen.

—¡Embrujado! ¡Embrujado! —decía Frithiof—. El mar se ha vuelto del revés y caminamos sobre el fondo.

El *Rathmines* volvió a balancearse en la estela de un buque invisible, y una ola gris plata se derramó sobre la proa, dejando en la cubierta una lámina de sedimentos: el caldo gris de los espectrales abismos marinos. La espuma de la ola me empapó el rostro, y estaba tan fría que me escaldó como si fuera agua hirviendo. Las aguas muertas del mar, las más profundas e intactas, habían emergido a la superficie por la explosión del volcán submarino; las aguas quietas y gélidas que matan cualquier clase de vida y huelen a desolación y a vacío. No necesitábamos la niebla cegadora ni ese indescriptible olor a almizcle para ser más infelices, pues nos bastaba con temblar de frío y desesperación.

—Es el aire caliente en contacto con el agua fría lo que produce esta niebla —señaló el capitán—. Debería aclararse en poco tiempo.

—¡Toque la sirena! ¡Toque la sirena y salgamos de aquí! —le instó Keller.

El capitán volvió a tocar la sirena, y muy lejos, a popa, las sirenas de los dos vapores invisibles nos respondieron. Su aullido penetrante creció en intensidad hasta que pareció rasgar la niebla justo delante de donde estábamos, y me agazapé al sentir que la proa del *Rathmines* se hundía, atravesada por una doble ola.

—Basta —dijo Frithiof—. Ya es suficiente. Larguémonos de aquí, en el nombre

de Dios.

—Si un torpedero con una sirena como el *City of París* hubiese enloquecido y roto sus amarras y contratado a un buque amigo para que lo ayudase, sería concebible que nos arrastraran como nos están arrastrando. Cualquier otra cosa es…

Keller no llegó a pronunciar las últimas palabras; se le desorbitaron los ojos y cayó su mandíbula. A unos dos metros por encima de las cuadernas, enmarcado en niebla y sin apoyo alguno, como la luna llena, colgaba un rostro. No era humano y ciertamente tampoco era animal, pues no pertenecía a esta tierra conocida por el hombre. La boca abierta revelaba una lengua ridículamente pequeña, absurda como la de un elefante; tenía tensas arrugas de piel blanca en las comisuras de los labios caídos; de la mandíbula inferior le salían unos tentáculos blancos como los de un barbo y no había en la boca rastro de dientes. Pero todo el horror de aquella visión residía en los ojos, porque eran ciegos, con las cuencas blancas como un hueso rascado. Y sin embargo, la cara, arrugada como la máscara de un león en una escultura asiria, estaba animada por la furia y el terror. Uno de los largos tentáculos blancos golpeó las cuadernas. El rostro desapareció a continuación, veloz como la serpiente de cristal al refugiarse en su madriguera, y lo siguiente que recuerdo es mi propia voz en mis oídos, hablando en tono grave con el palo mayor:

—A punto ha estado de escupir la vejiga natatoria por la boca.

Keller se me acercó, blanco como la ceniza. Sacó un cigarro del bolsillo, lo mordió, lo tiró, se introdujo en la boca el pulgar tembloroso y musitó:

—¡La grosella gigante y la lluvia de ranas! ¡Dame fuego! ¡Dame fuego! ¡He dicho que me des fuego! —Una gota de sangre cayó de la articulación de su pulgar.

Respeté sus motivos, por más que la expresión me pareciera absurda.

—¡Deja de morderte el dedo! —le ordené, y Keller soltó una risa entrecortada mientras recogía su cigarro. Zuyland, asomado sobre las cuadernas, parecía poseído. Poco después dijo que se encontraba muy mal.

—La hemos visto —dijo volviéndose hacia nosotros—. Era eso.

—¿Qué? —preguntó Keller, masticando el cigarro sin encender.

La niebla se fue haciendo jirones mientras Keller hablaba, y vimos el mar, embarrado y gris, ondulando alrededor y completamente despojado de vida. Vislumbramos en un punto un burbujeo que se transformó en el caldero de ungüento del que habla la Biblia. Y la criatura surgió del amplio círculo borboteante; una Cosa gris y roja, con cuello; una Cosa que rugía y se contorsionaba de dolor. Frithiof contuvo la respiración hasta que las letras rojas del nombre del barco, tejidas en su jersey, se agrandaron y se abrieron como una línea tipográfica mal compuesta. Después, con voz ligeramente ahogada, dijo:

—¡Pobre! ¡Es ciega! *Hur illa!* Esa criatura es ciega.

Y todos lanzamos un murmullo de piedad, pues era evidente que la criatura era ciega y estaba sufriendo. Algo le había hecho un tajo profundo y cruel en los enormes costados, y la sangre salía a borbotones. El lodo gris de las profundidades del mar le

cubría los monstruosos pliegues del lomo, derramándose como una cascada. Lanzó hacia atrás la cabeza blanca y ciega, para golpear las heridas, y el cuerpo atormentado se alzó nítidamente entre el rojo y el gris de la olas, asomando entonces unos hombros temblorosos, cubiertos de algas y de caparazones ásperos, pero tan blancos en los espacios vacíos como la cabeza calva, sin crin, sin dientes y ciega. En ésas surgió un punto en el horizonte, y se oyó un aullido desgarrador, y fue como si un torpedo estallase de pronto en el mar, y una segunda cabeza con cuello rasgó las capas marinas, levantando una susurrante pared de agua a babor y estribor. Las dos criaturas se encontraron, intacta la una y agonizante la otra; macho y hembra, dijimos; la hembra se acercaba al macho. Lo rodeó, sin dejar de lanzar bramidos, apoyó el cuello en la curva del gran lomo de tortuga del compañero, que desapareció un instante bajo el agua, pero emergió de nuevo, aullando de dolor y sin dejar de sangrar. Cuando la cabeza y el cuello del macho asomaron claramente por encima del agua y se tensaron, oí que Keller, como si presenciara un accidente en la calle, decía:

—¡Dadle aire! ¡Por el amor de Dios, dadle aire!

Se reanudó el combate con la muerte, entre calambres, convulsiones y sacudidas de la gigantesca masa blanca; nuestro pequeño vapor volvió a balancearse, y las olas cubrieron el casco de lodo gris. Lucía el sol, no soplaba el viento, y observábamos todos, la tripulación al completo, incluidos los fogoneros, entre la perplejidad y la compasión, más compadecidos que perplejos, tan indefensa y sola parecía aquella criatura, a pesar de su compañera. No debería contemplarla el ojo humano semejante visión; resultaba monstruoso y obsceno exhibirse de ese modo en aguas comerciales, entre unos grados de latitud marcados en un mapa. Había sido vomitada a la superficie, destrozada y moribunda, desde su tranquilo hogar en el lecho marino, donde acaso podría haber vivido hasta el día del Juicio, y veíamos que la vida se le escapaba a chorros, tal como una corriente enfurecida pasa sobre las rocas en las garras de un temporal que avanza tierra adentro. La compañera se mecía en el agua a cierta distancia, sin cesar de rugir, y el olor a almizcle inundó el barco y nos hizo toser.

El combate por la vida concluyó finalmente entre gran des olas de colores. Vimos caer el cuello retorcido como un látigo, girar lateralmente el esqueleto hasta mostrar el destello de un vientre blanco y la inserción de una gigantesca pierna o aleta trasera. Todo se hundió entonces, y el mar se cerró formando grandes burbujas, mientras la hembra nadaba en incesantes círculos, lanzando la cabeza en todas direcciones. Aunque podíamos haber temido que atacara el barco, ninguna fuerza terrestre habría podido apartarnos de donde en ese momento nos encontrábamos. Observábamos, conteniendo la respiración. La hembra abandonó su búsqueda; oímos batir el agua en sus costados; irguió el cuello cuanto pudo, ciega y sola en la inmensa soledad del mar, y emitió un aullido desesperado que resonó a través de las olas como un caparazón de ostra brincando sobre la superficie de un estanque. Se encaminó luego hacia el oeste, el sol reflejado en la cabeza blanca y en la estela que dejaba a su paso,

hasta convertirse en un pequeño punto de plata perdido en el horizonte. Seguimos entonces nuestro curso; el *Rathmines*, cubierto de sedimentos marinos de proa a popa, parecía un barco al que el terror hubiera vuelto gris.

—Debemos contrastar nuestras notas —fue la única observación coherente de Keller—. Somos tres periodistas profesionales, y tenemos la mayor primicia de la historia. ¡Manos a la obra!

Me opuse a su propuesta. El periodismo no se beneficia de la colaboración cuando se manejan los mismos hechos, y cada cual se marchó a trabajar según su propio criterio. Keller escribió tres columnas, en las que hablaba de nuestro «galante capitán» y concluía con una alusión al espíritu aventurero estadounidense, puesto que era un ciudadano de Dayton, Ohio, quien había visto a la serpiente marina. Este comentario podría haber desacreditado su «creación», que era más bien un relato marino, aunque como muestra de escritura descriptiva de un pueblo semicivilizado resultaba muy interesante. Zuyland redactó una apretada columna y media, ofreciendo longitudes y anchuras aproximadas, así como la lista completa de la tripulación, a quien hizo jurar solemnemente que daría fe de los hechos descritos. No había en el texto de Zuyland ni un ápice de fantasía o extravagancia. Yo escribí tres cuartos de columna ordinaria, explicando lo ocurrido en líneas generales y absteniéndome de liarle ningún tono periodístico, por razones que empezaba a vislumbrar.

Keller se mostraba insolentemente satisfecho. Pensaba enviar un cable al *World* de Nueva York desde Southampton, mandar su relato por correo el mismo día, paralizar Londres con sus tres columnas de información apresuradamente hilvanada y, en general, borrar la faz de la tierra.

—Ya veréis cómo manejo una buena primicia cuando la consigo —dijo.

—¿Es tu primera visita a Inglaterra? —le pregunté.

—Sí. Tú pareces no apreciar la belleza de nuestra noticia. Es piramidal… ¡la muerte de la serpiente marina! ¡Por Dios bendito, amigo, es lo más grande que se ha vertido nunca en un periódico!

—Es curioso pensar que nunca se publicará en un periódico, ¿verdad? —fue mi respuesta.

Zuyland, que estaba a mi lado, asintió rápidamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Keller—. Si eres tan británico para desperdiciar una oportunidad así, allá tú. Yo te tenía por periodista.

—Y lo soy. Por eso lo sé. No seas burro, Keller. Recuerda que soy setecientos años mayor que tú, y lo que tus nietos puedan aprender en quinientos años ya lo aprendí yo de mis abuelos hace cinco siglos. No harás nada, porque no puedes.

Tuvimos esta conversación en alta mar, donde todo parece posible, a varios cientos de millas de Southampton. Pasamos junto al faro de Needles al amanecer, y al levantarse el día divisamos las casas de estuco sobre el césped y el espantoso orden inglés: línea tras línea, muro tras muro, muelle de sólida piedra y pilares monolíticos.

Esperamos una hora en la caseta de aduanas y dispusimos de tiempo en abundancia para que el efecto calara bien.

—Y ahora, Keller, afronta las consecuencias. El *Havel* zarpa hoy mismo. Envía tu carta con él, que yo te acompañaré a la oficina de telégrafos —le dije.

Vi que Keller vacilaba a medida que la influencia del país empezaba a afectarle, que se acobardaba como dicen que se acobarda un caballo de Newmarket Eleath que no está acostumbrado a competir en terreno descubierto.

—Quiero retocar mi artículo. ¿Y si esperamos hasta llegar a Londres? —dijo.

Zuyland, por su parte, había roto su columna y la había arrojado por la borda a primera hora de esa mañana. Sus razones eran mis razones.

Keller empezó a revisar su texto en el tren, y cada vez que miraba los campos rasurados, las casas rojas y los terraplenes de la vía férrea, el lápiz azul se clavaba implacable en los errores. Desempolvó el diccionario en busca de adjetivos. No se me ocurría uno solo que no hubiera empleado. Pero era un perfecto jugador de poker y nunca mostraba más cartas de las necesarias para llevarse el bote.

—¿No piensas dejarle un solo rugido? —le pregunté con simpatía—. Recuerda que en Estados Unidos todo vale, desde un botón de pantalón a un dólar de oro.

—Ésa es precisamente nuestra maldición —masculló Keller—. Los hemos tomado por imbéciles tantas veces que cuando al fin llega la verdad… preferiría publicar en un periódico londinense. Aunque tú tienes preferencia, claro.

—En absoluto. No pienso ofrecer esto a ningún periódico. Te lo cedo de mil amores, pero ¿no vas a enviar ese cable?

—No. No si consigo aquí la exclusiva y veo a los británicos pasmados.

—No lo conseguirás con tres columnas de palabras sensibleras, créeme. Los británicos no se pasman tan fácilmente como otros.

—De eso empiezo a darme cuenta. ¿Es que en este país todo da igual? —dijo, mirando por la ventanilla—. ¿Cuántos años tendrá esa granja?

—Es nueva. No creo que tenga más de doscientos años, como mucho.

—Ya. ¿Y los campos también?

—Llevarán unos ochenta años podando ese seto.

—La mano de obra es barata… ¿verdad?

—Bastante. Bueno, supongo que te gustaría intentarlo en el *Times*, ¿no es así?

—No —dijo Keller, mirando hacia la catedral de Winchester—. Sería como electrificar un almiar. ¡Y pensar que el *World* aceptaría las tres columnas y aún pediría más… y también ilustraciones! Es repugnante.

—Pero el *Times* podría… —empecé a decir.

Keller lanzó su artículo al aire, y el papel se abrió revelando su austera majestad de densa tipografía, chasqueando como una enciclopedia.

—¡Podría! Tú «podrías» atravesar el blindaje de un crucero. ¡Piensa en esa primera plana!

—¿De verdad lo ves así? —dije—. En ese caso te recomiendo que lo intentes con

un periódico ligero y frívolo.

—¿Con algo como lo que tengo… lo que tenemos? ¡Esto es historia sagrada!

Le mostré un periódico que pensé sería de su gusto, pues seguía el modelo americano.

—Esto es corriente en mi país —dijo—, pero no recoge los hechos reales. Lo que a mí me gustaría es publicarlo en una de esas compactas columnas del *Times*. ¡Aunque seguramente me encontraría con un obispo en la redacción!

Cuando llegamos a Londres, Keller se perdió de vista en dirección al Strand. Desconozco cuáles fueron sus experiencias, aunque al parecer irrumpió en la oficina de un diario vespertino a las 11.45 h (yo le había dicho que a esa hora los directores de periódico ingleses tenían muy poco trabajo), y mencionó mi nombre como testigo presencial de su noticia.

—Casi me echan de allí —me contó furioso mientras almorzábamos—. En cuanto te mencioné, el viejo me pidió que te dijera que estaban hartos de tus bromas, y que si tenías algo que ofrecer ya sabías a qué hora debías pasar por allí, y que antes preferían verte condenado que ayudarte a divulgar una de tus patrañas infernales. Dime una cosa, ¿cómo es tu historial de veracidad en este país?

—Maravilloso. ¡Entraste con mal pie, eso es todo! ¿Por qué no te olvidas de los periódicos londinenses y envías ese cable a Nueva York? Allí todo vale.

—¿No ves que precisamente por eso no lo envío? —repitió.

—Eso lo vi hace mucho tiempo. Entonces, ¿no piensas enviarlo?

—Sí, lo haré —respondió, con el énfasis de quien no está nada seguro de lo que dice.

Esa tarde lo acompañé por la ciudad, por las calles que discurren entre las aceras como canales abiertos por lenguas de lava, por los puentes de piedra antigua, por pasos subterráneos pavimentados y revestidos de hormigón rugoso, entre casas que nunca se han reconstruido, y por escalones labrados junto al río en la piedra viva. Una niebla negra nos hizo refugiarnos en la abadía de Westminster y allí dentro, en la oscuridad, oí que los siglos pretéritos revoloteaban alrededor de la cabeza de Litchfield A. Keller, periodista estadounidense de Dayton, Ohio, cuya misión era dejar pasmados a los británicos.

Avanzó torpemente y boquiabierto en la densa penumbra, y el rugido del tráfico llegó hasta sus asombrados oídos.

—Vayamos a la oficina de telégrafos a poner ese cable —le insistí—. ¿No oyes cómo el *World* de Nueva York pide a gritos noticias de la gran serpiente marina, ciega, blanca y con olor a almizcle, herida de muerte por un volcán submarino y asistida en su trance por su amante esposa en mitad del océano, en presencia de un ciudadano estadounidense, el dinámico, informado e inteligente periodista de Dayton, Ohio? ¡Hurra por el estado de los castaños de indias! ¡A paso ligero! ¡En marcha! ¡Szzz! ¡Buum! ¡Aah!

Keller era un hombre formado en Princeton y parecía necesitar que lo animaran.

—Estoy en tu terreno —dijo, rebuscando en el bolsillo de su abrigo. Sacó su artículo, junto con los formularios para el telegrama, que ya había redactado, y me lo entregó todo con un gruñido—. Renuncio. Si no hubiera venido a tu maldito país… Si hubiera enviado ese telegrama desde Southampton… Si alguna vez te pillo al oeste de los Alleghannies, si…

—No te preocupes, Keller. No es culpa tuya. La culpa es de tu país. Si tuvieras siete siglos más harías lo que yo voy a hacer.

—¿Qué vas a hacer?

—Contarlo como una mentira.

—¿Como ficción? —Pronunció la palabra con todo el disgusto que siente el periodista por esta rama bastarda del oficio.

—Puedes llamarlo así, si te apetece. Yo diré que es una mentira.

Y en mentira se ha convertido, pues la verdad es una dama desnuda, y si por accidente surge del fondo del mar, corresponde a un caballero bien cubrirla con unas enaguas impresas, bien volver el rostro hacia la pared y jurar que no ha visto nada.

EL MEJOR RELATO DEL MUNDO

Sepultados quedaron para siempre
el viejo mundo y los años de hidalguía, en los que yo fui rey de Babilonia
y tú una esclava cristiana.

WILLIAM ERNEST HENLEY

Se llamaba Charlie Mears; era el único hijo de una madre viuda, y vivía al norte de Londres, a cuyo centro acudía diariamente para trabajar en un banco. Tenía veinte años y estaba lleno de ambiciones. Lo conocí en un salón de billar, donde el árbitro lo llamaba por su nombre de pila y él llamaba al árbitro «Ojos de toro». Un poco nervioso, Charlie explicó que había ido sólo a mirar, y comoquiera que observar juegos de destreza no es una distracción barata para un muchacho joven, yo le sugerí que se fuera a casa con su madre.

Fue éste el primer paso hacia un mejor conocimiento mutuo. Me visitaba a veces por las tardes, en lugar de deambular por Londres con sus compañeros de oficina, y en poco tiempo, hablando de sí mismo tal como corresponde a un hombre joven, me puso al corriente de sus aspiraciones, que eran exclusivamente literarias. Deseaba ver su nombre inmortalizado, principalmente con la poesía, aunque tampoco descartaba enviar relatos de amor y muerte a esas publicaciones de un penique. Mi suerte era guardar silencio mientras Charlie me leía poemas de muchos cientos de versos y extensos fragmentos de obras de teatro que a buen seguro conmocionarían al mundo. Mi recompensa fue su confianza sin reservas, aun cuando las revelaciones y las aflicciones de un joven son casi tan sagradas como las de una muchacha. Charlie nunca se había enamorado, pero anhelaba hacerlo a la primera oportunidad; creía en todas las cosas buenas y honorable y, al mismo tiempo, curiosamente se cuidaba de hacerme ver que no le faltaban esos conocimientos del mundo propios de un empleado de banca que ganaba veinticinco chelines a la semana. Rimaba «ardor» con «amor» y «junio» con «plenilunio», y estaba firmemente convencido de que esas rimas nunca se le habían ocurrido a nadie. Llenaba las grandes y torpes lagunas de sus piezas teatrales con apresuradas disculpas y descripciones, y era tanta la claridad con que veía lo que se proponía hacer que lo estimaba como ya hecho y se volvía a mí en busca de aplauso.

Creo que su madre no alentaba estas aspiraciones y sé que su escritorio en casa era el borde del lavabo. Me lo contó casi al principio de nuestra relación, cuando saqueaba mi biblioteca, y poco después de implorarme que fuera sincero en cuanto a sus posibilidades de «escribir algo realmente grande, ya sabes». Puede que lo

animase yo en demasía, pues una noche vino a verme, los ojos encendidos de entusiasmo y sin aliento dijo:

—¿Te importaría… me permitirías quedarme aquí escribiendo toda la tarde? No te interrumpiré; te lo prometo. En casa de mi madre no tengo dónde escribir.

—¿Qué pasa? —pregunté, a sabiendas de lo que pasaba.

—Tengo una idea para escribir el mejor relato que jamás se haya escrito. Deja que lo escriba aquí. ¡Es una idea fantástica!

Era imposible negarse. Le ofrecí una mesa, y se zambulló en su trabajo sin apenas darme las gracias. La pluma rasgó sin tregua el papel por espacio de media hora. Charlie suspiró luego y se pasó una mano por el pelo. El rasgueo se tornó más lento; aumentaron las tachaduras; y finalmente cesó. El mejor cuento del mundo se resistía a ver la luz.

—Ahora me parece una solemne tontería —se lamentó—, pero mientras lo imaginaba me parecía fantástico. ¿Por qué?

No fui capaz de desanimarlo diciendo la verdad, y respondí:

—Tal vez no estés en buena disposición para escribir.

—Sí que lo estoy… aunque cuando veo esto. ¡Puaj!

—Léeme lo que has escrito.

Leyó, y resultó ser extraordinariamente malo, aunque se detenía en las construcciones especialmente alambicadas esperando un poco de aprobación, pues se sentía orgulloso de ellas, tal como yo imaginaba.

—Deberías comprimirlo —sugerí cautamente.

—No me gusta recortar. No creo que se pueda alterar una sola palabra sin echar a perder el sentido. Suena mejor en voz alta que cuando lo estaba escribiendo.

—Charlie, padeces una terrible enfermedad que afecta a muchas personas. Déjalo estar y vuelve a abordarlo dentro de una semana.

—Quiero terminarlo inmediatamente. ¿Qué te parece?

—¿Cómo voy a pronunciarme sobre un relato inacabado? Cuéntame la historia tal como la concibes.

Me contó la historia, y resultó que en su narración estaba todo lo que su ignorancia le impedía plasmar por escrito. Lo miré, preguntándome si era posible que no captara la originalidad y la fuerza de su idea. Era sin duda alguna una idea magistral. Muchos hombres se han inflado de orgullo por ocurrencias ni la décima parte de excelentes y viables, mientras que Charlie farfullaba con serenidad, interrumpiendo el flujo de la imaginación pura con propuestas de frases horrendas. Lo escuché hasta el final. Sería una locura dejar que semejante idea quedara en sus ineptas manos cuando yo podía sacarle tanto partido. No todo lo que daba de sí, pero ¡ah, cuánto!

—¿Qué te parece? —dijo al fin—. Creo que la titularé «La historia de un barco».

—Me parece que la idea es muy buena, pero no podrás abordarla en mucho tiempo. Sin embargo, yo…

—¿Crees que podría servirte? ¿Te gustaría utilizarla? Me sentiría muy orgulloso —se apresuró a decir Charlie.

Pocas cosas hay en este mundo más dulces que la cándida, encendida, inmoderada y franca admiración de un muchacho. Ni aún la mujer más cegada por la pasión adopta el modo de andar del hombre al que adora, inclina su sombrero exactamente en el mismo ángulo que él o se apropia de sus maldiciones favoritas. Y Charlie hacía todas estas cosas. Pese a todo, tenía yo que salvar mi conciencia antes de apropiarme de su idea.

—Te propongo un trato. Te doy cinco libras por la idea.

Charlie se transformó al punto en un empleado de banca.

—Eso no es posible. Entre amigos, si es que puedo llamarte así, y hablando como un hombre de mundo, no podría aceptarlo. Quédate con la idea si crees que puede servirte. Yo tengo muchas más.

Las tenía —nadie lo sabía mejor que yo—, pero eran todas ideas ajenas.

—Considéralo un negocio… entre hombres de mundo —insistí—. Cinco libras te permitirán comprar muchos libros de poesía. Los negocios son los negocios, y ten la certeza de que no te ofrecería esa cantidad a menos que…

—Bueno, si lo planteas así —aceptó Charlie, visiblemente ilusionado ante la perspectiva de los libros.

Cerramos el trato con el acuerdo de que él me iría contando todo lo que se le fuera ocurriendo, dispondría de una mesa en propiedad para escribir en mi casa y tendría pleno derecho a castigarme con el castigo de sus poemas y fragmentos de poemas.

—Cuéntame cómo se te ocurrió esta idea —le pedí.

—Se me ocurrió, sin más —dijo Charlie, agrandando un poco los ojos.

—Sí, pero todo lo que me has contado sobre el héroe has debido de leerlo en alguna parte.

—El mismo, Farag —dijo el inspector.

—He oído muchas veces al inspector contarle ese cuento a nuestra excelencia a la hora de comer en las casetas, pero como estoy al servicio del gobierno nunca se lo he contado a mi gente. ¿Puedo contarlo en las aldeas?

El gobernador asintió y dijo:

—No hará ningún daño.

Omito deliberadamente los detalles de la llegada del señor Groombride en compañía de su intérprete, a quien propuso sentar a la mesa del gobernador, así como el discurso que le dirigió a éste sobre el Nuevo Movimiento y los pecados del imperialismo. A las tres de la tarde, el señor Groombride dijo:

—Ahora saldré para dirigirme a sus víctimas en esta aldea.

—¿No cree que hace demasiado calor? —preguntó el gobernador—. En esta época del año suelen dormir hasta que se pone el sol.

El señor Groombride apretó los labios caídos y carnosos y replicó con

brusquedad:

—Eso es suficiente razón para decidirme. Temo que no ha entendido usted las órdenes recibidas. ¿Quiere hacer el favor de avisar a mi intérprete? Espero que sus subordinados no hayan intentado sobornarlo.

El intérprete era un muchacho de piel cetrina llamado Abdul, que había comido y bebido a gusto en compañía de Farag. El inspector, por cierto, no había estado presente en la comida con el gobernador.

—Iré sin previo aviso, a pesar del riesgo —dijo el señor Groombride—. Su presencia les intimidaría a la hora de declarar. Abdul, mi buen amigo, ¿tendrías la bondad de abrir la sombrilla?

Cruzó el portalón en dirección a la aldea y, sin más preámbulos que los de un piquete del Ejército de Salvación en algún suburbio de Portsmouth, dijo:

—No tengo tiempo para leer, más que cuando tú me permites estar aquí; los domingos salgo a pasear en bicicleta o paso el día en el río. ¿Ves algo malo en el héroe?

—Vuelve a contármelo, a ver si lo entiendo bien. Dices que tu héroe se hizo pirata. ¿Cómo vivía?

—En la cubierta inferior de ese barco del que te he hablado.

—¿Qué clase de barco era?

—Era un barco remero, de ésos en los que el mar entra por los boquetes de los remos, y los hombres van sentados en hileras con el agua hasta las rodillas. Entre las dos hileras de remos hay un banco, y un hombre armado con un látigo se pasea por él para incitar a los remeros.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Es parte del relato. Por encima cuelga una cuerda, atada a la cubierta superior, a la que el vigilante se agarra cuando el barco se escora. Recuerda que cuando en una ocasión el vigilante no consigue alcanzar la cuerda y cae entre los remeros, el héroe se ríe de él y lo azotan por ello. Va encadenado a su remo, claro… el héroe.

—¿Cómo va encadenado?

—Con un grillete de hierro en la muñeca asegurado al banco sobre el que va sentado y una especie de puño en la muñeca izquierda que lo encadena al remo. Está en la cubierta inferior, que es donde envían a los peores hombres, y allí no hay más luz que la que entra por las escotillas y los boquetes de los remos. ¿No te imaginas la luz del sol, pasando justo entre el grillete y el agujero, y temblando al escorarse el barco?

—Yo sí la imagino, pero no entiendo cómo puedes imaginarla tú.

—¿Y por qué no? Escucha. Los remos largos de la cubierta superior los manejan cuatro hombres en cada banco, mientras que los intermedios los manejan tres, y los más cortos sólo dos hombres. Recuerda que la cubierta inferior es un lugar bastante oscuro y todos se vuelven locos. Cuando un hombre muere allí, encadenado al remo, lo arrojan por la borda, y al introducirlo por el estrecho agujero del remo, las cadenas

lo cortan en pedazos.

—¿Por qué? —quise saber, asombrado no tanto por la abundancia de información como por el tono de autoridad con que la transmitía.

—Para evitar problemas y escarmentar a los demás. Para arrastrar el cuerpo de un hombre hasta la cubierta superior hacen falta dos vigilantes; y si los remeros de las cubiertas inferiores se quedan solos, naturalmente dejan de remar e intentan derribar los bancos poniéndose todos en pie con sus cadenas.

—Tienes una imaginación muy previsora. ¿Dónde has leído sobre galeras y esclavos?

—En ninguna parte, que recuerde. Remo de vez en cuando si se presenta la ocasión. Aunque, ahora que lo dices, puede que haya leído algo.

Se acercó a los anaqueles mientras yo me preguntaba cómo un empleado de banca de veinte años podía ofrecerme con tal profusión de detalles y una seguridad tan absoluta una extravagante aventura de sangre, motín, piratería y muerte en mares sin nombre. Su héroe ejecutaba una desesperada danza hasta que se sublevaba contra los vigilantes, llegaba a gobernar su propio barco y terminaba estableciendo un reino en una isla, «en algún lugar del mar»; y encantado con mis cicateras cinco libras, Charlie salió a comprar ideas de otros, con la esperanza de que le enseñarían a escribir. Tenía yo el consuelo de saber que la idea era mía, puesto que la había comprado, y pensé que podría hacer algo con ella.

Cuando Charlie volvió a verme estaba borracho, completamente ebrio de tantos poetas como se le habían revelado por primera vez. Tenía las pupilas dilatadas, hablaba atropelladamente y se envolvía en citas ajenas, tal como se cubriría un mendigo con la púrpura imperial. Pero estaba sobre todo borracho de Longfellow.

—¿No es magnífico? ¿No es sublime? —exclamó, tras saludarme presurosamente. Escucha esto:

> ¿Acaso tú —respondió el timonel—
> conoces el secreto de los mares?
> Sólo quienes afrontan sus peligros
> comprenden su misterio.

—¡Caramba!

> Sólo quienes afrontan sus peligros
> comprenden su misterio…

repitió veinte veces, dando vueltas por la habitación, olvidándose de mí.

—Pero yo también lo comprendo —musitó—. No sé cómo darte las gracias por

esas cinco libras. Y esto otro; escucha:

Recuerdo ensenadas y embarcaderos negros,
el caprichoso embate de las olas,
la barba de marinos españoles,
la belleza y misterio de los barcos,
y la magia del mar.

»Yo no he afrontado ningún peligro, pero me siento como si lo supiera todo.

—No cabe duda de que sabes captar la esencia del mar. ¿Lo has visto alguna vez?

—Cuando era niño fui una vez a Brighton; vivíamos en Coventry antes de venir a Londres. Pero nunca lo vi.

Cuando sobre el Atlántico se cierne
la enorme
tempestad del Equinoccio.

Me zarandeó de los hombros para hacerme comprender la pasión que lo embargaba.

—Cuando llega esa tormenta —continuó—, creo que todos los remos del barco del que te he hablado están a punto de romperse, y las palas de los remos se estrellan contra el pecho de los remeros. Por cierto, ¿has hecho ya algo con esa idea mía?

—No, quería que me contaras más cosas. Dime cómo narices conoces tan bien los accesorios del barco. Tú no sabes nada de barcos.

—No lo sé. Para mí es completamente real, hasta que intentó escribirlo. Anoche mismo, en la cama, estuve pensado en eso, después de que tú me prestaras *La isla del tesoro*; y se me han ocurrido un montón de cosas nuevas para el relato.

—¿Qué tipo de cosas?

—Lo que comen los hombres; higos podridos y habas negras, y beben el vino de un pellejo, que va pasando de banco en banco.

—¿Es tan antiguo el barco?

—¿Tan antiguo? No sé si es antiguo o no. Es sólo una idea, aunque a veces me parece tan real como si fuera verdad. ¿Te aburre que te hable de esto?

—En absoluto. ¿Se te ha ocurrido algo más?

—Sí, pero es una tontería. —Charlie se sonrojó ligeramente.

—No importa; cuéntamelo.

—Verás, estuve pensando en el relato y luego me levanté de la cama y me puse a escribir lo que grabarían los remeros en sus remos con los bordes de los grilletes. Me pareció que así todo parecería más real. Ya sabes que para mí es completamente real.

—¿Has traído el papel?

—Sssí, pero ¿qué sentido tiene que te lo enseñe? No son más que garabatos. De todos modos, podríamos reproducirlos en la cubierta del libro.

—Me interesan todos los detalles. Enséñame lo que escribían tus hombres.

Sacó del bolsillo un trozo de papel de notas, con una sola línea de trazos, que yo aparté con cuidado.

—¿Qué se supone que significa en inglés?

—No lo sé. Quería que significara «Estoy brutalmente cansado». Es una bobada —repitió—, pero los hombres del barco son para mí tan reales como la gente de verdad. Haz algo pronto con esa idea; tengo ganas de verla escrita e impresa.

—Con todo lo que me has contado será un libro muy extenso.

—Eso no importa. Sólo tienes que sentarte y escribir.

—Dame un poco de tiempo. ¿Tienes alguna otra idea?

—De momento no. Estoy leyendo todos los libros que he comprado. Son espléndidos.

Cuando Charlie se marchó, observé el trozo de papel con las inscripciones. Me sujeté la cabeza con las manos, para asegurarme de que no se me desprendía o empezaba a dar vueltas. Y luego… no pareció mediar intervalo alguno entre el momento en que salí de casa y el momento en que me vi discutiendo con un policía ante una puerta con un cartel de «Privado», en un pasillo del Museo Británico. Yo tan sólo solicitaba, con la mayor cortesía posible, ver «al experto en la antigüedad griega». El policía sólo conocía las normas del museo, y tuve que colarme en todas las dependencias y despachos del edificio. Un anciano caballero, al que interrumpí en la hora del almuerzo, puso fin a mi búsqueda sosteniendo el trozo de papel entre el pulgar y el índice y examinándolo con desprecio.

—¿Qué significa esto? Umm. A lo sumo puedo asegurar que se trata de un intento de escritura en un griego sumamente corrompido por parte de… —me miró fijamente antes de añadir— una persona… sumamente inculta. —Leyó despacio en el papel—: Pollock, Erckmann, Tauchnitz, Henniker —cuatro nombres que me eran familiares.

—¿Podría decirme qué se supone que significa… en lo esencial?

—El cansancio se apodera de mí muchas veces en este trabajo. Eso significa.

Me devolvió el papel, y me largué a toda prisa, sin una palabra de agradecimiento, explicación o disculpa.

Tal vez se me pueda excusar tanto olvido. A mí, entre todos los hombres, se le ofrecía la oportunidad de escribir el relato más maravilloso del mundo, nada menos que la historia de un esclavo griego en galeras, contada por él mismo. Nada de extraño tiene que el sueño fuera para Charlie tan real. Las Parcas que con tanto celo cierran las puertas de cada una de las vidas que sucesivamente vamos dejando atrás, se habían mostrado negligentes en esta ocasión, y Charlie, sin saberlo, estaba contemplando lo que a ningún hombre le había sido permitido escudriñar desde el origen de los tiempos. Él ignoraba por completo que me había vendido este conocimiento por cinco libras, y yo quería que conservara su ignorancia, porque los

empleados de banca no comprenden la metempsicosis, ni se incluye el aprendizaje del griego en una buena educación comercial. Charlie me proporcionaría —me puse a dar saltos de alegría ante los silenciosos dioses egipcios y a reírme ante sus rostros maltrechos— el material necesario para que mi relato fuese real, y el mundo lo tomaría por impúdica y manipulada ficción. Y yo, sólo yo sabría que todo era absoluta y literalmente cierto. Yo, sólo yo tenía en mi mano aquella joya, para tallarla y pulirla. Por eso volví a bailar ante los dioses egipcios, hasta que un policía me vio y avanzó unos pasos hacia mí.

Sólo tenía que animar a Charlie para que siguiera contándome, y eso no era difícil. Pero olvidaba los dichosos libros de poesía. Charlie venía a visitarme una y otra vez, inservible como un viejo fonógrafo, ebrio de Byron, de Shelley o de Keats. Ahora que yo sabía lo que el muchacho había sido en sus vidas pasadas y anhelaba desesperadamente no perder una sola palabra de su parloteo, no podía ocultar mi respeto e interés por él. Charlie lo interpretó erróneamente como respeto por su persona actual, Charlie Mears, para quien la vida era tan nueva como para Adán, y también como interés por sus lecturas, y me obligaba a ejercitar mi paciencia hasta extremos insospechables, recitándome poesía, no ya suya, sino de otros. Yo quería borrar de la memoria de la humanidad a todos los poetas ingleses. Insultaba a los más grandes nombres de la lírica por haber apartado a Charlie del camino de la narración directa y, más tarde, lo incité a que los imitara, aunque hube de tragarme mi impaciencia hasta que se agotó esa primera oleada de entusiasmo y el muchacho volvió a sus visiones.

—¿Qué sentido tiene que te cuente lo que yo pienso cuando esos hombres han escrito cosas para los ángeles? —me espetó una noche, malhumorado—. ¿Por qué no escribes algo como ellos?

—Creo que no me tratas con justicia —respondí, haciendo grandes esfuerzos por contenerme.

—Ya te he dado la historia —replicó escuetamente, para volver a zambullirse en *Lara*.

—Pero necesito los detalles.

—¿Te refieres a las cosas que invento sobre ese dichoso barco que tú llamas galera? Son muy sencillas. Invéntalas tú mismo. Enciende un poco la lámpara, yo quiero seguir leyendo.

De buena gana le habría partido la lámpara en la cabeza por ser tan asombrosamente estúpido. Desde luego que podría inventar aquellas cosas yo mismo, si no supiera lo que Charlie no sabía que sabía. Sin embargo, como las puertas se habían cerrado para mí, yo no podía más que confiar en su placer juvenil y hacer todo lo posible por tenerlo contento. Si bajaba la guardia un solo minuto, podía echar a perder una valiosa revelación: Charlie apartaba sus libros de vez en cuando —los guardaba en mi casa, porque a su madre le habría llamado la atención tanto despilfarro— y se embarcaba en sus sueños de navegante. Y una vez más, yo

maldecía a todos los poetas de Inglaterra. El espíritu impresionable del empleado de banca estaba saturado, teñido y distorsionado con tantas lecturas, y su exposición era una confusa maraña de voces ajenas, muy parecida al murmullo y el zumbido que se oye a través de un teléfono público del centro de la ciudad en hora punta.

Charlie ilustraba la galera —sin saber que se trataba de su propia galera— con detalles tomados de *La novia de Abydos*. Subrayaba las experiencias de su héroe con citas de *El corsario*, y se sumía en hondas y desesperadas reflexiones morales sacadas de *Caín* y de *Manfredo*, esperando que yo lo aprovechara todo. Sólo cuando la conversación regresaba a Longfellow se silenciaba el tumultuoso cruce de corrientes, y sabía yo que Charlie estaba contando la verdad tal como la recordaba.

—¿Qué opinas de esto? —le pregunté una tarde, al comprender cuál era el mejor modo de poner su memoria en funcionamiento; y, antes de que pudiera protestar, le leí *La saga del rey Olaf* casi completa.

Me escuchó boquiabierto, arrebolado, tamborileando con las manos en el respaldo del sofá en el que estaba tumbado, hasta que llegué a la «Canción de Einar Tamberskelver» y esos versos que dicen:

Entonces, Einar, apartando la flecha
del arco distendido,
respondió: «Eso, oh rey, era Noruega,
quebrándose bajo tu mano».

Se deleitó en la pura sonoridad de las palabras hasta quedar sin aliento.

—¿Te parece mejor que Byron? —aventuré.

—¡Mejor! ¡Es real! ¿Cómo lo sabía él?

Retrocedí y repetí:

«¿Qué era eso?», preguntó Olaf,
de pie en el castillo de la nave.
He oído un ruido como el que hace
un barco al encallar.

—¿Cómo sabía qué ruido hace un barco al encallar o los remos al partirse? —insistió Charlie—. El caso es que la otra noche… Pero, sigue, por favor; vuelve a leer «El peñón de los gritos».

—No, estoy cansado. Prefiero que charlemos. ¿Qué pasó la otra noche?

—Tuve un sueño espantoso con esa galera tuya. Soñé que me ahogaba durante una batalla. Pasábamos junto a otro barco en el puerto. El agua estaba completamente en calma, sólo se movía allí donde nuestros remos la batían. ¿Sabes dónde me siento

yo en la galera? —preguntó, al principio con vacilación, bajo el influjo de ese exquisito temor inglés a hacer el ridículo.

—No. Eso es nuevo para mí —respondí mansamente, mientras mi corazón empezaba a acelerarse.

—En el cuarto remo de la banda derecha mirando desde la proa, en la cubierta superior. Íbamos cuatro encadenados a ese remo. Recuerdo que observé el agua e intenté quitarme los grilletes antes de empezar a remar. Cuando nos acercamos al otro barco, su tripulación nos abordó enfurecida, saltando por encima de nuestras cuadernas; mi banco se partió y quedé atrapado debajo de mis tres compañeros, mientras el remo nos golpeaba en la espalda.

—¿Y bien? —pregunté.

Charlie tenía la mirada encendida y viva. Miraba a la pared, detrás de mi silla.

—No sé cómo pudimos luchar. Yo estaba en el fondo, y los demás me pisoteaban la espalda. Entonces los remeros de la banda izquierda, que como sabes iban atados a sus bancos, empezaron a gritar y a lanzar agua. Oí el chapoteo del agua, noté que virábamos como un escarabajo y mientras seguía allí aplastado supe que una galera se acercaba de proa para embestirnos por la banda de babor. Conseguí levantar un poco la cabeza y vi su vela sobre nuestras cuadernas. Intentamos salir a su encuentro de proa, pero era demasiado tarde. Apenas podíamos maniobrar, porque la otra galera, la que teníamos a estribor, se había enganchado a la nuestra y nos impedía movernos. ¡De pronto se oyó un gran estruendo! Los remos de la izquierda empezaron a partirse al embestirlos con el morro la galera que avanzaba. Los remos de la cubierta inferior levantaron los tablones del suelo, al principio sólo un poco, hasta que uno de ellos saltó por los aires y aterrizó muy cerca de mi cabeza.

—¿Cómo pudo ocurrir?

—La proa de la galera enemiga los fue empujando, haciendo palanca en los boquetes, y el escándalo que se armó en la cubierta fue colosal. Nos embistió con la quilla, casi polla mitad, y el barco se inclinó de costado mientras los de la galera de estribor soltaban garfios y cuerdas y lanzaban objetos sobre nuestra cubierta superior, flechas y brea caliente, o algo que escocía, y la borda de babor se levantaba cada vez más, mientras el barco se hundía a estribor; yo giré la cabeza y vi que el agua, completamente inmóvil, estaba a punto de desbordarse sobre las cuadernas a estribor; de pronto se encrespó y se derramó sobre nosotros; sentí que me golpeaba en la espalda, y entonces me desperté.

—Un momento, Charlie. ¿Qué aspecto tenía el agua en el momento de entrar por la borda?

Tenía mis razones para hacer esta pregunta. Un conocido mío se había ido a pique en cierta ocasión en un mar en calma, y había visto cómo el agua se detenía un instante antes de derramarse sobre la cubierta.

—Parecía la cuerda de un banyo completamente tensa, y tuve la impresión de que se quedaba quieta mucho tiempo —dijo Charlie.

¡Exactamente! Mi conocido había dicho: «Parecía un cordón de plata tensado sobre las cuadernas, y pensé que no iba a romperse nunca». Mi conocido había estado a punto de pagar con su vida esta información de incalculable valor, y yo había tenido que recorrer más de diez mil kilómetros, extenuado, para encontrarme con él y recibir la información de segunda mano. Pero Charlie, el empleado de banca que ganaba veinticinco chelines a la semana y que jamás se había alejado de los caminos señalizados, lo sabía todo. No me consoló que en sus vidas anteriores se hubiera visto obligado a morir para obtener estas ganancias. También yo había muerto decenas de veces, pero las puertas se habían cerrado a mis espaldas y no podía hacer uso de mis conocimientos.

—¿Qué pasó después? —dije, esforzándome por ahuyentar al diablo de la envidia.

—Lo curioso era que yo no estaba ni sorprendido ni asustado en ningún momento. Era como si ya hubiera participado antes en muchas batallas, y así se lo dije al compañero cuando empezó la refriega. Pero el vigilante de mi cubierta, el muy canalla, no nos desencadenó para darnos una oportunidad. Siempre decía que nos liberarían después de una batalla, pero nunca lo hacían; nunca nos liberaban —concluyó Charlie, sacudiendo la cabeza con pesar.

—¡Qué miserable!

—Eso mismo pienso yo. No nos daban suficiente comida, y a veces teníamos tanta sed que nos acostumbramos a beber agua salada. Aún recuerdo su sabor.

—Háblame del puerto donde empezó la batalla.

—Eso no lo vi en el sueño. Sé que era un puerto, porque estábamos amarrados a una argolla en una pared blanca y la superficie de la piedra que quedaba sumergida estaba revestida de madera, para evitar que los espolones se astillaran con el balanceo de la marea.

—Es curioso. Nuestro héroe gobernaba la galera, ¿no es cierto?

—¡Todavía no! Estaba en la proa y gritaba con todas sus fuerzas. Fue él quien mató al vigilante.

—¿No os ahogasteis todos juntos?

—Eso no llego a entenderlo —dijo, con expresión desconcertada—. La galera debió de hundirse con todos a bordo, y sin embargo creo que el héroe siguió con vida. Tal vez se encaramara al barco que nos atacó. Aunque eso no lo vi. Recuerda que estaba muerto.

Se estremeció y protestó por no recordar más.

No quise presionarlo, y para satisfacer la necesidad de que él siguiera ignorando el funcionamiento de su propia mente, le hablé por primera vez del libro *Transmigration*, de Mortimer Collins, ofreciéndole un breve esbozo de la trama antes de que lo abriera.

—¡Qué tontería más grande! —dijo sinceramente al cabo de una hora—. No entiendo una sola palabra de todo ese lío sobre Marte, el planeta rojo, su rey y todo lo

demás. Pásame a Longfellow otra vez.

Le pasé el libro y escribí cuanto recordaba de su descripción de la escaramuza, pidiéndole de vez en cuando confirmación de algún hecho, de algún detalle. Él respondía sin levantar la vista de su libro, con tanta certeza como si tuviera la información delante, impresa en la página. En voz baja murmuré que no debía interrumpir el flujo de su imaginación, y sé que Charlie no era consciente de lo que decía, pues sus pensamientos estaban en el mar, junto a Longfellow.

—Charlie —le pregunté—, ¿cómo mataban los esclavos a los vigilantes cuando se amotinaban en las galeras?

—Rompían los bancos y les partían la crisma. Lo hacían cuando el mar estaba muy agitado. Uno de los vigilantes de la cubierta inferior resbaló y cayó sobre los remeros. Lo estrangularon contra la borda con las cadenas que les sujetaban las manos, sin hacer el menor ruido, y como estaba muy oscuro el otro vigilante no vio lo que estaba pasando. Cuando preguntó, lo derribaron y lo estrangularon a él también, y los que estaban abajo fueron abriéndose camino con ayuda de los trozos de los bancos rotos. ¡Cómo gritaban!

—¿Y qué pasó después?

—No lo sé. El héroe se marchó. Tenía el pelo rojo y la barba roja. Creo que eso fue después de que capturase nuestra galera.

Le irritaba el sonido de mi voz, y lo señaló con un leve gesto de la mano izquierda, como hace un hombre cuando le interrumpen.

—No me habías dicho que era pelirrojo ni que capturó vuestra galera —señalé, tras un prudente intervalo.

Charlie no levantó los ojos.

—Era pelirrojo como un oso —dijo abstraído—. Procedía del norte; eso dijeron en la galera cuando vino en busca de remeros… no de esclavos, sino de hombres libres. Luego… muchos años después, llegaron noticias suyas desde otro barco, o él volvió a aparecer…

Movía los labios en silencio. Saboreaba con deleite algún poema.

—¿Y dónde había estado? —pregunté casi susurrando, de manera que mis palabras llegaran dulcemente a esa región del cerebro de Charlie que trabajaba para mí.

—¡En las Playas, en las extensas y maravillosas Playas!

—¿En Furdurstrandi? —pregunté, sintiendo un cosquilleo de la cabeza a los pies.

—Sí, en Furdurstrandi —asintió, pronunciando la palabra de un modo diferente —. Y también vi… —Su voz se apagó.

—¿Sabes lo que has dicho? —tuve la imprudencia de exclamar.

Alzó la vista, profundamente agitado.

—¡No! —replicó—. Me gustaría que me dejaras leer. Escucha esto:

Pero Othere, el viejo capitán,
aguardó sin pausa ni premura
hasta que el rey tuvo a bien escuchar,
y tomó entonces una vez más su pluma
para escribir cada palabra.

Y al rey de los sajones,
en fe de la verdad,
la noble testa alzada,
y tendida la mano bronceada, dijo:
«Mira este diente de morsa».

—¡Ah, qué hombres tan formidables esos que navegaban por todas partes sin saber cuándo arribarían a tierra! —exclamó Charlie.

—Charlie —le encarecí—, si fueras capaz de conservar la sensatez siquiera unos minutos yo podría convertir a nuestro héroe en un hombre tan grande como Othere.

—¡Ya! Ese poema lo escribió Longfellow. A mí ya no me interesa escribir. Quiero leer. —Charlie había perdido el hilo por completo, y maldiciendo mi mala suerte, decidí dejarlo en paz.

Imagínese uno ante las puertas del lugar donde se encuentra el mayor tesoro del mundo, custodiado por un muchacho, un muchacho irresponsable y holgazán que juega a las tabas, de cuyo favor depende la ofrenda de la llave, y podrá hacerse una idea siquiera aproximada de mi tormento. Hasta esa noche, Charlie no había dicho nada que no guardase relación con las experiencias de un esclavo griego en galeras. Y de pronto, pues ninguna virtud tendrían los libros en caso contrario, hablaba de una desesperada epopeya vikinga, de la travesía de Thorfin Karlsefne en el siglo IX o X hasta Wineland, que no es otra cosa que América. La batalla en el puerto la había presenciado, y había descrito su propia muerte. Pero esta nueva zambullida de Charlie en el pasado era mucho más asombrosa. ¿Era posible que Charlie se hubiera saltado media docena de vidas para rememorar vagamente un episodio acaecido mil años más tarde? El embrollo resultaba enloquecedor, y lo peor de todo era que Charlie Mears, en su estado normal, era la última persona en el mundo capaz de aclararlo. Yo sólo podía esperar y observar, y esa noche me fui a la cama desbordado por las más extravagantes fantasías. Todo era posible en tanto que Charlie conservara su aborrecible memoria.

Tal vez pudiera yo reescribir la saga de Thorfin Karlsefne de un modo inédito hasta la fecha, narrar la historia del primer descubrimiento de América y ser yo mismo su descubridor. Me encontraba sin embargo enteramente a merced de Charlie, y siempre que hubiera a mano un volumen de Bohn comprado por tres chelines y seis peniques, él se negaría a hablar. No me atrevía a increparlo abiertamente, ni tampoco

a espolear su memoria, pues me enfrentaba a sucesos ocurridos hacía un milenio y relatados por un muchacho de hoy; y a un muchacho de hoy le afecta mucho cualquier cambio de tono o corriente de opinión, de ahí que por fuerza mienta, aun cuando por encima de todo desee decir la verdad.

Pasé una semana sin ver a Charlie. Me crucé con él en Gracechurch Street. Llevaba un libro de contabilidad colgado de la cintura; se dirigía por asuntos de trabajo hacia el puente de Londres y quise acompañarlo. Se sentía pletórico de importancia a cuenta de su libro, cuyo valor magnificaba. Al pasar por el Támesis, nos detuvimos a mirar un vapor que estaba descargando grandes placas de mármol marrón y blanco. Una gabarra se deslizaba bajo la proa del vapor y en ella mugía una vaca solitaria. Charlie abandonó la expresión del empleado de banca para adoptar un semblante desconocido y —por más que él nunca pudiera creerlo— propio de un hombre mucho más sagaz. Se acodó en el parapeto del puente y con una sonora carcajada exclamó:

—¡Los skraelings huyeron al oír a nuestros toros bufar!

Aguardé un instante, pero la gabarra y su vaca desaparecieron tras la proa del vapor antes de que pudiera preguntarle:

—¿Qué sabes de los skraelings, Charlie?

—No tengo la menor idea. Suena como una nueva especie de gaviota. ¡Cuánto te gusta preguntar! Tengo que reunirme con el contable de la Compañía del Ómnibus. ¿Quieres esperarme y almorzamos juntos? Tengo una idea para un poema.

—No, gracias. Me voy. ¿Seguro que no sabes nada de los skraelings?

—Nada, a menos que se hayan clasificado para la Handicap de Liverpool —dijo, y despidiéndose con un asentimiento de cabeza se perdió entre el gentío.

Se cuenta en la saga de Eric el Rojo, o de Thorfin Karlsefne, que hace novecientos años, cuando las galeras de Karlsefne se encontraron con los barracones de Leif, erigidos por éste en una tierra desconocida llamada Markland, que acaso pudiera ser Rhode Island, los skraelings —sabe Dios quiénes eran— acudieron para comerciar con los vikingos, pero huyeron asustados por los mugidos de los animales que Thorfin llevaba en sus naves. ¿Qué podía saber de todo esto un esclavo griego? Caminé sin rumbo, abstraído en el intento de desentrañar el misterio, pero cuanto más vueltas le daba al asunto mayor era mi desconcierto. Sólo una cosa parecía cierta, y esa certidumbre me dejó atónito. ¡Si de verdad entendía yo algo de todo aquel asunto, no había sido tan sólo una la existencia anteriormente vivida por el alma que habitaba el cuerpo de Charlie Mears, sino media docena: media docena de existencias distintas transcurridas sobre el azul de las aguas en los albores del mundo!

Sopesé la situación.

Era evidente que si hacía uso de mis conocimientos me convertiría en un hombre insuperable y único hasta que los demás alcanzaran mi sabiduría. Eso sería formidable, si bien, como hombre que era, estaba siendo ingrato. Me parecía una profunda injusticia que la memoria de Charlie me fallara cuando más la necesitaba

yo. ¡Ah Grandes Poderes celestiales! —hacia ellos dirigí la mirada a través de la niebla y el humo—, ¿sabían los Señores de la Vida y de la Muerte lo que aquello significaba para mí? Nada menos que fama eterna y de la más gloriosa especie, la que de Uno procede y que por uno solo es compartida. Debería conformarme —me acordé de Clive y me asombró mi propia moderación— con gozar del derecho a contar una historia y realizar una modesta aportación a la literatura del momento. Si Charlie se concediera una hora —tan sólo sesenta breves minutos— de pleno recuerdo de sus existencias anteriores por espacio de mil años, renunciaría de buen grado a todo el honor y todos los beneficios que pudiera proporcionarme su relato. No participaría de la conmoción que el asunto desencadenaría en ese rincón de la tierra que a sí mismo se llama «el mundo». El resultado debía presentarse de forma anónima. No; haría creer a otros que el mérito era suyo. Contratarían a ingleses como hombres-anuncio, disfrazados con una piel de toro para que lo vocearan en el extranjero. En ello encontrarían los predicadores un nuevo código de conducta vital, garantizarían que el fenómeno era absolutamente novedoso y asegurarían haber liberado a la humanidad del miedo a la muerte. Lo patrocinarían todos los orientalistas de Europa con prolijos textos en sánscrito y en pali. Perversas mujeres urdirían sucias versiones de las creencias masculinas para ensalzamiento de sus hermanas. Por ello guerrearían Iglesias y religiones. En el breve lapso en que un ómnibus se detuvo y se puso de nuevo en marcha, predije las disputas en las que se enzarzarían la media docena de sectas que querrían reclamar para sí «la doctrina de la Verdadera Metempsicosis aplicada al Nuevo Mundo y a la Nueva Era»; y vi también cómo los respetables diarios ingleses se acobardaban como animalillos asustados ante la hermosa sencillez del relato. El intelecto daría un salto de cien años, de doscientos años, de un milenio. Vi con dolor que los hombres procederían a mutilar y a tergiversar la historia; cómo la volverían patas arriba las distintas creencias rivales, hasta que el mundo occidental, que vive más aferrado a su miedo a la muerte que a la cuerda de la vida, la tildase al fin de mera superstición y corriera en estampida en pos de alguna fe tiempo ha olvidada, que de pronto parecería enteramente nueva. Cambié en consecuencia los términos del acuerdo que establecería con los Señores de la Vida y de la Muerte. Tan sólo dejadme saber, dejadme escribir la historia con plena consciencia de haber escrito la verdad, y quemaré yo el manuscrito, en solemne sacrificio. Lo destruiré. Pero antes debe permitírseme que lo escriba con absoluta certeza.

No hubo respuesta. Llamaron mi atención los colores iridiscentes del cartel de un acuario, y me pregunté si sería sensato o prudente atraer a Charlie con algún señuelo para ponerlo en manos de hipnotizadores profesionales y, si de ese modo, bajo su influencia, hablaría él de sus vidas pasa das. Si así fuera, y si la gente llegase a creerlo… pero Charlie se asustaría y se pondría nervioso, o caería en el engreimiento de las entrevistas. En ambos casos empezaría a mentir, ya fuese por miedo o por vanidad. Charlie estaba más seguro en mis manos.

—Los ingleses sois una especie de locos muy divertidos —dijo una voz junto a mi hombro, y al volverme me encontré con un antiguo conocido, un joven bengalí estudiante de derecho llamado Grish Chunder, a quien su padre había enviado a Inglaterra para que se civilizase. El padre era un oficial retirado del ejército indígena de la India, y con una pensión de cinco libras mensuales se las ingeniaba para enviar al hijo una asignación de doscientas libras al año, para que éste se pavoneara por una ciudad en la que podía hacerse pasar por cadete de una casa real y contar historias de cómo machacaban a los pobres los brutales burócratas indios.

Grish Chunder era un bengalí gordo y corpulento, que vestía con escrupuloso celo chaqué, chistera, pantalones claros y guantes de piel. Yo lo conocía, sin embargo, desde los tiempos en que el brutal gobierno de la India pagaba su formación universitaria, mientras él se dedicaba a enviar sediciosas y malas colaboraciones al *Sachi Durpan* y a flirtear con las madres de sus compañeros de catorce años.

—Es muy divertido y muy disparatado —dijo, señalando el cartel con la cabeza —. Voy hacia el Northbrook Club. ¿Vienes conmigo?

Caminé un rato con él.

—No estás bien —me dijo—. ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Por qué no hablas?

—Tú tienes demasiada educación para creer en Dios, ¿no es así, Grish Chunder?

—¡Sí, claro! Pero cuando vuelvo a casa tengo que reconciliarme con la superstición popular y celebrar los ritos de purificación, mientras mis mujeres ungen a los ídolos.

—Y colgar *tulsi* y festejar el *purohit* para volver a formar parte de tu casta y convertirte otra vez en un buen *jutri*, tú que eres un librepensador social de lo más adelantados. Y comer *desi*, y disfrutar con todo, desde el olor del jardín hasta el aceite de mostaza en tu piel.

—Todo eso me gustaría mucho —dijo Gris Chunder, desprevenido—. Si naces hindú eres hindú para siempre. Pero me interesa saber lo que los ingleses creen que saben.

—Voy a contarte algo que sabe un inglés. Aunque para ti no será nada nuevo.

Empecé a contarle en inglés la historia de Charlie, pero Grish Chunder me hizo una pregunta en su lengua vernácula, y la narración prosiguió entonces en la lengua más apropiada para esa historia. A fin de cuentas, nunca podría haberse contado en inglés. Grish Chunder me escuchaba, asintiendo con la cabeza de tanto en tanto, hasta que llegamos a mi casa, donde concluí el relato.

—*Beshak* —observó filosóficamente—. *Lekin darwaza bandhai* («Sin duda, pero la puerta está cerrada»). Ya había oído hablar de estas existencias anteriores entre los míos. Como bien dices, no es nada nuevo para nosotros; sin embargo, que esto le ocurra a un inglés, a un *Mlech* que se alimenta de carne de vaca, a un proscrito, ¡eso es de lo más extraño!

—¡Tú eres el proscrito, Grish Chunder! Comes carne de vaca a diario. Consideremos la cuestión. El muchacho recuerda sus sucesivas encarnaciones.

—¿Y es consciente de ello? —preguntó tranquilamente Grish Chunder, sentado a mi mesa y balanceando las piernas. Ahora hablaba en inglés.

—No tiene la menor idea. ¿Crees que te lo contaría si así fuera? ¡Continúa!

—No hay nada más que decir. Si cuentas esto a tus amigos te tomarán por loco y saldrás en los periódicos. Imagínate que te procesan por libelo.

—Eso lo descartaremos por completo. ¿Crees que hay algún modo de que Charlie hable?

—La posibilidad existe. ¡Desde luego! Pero si hablara, este mundo concluiría al instante, se desplomaría sobre tu cabeza. Sabes muy bien que estas cosas no se permiten. Como ya he dicho, la puerta está cerrada.

—¿No lo ves siquiera remotamente posible?

—¿Qué quieres? Eres cristiano, y en tus libros se prohíbe comer del Árbol de la Ciencia, de lo contrario nunca moriríais. ¿Cómo temeríais a la muerte si supierais lo que tu amigo no sabe que sabe? Yo tengo miedo de que me den una patada, pero no tengo miedo de morir, porque sé lo que sé. Tú, sin embargo, no tienes miedo de recibir una patada, pero sí de morir. ¡Si no fuera así, los ingleses lo conquistaríais todo en una hora, y con ello alteraríais el equilibrio del poder, provocando una gran conmoción! Eso no sería bueno. Pero no temas, Charlie irá recordando cada vez menos, y pensará que sólo son sueños. Más adelante lo olvidará por completo.

Tuve que empollarme a Wordsworth para pasar la reválida de letras en Calcuta. Ya sabes, eso de «En pos de las nubes de gloria».

—Ésa parece ser la excepción a la regla.

—Las reglas no tienen excepciones. Unas parecen menos estrictas que otras, pero todas son iguales si te inmiscuyes. Si ese amigo tuyo dijera que recuerda esto y lo otro y lo de más allá acerca de sus vidas pasadas, no seguiría más de una hora en el banco. Lo despedirían por loco y lo encerrarían en un manicomio. Tú lo sabes muy bien, amigo mío.

—Naturalmente, pero no estaba pensando en él. Su nombre no tiene por qué aparecer.

—¡Ah! Ya entiendo. Esta historia nunca llegará a escribirse. Puedes intentarlo.

—Eso me propongo.

—Para atribuirte el mérito y ganar dinero, claro…

—No. Por el mero hecho de escribirla. Palabra de honor; por nada más.

—Aun así no hay ninguna posibilidad. No puedes jugar con los dioses. Concedo que la historia es muy buena. Como se suele decir, déjalo estar… quiero decir, no vayas más allá. Pero tendrás que darte prisa; él no aguantará mucho.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. De momento no se ha fijado en ninguna mujer.

— ¡Claro que sí! —exclamé, recordando algunas de las confidencias de Charlie.

—Me refiero a que ninguna mujer se ha fijado en él. Cuando eso ocurra, *bus… hogya…* ¡todo se esfumará! Aquí hay millones de mujeres. Criadas, sin ir más lejos,

que te besan por detrás de las puertas.

Me estremecí al pensar que una criada pudiera arruinar mi historia. Sin embargo, era más que probable.

Grish Chunder se echó a reír.

—Sí, y también chicas guapas, primas de la familia y de fuera de la familia. Basta con que Charlie devuelva un beso y luego lo recuerde para borrar todo este sinsentido, o que…

—¿O qué? Recuerda que él no sabe que lo sabe.

—Eso ya lo sé. O que, si no pasa nada, se sumerja por completo en los negocios y en la especulación financiera, como todos los demás. Así debe ser. Tú sabes que debe ser así. Aunque creo que la mujer aparecerá antes.

Llamaron a la puerta, y Charlie entró impetuosamente. Había terminado su jornada en el banco, y por la expresión de sus ojos pude ver que venía con ganas de tener una larga conversación, probablemente con poemas en los bolsillos. Los poemas de Charlie eran muy tediosos, aunque a veces lo llevaban a hablar de la galera.

Grish Chunder lo observó con interés durante un minuto.

—Disculpa —se excusó Charlie—; no sabía que tuvieses compañía.

—Yo ya me marcho —anunció Grish Chunder.

Me condujo hasta el vestíbulo cuando salía.

—Es tu hombre —se apresuró a decir—. Te aseguro que nunca te contará todo lo que deseas. ¡Es una locura… una majadería! Pero podríamos lograr que viera muchas cosas. ¿Y si fingiéramos que todo es un juego —nunca había visto yo a Grish Chunder tan exaltado— y le derramáramos el tintero en la mano? ¿Qué te parece? Te aseguro que es capaz de ver cualquier cosa. Deja que me ocupe de comprar la tinta y el alcanfor. Es un profeta y nos revelará muchas cosas.

—Puede que sea como dices, pero no pienso ponerlo en manos de tus dioses y tus demonios.

—No le harán ningún daño. Sólo se sentirá un poco aturdido al despertar. Seguro que ya has visto otras veces a un chico mirando en un frasco de tinta.

—Precisamente por eso no quiero volver a verlo. Más vale que te vayas, Grish Chunder.

Se marchó, insistiendo mientras bajábamos la escalera en que estaba echando a perder mi única oportunidad de conocer el futuro.

No logró convencerme, pues lo que a mí me interesaba era el pasado y para eso de nada me serviría lo que pudiera ver un muchacho hipnotizado en un espejo o en un frasco de tinta. Comprendía sin embargo el punto de vista de Grish Chunder.

—¡Vaya negro grande y bruto! —fue la expresión de Charlie cuando volví con él —. Verás; acabo de escribir un poema. Lo he escrito después de almorzar, en vez de jugar al dominó. ¿Puedo leértelo?

—Prefiero leerlo yo.

—No darás con la expresión correcta. Además, cuando tú lees lo que yo escribo siempre estropeas las rimas.

—Léelo tú, entonces. Eres igual que todos los demás.

Charlie me leyó su poema, que no resultó ser mucho peor de lo que normalmente eran sus versos. Era evidente que había leído sus libros con suma atención, pero no le gustó que yo le dijera que prefería a Longfellow sin pasar por el tamiz de Charlie.

Empezamos a analizar el texto verso a verso; Charlie rechazaba todas mis objeciones y correcciones diciendo:

—Sí, ya sé que eso se puede mejorar, pero no estás captando adónde quiero llegar.

Al menos en una cosa, Charlie se parecía a una determinada clase de poeta.

Vi unas anotaciones a lápiz en el reverso del papel.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Eso no es poesía. Es una tontería que escribí anoche antes de acostarme; me costaba dar con la rima, y preferí hacerlo en verso libre.

He aquí el poema «en verso libre» de Charlie:

> Remamos por vosotros con el viento en contra y las velas arriadas.
> ¿Es que nunca nos dejaréis marchar?
> Comimos pan y cebolla mientras vosotros conquistabais ciudades
> o volvíais presurosos a la nave tras ser derrotados por el enemigo.
> Los capitanes se paseaban por la cubierta, cantando cuando hacía buen tiempo, mientras que nosotros íbamos debajo.
> Nos desmayábamos, la barbilla sobre el remo, pero no os dabais cuenta de que no remábamos, porque seguíamos balanceándonos adelante y atrás.
> ¿Es que nunca nos dejaréis marchar?
> La sal convertía los asideros de los remos en piel de tiburón; la sal nos abría llagas en las rodillas, hasta el hueso; el pelo se nos pegaba a la frente y los labios a las encías cuando nos azotabais con el látigo porque no podíamos remar.
> ¿Es que nunca nos dejaréis marchar?
> Pero pronto escaparemos por las portillas mientras el agua se desliza sobre la pala del remo, y por más que ordenéis a los demás que vayan en nuestra busca, nunca nos atraparéis, hasta que aprendáis a batir el remo y a amarrar los vientos en la panza de la vela.
> ¿Es que nunca nos dejaréis marchar?

—¿Qué es batir el remo, Charlie?

—Desplazar el agua con la pala. Es el tipo de canción que podría cantarse en una

galera. ¿No piensas terminar nunca esa historia y compartir conmigo los beneficios?

—Eso depende de ti. Si me hubieras contado desde el principio más cosas sobre tu héroe ya podría estar terminada. Tus descripciones son muy confusas.

—Sólo quiero darte una idea general… cómo van de un lado a otro librando batallas, y esas cosas. ¿No eres capaz de añadir tú los detalles? Haz que el héroe rescate a una muchacha de una galera pirata y se case con ella o algo por el estilo.

—Tu ayuda me resulta muy útil. Supongo que el héroe correría bastantes aventuras antes de casarse.

—En ese caso, haz que juegue sus cartas con astucia… conviértelo en un hombre mezquino… en un político que se dedica a establecer acuerdos para luego violarlos… o en un hombre de pelo oscuro que se esconde detrás del mástil cuando empieza el combate.

—Pero el otro día dijiste que era pelirrojo.

—No es posible. Debe tener el pelo negro. No tienes imaginación.

Consciente de que acababa de descubrir los principios operativos de nuestra memoria incompleta, de lo que falsamente llamamos imaginación, me sentí con derecho a reír, pero me contuve por el bien del relato.

—Tienes razón. Eres tú quien tiene imaginación. Un hombre de pelo negro en un barco de varias cubiertas —dije.

—No, en un barco abierto… un gran barco.

Me estaba volviendo loco.

—Tu barco era cerrado y tenía varias cubiertas; tú mismo lo dijiste —protesté.

—No, no, no es ese barco. Éste era abierto o semicubierto, porque… ¡Caramba, tienes razón! Me has hecho imaginar al héroe como un hombre pelirrojo. Y si fuera pelirrojo, el barco sería abierto y llevaría las velas pintadas.

Pensé que, a buen seguro, Charlie recordaba en ese momento haber servido en al menos dos galeras: la griega de tres cubiertas, al mando del «político» de pelo negro, y una serpiente vikinga, al mando del hombre «pelirrojo como un oso», que se dirigía a Markland. Mi demonio interior me hizo decir.

—¡Naturalmente, Charlie!

—No sé. ¿Te burlas de mí?

El flujo de la imaginación se había interrumpido. Tomé un cuaderno y fingí que tomaba muchas notas.

—Es un placer trabajar con un hombre tan imaginativo como tú —dije, tras una pausa—. Me parece maravilloso cómo has descrito la personalidad del héroe.

—¿De veras? —preguntó, ruborizándose de satisfacción—. Muchas veces pienso que llevo dentro mucho más de lo que mi ma… de lo que la gente cree.

—Llevas un montón de cosas dentro.

—En ese caso, ¿por qué no me dejas enviar un artículo a *Tit-Bits* sobre «Las costumbres de los empleados de banca», para ganar el premio de una guinea?

—No pensaba precisamente en eso, amigo mío. Creo que será mejor esperar un

poco y continuar con el relato de la galera.

—Sí, pero no seré yo quien reciba los honores por eso. Si gano el concurso, *Tit-Bits* publicará mi nombre y dirección. ¿De qué te ríes? Es verdad.

—Ya lo sé. ¿Por qué no vas a dar un paseo? Me gustaría echar un vistazo a mis notas sobre nuestro relato.

No cabía duda de que el reprensible muchacho que se despidió de mí, un poco herido y molesto, había formado parte de la tripulación del *Argos*, y de que había sido esclavo o camarada de Thorfin Karlsefne. De ahí que le interesaran tanto los concursos literarios premiados con una guinea. Me reí en voz alta al recordar lo que Grish Chunder me había dicho. Los Señores de la Vida y de la Muerte jamás permitirían que Charlie Mears hablase de sus vidas pasadas con plena conciencia, y debía contentarme con añadir mis pobres invenciones a lo que Charlie me había contado, mientras él se dedicaba a escribir sobre las costumbres de los empleados de banca.

Reuní y guardé en una carpeta todas mis notas, y el resultado no fue esperanzador. Las leí por segunda vez. No había en ellas nada que no pudiera encontrarse en otros libros, salvo, quizá, el relato del combate en el puerto. Las aventuras de un vikingo se habían narrado ya en numerosas ocasiones; nada de nuevo había tampoco en la historia de un esclavo griego en galeras, y aunque lograra escribir ambas, ¿quién podría refutar o confirmar la exactitud de los detalles? Sería como contar un cuento que transcurriera en el futuro, dos mil años por delante. Los Señores de la Vida y de la Muerte eran tan taimados como había insinuado Grish Chunder. No tolerarían que el relato dejase traslucir nada que pudiera alterar el espíritu de los hombres. Sin embargo, por más que estuviera convencido de todo ello, no era capaz de renunciar. En el curso de las siguientes semanas, el rechazo y la exaltación se alternaron en mí no menos de veinte veces. Mi estado de ánimo era tan cambiante como el sol de marzo y las nubes pasajeras. De noche, o ante la belleza de la mañana primaveral, me intuía capaz de escribir ese relato y de cambiar con ello la posición de los continentes. En las tardes de lluvia y viento, veía que ciertamente podría escribirlo, si bien nunca pasaría de ser una burda imitación disfrazada bajo una pátina de barniz, una herrumbrosa parodia escrita en una prosa afectada y obsoleta. Bendije entonces a Charlie por muchas razones, aunque nada fuera culpa suya. Charlie parecía muy ocupado con los concursos literarios, y lo vi muy poco mientras se sucedían las semanas, la tierra se agrietaba para dar paso a la primavera y los frutos crecían en el interior de sus vainas. Charlie no se tomaba la molestia de leer, ni tampoco de hablar de sus lecturas, y noté un tono distinto en su voz; un tono de seguridad. Apenas me preocupaba de recordarle la galera cuando nos encontrábamos, y, sin embargo, Charlie aludía a ella en todas las ocasiones, siempre como una historia que nos haría ganar dinero.

—Creo que merezco al menos el veinticinco por ciento, ¿no te parece? —dijo con hermosa sinceridad—. Te he proporcionado todas las ideas, ¿no es cierto?

El ansia de dinero era algo nuevo en Charlie. Supuse que la había desarrollado en la City, donde mi amigo empezaba a adoptar el característico timbre nasal de los hombres poco cultivados.

—Ya hablaremos de eso cuando esté terminado. De momento no soy capaz de hacer nada. Pelirrojo o moreno… el héroe me resulta igualmente difícil.

Charlie estaba sentado junto a la chimenea, observando las brasas.

—No entiendo qué es lo que te resulta tan difícil. Para mí está clarísimo —replicó. Un chorro de gas se coló entre las rejillas del guardafuegos, prendió y lanzó un leve silbido—. Supongamos que empezamos por las aventuras del héroe pelirrojo, desde el momento en que se acerca a mi galera por el sur, la captura y pone rumbo a las Playas.

Sabía que no debía interrumpir a Charlie en ese momento. No tenía a mano papel y pluma, pero no me atrevía a moverme por miedo a interrumpir el flujo de sus recuerdos. El gas seguía silbando y relinchando, Charlie bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro, y narró la travesía hasta Furdurstrandi a bordo de una galera abierta, describiendo los atardeceres en alta mar, entrevistos noche tras noche bajo la curvatura de una vela, mientras la proa de la nave se clavaba en el centro del disco solar cuando éste se hundía, y «por él nos guiábamos, pues carecíamos de cualquier otro instrumento», citó Charlie. Habló de que atracaron en una isla y exploraron sus bosques, donde la tripulación dio muerte a tres hombres que encontraron dormidos bajo los pinos. Sus espíritus, continuó Charlie, siguieron a la galera, a nado, casi ahogándose, y la tripulación lo echó a suertes y lanzó por la borda a un hombre como sacrificio a los extraños dioses a los que había ofendido. Comieron algas cuando se acabaron las provisiones, se les hincharon las piernas, y su líder, el hombre pelirrojo, mató a dos galeotes que se amotinaron; tras un año en los bosques pusieron rumbo a su país, y un viento que no amainó en ningún momento los condujo a buen puerto, de manera que pudieron pasar la noche durmiendo. Éstas y muchas otras cosas me contó Charlie. A veces, su voz descendía tanto que apenas podía yo distinguir las palabras, por más que ponía en ello toda mi atención. Habló de su jefe, del hombre pelirrojo, como un pagano habla de su dios, pues era él quien los animaba o les daba muerte con imparcialidad, según juzgaba lo mejor para ellos, y fue él quien los condujo durante tres días entre los bloques de hielo, ocupados por extrañas bestias «que intentaban atacarnos y a las que golpeábamos con las palas de los remos», dijo Charlie.

La llama se apagó, un leño cedió y las brasas se esparcieron con un leve chisporroteo por el fondo de la parrilla. Charlie guardó silencio y yo no dije nada.

—¡Caramba! —exclamó al fin, sacudiendo la cabeza—. Me he quedado hipnotizado mirando el fuego. ¿Qué estaba diciendo?

—Algo sobre el libro de la galera.

—Sí, ya me acuerdo. Un veinticinco por ciento de los beneficios, ¿te parece bien?

—Lo que tú quieras, cuando el cuento esté terminado.

—Sólo quería asegurarme. Ahora tengo que irme. Tengo… tengo una cita. —Y me dejó.

De no haber mantenido yo la mirada fija, tal vez hubiera advertido que ese murmullo quebrado junto al fuego había sido el canto del cisne de Charlie Mears. Lo tomé, sin embargo, como el preludio de futuras revelaciones. ¡Al fin había logrado burlar a los Señores de la Vida y de la Muerte!

Cuando Charlie volvió a visitarme, lo recibí absolutamente encantado. Me pareció nervioso y turbado, aunque sus ojos irradiaban luz y tenía los labios ligeramente entreabiertos.

—He escrito un poema —dijo; y al punto añadió—: Es lo mejor que he escrito hasta el momento. —Me lo lanzó a la mano y se retiró junto a la ventana.

Protesté para mis adentros. Nos llevaría al menos media hora analizar —es decir, elogiar— el poema lo suficiente para complacer a Charlie. Además, yo tenía buenas razones para quejarme, pues, prescindiendo de su metro favorito de cien pies, Charlie se había decantado por una medida más breve y desigual, y un verso con un trasfondo oculto. Esto es lo que leí:

Rebosa el día hermosura y canta
el viento alborozado tras el monte
y allí en el bosque doblega a su antojo
recia madera y jóvenes matojos.
¡Amotínate, viento: hay en mi sangre
algo que te impide serenarte!

Ella se me entregó. ¡Oídme bien, Cielos,
Tierra, Mar gris; me pertenece!
¡Que escuchen este grito las peñas solitarias
y se deleiten aunque sean sólo piedra!

¡Mía es! La he conquistado. ¡Goza conmigo,
tierra bronceada! La primavera es dura.
Alégrate porque mi amor vale dos veces más
que los frutos que puedan dar tus campos.
Aguarda hasta que sientas mi contento
cuando llegue el labriego con su azada.

—Sí, no cabe duda de que habla de escardar la tierra —observé, con el corazón encogido. Charlie sonrió, pero no dijo nada.

Cuéntalo al mundo entero, tú, nube del crepúsculo.

He triunfado. ¡Salúdame, oh sol,
único dueño y señor absoluto
de mi alma!

—¿Y bien? —dijo Charlie, asomándose por encima de mi hombro.

Estaba yo pensando que el poema distaba mucho de ser bueno, que era ciertamente pésimo, cuando Charlie depositó en silencio una fotografía sobre el papel… la foto de una muchacha con el pelo ensortijado y una boca fláccida y tonta.

—¿No te parece… no te parece maravillosa? —susurró, sonrojándose hasta la punta de las orejas, envuelto en el áureo misterio del primer amor—. Yo no sabía… no creía… llegó como un relámpago.

—Sí. Llega como un relámpago. ¿Estás contento, Charlie?

—¡Dios mío! Ella… ¡ella me ama! —Se sentó, repitiendo para sí las últimas palabras.

Miré su rostro lampiño, sus hombros estrechos ya encorvados por el trabajo de oficina, y me pregunté cuándo, dónde y cómo había amado Charlie en sus vidas pasadas.

—¿Qué dirá tu madre? —le pregunté alegremente.

—Me importa un comino lo que diga.

Muchas tienen que ser las cosas que a uno le importen un comino a los veinte años, mas no debe uno incluir en la lista a la propia madre. Así se lo dije a Charlie, con amabilidad; y él me describió cómo era «Ella», tal como Adán debió de describir a los animales a los que acababa de dar nombre la gloria, la ternura y la belleza de Eva. Supe de paso que «ella» era dependienta en un estanco, sentía debilidad por los vestidos bonitos y ya le había dicho a Charlie lo menos cuatro o cinco veces que nunca la había besado un hombre.

Charlie seguía hablando sin parar, mientras yo, separado de él por miles de años, reflexionaba sobre el origen de las cosas. Comprendí entonces por qué los Señores de la Vida y de la Muerte se cuidan tanto de cerrar las puertas a nuestras espaldas. Lo hacen para que no podamos recordar nuestros primeros y más hermosos cortejos. De no ser así, el mundo se quedaría sin habitantes en pocos cientos de años.

—Oye —dije, en tono aún más jovial, cuando Charlie hizo una pausa en su torrente de palabras—, con respecto a la historia de la galera…

Charlie me miró como si acabara de recibir un golpe.

—¿La galera? ¿Qué galera? ¡No me vengas con bromas! ¡Esto es muy serio! ¡No tienes idea de lo serio que es!

Grish Chunder estaba en lo cierto. Charlie había probado por primera vez el amor de una mujer, que aniquila el recuerdo, y el mejor cuento del mundo jamás llegaría a escribirse.

EL MILAGRO DE PURUN BHAGAT

La noche en que sentimos que la tierra se abría
corrimos a tomarlo de la mano,
pues todos lo queríamos, con ese amor
que sabe pero que no comprende.

Y al reventar la rugiente ladera,
y desplomarse el mundo entre la lluvia,
nosotros, pobre gente, lo salvamos.
¡Mas, ay, él nunca ha regresado!

Llorad ahora, pues lo hemos salvado
por este pobre amor que sentimos las bestias.
¡Llorad!, pues nuestro hermano no despierta,
¡y los suyos ahora nos ahuyentan!

Elegía de los langures

Hubo una vez en la India un hombre que era el primer ministro de uno de los estados nativos semiindependientes de la zona noroeste del país. Era un brahmán de tan alta casta que las castas ya no significaban nada para él, y su padre había sido un importante oficial de los de turbante de vivos colores y coleta a la antigua usanza hindú. Pero a medida que se hacía mayor, Purun Dass percibía que el viejo orden de las cosas estaba cambiando y si alguien deseaba llevarse bien con el mundo debía adaptarse a los ingleses e imitar todo lo que éstos consideraban bueno. Por otro lado, un oficial indígena debía ganarse el favor de su señor. La empresa era difícil, pero el tranquilo y callado joven brahmán, con ayuda de una buena educación inglesa en la universidad de Bombay, la acometió con calma y paso a paso llegó a primer ministro del reino. Esto significa que su poder era en realidad mayor que el de su señor el marajá.

Cuando murió el viejo soberano —que recelaba de los ingleses, de sus ferrocarriles y sus telégrafos—, Purun Dass permaneció junto a su joven sucesor, a quien había educado un tutor inglés; y entre ambos, aunque Purun Dass siempre se cuidaba de que el príncipe se llevase todos los méritos, crearon colegios para niñas, construyeron carreteras, ofrecieron los primeros dispensarios públicos, celebraron ferias de utensilios agrícolas y publicaron un anuario sobre «El progreso moral y material del estado»; tanto los ingleses como el gobierno de la India se mostraron encantados. Eran muy pocos los estados nativos que adoptaban el progreso inglés,

pues no creían, tal como Purun Dass manifestaba, que lo que era bueno para el inglés pudiera ser el doble de bueno para el asiático. El primer ministro gozaba de la amistad de virreyes, gobernadores y subgobernadores, de misioneros médicos y misioneros corrientes, de oficiales de caballería ingleses que iban a cazar en las reservas del Estado, así como de todas las hordas de turistas que viajaban por la India durante la estación fría, enseñando cómo se hacían las cosas. En su tiempo libre asignaba becas para el estudio de la medicina y la industria en su tradición estrictamente inglesa, y escribía cartas al *Pionero*, el principal diario de la India, para explicar los objetivos de su señor.

Visitó Inglaterra y, a su regreso, tuvo que pagar grandes cantidades de dinero a los sacerdotes, pues incluso un brahmán de tan alta casta como Purun Dass perdía su distinción por cruzar las aguas negras. En Londres conoció a todas las personas a quienes valía la pena conocer —hombres cuyos nombres son conocidos en todo el mundo— y vio muchas más cosas de las que llegó a contar. Recibió títulos honoríficos de prestigiosas universidades y pronunció discursos sobre la reforma social hindú en presencia de damas vestidas con traje de noche, hasta que todo Londres exclamó: «¡Es el hombre más fascinante que hemos conocido en una cena desde que existen los manteles!».

Volvió a la India envuelto en un aura de gloria, pues el propio virrey lo visitó para conceder al marajá la Gran Cruz de la Estrella de la India, toda de diamantes con lazos y encajes, y en esa misma ceremonia, mientras tronaban los cañones, Purun Dass fue nombrado caballero mayor de la Orden del Imperio indio, de ahí que su nombre pasara a ser el de sir Purun Dass, K. C. I. E.

Esa noche, en el transcurso de la cena en la gran carpa del virrey, Purun Dass se levantó con la banda y el collar de la Orden en el pecho y, en respuesta al brindis por la salud de su señor, pronunció un discurso que pocos ingleses habrían podido mejorar.

Un mes más tarde, cuando la ciudad había recuperado su soleada quietud, Purun Dass hizo algo que ningún inglés jamás hubiera soñado, pues lo cierto es que murió, en lo que a los asuntos del mundo concernía. Su insignia de caballero fue devuelta al gobierno indio, se designó un nuevo primer ministro y dio comienzo la gran carrera general para ocupar todos los puestos subordinados. Los sacerdotes sabían lo que había ocurrido, y el pueblo lo sospechaba, pero la India es el único lugar del mundo donde un hombre puede hacer lo que le plazca sin que nadie le pida explicaciones; y el hecho de que el primer ministro sir Purun Dass, K. C. I. E. renunciara a su posición, su palacio y su poder para tomar el cuenco del mendigo y vestir la túnica ocre del *sunnyasi* u hombre santo, no fue visto como algo extraordinario. Había sido, tal como dicta la antigua ley, por veinte años joven, por veinte guerrero —pese a que jamás en la vida llevó un arma— y por veinte jefe de una casa. Se había servido de su salud y de su poder para hacer lo que a su juicio merecía la pena; había aceptado los honores cuando éstos llamaron a su puerta; había conocido hombres y ciudades,

próximos y lejanos, y hombres y ciudades se habían puesto en pie para honrarlo. Ahora se desprendería de todas estas cosas como se desprende el hombre de un manto que ya no necesita.

A sus espaldas —mientras cruzaba las puertas de la ciudad con una piel de antílope y un bastón con empuñadura de bronce bajo el brazo, el cuenco de coco pulido del mendigo en la mano, descalzo, solo, la mirada puesta en el suelo— se lanzaban salvas de fuego desde los bastiones en honor de su feliz sucesor. Purun Dass asintió con la cabeza. Aquella vida había terminado, y la miraba sin más rencor ni orgullo que un hombre que contemplara un sueño insípido. Era un *sunnyasi*, un hombre sin hogar, vagabundo, mendicante, cuyo pan diario dependía de sus vecinos; y en la India, mientras haya un bocado que dividir, ni un sacerdote ni un mendigo pasan hambre. Jamás había probado la carne y rara vez había comido pescado. Un billete de cinco libras le había bastado para cubrir sus gastos personales durante cualquiera de los muchos años en los que fue dueño absoluto de sumas millonadas. Incluso cuando en Londres lo trataron como a un personaje, no perdió de vista su sueño de paz y de quietud: la larga, blanca y polvorienta carretera india, enteramente cubierta de huellas de pies descalzos, el tráfico lento e incesante y el intenso olor a humo de leña enroscándose por el cielo desde debajo de las higueras al atardecer, cuando los caminantes se sentaban para tomar un bocado.

Llegado el momento de hacer su sueño realidad, el primer ministro dio los pasos oportunos, y en cuestión de tres días habría sido más fácil encontrar una burbuja en las simas de los vastos mares atlánticos que a Purun Dass entre los errantes millones de indios que se reúnen y se separan.

De noche extendía su piel de antílope allá donde lo sorprendiera la oscuridad, a veces en algún monasterio o junto al camino, a veces junto a un altar de barro en honor a Kala Pir, donde los yoguis, que son otra difusa categoría de hombres santos, lo recibían como saben hacerlo quienes conocen el valor de las divisiones y las castas; otras veces también en las afueras de una pequeña aldea hindú, donde los niños hurtaban la comida preparada por sus padres; y otras en el corazón de las estepas desnudas, donde la llama de su hoguera despertaba a los camellos somnolientos. Todo era uno para Purun Dass, o Purun Bhagat, como ahora se hacía llamar. Tierra, gente, alimentos eran uno. Pero sus pies lo llevaban inconscientemente hacia el noreste; desde el sur a Rohtak; desde Rohtak a Kurnool; desde Kurnool a las ruinas de Samanah; y después cauce arriba, siguiendo el lecho seco del río Gugger, que sólo se llena cuando llueve en las montañas, hasta que un día avistó a lo lejos el gran perfil del Himalaya.

Purun Bhagat sonrió entonces, pues recordaba que su madre procedía de una familia de brahmanes rajputas, de la zona de Kulu; era una mujer de las montañas que siempre añoraba las nieves, y un hombre que lleva en las venas siquiera una gota de sangre montañesa siempre regresa al lugar al que pertenece.

«Allá arriba», se dijo Purun Bhagat, emprendiendo el ascenso por las laderas

inferiores de los Sewalik, donde los cactos se alzan como candelabros de siete brazos, «allá arriba me sentaré y adquiriré conocimiento»; y el viento frío del Himalaya silbaba en sus oídos mientras recorría el camino que conduce hasta Simia.

La última vez que estuvo allí fue en su condición de dignatario, acompañado por un séquito a caballo, para visitar al más gentil y afable de los virreyes, con quien pasó una hora conversando sobre amigos comunes en Londres y sobre lo que los indios de a pie pensaban realmente de las cosas. Esta vez Purun Bhagat no visitó a nadie, sino que se apoyó en el pretil del paseo para observar la gloriosa vista de las llanuras que se dilataban por espacio de sesenta kilómetros, hasta que un policía musulmán le dijo que estaba obstruyendo el tráfico, y Purun Bhagat saludó respetuosamente a la ley con un «Salam», pues sabía bien cuál era su valor y andaba en busca de su propia ley. Continuó su camino y esa noche durmió en una choza vacía en Chota Simia, que parece el fin del mundo, aunque no era sino el comienzo de su viaje. Siguió la ruta del Himalaya y el Tíbet, la estrecha senda de tres metros abierta por una voladura en la roca viva o tendida con tablones sobre abismos de trescientos metros de profundidad; esa que se adentra por angostos valles templados y húmedos, y trepa por veredas de montaña sólo cubiertas de hierba, donde el sol corta como un cristal incandescente; o serpentea entre bosques goteantes y oscuros, donde los helechos, grandes como árboles, visten los troncos de la cabeza a los pies y el faisán macho llama a su pareja. Se cruzó con pastores tibetanos, acompañados de sus perros y sus rebaños de ovejas, cada oveja con su bolsita de borra al lomo; y con leñadores errantes, y con lamas tibetanos cubiertos con túnicas y mantas que acudían a la India en peregrinación, y con enviados de las pequeñas y solitarias provincias de las montañas, que cabalgaban furiosos sobre ponis rayados o pintos, y con la caballería de algún rajá de visita; pero lo mismo pasaba un día entero sin ver nada más que algún jabalí que gruñía y hozaba abajo en el valle. Al principio de su viaje, el rugido del mundo que había dejado atrás aún resonaba en sus oídos, tal como sigue sonando el rugido de un túnel mucho después de que el tren haya pasado; pero una vez que hubo cruzado el paso de Mutteeanee, todo eso se acabó, y Purun Bhagat quedó a solas consigo mismo, caminando, reflexionando y maravillándose, sus ojos en la tierra y sus pensamientos en las nubes.

Una noche cruzó el paso de montaña más alto que había encontrado hasta el momento —llevaba dos días de ascenso— y divisó una sucesión de cumbres nevadas que ribeteaban el horizonte, montañas de cinco mil a seis mil metros de altura que parecían casi a tiro de piedra, aunque se encontraban a ochenta o noventa kilómetros de distancia. Coronaba el paso un bosque oscuro y denso de cedros y nogales, además de cerezos, olivos y perales silvestres, si bien predominaban los cedros del Himalaya; y a la sombra de los cedros vio que se alzaba un pequeño templo a Kali, que es también Durga y Sitala, y a quien a veces se reza contra la viruela.

Barrió Purun Dass el suelo de piedra, sonrió a la estatua sonriente, improvisó un pequeño horno de barro a espaldas del altar, extendió su piel de antílope sobre un

lecho de pinocha fresca, apretó su *bairagi* (su bastón con empuñadura de bronce) bajo la axila y se sentó a descansar.

La ladera de la montaña caía justo a sus pies, limpia y sin obstáculos a la vista, a casi quinientos metros de profundidad, donde se divisaba una aldea con casitas de piedra y tejados de tierra compactada, encaramada en la abrupta ladera. Las pequeñas terrazas cultivadas se extendían alrededor como mandiles de retazos sobre las rodillas de la montaña, y las vacas, no mayores que escarabajos, pacían entre los círculos de piedra pulida de las eras. Al mirar hacia el valle la vista engañaba sobre el tamaño de las cosas, y en un principio no se distinguía que lo que parecían matorrales, en el flanco contrario de la montaña, era en realidad un bosque de pinos que alcanzaban los treinta metros de altura. Purun Bhagat vio un águila que planeaba sobre el descomunal precipicio, pero el ave se convirtió en un punto antes de haber cruzado la mitad. Varios cúmulos de nubes dispersas colgaban sobre el valle, se posaban sobre alguna cornisa de la montaña o ascendían hasta deshacerse al alcanzar la entrada del paso. «Aquí encontraré la paz», se dijo Purun Bhagat.

Resulta que para un montañés unas docenas de metros arriba o abajo no son nada, y al ver humo en el templo desierto, el sacerdote de la aldea trepó por las terrazas de la ladera para dar la bienvenida al extranjero.

Al cruzarse sus ojos con los de Purun Bhagat —los ojos de un hombre acostumbrado a controlar a miles—, se dobló hasta tocar el suelo, cogió el cuenco del mendicante sin decir palabra y volvió a la aldea anunciando: «Al fin tenemos un hombre santo. En la vida había visto a un hombre así. Es de las Llanuras, aunque de tez pálida, un brahmán de brahmanes». Y todas las mujeres de la aldea preguntaron: «¿Crees que se quedará con nosotros?». Y cada cuál se esmeró a más y mejor para preparar la comida más sabrosa y ofrecérsela al *Bhagat*. La comida de montaña es muy sencilla, pero con trigo sarraceno y maíz indio, con arroz y pimienta roja, con pescado del río que surca el valle, y miel de las colmenas que parecen chimeneas, construidas en las paredes de piedra, con albaricoques secos, y cúrcuma, y jengibre silvestre, y harina, una mujer devota puede hacer buenas cosas, y fue un cuenco lleno el que el sacerdote le presentó al *Bhagat*. ¿Decía?, preguntó el sacerdote. ¿Necesitaba un *chela* (un discípulo) que rezara por él? ¿Tenía una manta para el frío? ¿Estaba rica la comida?

Purun Bhagat comió y dio las gracias. Tenía previsto quedarse allí. Con eso bastaba, dijo el sacerdote. Debía dejar el cuenco junto al altar, en la oquedad que formaban dos raíces retorcidas, y cada día el *Bhagat* recibiría su alimento, pues era un honor para las gentes de la aldea que un hombre como él —miró tímidamente al *Bhagat*— deseara instalarse entre ellos.

Ese día concluyó el viaje de Purun Bhagat. Había llegado al lugar perfecto, por el silencio y el espacio. A partir de entonces el tiempo se detuvo, y Purun Bhagat, sentado a la entrada del templo, no pudo decir si estaba vivo o muerto; si era un hombre con control sobre sus extremidades o una parte de las montañas y de las

nubes, de la lluvia y de la luz del sol. Cientos y cientos de veces repetía suavemente el mismo nombre para sí, hasta que con cada repetición parecía alejarse más de su cuerpo y ser barrido hacia las puertas de un tremendo descubrimiento, pero justo cuando la puerta empezaba a abrirse, su cuerpo lo arrastraba hacia abajo y, apenado, volvía a sentirse atrapado en la carne y en los huesos de Purun Bhagat.

Cada mañana, el cuenco lleno de comida era depositado en silencio entre las raíces, a la entrada del templo. Unas veces era el sacerdote quien lo traía, otras un comerciante de Ladaj que se alojaba en la aldea y, ansioso por hacer méritos, subía montaña arriba; pero casi siempre era la mujer que había preparado la comida la noche anterior quien se la llevaba y murmuraba con aspereza: «Reza por mí a los dioses, *Bhagat*. Reza por mengana, la mujer de fulano». De vez en cuando era un niño valiente quien tenía el honor, y Purun Bhagat le oía dejar el cuenco y salir corriendo a todo lo que daban sus piernas, aunque el *Bhagat* nunca bajaba a la aldea. Yacía ésta como un mapa a sus pies. Veía el *Bhagat* las reuniones vespertinas que se celebraban en el círculo de la era, pues era el único espacio llano; veía el espléndido verde sin nombre del arroz joven, los azules índigo del maíz indio, los parches como dársenas del trigo sarraceno y los brotes rojos del amaranto en sazón, cuyas semillas diminutas no eran ni grano ni legumbre y procuraban un alimento que podía ser legítimamente ingerido por los hindúes en tiempo de ayuno.

Al cambiar el año, los tejados de las chozas se volvieron pequeños cuadrados del oro más puro, pues era allí donde los aldeanos tendían el maíz a secar. La recogida de los panales, la cosecha, la siembra y el descascarillado del arroz desfilaban ante sus ojos, todo bordado en el valle sobre las distintas parcelas, y en todas estas cosas pensaba el *Bhagat*, preguntándose a qué conducían en última instancia.

Aun en la populosa India, un hombre no puede pasar el día sentado sin que las criaturas de la naturaleza se derramen sobre él como si fuera una roca, y en aquel espacio natural esas criaturas, que conocían bien el templo de Kali, no tardarían en regresar para observar al intruso. Los langures, los grandes monos de bigotes grises del Himalaya, fueron naturalmente los primeros, pues son animales muy curiosos, y después de trastear con el cuenco y de hacerlo rodar por el suelo, y de probar con los dientes la empuñadura de bronce del bastón del *Bhagat*, y de hacer muecas ante la piel de antílope concluyeron que el ser humano que allí se sentaba tan quieto era inofensivo. Saltaban al atardecer desde los pinos y suplicaban con las manos algo de comer, practicando luego graciosas piruetas. Les gustaba también el calor del fuego y se acurrucaban alrededor hasta que Purun Bhagat tenía que apartarlos para alimentar la hoguera; y al despertar por la mañana, casi siempre encontraba que compartía manta con un mono peludo. Uno u otro miembro de la tribu pasaba el día sentado junto a él, contemplando las nubes, cantando con voz suave y aspecto indeciblemente sabio y afligido.

Después de los monos llegó el *barasingh*, ese venado parecido a nuestro ciervo, pero más fuerte. Quería frotar el terciopelo de sus cuernos contra la piedra fría de la

estatua de Kali y piafaba cuando veía al hombre en el templo. Pero el hombre nunca se movía, y poco a poco, el regio animal se fue acercando hasta restregar su hocico en el hombro de Purun Bhagat. Deslizaba el *Bhagat* una mano fresca sobre la cornamenta caliente, y su tacto apaciguaba a la bestia inquieta, que inclinaba entonces la cabeza, y Purun Bhagat se la acariciaba muy suavemente, despeinando el terciopelo. El ciervo trajo poco después a su hembra y su cervato —dulces criaturas que farfullaban sobre la manta del hombre santo—, aunque otras veces llegaba solo, de noche, los ojos verdes al resplandor del fuego, para recibir su ración de nueces frescas. Acudió finalmente el ciervo almizclero, el más tímido y pequeño de los cérvidos, con sus grandes orejas de conejo erguidas; y hasta el manchado y silencioso *mushick-nabha* quiso descubrir qué era la luz del altar y apoyó su hocico de ratón en el regazo de Purun Bhagat, yendo y viniendo al compás de las sombras del l uego. A todos los llamaba Purun Bhagat «mis hermanos», y a su suave llamada de «*Bhai! Bhai!*» acudían desde el bosque a mediodía si se encontraban cerca para oírlo. Más de una vez pasó por allí el jabalí del Himalaya, el huraño y receloso Sona, el que lleva en el pecho la marca blanca en forma de V, y como el *Bhagat* no mostraba temor, Sona tampoco se mostraba agresivo sino que lo observaba, se acercaba un poco más para pedirle su ración de caricias y un pedazo de pan o cerezas silvestres. En la quietud del alba, cuando el *Bhagat* ascendía hasta la cresta del paso a contemplar el rojo paseo del día sobre las cumbres nevadas, era frecuente que Sona lo siguiera, resollando y gruñendo en sus talones, introduciendo con curiosidad una de sus pezuñas delanteras bajo los troncos caídos para sacarla a continuación con impaciente alboroto, o que las pisadas del *Bhagat* a esa hora temprana despertaran a Sona, que dormía enroscado, y el gran animal se irguiera con intención de atacar hasta que oía la voz del *Bhagat* y reconocía a su mejor amigo.

Casi todos los ermitaños y hombres santos que viven alejados de las grandes ciudades tienen fama de obrar milagros entre las criaturas salvajes, pero el único milagro consiste en quedarse quieto, en no hacer nunca un movimiento brusco y en no mirar nunca directamente al animal, al menos en un principio. Los aldeanos veían la silueta del *barasingh* que acechaba como una sombra el bosque oscuro por detrás del altar; veían al *minaul*, el faisán del Hímalaya, su plumaje de exquisitos colores resplandecientes ante la estatua de Kali; y a los langures dentro del templo, sentados sobre sus patas traseras y jugando con las cáscaras de nuez. También algunos niños habían oído canturrear a Sona para sus adentros, como hacen los jabalíes, detrás de las peñas caídas, y con todo esto se fortalecía la reputación del *Bhagat* como obrador de milagros.

Sus pensamientos se hallaban sin embargo muy alejados de los milagros. Todas las cosas eran para él un milagro, y cuando un hombre alcanza este conocimiento dispone de algo en lo que apoyarse. Sabía con certeza que no hay en este mundo nada grande y nada pequeño, y día y noche se esforzaba por abrirse camino hasta el corazón de las cosas para regresar al lugar del que su alma había surgido.

Y así pensando, el pelo llegó a cubrirle los hombros, la losa de piedra y la piel de antílope se mellaron con el bastón de empuñadura de bronce y la oquedad entre los troncos de los árboles donde su cuenco descansaba día tras día fue agrandándose y puliéndose hasta volverse casi tan suave como la cáscara del coco; y cada uno de los animales conocía el lugar exacto que el *Bhagat* ocupaba junto al fuego. Los campos cambiaban de color con las estaciones; las eras se llenaban, se vaciaban, y volvían a llenarse una y otra vez; y una y otra vez, con la llegada del invierno, los langures retozaban entre las ramas que una ligera capa de nieve transformaba en plumas, hasta que las madres mono trasladaban a sus crías de ojos tristes a los valles templados al llegar la primavera. Eran pocos los cambios en la aldea. El sacerdote envejeció, y muchos de los niños que antes le subían al *Bhagat* su cuenco con comida llegaban ahora con sus propios hijos, y cuando se preguntaba a los aldeanos cuánto tiempo llevaba el hombre santo viviendo en el templo de Kali, en la entrada del paso, su respuesta era: «Siempre».

Un verano cayeron en las montañas unas lluvias como no se recordaban en muchas temporadas. Tres meses enteros estuvo el valle envuelto por las nubes, sumido en una niebla que lo empapaba todo; la lluvia caía sin tregua, implacable, y trueno y aguacero se sucedían con insistencia. El templo de Kali se mantuvo casi siempre por encima de las nubes, y el *Bhagat* pasó un mes entero sin ver su aldea, sepultada bajo un suelo de nubes que oscilaba, cambiaba, rodaba sobre sí mismo y se levantaba sin separarse nunca de sus pilares, en los flancos anegados del valle.

En todo este tiempo no oyó Purun Bhagat más que el sonido de un millón de gotas de agua, sobre los árboles y sobre la tierra, goteando entre las acículas de los pinos, chorreando desde las lenguas de los helechos y arañando las laderas hasta formar canales de barro. Al fin salió el sol, y extrajo el incienso de los cedros y los rododendros, y también ese olor limpio y lejano que la gente de las montañas llama «el olor de las nieves». Una semana entera calentó el sol, hasta que las lluvias se concentraron para lanzar su última descarga y el agua cayó como una cortina, descamando la piel de la tierra y provocando salpicaduras de lodo. Purun Bhagat amontonó su leña esa noche, pues estaba seguro de que sus hermanos necesitarían calentarse, pero ni un solo animal se acercó hasta el templo, por más que el hombre santo los llamó hasta que se quedó dormido, preguntándose qué habría ocurrido en los bosques.

En el negro corazón de la noche, cuando la lluvia golpeaba como un millar de tambores, el *Bhagat* se despertó al notar que tiraban de su manta y, estirándose, sintió la mano menuda de un langur.

—Aquí se está mejor que entre los árboles —dijo, adormilado, soltando un pliegue de la manta—, cúbrete con esto. —El mono le agarró de la mano y tiró con fuerza—. ¡Ah! ¿Quieres comida? —preguntó el *Bhagat*—. Espera un momento; te prepararé algo.

Mientras se arrodillaba para echar leña al fuego, el langur corrió hasta la puerta

del altar, canturreó y volvió corriendo, aferrándose esta vez a la rodilla del hombre.

—¿Qué pasa? ¿Qué te preocupa, hermano? —dijo Purun Bhagat, viendo que los ojos del langur estaban llenos de cosas que no podía expresar—. A menos que uno de los tuyos haya caído en una trampa, y aquí nadie viene a tender trampas, no pienso salir con este tiempo. ¡Mira, hermano, también el *barasingh* viene a refugiarse!

La cornamenta del ciervo chocó contra el altar y volvió a chocar contra la estatua sonriente de Kali. El ciervo agachó luego la cabeza en dirección a Purun Bhagat y empezó a piafar con inquietud, resoplando por el hocico casi cerrado.

—*Hat! Hat! Hai*! —dijo el *Bhagat* chasqueando los dedos—. ¿Así es como me pagáis el abrigo que os ofrezco?

Pero el ciervo lo empujó hacia la puerta del templo, y Purun Bhagat oyó entonces el sonido de algo que se abría con un suspiro y vio que dos de las losas del suelo se separaban y que la tierra asomaba sus labios viscosos.

—Ahora lo entiendo —dijo Purun Bhagat—. No es raro que mis hermanos no quieran sentarse junto al fuego esta noche. La montaña se está desmoronando. Pero ¿por qué habría de marcharme? —Su expresión cambió al ver el cuenco de comida vacío—. Me han alimentado a diario desde… desde que llegué, y si no me apresuro mañana no quedará una sola boca en el valle. Debo bajar a avisarles. ¡Apártate, hermano! Deja que me acerque al fuego.

El ciervo retrocedió de mala gana mientras Purun Bhagat introducía una rama de pino en la hoguera y le daba vueltas hasta que prendía bien.

—Has venido a avisarme —dijo incorporándose—. Haremos algo mejor; algo mejor. Préstame ahora tu cuello, hermano, pues yo sólo tengo dos pies.

Se subió a la hirsuta cruz del ciervo, sujetándose con la mano derecha; sostuvo la antorcha con la izquierda y salió del templo para adentrarse en la noche desesperada. No soplaba el viento, pero la lluvia casi ahogaba la antorcha mientras el ciervo corría ladera abajo, deslizándose sobre los flancos traseros. No bien hubieron salido del bosque se unieron a ellos otros hermanos. Aunque el *Bhagat* no veía nada, oía que los langures corrían a su lado y tras ellos gritaba también Sona. La lluvia le aplastaba el largo y blanco pelo, formando trenzas; el agua le salpicaba los pies desnudos, y la túnica amarilla se adhería al cuerpo anciano y frágil del *Bhagat*, pero éste se mantenía firme, inclinado sobre el ciervo. No era ya un hombre santo, sino sir Purun Dass, caballero mayor de la Orden del Imperio indio y primer ministro de un país no precisamente pequeño, un hombre acostumbrado al mando, que se disponía a salvar vidas. Descendieron en tropel por la pendiente encharcada el *Bhagat* y sus hermanos, hasta que las pezuñas del ciervo chasquearon y toparon contra el muro de una era, y el animal bufó, pues percibía el olor del hombre. Se encontraban en la entrada de una de las sinuosas calles de la aldea, y el *Bhagat* golpeó con su bastón las rejas de las ventanas de la casa del herrero, mientras su antorcha brillaba al abrigo de los aleros.

—¡Arriba y afuera! —gritó Purun Bhagat; y no reconoció su propia voz, pues llevaba años sin hablar en voz alta con un hombre—. ¡La montaña se derrumba! ¡La

montaña se derrumba! ¡Arriba y afuera, los que estáis dentro!

—Es nuestro *Bhagat* —dijo la mujer del herrero—. Ha venido con sus animales. Reúne a los pequeños y da el aviso.

El aviso corrió de casa en casa, mientras las bestias, amontonadas en la calle estrecha, se apiñaban alrededor del *Bhagat* y Sona no paraba de resoplar con impaciencia.

Los vecinos salieron corriendo a la calle —no había en la aldea más que setenta almas en total—, y a la luz de las antorchas vieron que su *Bhagat* refrenaba al aterrado ciervo, mientras los monos le tiraban lastimeramente de la túnica y Sona rugía, sentando sobre sus cuartos traseros.

—¡Cruzad el valle y subid a la otra montaña! —gritó Purun Bhagat—. ¡Que nadie se rezague! ¡Nosotros vamos detrás!

Corrieron los aldeanos como sólo corren los montañeses, pues saben que cuando se produce un corrimiento de tierras, hay que trepar lo más arriba posible al otro lado del valle. Cruzaron el río a la carrera, chapoteando, y entre resuellos acometieron el ascenso por las terrazas, seguidos por el *Bhagat* y sus hermanos. Treparon más y más por la montaña, llamándose los unos a los otros, haciendo el recuento de vecinos, mientras el ciervo les pisaba los talones, cargado con Purun Bhagat, que estaba cada vez más débil. El ciervo se detuvo finalmente a la sombra de un frondoso pino, a ciento cincuenta metros sobre el valle. El mismo instinto que lo había prevenido del inminente corrimiento de tierras le indicaba ahora que aquél era un lugar seguro.

Purun Bhagat se dejó caer a su lado, sin fuerzas, pues el frío de la lluvia y la dureza del ascenso lo estaban matando; pero llamó a las antorchas desperdigadas:

—Parad y haced recuento. —Y cuando vio que las luces se arracimaban le susurró al ciervo—. Quédate conmigo, hermano. ¡Quédate… hasta… que… me vaya!

Se oyó un suspiro que creció y se tornó murmullo, y un murmullo que creció y se tornó rugido, y un rugido que ensordeció por completo el oído, y la ladera donde se encontraban los aldeanos fue alcanzada en la oscuridad y se estremeció al recibir el impacto. Después, una nota tan profunda y sostenida como el do bajo de un órgano lo sofocó todo por espacio de unos cinco minutos, haciendo temblar incluso las raíces de los pinos. La nota se extinguió, y el sonido de la lluvia al caer sobre kilómetros de tierra y hierba endurecida se transformó en el tamborileo amortiguado del agua sobre suelo blando. Eso lo decía todo.

Ningún aldeano, ni siquiera el sacerdote, se atrevieron a dirigirse al *Bhagat* que les había salvado la vida. Acuclillados bajo los pinos vieron que lo que antes era bosque y cultivos en terrazas, y pastos ensartados por senderos, se había transformado en una única mancha roja en forma de abanico, con algunos árboles derribados. El rojo ascendía por la montaña en que se habían refugiado y represaba el río, que empezaba a dilatarse como un lago del color del ladrillo. De la aldea, del camino que llevaba hasta el templo, del propio templo, del bosque que había tras él, no quedaba ni rastro. Por espacio de kilómetro y medio a lo ancho y seiscientos

metros hacia abajo, la ladera de la montaña se había desmoronado por completo, barrida de la cabeza a los pies.

Y uno a uno, los aldeanos se arrastraron por el bosque para rezar ante su *Bhagat*. Vieron que el ciervo, que se encontraba junto a él, huía al acercarse ellos, y oyeron a los langures gemir entre las ramas, y a Sona rugirle a la montaña; pero su *Bhagat* había muerto; estaba sentado con las piernas entrecruzadas, la espalda apoyada en un árbol, su bastón bajo la axila, vuelto su rostro hacia el noreste.

Y dijo el sacerdote:

—¡Contemplad este milagro que sucede a otro milagro, pues en esa postura debe enterrarse a todos los *sunnyasis*! Ahí mismo, donde ahora está él, construiremos el templo a nuestro hombre santo.

Construyeron el templo antes de que pasara un año —un pequeño altar de piedra y tierra—, y bautizaron a la montaña con el nombre de monte del Bhagat; y allí le rinden culto, con velas, flores y ofrendas, hasta el día de hoy. No saben, sin embargo, que el santo al que veneran es el difunto sir Purun Dass, caballero mayor de la Orden del Imperio indio, Doctor en Derecho y en Filosofía, etc., antiguo primer ministro del ilustrado y desarrollado estado de Mohiniwala, y miembro honorario o activo de más sociedades científicas y doctas de las que este mundo o el otro necesitan.

LOS CONSTRUCTORES DEL PUENTE

Lo menos que esperaba Findlayson, funcionario del Departamento de Obras Públicas, era la distinción de compañero del Imperio indio, aunque soñaba con la de compañero de la Estrella india; de hecho, sus amigos aseguraban que merecía más. Había soportado por espacio de tres años el frío y el calor, la decepción y la ausencia de comodidades, el peligro y la enfermedad, y cargado con una responsabilidad casi excesiva para un solo par de hombros; y día tras día, a lo largo de ese período, el gran puente de Kashi sobre el Ganges había crecido bajo su dirección. En menos de tres meses si todo iba bien, su excelencia el virrey inauguraría el puente vestido de gala, un arzobispo lo bendeciría, el primer tren cargado de tropas pasaría sobre él y se pronunciarían discursos.

El ingeniero Findlayson se encontraba sentado en una vagoneta, en una línea de construcción que discurría por una de las principales escolleras —las enormes defensas de piedra levantadas en ambas orillas del río que abarcaban cinco kilómetros de norte a sur—, y se permitió pensar en el final. Incluidos sus accesos, la obra de Findlayson alcanzaba una longitud de dos kilómetros ochocientos metros: un entramado de vigas atadas con un tirante ideado por el propio Findlayson y soportado por veintisiete pilares de ladrillo. Cada uno de estos pilares medía siete metros de diámetro, se había revestido con piedra roja de Agra y se hundía a veinticinco metros de profundidad en el lecho arenoso del Ganges. Una vía férrea de cuatro metros y medio de ancho pasaba por encima del puente, y sobre ésta, a su vez, discurría un paso de carros de cinco metros y medio, flanqueado por dos caminos para el tránsito a pie. A ambos lados se alzaban las torres de ladrillo rojo, provistas de aspilleras para el fuego de mosquete y de troneras para los cañones, y la rampa del camino avanzaba hacia sus flancos. Centenares de mulas cargadas con sacos de tierra ascendían penosamente por los abruptos terraplenes desde la enorme zanja de préstamo, y el aire ardiente de la tarde se hinchaba con el ruido de los cascos, el chasquido de las varas de los carreteros y el rumor de la tierra al desprenderse y rodar. El caudal del río estaba muy bajo, y, sobre la cegadora arena blanca que se distinguía entre los tres pilares centrales, se asentaban las jaulas achaparradas donde se transportaban las traviesas, rellenas de barro por dentro y revestidas de barro por fuera, para soportar las hormas de las vigas a medida que éstas se iban remachando. En las escasas zonas de agua profunda que había dejado la sequía, una grúa de pórtico se desplazaba de acá para allá sobre sus cojinetes, colocando las piezas de hierro en su lugar, resollando, retrocediendo y barritando como un elefante en el aserradero. Los remachadores se contaban por cientos; hormigueaban por los costados de la estructura y por el tejado de hierro de la vía, colgados de un andamiaje invisible construido bajo las panzas de las vigas, se apiñaban en torno al cuello de los pilares y

caminaban sobre el voladizo de los montantes del camino destinado al peaje; sus hornillos, y las lenguas de fuego que respondían a cada golpe de martillo, no pasaban del amarillo pálido, tal era el resplandor del sol. Al este y al oeste, al norte y al sur, traqueteaban y chirriaban las locomotoras de carga en su ir y venir por los terraplenes, y a su zaga rebotaban las vagonetas cargadas de piedra marrón y blanca, hasta que se abrían sus laterales para verter, con enorme estrépito, otros varios miles de toneladas de material, destinado a contener las aguas del río.

El ingeniero Findlayson se volvió en su vagoneta para contemplar el rostro del paisaje transformado por sus manos a once kilómetros a la redonda. Observó de nuevo el bullicio en la aldea donde vivían cinco mil obreros; miró corriente arriba y corriente abajo, siguiendo la línea de las escolleras y de la arena, y dirigió la vista al otro lado del río, donde los pilares más alejados se tornaban difusos en la neblina; miró luego arriba, hacia las torres de vigilancia —sólo él sabía lo sólidas que eran—, y con un suspiro de satisfacción vio que su obra era buena. Ante sus ojos, bajo la luz del sol, se levantaba su puente, cuando faltaban tan sólo unas semanas de trabajo en las vigas de los tres pilares centrales; su puente tosco y feo como el pecado original, pero genuino y capaz de perdurar cuando toda memoria de su constructor, sí, incluso de su magnífico tirante, se hubiera extinguido. La obra estaba prácticamente terminada.

Hitchcock, el ayudante de Findlayson, se acercaba a medio galope sobre un poni kabuleño de cola trenzada que, merced a su prolongada experiencia, podía trotar con seguridad sobre un simple caballete. Hitchcock saludó a su jefe con un asentimiento de cabeza y, sonriendo, dijo:

—Casi.

—En eso estaba pensando —respondió Findlayson—. No es un mal trabajo para dos hombres, ¿verdad?

—Uno… y medio. ¡Cuando llegué no era más que un novato de Coopers Hill[7]!

Hitchcock se sentía muy viejo tras la multitud de experiencias vividas en los tres últimos años, que le habían enseñado poder y responsabilidad.

—Eras un muchacho sin experiencia —dijo Findlayson—. Me pregunto cómo te sentará la vuelta al trabajo de oficina cuando esto haya concluido.

—¡Será espantoso! —aseguró el ayudante, y, siguiendo la mirada de su jefe, murmuró—. ¿Verdad que es espléndido?

—Creo que seguiremos juntos —dijo Findlayson como para sí—. Eres demasiado valioso para dejarte en manos de otro. Eras un novato y ahora te has convertido en ayudante. ¡Y serás mi asistente personal en Simia si este asunto me depara algún mérito!

El peso del trabajo había recaído por completo sobre Findlayson y su ayudante, el joven al que había elegido por su impericia, para moldearlo según sus propias necesidades. Contaba con medio centenar de contratistas —montadores y remachadores europeos, llegados de los talleres del ferro carril, y unos veinte

subordinados blancos y mestizos encargados de dirigir, bajo supervisión, a las cuadrillas de obreros—, pero nadie como ellos dos, que confiaban el uno en el otro, sabía hasta qué punto no se podía confiar en el trabajo de los subordinados. En numerosas ocasiones se habían visto puestos a prueba ante contingencias inesperadas —el deslizamiento de un brazo de grúa, la rotura de una plancha, el fallo de una cabria o la furia del río—, y en ninguna situación se había revelado un hombre a quien Findlayson y Hitchcock pudieran felicitar por haber trabajado con tanto ahínco como ellos. Findlayson lo pensaba desde el principio: meses de papeleo destruidos de golpe cuando, en el último momento, el gobierno de la India decidía añadir cinco centímetros al ancho del puente, como si los puentes se construyesen recortando papel, arruinando con ello como poco media hectárea de cálculos, y Hitchcock, que no estaba acostumbrado a ese tipo de decepciones, hundía la cabeza entre los brazos y se echaba a llorar; preocupantes retrasos en la firma de los contratos en Inglaterra; inútiles intercambios epistolares que insinuaban importantes comisiones por el simple procedimiento de hacer la vista gorda ante una, tan sólo una remesa de materiales de dudosa calidad; la guerra posterior a la negativa; la cortés y minuciosa obstrucción que sucedió a la guerra, hasta que el joven Hitchcock, acumulando dos meses de permiso y pidiendo prestados diez días a Findlayson, dilapidó sus modestos ahorros de todo un año en un desesperado viaje a Londres, donde, según él mismo aseguraba y más tarde corroboraron las remesas posteriores, logró infundir el temor de Dios en un hombre tan poderoso que sólo temía al Parlamento y así lo había proclamado siempre hasta que, en esa cena, en su propia mesa, Hitchcock lo acosó sin tregua y el otro… acabó por tener miedo del puente de Kashi y de todos cuantos hablasen en su nombre. Luego fue el cólera el que una noche se presentó en la aldea situada junto a las obras del puente, y tras el cólera estalló la viruela. La malaria siempre había estado con ellos. Hitchcock había sido nombrado magistrado de tercera, con facultad para emplear el látigo en aras del buen gobierno de la comunidad, y Findlayson comprobó que ejercía sus poderes con moderación, aprendiendo lo que podía pasar por alto y lo que no debía tolerar. Fue un larguísimo sueño que incluyó tormentas, crecidas, fallecimientos de toda clase y manera, y violentos ataques de ira ante los trámites burocráticos, capaces de volver loco a un hombre sabedor de que su cabeza debe estar ocupada en otros asuntos; sequía, precarias condiciones de salubridad y falta de recursos financieros; nacimientos, bodas, funerales y disturbios en la aldea, donde convivían veinte castas guerreras; discusiones, quejas, persuasión y la oscura desesperación del hombre que se va a la cama dando gracias por el rifle que guarda intacto en un estuche. Tras todo ello se elevaba la negra estructura del puente de Kashi —ancha a ancha, viga a viga y arco a arco—, y cada una de sus vigas evocaba a Hitchcock, el hombre de una pieza que, sin desfallecer, había permanecido junto a su jefe desde el principio hasta el final.

Así pues, el puente era obra de dos hombres… eso sin contar a Peroo, quien sí se contaba a sí mismo. Peroo era un *lascar* («marinero») de Bulsar, de la casta jarva, que

conocía todos los puertos entre Rockhampton y Londres y había alcanzado el rango de *serang* («contramaestre») en los barcos de la British India, hasta que, harto de revistas rutinarias y de ropa limpia, abandonó el servicio y se marchó tierra adentro, donde un hombre de su calibre podía tener la seguridad de encontrar trabajo. Por sus conocimientos de poleas y su manejo de objetos pesados, Peroo podría haber puesto a sus servicios cualquier precio que se le hubiera antojado, pero era la tradición lo que decretaba el salario de los hombres que manejaban las grúas, y no estaba a su alcance obtener tantas monedas de plata como hubiese merecido. Ni las corrientes de agua ni las alturas extremas eran capaces de amilanarlo, y sabía ejercer su autoridad, como contramaestre que había sido. No había pieza de hierro que por su gran tamaño o su difícil situación Peroo no lograse levantar, ideando para ello el artilugio adecuado: un apaño combado y suelto en los extremos, que Peroo aparejaba con escandalosa verborrea, si bien resultaba perfecto para la ocasión. Fue Peroo quien salvó de la destrucción la viga del pilar número siete cuando el nuevo cable se atascó en el ojo de la grúa y la enorme plancha que colgaba de las eslingas amenazó con deslizarse lateralmente. Los obreros nativos perdieron la cabeza y se pusieron a gritar, mientras una viga en T caía y le rompía a Hitchcock el brazo derecho; el joven se puso el brazo en cabestrillo con el abrigo abotonado, se desmayó y, cuando volvió en sí, continuó dirigiendo la operación durante cuatro horas, hasta que Peroo, desde lo alto de la grúa, anunció, «¡Listo!», y la viga pasó a ocupar su posición. No había nadie como Peroo, el *serang*, para azotar, someter a escarnio o contener a los obreros, para manejar la maquinaria pesada, para izar con destreza una locomotora que hubiera caído en la zanja de préstamo; para desnudarse y zambullirse, en caso necesario, con el fin de comprobar si los bloques de hormigón que rodeaban los pilares resistían el azote de Madre Gunga, o para aventurarse río arriba, en una noche de monzón, e informar sobre el estado de las escolleras en las orillas. Peroo no temía interrumpir las deliberaciones de campo de Findlayson y Hitchcock hasta que su maravilloso inglés, o su aún más extraordinaria lengua franca, mitad portugués, mitad malayo, se le agotaba, y se veía entonces obligado a sacar la cuerda para mostrar los nudos que recomendaba para la ocasión. Dirigía su propia cuadrilla de encargados de polea, un grupo de misteriosos parientes llegados desde Kutch Mandvi que fue reuniendo mes a mes y al que sometió a las más duras pruebas. Jamás toleraba que por razones de parentesco le temblara la mano o se le fuera la cabeza con los empleados. «Mi honor es el honor de este puente», le decía al que estaba a punto de ser despedido. «¿Qué me importa a mí tu honor? Vete a trabajar a un barco de vapor. Sólo vales para eso».

El pequeño grupo de casetas donde vivían Peroo y su cuadrilla rodeaba la destartalada choza de un sacerdote marino que jamás había estado en alta mar, si bien fue el elegido como consejero espiritual por dos generaciones de marineros errantes ajenos tanto a las misiones portuarias como a las creencias que algunas instituciones instaladas a orillas del Támesis intentan inculcar en los marinos. El sacerdote de los *lascars* no tenía nada que ver con la casta de éstos, ni en realidad con ninguna otra.

Se alimentaba con las ofrendas de sus fieles, dormía, fumaba y volvía a dormir, «porque», decía Peroo, que lo había arrastrado mil kilómetros tierra adentro, «es un hombre muy santo. No le importa lo que comas, con tal de que no comas vaca; y eso está bien, porque los jarvas veneramos a Shiva en tierra, pero en la mar, cuando estamos en los barcos de la Compañía cumplimos estrictamente las órdenes del *burra malum* (“el primer oficial”), y en este puente obedecemos a sahib Finlinson».

Sahib Finlinson había ordenado ese día retirar los andamios de la torre de vigilancia de la margen derecha, y Peroo desmontaba con su cuadrilla los palos y las planchas de bambú, con la misma rapidez con que descargarían a latigazos un barco de cabotaje.

Desde su vagoneta, Findlayson oía el silbato de plata del contramaestre y los crujidos y el estruendo de las poleas. Peroo estaba de pie sobre el caballete de la torre, vestido con el sobretodo azul de su abandonado oficio de marino, y cuando Findlayson le advirtió que tuviese cuidado, pues no era la suya una vida para desperdiciar alegremente, se agarró al último palo y, con la mano puesta sobre los ojos a modo de visera, al estilo de los navegantes, lanzó el prolongado grito del vigía: «*Ham dekhta hai*». («Ya estoy poniendo cuidado»), Findlayson se echó a reír y suspiró. Hacía muchos años que no veía un vapor y sentía nostalgia de su hogar. Cuando su vagoneta pasó por debajo de la torre, Peroo se descolgó por una cuerda, como un mono, y anunció a gritos:

—Ya parece que está bien, sahib. Nuestro puente está casi terminado. ¿Qué cree que dirá Madre Gunga cuando el ferrocarril le pase por encima?

—Hasta el momento ha dicho poco. Nunca ha sido Madre Gunga quien nos ha retrasado.

—Siempre hay tiempo para ella, y además sí que nos ha retrasado. El sahib se olvida de la crecida del otoño pasado, cuando las gabarras se hundieron sin previo aviso… o con un aviso de sólo medio día.

—Sí, pero llegados a este punto sólo una gran crecida podría afectarnos. Los puntales de la margen oriental están resistiendo bien.

—La Madre Gunga lo devora todo. Siempre habrá espacio para más piedras en las escolleras. Cuando se lo digo a *sahib chota* («pequeño amo») —en alusión a Hitchcock—, se echa a reír.

—Descuida, Peroo. Otro año podrás construir un puente a tu manera.

El *lascar* sonrió y dijo:

—En ese caso no será como éste, con los cimientos hundidos bajo el agua, igual que se hundió el *Quetta*. A mí me gustan los puentes de sus-sus-pen-sión, que vuelan de orilla a orilla, con un gran estribo, como una pasarela. Así el agua no puede hacerles daño. ¿Cuándo piensa el sahib inaugurar el puente?

—Dentro de tres meses, cuando refresque.

—¡Ja! ¡Ja! Es igual que el *burra malum*, que duerme mientras los demás trabajaban y luego sube a cubierta, te toca con un dedo y dice: «¡Esto no está limpio!

¡Maldito simio!».

»Pero el sahib no me llama “maldito simio”. No, sahib.

Ése no sube a cubierta hasta que todo el trabajo está hecho.

Hasta el *burra malum* del *Nerbudda* dijo una vez en Tuticorin…

—¡Anda, márchate! Estoy ocupado.

—¡Yo también! —dijo Peroo, con expresión imperturbable—. ¿Puedo coger el bote de remos para echar un vistazo a las escolleras?

—¿Y sujetarlas con tus propias manos? Creo que pesan mucho.

—No, sahib. Verá usted. En alta mar, en las Aguas Negras, hay espacio suficiente cuando las olas te azotan arriba y abajo. Aquí no hay espacio. Hemos encerrado el río en un dique y ahora lo hacemos correr entre sillares de piedra.

Findlayson sonrió al oír que Peroo decía «hemos».

—Lo hemos frenado y lo hemos embridado. El río no es como el mar, que puede batir contra una playa de blanda arena. Es la Madre Gunga… con grilletes. —La voz de Peroo se debilitó ligeramente.

—Peroo, tú has recorrido mucho más mundo que yo. Dime una cosa sinceramente. ¿Hasta qué punto crees en la Madre Gunga, con el corazón?

—Creo todo lo que dicen nuestros sacerdotes. Londres es Londres, sahib. Sidney es Sidney, y Port Darwin es Port Darwin. La Madre Gunga es la Madre Gunga, y cuando regreso a sus orillas lo sé y la venero. En Londres hacía el *puyah* («veneración») en el gran templo construido junto al río en honor a Dios… Sí, no llevaré los almohadones en la barca.

Findlayson montó su caballo y fue al trote hasta el bungalow que compartía con su ayudante. Ese lugar había sido su hogar durante los tres últimos años. Allí se había achicharrado de calor, había sudado con las lluvias y temblado de fiebre bajo el tosco tejado de paja; la pared encalada se había ido cubriendo poco a poco de bocetos y fórmulas matemáticas, y en la avejentada estera del porche fue marcándose la senda de su solitario ir y venir. El trabajo de un ingeniero no se reduce a las ocho horas preceptivas, y la informal cena con Hitchcock resultaba siempre estimulante: se quedaban fumando un cigarro y escuchaban el rumor en la aldea cuando las cuadrillas subían desde el río y las luces empezaban a parpadear.

—Peroo se ha llevado tu yola para dar un paseo por las escolleras. Va con un par de sobrinos, apoltronado en la proa como un almirante —anunció Hitchcock.

—Lo sé. Se le ha metido algo en la cabeza. Lo normal sería suponer que después de diez años en los barcos de la British India hubiera olvidado su religión por completo.

—Y así es —dijo Hitchcock, riendo entre dientes—. El otro día oí de pasada una conversación de lo más atea entre él y ese gurú viejo y gordo. Peroo negaba la eficacia de la oración, y quería que el gurú se hiciese a la mar con él para presenciar un temporal y demostrar si era capaz de detener al monzón.

—Da lo mismo, si te llevaras de aquí a su gurú, nos abandonaría de inmediato.

Me ha contado que cuando estaba en Londres iba a rezar a la catedral de San Pablo.

—A mí me dijo que cuando entró por primera vez en una sala de máquinas, siendo un muchacho, le rezó al cilindro de baja presión.

—Pues tampoco es mala cosa para rezarle. Ahora quiere congraciarse con sus dioses y está empeñado en saber qué pensará la Madre Gunga de este puente que le pasa por encima. ¿Quién va?

Una sombra oscureció el umbral de la puerta para entregarle un telegrama a Hitchcock.

—La Madre Gunga ya debería estar acostumbrada a estas alturas. Sólo es un telegrama. Debe de ser la respuesta de Ralli sobre los nuevos remaches… ¡por todos los santos! —Hitchcock se puso en pie de un salto.

—¿Qué sucede? —preguntó Findlayson, quitándole el telegrama de las manos—. «Esto» es lo que piensa la Madre Gunga, ¿no es así? —observó mientras leía—. Tranquilo, muchacho. Estamos hechos para este trabajo. Veamos. El cable de Muir es de hace una hora: «Inundaciones en el Ramgunga. Cuidado». Bien, eso significa que faltan… una, dos… nueve lloras y media para que la riada llegue a Melipur Ghaut, más siete, son dieciséis y media hasta Lataoli. Digamos que quince horas antes de que llegue hasta aquí.

—¡Maldita cloaca ese Ramgunga que se alimenta de las montañas! Findlayson, esto ocurre dos meses antes de lo que nadie podía haber previsto, y la margen izquierda sigue cubierta de materiales. ¡Dos meses antes de tiempo!

—Así son las cosas. Hace sólo veinticinco años que conozco los ríos indios y no pretendo entenderlos. Otro *tar*. —Findlayson abrió el telegrama—. Esta vez es de Cockran, desde el canal del Ganges. «Lluvias intensas. Malo». Se podía haber ahorrado la última palabra. Bueno, no queremos saber nada más. Pondremos a las cuadrillas a trabajar toda la noche para limpiar el lecho del río. Tú te ocuparás de la orilla oriental y avanzarás desde allí hasta encontrarte conmigo en el centro. Meted todo lo que flote debajo del puente; la corriente ya arrastrará por sí sola suficientes barcos para dejar que las gabarras embistan contra los pilares. ¿Qué tienes en la orilla oriental que sea necesario proteger?

—Un pontón; un pontón grande con la grúa de pórtico encima. La otra grúa de pórtico está en el pontón reparado, con los remaches de la carretera desde el pilar veinte hasta el veintitrés, dos líneas de tracción y un ramal. Ahora veremos si esa mole resiste —dijo Hitchcock.

—Muy bien. Retira todo lo que encuentres. Les daremos a los hombres otros quince minutos, para que puedan cenar.

Había junto al porche un gong nocturno de gran tamaño que sólo se usaba en caso de inundación o de incendio en la aldea. Hitchcock pidió un caballo, y ya se había marchado a su zona del puente cuando Findlayson cogió el mazo enrollado en tela para golpear con ese movimiento de fricción que arranca del metal un trueno en toda su plenitud.

Mucho antes de que la última vibración se hubiera extinguido, todos los gongs de la aldea repetían la advertencia. A ellos se sumó la ronca voz de las caracolas en los pequeños templos, el latido de los tambores y los tantanes; y en los barrios europeos, donde vivían los remachadores, la corneta de McCartney, un arma ofensiva en domingo y en días de fiesta, que lanzaba su desesperado rebuzno llamando a las caballerizas. Una tras otra respondieron con su silbato las locomotoras penosamente arrastradas por las vías muertas tras concluir su trabajo del día, hasta que su advertencia fue respondida desde la otra orilla. Por tres veces sonó el gran gong para indicar que no era un incendio sino una inundación; caracola, tambor y silbato reprodujeron la llamada, y la aldea se estremeció con un tamborileo de pies descalzos corriendo sobre la tierra blanda. La orden era la misma en todos los casos: dirigirse al puesto de trabajo del día y aguardar instrucciones. Las cuadrillas afluían en la penumbra del anochecer; se detenían los hombres para anudar un taparrabos o ceñir una sandalia; los capataces gritaban a sus subordinados mientras corrían o se paraban junto a los cobertizos donde guardaban las herramientas, para aprovisionarse de barras y azadones. Las locomotoras avanzaban sobre las vías, adentrándose entre la multitud; hasta que el pardo torrente desapareció en la oscuridad del río, corrió sobre la mole del puente, se distribuyó hormigueando a lo largo de la estructura, se arremolinó junto a las grúas y se detuvo: cada hombre ocupaba su lugar.

El apesadumbrado latido del gong emitió entonces la orden de recoger todo y trasladarlo por encima de la línea de crecida, y cientos de faroles iluminaron la oscura telaraña de hierro al iniciar los remachadores su frenética noche de trabajo, ante la inminente inundación. Las vigas de los tres pilares centrales —los que se hundían en el lecho del río— va estaban casi aseguradas. Sólo necesitaban reforzarlas con tantos remaches como fuera posible, pues a buen seguro que la riada se llevaría sus cimientos y el forjado cedería hasta asentarse sobre los topes de piedra si no se remataban bien los extremos. Un centenar de palancas se afanaba en las traviesas de la línea provisional que abastecía a los pilares que aún no estaban terminados. Se levantó la vía tramo a tramo, se cargó el material en las vagonetas y se transportó hasta la orilla, por encima de la línea de crecida, junto a las quejumbrosas locomotoras. Los cobertizos de las herramientas, construidos en los arenales, desaparecieron ante la llegada de los rugientes ejércitos, y con ellos todas las provisiones procedentes de los depósitos gubernamentales: cajas de hierro para los remaches, alicates, tenazas, recambios para las remachadoras, bombas de repuesto y cadenas. Lo último que subirían desde el río sería la gran grúa, que izaba los materiales pesados hasta la estructura principal del puente. Los bloques de hormigón, apilados en la flota de gabarras, se lanzaban por la borda de las embarcaciones allí donde el nivel del agua lo permitía, con el fin de proteger los pilares, y, una vez vacías, las gabarras eran arrastradas con una pértiga por debajo del puente. Era aquí donde con mayor intensidad sonaba el silbato de Peroo, que a la primera llamada del gong había regresado con la yola a toda velocidad y, con el torso descubierto,

trabajaba junto a los suyos por el honor y la fama, que son mejores que la vida.

—Sabía que el río hablaría —vociferaba Peroo—. Lo sabía, aunque el telégrafo nos haya advertido a tiempo. ¡Ah, hijos de inconcebible origen, hijos de indescriptible vergüenza!, ¿es que estamos aquí sólo para mirar esta cosa? —No era más que medio metro de cable con las puntas deshilachadas y, sin embargo, Peroo obró maravillas con él, saltando de regala en regala y vociferando en la jerga del mar.

A Findlayson le preocupaban las gabarras más que ninguna otra cosa. McCartney, con sus cuadrillas, levantaba una barrera en los extremos de los tres arcos dudosos, porque si la crecida era grande, las embarcaciones a la deriva podían dañar los pilares; y había una auténtica flota en el angosto canal.

—Dejadlas tras el contrafuerte de la torre —le ordenó a Peroo—. El agua se remansará allí. Pasadlas por debajo del puente.

—*Aecha*! («Muy bien»). Lo sé; las estamos amarrando con cable —fue la respuesta—. ¡Eh! ¡Escuche cuánto trabaja *sahih chota*!

Del otro lado del río llegaba el silbido casi continuo de las locomotoras, acompañado del estrépito de la piedra. Hitchcock lanzaba en el último minuto varios cientos de vagonetas cargadas con piedra de Tarakee para reforzar las escolleras y los muros de contención.

—El puente desafía a la Madre Gunga —dijo Peroo con una risotada—. Pero ya veremos quién grita más fuerte cuando ella hable.

Los hombres desnudos trabajaron durante horas, voceando bajo sus faroles. Era una calurosa noche sin luna, oscurecida por las nubes y el repentino aguacero, que produjo gran consternación en Findlayson.

—¡Se mueve! —anunció Peroo justo antes del amanecer—. ¡La Madre Gunga ha despertado! —Metió una mano en el agua desde el costado de una barca y notó el farfullar de la corriente. Una ola pequeña golpeó contra un pilar, sonando como una bofetada seca.

—Seis horas antes de tiempo —señaló Findlayson, frotándose la frente de un modo enloquecido—. Ya no podemos confiar en nada. Más vale que nos alejemos del río.

El gran gong volvió a sonar y a la segunda advertencia estalló un fragor de pies descalzos y un estridor de hierro; cesó el repicar de las herramientas. Se oyó en medio del silencio el ronco bostezo del agua al arrastrarse sobre la arena sedienta.

Uno tras otro, los capataces pasaron la voz de que la zona del lecho del río donde Findlayson se había apostado junto a la torre de vigilancia ya estaba despejada, y cuando se extinguió el último aviso, Findlayson corrió por el puente hasta el lugar donde las planchas de hierro del paso de carros daban acceso al camino provisional que discurría sobre los tres pilares centrales, y allí se encontró con Hitchcock.

—¿Todo despejado en tu zona? —preguntó Findlayson. El susurro resonó en la estructura de hierro.

—Sí, y en este momento están rellenando el canal oriental. Hemos errado en los

cálculos por completo. ¿Cuándo llegará la inundación?

—Es imposible saberlo. El río está subiendo muy deprisa. ¡Mira! —Findlayson señaló hacia las planchas que tenía bajo los pies, donde la arena, abrasada y maltratada por meses de trabajo, comenzaba a murmurar y a borbotear.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hitchcock.

—Pasar lista, hacer recuento de provisiones, agacharnos y rezar por el puente. No se me ocurre nada más. Buenas noches. No arriesgues la vida intentando pescar nada que arrastre la corriente.

—¡Seré tan prudente como tú! Buenas noches. ¡Madre mía, cómo está subiendo! ¡Y ahora empieza a llover de verdad!

Findlayson regresó a su orilla, pasando junto a los últimos remaches de McCartney. Las cuadrillas se habían desperdigado por los muros de contención, ajenas a la fría lluvia del amanecer, y allí esperaban la riada. Sólo Peroo mantenía a sus hombres agrupados tras el contrafuerte de la torre de vigilancia, donde habían amarrado las gabarras, proa con popa, con ayuda de guindalezas, cables y cadenas.

Un estridente gemido, que creció hasta convertirse en grito mitad de asombro mitad de terror, recorrió la fila que formaban las cuadrillas: el rostro del río se tornó blanco de orilla a orilla entre las barreras de piedra, y las escolleras más alejadas estallaron en chorros de espuma. La Madre Gunga se desbordaba precipitadamente, y una pared de agua de color chocolate era su mensajera. Un grito se elevó sobre el rugido del agua; era la protesta de los arcos que cedían sobre sus cimientos al arremolinarse la arena en el lecho del río. Las gabarras gruñían y entrechocaban en el torbellino que giraba alrededor del machón de la torre, elevando cada vez más sus torpes mástiles contra la oscura línea del cielo.

—Antes de quedar encerrada entre estos muros sabíamos lo que podía hacer Madre Gunga. ¡Ahora que está atrapado sólo Dios sabe lo que hará! —exclamó Peroo, observando el enfurecido remolino alrededor de la torre de vigilancia—. ¡Eh! ¡Lucha! ¡Pelea con ahínco, pues así es como se agota una mujer!

Pero la Madre Gunga no luchaba como Peroo deseaba. Pasada la primera avalancha no llegaron nuevas paredes de agua, pero el cuerpo del río se alzó como una serpiente para beber en pleno verano, barriendo los muros de contención y ascendiendo por detrás de los pilares, hasta que incluso Findlayson empezó a calcular de nuevo la solidez de su obra.

La población se quedó boquiabierta al rayar el día.

—Anoche —se decían los hombres unos a otros— había un pueblo junto al río. ¡Y ahora mira!

Miraban y volvían a asombrarse de la profundidad del agua, de la velocidad con que pasaba lamiendo el cuello de los pilares. La orilla contraria estaba velada por la lluvia, bajo la cual se dilataba y se borraba el puente; aguas arriba, las escolleras apenas se distinguían por los remolinos y los chorros de espuma, y cauce abajo el encarcelado río, liberado de sus grilletes, se extendía hasta el horizonte como un mar.

Pasaban veloces los cadáveres de hombres y bueyes arrollados por el agua, o un trozo de tejado de paja que se deshacía al chocar contra un pilar.

—Una gran crecida —observó Peroo, y Findlayson asintió.

Tan grande que no tenía ningunas ganas de presenciarla. Su puente resistiría lo que el río arrastraba consigo, aunque no por mucho tiempo, y si por una de entre mil probabilidades los cimientos se debilitaban, la Madre Gunga se llevaría el honor de Findlayson junto con el resto de los destrozos hasta el mar. Lo peor de todo era que no podían hacer nada más que quedarse sentados; y eso hizo Findlayson, quedarse sentado bajo su impermeable hasta que el casco se le deshizo en la cabeza y las botas se hundieron en el lodo más allá de los tobillos. No llevaba la cuenta del tiempo, pues era el río quien marcaba las horas centímetro a centímetro y metro a metro a lo largo de los muros de contención, y Findlayson escuchaba, entumecido y hambriento, el combate de las gabarras, el trueno hueco bajo los pilares y los cientos de sonidos que acompañan a una riada. Un criado empapado le llevó algo de comida, pero Findlayson no quiso comer, y en una ocasión le pareció oír el débil silbato de una locomotora al otro lado del río, lo que le hizo sonreír. El hundimiento del puente sería un golpe en absoluto desdeñable para su ayudante, pero Hitchcock era un hombre joven, con toda su carrera por delante. Para Findlayson, sin embargo, ese golpe lo significaba todo; todo lo que hacía que valiese la pena vivir una vida tan dura. Eso dirían sus colegas… Recordó los compasivos comentarios que él mismo había hecho cuando la planta depuradora de Lockhart reventó y cayó formando grandes montañas de ladrillo y lodo, y a Lockhart se le partió el alma y murió poco después. Recordó lo que dijo cuando un gran ciclón se llevó el puente de Sumao, en la costa; pero sobre todo recordó la cara de Hartopp, tres semanas después, marcada por la vergüenza. Su puente doblaba al de Hartopp en tamaño, y llevaba el tirante de Findlayson, además del nuevo calzado de pilar, el calzado con perno de Findlayson. En su trabajo no valían las excusas. El gobierno podía llegar a escucharlo, pero sus colegas lo juzgarían por su puente, en función de que éste aguantara o cayera. Re pasó mentalmente toda la construcción, plancha a plancha, tramo a tramo, ladrillo a ladrillo, pilar a pilar, recordando, comparando, estimando y revisando sus cálculos de nuevo en busca de algún error; y entre las largas horas y el vuelo de las fórmulas matemáticas que bailaban y daban vueltas ante sus ojos, un temor frío atenazó su corazón. Sus cálculos eran incuestionables, pero ¿qué sabía el hombre de la aritmética de la Madre Gunga? Por más que lo comprobara todo con la tabla de multiplicar, el río era capaz de abrir un agujero en la base de cualquiera de los pilares de veinticuatro metros que sustentaban su reputación. Un criado volvió a llevarle comida, pero Findlayson tenía la boca seca y sólo podía beber y regresar a los decimales en su cerebro. El río seguía creciendo. Peroo, acuclillado bajo una chaqueta de esterilla, observaba ora a su jefe ora el rostro del río, pero no decía nada.

El *lascar* se levantó al fin para encaminarse a la aldea, hundiéndose en el fango, si bien tuvo la precaución de dejar a uno de los suyos vigilando las gabarras.

Regresó al cabo de un rato, caminando irreverentemente por delante de su sacerdote, un hombre gordo con la barba gris azotada por el viento y la empapada túnica volando sobre sus hombros. Jamás se había visto a un gurú de aspecto tan lamentable.

—¿De qué sirven las ofrendas y las lamparillas de queroseno y el grano seco —gritaba Peroo—, cuando lo único que puedes hacer es sentarte en el lodo? Has pasado mucho tiempo tratando con los dioses cuando estaban contentos y no nos deseaban ningún mal. Ahora están enfadados. ¡Habla con ellos!

—¿Qué puede un hombre contra la cólera de los dioses? —gimió el sacerdote, acobardándose cuando el viento lo azotaba—. Déjame volver al templo para rezar desde allí.

—¡Hijo de puerca! ¡Reza aquí! ¿Es que no vamos a recibir nada a cambio del pescado en salazón y el curry y las cebollas secas? ¡Llámalos! Dile a la Madre Gunga que ya basta. Pídele que se tranquilice esta noche. Yo no puedo rezar, pero he trabajado en los barcos de la Cumpañía, y cuando los hombres no obedecían mis órdenes, los… —remató la frase haciendo restallar un trozo de cable, y el sacerdote se apartó de su discípulo y huyó corriendo hacia la aldea.

—¡Cerdo seboso! —exclamó Peroo—. ¡Después de todo lo que hemos hecho por él! Cuando pase la riada me ocuparé de buscar un nuevo gurú. Está oscureciendo, sahib Finlinson, y no ha comido nada desde ayer. Sea sensato, sahib. Ningún hombre puede soportar la espera y las preocupaciones con las tripas vacías. Acuéstese un poco, sahib. El río hará lo que quiera.

—El puente es mío; no puedo dejarlo.

—¿Acaso piensa sostenerlo con sus propias manos? —preguntó Peroo con una carcajada—. Yo estaba preocupado por mis barcos y mis escolleras antes de la riada. Ahora estamos en manos de los dioses. ¿No quiere el sahib comer y acostarse un rato? En ese caso, tenga esto. Es como carne y alcohol de palma al mismo tiempo; aniquila el cansancio y la malaria que sucede a las lluvias. Yo no he comido otra cosa en todo el día.

Se sacó una pequeña lata de tabaco del empapado cinturón y se la lanzó a Findlayson, diciendo:

—No tema. No es más que opio… puro opio de Malwa.

Findlayson se puso dos o tres bolitas de color marrón oscuro en la palma de la mano y se las tragó, casi sin pensarlo. Al menos era un buen remedio contra la malaria, contra la fiebre que ascendía por su cuerpo desde la humedad del lodo, y Findlayson había visto lo que Peroo era capaz de hacer bajo las densas nieblas del otoño con la fuerza que le proporcionaba una sola dosis de aquella cajita.

Peroo asintió, con brillo en los ojos.

—En muy poco… en muy poco, el sahib verá cómo vuelve a pensar con claridad. Yo también tomaré un poco… Metió la mano en su preciada lata, se cubrió la cabeza y se acuclilló para vigilar las gabarras. Estaba demasiado oscuro para ver más allá del

primer pilar, y la noche parecía proporcionar al río nuevas fuerzas. Findlayson seguía de pie, la barbilla apoyada en el pecho, pensando. Había un detalle de uno de los pilares —el séptimo— que no lograba aclarar. Los números no acudían a su cabeza de inmediato, sino uno a uno y tras enormes intervalos de tiempo. Sentía en sus oídos un sonido intenso y melodioso, como la nota más grave de un contrabajo, un sonido hipnótico que le hizo reflexionar durante horas. Hasta que vio a Peroo a su lado, anunciando a gritos que una guindaleza se había partido y las gabarras se habían soltado. Findlayson vio cómo la flota se separaba y se abría luego como un abanico entre el prolongado chirrido de los cables al tensarse sobre las regalas.

—Las ha golpeado un árbol. Las perderemos todas —gritó Peroo—. La maroma principal se ha partido. Pero ¿qué hace, sahib?

Un plan de tremenda complejidad iluminó de pronto la mente de Findlayson. Vio los cabos correr de barco en barco en línea recta y en distintos ángulos; cada cuerda una línea de fuego blanco. Pero una de ellas era la maroma principal. Findlayson la veía. Si lograba tirar de ella una sola vez, era absoluta y matemáticamente seguro que la desordenada flota volvería a unirse en la ensenada, tras la torre de vigilancia. Findlayson se preguntó sin embargo por qué Peroo se aferraba tan desesperadamente a su cintura mientras él corría hacia la orilla. Tuvo que apartar al *lascar*, despacio y sin brusquedad, para poder salvar las gabarras y para demostrar al mismo tiempo la extremada sencillez del problema que tan complicado parecía. De pronto —aunque Findlayson no le concedió la menor importancia— un cable se le enroscó en la mano a gran velocidad, quemándola, la orilla desapareció y con ella se dispersaron lentamente todos los demás factores del problema. Findlayson se vio sentado en la oscuridad, bajo la lluvia, en una barca que giraba como una peonza, y Peroo estaba de pie, a su lado.

—Olvidé decirle —dijo el *lascar* muy despacio— que el opio es peor que cualquier vino cuando uno está en ayunas y no tiene costumbre de tomarlo. Los que mueren en el Gunga son acogidos por los dioses. A pesar de eso, no tengo ganas de presentarme ante esos seres tan grandes. ¿Sabe nadar el sahib?

—¿Para qué? Podemos volar… volar raudos como el viento —fue la absurda respuesta de Findlayson.

—¡Se ha vuelto loco! —musitó Peroo entre dientes—. Y me aparta como a un puñado de boñigas. Bueno, así no será consciente de su propia muerte. La gabarra no resistirá más de una hora, aunque no choque con nada. No es bueno mirar a la muerte con los ojos claros.

Peroo volvió a servirse de su lata y se acuclilló en la tambaleante embarcación, contemplando la nada entre la neblina. Un tibio sopor se había apoderado de Findlayson, el ingeniero jefe, cuyo deber era permanecer junto a su puente. Las gruesas gotas de lluvia lo sacudían como un millar de cosquilleantes emociones, y sobre sus párpados pesaba la totalidad del tiempo desde que el tiempo existía. Pensaba y percibía que estaba perfectamente a salvo, pues el agua era tan sólida como

para caminar sobre ella con seguridad y, en pie, con las piernas separadas para mantener el equilibrio —esto era lo principal—, sería transportado hasta la costa a gran velocidad. Y entonces se le ocurrió un plan todavía mejor. Bastaba con un pequeño esfuerzo de la voluntad para que el alma lanzase el cuerpo hasta la orilla tal como transporta el viento un papel, para que lo arrastrase como una cometa. Pero —la gabarra giraba vertiginosamente— ¿y si el fuerte viento se colara bajo el cuerpo liberado? ¿Se elevaría éste como una cometa y caería de bruces sobre la lejana arena o revolotearía eternamente sin ningún control? Findlayson se asió a la regala, pues le pareció que estaba a punto de emprender el vuelo antes de haber concluido sus planes. El efecto del opio es mayor en el hombre blanco que en el negro. Peroo no pasaba de sentir una agradable indiferencia ante cualquier accidente.

—Este río no puede vivir —decía entre dientes—. Ya ha reventado. Incluso una barca de remos podría resistir; pero una caja con agujeros no es buena cosa. Se desborda, sahib Finlinson.

—*Aecha!* Yo me voy. Ven conmigo.

Findlayson ya había salido mentalmente de la barca y giraba en el aire, a gran altura, en busca de un apoyo para sus pies. Su cuerpo (Findlayson lamentó de veras lo inútil que resultaba) seguía en la proa, mientras el agua se arremolinaba alrededor de sus rodillas.

—¡Qué ridículo! —dijo para sí, desde sus alturas—. Ése… es Findlayson… el jefe del puente de Kashi. El pobre zopenco se va a ahogar. Se ahogará estando tan cerca de la orilla. Yo… ya estoy en la orilla. ¿Por qué no viene?

Con enorme disgusto comprobó que su alma regresaba a su cuerpo y que el cuerpo resoplaba y se ahogaba en el agua profunda. El dolor de la reunión resultó atroz, pero era necesario pelear por el cuerpo. Era consciente de cómo se aferraba enloquecido a la empapada arena, de cómo avanzaba a prodigiosas zancadas, igual que se avanza en los sueños, hasta poner pie en la turbulencia de las aguas e izarse al fin para librarse del agarre del río y caer jadeando sobre la tierra encharcada.

—Esta noche no —le susurró Peroo al oído—. Los dioses nos han protegido. —El *lascar* caminaba con cuidado, y juntos avanzaban sobre tocones secos—. Debe de ser una isla de la última cosecha de añil del año —continuó diciendo—. No encontraremos hombres aquí, pero tenga mucho cuidado, sahib. La riada ha arrastrado hasta aquí a todas las serpientes desde cientos de kilómetros. Aquí llega el rayo, pisándole los talones al viento. Nos iluminará; pero camine con cuidado.

Findlayson estaba lejísimo de temer a las serpientes o a cualquier emoción meramente humana. Tras quitarse el agua de los ojos empezó a ver con increíble claridad y a pisar, eso le parecía, con zancadas que abarcaban el mundo entero. En algún lugar de la noche de los tiempos había construido un puente: un puente que abarcaba infinitas superficies de mares relucientes, pero el Diluvio lo había barrido, dejando tan sólo una isla bajo el cielo para Findlayson y su compañero, únicos supervivientes de la estirpe del hombre.

Un relámpago incesante, como una horca de color azul, reveló todo lo que había sobre la pequeña isla en medio de la riada: un montón de espinos, un puñado de cañas de bambú que se cimbreaban y crujían, y una higuera nudosa y gris que daba sombra a un templo hindú, en cuya cúpula ondeaba una maltrecha bandera roja. El hombre santo que lo ocupaba como lugar de retiro en verano había abandonado el lugar hacía mucho tiempo, y las inclemencias habían destrozado la imagen pintada de rojo de su dios. Los dos hombres avanzaban dando traspiés, con las piernas y los ojos pesados, sobre las cenizas de un hogar de ladrillo, buscando el abrigo de las ramas, mientras la lluvia y el río rugían al unísono.

Las ramas de añil crujían bajo sus pasos, y sintieron una ráfaga de olor a ganado cuando un enorme toro brahmín empapado por el agua se abrió camino bajo el árbol. Los fogonazos revelaron la marca de Shiva en sus ancas, la cabeza y la giba insolentes, los ojos brillantes como los de un ciervo, la frente coronada con una guirnalda de caléndulas chorreantes y la papada sedosa que casi barría el suelo. Se oyó entonces el ruido de otras bestias que subían entre la maleza huyendo de la crecida, un sonido de fuertes pisadas y hondos resuellos.

—No estaremos solos —anunció Findlayson, la cabeza apoyada en el tronco del árbol, mirando a través de los párpados medio cerrados, completamente tranquilo.

—Eso parece —respondió Peroo con voz pastosa—; y no son pequeños.

—¿Qué son? No los veo bien.

—Los dioses. ¿Quiénes si no? ¡Mire!

—¡Ah, es cierto! Son los dioses… los dioses. —Findlay son sonrió mientras dejaba caerla cabeza sobre el pecho. Peroo estaba en lo cierto. Tras el Diluvio, quién sino los dioses que lo habían generado podían vivir en la tierra… los dioses a quienes rezaban de noche las personas de su aldea… los dioses que estaban en las bocas y en las costumbres de todos los hombres. El trance le impedía levantar la cabeza o mover un dedo, mientras que Peroo le sonreía al relámpago con la mirada ausente.

El Toro se detuvo junto al altar, la cabeza inclinada sobre la tierra húmeda. Una Cotorra verde, posada entre las ramas, se arregló con el pico las plumas mojadas y chilló contra el trueno mientras el círculo bajo el árbol se iba llenando con las sombras de los animales. Tras el Toro venía un Ciervo negro —un Ciervo como el que Findlayson, en su distante vida sobre la tierra, podría haber visto en sueños—, un Ciervo de majestuosa cabeza, lomo de ébano, vientre de plata y reluciente cornamenta. A su lado, la cabeza doblada hasta el suelo, los ojos verdes llameando bajo las cejas densas y sin dejar de batir la tierra con el rabo, marchaba una Tigresa, de poderosas mandíbulas y vientre hinchado.

El Toro se tumbó junto al templo, y un monstruoso Mono gris saltó desde allí en la oscuridad para sentarse como un sabio en el lugar del ídolo caído, mientras la lluvia se derramaba como perlas sobre su cuello y sus hombros.

Otras sombras fueron llegando y situándose más allá del círculo, entre ellas un Hombre ebrio que blandía un bastón y bebía de una botella. Se oyó un rugido áspero

a poca distancia del suelo. «La riada está menguando», anunció. «¡Hora tras hora el agua cae, y el puente sigue en pie!».

—Mi puente —murmuró Findlayson para sus adentros—. Debe de ser un trabajo muy antiguo. ¿Qué tienen que ver los dioses con mi puente?

Movió los ojos en la oscuridad, siguiendo el rugido. Un Cocodrilo —el morro chato, un cocodrilo del Ganges, de los que merodean por los vados— se arrastraba frente a las demás bestias, agitando furiosamente la cola a derecha e izquierda.

—Es demasiado sólido para mí. En toda la noche sólo he podido arrancar unas cuantas planchas. Las paredes resisten. Las torres resisten. Han encadenado mi corriente y el río ya no es libre. ¡Seres Celestiales, apartad este yugo! ¡Dadme agua clara de orilla a orilla! Soy yo, la Madre Gunga, quien os habla. ¡La Justicia de los dioses! ¡Concededme la Justicia de los dioses!

—¿Qué le había dicho? —susurró Peroo—. Esto es un Consejo de dioses. Ahora sabemos que el resto del mundo ha muerto, salvo usted y yo, sahib.

La Cotorra chilló y volvió a batir las alas, mientras la Tigresa, con las orejas pegadas a la cabeza, rugía de un modo perverso.

En algún lugar de la sombra brillaban una enorme trompa y unos colmillos, balanceándose adelante y atrás, y un borboteo sordo rompió el silencio que siguió al rugido.

—Aquí estamos —dijo una voz profunda— los Grandes Seres. Tan sólo Uno y muchos. Aquí está Shiva, mi padre, junto a Indra. Kali ya ha hablado. Hanuman también escucha.

—Kashi viene esta noche sin su Kotwal —gritó el Hombre de la botella, golpeando el suelo con su bastón al mismo tiempo que la isla retumbaba con el aullido de los perros de presa—. Concededle la Justicia de los dioses.

—No dijisteis nada cuando ellos contaminaron mis aguas —bramó el Gran Cocodrilo—. No hicisteis señal alguna cuando encerraron mi río entre paredes. No conté con más ayuda que mis propias fuerzas, y no bastaron… la fuerza de la Madre Gunga no bastó frente a sus torres de vigilancia. ¿Qué podía hacer? Lo he intentado todo. ¡Terminad vosotros la tarea, Seres Celestiales!

—He traído la muerte; he propagado la viruela de choza en choza entre sus obreros, y aún así no han cejado. —Un Asno con el hocico rajado y los flancos raídos, cojo y con las piernas abiertas como tijeras, se acercaba renqueando, muy enfadado—. He propagado la muerte con mi aliento y no han cejado.

Peroo intentó moverse, pero el opio se lo impedía.

—¡Bah! —dijo, soltando un escupitajo—. Aquí está nada menos que Sítala; y Mata… la viruela. ¿Tiene el sahib un pañuelo para cubrirse la nariz?

—¡No serviría de nada! Llevan un mes lanzándome cadáveres, y yo expulsándolos a las orillas, pero aún así han seguido trabajando. ¡Son demonios, hijos de demonios! Y vosotros habéis dejado sola a la Madre Gunga y habéis permitido que su carro de fuego se burle de ella. ¡Que caiga la Justicia de los dioses sobre los

constructores de puentes!

El Toro se pasó a un carrillo la bola que rumiaba para responder, despacio:

—Si la Justicia de los dioses cayera sobre todos los que se burlan de las cosas sagradas, la tierra estaría llena de altares oscuros, madre.

—Pero esto va mucho más allá de una simple broma —terció la Tigresa, lanzando un zarpazo al aire—. Tú lo sabías, Shiva, y vosotros también, Seres Celestiales; sabéis que han profanado a Gunga. Deben comparecer ante el Destructor. Que Indra los juzgue.

El Ciervo no se movió para responder:

—¿Desde cuándo se está produciendo este mal?

—Desde hace tres años, según cuentan los años los hombres —informó el Cocodrilo, pegado a la tierra.

—¿Morirá la Madre Gunga en el plazo de un año, para mostrarse tan ansiosa y exigir venganza inmediata? Hacia el hondo mar dirige ella sus pasos, pero ayer, y mañana, el mar volverá a cubrirla, porque los dioses llevan la cuenta de eso que los hombres llaman tiempo. ¿Puede alguien asegurar que su puente resistirá hasta mañana? —preguntó el Ciervo.

Se hizo un largo silencio, y la luna asomó entre los árboles goteantes al amainar la tormenta.

—Júzgalos tú, entonces —respondió el Río en tono huraño—. Yo ya he proclamado mi vergüenza. La riada se detiene. No puedo hacer más.

—A mí —dijo el gran Mono, sentado en el interior del templo— me divierte observar a esos hombres, porque me recuerda que también yo construí un puente en absoluto pequeño en la juventud del mundo.

—Al parecer —rugió la Tigresa—, estos hombres son los despojos de tus ejércitos, Hanuman, y por eso los has ayudado…

—Trabajan duro, como trabajaron mis ejércitos en Lanka, y creen que su trabajo perdurará. Indra vive en las alturas, pero tú, Shiva, sabes cómo se abren paso en la tierra con sus carros de fuego.

—Sí, lo sé —asintió el Toro—. Sus dioses los han instruido en la materia.

Una risotada recorrió el círculo.

—¡Sus dioses! ¿Qué saben sus dioses? Son unos recién nacidos, y quienes los crearon apenas se han enfriado —intervino el Cocodrilo—. Sus dioses morirán mañana.

—¡Ja! —exclamó Peroo—. ¡Qué bien habla la Madre Gunga! Una vez se lo dije al padre sahib que predicaba en el *Mombassa*, y le ordenó al *burra malum* que me encadenase por decir semejante blasfemia.

—Seguro que hacen esto para complacer a sus dioses —insistió el Toro.

—No del todo —intervino el Elefante, adelantándose—. Lo hacen por el beneficio de mis *mahayun* («mercaderes»), esos prestamistas gordos que me veneran en Año Nuevo, cuando colocan mi imagen junto a sus libros de cuentas. Yo, que miro

de soslayo a la luz de la lámpara, veo que los nombres que figuran en esos libros corresponden a hombres de lugares remotos, porque todas las ciudades están unidas por el carro de fuego, y el dinero va y viene a gran velocidad, y los libros de cuentas engordan tanto como… yo. Y yo, que soy Ganesha, Dios de la Fortuna, bendigo a mis fieles.

—Han transformado el rostro de la tierra… de mi tierra. Han destruido mis riberas para levantar nuevas ciudades —protestó el Cocodrilo.

—Sólo han removido un poco la tierra. Dejemos que la tierra escarbe en la tierra si eso a la tierra le place —respondió el Elefante.

—Pero ¿y después? —preguntó la Tigresa—. Descubrirán que la Madre Gunga no es capaz de vengar sus insultos, y primero se alejarán de ella, y después de todos nosotros, uno por uno. Al final, Ganesha, nuestros altares quedarán vacíos.

El Hombre ebrio se tambaleó para ponerse en pie, hipando con insistencia.

—Kali miente. Mi hermana miente. También mi bastón es el Kotwal de Kashi, y lleva la cuenta de mis peregrinos. Cuando llega el momento de venerar a Bhairon, y siempre es el momento, los carros de fuego echan a andar y cada uno transporta a mil peregrinos. Ya no vienen a pie, sino sobre ruedas, y mi honor crece con ello.

—Gunga, yo he visto tu lecho en Prayag, donde se ha vuelto negro a causa de los peregrinos —dijo el Mono, inclinándose hacia delante—. Y si no fuera por el carro de fuego habrían llegado despacio y en menor número. Recordadlo.

—Vienen a mí a todas horas —insistió Bhairon con voz pastosa—. Me rezan de día y de noche, la gente corriente, en los campos y en los caminos. ¿Quién es hoy como Bhairon? ¿Qué es eso de que las creencias cambian? ¿Es que mi bastón de Kashi no sirve para nada? Él lleva la cuenta y asegura que nunca hubo tantos altares como hoy, gracias a los carros de fuego. Soy Bhairon… Bhairon, el de la gente corriente, y el más grande de los Seres Celestiales hoy. Mi bastón dice además…

—¡Tranquilo! —mugió el Toro—. El culto de las escuelas es mío, y su debate es muy sabio; se preguntan si soy uno o soy muchos, en eso se deleita mi gente. Y tú sabes lo que soy. Tú, Kali, mi esposa, también lo sabes.

—Sí, lo sé —asintió la Tigresa, sin levantar la cabeza.

—Y también soy más grande que Gunga. Todos sabéis quién hizo cambiar a los hombres de opinión para que incluyesen a Gunga entre los ríos sagrados. El que muere en esas aguas, según dicen los hombres, es acogido entre nosotros sin castigo, y Gunga sabe que el carro de fuego le ha proporcionado montones de hombres desesperados; y Kali sabe que ha celebrado sus principales festivales gracias a los peregrinos que transportan los carros de fuego. ¿Quién causó la desgracia en Poree, ante la imagen de la diosa, adonde acuden miles de peregrinos en un día y una noche, portando la enfermedad en las ruedas de sus carros de fuego y propagándola de un extremo a otro de la tierra? ¿Quién sino Kali? Antes de que existiera el carro de fuego el viaje resultaba muy arduo. Los carros de fuego te han prestado un buen servicio, Madre de la Muerte. Pero hablo ahora en defensa de mis propios altares, yo que no

soy Bhairon el de la gente corriente, sino Shiva. Los hombres van de acá para allá, inventando palabras y hablando de dioses extraños, y yo les escucho. A una fe le sucede otra fe en las escuelas, y yo no albergo ira alguna, pues cuando todas las palabras hayan sido pronunciadas y este nuevo debate haya concluido, los hombres regresarán al fin junto a Shiva.

—Cierto. Es cierto —murmuró Hanuman—. Junto a Shiva y junto a los demás, madre. Regresarán. Me cuelo en todos los templos del norte, donde veneran a un solo Dios y a Su Profeta; y mi imagen está hoy sola en sus templos.

—Gracias —dijo el Toro, volviendo lentamente la cabeza—. Yo soy ese Dios y Su Profeta.

—Así es, padre —asintió Hanuman—. Y también voy al sur, donde soy el más antiguo de los dioses conocidos pollos hombres, y toco los altares de la Nueva Fe, y a la Mujer a quien nosotros sabemos que tallaron con doce brazos, aunque ellos la sigan llamando María.

—Gracias, hermano —dijo la Tigresa—. Yo soy esa Mujer.

—Así es, hermana; y voy al oeste, entre los carros de fuego, y me presento ante los constructores de puentes bajo múltiples apariencias, y por mí cambian ellos su fe y son muy sabios. ¡Ja! ¡Ja! Yo soy el constructor de los puentes en realidad… puentes que van de aquí a allá, y todos conducen finalmente hasta Nosotros. No te inquietes, Gunga. Ni esos hombres ni los que vengan después se burlan de ti en absoluto.

—¿Queréis decir que estoy sola, Seres Celestiales? ¿Que he de atemperar mi corriente para no llevarme sus paredes por delante? ¿Secará Indra mis primaveras en las montañas y me obligará a arrastrarme humildemente entre sus diques? ¿Debo enterrarme en la arena antes que ofender?

—Y todo por una pequeña barra de hierro sobre la que corre el carro de fuego. ¡Qué joven sigue siendo la Madre Gunga! —observó el Elefante, Ganesha—. Ni un niño diría semejantes tonterías. Que escarbe la tierra en la tierra antes de volver a la tierra. Yo sólo sé que mi gente se enriquece y me venera. Shiva ha dicho que los hombres de las escuelas no olvidan; Bhairon está satisfecho con su multitud de gente corriente; y Hanuman se divierte.

—Ya lo creo que me divierto —dijo el Mono—. Mis altares son pocos en comparación con los de Ganesha o los de Bhairon, pero los carros de fuego me traen nuevos fieles desde el otro lado de las Aguas Negras… hombres que creen que su dios es muy severo. Yo corro delante de ellos y les hago señas, y ellos siguen a Hanuman.

—Dales entonces el castigo que desean —dijo el Río—. Construye una barrera en mi corriente y haz que el agua retroceda hasta cubrir el puente. Una vez te equivocaste en Lanka, Hanuman. Inclina y levanta mi lecho.

—Quien da la vida puede quitar la vida. —El Mono arañó el barro con un largo dedo índice—. Sin embargo, ¿quién se beneficiaría de la matanza? Muchos morirían.

Del agua llegó el fragmento de una canción de amor como las que cantan los

muchachos mientras guardan el ganado bajo el calor de la tarde, a finales de Primavera. La Cotorra chilló de alegría, deslizándose a lo largo de su rama con la cabeza gacha a medida que el canto crecía en intensidad, y en un parche de luz de luna apareció el joven pastor, el más querido de las *Gopis*, el ídolo de las muchachas soñadoras y de las madres antes de que nazcan sus hijos: Krishna, el Bienamado. Se incorporó para anudar su cabello largo y mojado, y la Cotorra voló hasta su hombro.

—Corriendo y cantando, cantando y corriendo —señaló Bhairon sin poder controlar el hipo—. Siempre te hacen llegar tarde al consejo, hermano.

—¿Y bien? —preguntó Krishna riendo y echando la cabeza hacia atrás—. Poco podéis hacer aquí sin mí o sin Karma. —Acarició el plumaje de la Cotorra y volvió a reír—. ¿A qué viene esta reunión? Oí a la Madre Gunga rugir en la oscuridad, y he venido a toda prisa desde la cálida choza donde yacía. ¿Qué le habéis hecho a Karma, que está tan mojado y silencioso? ¿Y qué hace aquí la Madre Gunga? ¿Tan llenos están los cielos que habéis de venir chapoteando entre el lodo como las bestias? ¿Qué hacen, Karma?

—Gunga suplica venganza contra los constructores de puentes, y Kali está de su parte. Ahora le está pidiendo a Hanuman que destruya el puente para reparar su honor —chilló la Cotorra—. He estado esperando, pues sabía que vendrías, ¡oh, mi señor!

—¿Y los Seres Celestiales no han dicho nada? ¿Han logrado silenciarlos Gunga y la Madre de las Desgracias? ¿Nadie ha defendido a mi gente?

—No —respondió Ganesha, rebulléndose con inquietud—. Yo he dicho que es sólo la tierra que está jugando un poco, ¿por qué habríamos de arrasarla?

—Y a mí me divierte ver cómo trabajan… me gusta mucho —dijo Hanuman.

—¿Qué me importa a mí la ira de Gunga? —intervino el Toro.

—Yo soy Bhairon, el de la gente corriente, y mi bastón es el Kotwal en todo Kashi. Hablo en nombre de la gente corriente.

—¿Tú? —preguntó el joven dios, con los ojos centelleantes.

—¿Acaso no soy hoy para ellos el primero de los dioses? —replicó Bhairon, sin inmutarse—. Por el bien de la gente corriente he dicho… muchas cosas sabias que ahora no recuerdo, pero éste es mi bastón y…

Krishna se volvió con impaciencia, vio al Cocodrilo a sus pies y, arrodillándose, le pasó un brazo alrededor del cuello frío.

—Madre —dijo con dulzura—, vuelve a tu cauce. Este asunto no es para ellos. ¿Qué perjuicio puede causarle a tu honor esta tierra viva? Tú les has dado sus campos año tras año, y con tus crecidas los has hecho más fuertes. Al final todos regresan a ti. ¿Qué necesidad hay de matarlos ahora? Ten compasión, madre; por algún tiempo… sólo por algún tiempo.

—Si sólo fuera por algún tiempo… —empezó a decir el lento animal.

—¿Acaso son dioses? —repuso Krishna con una risotada, sus ojos clavados en los oscuros ojos del Río—. Ten por seguro que será sólo por algún tiempo. Los Seres Celestiales te han escuchado, y se hará justicia. Ahora, madre, vuelve a tu cauce. Las

aguas están repletas de hombres y de ganado, las riberas se desmoronan y las aldeas desaparecen por tu causa.

—Pero el puente… el puente resiste. —El Cocodrilo se volvió para adentrarse entre la maleza, gruñendo, mientras Krishna se incorporaba.

—Se acabó —dijo la Tigresa con maldad—. Ya no existe la justicia de los Seres Celestiales. Habéis avergonzado a Gunga y os habéis burlado de ella, cuando sólo pedía un puñado de vidas.

—De mi gente, que descansa bajo los tejados de la aldea situada más allá, de las muchachas y de los muchachos que cantan en la oscuridad, del niño que nacerá mañana y del que ha sido concebido esta noche —dijo Krishna—. ¿Y de qué servirá hacerlo? Mañana volverán al trabajo. Si destruís el puente de extremo a extremo, ellos comenzarán de nuevo. ¡Escuchadme! Bhairon siempre está borracho. Hanuman se burla de su gente con nuevos acertijos.

—¡Qué va! Son muy viejos —dijo el Mono, riendo.

—Shiva escucha los debates de las escuelas y los sueños de los hombres santos; Ganesha sólo piensa en sus gordos mercaderes; pero yo… Yo vivo con mi gente, sin pedirles ofrendas, y por ello las recibo constantemente.

—Y eres muy cariñoso con los tuyos —asintió la Tigresa.

—Son parte de mí. Las ancianas sueñan conmigo y se agitan mientras duermen; las muchachas me buscan y me escuchan cuando bajan al río para llenar sus cántaros. Camino junto a los jóvenes y aguardo con ellos en las cancelas, al atardecer, y vuelvo la cabeza para llamar a los hombres de barba blanca. Todos sabéis, Seres Celestiales, que soy el único de nosotros que camina continuamente sobre la tierra, que no encuentro placer en nuestros cielos mientras aquí florezca una brizna de hierba o dos voces conversen bajo el crepúsculo entre las cosechas. Todos sois sabios, pero vivís lejos de aquí y habéis olvidado de dónde procedéis. Pero yo no olvido. ¿Y decís que los carros de fuego alimentan vuestros templos? ¿Y que los carros de fuego transportan a un millar de peregrinos cuando antes sólo acudían diez? Cierto. Eso es cierto hoy.

—Pero mañana estarán todos muertos, hermano —replicó Ganesha.

—¡Haya paz! —terció el Toro, mientras Hanuman volvía a inclinarse—. ¿Y mañana, querido mío, qué será de mañana?

—Sólo esto. Una nueva palabra que pasa de boca en boca, entre la gente corriente; una palabra que ni hombre ni dios puede apresar, una palabra maligna, una palabra pequeña y perezosa entre la gente corriente, para decir (sin que nadie sepa quién la ha creado) que se han cansado de vosotros, Seres Celestiales.

Los Dioses rieron a coro, suavemente.

—¿Y entonces, Bienamado? —preguntaron.

—Para acabar con ese hastío mi gente te llevará ofrendas, Shiva, y también a ti, Ganesha, y al principio las ofrendas serán mayores y el culto más bullicioso. Pero la palabra ha llegado hasta tierras extranjeras, y más tarde menguarán las limosnas a

vuestros gordos brahmanes. Luego se olvidarán de vuestros altares, aunque tan despacio que ningún hombre podrá decir cómo empezó ese olvido.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Yo también lo he dicho, pero no han querido escucharme —señaló la Tigresa—. ¡Deberíamos haberlos sacrificado… deberíamos haberlos sacrificado!

—Ya es demasiado tarde. Deberíais haberlos sacrificado al principio, cuando llegaron los hombres del otro lado del mar y nada enseñaron a nuestra gente. Ahora, mi pueblo ve sus obras y eso les da que pensar. Ya no piensan en los Seres Celestiales. Piensan en el carro de fuego y en las otras cosas que los constructores de puentes han creado, y cuando vuestros sacerdotes extienden la mano pidiendo limosna, les dan algo de mala gana. Ése es el comienzo; al principio son sólo uno o dos, o cinco o diez… yo, que me muevo entre los míos, sé lo que hay en sus corazones.

—¿Y el fin, Trovador délos dioses? ¿Cómo será el fin? —quiso saber Ganesha.

—¡El fin será como fue el principio, oh indolente hijo de Shiva! Se apagará la llama en los altares y la oración en los labios, hasta que todos volváis a ser dioses menores, dioses de la jungla, nombres que los cazadores de ratas y los ensogadores de perros susurran en la espesura y en las cuevas: dioses harapientos, dioses de barro en el árbol y en la marca de la aldea, como erais al principio. Ése, Ganesha, será el final para ti y para Bhairon… el de la gente corriente.

—Falta mucho para eso —gruñó Bhairon—. Además, es mentira.

—Son muchas las mujeres que han besado a Krishna. Le dicen esto para alegrar sus corazones cuando empiezan a encanecer, y él nos cuenta el mismo cuento —espetó el Toro entre dientes.

—Llegaron sus dioses, y nosotros los transformamos. Yo me encargué de que la Mujer tuviese doce brazos. De ese modo podremos enredarlos a todos —dijo Hanuman.

—¡Sus dioses! Esto nada tiene que ver con sus dioses, uno o tres, hombre o mujer. Lo que importa es el pueblo. Es el pueblo quien cambia, no los constructores de puentes —aseguró Krishna.

—Es cierto. Yo obligué a un hombre a venerar el carro de fuego cuando se detuvo exhalando humo, y el hombre no sabía que me estaba venerando a mí —explicó Hanuman—. Se limitarán a cambiar los nombres de sus dioses. Yo seguiré dirigiendo a los constructores de puentes como hacía antiguamente; Shiva seguirá siendo venerado en las escuelas por los que dudan de sus semejantes y los desprecian; Ganesha tendrá a sus *mahayun* y Bhairon a sus carreteros, a los peregrinos y a los vendedores de juguetes. No harán nada más que cambiar los nombres, Bienamado, y eso ya ha ocurrido en miles de ocasiones.

—Seguro que no hacen nada más que cambiar los nombres —convino Ganesha —, pero eso siempre ha sido incómodo para los dioses.

—Cambiarán algo más que los nombres. A mí no pueden matarme mientras un

hombre se encuentre con una muchacha o la Primavera suceda a las lluvias del Invierno. No en vano he recorrido la tierra, Seres Celestiales. Mis gentes no saben lo que saben, pero yo, que vivo entre ellos, puedo leer sus corazones. El principio del fin ya ha nacido, Grandes Soberanos. Los carros de fuego vocean los nombres de los nuevos dioses, y no son los antiguos con nombres nuevos. ¡Bebed y comed cuanto podáis! ¡Bañad vuestros rostros con el humo de los altares antes de que se enfríen! Aceptad ofrendas y escuchad los timbales y los tambores, Seres Celestiales, mientras queden flores y cánticos. El fin está próximo, tal como los hombres cuentan el tiempo; y tal como nosotros sabemos calcularlo, el fin es hoy. He hablado.

Calló el joven dios, y sus hermanos se miraron en silencio unos a otros por espacio de un buen rato.

—Esto no lo había oído nunca —susurró Peroo al oído de su compañero—. Y eso que a veces, mientras engrasaba los motores en la sala de máquinas del *Goorkha*, me preguntaba si nuestros sacerdotes eran tan sabios… tan sabios. El día ha llegado, sahib. Por la mañana todos se habrán ido.

Una luz amarilla se extendió por el cielo, y el color del río fue cambiando a medida que la oscuridad se retiraba.

El Elefante barritó de pronto, como si le clavasen un aguijón.

—Dejemos que juzgue Indra. ¡Habla, Padre de todos nosotros! ¿Qué opinas de las cosas que hemos oído? ¿De verdad Krishna ha mentido? O…

—Todos conocéis —dijo el Toro, poniéndose en pie—. Todos conocéis el Misterio de los dioses. Cuando Brahm deja de soñar, los cielos, los infiernos y la tierra desaparecen. Alegraos, porque Brahm continúa soñando. Los sueños vienen y van, y la naturaleza de los sueños se transforma, pero Brahm continúa soñando. Krishna ha recorrido la tierra por extenso, y yo lo quiero aún más por la historia que nos ha contado. Los dioses cambian, Bienamado… ¡todos menos Uno!

—Sí, todos menos uno, que siembra el amor en los corazones de los hombres —asintió Krishna, ciñendo su cinturón—. Sólo habrá que esperar un poco para saber si miento.

—Ciertamente, como dices, no tardaremos en saberlo. Vuelve a tus chozas, Bienamado, y procura diversión a los jóvenes, porque Brahm continúa soñando. ¡Id, hijos míos! Brahm todavía sueña… y hasta que despierte, los dioses no morirán.

—¿Adónde han ido? —preguntó el *lascar*, atónito, tiritando ligeramente de frío.

—¡Sabe Dios! —respondió Findlayson. El río y la isla se hallaban a plena luz del día, y no había en la tierra mojada huella alguna de hocico o de pezuña bajo la higuera. Tan sólo una cotorra chillaba en sus ramas, lanzando chorros de lluvia al batir las alas.

—¡Arriba! Estamos entumecidos por el frío. ¿Ha pasado el efecto del opio? ¿Puede moverse, sahib?

Findlayson se puso en pie, tambaleándose, y se estiró. Se sentía un poco mareado y le dolía la cabeza, pero el efecto del opio había pasado y, mientras se refrescaba la frente en un charco, el ingeniero del puente de Kashi se preguntó cómo había ido a parar hasta esa isla, qué posibilidades tenía de regresar y, sobre todo, si su puente habría resistido.

—Peroo, no me acuerdo de nada. Estaba observando el río, bajo la torre de vigilancia, y de pronto… ¿Nos arrastró la corriente?

—No, sahib. Las gabarras se soltaron —si era cierto que el sahib se había olvidado del opio, decididamente Peroo no pensaba recordárselo— y, mientras intentábamos sujetarlas, eso creo… aunque estaba oscuro… una de las cuerdas se soltó y arrastró al sahib hasta una de las barcas. Puesto que nosotros dos, junto con sahib Hitchcock, hemos construido ese puente, yo también me subí a la barca, que se deslizo hasta esta isla como a lomos de un caballo y, al chocar contra ella, nos lanzó a tierra. Yo grité cuando la barca se alejó del muelle; seguro que sahib Hitchcock viene a rescatarnos. En cuanto al puente, son tantos los que han muerto por él, que no puede venirse abajo.

El fiero sol que siguió a la tormenta desprendía todos los olores de la tierra encharcada, y no había espacio bajo aquella luz para que un hombre pensara en los sueños de la oscuridad. Findlayson contempló el río, más allá del resplandor de la corriente, hasta que le dolieron los ojos. No había indicio alguno de orilla en el Ganges, y mucho menos de un puente.

—Estamos muy lejos —dijo—. Es un milagro que no nos hayamos ahogado cien veces.

—Eso no es ningún milagro, porque ningún hombre muere antes de su hora. He estado en Sidney, he visto Londres y veinte grandes puertos, pero —el *lascar* miró el descolorido y anegado altar bajo la higuera— ningún hombre ha visto jamás lo que nosotros hemos visto aquí.

—¿Qué?

—¿Lo ha olvidado el sahib, o es que sólo los negros vemos a los dioses?

—He tenido fiebre —dijo Findlayson, que seguía mirando con inquietud la extensión de agua—. Me pareció que la isla estaba llena de animales y de hombres que hablaban, pero no lo recuerdo. Supongo que un barco ya puede navegar por estas aguas.

—¡Ajá! Entonces es cierto. «Cuando Brahm deja de sonar, los dioses mueren». Ahora comprendo lo que quería decir. El gurú me dijo lo mismo un vez, pero entonces no lo entendí. Ahora soy un hombre sabio.

—¿Qué? —preguntó Findlayson, mirando por encima del hombro.

Peroo continuó hablando, como para sí.

—Seis, siete… diez monzones he presenciado desde entonces, cuando vigilaba en el castillo de proa del *Rewah*, el gran barco de la Cumpañía, y también un gran tifón; nos golpeó el agua, verde y negra, y yo me agarré con fuerza a las cuerdas de

seguridad mientras las olas me ahogaban. Entonces me acordé de los dioses, de los mismos a los que hemos visto esta noche, y les pedí que me protegieran. Y mientras rezaba, sin abandonar mi vigilancia, una ola gigantesca me lanzó hasta la argolla de la enorme ancla negra de la proa, y el *Rewah* alzó el morro cada vez más y se escoró hacia la banda de babor, y el agua entró por el morro mientras yo yacía de bruces, sujetándome a la argolla y envuelto por las aguas profundas. Luego, aunque me vi en presencia de la muerte, pensé: si pierdo agarre moriré, y ni el *Rewah*, ni mi puesto en la galera donde se cocina el arroz, ni Bombay, ni Calcuta, ni Londres significarán nada para mí. ¿Cómo puedo estar seguro, me dije, de que los dioses a los que rezo me ayudarán? Eso pensé, y el *Rewah* hundió el morro como cae un martillo, y el mar entero entró en el barco y me arrastró hacia atrás, por el castillo de proa y por encima de su baranda, y me di un golpe en la pierna al chocar contra la caldera auxiliar, pero no perecí, y he visto a los dioses. Los dioses son buenos para los hombres vivos, aunque para los muertos… Los dioses han hablado. Por eso, cuando regrese a la aldea, le daré una buena tunda a ese gurú por decir adivinanzas que no son adivinanzas. Cuando Brahm deja de soñar, los dioses mueren.

—Mira río arriba. La luz es cegadora. ¿Ves humo a lo lejos?

Peroo se protegió los ojos con las manos.

—Es un hombre sabio y eficaz. Sahib Hitchcock no se fiaría de una barca de remos. Le ha pedido prestado el barco de vapor a sahib Rao[8] y viene en nuestra busca. Siempre dije que debíamos contar con un vapor en los trabajos del puente.

Las tierras del Rao de Baraon se extendían a lo largo de quince kilómetros a partir del puente, y Findlayson y Hitchcock habían pasado buena parte de sus escasos ratos de ocio jugando al billar y cazando antílopes con el joven hacendado. Un tutor inglés le había inculcado la afición al deporte durante cinco o seis años, y el joven se dedicaba a derrochar espléndidamente el capital que el gobierno de la India había administrado en su nombre mientras era menor de edad. Su barco de vapor, con barandales de plata, toldilla de seda a rayas y cubiertas de caoba, era el nuevo juguete que entorpecía a Findlayson cuando el Rao acudía para ver las obras del puente.

—Es una gran suerte —murmuró el ingeniero, si bien no abandonaba sus temores acerca de las noticias que pudieran llegar del puente.

La vistosa chimenea azul y blanca se deslizaba velozmente río abajo. Veían a Hitchcock en la proa, con un par de prismáticos, inusualmente pálido. Peroo lanzó un grito de aviso, y el vapor puso proa hacia la cola de la isla. Sahib Rao, con su chaqueta de caza de tweed y un turbante de siete colores, agitó su real mano, y Hitchcock voceó. No pudo hacer preguntas, pues Findlayson le interrogó de inmediato por su puente.

—¡Todo en orden! No esperaba volver a verte, Findlayson. Estás a siete koss[9] del puente. No se ha movido ni un pilar, pero ¿cómo estás? Le pedí prestado el barco a sahib Rao, y ha tenido la amabilidad de acompañarme. Subid.

—Ah, Findlayson, parece que está perfectamente, ¿no es verdad? Lo de anoche

fue una calamidad sin precedentes. En mi palacio entra agua por todas partes, y las cosechas se echarán a perder en mis tierras. Tendrá que dirigir usted la maniobra, Hitchcock. Yo no entiendo de motores de vapor. ¿Está mojado? ¿Tiene frío, Finlinson? He traído algo de comer y podrá beber cuanto quiera.

—Le estoy inmensamente agradecido, sahib Rao. Creo que me ha salvado la vida. ¿Cómo Hitchcock…?

—Tenía los pelos de punta. Vino a caballo en plena noche y me arrebató de los brazos de Morfeo. Me dejó muy preocupado, Finlinson, y decidí acompañarlo. Mi sacerdote está muy enfadado. Debemos regresar enseguida, señor Hitchcock. A las doce menos cuarto tengo que estar presente en el templo del estado, donde vamos a bendecir un nuevo ídolo. De lo contrario les pediría que pasaran el día conmigo. Esas ceremonias religiosas son terriblemente aburridas, ¿verdad Finlinson?

Peroo, bien conocido por la tripulación, se había hecho con el mando del timón y gobernaba hábilmente el barco aguas arriba. Sin embargo, mientras viraba ya se imaginaba el medio metro de cuerda parcialmente retorcida con que azotaría a su gurú en la espalda.

UNA GUERRA DE SAHIBS

¿Un pase? ¿Un pase? ¿Un pase? Ya tengo un pase que me permite ir en *rêl* de Kroonstadt a Eshtellenbosch, donde están los caballos, donde me darán mi dinero, y entonces regresaré a la India. Soy un soldado del regimiento de caballería Gurgaon Rissala 141° de la caballería del Punyab. No me metan con esos cafres negros. Soy un sij: un soldado del Estado. ¿Dice el sahib teniente que no entiende mi lengua? ¿Es que no hay ningún sahib en este tren capaz de interpretar a un soldado del Gurgaon Rissala que cumple con su misión en este endemoniado país donde no hay harina, ni aceite, ni especias, ni pimienta de cayena, ni respeto por los sijs? ¿No hay nadie que pueda ayudarme…? ¡Gracias a Dios, aquí llega uno de esos sahibs! ¡Protector de los pobres! ¡Un hijo del cielo! Dígale al joven sahib teniente que mi nombre es Umr Singh; soy… fui el ayudante de sahib Kurban, hoy fallecido; y tengo un pase para ir a Eshtellenbosch, donde están los caballos. ¡Que no me metan con esos cafres negros!… Sí, me quedaré sentado junto a este vagón hasta que el hijo del cielo le haya explicado el asunto al joven sahib teniente que no entiende nuestro idioma.

¿Qué órdenes? ¿Que el joven sahib teniente no va a detenerme? ¡Estupendo! ¿Que puedo coger el próximo «terén» a Eshtellenbosch? ¡Estupendo! ¿Que voy con el hijo del cielo? ¡Estupendo! En ese caso, desde hoy soy el criado del hijo del cielo. ¿Querrá el hijo del cielo honrarme con su presencia a mi lado? Aquí hay un vagón vacío; cubriré ese rincón con mi manta… porque el sol pega con fuerza, aunque no tanta como en nuestro Punyab en el mes de mayo. La pondré así, y amontonaré así la paja, para que la presencia pueda sentarse cómodamente hasta que Dios nos envíe un «terén» con destino a Eshtellenbosch…

¿La Presencia conoce el Punyab? ¿Lahore? ¿Amritzar? ¿Attaree, quizás? Mi aldea se encuentra al norte, en los campos, a cinco kilómetros de Attaree, junto a la enorme casa blanca que es una réplica de cierta residencia de la gran reina en… en… he olvidado el nombre. ¿Lo recuerda la Presencia?

¡Sirdar Dyal Singh Attareewalla! Sí, ése es su nombre exacto; pero, ¿cómo lo sabe la Presencia? ¿Nació y se crió en la India? ¡Aaah! Eso lo cambia todo. ¿La niñera del sahib era una mujer *surtee* de la zona de Bombay? ¡Qué lástima! Debería haber sido una buena moza de tierra adentro; esas mujeres son muy buenas niñeras. No hay tierra como el Punyab. No hay gente como los sijs. Umr Singh es mi nombre, sí. ¿Viejo? Sí. ¿Y sólo soldado al cabo de tantos años? Sí. El sahib puede fijarse en mi uniforme, si es que lo duda. No, no; el sahib es muy observador. Hace ya mucho tiempo que hubo que arrancar todos los galones, pero… pero, es cierto… no llevo el

capote corriente de los soldados, y… el sahib tiene muy buen ojo… esa marca negra es la que dejan las cadenas de plata que se han lucido mucho tiempo al pecho. ¿Dice el sahib que los soldados rasos no llevan cadenas de plata? Nooo. ¿Los soldados no llevan la Orden de la India «biritánica»? No. Desde luego que el sahib debe de haber estado en la policía del Punyab. No soy un soldado raso, pero fui el ayudante de un sahib durante casi un año: porteador, mayordomo, abanicador, todo. ¿Dice el sahib que los sijs no son criados? Cierto; pero lo hice por el sahib Kurban… mi sahib Kurban… ¡que murió hace tres meses!

Joven, de rostro rubicundo y ojos azules, se balanceaba ligeramente al andar cuando estaba contento, y chasqueaba los nudillos. Como su padre, que había sido subcomisario de Yulundur en los tiempos de mi padre, cuando yo cabalgaba con el Gurgaon Rissala. ¿Mi padre? Ywala Singh. Un sij entre los sijs: peleó contra los ingleses en Sobraon y lució las cicatrices hasta el día de su muerte. De manera que estábamos casi unidos por un lazo de sangre, por así decir, mi sahib Kurban y yo. Sí, primero fui soldado de caballería… no, recuerdo que ya había ascendido a cabo lancero… y ese mismo día mi padre me regaló un caballo alazán de su yeguada; y él era un *baba* («niño») pequeñito que se sentaba en la tapia del cuartel con su aya —toda de blanco, sahib— y se reía cuando terminábamos la instrucción. Su padre y el mío estaban charlando, y mi padre me hizo una seña, y yo desmonté, y el *baba* puso su mano en la mía… dieciocho… veinticinco… veintisiete años hace ya de eso, sahib Kurban… mi sahib Kurban. ¡Desde ese día fuimos grandes amigos! Echó los dientes en la empuñadura de mi sable, como dice el refrán. Me llamaba el Gran Umr Singh; en realidad decía Gan Un Sin, porque aún no vocalizaba bien. No pasaba de esta altura, sahib, midiendo desde los bajos de este vagón, pero llamaba a todos los soldados por su nombre… a todos… Luego se marchó a Inglaterra, y regresó hecho un hombre, con un ligero balanceo en el andar y chasqueando los nudillos; volvió junto a su regimiento y conmigo. No había olvidado nuestra lengua ni nuestras costumbres. Era un sij de la cabeza a los pies, sahib. Era rico, generoso, justo, amigo de los soldados pobres, sagaz, bromista y despreocupado. Podría contarle muchas historias de sus primeros años. No me ocultaba nada. Yo era su Umr Singh, y cuando estábamos a solas me llamaba padre, y yo lo llamaba hijo. Sí, así nos tratábamos. Hablábamos con libertad de todo… de la guerra, de mujeres, de dinero, del progreso, de todo.

También hablamos de esta guerra mucho antes de que empezara. Había muchos mercachifles y buhoneros en este país, algunos de origen pastún, sobre todo en Yunasbagh (Johannesburgo), que semanalmente daban noticia de cómo los sahibs no tenían armas y estaban siendo aplastados por los bóers, de cómo los cañones recorrían las calles para meter en cintura a los sahibs y de cómo un sahib llamado sahib Eger (¿Edgar?) fue asesinado por un bóer por pura diversión. ¿Sabe el sahib

que en la India nos enteramos de todo lo que pasa en el mundo? No se disparaba un arma en Yunasbagh sin que su eco llegase a la India en el plazo de un mes. Los sahibs son muy listos, pero olvidan que el *dak* («correo») es fruto de su propia inteligencia, y que por un par de *anna* se puede saber todo. Aquí en la India escuchábamos y oíamos y nos hacíamos preguntas; y cuando ya no cabía duda, según contaban los mercachifles y los verduleros, de que los sahibs de Yunasbagh estaban sometidos a los bóers, algunos nos hicimos preguntas y esperamos alguna señal. Otros interpretaron mal el significado de las señales. ¡Y entonces, sahib, empezó la larga guerra en el Tirah! Sahib Kurban lo sabía, y hablábamos de ello. Decía: «No hay prisa. Pronto entraremos en combate y lucharemos por toda la India en ese país donde se encuentra Yunasbagh». Y decía la verdad. ¿No está de acuerdo el sahib? Desde luego. Es por la India por lo que los sahibs están librando esta guerra. No puedes gobernar en un lugar y estar sometido en otro. O gobiernas en todas partes u obedeces en todas partes. Dios no ha creado a las naciones pintojas. ¡Cierto… cierto… cierto!

Y así fueron madurando las cosas… paso a paso. A mí no me importaba nada, salvo porque me parece —¿está de acuerdo el sahib?— que es ridículo crear un ejército para luego dejarlo ocioso y sumido en el desánimo. ¿Por qué no han avisado a los hombres del Tochi… a los hombres del Tirah… a los hombres de Buner? Una estupidez, se mire como se mire. Nosotros lo habríamos hecho todo tan bien… tan bien.

De pronto, un buen día, sahib Kurban me manda buscar y me dice: «Eh, *dada*, estoy enfermo, y el médico me ha dado la baja por muchos meses». Y me guiña un ojo, y yo le digo: «Pido permiso y te cuido, hijo. ¿Quieres que lleve mi uniforme?». Y él dice: «Sí, y un sable para que un hombre enfermo pueda apoyarse en él. Iremos a Bombay, y desde allí, por mar, al país de los *hubshis* (“negros”)». ¡Fíjese qué listo! Fue el primero de nuestros hombres en todos los regimientos indígenas que pidió permiso por enfermedad para venir aquí. Ahora ya no dejan a nuestros oficiales que se marchen, ni enfermos ni sanos, a menos que juren por escrito que no participarán en esta guerrita. Pero él fue muy listo. No había ni el más mínimo rumor de guerra cuando él solicitó su baja. ¿Si yo también vine? Por supuesto. Acudí a mi coronel, y allí sentado en una silla (porque tengo… tenía… rango para que se me pusiera una silla cuando iba a hablar con el coronel), le dije: «Mi hijo está enfermo y se marcha. Dame permiso, porque yo también estoy viejo y enfermo». Y el coronel, haciendo un juego de palabras entre el inglés y nuestra lengua, me dice: «Sí, estás ciertamente sij»[10]. Y me dijo que era un sinvergüenza, en broma, como hace un militar con otro, y dijo que mi sahib Kurban mentía sobre su salud (lo cual también era cierto), pero al final se puso en mi lugar, me estrechó la mano y dijo que me marchara y que regresara con mi sahib sano y salvo. ¡Que regresara con mi sahib… pobre de mí!

Así que me fui a Bombay con sahib Kurban, pero, una vez allí, al ver el Agua Negra, Wayib Ali, su porteador, se asustó y dijo que su madre había muerto. Yo le dije a sahib Kurban: «¿Qué más da un cerdo musulmán de más o de menos? Dame

las llaves de los baúles que yo tendré listas las camisas blancas para la hora de la cena». Después le di una paliza a Wayib Ali detrás del Hotel Watson, y esa misma noche le preparé las navajas de afeitar a sahib Kurban. Le aseguro, sahib, que yo, un sij de Jalsa, que no puedo afeitarme, le preparé las navajas. Pero cuando lo hice no llevaba puesto el uniforme. Sahib Kurban había reservado para mí, en el vapor, un camarote idéntico al suyo en todos los sentidos, y hasta quería ponerme un criado. Hablamos de muchas cosas camino de este país, y sahib Kurban me contó cómo imaginaba él esta guerra. Dijo: «Han llevado tropas de infantería para combatir contra la caballería, y cometerán la estupidez de mostrarse clementes con esos bóers, porque se supone que son blancos. Sólo hay un error en esta guerra, y es que el gobierno no ha contado con nosotros, sino que la ha convertido en una guerra exclusivamente de sahibs. Muchos hombres morirán por ello, y no habrá venganza posible». ¡Cuánta razón tenía! Todo fue como él lo predijo.

Y así llegamos a este país, y hasta Ciudad del Cabo, y sahib Kurban dijo: «Tú lleva el equipaje al gran *dak-bungalow* (“posada”) mientras yo busco un empleo adecuado para un hombre enfermo». Me puse el uniforme de mi rango y fui hasta el gran *dak-bungalow* que se llamaba Maun Nihal Seyn, donde ordené que dejasen el equipaje más pesado en un sótano oscuro —¿lo conoce el sahib?— lleno de sables y equipajes de los oficiales. Ahora está más lleno todavía… ¡con las pertenencias de los que han muerto! Tuve la prudencia de solicitar un recibo por las tres piezas que dejé. Lo llevo en el cinturón. Debo regresar con todo al Punyab.

Sahib Kurban sin tardanza vuelve, con esa ligera cadencia en el andar cuyo significado yo conozco, y dice: «Hemos nacido con buena estrella. Nos vamos a Eshtellenbosch a supervisar el envío de los caballos». Recuerde que sahib Kurban era jefe de escuadrón del Gurgaon Rissala y que yo era Umr Singh. Por eso, hablando como solemos… como solíamos hablar cuando nadie nos oía, le dije: «Tú vas de mozo de cuadra y yo a cortar hierba. ¿Te parece esto un ascenso, hijo?». Él se echó a reír y respondió: «Ya vendrán tiempos mejores. Ten paciencia, padre». ¡Ah!, cuando estábamos solos me llamaba padre. «Esta guerra no terminará mañana ni pasado mañana. He visto a los nuevos sahibs, y son todos unos vejestorios… ¡todos!, ¡todos!, ¡todos!».

Fuimos a Eshtellenbosch, donde están los caballos; sahib Kurban haciendo de criado entretanto. El asunto estaba en manos de sahibs que actuaban sin la menor previsión, recién llegados de Dios sabe dónde, que jamás habían visto montar una tienda de campaña o clavar un poste. Tenían mucho celo, pero carecían de los conocimientos más elementales. Luego, poco a poco, fueron llegando de la India los patanes… son como esos buitres de ahí arriba, sahib, siempre en busca de carroña. Y también llegaron a Eshtellenbosch algunos sijs —aunque mazabíes, de baja casta—, y algunos de esos de Madrás, que son como monos. Venían con caballos. Enviaban los caballos desde Puttiala. Desde Yhind y desde Nabha enviaban caballos. Todos los pueblos del Jalsa enviaban caballos. De todos los rincones del mundo llegaban

caballos. Sabe Dios qué hacía el ejército con ellos, aparte de comérselos crudos. Manejaban los caballos como una cortesana sus afeites: con las dos manos. Esos caballos requerían muchos hombres. Sahib Kurban me puso al mando (¡menudo mando para mí!) de una pandilla de peludos —*hubshis*—, cuyo contacto y cuya sombra ensucian. Comían muchísimo, dormían boca abajo y se reían por cualquier cosa; exactamente igual que animales. A unos los llamaban fingús, y a otros, creo, cafres rojos, aunque todos eran cafres, sucios hasta lo indecible. Les enseñé a lavar y a dar de comer a los caballos, a cepillarlos y a barrer. Sí, tuve que supervisar el trabajo de unos barrenderos, me convertí en *jemadar* de *mehtar*[11], y sahib Kurban fue poco más que yo durante aquellos cinco meses. ¡Fueron meses muy malos! La guerra se desarrolló tal como sahib Kurban había previsto. Nuestros hombres morían a cientos y nadie se cobraba venganza. Era una guerra de idiotas armados con armas mágicas. Cañones que mataban a una distancia de muchos kilómetros, y hombres que, por su impericia, avanzaban a ciegas entre las hierbas altas y a quienes los bóers manejaban como al ganado. En cuanto a la ciudad de Eshtellenbosch, yo no soy un sahib… tan sólo un sij. Pero yo sólo habría acuartelado a un escuadrón del Gurgaon Rissala en esa ciudad —a un escuadrón pequeño— y habría dado una lección a esa ciudad hasta que los hombres aprendieran a besar la sombra de un caballo del gobierno en el suelo. Hay muchos *mullahs* en Eshtellenbosch. Y predicaban el Yihad contra nosotros. Es verdad: todo el campamento lo sabía. ¡Y la mayor parte de las casas tenían el techo de paja! ¡Una guerra de idiotas, ciertamente!

Al cabo de cinco meses mi sahib Kurban, que había adelgazado mucho, dijo: «Nuestra recompensa ha llegado. Mañana nos vamos al frente con los caballos y no creo que resista el camino y pueda regresar. Prepara el equipaje». Nos pusimos en marcha, en compañía de unos cuantos cafres a cargo de unos caballos nuevos, destinados a cierto regimiento que acababa de llegar en barco. El segundo día de «terén», cuando nos detuvimos para abrevar en un lugar desolado, donde no había ni un bazar, un tal Sikandar Jan, que había sido *jemadar de saises* («jefe de cuadras») en Eshtellenbosch y en ese momento prestaba servicio como soldado en un regimiento de la frontera, se fugó de los vagones de las caballerías. Sahib Kurban le insultó por desertar, pero el pastún levantó las manos para excusarse, y sahib Kurban se ablandó y lo incorporó a nuestro servicio. Y así pasamos a ser tres: sahib Kurban, yo y Sikandar Jan; sahib, sij y *sag* («perro»), Pero el hombre dijo con razón: «Estamos lejos de casa y estamos todos al servicio del Raj. Hagamos una tregua hasta que volvamos a ver el Indo». Y comí del mismo plato que él… ¡hasta carne de vaca, si mal no recuerdo! La noche que robó un poco de carne de cerdo enlatada de una de las tiendas donde comían los oficiales, dijo que en su libro, el Corán, está escrito que quienes participan en una guerra santa quedan exentos de las obligaciones rituales. ¡Bah! No tenía más religión que el azúcar y el agua que recoge la punta de la espada en el momento del bautismo. Y también robó un caballo del campamento de un regimiento muy novato. Yo mismo me procuré allí un caballo castrado, de pelo gris.

Esos regimientos novatos dejaban sueltos a sus caballos.

¡Claro que algunos regimientos intentaron quedarse con nuestros caballos durante el camino! Nos enseñaban órdenes y requisas de caballos, y en un par de ocasiones estuvieron a punto de desenganchar los vagones. Pero sahib Kurban era sabio, y yo tampoco soy del todo tonto. En el frente no abunda la honradez. Destacaba en particular un grupo de cuatreros empedernidos, sahibs altos y rubios que hablaban con voz nasal y siempre estaban diciendo: «¡Qué diablos!», que en nuestro idioma significa *Jehannum kojao*. Todos llevaban en el uniforme una hoja de parra, y cabalgaban como rajputas. No, montaban como los sijs. ¡Montaban como los «ustralianos»! Los «ustralianos», con quienes nos encontramos más tarde, también hablaban con voz nasal; eran altos, morenos, con los ojos grises y claros y las pestañas muy densas, como los camellos; hombres muy limpios, y una raza de sahibs desconocida para mí. Siempre decían «No temáis», que en nuestra lengua significa *Durro mut*, y por eso los llamábamos los *durromut*. Morenos, altos, excelentes jinetes, valientes y fieros, hacían la guerra como guerra y bebían té como beben el agua las arenas. ¿Ladrones? Un poco, sahib. Sikandar Jan lo juraba y perjuraba, y él procede de un clan que lleva diez generaciones robando caballos; aseguraba que un pastún era como un niño de teta al lado de un *durromut* en eso de robar caballos. Los *durromut* no saben andar con los pies. Andan como gallinas. Por eso necesitan caballos. Son buena gente, sólo que les gusta la guerra. «¡Eh, no temáis!», decían los *durromut*. Ellos supieron apreciar la valía de sahib Kurban. No le pidieron que se pusiera a limpiar los establos.

Por nada del mundo querían prescindir de él. Pasó a sustituir a uno de sus mandos que tenía fiebre, una jornada muy larga, en una zona salpicada de cerros, como en la desembocadura del Jaibar; y cuando regresaron, ya anochecida, los *durromut* dijeron: «*Wallah!* Éste sí que es un hombre. ¡Que no se vaya!». Y me robaron a mi sahib Kurban igual que habrían robado cualquier cosa que necesitaran; y devolvieron a Eshtellenbosch a un oficial enfermo. Así fue como sahib Kurban volvió a ocupar su lugar, conmigo como porteador y Sikandar Jan como cocinero. La ley decía que ésta era una guerra estrictamente para sahibs, pero ninguna orden impedía cabalgar a un porteador y un cocinero junto a su sahib. No teníamos nada que ponernos, más que nuestros uniformes. Recorrimos de arriba abajo este maldito país sin bazares, sin legumbres, sin harina, sin aceite, sin especias, sin pimienta de cayena, sin leña; nada más que trigo crudo y algo de ganado. No había grandes batallas, pero sí muchos cañonazos. Cuando éramos muchos, los bóers salían a recibirnos con café y nos mostraban los *purwanas* («permisos») que les habían dado unos estúpidos generales ingleses que pasaron por allí antes que nosotros y que los consideraban hombres pacíficos y bien predispuestos. Cuando éramos pocos, se escondían detrás de las peñas y desde allí abrían fuego contra nosotros. Pero según la orden ellos eran sahibs y ésta era una guerra de sahibs. ¡Muy bien! Aunque tal como yo lo entiendo, cuando un sahib va a la guerra se pone ropa de guerra, y sólo los que llevan esa ropa pueden

participar en la guerra. ¡Muy bien! Eso también lo comprendo. Pero esos hombres eran como los birmanos, o como los afridis. Disparaban a discreción y cuando se veían acorralados escondían las armas y exhibían sus *purwanas*, o se metían en casa y decían que eran campesinos. ¡Campesinos como los que acuchillan a las tropas de Madrás en Hlinedatalone, en Birmania! ¡Campesinos como los que mataron a sahib Cavagnari y a los Guías en Kabul! Una mañana les dimos un buen escarmiento: tiramos a quince o veinte desde un balcón enfrente del Bala Hissar. Yo esperaba que el *sahib yung-i-lat* («el comandante en jefe») recordara los viejos tiempos; pero no. Nos disparaban desde todas partes, y el *sahib yung-i-lat* publicaba proclamas en las que decía que él no estaba combatiendo contra el pueblo, sino contra cierto ejército, que no era otro que el de los bóers, que todos sumados no llevaban ropa de uniforme suficiente para hacerse un taparrabos. Una guerra de idiotas, de principio a fin, porque es evidente que el que combate con un fusil en una mano y un *purwana* en la otra, como hacían esos hombres, merece ser ahorcado. Y nosotros, cuando se hartaban, los recibíamos con honores; les proporcionábamos permisos y les dábamos de beber y ofrecíamos comida a sus mujeres y a sus hijos, y castigábamos severamente a los soldados cuando les robaban las gallinas. Y así, teníamos que hacer el trabajo no una sola vez con unos cuantos muertos, sino hasta tres y cuatro veces. Yo hablaba mucho de esto con sahib Kurban, y él decía: «Es una guerra de sahibs. Ésa es la orden». Hasta que una noche, cuando Sikandar Jan quiso acampar con su cuchillo lejos de los centinelas y enseñarles cómo se trabajaba en la frontera, sahib Kurban le dio un puñetazo entre ceja y ceja, y casi le rompe la crisma. Poco después, con una venda en los ojos, de manera que parecía un camello enfermo, Sikandar Jan pasó media jornada de marcha hablando con él, todavía más desconcertado que yo, y juró que se volvía a Eshtellenbosch. Aunque, en privado, sahib Kurban me dijo que deberíamos haber echado a los sijs y a los gurkas contra aquella gente hasta que vinieran arrastrándose por el polvo, porque no comprendían lo que era la guerra.

¿Que si nos disparaban? Claro que nos disparaban, y desde casas en las que ondeaba una bandera blanca, aunque cuando llegaron a conocer nuestras costumbres, sus viudas enviaban mensajes con corredores cafres, y empezó a haber menos tiroteos. «¡No temáis!». Todos los bóers con los que tratábamos tenían *purwanas* firmados por generales chiflados que garantizaban su voluntad de colaborar con el Estado. Pero también tenían bastantes rifles y cartuchos y los escondían en el tejado. Las mujeres se deshacían en llanto cuando quemábamos alguna casa, pero no se acercaban demasiado cuando las llamas alcanzaban el techo de paja, por miedo a los cartuchos, que estallaban. Las mujeres de los bóers son muy listas. Son más listas que los hombres. ¿Que si son listos los bóers? ¡Rotundamente no! Pero los sahibs son idiotas. Para salvar su honor tienen que decir que los bóers son listos, aunque es la extraordinaria estupidez de los sahibs la que hace listos a los bóers. Los sahibs deberían haber contado con nosotros en este asunto.

Los *durromut* lo hacían muy bien. Hicieron lo que había que hacer en esa parte

del país; no como lo hubiéramos hecho nosotros, los indios, pero no tenían un pelo de tontos. Una noche, cuando estábamos en la cima de un cerro, a la intemperie, vi a lo lejos una luz en una casa, que estuvo encendida unos diez minutos y después se apagó. Luego volvió a encenderse otras tres veces durante cinco minutos. Se lo indiqué a sahib Kurban, pues venía de una casa que no habíamos atacado, porque sus ocupantes tenían un montón de *purwanas* y habían jurado fidelidad a las correas de nuestros estribos. Yo le dije a sahib Kurban: «Envía medio escuadrón, hijo, y acaba con esa casa. Están haciendo señales a sus hermanos». Pero él se echó a reír y, sin moverse de donde estaba tumbado, dijo: «Si hiciera caso de mi porteador Umr Singh, no quedarían en pie ni diez casas en todo el país». Y yo dije: «¿Y qué necesidad hay de que quede alguna? Esto es como en Birmania. Hoy son campesinos y mañana guerrilleros. Tratémoslos como merecen». Sahib Kurban volvió a reír y se tapó con la manta, y yo seguí observando la luz de la casa hasta que se hizo de día. He estado en ocho guerras en la Frontera, sin contar la de Birmania. La primera guerra afgana, la segunda guerra afgana, dos campañas contra los *mahsud waziri* (eso hacen cuatro), otras dos guerras en las Montañas Negras, si no me equivoco, más la de Malakanda y la del Tirah. Y no cuento la de Birmania y otras escaramuzas menores. ¡Sé cuándo desde una casa se están enviando señales a otra!

Empujé con el pie a Sikandar Jan, y él también lo vio, y dijo: «Uno de los bóers que trajo las berenjenas que preparé anoche vive en esa casa». Y yo le pregunté: «¿Cómo lo sabes?». Y él dijo: «Porque se marchó en otra dirección, pero vi que el caballo se negaba a torcer en la curva del camino, y antes de que cayera la noche me escabullí para rezar y me llevé los prismáticos de sahib Kurban, y desde un pequeño promontorio vi que el caballo ruano del vendedor de berenjenas iba corriendo hacia la casa». No dije nada; más tarde le quité los prismáticos de sahib Kurban de las manos grasientas, los limpié con un pañuelo de seda y los devolví a su estuche. Sikandar Jan me contó que él había sido el primer hombre en el valle del Zenab que usó prismáticos, y gracias a ello acabó limpiamente con dos feudos de sangre durante un permiso de tres meses. Aunque, por otro lado, era un mentiroso.

Ese mismo día enviaron a sahib Kurban en compañía de unos diez soldados a espiar en los alrededores del campamento. Los *durromut* avanzaban muy despacio. Iban cargados de grano, forraje y carros, que querían dejar cuanto antes en alguna ciudad, para avanzar más ligeros y atender asuntos más acuciantes. Sahib Kurban les buscó un atajo, algo apartado de la línea de la marcha. Nos encontrábamos a unos veinte kilómetros del grueso del ejército y llegamos hasta una casa situada al pie de una loma con muchos arbustos, que tenía un *nullah* («pozo») detrás, lo que ellos llaman *donga*, y delante un viejo *sangar* («redil») de piedras amontonadas, que ellos llaman *kraal*. A los lados de la puerta crecían dos arbustos espinosos, como acacias enanas, repletos de brotes dorados, y el techo era de paja. Delante de la casa se extendía un valle pedregoso que llegaba hasta otra loma cubierta de arbustos. En el porche había un hombre, un viejo de barba blanca, con una verruga en el lado

izquierdo del cuello; y una mujer gorda con ojos de cerda y mandíbula de cerda; y un muchacho alto, privado de entendimiento. Tenía la cabeza calva y poco mayor que una naranja, y las aletas de la nariz comidas por alguna enfermedad. Se reía, babeaba y hacía cabriolas delante de sahib Kurban. El viejo sacó café y la mujer nos enseñó los *purwanas* de tres sahibs generales, que certificaban que eran gente de paz y de buena voluntad. Aquí tengo los *purwanas*, sahib. ¿Conoce el sahib a los generales que los firmaron?

Juraron que no había ningún bóer por allí. Lo juraron con la mano en alto. Se acercaba la hora de cenar. Yo estaba junto a la barandilla del porche con Sikandar Jan, que olfateaba el aire como un chacal que ha perdido el rastro. Al cabo de un rato me agarró del brazo y dijo: «¡Mira allí! El sol se refleja en la ventana de la casa que anoche emitía señales. Desde esta casa se ve la otra». Y miró el cerro que tenía a sus espaldas, todo cubierto de arbustos, conteniendo la respiración. El idiota se puso a bailar a mi lado, echando la cabeza hacia atrás, mirando al tejado y riendo como una hiena, y la mujer gorda empezó a hablar en voz muy alta, como si quisiera sofocar algún ruido. Entonces rodeé la casa con el pretexto de ir a por agua para el té, y vi bostas de caballo frescas en el suelo, donde también se apreciaban huellas de cascos recientes; y un cartucho que había caído del tejado. Sahib Kurban me llamó entonces en nuestra lengua y preguntó: «¿Te parece buen sitio para el té?». Y yo, sabiendo lo que quería decir, respondí: «Hay demasiados cocineros en la cocina. Monta y márchate, hijo». Volví junto a los demás, y él le dijo a la mujer, con una sonrisa: «Prepare algo de comer; entraremos después de dar un paseo». Pero a sus hombres les susurró: «¡Hay que irse de aquí!». No. No apuntó al viejo ni a la gorda con el fusil. No era su manera de hacer las cosas. Algún idiota de los *durromut*, que tenía hambre, protestó la orden de huida, y antes de que pudiéramos montar en los caballos, una lluvia de disparos nos llegó desde el tejado, procedente de los rifles escondidos debajo de la paja. Cruzamos al galope el valle de piedra, mientras nos disparaban también desde el *nullah* que había detrás de la casa y desde la loma, más allá del *nullah*, y también desde el tejado; eran tantos los disparos que parecía que la loma estuviera repleta de tambores. Sikandar Jan, que cabalgaba agazapado en la silla, dijo: «Esto no podemos hacerlo solos. Necesitamos al resto de los *durromut*». Yo le dije: «¡Cállate! ¡Mantente en posición!». Porque él tenía que ir detrás de mí y yo detrás de sahib Kurban. Pero ¡estas balas de hoy son capaces de atravesar a cinco hombres a la vez! No nos alcanzaron, a ninguno, y llegamos hasta el cerro y nos desperdigamos entre las peñas. Sahib Kurban se volvió sobre su montura y dijo: «¡Mirad al viejo!». Estaba en el porche, disparando rápidamente un fusil; y a su lado estaba la mujer, y también el idiota, los dos con fusiles. Sahib Kurban se echó a reír, y yo lo cogí de la muñeca, pero… su destino estaba escrito. La bala me pasó por debajo del sobaco y le alcanzó en el hígado; lo acosté entre dos peñascos inclinados… ¡Sahib Kurban, mi sahib Kurban! Desde el *nullah* y desde los cerros llegaban nuestros bóers en número superior al centenar, y Sikandar Jan dijo: «Ahora ya

sabemos lo que significaba la señal de anoche. Dame el fusil». Cogió el fusil de sahib Kurban —en esta guerra de idiotas sólo los médicos llevan espada— y se echó cuerpo a tierra para disparar, pero sahib Kurban se volvió desde donde estaba y le ordenó: «Estate quieto. Ésta es una guerra de sahibs». Y levantó la mano… así. Luego volvió sus ojos hacia mí, y le di agua, para que muriese cuanto antes. Y al beberla su alma recibió permiso…

Así fue nuestra batalla, sahib. Los *durromut* atacábamos desde un cerro que iba de norte a sur, donde se encontraba el grueso de nuestra tropa, y los bóers se habían instalado en un valle que discurría de este a oeste. Eran más de cien, y nosotros sólo diez, pero los contuvimos en el valle mientras avanzábamos rápidamente hacia el sur, bordeando el cerro. Vi caer a tres de ellos. Luego se escondieron todos y abrieron fuego graneado contra las rocas que protegían a nuestros hombres; los nuestros eran listos y no se dejaban ver, sino que continuaban avanzando siempre hacia el sur, y el estruendo de la batalla se fue desplazando en esa dirección, desde donde llegaba el ruido de los grandes cañones. Oscureció por completo, y Sikandar Jan descubrió entre las peñas la guarida de un chacal, donde pusimos de pie el cadáver de sahib Kurban. Sikandar Jan se quedó con los prismáticos, y yo me quedé con su pañuelo y con algunas cartas, y una cosa que yo sabía que llevaba al cuello. Sikandar Jan es testigo de que lo envolví todo en el pañuelo. Hicimos entonces un juramento, y nos quedamos en silencio velando a sahib Kurban. Sikandar Jan lloró hasta el amanecer… ¡él, que era pastún y mahometano! En toda la noche no dejamos de oír disparos hacia el sur y, al rayar el alba, vimos que el valle estaba tomado por los bóers, en carros y a caballo. Se concentraron junto a la casa, tal como pudimos comprobar con los gemelos de sahib Kurban, y el viejo, que creo que era un sacerdote, los bendijo y predicó la guerra santa, gesticulando con el brazo; la mujer gorda les ofreció café, mientras el idiota daba vueltas entre los hombres y besaba a los caballos. Luego se marcharon a toda prisa; desaparecieron por detrás de los cerros, y un esclavo negro salió a lavar el umbral de la puerta con agua clara. Sikandar Jan vio por los prismáticos que era una mancha de sangre, y se rió, y dijo: «Hay heridos. Ya nos vengaremos».

A eso del mediodía avistamos una alta columna de humo fino hacia el sur, un humo como el que hace una casa ardiendo bajo el sol, y Sikandar Jan, que sabe orientarse bien en las montañas, observó: «Al fin hemos incendiado la casa del vendedor de berenjenas, desde donde hacían las señales». Y yo repliqué: «¿Y eso que más da ahora que han matado a mi hijo? Déjame que lo llore». La columna de humo alcanzaba gran altura, y vi que el viejo salía al porche a mirar, lanzando los puños al aire. Y allí seguimos hasta el atardecer, sin agua ni comida, porque habíamos jurado no comer ni beber nada hasta haber liquidado aquel asunto. A mí me quedaba un poco de opio, y compartí la mitad con Sikandar Jan, porque él también quería a sahib Kurban. Cuando la oscuridad fue total, afilamos los sables en una piedra relativamente blanda, que mezclada con agua saca buen filo al acero; nos quitamos

las botas, bajamos hasta la casa y miramos por las ventanas sin hacer ruido. El viejo estaba sentado, leyendo un libro, y la mujer también estaba sentada, junto al hogar; y el idiota estaba tendido en el suelo con la cabeza en el regazo de la mujer, contándose los dedos y riéndose; y ella también se reía. Entonces comprendí que eran madre e hijo, y también me reí, porque lo había sospechado en el momento de reclamar para mí a Sikandar Jan la vida y el cuerpo de aquella mujer, cuando nos repartíamos el botín. Entramos con las espadas desenvainadas… La verdad es que esos bóers no saben lo que es el acero, porque el viejo corrió a por el rifle que había en un rincón; pero Sikandar Jan se lo impidió, asestándole una estacada en las manos, y el viejo se sentó y se puso manos arriba; y yo me llevé un dedo a los labios para indicarles que guardaran silencio. Pero la mujer gritó, y alguien se movió en una habitación contigua; se abrió una puerta y apareció un hombre que llevaba la cabeza vendada con trapos y un fusil que le temblaba en las manos. La cabeza entera cayó de un tajo al otro lado de la puerta; no había nadie más. Fue un golpe excelente… para un pastún. Todos guardaron silencio y observaron la cabeza en el suelo, y yo le dije a Sikandar Jan: «¡Busca unas cuerdas! Ni siquiera por sahib Kurban estoy dispuesto a desafilar mi espada». Salió a buscar y volvió con tres largas correas de cuero, diciendo:

«Ahí dentro hay cuatro heridos, y seguro que todos tienen permiso de algún general». Tensó las correas y se echó a reír. Yo le até al viejo las manos a la espalda, y de mala gana —porque se me reía en las narices y quería tocarme la barba— hice lo mismo con el idiota. Entonces, la mujer con ojos de cerda y mandíbula de cerda echó a correr, y Sikandar Jan dijo: «¿Le doy o la ato? Te tocó a ti en el reparto». Y yo le dije: «¡No hagas nada! Tengo una cadena para ella. Abre la puerta». Los llevé a empujones por el porche, hasta la sombra oscura de las acacias, y ella se arrastró de rodillas y se tiró al suelo, gritando y dándome golpes en las botas. Sikandar Jan salió con la lámpara, anunciando que era el mayordomo y que venía a iluminar la mesa, y yo busqué una rama que tuviera algún fruto. Pero la mujer me entorpecía, con sus aullidos y sus tirones. Se puso a hablar en su idioma, muy deprisa, y yo le respondí en el mío. «Por tu perfidia he perdido hoy a mi hijo, y mi hijo era respetado por los hombres y amado por las mujeres. Él habría engendrado hombres en lugar de bestias. Tú tienes más años de vida por delante que yo, pero mi dolor es más grande».

Me incliné para asegurar el lazo en el cuello del idiota y lancé el otro extremo por encima de la rama, mientras Sikandar Jan sostenía la lámpara para que la mujer pudiera verlo bien. De repente, por detrás de la lámpara apareció el espíritu de sahib Kurban. Se sujetaba con una mano el costado, justo donde había recibido el balazo, y la otra la extendió así y dijo: «No. Ésta es una guerra de sahibs». A lo que yo respondí: «Espera un poco, hijo. Pronto dormirás». Pero él se acercó más, como si cabalgara, hasta la altura de mis ojos, y volvió a decir: «No. Ésta es una guerra de sahibs». Y Sikandar Jan preguntó: «¿Pesa demasiado?». Dejó la lámpara en el suelo, vino hasta mí y, cuando se dio la vuelta para casar las dos puntas de la correa, el

espíritu de sahib Kurban se quedó a menos de un codo de nosotros y, con el rostro enfurecido, repitió por tercera vez: «No. Ésta es una guerra de sahibs». Y una ráfaga de aire apagó la lámpara, y oí cómo le castañeteaban los dientes a Sikandar Jan.

Nos quedamos el uno junto al otro, con las correas en la mano, un buen rato, porque no éramos capaces de articular palabra. Luego oí que Sikandar Jan abría su cantimplora y bebía, y cuando hubo sofocado la sed, me la pasó y dijo: «Estamos absueltos de nuestro juramento». Bebí, y juntos esperamos la llegada del alba sin movernos del sitio, con las correas en la mano. Poco después del tercer canto del gallo oímos cascos de caballo y rodar de cañones muy lejos de allí; y en cuanto llegó la luz, una bala de cañón cayó en el umbral de la casa, y la techumbre del porche, que era de paja, se desplomó y ardió en grandes llamaradas por delante de las ventanas. Y yo dije: «¿Qué hacemos con los bóers heridos que están dentro?». Pero Sikandar Jan contestó: «Ya hemos oído la orden. Ésta es una guerra de sahibs. No te muevas». Cayó una segunda bala de cañón, bien dirigida, aunque algo corta, que levantó la tierra a nuestro alrededor; y después llegaron diez disparos rápidos de esa arma que parece tartamuda, ésa que los sahibs llaman pompom, y la fachada de la casa se arrugó como la nariz y la barbilla de un viejo que refunfuña, y todo se vino abajo. Y entonces Sikandar Jan dijo: «Si el destino de los heridos es morir entre las llamas, no seré yo quien lo impida». Rodeó la casa y regresó seguido de cuatro bóers heridos, dos de los cuales no podían andar erguidos. Y le pregunté: «¿Qué has hecho?». Y él respondió: «Ni les he dicho nada ni les he puesto la mano encima. Suplican clemencia». Y yo dije: «Ésta es una guerra de sahibs. Que esperen la clemencia de ellos». Y allí se quedaron todos, los cuatro hombres, el idiota y la mujer gorda, debajo de la acacia, mientras la casa ardía con furia. Al poco empezaron a estallar los cartuchos del tejado, primero uno o dos, luego como una traca, hasta que se produjo un gran estruendo y la techumbre de paja empezó a saltar por los aires, y los prisioneros se arrastraban para huir del calor que ya estaba calcinando las acacias, y para huir de las tablas y de los ladrillos que volaban por todas partes. Pero yo les grité: «¡Quietos! ¡Quietos! Sois sahibs y ésta es una guerra de sahibs. No hay orden de retirada». No entendieron mis palabras. Pero se quedaron quietos y salieron con vida.

Entonces llegaron cinco soldados a caballo, que se hallaban bajo el mando de sahib Kurban, y yo sabía que uno de ellos hablaba mi idioma, porque había ido muchas veces hasta Calcuta con los caballos. Le conté lo que había pasado con la jerga del bazar, para que su riñón de sahib pudiera digerirlo, y al final le dije: «Nos ha llegado orden del difunto; dice que ésta es una guerra de sahibs. Ante el alma de mi sahib Kurban pongo en manos de la justicia de los sahibs a estos sahibs que me han arrebatado a mi hijo». Le pasé las correas, perdí el conocimiento y caí al suelo, porque mi corazón estaba henchido, pero a mi estómago no había entrado nada más que esa pequeña cantidad de opio.

Me instalaron en un carro con uno de sus heridos, y al cabo de un rato me enteré

de que llevaban dos días y dos noches peleando contra los bóers. Todo había sido una emboscada, sahib; una emboscada que la que nosotros, los de sahib Kurban, no vimos más que de lejos. Los *durromut* estaban muy enfadados… estaban furiosos. Nunca había visto sahibs tan enfurecidos. Enterraron a mi sahib Kurban según el rito de su fe, en la cima del cerro que había detrás de la casa, y a mí me tocó decir las oraciones propias de la fe, mientras Sikandar Jan rezaba a su manera, robando cinco bujías de hacer señales de tres mechas cada una, para iluminar la sepultura como se iluminan los viernes las tumbas de los santos. Se pasó la noche llorando amargamente, y yo lloré con él; se agarró a mis pies y me suplicó que le diese un recordatorio de sahib Kurban. Y le di la mitad de uno de los pañuelos de sahib Kurban, pero no de los de seda, que eran regalo de una dama; y le di también un botón de la guerrera y una anilla de acero sin valor que sahib Kurban usaba como llavero, y él lo besó todo y lo apretó contra su pecho. El resto lo llevo aquí, en este hatillo; y el equipaje tendré que recogerlo en el hotel de Ciudad del Cabo: cuatro camisas que enviamos a lavar y no pudimos recoger cuando nos fuimos al norte; para entregárselo todo a mi sahib coronel, allá en Sialkote, en el Punyab. Porque mi hijo ha muerto… ¡mi *baba* ha muerto!

Podía haberme marchado antes; no tenía por qué quedarme, puesto que mi hijo había muerto. Pero estábamos lejos del ferrocarril y los *durromut* eran como hermanos para mí, y había llegado a considerar a Sikandar Jan como una especie de amigo, y él me consiguió un caballo y me fui con ellos; pero ya no había vida. Dios sabe las cosas que me llamaban: ordenanza, *chaprassi* («mensajero»), cocinero, barrendero; ni lo sabía ni me importaba. Aunque una vez lo pasé bien. Regresamos al mismo valle al cabo de un mes, después de haber estado dando vueltas en círculo. Yo recordaba hasta la última piedra y subí hasta la tumba, donde un sahib muy listo de los *durromut* —habíamos dejado allí un escuadrón estacionado una semana para que les diera una buena lección a los de los *purwanas*— había tallado una inscripción en una roca muy grande; me la tradujeron, y era una burla que a sahib Kurban le habría encantado. Llevo la inscripción aquí copiada. Léala en voz alta, sahib, y le explicaré la burla. Hay dos muy buenas. Empiece, sahib:

En memoria de
WALTER DECIES CORBYN
Difunto capitán del 141° regimiento de caballería del Punyab

—Ése es el Gurgaon Rissala. Continúe, sahib.

asesinado a traición cerca de este lugar,
con la complicidad del difunto
HENDRIK DIRK UYS,
un ministro de Dios
que por tres veces

juró neutralidad,
y de su hijo Piet,
esta pequeña obra.

—¡Ajá! Ésta es la primera broma. ¡Tendría que ver el sahib la pequeña obra!

Erigida en incompleto
e imperfecto reconocimiento de su pérdida
por algunos hombres que lo querían.

Si monumentum requiris circumspice.

Ésta es la segunda burla. Significa que quienes deseen ver un monumento digno de sahib Kurban deben mirar hacia la casa. Y ya no hay casa, sahib; ni pozo, ni esos estanques grandes que ellos llaman presas, ni árboles frutales, ni ganado. No ha quedado nada, sahib, salvo los dos árboles calcinados por el fuego. El resto es como este desierto… o como mi mano… o mi corazón. Vacío, sahib… ¡todo vacío!

LA RADIO

LA CANCIÓN DE RASPAR, EN «VARDA»

Alta la mirada ante los peligros,
los muchachos siguen el vuelo de Psyche,
vueltos hacia arriba los rostros sudorosos,
con redes azotan los vacíos cielos.

Sigue su caída entre los zarzales,
se pinchan los dedos con copas de pinos.
Tras mil arañazos y otros tantos golpes
enjugan sus frentes, y la caza cesa.

Viene luego el padre a tranquilizarlos
y calma el derroche de dolor y pena,
diciendo: «Hijos míos, id hasta mi huerto
y de él traedme una hoja de col.

»Hallaréis en ella montones de huevos
grises y sin lustre, que, bien protegidos
en larva se tornan y luego en docenas
de Pysches radiantes y resucitadas».

«El Cielo es hermoso; es fea la Tierra»,
dijo el sacerdote tridimensionado.
No busques a Psyche nacer donde yacen
babosa y lombriz… ¡Ésa es nuestra muerte!

ERIK JOHAN STAGNELIUS

—¿No le resulta raro este asunto de Marconi? —preguntó el señor Shaynor, con tos ronca—. Al parecer no le afecta nada, ni tormentas, ni montañas… nada; si es verdad, mañana lo sabremos.

—Pues claro que es verdad —respondí, pasando detrás del mostrador—. ¿Dónde está el anciano señor Cashell?

—Ha tenido que irse a la cama por la gripe. Dijo que seguramente vendría usted

por aquí.

—¿Y su sobrino?

—Dentro, preparándolo todo. Me ha contado que en su último intento instalaron una antena en el tejado de uno de los grandes hoteles; las baterías electrificaron el agua y —soltó una risotada— las damas recibieron calambrazos al tomar sus baños.

—No lo sabía.

—Porque al hotel no le interesa airearlo, ¿no le parece? En este momento, a juzgar por lo que me ha contado el señor Cashell, están intentando transmitir una señal desde aquí hasta Poole, con baterías mucho más potentes. Resulta que como es el sobrino del gobernador (y además el acontecimiento saldrá en los periódicos), no importa que aquí las cosas se carguen de electricidad. ¿Piensa asistir al experimento?

—Desde luego. Nunca he visto nada parecido. ¿No se acuesta usted?

—Los sábados no cerramos hasta las diez. Además, hay mucha gripe en la ciudad, y tendremos que atender una docena de recetas antes de mañana. Normalmente suelo dormir en ese sillón. Es menos incómodo que salir de la cama cada vez que suena el timbre. Hace un frío terrible, ¿verdad?

—Helador. Siento que su tos haya empeorado.

—Gracias. El frío no me importa tanto. Es el viento lo que me mata. —Tuvo otro ataque de tos perruna cuando una anciana entró en busca de amoniato de quinina—. Acaba de terminarse, señora —dijo el señor Shaynor, adoptando de nuevo su tono profesional—, pero si no le importa esperar dos minutos, le prepararé un frasco.

Llevaba tiempo visitando la botica, y el trato frecuente con su propietario terminó madurando en amistad. Fue el señor Cashell quien me reveló la finalidad y la importancia de su oficio cuando uno de mis colegas farmacéuticos cometió un error al extenderme una receta y luego mintió para ocultar su descuido, y cuando le señalaron su error y su descuido, respondió con presuntuosas cartas.

—Una desgracia para nuestra profesión —señaló con ardor el hombre delgado y de ojos afables tras estudiar las pruebas—. Si quiere hacerle un favor a la profesión, denúncielo al Colegio de Farmacéuticos.

Así lo hice, sin saber a qué clase de demonios estaría convocando, y el resultado fue una disculpa propia de quien ha pasado la noche en el potro de tortura. El incidente me hizo concebir un gran respeto por el Colegio de Farmacéuticos y una gran estima por el señor Cashell, un profesional riguroso que ennoblecía su oficio. No hubo manera de que los ayudantes del señor Cashell se mostraran de acuerdo con él hasta que el señor Shaynor llegó del norte. «Se olvidan», decía el señor Cashell, «de que el boticario es ante todo y sobre todo un hombre de medicina. De él depende la reputación del médico. Está literalmente en sus manos, señor».

Es posible que los modales del señor Shaynor no tuvieran el lustre del tendero italiano de la puerta de al lado, pero amaba y conocía su trabajo en todos sus detalles. No parecía tener para relajarse más idilio que el que mantenía con los fármacos —su descubrimiento, preparación, envasado y exportación—, pero éste lo llevaba hasta los

confines del planeta, y fue por este asunto y por el formulario de farmacia y por Nicholas Culpeper, que tenía plena confianza en los médicos, como nos conocimos.

Poco a poco fui sabiendo de sus orígenes y de sus esperanzas: de su madre, que había sido maestra de escuela en uno de los condados del norte, y de su padre pelirrojo, un modesto maestro artesano de Kirby Moors que murió cuando mi amigo era un niño; de los exámenes que había superado y de su enorme y creciente dificultad; de sus sueños de abrir una botica en Londres; de su rabia por las rebajas en los precios de las cooperativas; y, lo principal, de su actitud hacia sus clientes.

—Uno llega a acostumbrarse —me confió en cierta ocasión— a atenderlos como es debido, y espero que con cortesía, sin dejar de pensar en sus asuntos. Llevo todo el otoño leyendo el *New Commercial Plants* de Christy, y le aseguro que exige la máxima concentración. Siempre y cuando no se trate de una receta, naturalmente, puedo tener hasta media página de Christy en la cabeza y al mismo tiempo despachar hasta dos veces el contenido de esa vitrina, sin equivocarme en un solo penique. Y en cuanto a las recetas, creo que las más generales sería capaz de prepararlas incluso en sueños.

Yo tenía mis propias razones para interesarme por los experimentos de Marconi desde que éstos empezaron en Inglaterra, y fue gracias a la invariable solicitud del señor Cashell, cuando su sobrino el electricista se apropió de la casa para instalar en ella una estación de largo alcance, como fui invitado para ver el resultado.

La anciana se marchó con su medicamento, y el señor Shaynor y yo nos pusimos a patalear sobre las baldosas para entrar en calor. Con tantas luces eléctricas como allí había, la botica parecía una mina de diamantes en París, porque el señor Cashell creía en los rituales de su oficio. Tres magníficos tarros de cristal rojo, verde y azul —parecidos a los que hicieron a Rosamunda deshacerse de sus zapatillas— centelleaban en los amplios ventanales del escaparate, y reinaba en el ambiente una confusión de aromas de lirio azul, películas Kodak, vulcanita, polvos para los dientes, bolsitas perfumadas y pomada de almendras. El señor Shaynor alimentó la estufa, y nos pusimos a chupar pimienta de cayena y pastillas de mentol. El brutal viento del este había barrido las calles, y los escasos transeúntes iban enfundados hasta los ojos. En la tienda italiana de la puerta de al lado había pájaros de vistoso plumaje y otras presas de caza colgadas de un gancho, que el viento empujaba hacia el borde izquierdo de nuestro escaparate.

—Deberían guardar esas aves; el viento las está vapuleando —observó el señor Shaynor—. ¿No le hace sentir que hace un frío que pela? ¡Mire esa pobre liebre! El viento casi le está arrancando el pellejo.

Vi el vientre del animal desgarrado por el viento, que al azotarlo revelaba la piel azulada por debajo.

—Un frío espantoso —señaló el señor Shaynor, con un estremecimiento—. ¡Imagínese salir en una noche como ésta! Ah, aquí está el joven Cashell.

Se abrió la puerta de la rebotica, y un hombre enérgico, de barba negra, entró

frotándose las manos.

—Necesito un trozo de hoja de estaño, Shaynor —dijo—. Buenas tardes. Mi tío me anunció que quizá viniera usted. —Estas últimas palabras iban dirigidas a mí, que al punto formulé la primera de cien preguntas.

—Todo está listo —dijo. Sólo estamos esperando el aviso de Poole. Discúlpeme un minuto. Puede entrar cuando guste; yo prefiero quedarme junto a los aparatos. Déme ese trozo de estaño. Gracias.

Mientras hablábamos, entró en la botica una muchacha —saltaba a la vista que no era una clienta—, y el señor Shaynor cambió de expresión y de actitud. La muchacha se inclinó sobre el mostrador, con ademán confidencial.

—No puedo —le oí decir al señor Shaynor entre incómodos susurros, al tiempo que sus mejillas cobraban un apagado rubor y le brillaban los ojos como a una polilla drogada—. No puedo. Te lo aseguro. Estoy solo en la botica.

—No es verdad. ¿Quién es ése? Pídele que despache durante media hora. Te vendrá bien un paseo rápido. Venga, John.

—Él no es…

—Me da igual. Pídeselo; sólo iremos hasta Santa Ana. Si no lo haces…

Shaynor se acercó hasta donde estaba yo, en la sombra del mostrador, y farfulló sus disculpas, aludiendo a su amistad con la joven dama.

—Sí —interrumpió la muchacha—. ¿Verdad que se ocupará usted de la botica durante media hora… para hacerme un favor?

Tenía una voz singularmente atractiva y sonora, como su figura.

—De acuerdo —acepté—. Pero más vale que se abrigue usted bien, señor Shaynor.

—Un paseo rápido debería sentarme bien. Sólo vamos hasta la iglesia. —Le oí toser penosamente mientras salían.

Volví a cargar la estufa y, derrochando sin reparos el carbón del señor Cashell, conseguí caldear un poco el ambiente. Exploré muchos de los cajones con pomos de cristal que cubrían las paredes, probé algunos fármacos desconcertantes y, con ayuda de un poco de cardamomo, jengibre molido, cloroformo y alcohol diluido, elaboré un nuevo y fortísimo brebaje, del que llevé un vaso al joven señor Cashell, ocupado en la rebotica. Se rió un momento cuando le dije que el señor Shaynor había salido, pero un frágil rollo de alambre requería toda su atención, y no tuvo palabras para mí, que me sentía apabullado ante semejante cantidad de baterías y bobinas. El ruido del mar en la playa se volvía audible a medida que el tráfico cesaba en la calle. Fue entonces cuando, muy brevemente pero con notable lucidez, me explicó los nombres y los usos del mecanismo que ocupaba las mesas y el suelo.

—¿Cuándo espera recibir el mensaje de Poole? —pregunté, bebiendo un sorbo de mi licor en una probeta.

—En torno a la medianoche, si todo va bien. Hemos instalado la antena en el tejado de la casa. No le recomiendo que abra un grifo ni toque nada esta noche.

Hemos conectado la antena a las tuberías, y el agua estará electrificada. —Me repitió la historia del revuelo que había causado la antena entre las damas del hotel cuando la instalaron allí.

—Pero ¿qué es exactamente? —quise saber—. No sé nada de electricidad.

—Ya, si supiera de eso, sabría de algo de lo que nadie sabe. Es tan sólo «eso», lo que llamamos electricidad, pero la magia… las manifestaciones… las ondas herzianas… se revelan a través de «esto». Lo llamamos transistor.

Cogió un tubo de cristal no mucho más grueso que un termómetro, en cuyo interior y casi en contacto había dos diminutas clavijas de plata, y entre ambas una cantidad infinitesimal de polvo metálico.

—Eso es todo —dijo con orgullo, como si fuera él el responsable del prodigio—. Esto es lo que nos revelará las fuerzas, sean las que sean, que actúan a través del espacio a larga distancia.

En ese momento llegó el señor Shaynor, y se quedó tosiendo en el felpudo como si fuera a escupir el corazón.

—Le está bien empleado por ser tan bobo —le dijo el señor Cashell, tan molesto como yo por la interrupción—. No importa… tenemos toda la noche por delante para presenciar maravillas.

Shaynor se agarró al mostrador con el pañuelo en los labios. Al retirar el pañuelo observé dos machas de color rojo brillante.

—Tengo la garganta un poco irritada de fumar —dijo, jadeando—. Probaré con un poco de cubeba.

—Mejor pruebe esto. He estado componiendo en su ausencia. —Le pasé el brebaje.

—¿No me emborrachará? Yo soy un bebedor casi exclusivamente de té. ¡Vaya! Sabe bien y resulta reconfortante.

Dejó el vaso vacío para toser de nuevo.

—¡Brrrr! ¡Qué frío hacía fuera! En una noche así no me importaría estar en la tumba. ¿Se le ha irritado alguna vez la garganta de fumar? —Se guardó el pañuelo en el bolsillo, tras echarle una mirada furtiva.

—Sí, a veces —respondí, preguntándome cuál no sería mi agonía de terror si en alguna ocasión llegaba a ver esas rojas señales de peligro bajo mi nariz.

El señor Cashell carraspeó entre las baterías, indicando que estaba listo para continuar con sus explicaciones científicas, pero yo seguía pensando en la muchacha de la voz sonora y la boca bien tallada, a cuyas órdenes había asumido el mando de la botica. Se me ocurrió que guardaba un vago parecido con la seductora imagen del anuncio de agua de colonia, en un marco dorado, cuyos encantos se veían realzados de manera harto pecaminosa por el resplandor del tarro rojo en el escaparate. Al volverme para cerciorarme, vi que el señor Shaynor miraba en la misma dirección, y el instinto me hizo reconocer que el exuberante objeto era como un santuario para él.

—¿Qué toma para la tos? —pregunté.

—Bueno, estando al otro lado del mostrador no creo demasiado en los medicamentos patentados. Pero hay cigarrillos y pastillas para el asma. La verdad es que, si no le molesta el olor, que a mi entender se parece mucho al del incienso, aunque yo no soy católico, las pastillas de la catedral de Blaudett son lo que más me alivia.

—Probemos.

Yo, que nunca había saqueado una botica, estaba dispuesto a todo. Desenterramos las pastillas —unos conos de benzoina gomosos, de color marrón— y los encendimos bajo el anuncio de agua de colonia, donde lanzaron finas volutas de humo azul.

—Como es natural —dijo el señor Shaynor—, lo que uno consume aquí lo paga de su bolsillo. En este negocio los inventarios son casi como en joyería, no le digo más. Pero pagas a precio de mayorista —añadió, señalando la cajita de pastillas.

Era evidente que la quema del incienso ante la alegre imagen de la moza a siete tintas era un rito establecido que tenía su precio.

—¿Y cuándo echamos el cierre?

—Seguimos así toda la noche. El querido señor Cashell no cree en cierres ni en persianas ante el poder de la luz eléctrica. Además, atrae a los clientes. Yo me sentaré en el sillón, junto a la estufa, para escribir una carta, si no le importa. La electricidad no es una de mis recetas.

El enérgico y joven Cashell resopló en la rebotica mientras Shaynor se acomodaba en el sillón, sobre el que había echado una manta de yute austríaco a rayas rojas, negras y amarillas, más parecida a un mantel. Me puse a echar un vistazo a los folletos de patentes, por leer algo, pero no me interesaron y volví al preparado del nuevo brebaje. El pollero italiano descolgó sus piezas de caza y se fue a la cama. En la acera de enfrente, las persianas cerradas reflejaban la luz de gas formando manchas frías; el pavimento seco parecía arrugarse, como si el azote del viento le pusiera la carne de gallina, y mucho antes de que pasara junto al escaparate, oímos al policía sacudiendo los brazos para entrar en calor. En la botica, el olor a cardamomo y cloroformo competía con los conos de incienso y las docenas de fármacos, perfume y jabón aromáticos. Nuestras luces eléctricas, colocadas en el escaparate ante los ventrudos tarros de Rosamunda, proyectaban hacia la botica tres monstruosas manchas de tonalidades rojas, azules y verdes que se descomponían como un caleidoscopio en las facetas de los tiradores de los cajones, los frascos de perfume de cristal tallado y los bulbos de las botellas centelleantes. Coloreaban las baldosas blancas del suelo con espléndidas manchas; salpicaban los bordes del mostrador de níquel, confiriendo a la caoba reluciente de sus paneles un aspecto semejante al del mármol granulado… lascas de pórfido y malaquita. El señor Shaynor abrió un cajón y, antes de empezar a escribir, sacó de él un delgado montón de cartas. Desde donde me encontraba, junto a la estufa, podía ver los bordes festoneados del papel y un llamativo membrete en la esquina, incluso me llegaba el desagradable olor del laurel. A cada página, Shaynor se volvía hacia la joven del anuncio de agua de colonia y la

devoraba con ojos encendidos. Se había echado la manta austríaca sobre los hombros y, en medio de aquellas luces en litigio, parecía más que nunca la encarnación de una polilla drogada, de una polilla tigre, a mi modo de ver.

Introdujo la carta en un sobre, lo selló con movimientos rígidos y mecánicos y lo guardó en el cajón. Fue entonces cuando tomé conciencia del silencio de una gran ciudad dormida, del silencio que yacía bajo el rítmico rumor de las olas en la orilla, una quietud densa, un cosquilleo de cálida vida que se apaciguaba a la hora designada, y sin darme cuenta me puse a dar vueltas por la resplandeciente botica como se dan vueltas en la habitación de un enfermo. El joven Cashell estaba ajustando un cable que chisporroteaba de cuando en cuando, emitiendo ese sonido tenso, como de huesos al descoyuntarse, de la chispa eléctrica. Una puerta se cerró y se abrió rápidamente en el piso de arriba, y oí al tío tosiendo en la cama.

—Ya está —anuncié, cuando el brebaje estuvo bien templado—; beba un poco de esto, señor Shaynor.

Se rebulló en el sillón, sobresaltado, y alargó la mano para coger el vaso. La mezcla, del color del vino de Oporto, espumeaba en la superficie.

—Parece —dijo de pronto—… esas burbujas… parecen un collar de perlas lanzando destellos… como las perlas en el cuello de una muchacha. —Volvió a mirar el anuncio, donde la mujer del corsé gris parecía dispuesta a lucir sus perlas antes de cepillarse los dientes.

—¿Verdad que no está mal? —pregunté.

—¿Eh?

Me miró con los ojos muy abiertos, y mientras lo observaba vi que el sentido y la conciencia morían en sus pupilas rápidamente dilatadas. Su cuerpo perdió la rigidez, se arrellanó en el sillón y, barbilla en pecho, manos sobre el regazo, descansó con los ojos abiertos, completamente inmóvil.

—Me temo que he dejado a Shaynor fuera de combate —dije, ofreciendo al señor Cashell el brebaje recién hecho—. Puede que haya sido el cloroformo.

—No, está bien —dijo el hombre de la barba negra, mirándolo con lástima—. Los tísicos entran a menudo en ese tipo de trance. Es el agotamiento… no me extraña. Creo que el licor le sentará bien. Es magnífico. —Apuró el vaso de buena gana—. Bien, como le iba diciendo antes de que nos interrumpiera, esto es un pequeño transistor. Ese pellizco de polvo, ¿lo ve?, es viruta de níquel. Las ondas herzianas son lanzadas al espacio desde la estación que las emite, y todas estas pequeñas partículas se atraen unas a otras, decimos que se adhieren, al pasar la corriente a través de ellas. Ahora bien, es importante recordar que la corriente es inducida. Hay muchos tipos de inducción…

—Sí, pero ¿qué es la inducción?

—Es difícil explicarlo sin emplear términos técnicos. Podría resumirse diciendo que cuando una corriente eléctrica pasa a través de un cable, se genera una gran cantidad de magnetismo alrededor del cable; si colocas otro cable en paralelo, dentro

de lo que llamamos su campo magnético… el segundo cable se carga también de electricidad.

—¿Por sí solo?

—Por sí solo.

—Veamos si lo he entendido bien. A muchos kilómetros de aquí, en Poole, o donde sea…

—Dentro de diez años se podrá hacer desde cualquier lugar.

—Hay un cable cargado…

—Cargado de ondas herzianas que vibran, digamos entre doscientos y treinta millones de veces por segundo —explicó el señor Cashell, moviendo el dedo índice muy deprisa en el aire.

—Muy bien… un cable cargado en Poole lanza estas ondas al espacio. Luego, este cable suyo se adhiere al espacio… en el tejado de la casa… y de un modo misterioso se carga con las ondas que llegan de Poole…

—O de cualquier parte; sólo que esta noche le toca a Poole.

—Y esas ondas ponen en funcionamiento el transistor, ¿como cualquier telégrafo?

—¡No! Ahí es donde se equivoca tanta gente. Las ondas herzianas no tienen fuerza suficiente para hacer funcionar un aparato de Morse tan grande y pesado como el nuestro. Lo único que pueden hacer es que ese polvillo se adhiera, y mientras éste se adhiere, apenas un instante para un punto y un poco más cuando se trata de una raya, la corriente de esta batería… de la batería doméstica —dijo, tocando el aparato con la mano—, puede pasar a través de la máquina impresora para registrar el punto o la raya. Se lo explicaré más claramente. ¿Entiende usted algo de vapor?

—Muy poco, pero siga.

—Pues el transistor es como una válvula de vapor. Un niño puede abrir una válvula para poner en marcha un motor de vapor, porque basta con un giro de muñeca para que el vapor pase, ¿cierto? Bien; esta batería casera lista para imprimir es el vapor. El transistor es la válvula, que puede girarse en cualquier momento. La onda herziana es la mano del niño que la gira.

—Comprendo. Es maravilloso.

—Maravilloso, ¿verdad? Y eso que estamos sólo al principio. Dentro de diez años seremos capaces de cualquier cosa. Quiero vivir… Dios mío, ¡qué ganas tengo de vivir para ver cómo evoluciona! —Miró a través de la puerta a Shaynor, que respiraba ligeramente en su sillón—. ¡Pobrecillo! Y busca la compañía de Fanny Brand.

—¿Fanny qué? —pregunté, pues el nombre había activado una oscura y familiar conexión en mi cerebro… algo relacionado con un pañuelo manchado y la palabra «arterial».

—Fanny Brand… la joven que le dejó a cargo del establecimiento. —Se echó a reír—. Es todo cuanto sé de ella, y le aseguro que no comprendo qué es lo que Shaynor ve en esa muchacha, ni ella en él.

—¿Que no comprende lo que ve en ella? —insistí.

—Ya; se refiere a eso. Es una chica bien rolliza y con abundantes curvas. Supongo que por eso él está tan loco por ella. Pero no es su tipo. La verdad es que no importa. Mi tío dice que morirá antes de que termine el año. Parece que su brebaje le ha inducido un buen sueño. —El señor Cashell no alcanzaba a ver la cara del señor Shaynor, ladeada hacia el anuncio.

Avivé de nuevo la estufa, porque la habitación empezaba a enfriarse, y encendí otro cono de incienso. El señor Shaynor, sin moverse en ningún momento, miraba como si no me viese, con unos ojos enormes y apagados como los de una liebre muerta.

—Los de Poole se retrasan —dijo el joven Cashell cuando volví a la rebotica—. Les enviaré una señal.

Pulsó una tecla en la semioscuridad, se oyó un chasquido, y entre dos pomos de bronce saltó una chispa, luego un montón de chispas, y otra vez más chispas.

—¿Verdad que es formidable? Ésa es la fuerza, nuestra fuerza desconocida; que lucha y patalea por liberarse —dijo Cashell—. Ahí va… tic… tic… tic… hacia el espacio. Cuando acciono un transistor, nunca dejo de maravillarme… de que las ondas viajen a través del espacio. T. R. es nuestra clave. Poole debería contestar con *L. L.L.*

Esperamos dos, tres, cinco minutos. En medio del silencio, en cuyo ordenado patrón se inscribía el ruido del mar, percibí el claro siseo de las cuerdas en el tejado, sacudidas por el viento contra la antena.

—Parece que en Poole no están listos. Me quedaré aquí y le avisaré en cuanto empiecen.

Volví a la botica y dejé descuidadamente mi vaso sobre una losa de mármol, produciendo un tintineo. Al hacerlo, Shaynor se puso en pie, la mirada una vez más fija en el anuncio, donde la joven bañada por la luz del tarro rojo mostraba una sonrisa bobalicona y sonrosada sobre su collar de perlas. Shaynor no dejaba de mover los labios.

—Y arrojó… y arrojó… y arrojó… —repetía, el rostro contraído en una agonía inexplicable.

Me acerqué lleno de perplejidad, y entonces él halló las palabras y las pronunció con absoluta claridad. Fueron éstas:

> Y arrojó cálidos gules contra el joven pecho de Magdalena.

Se borró su expresión afligida, y volvió tranquilamente a su lugar, frotándose las manos.

Nunca, por más que en numerosas ocasiones hubiéramos hablado de lecturas y de

premios literarios por pura diversión, se me pasó por la cabeza que el señor Shaynor hubiera leído a Keats o que pudiera citarlo tan oportunamente. Lo cierto es que, con un poco de imaginación, la luz parecía dibujar una vidriera sobre el alto pecho de la imagen iluminada, tal como una estampa vulgar puede evocar un lienzo incomparable o el verso que acababa de citar. Era obvio que la noche, mi bebida y la soledad transformaban al señor Shaynor en un poeta. Volvió a sentarse y empezó a escribir rápidamente en su infame papel, con labios temblorosos.

Cerré la puerta de la rebotica y me coloqué detrás de él. No dio muestras de verme ni de oírme. Miré por encima del hombro y, entre enloquecidos rasguños y palabras y frases apenas esbozadas, leí:

> Era un noche fría. Muy fría.
> La liebre… la liebre… la liebre…
> los pájaros…

Levantó bruscamente la cabeza y, frunciendo el ceño, miró los cierres de la pollería, que sobresalían en nuestro escaparate. Escribió entonces un verso completo:

> A pesar de su pellejo, la liebre tenía mucho frío.

Moviéndose como una máquina, giró la cabeza a la derecha del anuncio, donde el cono de la catedral de Blaudett despedía un olor abominable. Soltó un gruñido y continuó:

> Incienso en un incensario…
> Ante su hermosa imagen en un marco de oro…
> Retrato de muchacha… o retrato de ángel…

—¡Chsss! —llamó con cautela el señor Cashell desde la rebotica, como si se hallara en presencia de espíritus—. Está llegando un mensaje de alguna parte, pero no es de Poole.

Oí el chasquido mientras él pulsaba las teclas del transmisor. Algo chisporroteaba también en mi cabeza, o quizás fuera tan sólo el pelo. Luego oí mi voz, como un murmullo áspero:

—Señor Cashell, aquí también está ocurriendo algo. Déjeme a solas hasta que le avise.

—Creía que había venido usted para presenciar este prodigio… señor —dijo finalmente molesto.

—Déjeme a solas hasta que le avise. No haga ruido. Observé… esperé. La venosa mano azul, la mano seca del tísico, iba esbozando con claridad, sin tachaduras:

… Se estremece esta frágil alma mía
al pensar en el frío que pasarán los muertos…

tembló al escribir:

Sepultados bajo la tierra mohosa.

Se detuvo, soltó la pluma y se recostó en el sillón.

Por un instante, que fue media eternidad, la botica empezó a girar en un remolino del color del arco iris, dentro del cual y a través del cual mi alma observaba sin pasión alguna a mi alma que luchaba, presa de un pánico abrumador. Me llegó entonces el fuerte olor a tabaco de la ropa del señor Shaynor y, como una banda de trompetas, oí el ronquido de su respiración. Me encontraba inmóvil en mi puesto de observación, como quien examina un disparo en la diana, ligeramente inclinado, las manos en las rodillas y la cabeza a escasos centímetros de la manta negra, roja y amarilla, por encima de su hombro. Susurraba palabras de aliento, evidentemente dirigidas a mi otro yo, frases rotundas, como las que los hombres pronuncian en los sueños.

«Que haya leído a Keats no demuestra nada. Si no lo ha leído… debe de haber unas causas para estos efectos. Nada escapa a esta ley. Deberías dar gracias por reconocer "La víspera de Santa Ana" sin tener el libro delante; porque, dadas las circunstancias, entre las cuales se cuenta Fanny Brand, que es la clave del enigma y representa aproximadamente la latitud y la longitud de Fanny Brawne, y considerando además el color rojo intenso de la sangre arterial en el pañuelo, que es lo que hace un momento tanta confusión te ha provocado, y teniendo en cuenta la influencia del entorno profesional, perfectamente reproducido aquí… el resultado es lógico e inevitable. Tan inevitable como la inducción».

La otra mitad de mi alma se negaba, sin embargo, a ser reconfortada. Se encontraba acobardada en un minúsculo e indigno rincón… y a una distancia inmensa.

Volví entonces a ser una persona, las manos aferradas a las rodillas y los ojos pegados a la página del señor Shaynor. Tal como el que sueña acepta y explica que la tierra se levante de pronto y los muertos resuciten, entre fragmentos del himno vespertino o de la tabla de multiplicar, así acepté yo los hechos, fueran cuales fueren, que debía presenciar, al tiempo que elaboraba una teoría, sensata y plausible para mi propia mente, capaz de explicarlos. Todo lo que hoy recuerdo de mi formidable teoría

son estas grandilocuentes palabras: «Si ha leído a Keats, es el cloroformo. Si no lo ha leído, es el bacilo idéntico o la onda herziana de la tuberculosis, sumado a Fanny Brand y su status profesional lo que, combinado con el flujo del pensamiento subconsciente común a todos los seres humanos, ha producido temporalmente un Keats inducido».

El señor Shaynor volvió a su trabajo, borrando y reescribiendo como antes, con rapidez. Desechó dos o tres páginas en blanco, y luego, murmurando, escribió:

Leve humo de vela que se apaga.

—No —musitó—. Leve humo… leve humo… leve humo. ¿Qué más? —Dirigió la barbilla hacia el anuncio, bajo el cual humeaban los últimos conos de incienso—. ¡Ah! —Y con alivio, continuó:

Leve humo que muere bajo la luna fría.

Era evidente que buscaba las rimas, pues repetía muchas veces «fría, mía, fría». Volvió a buscar inspiración en el anuncio y, sin tachaduras, escribió el verso que ya le había oído:

Y arrojé cálidos gules sobre el joven pecho de Madeleine.

Recordé que el poema original dice «hermoso» —una palabra trillada— en lugar de «joven», y asentí con aprobación, si bien reconocía que había fallado en el intento de reproducir «moría su leve humo bajo la luna pálida».

Siguieron sin interrupción diez o quince líneas de prosa sin adornos —en las que el alma desnuda confiesa el anhelo físico que siente por su amada— e impura, según lo que entendemos por impureza; desagradable pero extremadamente humana; la materia prima, eso me pareció a esa hora y en ese lugar, con la que Keats había tejido las estrofas veintiséis, veintisiete y veintiocho de su poema. No tuve vergüenza alguna en supervisar esta revelación, y mi terror se extinguió con el humo del incienso.

—Eso es —murmuré—. Así es como se ahuyenta. ¡Adelante! Cúbralo de tinta. ¡Cúbralo de tinta!

El señor Shaynor volvió al verso quebrado en el que «armonía» se hace rimar con el deseo de mirar bajo «su falda vacía». Cogió un pliegue de la alegre y suave manta, se lo extendió sobre una mano, lo acarició con infinita ternura, pensó, murmuró, hizo

varios garabatos que no logré descifrar, cerró los ojos con aire somnoliento, sacudió la cabeza y dejó de escribir. Me sentí culpable, pues en ese momento no alcanzaba a ver (como ahora lo veo) de qué manera podía colorear sus sueños una manta austriaca roja, negra y amarilla.

Pasados unos minutos dejó a un lado la pluma y, con la mano apoyada en la barbilla, examinó la botica con mirada inteligente y pensativa. Apartó la manta, se puso en pie, pasó junto a una hilera de cajones de fármacos y fue leyendo en voz alta los nombres de las etiquetas. Al volver, cogió de su escritorio el *New Commercial Plants* de Christy y el viejo Culpeper que yo le había regalado, los abrió y los colocó uno junto al otro con aire de oficinista, desparecida ya de su rostro toda huella de pasión, leyó primero uno y luego el otro, y se detuvo con la pluma en la oreja.

«¿Qué milagro del cielo vendrá ahora?», me pregunté.

—Maná… maná… maná —dijo al fin, frunciendo las cejas—. Eso es lo que quería. ¡Bien! ¡Veamos! ¡Veamos! ¡Bien!

¡Bien! ¡Ah, por Dios, eso está bien! —Alzó la voz hasta alcanzar un tono normal y, sin titubear una sola vez, dijo:

> Manzana confitada, membrillo, calabaza y ciruela,
> mermeladas tan suaves como nata cremosa,
> y siropes translúcido bañados en canela,
>
> dátiles y maná traídos hasta Argos desde Fez;
> especiadas delicias, todas ellas,
> desde la sedosa Samarcanda al Líbano del cedro.

Lo repitió de nuevo, diciendo «tan tiernas» en lugar de «tan suaves» en el segundo verso; lo escribió luego de un tirón, pero esta vez —mis ojos no omitieron un solo trazo de ninguna palabra—, sustituyó «suaves» por una atroz ocurrencia posterior, hasta que al fin salió de su mano tal como está escrito en el libro… tal como está escrito en el libro.

El viento rugía en la calle y tras él llegaban estruendosas ráfagas de lluvia.

Tras una pausa para sonreír —y buena razón tenía para hacerlo—, reanudó su tarea, lanzando siempre la última página por encima del hombro:

> La fuerte lluvia azota la ventana,
> repique de granizo… que lanza oblicuo el viento.

Y otra vez prosa: «Son muy frías las mañanas, cuando el viento trae consigo lluvia y granizo. Oía el granizo en el cristal de la ventana, amor mío, y pensaba en ti. Pienso

en ti a todas horas. Ojalá pudiéramos huir como dos amantes bajo la tormenta y conseguir esa casita junto al mar de la que siempre hablamos, dulce amor mío. Para sentarnos a contemplar el mar desde nuestras ventanas. Sería un paraíso sólo nuestro… un paraíso de mar… un paraíso de mar».

Se detuvo, levantó la cabeza y escuchó. El zumbido continuo del sumidero del paseo marítimo, que hasta entonces nos había acompañado, omitió una nota antes de esa oleada más fuerte y repentina que señala el tránsito hacia la marea alta. Resonó como un ejército al cambiar el paso, resonando en nuestros oídos hasta que éstos lo aceptaron y dejaron de prestarle atención.

Un paraíso sólo para ti y para mí
más allá de la espuma… más allá…
de la mágica espuma y el peligroso mar.

Gruñó otra vez por el esfuerzo, y se mordió el labio inferior.

Tenía la garganta seca, pero no me atrevía siquiera a tragar para humedecerla, no fuera a romper el hechizo que lo arrastraba cada vez más hacia esa marca de la crecida que sólo dos de los hijos de Adán han alcanzado. Recuerden que de todos los millones posibles, no hay más de cinco —cinco breves versos— de los que quepa decir: «Esto es pura Magia. Esto es Clarividencia. El resto es sólo poesía». ¡Y el señor Shaynor estaba jugando al escondite con dos de ellos!

Juré que ningún pensamiento inconsciente debía influir en mi alma ciega, y me aferré desesperadamente a los otros tres, repitiéndolos una y otra vez:

Un salvaje lugar, tan divino, encantado,
como en custodia perpetua bajo luna menguante,
por la mujer que gime por su demonio amante.

Aunque creía tener mi mente así ocupada, todo mi ser pendía de la escritura bajo la mano enjuta, los dedos oscurecidos por el contacto con los productos químicos y el humo del tabaco.

Nuestras ventanas frente a la feroz espuma,

(escribió, tras largos e indecisos arranques), y después:

los postigos abiertos a mares desolados

tristes… tristes…

De nuevo creció en su rostro la tensión y la ansiedad ante esa sensación de pérdida que ya había advertido yo antes, cuando la Fuerza se apoderó de él. Sin embargo, esta vez la agonía fue diez veces más intensa. Subió ante mis propios ojos como el mercurio en el termómetro. Iluminó su rostro desde dentro, hasta que me pareció que el alma, visiblemente torturada, iba a escapar entre sus mandíbulas, incapaz de soportarlo. Una gota de sudor me resbaló desde la frente a la nariz y fue a estrellarse en el dorso de mí mano.

Nuestras ventanas frente a desolados mares
y la espuma perlada del paraíso mágico…

—Todavía no… todavía no —murmuró—, espera un momento. Por favor, espera un momento. Estoy a punto de conseguirlo…

Nuestras ventanas mágicas frente a la mar abiertas,
la peligrosa espuma de mares desolados…
Por siempre jamás.

—¡Ay, Dios mío!

Tembló de la cabeza a los pies, tembló desde la médula de los huesos, se levantó de un salto, con los brazos en alto, y arrastró el sillón con un chirrido sobre el suelo de baldosas, golpeando los cajones que había detrás y derribando un frasco. Me agaché mecánicamente para recogerlo.

Mientras me incorporaba, el señor Shaynor se estiraba y bostezaba sin ninguna prisa.

—He echado una cabezadita —dijo—. ¿Cómo es que he volcado el sillón? Parece usted bastante…

—El sillón me ha sobresaltado —respondí—. Ha sido muy repentino en medio de esta quietud.

Tras su puerta cerrada, el señor Cashell se mostraba ofendidamente silencioso.

—Creo que he estado soñando —continuó el señor Shaynor.

—Seguramente. Hablando de sueños… yo… le vi escribir… antes…

Se sonrojó, avergonzado.

—Quería preguntarle si alguna vez ha leído algo escrito por un hombre llamado Keats.

—No tengo mucho tiempo para leer poesía y tampoco puedo decir que recuerde

el nombre con exactitud. ¿Es un escritor popular?

—Medianamente. Me pareció que tal vez lo conociera, porque es el único poeta que también fue farmacéutico. Y es lo que se llama el poeta del amor.

—¿De veras? En ese caso tendré que ojearlo. ¿Sobre qué escribió?

—Sobre muchas cosas. He aquí una muestra que tal vez le interese.

Con mucho cuidado, le repetí el verso que él había recitado dos veces y escrito una hacía menos de diez minutos.

—Cualquiera puede ver que es farmacéutico, por ese verso que habla de tinturas y siropes. Es un buen tributo a nuestra profesión.

El señor Cashell abrió la puerta apenas un centímetro y con gélida cortesía dijo:

—No sé si sigue usted interesado en nuestros insignificantes experimentos. En tal caso…

Lo llevé a un aparte y entre susurros le dije:

—Shaynor parecía a punto de caer en una especie de trance. Y aún a riesgo de ser grosero, no he querido apartarle de sus instrumentos justo cuando estaba llegando el mensaje. ¿Lo comprende?

—Naturalmente… por descontado —respondió con firmeza—. Ciertamente me pareció un poco raro. ¿De modo que por eso ha tirado el sillón?

—Espero no haberme perdido nada —dije.

—Siento no poder decir que es así, pero todavía está a tiempo de presenciar el final de un curioso espectáculo. Usted también puede pasar, señor Shaynor. Escuchen; voy a leérselo.

La máquina de Morse golpeteaba con furia. El señor Cashel interpretó:

—«K. K. V. no entiende sus señales» —Pausa—. «M. M. V. M. M. V. Señales indescifrables. Intención fondear Bahía de Sandown. Examen de aparatos mañana». ¿Saben lo que significa? Son dos militares enviando señales de radio desde la Isla de Wight. Intentan comunicarse. Ninguno puede leer el mensaje del otro, pero nuestro receptor lo recibe todo. Llevan así un buen rato. Ojalá lo hubieran oído.

—¡Qué maravilla! —exclamé—. ¿Quiere decir que estamos escuchando un intento de comunicación entre barcos de Portsmouth, que estamos oyendo furtivamente algo que está ocurriendo en la otra mitad del sur de Inglaterra?

—Exacto. Sus transmisores funcionan a la perfección, pero los receptores fallan, y sólo reciben un punto o una raya de vez en cuando. Nada claro.

—¿Y eso por qué?

—Quién sabe… aunque la ciencia no tardará en averiguarlo. Puede que falle la inducción; puede que los receptores no estén ajustados para recibir sólo el número exacto de vibraciones por segundo que emite el transmisor. Por eso sólo captan palabras sueltas. Lo suficiente para volverse locos.

La máquina de Morse cobró vida de nuevo.

—Uno de ellos se está quejando. Escuchen: «Desalentador… sumamente desalentador». ¡Qué lástima! ¿Hanpresenciado alguna vez una sesión de espiritismo?

A veces me recuerda a eso… retazos de mensajes surgidos de la nada; una palabra aquí, otra allá. No lleva a ninguna parte.

—Porque los médiums son todos unos impostores —intervino el señor Shaynor desde la puerta, encendiendo un cigarrillo para el asma—. Lo hacen sólo por dinero. Yo lo he visto.

—Aquí está Poole, al fin… claro como una campana. L. L. L. Ahora ya no tardaremos. —El señor Cashell aporreó las teclas alegremente—. ¿Les apetece decirles algo?

—No, creo que no —dije—. Me iré a casa y me meteré en la cama. Estoy un poco cansado.

ELLOS

Una vista llamaba a otra; una cima a su compañera, hacia la otra mitad del condado, y como responder a la invitación no requería mayor esfuerzo que el de tirar de una palanca, encomendé el camino a mis ruedas y me dejé llevar. Las llanuras del este, tachonadas de orquídeas, daban paso al tomillo, las encinas y la hierba gris de los promontorios cretáceos del sur, y éstos a los fértiles trigales y a las higueras de la costa, donde el ritmo regular de la marea me acompañó a mano izquierda por espacio de veinte kilómetros sin interrupción; y al girar tierra adentro, entre un cúmulo de bosques y colinas redondeadas, abandoné definitivamente todos los límites conocidos. Una vez pasada esa aldea concreta que se conoce como madrina de la capital de Estados Unidos, encontré pueblos perdidos donde las abejas, las únicas criaturas despiertas, zumbaban entre los tilos de veinticuatro metros de altura que descollaban sobre las grises iglesias normandas; milagrosos arroyos que se zambullían bajo puentes de piedra construidos para soportar un tráfico más pesado del que jamás volverían a padecer; graneros diezmales más grandes que sus iglesias; y una vieja herrería que proclamaba a los cuatro vientos su antigua condición de sala de los caballeros templarios. Y encontré gitanos en unas eras, donde aulagas, brezo y helechos combatían entre sí a lo largo de un kilómetro y medio de calzada romana; y un poco más adelante espanté a un zorro rojo que retozaba como un perro bajo el crudo sol.

Cuando los bosques y las colinas se cerraron a mi alrededor, me erguí en el asiento para orientarme con ayuda de los grandes promontorios, cuya cresta anillada es como un mojón en las llanuras a las que circundan por espacio de ochenta kilómetros. Por la inclinación del terreno, estimé que acabaría encontrando alguna de las carreteras que discurren a los pies de los riscos en dirección oeste, pero no tuve en cuenta que el velo de los bosques podía confundirme. Tras una curva inesperada me hundí primero en una cañada verde y rebosante de líquida luz solar, y después en un lóbrego túnel, donde las hojas que habían caído de los árboles el año anterior se alborotaban y susurraban al paso de mis neumáticos. Los recios avellanos que entrecruzaban sus ramas en las copas no se habían podado al menos en un par de generaciones, y ningún hacha había ayudado a las hayas y a los robles, ulcerados por el musgo, a aventajarlos en altura. La carretera se transformaba abiertamente en una vereda alfombrada de terciopelo marrón y salpicada de prímulas marchitas que asomaban como jade, o de jacintos silvestres enfermos que cabeceaban a la vez sobre sus tallos blancos. Cuando la pendiente lo permitía, apagaba el motor y me deslizaba sobre los remolinos de hojas, esperando a cada momento encontrar a un guardabosques, pero sólo oí a un arrendajo, lejos, discutiendo con el silencio bajo el crepúsculo del bosque.

El camino seguía descendiendo. Estaba a punto de dar la vuelta y, antes de acabar metido en una ciénaga, regresar en segunda por donde había venido, cuando atisbé la luz del sol entre la maleza y solté el freno.

Un nuevo descenso. Con el sol de frente, mis ruedas delanteras se adentraron en una amplia y silenciosa extensión de césped donde, lanza en ristre, surgieron jinetes de tres metros de altura, monstruosos pavos reales y elegantes damas de honor con la cabeza rapada —azules, negras y brillantes—, todos ellos esculpidos en los tejos. Al otro lado de la pradera, sitiada por los bosques en tres de sus lados, se alzaba una antigua casa de piedra cubierta de liquen, con parteluces en las ventanas y tejado entre rojizo y rosado. Dos muros semicirculares del mismo color de la teja flanqueaban la construcción, y cerraban la pradera por el cuarto lado, y a sus pies crecía un seto de boj que alcanzaba la altura de un hombre. Había palomas entre las esbeltas chimeneas de ladrillo del tejado, y tras el muro me pareció distinguir un palomar octogonal.

Allí me detuve —la lanza verde de un jinete descansaba sobre mi pecho—, retenido por la extraordinaria belleza de aquella joya en aquel escenario.

«Si no me largan por intruso o si este caballero no decide embestirme, como mínimo Shakespeare y la reina Isabel deberían salir por esa puerta entreabierta del jardín para invitarme a tomar un té».

Una niña apareció en una de las ventanas de la planta alta y tuve la impresión de que me saludaba amistosamente con la mano. En realidad llamaba a un compañero, pues en ese momento asomó otra cabeza rubia. Entonces oí risas entre los pavos reales de tejo y, al volverme para cerciorarme (hasta ese momento me había limitado a observar la casa) vi que detrás del seto una fuente lanzaba contra el sol su surtidor de plata. Las palomas zureaban en el tejado en respuesta al rumor del agua, pero en un intervalo entre dos notas distinguí la risa plenamente feliz de un niño concentrado en alguna travesura.

La puerta del jardín —de sólido roble encastrado en el espesor del muro— se entreabrió un poco más; una mujer con un gran sombrero de jardín puso el pie muy despacio en el peldaño de piedra horadado por el tiempo, y con la misma lentitud se acercó caminando por la pradera. Buscaba yo una excusa cuando la mujer levantó la cabeza y vi que era ciega.

—Lo he oído —dijo—. ¿Es eso un automóvil?

—Me temo que me he perdido en la carretera. Tendría que haber girado arriba… nunca imaginé… —empecé a decir.

—Pero ¡si me alegro mucho! ¡Figúrese, un automóvil en mi jardín! Será una delicia para… —Se volvió, como si mirase alrededor—. No… ¿no habrá visto a alguien por casualidad?

—A nadie con quien haya podido hablar, aunque los niños que andan por ahí parecían interesados.

—¿Qué niños?

—Acabo de ver a dos en la ventana, y creo que alguno está rondando por el jardín.

—¡Qué suerte tiene! —exclamó, y se le iluminó la cara—. Yo los oigo, desde luego, pero nada más. ¿Usted los ha visto y oído?

—Sí. Y si algo sé de niños uno de ellos lo está pasando de maravilla allí en la fuente. Supongo que se habrá escapado.

—¿Le gustan los niños?

Le di un par de razones por las que no los odiada del todo.

—Claro, claro —dijo la mujer—. Entonces usted lo entiende. Entonces no le parecerá una tontería si le pido que dé un par de vueltas con el coche por el jardín… muy despacio. Estoy segura de que les gustará verlo. Ven tan pocas cosas, los pobres. Una intenta hacerles la vida agradable, pero… —lanzó las manos hacia los bosques —. Estamos tan alejados del mundo aquí.

—Eso será estupendo —dije—. Pero no quisiera estropearle el césped.

La mujer volvió la cabeza hacia la derecha.

—Un momento —dijo—. Estamos en la puerta sur, ¿verdad? Detrás de esos pavos reales hay un sendero de losas. Lo llamamos el paseo de los Pavos Reales. Según me dicen desde aquí no se ve, pero si conduce usted bien pegado al borde del bosque podrá torcer en el primer pavo real y entrar en el paseo.

Era un sacrilegio sacar de su sueño a aquella fachada con el ruido de un motor, pero giré el volante para alejarme de la hierba, pasé rozando el bosque y entré en el amplio sendero de piedra donde el vaso de la fuente reposaba como un zafiro en forma de estrella.

—¿Puedo ir con usted? No, por favor, no me ayude. Les gustará más si me ven a mí.

Avanzó a tientas hasta la parte delantera de coche y, con un pie en el estribo, llamó:

—¡Niños! ¡Eh, niños! ¡Venid a ver lo que va a pasar!

Su voz podría haber sacado del Abismo a las almas perdidas, por el anhelo que escondía su dulzura, y no me sorprendió oír un grito de respuesta desde detrás de los tejos. Debía de ser el niño que estaba en la fuente, pero huyó cuando nos acercamos, dejando un barquito en el agua. Vi el destello de una camisa azul entre los jinetes inmóviles.

Desfilamos con determinación por el paseo y regresamos a petición de la mujer. Esta vez el niño logró contener el pánico, pero seguía lejos, receloso.

—El chiquillo nos está observando —dije—. Tal vez le gustaría dar un paseo.

—Todavía son muy tímidos. Muy tímidos. Pero ¡qué afortunado es usted que puede verlos! Escuchemos.

Al instante detuve el motor, y el silencio húmedo, cargado de olor a boj, nos envolvió profundamente. Oí las podaderas de un jardinero en algún lugar; el zumbido de las abejas y voces entrecortadas que podían ser de las palomas.

—¡Ah, qué antipáticos! —dijo la mujer, decepcionada.

—Quizá les asuste el motor. Esa niñita de la ventana parece interesadísima.

—¿Sí? —La mujer alzó la cabeza—. No he debido decir eso. Me quieren mucho. Es lo único por lo que vale la pena vivir… que lo quieran a uno, ¿verdad? No me atrevo siquiera a pensar cómo sería este lugar sin ellos. Por cierto, ¿es hermoso?

—Creo que es lo más hermoso que he visto jamás.

—Eso me dicen todos. Yo lo percibo, por supuesto, pero no es lo mismo.

—Entonces, ¿usted nunca…? —empecé, pero me interrumpí, avergonzado.

—No que yo recuerde. Dicen que ocurrió cuando tenía sólo unos meses. Y, sin embargo, algo debo recordar; ¿cómo si no podría soñar con colores? En mis sueños veo luz, y colores, pero a «ellos» no los veo. Sólo los oigo cuando estoy despierta.

—Es difícil ver los rostros en sueños. Algunas personas lo consiguen, pero la mayoría no tenemos ese don —seguí diciendo mientras miraba hacia la ventana donde la niña estaba casi escondida.

—Eso también lo he oído —dijo la mujer—. Y me dicen que nadie puede ver en sueños el rostro de una persona que ha muerto. ¿Es cierto?

—Yo creo que sí… aunque, ahora que lo pienso…

—Pero, dígame, ¿a usted le pasa? —Sus ojos ciegos se volvieron hacia mí.

—Nunca he visto el rostro de mis difuntos en ningún sueño —respondí.

—Eso debe ser tan malo como ser ciego.

El sol se había ocultado por detrás de los bosques y las sombras alargadas empezaban a apoderarse de los insolentes jinetes, uno por uno. Vi morir la luz en la punta de una lanza de hojas brillantes, y todo el verde duro y bravo se volvió de un negro suave. La casa, rindiéndose al final de un día más, tal como se había rendido a tantos cientos de miles de días pasados, pareció acomodarse para descansar entre las sombras.

—¿Y lo ha deseado alguna vez? —preguntó ella tras un silencio.

—Muchas veces —dije.

La niña se retiró de la ventana cuando las sombras se cerraron sobre ella.

—¡Ah! Yo también, aunque supongo que no debo… ¿Dónde vive?

—Justo al otro lado del condado… a más de noventa kilómetros, y ya debería estar regresando. He venido sin los faros grandes.

—Pero todavía no ha oscurecido. Lo noto.

—Me temo que será de noche cuando llegue a casa. ¿Podría indicarme alguien el camino? Estoy completamente perdido.

—Madden lo acompañará hasta el cruce. Estamos tan apartados del mundo que no me sorprende que se sienta perdido. Yo le guiaré hasta la fachada; pero ¿verdad que irá muy despacio hasta que haya salido de la finca? Espero que no le parezca una tontería.

—Le prometo que iré así de despacio —dije, y dejé caer el coche muy despacio por la pendiente del camino.

Rodeamos el ala izquierda de la casa, cuyos exquisitos canalones de plomo fundido bien merecían por sí solos un día de viaje; pasamos bajo un arco de rosales que se abría en el muro rojo y llegamos hasta la alta fachada principal, que superaba en belleza y majestad tanto a la de atrás como a todas las que había visto.

—¿De verdad es tan bonito? —preguntó ella en tono nostálgico al escuchar mis extasiados comentarios—. ¿Y le gustan también las estatuas de delante? Detrás está el viejo jardín de azaleas. Dicen que este lugar debió de construirse para los niños. ¿Me hace el favor de ayudarme a bajar? Me gustaría acompañarlo hasta el cruce, pero no debo dejar a los niños. ¿Eres tú, Madden? Quiero que vayas con este caballero hasta el cruce. Se ha perdido, pero… los ha visto.

Un mayordomo apareció sin ruido alguno en aquel prodigio de roble antiguo que debían de llamar puerta principal y desapareció un instante en busca de su sombrero. Ella me miraba con esos ojos azules desprovistos de visión, y por primera vez me fijé en que era hermosa.

—Recuerde —dijo en voz baja— que si le gustan los niños volverá por aquí —y desapareció en el interior de la casa.

El mayordomo no dijo nada hasta que llegábamos a las puertas de la finca, donde, al vislumbrar un destello azul entre un arbusto, me desvié brusca y ampliamente no fuera a ser que el diablo que incita a los niños a jugar me convirtiera en un infanticida.

—Disculpe —preguntó de pronto—. ¿Por qué ha hecho eso, señor?

—Por ese nitro de ahí.

—¿Nuestro caballerito de azul?

—Exactamente.

—Corretea por todas partes. ¿Lo vio antes en la fuente, señor?

—Sí, varias veces. ¿Torcemos aquí?

—Sí, señor. ¿Y los vio también en el piso de arriba?

—¿En la ventana? Sí.

—¿Eso fue antes de que la señora saliese a hablar con usted, señor?

—Un poco antes. ¿Por qué lo pregunta?

Tardó un momento en contestar.

—Sólo para asegurarme de que… de que han visto el automóvil, señor, porque con niños corriendo por ahí, aunque estoy seguro de que conduce usted con mucho cuidado, podría haber ocurrido un accidente. Sólo por eso, señor. Ya hemos llegado al cruce. Desde aquí no tiene pérdida. Gracias, señor, pero aquí no tenemos costumbre de…

—Le pido disculpas —dije, guardándome la libra de plata.

—Bueno, a los demás generalmente les parece bien. Adiós, señor.

Se atrincheró en el torreón blindado donde se protegen los de su casta y se alejó. Era sin duda un mayordomo celoso del honor de su casa y preocupado por el bienestar de los niños, probablemente influido por una doncella.

Una vez que dejé atrás los carteles del cruce me volví para mirar, pero las colinas se arrebujaban con tanto empeño que no lograba ver la casa. Cuando pregunté su nombre en una granja junto a la carretera, la mujer gorda que vendía dulces me dio a entender que quienes conducían vehículos a motor casi no tenían derecho a vivir, y mucho menos a «ir por ahí hablando como cocheros». No era una comunidad muy amable.

Esa noche, al reconstruir mi ruta sobre el mapa, adquirí algunos conocimientos. Antigua granja de Hawkins era al parecer la denominación censal, pero la vieja *County Gazetter*, generalmente tan precisa, no la mencionaba. La casa principal de aquellos parajes era Hodnington Hall, de construcción georgiana, con adornos del primer período Victoriano, según atestiguaba un atroz grabado en acero. Acudí con mis dificultades a un vecino —un árbol profundamente enraizado en aquella tierra—, y éste me dio el nombre de una familia que no me aclaró nada.

Volví aproximadamente un mes más tarde… o tal vez fue mi coche quien tomó esa carretera por voluntad propia. Me llevó por los áridos promontorios, enfiló cada desvío del dédalo de caminos que discurrían bajo sus cimas, atravesó los bosques cercados por las altas paredes, impenetrables en la plenitud de su foliación, apareció en el cruce donde me dejó el mayordomo, y un poco más adelante manifestó un problema mecánico que me obligó a detenerme en un camino de hierba abandonado que se adentraba en un bosque de avellanos envuelto en el silencio estival. En la medida en que el sol y un mapa del Estado Mayor a escala de quince centímetros podían proporcionarme alguna certeza, juzgué que aquél debía de ser el camino que flanqueaba el bosque que había visto por primera vez desde las cimas de los promontorios. Convertí mis reparaciones en un asunto de la mayor seriedad y mi caja de herramientas en un resplandeciente escaparate, extendiendo ordenadamente sobre una manta llaves, bombas y utensilios similares. Era una trampa para cazar a los niños, pues me dije que no debían de andar muy lejos en un día como aquél. Hice un alto en el trabajo para escuchar, pero eran tantos los sonidos del verano en el bosque (a pesar de que las aves ya se habían apareado) que al principio no pude distinguir las sigilosas y furtivas pisadas de unos pies ligeros sobre las hojas muertas. Toqué la bocina a modo de señuelo y los pies huyeron; me arrepentí de haberlo hecho, pues un ruido inesperado provoca en un niño auténtico terror. Debía de llevar una media hora ocupado en mi tarea cuando oí la voz de la mujer ciega que llamaba en el bosque:

—Niños, niños, ¿dónde estáis? —y el silencio se cerró muy despacio sobre aquel grito perfecto.

La mujer se acercó hacia mí, avanzando a tientas entre los troncos de los árboles, y aunque me pareció que un niño se colgaba de su falda, se escabulló luego entre el follaje como un ratón cuando la mujer estuvo más cerca.

—¿Es usted? —preguntó—. ¿El del otro extremo del condado?

—Soy yo; el del otro extremo del condado.

—¿Por qué no ha entrado desde arriba por el bosque? Hace un momento ellos

estaban aquí.

—Estaban aquí hace unos minutos. Supongo que sabían que se me ha averiado el coche y vinieron a disfrutar de la diversión.

—Nada serio, espero. ¿Cómo puede averiarse un coche?

—De cincuenta maneras distintas. Sólo que el mío ha escogido la cincuenta y uno.

Rió alegremente la pequeña broma, con una risa arrulladora y deliciosa, y se echó el sombrero hacia atrás.

—Déjeme escuchar —dijo.

—Espere un momento; le traeré un cojín.

Puso un pie en la manta cubierta de piezas sueltas y se inclinó sobre ellas con impaciencia.

—¡Qué cosas tan bonitas! —Las manos con las que veía exploraron entre las luces y sombras del sol—. ¡Una caja… y aquí otra! Pero ¡si las ha colocado como en una juguetería!

—Le confieso que las he sacado para atraerlos. La mitad de estas cosas en realidad no las necesito.

—¡Qué amable de su parte! Oí la bocina desde lo alto del bosque. ¿Y dice que antes de eso ya estaban aquí?

—Estoy seguro. ¿Por qué son tan tímidos? Ese niño de azul que estaba con usted hace un momento debería haberse atrevido. Me ha estado observando como un piel roja.

—Ha debido de ser la bocina —dijo ella—. Cuando bajaba oí que uno de ellos pasaba corriendo a mi lado, muy asustado. Son tímidos… muy tímidos; incluso conmigo. —Volvió el rostro por encima del hombro y gritó de nuevo:

—¡Niños! ¡Niños! ¡Venid a ver esto!

—Habrán ido a ocuparse de sus cosas —señalé, pues oí a nuestras espaldas un murmullo de voces quebrado por un estallido de risas infantiles.

Volví a mis chapuzas, y la mujer se inclinó hacia delante, la barbilla apoyada en la mano, escuchando con atención.

—¿Cuántos son? —pregunté al fin. Había terminado la reparación y no veía razón para marcharme.

Frunció la frente un momento, con aire pensativo.

—No estoy segura —se limitó a decir—. A veces más… a veces menos. Vienen y se quedan conmigo porque yo los quiero.

—Debe de ser muy divertido —dije, poniendo un cajón en su sitio, pero mientras lo decía reparé en la inanidad de mi respuesta.

—No… ¿no se estará burlando de mí? —dijo ella—. Yo… yo no tengo hijos. Nunca me he casado. La gente a veces se ríe de mí por ellos… porque…

—Porque son salvajes —afirmé—. No hay por qué preocuparse. Ese tipo de gente se ríe de todo lo que no tiene en sus vidas satisfechas.

—No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Pero no me gusta que se rían de mí por ellos. Me duele; y cuando una no puede ver… no quisiera parecer tonta —le temblaba la barbilla como a un niño mientras hablaba—, pero creo que los ciegos tenemos la piel muy fina. Todo lo de fuera nos golpea directamente en el alma. Ustedes son diferentes. Sus ojos les proporcionan unas buenas defensas… pueden ver lo que ocurre… antes de que alguien les hiera el alma. La gente se olvida de que nosotros no podemos.

Guardé silencio, reflexionando sobre aquel tema inagotable: el de la brutalidad más que heredada (puesto que se nos inculca minuciosamente) de los pueblos cristianos, en comparación con la cual el paganismo de los negros es limpio y comedido. Esto me llevó muy lejos en mis pensamientos.

—¡No haga eso! —dijo ella de pronto, cubriéndose los ojos con las manos.

—¿Qué?

Hizo un gesto con la mano.

—¡Eso! Es… es todo púrpura y negro. ¡No lo haga! Ese color hace daño.

—Pero ¿cómo demonios conoce usted los colores? —exclamé, pues aquello era sin duda una revelación.

—¿Los colores como colores?

—No. «Esos» colores que acaba de mencionar.

—Usted lo sabe tan bien como yo —dijo, riendo—. De lo contrario no haría esa pregunta. Esos colores no están en el mundo. Están dentro de usted… cuando se enfadó tanto.

—¿Se refiere a un mancha de color púrpura apagado, como el vino de Oporto mezclado con tinta? —pregunté.

—Nunca he visto la tinta ni el vino de Oporto, pero esos colores no se mezclan. Están separados… completamente separados.

—¿Son como rayas y picos negros sobre el púrpura?

Ella asintió.

—Sí… son así —volvió a zigzaguear con un dedo—, pero en realidad es más rojo que púrpura… ese color tan malo.

—¿Y qué otros colores hay encima de… de eso que usted ve?

Se inclinó despacio y trazó sobre la alfombrilla la figura del Óvalo.

—Los veo así —explicó, señalando con un tallo de hierba—: blanco, verde, amarillo, rojo, púrpura y, cuando la gente se enfada o es mala… el negro sobre el rojo… como usted hace un momento.

—¿Quién le habló de esto… por primera vez? —quise saber.

—¿De los colores? Nadie. Cuando era niña siempre preguntaba por los colores… de los manteles, de las cortinas o de las alfombras… porque algunos colores me hacían daño y otros me hacían feliz. Y la gente me lo decía; y cuando crecí fue así como vi a la gente. —Trazó de nuevo el contorno del Óvalo, que a muy pocos de nosotros nos es dado ver.

—¿Todo usted sola? —repetí.

—Todo yo sola. No había nadie más. Hasta más tarde no descubrí que los demás no veían esos colores.

Se recostó en el tronco del árbol, trenzando y destrenzando los tallos de hierba que tomaba al azar. Los niños se habían acercado por el bosque. Los veía retozar como ardillas con el rabillo del ojo.

—Seguro que ya no vuelve a reírse de mí —dijo tras un largo silencio—. Ni de «ellos».

—¡Por Dios! ¡Claro que no! —exclamé, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—. Un hombre que se ríe de un niño… a menos que el niño también se esté riendo… es un pagano.

—Desde luego no era eso lo que yo quería decir. Usted nunca se ha reído de los niños, pero pensé… pensaba… que tal vez podía reírse de mí por ellos. Por eso le pido perdón… ¿Y ahora de qué va a reírse?

No había hecho yo el menor ruido, pero ella se dio cuenta.

—De la idea de que me pida perdón. Si hubiera cumplido usted con su deber como pilar del Estado y como terrateniente debería haberme denunciado por allanar su propiedad cuando irrumpí en sus bosques el otro día. Fue vergonzoso de mi parte… inexcusable.

Aquella mujer capaz de ver el alma me miró larga y detenidamente, la cabeza apoyada en el tronco del árbol.

—Qué curioso —dijo con un susurro—. Qué cosa tan curiosa.

—¿Qué? ¿Lo que he hecho?

—Usted no lo entiende… y sin embargo ha entendido los colores. ¿No lo entiende?

Hablaba con un ardor que nada podía justificar, y la miré desconcertado mientras se incorporaba. Los niños habían formado un corro detrás de una zarza. Una cabeza menuda se inclinaba sobre algo más pequeño, y por la posición de los hombros supe que había dedos en los labios. También ellos guardaban algún terrible secreto infantil. Sólo yo estaba desesperadamente perdido bajo la amplia luz del sol.

—No —dije, sacudiendo la cabeza como si aquellos ojos muertos pudieran apreciarlo—. Sea lo que sea, todavía no lo comprendo. Tal vez más tarde… si me permite volver por aquí.

—Volverá —respondió ella—. Seguro que volverá y paseará por el bosque.

—Puede que para entonces los niños ya me conozcan y me permitan jugar con ellos… como un favor. Ya sabe cómo son los niños.

—No es cuestión de favor sino de derecho —replicó, y mientras yo me preguntaba qué quería decir, una mujer desgreñada apareció corriendo en la curva de la carretera, el pelo suelto, colorada, casi agonizando por la carrera.

Era mi antipática amiga, la mujer gorda de la confitería. La ciega la oyó y dio un paso adelante.

—¿Qué ocurre, señora Madehurst? —preguntó.

La mujer se echó el mandil sobre la cabeza y se postró literalmente en el polvo, explicando entre sollozos que su nieto estaba mortalmente enfermo, que el doctor se había ido de pesca, que Jenny, la madre, estaba fuera de sí, y así sucesivamente, entre repeticiones y aullidos.

—¿Dónde se encuentra el médico más próximo? —pregunté entre paroxismo y paroxismo.

—Madden se lo dirá. Vaya a la casa y dígale que lo acompañe. Yo me ocuparé de esto. ¡Dese prisa! —sostuvo a medias a la mujer gorda y la llevó a la sombra.

Dos minutos más tarde hacía yo sonar todas las trompetas de Jericó ante la fachada de la Casa Hermosa, y Madden, que se encontraba en la despensa, respondió a la emergencia como un mayordomo y como un hombre.

Tras un cuarto de hora de viaje a velocidades ilegales encontramos un médico a ocho kilómetros. Y un cuarto de hora más tarde lo dejábamos, muy interesado por los motores, en la puerta de la confitería, y nos deteníamos junto a la carretera para esperar el veredicto.

—Cosas útiles, los coches —dijo Madden, exclusivamente como hombre y no como mayordomo—. Si hubiera tenido yo un coche cuando mi hija enfermó no habría muerto.

—¿Qué ocurrió? —me interesé.

—Difteria. La señora Madden había salido. Nadie supo qué hacer. Conduje doce kilómetros en un carro de carga en busca del doctor. Cuando llegamos ya se había asfixiado. Este coche la habría salvado. Ahora tendría casi diez años.

—Lo siento —dije—. Me pareció que le gustaban mucho los niños, por lo que me dijo el otro día cuando íbamos camino del cruce.

—¿Ha vuelto a verlos, señor… esta mañana?

—Sí, pero le tienen pánico a los coches. Ninguno se acerca a más de veinte metros.

Me miró con la atención con que un explorador evalúa a un extranjero… no como debería dirigir la mirada un sirviente a su superior por designio divino.

—¿Por qué será? —dijo, tomando aliento.

Esperamos. Una ligera brisa marina deambulaba de acá para allá entre la larga franja de bosques y las hierbas de la cuneta, cubiertas ya de blanco por el polvo del verano, que ascendían y descendían como pequeñas olas.

Una mujer salió de la granja situada junto a la confitería, sacudiéndose los brazos enjabonados.

—He estado escuchando en el patio de atrás —dijo alegremente—. Dice que Arthur está muy mal. ¿Lo han oído gritar hace un momento? Muy mal. Supongo que la semana que viene le tocará a Jenny pasear por el bosque, señor Madden.

—Disculpe, señor; se le está cayendo la manta —dijo Madden con mucha deferencia.

La mujer se sobresaltó, hizo una reverencia y se marchó corriendo.

—¿Qué significa «pasear por el bosque»? —pregunté.

—Debe de ser un dicho de por aquí. Yo soy de Norfolk —dijo Madden—. La gente de este condado es muy suya. Lo ha tomado a usted por un chófer, señor.

Vi al médico salir de la casa, seguido de una muchacha con la coleta despeinada que se le colgaba de un brazo como si él pudiera interceder en un pacto con la Muerte.

—Esos niños —gimoteaba— son para nosotras que los tenemos lo mismo que hijos legítimos. ¡Lo mismo… lo mismo! Y Dios se alegraría mucho si salvara a uno de ellos, doctor. No me lo quite. La señorita Florence le dirá lo mismo. ¡No lo abandone, doctor!

—Lo sé, lo sé —dijo el médico—; ahora se quedará tranquilo un rato. Traeremos a la enfermera y la medicina en cuanto nos sea posible.

Me hizo una señal para que me acercara con el coche, y traté de no enterarme de lo que ocurriría a continuación; pero vi el rostro de la muchacha, desfigurado y congelado de dolor, y sentí la mano sin alianza que se aferraba a mis rodillas cuando arrancábamos.

El doctor era un hombre de carácter, pues recuerdo que declaró mi coche bajo el Juramento Hipocrático y nos utilizó a él y a mí sin ninguna piedad. Primero escoltamos como un convoy a la señora Madehurst y a la ciega hasta el lecho del enfermo mientras llegaba la enfermera. Luego invadimos una agradable localidad del condado en busca de recetas (el doctor dijo que se trataba de una meningitis cerebroespinal), y cuando el hospital del condado, flanqueado por asustadas reses de mercado, declaró su escasez de enfermeras, nos lanzamos literalmente a la comarca. Conferenciamos con los propietarios de las principales casas, magnates que vivían al final de avenidas abovedadas cuyas mujeres de amplia osamenta se alejaban a grandes zancadas de sus mesas de té para escuchar al imperioso doctor. Finalmente, una dama de pelo blanco sentada bajo un cedro del Líbano y rodeada por una corte de magníficos galgos rusos —todos ellos hostiles a los motores— dio al doctor, quien las recibió como de una princesa, órdenes escritas que trasladamos a muchos kilómetros de distancia y a la máxima velocidad, a través de un parque, hasta un convento de monjas francesas, donde a cambio de la nota recibimos a una temblorosa hermana de cara pálida. Se arrodilló en el asiento trasero y no dejó de rezar el rosario hasta que, por atajos improvisados por el doctor, llegamos de nuevo a la confitería. Fue una tarde larga y repleta de incidentes disparatados que se levantaban y disolvían como el polvo de nuestras ruedas; encrucijadas de vidas remotas e incomprensibles que atravesamos a la carrera girando en ángulos rectos; y volví a casa exhausto, ya a la anochecida, para soñar con un fragor de reses cornudas, con monjas de ojos redondos que caminaban por un cementerio, con agradables reuniones para tomar el té a la sombra de los árboles, con los pasillos pintados de gris y olor a ácido fénico del hospital del condado, con pisadas de niños asustadizos en el bosque y con las

manos que se aferraron a mis rodillas cuando el coche se puso en marcha.

Tenía intención de regresar al cabo de un par de días, pero quiso el Destino apartarme con numerosos pretextos de esa parte del condado hasta que el saúco y el rosal silvestre hubieron florecido. Al fin llegó un día radiante y despejado por el viento del suroeste, un día que ponía las colinas al alcance de la mano, un día de caprichosas corrientes de aire y nubes altas y finas como velos. Me encontraba libre, aunque no por méritos propios, y por tercera vez enfilé mi coche por la ya conocida carretera. Al alcanzar la cima de los promontorios noté cómo cambiaba el aire suave, lo vi resplandecer bajo el sol, y en ese mismo instante, volviéndome para mirar el mar, vi que el azul del canal pasaba de plata bruñida a acero opaco y peltre deslucido. Un barco carbonero que navegaba bordeando la costa puso rumbo hacia aguas más profundas y, en medio de un resplandor cobrizo, vi alzarse una tras otra las velas de la flota pesquera anclada. A los pies de una duna que abrigaba a los robles, a mis espaldas, un súbito torbellino resonó entre los árboles, arremolinando en el aire las primeras hojas secas del otoño. Cuando llegué a la carretera de la playa, la niebla del mar humeaba sobre las canteras de arcilla y la marea avisaba a las escolleras del temporal que se acercaba desde más allá de Ushant. En menos de una hora, la Inglaterra estival quedó envuelta en una atmósfera fría y gris. Volvíamos a ser la cerrada isla del norte; a nuestras peligrosas puertas bramaban todos los barcos del mundo, puntuadas sus protestas por el vocerío de las desconcertadas gaviotas. Las gotas que chorreaban de mi gorra formaban charcos o canales entre los pliegues de mi manta de viaje, y el salitre se me adhería a los labios.

Tierra adentro, la niebla se impregnaba en los bosques de los olores del otoño, y la lluvia se convertía en chaparrón. Sin embargo, las últimas flores —malvas en la cuneta, ambarinas en los campos y dalias en los jardines— asomaban alegremente entre la bruma, y más allá de donde alcanzaba el aliento del mar apenas se advertía en las hojas indicios de decadencia. Las puertas de las casas estaban abiertas en las aldeas, y niños con las piernas y las cabezas desnudas, sentados tranquilamente en los portales mojados, gritaban «pii-pii» al paso del forastero.

Me aventuré a pasar por la confitería, donde la señora Madehurst me recibió con sus hospitalarias lágrimas de mujer gorda. El hijo de Jenny, me contó, murió dos días después de que llegara la monja. Mejor así, creía ella, aunque las compañías aseguradoras, por razones que no pretendía comprender, no estaban dispuestas a asegurar esas vidas descarriadas. «Y eso que Jenny cuidó de Arthur como si, pasado el primer año, fuera a convertirse en un chico como Dios manda… como la propia Jenny». Gracias a la señora Florence se enterró al niño con una pompa que, en opinión de la señora Madehurst, compensó sobradamente la pequeña irregularidad de su nacimiento. Me describió el ataúd, por dentro y por fuera, la tapa de cristal y el lecho de siempreviva de la tumba.

—¿Y cómo está la madre? —pregunté.

—¿Jenny? Lo superará. A mí me pasó lo mismo con uno o dos de los míos. Lo superará. Ahora está paseando por el bosque.

—¿Con este tiempo?

La señora Madehurst me miró desde el otro lado del mostrador, entornando los ojos.

—No lo sé, pero es algo que te desgarra el corazón. Sí, te desgarra el corazón. Parir y perder son a la larga lo mismo; eso decimos nosotras.

Las mujeres de cierta edad superan en sabiduría a todos los próceres, y tan lejos llevó mis pensamientos este último oráculo mientras subía por la carretera que casi atropello a una mujer y a un niño en el recodo del bosque, junto a las puertas de la Casa Hermosa.

—¡Qué asco de tiempo! —dije, reduciendo la velocidad para tomar la curva.

—No está tan mal —respondió la mujer plácidamente desde la neblina—. El mío está acostumbrado. Supongo que encontrará al suyo dentro.

Dentro, Madden me recibió con cortesía profesional y amable interés por la salud del automóvil, que pusimos a cubierto.

Esperé en una silenciosa sala de color nuez, muy acogedora con sus flores tardías y caldeada por un delicioso fuego de leña… un espacio rebosante de paz y de influjos benévolos. (Los hombres y las mujeres pueden a veces, con gran esfuerzo, hacer creíble una mentira; pero la casa, que es su templo, no dice sino la verdad de quienes han vivido en ella). Un carro de juguete y una muñeca descansaban sobre el suelo ajedrezado en el lugar donde una alfombra aparecía retirada hacia atrás de un puntapié. Tuve la sensación de que los niños acababan de salir precipitadamente… para esconderse, casi con seguridad, en alguno de los muchos recovecos de la gran escalera de madera pulida que arrancaba majestuosamente desde la sala, o quizá para agazaparse y espiar tras los leones y las rosas de la galería tallada en la planta de arriba. Entonces oí la voz de la mujer sobre mí, cantando como cantan los ciegos… desde el alma:

> En los hermosos huertos cercados.

Y todo mi verano anterior regresó al escuchar esta llamada.

> En los hermosos huertos cercados,
> pedimos a Dios que bendiga nuestras ganancias.
> Pero que Dios bendiga también nuestras pérdidas,
> es lo que necesitamos por nuestra condición.

Se saltó el quinto verso, que lo estropeaba todo, y repitió:

¡Es lo que necesitamos por nuestra condición!

La vi inclinarse sobre la galería, las manos entrelazadas, blancas como una perla sobre el roble.

—¿Es usted? ¿El del otro extremo del condado? —preguntó.

—Soy yo, el del otro extremo del condado —respondí, riendo.

—¡Cuánto tiempo ha tenido que pasar para que volviera! —Bajó corriendo las escaleras, rozando ligeramente la amplia barandilla con una mano—. Dos meses y cuatro días, ¡El verano se ha ido!

—Pensaba volver antes, pero el Destino me lo ha impedido.

—Lo sabía. Por favor, haga algo con ese fuego. No me dejan tocarlo, pero noto que se está portando mal. ¡Atícelo!

Miré a ambos lados de la gran chimenea y no encontré más que una vara de seto medio carbonizada, con la que golpeé un leño negro hasta que desprendió una llama.

—No lo apagamos nunca, ni de día ni de noche —dijo ella, a modo de explicación—. Por si llega alguien con los pies fríos, ¿sabe?

—Es aún más bonita por dentro que por fuera —murmuré. La luz roja se derramaba sobre los oscuros paneles pulidos por el tiempo, dotando de color y movimiento a las rosas y los leones de la galería de estilo Tudor. Un antiguo espejo convexo, coronado por un águila, concentraba la escena en su misterioso corazón, distorsionando todavía más las sombras ya de por sí distorsionadas y curvando las líneas de la galería en las líneas de un barco. El día se cerraba con un vendaval que hacía jirones la niebla. Entre los parteluces del amplio ventanal sin cortinas se veía a los valientes jinetes del jardín retrocediendo y recuperando posiciones en combate contra el viento, que los hostigaba con legiones de hojas muertas.

—Sí, tiene que ser muy bonita —dijo ella—. ¿Le gustaría verla? Todavía hay luz suficiente en la planta de arriba.

La seguí por la recia escalera, ancha como un carro, hasta la galería, donde abrió las finas puertas con columnas isabelinas.

—Mire cómo han colocado los pasadores abajo; es por los niños. —Empujó una puerta ligera.

—Por cierto, ¿dónde están? —pregunté—. Hoy ni siquiera los he oído.

No respondió enseguida. Luego:

—Yo sólo puedo oírlos —dijo con voz suave—. Ésta es una de sus habitaciones… como ve, todo está a punto.

Señalaba hacia una habitación forrada de madera. Había en ella mesitas bajas hechas con portones, y sillas infantiles. Una casa de muñecas, con la fachada

entreabierta, miraba hacia un caballito pinto de balancín, desde cuya silla almohadillada no mediaba más que un salto infantil hasta el amplio asiento de la ventana que miraba al jardín. Una escopeta de juguete descansaba en un rincón junto a un cañón de madera dorada.

—Seguramente acaban de marcharse —dije con un susurro.

Una puerta chirrió sigilosamente en la penumbra. Oí el frufrú de un vestido y un correteo… de pies veloces en otra habitación.

—Lo he oído —exclamó en tono triunfal—. ¿Y usted? Niños, niños, ¿dónde estáis?

La voz llenó las paredes, que retuvieron dulcemente hasta su última nota perfecta, pero ningún grito respondió a la llamada, como ya ocurriera en el jardín. Recorrimos deprisa la sucesión de habitaciones con suelos de roble; un peldaño arriba aquí, tres peldaños abajo allá, entre un laberinto de pasillos, siempre burlados por nuestra presa. Era como si explorásemos la madriguera de un hurón solitario. Había innumerables refugios: recovecos en las paredes, troneras de ventanas profundamente hundidas en la oscuridad, desde donde podían sorprendernos por la espalda; y chimeneas en desuso, hundidas más de metro y medio en la mampostería, además de la maraña de puertas comunicadas entre sí. Los niños contaban principalmente con la ayuda del crepúsculo en nuestro juego. Me llegaron risitas ahogadas en su fuga, y en un par de ocasiones entreví la silueta de un vestido de niña contra una ventana oscurecida al final de un pasillo, pero regresamos a la galería con las manos vacías, justo cuando una mujer de mediana edad encendía una lamparilla en un nicho.

—No, esta tarde tampoco la he visto, señorita Florence —le oí decir a la mujer—; pero ese Turpin dice que quiere verla, por lo de su establo.

—Ah, parece que el señor Turpin tiene mucha urgencia por verme. Hágalo pasar, señora Madden.

Miré hacia abajo, al zaguán iluminado tan sólo por el resplandor del fuego, y al fin los vi en lo profundo de la sombra. Debían de haber bajado sin hacer ruido mientras nosotros recorríamos los pasillos, y se creían completamente a salvo tras un antiguo biombo de cuero dorado. Mi infructuosa persecución equivalía a una presentación según las leyes infantiles, pero ya que me había tomado tantas molestias, decidí obligarlos a aparecer merced al sencillo truco, que los niños detestan, de fingir que no me interesaban. Estaban cerca, en un corrillo, apenas sombras hasta que una llamarada delataba un perfil.

—Y ahora tomaremos un poco de té —dijo ella—. Debería habérselo ofrecido antes, pero una no llega a adquirir buenos modales cuando vive sola y se la considera… hummm… peculiar. —Y luego, con evidente sorna—: ¿Le gustaría encender una lámpara para merendar?

—Creo que el fuego es mucho más agradable.

Descendimos a la deliciosa penumbra y Madden nos sirvió el té.

Acerqué mi silla al biombo, dispuesto a sorprender o a ser sorprendido según

transcurriese el juego, y con permiso de mi anfitriona, pues un hogar es siempre sagrado, me incliné a remover el fuego.

—¿De dónde saca estos leños cortos tan preciosos? —pregunté ociosamente—. ¡Pero si son tarjas!

—Naturalmente —dijo ella—. Como no puedo leer ni escribir, he vuelto a las antiguas tarjas inglesas para llevar mis cuentas. Páseme una, y le diré lo que significa.

Le pasé una tarja de avellano de aproximadamente treinta centímetros de longitud, y ella deslizó el pulgar sobre las muescas.

—Éste es el registro lechero de la granja correspondiente al mes de abril del año pasado, en galones —dijo—. No sé qué habría sido de mí sin estas tarjas. Un guarda forestal que trabajó para mí me enseñó el sistema. Hoy ya no lo usa nadie, pero mis arrendatarios lo aceptan. Uno de ellos está a punto de llegar. Pero no se preocupe. No tiene nada que hacer aquí fuera de las horas de trabajo. Es un hombre ignorante y avaro… muy avaro, de lo contrario no vendría después de anochecer.

—¿Posee usted entonces muchas tierras?

—Sólo unas ochenta hectáreas dependen de mí, gracias a Dios. Las otras doscientas cuarenta están casi todas arrendadas a gente que conocía a mi familia, aunque este Turpin es nuevo… y un salteador de caminos.

—Pero ¿está usted segura de que yo no…?

—Absolutamente. Usted tiene derecho. Él no tiene hijos.

—¡Ah, los niños! —dije, deslizando mi silla hacía atrás hasta que casi rozó el biombo tras el que se ocultaban—. No sé si saldrán a verme.

Se oyó un murmullo de voces —la de Madden y otra más profunda— en la pequeña puerta lateral, y un gigante pelirrojo con polainas de paño e inconfundible aspecto de granjero arrendatario entró dando un traspiés o impulsado de un empujón.

—Acérquese al fuego, señor Turpin —dijo ella.

—Si… si no le molesta, señorita… estaré bien aquí en la puerta —dijo agarrado al picaporte como un niño asustado.

De pronto caí en la cuenta de que era presa de un miedo cerval.

—¿Y bien?

—Es por lo del nuevo establo para el ganado joven. Ya empiezan las primeras tormentas del otoño… pero volveré en otro momento, señorita. —Los dientes no le castañeteaban mucho más que el picaporte.

—No lo creo —respondió ella sin alterarse—. El nuevo establo… hummm. ¿Qué le escribió mi agente el día quince?

—Pensé que, tal vez, si venía a verla… de… como de hombre a hombre, señorita… pero…

Recorrió con horrorizada mirada todos los rincones de la habitación. Entreabrió la puerta por la que había entrado, pero noté que ésta volvía a cerrarse… firmemente y desde fuera.

—Él escribió lo que yo le dije que escribiera —continuó ella—. Ya tiene usted

demasiado ganado. La granja Dunnett nunca ha criado más de cincuenta bueyes… incluso en la época del señor Wright. Y él aprovechaba el estiércol. Usted tiene sesenta y siete y no lo aprovecha. Ha roto esa cláusula del contrato. Le está chupando la sangre a la granja.

—Yo… yo, pensaba abonar con minerales… superfosfatos… la semana que viene. Ya he pedido un furgón. Mañana bajaré a la estación a recogerlo. Puedo venir entonces para hablar con usted de hombre a hombre, señorita, a la luz del día… Porque este caballero no se marchaba, ¿verdad? —dijo, casi gritando.

Yo sólo había corrido la silla un poco, volviéndome para dar un golpecito en el biombo, pero el hombre saltó como una rata.

—No. Haga el favor de escucharme, señor Turpin.

Ella se volvió para mirar al granjero, que estaba de espaldas a la puerta. Y le obligó a revelar su sórdida y vieja estratagema: la de construir un nuevo establo, a expensas de su arrendadora, de manera que él pudiera pagar holgadamente con el estiércol la renta del año siguiente, como ella se ocupó de dejar bien claro, tras haber agotado por completo los pastos fertilizados. No pude sino admirar la intensidad de la codicia de aquel hombre al ver cómo por ella se enfrentaba al terror, fuera cual fuese, que se dibujaba en su frente.

Yo había dejado de dar golpecitos en el biombo —en realidad me puse a calcular el coste del establo—, cuando sentí que unas suaves manos infantiles tomaban dulcemente mi mano relajada. Finalmente había triunfado. En un momento me volvería para conocer a esos trotamundos de pies veloces…

Un beso rozó levemente el centro de la palma de mi mano, como una ofrenda sobre la cual debieran cerrarse mis dedos; como la señal plena de fe y no exenta de reproche de un niño que espera y no está acostumbrado a ser desatendido aun cuando los adultos pudieran estar muy ocupados… un fragmento de ese código mudo establecido hace tanto tiempo.

Y entonces lo supe. Y fue como si lo hubiera sabido desde el primer día, cuando miré desde el jardín hacia la ventana de la planta de arriba.

Oí cerrarse la puerta. La mujer se volvió hacia mí en silencio, y sentí que lo sabía.

No puedo decir cuánto tiempo pasó a continuación. Me sobresaltó un leño al caerse y me levanté mecánicamente para colocarlo. Volví a mi silla muy cerca del biombo.

—Ahora ya lo entiende —susurró ella entre las sombras compactas.

—Sí, lo entiendo… ahora. Gracias.

—Yo… yo sólo los oigo. —Inclinó la cabeza entre las manos—. No tengo ningún derecho, ¿sabe usted?, ningún otro derecho. Yo no los he parido ni perdido… ¡ni parido ni perdido!

—En ese caso puede alegrarse —dije, porque el alma se me había desgarrado por dentro.

—¡Perdóneme!

Guardó silencio, y yo volví a mi pena y a mi alegría.

—Es porque yo los quería mucho —dijo al fin, con voz entrecortada—. Por eso ha sido así desde el principio… incluso antes de saber que ellos… que ellos serían lo único que yo tendría en esta vida. ¡Y los quería tanto!

Tendió los brazos hacia las sombras y hacia las sombras ocultas en la sombra.

—Ellos venían porque yo los quería… porque los necesitaba. Seguramente… seguramente yo les he hecho venir. ¿Cree que he obrado mal?

—No… no.

—Le aseguro que los juguetes… y todo lo demás eran una tontería, pero… pero es que cuando era niña yo odiaba las habitaciones vacías. —Señaló hacia la galería—. Y los pasillos siempre vacíos… ¿Y cómo iba a cerrar la puerta del jardín? Imagínese que…

—¡No! ¡Tenga compasión! ¡No! —grité.

El crepúsculo había traído una lluvia fría con rachas de viento que tamborileaban en las ventanas emplomadas.

—Y por la misma razón el fuego está encendido toda la noche. Yo no lo encuentro tan absurdo… ¿y usted?

Miré la gran chimenea de ladrillo y, entre las lágrimas, creo, reparé en que no había ningún guardafuegos cerca, y agaché la cabeza.

—Hice todo eso y otras muchas cosas… sólo para fingir. Y al fin llegaron. Yo los oía, pero no sabía que no eran míos hasta que la señora Madden me dijo…

—¿La mujer del mayordomo? ¿Qué le dijo?

—A uno de ellos… lo oí… ella lo vio… y entonces lo comprendí. ¡Era suyo! No para mí. Al principio no lo sabía. Puede que sintiera celos. Después empecé a comprender que era sólo porque yo los quería, no porque… ¡Ay, una debe parir o perder! —dijo lastimeramente—. No hay otra manera… y sin embargo ellos me quieren. ¡Seguro que sí! ¿O no?

No se oía en la habitación nada más que el chisporroteo de las voces del fuego, pero los dos escuchábamos atentamente, y finalmente a ella pareció reconfortarle lo que oía. Se recuperó y se incorporó parcialmente. Yo seguía sentado en silencio junto al biombo.

—No me considere una desgraciada por lamentarme de este modo, pero… pero yo estoy sumida en la oscuridad, ¿sabe usted?, mientras que usted puede ver.

Era cierto que yo podía ver, y mi visión me reafirmaba en la resolución que había tomado, aunque eso equivaliera exactamente a separar el espíritu de la carne. Pese a todo, quise quedarme un poco más, puesto que era la última vez.

—¿Le parece mal, entonces? —preguntó bruscamente, aunque yo no había dicho nada.

—En su caso no. Mil veces no. En su caso está bien… Le estoy más agradecido de lo que puedo expresar. En mi caso sí estaría mal. En mi caso sólo…

—¿Por qué? —preguntó, pero se pasó una mano por la cara, como hiciera en

nuestro segundo encuentro en el bosque—. Ah, comprendo —dijo con la sencillez de un niño—. En su caso estaría mal. —Luego, con una pequeña risa ahogada, añadió—: ¿Y recuerda que al principio le dije que era afortunado? ¡Ahora no debe volver nunca más por aquí!

Me dejó que me quedara un rato más sentado junto al biombo, y oí cómo sus pasos se perdían en la galería de la planta de arriba.

LA COLMENA MADRE

La polilla de la cera jamás habría entrado si la colonia no hubiera sido vieja y no estuviese superpoblada, pero cuando se concentran demasiadas abejas en una colmena, es inevitable que aparezcan enfermedades y parásitos. El calor en las galerías aumentó en el mes de junio, con el trasiego de la miel, y aunque las ventiladoras trabajaban para refrescar la colmena hasta que les dolían las alas, todo el mundo sufría.

Una abeja joven trepó por la resbaladiza y pisoteada plancha de vuelo.

—Disculpa —empezó a decir—, es mi primer vuelo recolector. ¿Serías tan amable de indicarme si ésta es mi…?

—¿… colmena? —respondió el centinela con brusquedad—. ¡Sí! ¡Pasa y que te infecte ese asqueroso parásito! ¡La siguiente!

—¡Qué vergüenza! —exclamaron media docena de obreras con las alas y los nervios destrozados, y hubo protestas y zumbidos.

La pequeña polilla de la cera, agazapada en una grieta de la plancha de vuelo, llevaba todo el día esperando esta oportunidad. Se escabulló como un fantasma y, como sabía que las abejas adultas la expulsarían de inmediato, se escondió en una de las cámaras de cría, donde las más jóvenes que aún no habían visto a los vientos soplar ni a las flores asentir con sus cabezas, debatían sobre la vida. Allí estaría a salvo, pues las recién nacidas toleraban a cualquier extranjero. Llegó tras ella la abeja que había sido insultada por el centinela.

—¿Cómo es el mundo, Melissa? —preguntó una compañera.

—¡Cruel! Vengo cargada hasta más no poder, con un material de primera, ¡y el centinela me dice que me infecte ese asqueroso parásito! —Se sentó en la corriente fresca que soplaba entre los panales.

—¡Tendríais que haber oído en qué tono insolente ha maldecido el centinela a nuestra hermana! —dijo la polilla de la cera con voz almibarada—. Ha suscitado la indignación de toda la comunidad.

Puso un huevo. Para eso se había colado en la colmena.

—Sí, ha habido un pequeño revuelo en la puerta —dijo Melissa entre risas—. ¿Estaba usted allí, señorita? —No sabía cómo dirigirse a la esbelta desconocida.

—No me llames «señorita». Soy vuestra hermana en la aflicción… tan sólo una hermana obrera. Mi corazón ha sangrado al verte tan cargada. —La polilla de la cera acarició a Melissa con sus suaves antenas y puso otro huevo.

—No debes estar aquí —le advirtió Melissa—. No eres una reina.

—Mi querida niña, te doy mi solemne palabra de honor de que eso no son huevos. Son mis principios y estoy dispuesta a morir por ellos. —Alzó un poco la voz sobre el murmullo general y dio una vuelta alrededor—. Si quieres matarme, hazlo,

por favor.

—No seas mala, Melissa —dijo una abeja muy joven, impresionada por los sutiles pliegues del ala de la polilla de la cera, que ocultaba su incesante puesta de huevos.

—¡Yo no he hecho nada! —protestó Melissa—. Es ella.

—Ah, no permitas que tu conciencia te lo reproche más tarde, pero cuando me hayas matado, escríbeme al menos, como una compañera afectuosa.

Poniendo un huevo a cada sollozo, la polilla de la cera retrocedió para mezclarse entre el montón de abejas jóvenes, dejando a Melissa enfadada y perpleja. Melissa levantó su vocecita en la oscuridad y exclamó «¡Provisiones!», hasta que una cuadrilla de almacenadoras le hizo una seña y las siguió para dejar su carga.

—Me temo que acabo de infectarte —dijo una voz por encima de su hombro—. He estado tres horas en la puerta, y alguna de vosotras infectará después a la reina. Sin ánimo de ofender.

—No me has ofendido —respondió Melissa alegremente—. Algún día seré centinela. ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Corre el rumor de que andan por ahí las Mariposas Portadoras de la Muerte. Envía a un equipo de cereras a la entrada para que la bloqueen con un par de pilares bien sólidos. Pasaremos más calor, pero no podemos permitir que las Portadoras de la Muerte entren en pleno ciclo de la miel.

—¡Por mis alas! ¡Desde luego que no! —Melissa sentía por esos Ladrones de Colmenas grandes, gritones y peludos, el odio hereditario de toda abeja responsable —. ¡En marcha! —fue voceando por las cámaras de las abejas más jóvenes—. Todas las que no tengáis ninfas que alimentar, asomad la patita. ¡Hay que construir pilares de cera en la piquera! —Y así siguió lanzando su orden.

—Eso es ridículo —dijo una adormilada ninfa de tan sólo un día—. En primer lugar, nunca he oído decir que una Portadora de la Muerte haya entrado en una colmena. La gente no hace esas cosas. En segundo lugar, construir pilares para bloquear la entrada es un truco chipriota, indigno de abejas británicas. En tercer lugar, si confías en una Portadora de la Muerte, ella confiará en ti. La construcción de pilares es una muestra de falta de confianza. Nuestra querida hermana de gris así lo dice.

—Sí. Los pilares son una provocación impropia de los ingleses, y un desperdicio de cera necesaria para fines más elevados y prácticos —dijo la polilla de la cera desde una celdilla de almacenamiento vacía.

—La seguridad de la colmena es el fin más elevado que conozco. No debes animarnos a eludir el trabajo —respondió Melissa.

—Me has entendido mal, como de costumbre, cariño.

El trabajo es la esencia de la vida, pero malgastar una vitalidad preciosa, porque no se recupera, y trabajar para protegerse de un peligro imaginario es desgarradoramente absurdo. Si pudiera enseñaros un poco de… tolerancia, un poco

de amabilidad hacia ese absurdo hombre del saco al que llamáis Portador de la Muerte no habría vivido en vano.

—¡No ha vivido en vano, la niña bonita! —proclamaron veinte abejas al unísono —. ¡Es una santa, Melissa! Ha consagrado su vida a la difusión de sus principios y… y… ¡es preciosa!

Una abeja vieja y calva entró en la cámara.

—¡Constructoras de pilares a la piquera! Salid y segregad cera. ¡Zumbando! —ordenó.

La polilla de la cera se escabulló. Las jóvenes cereras avanzaron en tropel, susurrando entre sí.

—¿Qué les pasa? —dijo la mayor de todas—. ¿Por qué se llaman «tesoro» y «cariño»? Debe de ser el calor —observó con desdén—. Huele que apesta. A acolchado podrido. No habrá una polilla de la cera, ¿verdad, Melissa?

—No, que yo sepa —dijo Melissa, quien naturalmente sólo conocía a la polilla de la cera como una dama de principios, y en ningún momento se le ocurrió advertir de su presencia. Siempre se había imaginado a las mariposas de la muerte como libélulas de sangre roja.

—Más vale que ventiléis un poco este rincón —dijo la abeja calva, pasando de largo.

Al instante Melissa se puso cabeza abajo, se sujetó firmemente con las patas delanteras y batió las alas con obediencia al ritmo normativo de trescientos golpes por segundo. Ventilar es un trabajo que pone a prueba los nervios de una abeja, pues no puede moverse del sitio y tiene la sensación de no estar haciendo nada útil, y entretanto se destroza sus únicas alas. Una abeja que no puede volar no debe vivir; y eso la abeja lo sabe. La polilla de la cera se acercó y acarició de nuevo a Melissa.

—Veo que en tu corazón eres una de las nuestras —le susurró.

—Trabajo con el enjambre —se limitó a responder Melissa.

—Es lo mismo. Nosotras y el enjambre somos uno.

—¿Por qué entonces tus antenas son distintas de las nuestras? No me hagas tantos mimos.

—No seas provinciana, *carissima*. No pienses que todo el mundo es igual.

—Pero ¿por qué pones huevos? —insistió Melissa—. Pones como una reina, sólo que los dejas caer en montoncitos por todas partes. Te he estado observando.

—¡Ah, qué vista tan aguda! ¿Te has percatado de mi pequeño subterfugio? Sí, son huevos. Poco a poco difundirán nuestros principios. ¿No te alegras?

Una abeja honrada tarda algún tiempo en descubrir una mentira malvada y persistente.

«Es muy dulce y suave, pero su voz tiene el sabor de la miel de hiedra. Más vale que siga recolectando», fue lo único que pensó Melissa.

En la piquera había un tumulto, y todo el mundo estaba de mal humor. Las jóvenes a las que se había ordenado construir los pilares se negaban a masticar las

sobras de cera porque les dolían las mandíbulas, y exigían cera virgen.

—¡Lo que sea con tal de terminar el trabajo! —decían los fastidiados centinelas —. Colgaos de ahí unas cuantas y fabricad cera para estas hermanas de mandíbula floja.

Para producir cera, la abeja primero tiene que llenarse de miel. Luego se encarama en lugar seguro y se cuelga de las patas cabeza abajo, mientras otras abejas igualmente atiborradas se cuelgan de ella enganchándose de las patas hasta formar un racimo. Allí aguardan en silencio hasta que sale la cera. Las constructoras se encargan de sacar las láminas de las cestillas de las cereras, o éstas la dejan caer sobre sus compañeras. Las constructoras la mastican (pues sin masticar no sirve para nada) y así producen toda la cera sobre la que se sustenta la colmena.

Ese día, en cuanto las cereras empezaron a trabajar, las obreras se pusieron a gritar desde abajo.

—¡Bajad! ¡Bajad y trabajad! ¡Vamos, parásitos levantinos! ¡No os quedéis ahí arriba disfrutando mientras nosotras sudamos!

El racimo de cereras se estremeció, y la inquietud se telegrafió, pasando de pata trasera a pata delantera. Una obrera saltó desde el suelo, agarró a la cerera que se encontraba más abajo y se colgó de ella para trepar por encima del racimo.

—¡Yo también puedo producir cera! —vociferaba—. Llenadme de miel y haré toneladas.

—Pues ya estás empezando —le dijo la abeja a la que se había colgado. Estas palabras interrumpieron la corriente entre el racimo, que se agitó y brilló como la piel de un gato en la oscuridad—. ¡Desenganchaos! —murmuró—. Hoy no habrá cera para nadie.

—¡Vosotras, ladronas perezosas! ¡Colgaos ahora mismo y a producir nuestra cera! —decían las otras desde abajo.

—¡Imposible! Hemos dejado de sudar. Para producir cera necesitamos tranquilidad, calor y alimento. ¡Desenganchaos! ¡Desenganchaos!

Se separaron sin dejar de murmurar y se mezclaron con el resto de las abejas, para quienes naturalmente resultaban indistinguibles.

—Me parece que al final tendremos que masticar residuos para esos pilares — dijo una de las constructoras.

—¡Eso ni por un panal! —protestó la abeja que se había encaramado al racimo de cereras—. ¡Escuchad! Llevo más de veinte minutos analizando la cuestión. Es tan sencilla como caerse de una margarita. ¿Habéis oído hablar de Cheshire, Root y Langstroh?

No los conocían, pero exclamaron de todos modos:

—¡Bien por Langstroh!

—Los tres sabían todo lo que hay que saber para construir una colmena. Alguno de ellos debió de construir la nuestra, y puesto que la han construido tienen la obligación de protegerla. Nuestra colmena tiene patente de calidad. Podéis verlo en la

etiqueta que lleva detrás.

—¡Bien por la patente! ¡Hurra por la etiqueta! —vitorearon las abejas.

—Muy bien. Así las cosas, propongo que si descubrimos que nos han traicionado, exijamos una terrible venganza.

—¡Bien por la venganza! ¡Viva Root! ¡Bien dicho! ¡Acabemos con esto! —clamaba la multitud, que se separó al abrirse camino Melissa.

—¿Sabes dónde viven Langstroh, Root y Cheshire, por si quieres ir a por ellos? —le preguntó a la orgullosa y jadeante oradora.

—¡Que me cubran de resina si sé siquiera que han vivido! Pero ¿no te parecen nombres bonitos para zumbarlos por ahí? ¿Has visto el efecto que han causado en la hermandad?

—Sí, pero eso no defiende la piquera —replicó Melissa.

—Puede que en eso tengas razón, pero piensa en lo delicada que es mi posición, hermana. Tengo un apetito magnífico y no me gusta trabajar. Es malo para el espíritu. Mi instinto me dice que puedo ejercer una influencia moderadora sobre las demás. Ellas habrían reaccionado peor que yo.

Pero Melissa ya había alzado el vuelo y se dirigía hacia una extensión de trébol virgen, que para una abeja agotada es tan relajante como para una mujer tricotar.

—Creo que llevaré este cargamento a las cámaras de cría —dijo cuando hubo terminado—. Cuando nací era un lugar muy tranquilo. —Y se elevó con dos montoncitos de polen para las larvas.

Las hermanas la recibieron con gran alboroto, zumbando al unísono en la cuarta cámara de cría.

—¡De una en una! Dejadme descargar. Dime, Sacharissa, ¿qué está pasando aquí? —preguntó Melissa.

—La hermana gris, ésa tan suave y esponjosa, ha venido a decimos que deberíamos estar recolectando miel bajo el sol, porque la vida es corta. Dice que cualquier abeja adulta puede ocuparse de las larvas, y también algunas de las ninfas. Eso no es cierto, Melissa, ¿verdad que no? Las abejas adultas no pueden apartarnos de nuestras larvas, ¿o sí?

—Claro que no. Vosotras las alimentáis mientras tenéis la cabeza blanda. Cuando se os endurezca la cabeza pasaréis a trabajar en el campo. Eso lo sabe todo el mundo.

—¡Eso mismo le dijimos! Se lo dijimos, pero ella se limitó a mover las antenas y a decir que todas podíamos poner huevos como las reinas si queríamos. Creo que muchas de las más débiles la han creído y lo están intentando. ¡Cuánto revuelo!

Sacharissa se acercó corriendo a una celdilla sellada que latía, pues la larva que había en su interior empezaba a abrirse camino.

—¡Ven aquí, preciosa! —murmuró, rasgando el frágil velo. Una criatura pálida, mojada y arrugada se incorporó débilmente en la celdilla. Sacharissa cambió inmediatamente detono—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Sube a asearte! —ordenó—. Preséntate mañana a las seis de la tarde para la guardia de nodrizas en mi cámara de

cría. Espera un momento. ¿Qué le pasa a tu tercera pata derecha?

La abejita mostró la pata en silencio… era sin duda la pata de un zángano, incapaz de recolectar polen.

—Gracias. No es necesario que te presentes hasta pasado mañana. —Sacharissa se volvió hacia su compañera y dijo—: Es la quinta deformidad que veo en mi cámara desde el mediodía. Esto no me gusta.

—Siempre las hay —dijo Melissa—. Es inevitable que las obreras pongan huevos de vez en cuando si están sobrealimentadas. Sólo engendran zánganos enanos.

—Pero lo que estamos viendo hoy son zánganos con estómagos de obreras; obreras con estómagos de zánganos, y abejas albinas y con patas mixtas, que no pueden recolectar, como esta pobrecilla. Los zánganos enanos me molestan tan poco como a ti (todos mueren en julio), pero esta eclosión de bichos raros me preocupa, Melissa.

—¡Qué estrechez de miras! Son deliciosos, inteligentes, originales y curiosos —cantó la polilla de la cera desde una celdilla superior—. Ven aquí, cariño; ven, patita suave y háblanos de tus sentimientos.

—¡Ojalá se marchara! —dijo Sacharissa en voz baja—. Se reúne con esos… bichos raros en cuanto están secos y los acurruca en los rincones.

—La verdad es que estamos hacinadas y demasiado bien alimentadas para enjambrar —observó Melissa.

—Ésa es la verdad —corroboró la reina a sus espaldas. No habían oído las fuertes pisadas reales que hacen temblar las celdas vacías. Sacharissa se apresuró a ofrecerle su comida. La reina comió y arrastró su pesado cuerpo hacia delante—. ¿Se te ocurre algún remedio? —preguntó.

—¡Nuevos principios! —exclamó la polilla de la cera desde su celda—. Ya los aplicaremos tranquilamente.

—¿Y si creáramos un nuevo enjambre? —propuso Melissa—. Es un poco tarde, pero podría facilitar las cosas.

—Eso nos salvaría, pero… ¡yo conozco bien a la colonia! Ahora lo verás con tus propios ojos. —La vieja reina lanzó el grito para llamar a enjambre, que para toda abeja de bien es lo que la trompeta a la batalla de Job. Aunque era muy vieja (tenía tres años), su llamada resonó entre los panales igual que suena una gaita en un paso de montaña; las ventiladoras cambiaron de ocupación para repetirla llamada en todas las galerías, y los zánganos de grandes alas, corpulentos y expectantes, la remataron con un estremecedor estallido de clarines: *La Reine le veult!* ¡Enjambre! ¡Enjaam-bre! ¡Enjaam-bre!

Pero el rugido que debía suceder a la llamada se hacía esperar. Se oyeron protestas entrecortadas, como el murmullo de un salto de agua.

—¿Enjambre? ¿Para qué? ¡No seré yo quien cambie una buena colmena con sus buenos cajones y sus cimientos fijos por un roble podrido a la intemperie, donde puede llover en cualquier momento! ¡Aquí estamos perfectamente! ¡Ésta es una

colmena con patente de calidad! ¿Por qué queréis echarnos? ¡Ni hablar de un nuevo enjambre! Eso se inventó para engañar a las obreras y privarlas de sus comodidades. ¡Vamos a la cama!

El ruido cesó al instalarse las abejas en las celdas vacías para pasar la noche.

—¿Lo has oído? —preguntó la reina—. ¡Yo conozco a la colonia!

—Entre nosotras, os diré que yo se lo he enseñado —exclamó la polilla de la cera —. Esperad a que mis principios se desarrollen y veréis la luz desde otro rincón.

—Por una vez dices la verdad —dijo de pronto la reina, que había reconocido a la polilla de la cera—. Esa luz entrará por el techo de la colmena. La seguirá un humo caliente, y no habrá grieta en la que tus hijos puedan esconderse.

—¿Es posible? —susurró Melissa—. Yo… nosotras a veces hemos oído una leyenda parecida.

—No es una leyenda —respondió la reina—, A mí me lo enseñó mi madre, y a mi madre la suya. Cuando la polilla de la cera se haya hecho fuerte, una Sombra caerá sobre la entrada; una Voz hablará desde detrás de un Velo; habrá Luz, y Humo Caliente, y terremotos, y quienes sobrevivan, reunidos en un mismo lugar, contemplarán cómo todo lo que han hecho en su vida arde en una gran hoguera. —La anciana reina intentaba explicar lo que según le habían contado hizo el Apicultor cuando se infectó una colmena, dos o tres años antes; y, naturalmente, el asunto era para ella tan importante como el día del Juicio.

—¿Y después? —preguntó Sacharissa, horrorizada.

—Después, dicen que una pequeña luz arderá en medio de una gran oscuridad, y es posible que el mundo empiece de nuevo. Personalmente no lo creo.

—¡Bah! ¡Bah! —exclamó la polilla de la cera—. Vosotras, la gente gorda, siempre profetizáis el desastre si las cosas no funcionan a vuestra manera. Pero yo os aseguro que habrá cambios.

Y los hubo. Cuando los huevos eclosionaron, la cera se llenó de pequeños túneles, como un laberinto, y quedó cubierta por los sucios capullos de las orugas. Los hilos algodonosos colgaban sobre los almacenes de la miel, las celdas del polen, los cimientos, y lo peor de todo, las abejas recién nacidas en sus cunas, hasta que la cuadrilla de limpiadores dedicó la mitad de su tiempo a retirar cadáveres inútiles. Terminaron por formar una intrincada y viscosa telaraña sobre los panales. Las orugas no podían dejar de segregar mientras se arrastraban, y como andaban por todas partes, lo revolvían y ensuciaban todo. Aunque los hilos no llegaban a enrollarse en las patas de las abejas, su olor acre y rancio les impedía trabajar, pero las que decidieron dedicarse a poner huevos decían que eso les ayudaba a ser madres y a mantener el interés por la vida.

Cuando las orugas se convirtieron en mariposas trabaron amistad con la creciente población de bichos raros: albinos, patas mixtas, engendros con un solo ojo, zánganos sin cara, semirreinas y hermanas ponedoras; y el grupo cada vez más reducido de la antigua especie trabajaba para alimentar a la extraña progenie hasta que perdía el pelo

y se le deshilachaban las alas. La mayoría de los bichos raros se negaba a pasar el día entero recolectando, y otros no podían, a causa de sus malformaciones; las mariposas de la muerte, siempre atareadas en la cámara de cría, encontraban sin embargo gratas ocupaciones domésticas para ellos. Un albino, por ejemplo, dividía el número de kilos de miel almacenados por el número de abejas de la colonia, y demostraba que con que cada abeja recolectara por espacio de siete minutos y tres cuartos al día, podía disfrutar del resto del tiempo para sí y acompañar a los zánganos en sus vuelos de apareamiento. A los zánganos no les hacía ninguna gracia.

Otro, un zángano sin ojos ni antenas, decía que las cámaras de puesta debían ser círculos perfectos, para no confundirse con las de las larvas o las obreras. Demostró que la vieja celda hexagonal existía únicamente porque las obreras construían enfrentadas por los dos lados de la pared, y si no había interferencias no habría ángulos. Algunas abejas probaron temporalmente el nuevo modelo circular, descubriendo que exigía una cantidad de cera ocho veces mayor que el tradicional diseño de seis lados; y como nunca dejaban que un grupo se colgara y arracimara para producir tranquilamente la cera, ésta empezaba a escasear. La suplían a duras penas con el barniz de los ataúdes nuevos que robaban en los funerales, y muchas enfermaban. Después pasaron a gorronear en azucareras y cerveceras, pues era más fácil obtener el material en estos lugares, pero la mezcla de glucosa y cerveza fermentaba naturalmente al ser almacenada y deformaba las celdas, además de que despedía un olor abominable. Las abejas sanas les advertían de que las ganancias ilícitas jamás prosperan, pero los bichos raros las cercaban y las asfixiaban hasta que morían. Era éste un castigo que les gustaba tanto como comer, y esperaban recibir su alimento de las abejas sanas. El instinto ancestral de lealtad y devoción a la colonia obligaba curiosamente a las abejas a seguir alimentándolos, por más que su razón les señalara que debían largarse y asociarse con algún otro enjambre del colmenar que no estuviera enfermo.

—Vaya, ¿sólo quedan siete minutos y tres cuartos de trabajo? —dijo un día Melissa—. Yo llevo ya cinco horas y sólo he conseguido cargar la mitad.

—La colonia subsiste con la miel que produce —dijo un bicho ciego agazapado en una celda de almacenamiento.

—Pero la miel se extrae de las flores que están fuera, a veces a varios kilómetros —exclamó Melissa.

—Discúlpame —dijo el bicho ciego succionando con fuerza—. ¿Es esto la colmena o no lo es?

—Lo era. Y lo es por desgracia.

—¿Y está aquí la miel de la colmena o no lo está? —abrió una celda de miel fresca para demostrarlo.

—Siií, pero a este ritmo no durará mucho —dijo Melissa.

—El ritmo no tiene nada que ver con esto. Esta colonia produce la miel para la colonia. Vosotras parecéis no entender la sencillez económica que subyace a toda

vida.

—¡Madre mía! —exclamó la pobre Melissa—. ¿Has pasado alguna vez más allá de la piquera?

—Lo cierto es que no. Los ojos de un idiota están en los confines de la tierra. Los míos están en mi cabeza —dijo, mientras se atiborraba de comida.

Melissa se refugió en su mal pagado trabajo de recolectora y le contó la historia a Sacharissa.

—¡Bah! —dijo esta abeja sabia, mientras mordisqueaba la flor de un cardo—. Cuéntanos algo nuevo. La colmena está llena de bichos como él… como eso, quiero decir.

—¿Cómo vamos a terminar? Nos estamos quedando sin miel y no reponemos las reservas. ¡Esto no puede seguir así! —dijo Melissa.

—¿Y a quién le importa? —respondió Sacharissa—. Ahora sé cómo se sienten los zánganos el día antes de ser asesinados. Mi vida será breve y alegre.

—¡Si al menos fuera alegre! Pero piensa en esos solemnes y asquerosos bichos raros sin alas que nos esperan en casa arrastrándose, trepando y predicando… y ensuciándolo todo en la oscuridad.

—Eso no me molesta tanto como las estúpidas cancioncitas que cantan cuando los alimentamos: «Trabaja entre las lindas, lindas flores» —dijo Sacharissa desde las profundidades de una vieja campánula.

—A mí sí. ¿Cómo está nuestra reina?

—Inútil y tan contenta, como siempre. Aunque pone un huevo de vez en cuando.

—¿De veras? —Melissa avanzó marcha atrás, sacudiendo a la siguiente campánula—. Supón que nosotras, trabajadoras sanas, intentamos criar a una princesa en algún rincón limpio.

—No te será fácil encontrarlo. La colmena está llena de porquería y de mariposas de la muerte. ¿Pero?

—Una princesa podría ayudarnos cuando llegue el momento de la Voz tras el Velo del que habla la reina. Y cualquier cosa es mejor que trabajar para esos bichos raros que se burlan del trabajo que ellos no pueden hacer y despilfarran lo que llevamos a casa.

—A nadie le importa —dijo Sacharissa—. Pero estoy contigo; será divertido. Los bichos raros nos asfixiarían si lo supieran. Volvamos a casa y empecemos.

No hay espacio para relatar cómo la experta Melissa encontró una cámara sucia y destrozada junto a uno de los experimentos arquitectónicos abandonados donde las abejas no entraban, de pura vergüenza. Cómo en esa ruina selló una celda real con cera virgen y la camufló bajo un montón de basura hasta que pareció una pequeña colina entre colinas desiertas. Cómo logró convencer a la desesperanzada reina para que hiciera un último esfuerzo y pusiera un huevo digno. Cómo la reina obedeció y murió. Cómo su caparazón inservible fue arrojado al montón de la basura, y cómo una multitud de hermanas ponedoras iba por todas partes soltando huevos de zángano

donde les venía en gana y proclamando que ya no necesitaban reinas. Cómo, al abrigo de esta confusión, Sacharissa instruyó a algunas ninfas para que a su vez instruyeran a las abejas recién nacidas en el arte casi olvidado de fabricar la jalea real. Cómo recolectaron el néctar necesario trabajando durante horas en las garras de los fríos vientos. Cómo el huevo oculto incubaba un ser de sangre real, en lugar de un zángano. Cómo lo coronaron y con cuánta desesperación trabajaron para alimentar y sobrealimentar al numeroso enjambre de bichos raros, no fuera a ser que la menor interrupción en el suministro de alimentos desencadenara un interrogatorio, que era, junto a las cancioncitas sobre el trabajo de las abejas, su diversión predilecta. Cómo en una hora auspiciosa, una noche sin luna, la princesa resultó ser ciertamente una princesa, y cómo Melissa la trasladó a escondidas hasta un almacén de miel vacío y oscuro, para ganar tiempo; y cómo los zánganos, al saber que estaba allí, entonaron esas canciones de amor de los viejos tiempos, profundamente obscenas, para escándalo de las hermanas ponedoras, que no tenían buena opinión de los zánganos. Todas estas cosas se recogen en el *Libro de las reinas*, que se encuentra escondido en el Gran Fresno Ygdrasil[12].

Cambió el tiempo al cabo de unos días, y fue glorioso. Incluso los bichos raros se sumaron a la multitud que se colgaba de la plancha de vuelo para cantar al trabajo entre las lindas, lindas flores, de tal modo que un oído sin educar podría haber confundido la canción con el zumbido de un enjambre laborioso. Lo cierto, sin embargo, era que sus reservas de miel se habían terminado hacía mucho tiempo. Vivían al día, merced a los esfuerzos de las escasas abejas responsables, mientras las mariposas de la muerte devoraban y arruinaban de nuevo la ya arruinada cera. Pero las abejas responsables nunca hablaban de estos asuntos. Sabían que, si lo hacían, los bichos raros celebrarían una reunión y las asfixiarían hasta morir.

—Ahora veréis lo que hemos hecho —dijeron las mariposas de la muerte—. Hemos creado un material nuevo, un código nuevo, una especie nueva, tal como dijimos.

—Y nuevas posibilidades para nosotras —añadieron agradecidas las hermanas ponedoras—. Nos habéis dado una nueva misión en la vida, básica y primordial.

—Es aún mejor —gritaron los bichos raros bajo el sol—, habéis creado un nuevo cielo y una nueva tierra. Un cielo despejado y accesible —era un perfecto atardecer de agosto— y la tierra está repleta de lindas, lindas flores que sólo esperan nuestro honrado esfuerzo para ser transformadas. El áster y los lirios y el… eh… berro de los prados en sazón, el crisantemo tal como corresponde, y la bola de nieve que crece en abundancia junto al resto.

—¡Sagrado Himeto! —exclamó Melissa asustada—. Sabía que desconocían cómo se hace la miel, pero ¡han olvidado el orden de las flores! ¿Qué será de ellas?

Una sombra oscureció la plancha de vuelo al pasar el Apicultor con su hijo. Los bichos raros entraron en la colmena y una Voz dijo desde detrás de un Velo:

—He desatendido esta colmena demasiado tiempo. Traeme el fumigador.

Melissa lo oyó y cruzó la piquera a toda velocidad.

—¡Venid, venid! —gritaba—. Es la destrucción que predijo la anciana reina. ¡Venid, princesa!

—Mira que empleas palabras arcaicas —le dijo un bicho raro en una galería—. Admito que una nube haya ocultado el sol, pero ¿a qué viene tanta histeria? Y, sobre todo, ¿de qué princesas hablas a estas horas del día? ¿No sabes que es la hora del té en la colmena? Cantemos para dar gracias.

Melissa pasó sobre él con sus seis patas. Sacharissa había corrido hasta lo que quedaba de la cámara de cría.

—¡Todo el mundo fuera! —gritó a voz en cuello por toda la cámara—. Nodrizas, centinelas, ventiladoras y limpiadoras… ¡fuera! No os preocupéis por las larvas. Están mejor muertas. ¡Fuera, antes de que llegue la Luz y el Humo Caliente!

La primera llamada de la princesa (Melissa la había encontrado), clara y audaz, resonó en todos los panales.

—*La Reine leveult!* ¡Enjambre! ¡Enjaam-bre! ¡Enjaam-bre!

La colmena se agitó bajo una atronadora sacudida, al rasgarse el acolchado.

—No os alarméis, queridas —dijeron las mariposas de la muerte—. Es el fruto de nuestro trabajo. Mirad y veréis el amanecer del Nuevo Día.

La luz cayó sobre el techo de la colmena tal como profetizara la reina, una luz desnuda sobre las enloquecidas y atónitas abejas.

Sacharissa reunió a su retaguardia, que saltó de cabeza desde el panal, y se unió a la escolta de la princesa, en fuga hacia la puerta. Se había desatado el pánico y cada abeja responsable se vio rodeada por al menos tres bichos raros. La reacción instintiva de una abeja asustada es irrumpir en las despensas y atiborrarse de miel; pero no quedaban reservas, y los bichos raros se enfrentaron a las abejas.

—¡Si no nos alimentáis moriremos! —gritaban, reteniendo, agarrando y resbalando, mientras las tijeretas y las arañas, enmudecidas por el miedo, se retorcían entre sus patas—. ¡Pensad en la colmena, traidoras! ¡La Colmena Sagrada!

—¡Haberlo pensado antes! —respondían las abejas—. Quedaos para ver el amanecer de vuestro Nuevo Día.

Al fin alcanzaron la piquera, pasando por encima de los cuerpos blandos de muchos a quienes habían proporcionado sus cuidados.

—¡Vamos! ¡Fuera! ¡Arriba! —aulló Melissa en el oído de la princesa—. ¡Por el bien de la colonia! ¡Al Viejo Roble!

La princesa despegó en la rampa, trazó un círculo en el aire y se colgó de la rama más baja del Viejo Roble, seguida de su pequeño enjambre leal —bastaba una jarra de pinta para cubrirlo—, que se agarró y se colgó del árbol.

—¡Sujetaos bien! —jadeó Melissa—. ¡Las viejas leyendas se han hecho realidad! ¡Mirad!

La colmena estaba casi oculta por el humo y se entreveían dos figuras en movimiento. Oyeron cómo se partía un marco pegajoso, lo vieron sostenido en alto y

retorcido por unas manos enormes: una horrible masa de cera informe y gris, de huevos podridos y de pequeñas celdas de zánganos, toda cubierta de bichos raros que se arrastraban, extraños para el sol.

—¡Esto no es una colmena! Es un museo de ejemplares raros —dijo la Voz tras el Velo. Era el Apicultor, que hablaba con su hijo.

—No puedes culparlas, padre —respondió una segunda voz—. Está plagado de mariposas de la muerte. ¡Mira aquí!

Cogieron otro marco. Un dedo lo atravesó, y la cera podrida se quebró y cayó como copos de ceniza.

—¡El panal número cuatro! Ése era el favorito de su madre —le susurró Melissa a la princesa—. ¡Cuántos buenos huevos la he visto poner allí!

—¿No estás confundiendo *post hoc* con *propter hoc*? —dijo el Apicultor—, Las mariposas de la muerte sólo proliferan cuando las abejas están débiles y permiten su entrada. —Un tercer marco crujió y voló hacia la luz—. ¡Está todo lleno de larvas de obreras! Esto sólo pasa cuando el enjambre está muy debilitado. ¡Puff!

Lo golpeó contra su rodilla como una pandereta, y el marco se rompió en pedazos.

El pequeño enjambre se estremeció al ver las larvas de los zánganos enanos retorciéndose débilmente sobre la hierba. Muchas abejas sanas se habían ocupado de ese panal, a sabiendas de que sus esfuerzos eran inútiles; pero ver su trabajo destruido, por inútil que fuera, resultaba descorazonador para una buena obrera.

—No, todavía les queda alguna posibilidad de recuperación —dijo la segunda voz —. ¡Mira, aquí hay una celda real!

—Pero está encajada entre… ¿qué narices les ha pasado a estos pobres bichos? Parece que han perdido el instinto de construir sus celdas.

El padre sostenía en alto el marco donde las abejas habían experimentado el modelo de celda circular. Parecía la cabeza aplastada de un hongo podrido.

—No del todo —corrigió el hijo—. Al menos queda una hilera de celdas perfectas.

—Obra mía —señaló Sacharissa—. Me alegro de que el Hombre me haga justicia antes de…

También este marco fue destruido y lanzado sobre los demás, junto con los pestilentes acolchados rebosantes de tijeretas.

Mientras los hombres iban sacando panal tras panal, el enjambre contemplaba la manipulación, exposición y destrucción de todo cuanto, bien o mal, se había hecho en cada ranura de su colmena por espacio de generaciones. Había panales negros, tan viejos que ya no recordaban su procedencia; y panales de almacenamiento barnizados de naranja, amarillo y ocre, construidos como lo hacían las abejas en los tiempos anteriores a las colmenas artificiales; y un panal nuevo, pequeño, blanco y frágil. Había niveles y niveles de cámaras de cría que en su momento albergaron un número incontable de obreras sin nombre; restos de panales de zánganos desechados, con

unas celdas anchas y altas que daban cuenta del tamaño que podía alcanzar la larva macho; y había también dos almacenes de miel de cinco centímetros de profundidad, vacíos pero magníficos, pegados en marcos retorcidos, con los alambres doblados; celdas a la mitad, abandonadas antes de terminar su construcción, y grandiosas celdas dobles de paredes frágiles, llenas de basura y cubiertas de polvo.

Para bien o para mal, cada centímetro de la colmena estaba tan horadado por el laberinto de túneles de la polilla de la cera que se deshacía levantando nubes de polvo al lanzar los panales sobre el montón.

—¡Mirad! —exclamó Sacharissa—. La Gran Hoguera que predijo nuestra reina. Es espantoso.

Una llama surgió del montón, y olieron a cera chamuscada.

Las figuras de los hombres se encorvaron, levantaron la colmena y la sacudieron sobre la pira. Una cascada de bichos raros, restos de panal, escamas de cera, pelusa y larvas cayó sobre el fuego, crepitó, siseó, se infló ligeramente, y las llamas rugieron al alzarse y consumir todo aquel combustible.

—Tenemos que desinfectar —dijo una Voz—. Tráeme una vela de azufre, por favor.

La carcasa de la colmena volvió a su lugar y una luz se encendió en su interior vacío y pegajoso; los hombres la reconstruyeron hilera tras hilera, cerraron la entrada y se marcharon. El enjambre observó toda la noche la luz que se filtraba entre las grietas. Al amanecer, una polilla de la cera pasó revoloteando con insolencia.

—Ha habido un error de cálculo en cuanto al Nuevo Día, queridas —empezó a decir—; no se puede esperar que todo el mundo sea perfecto. Ése ha sido nuestro error.

—No, el error fue enteramente nuestro —respondió la princesa.

—Perdona —dijo la mariposa—. Si piensas en la extraordinaria conmoción que nuestra influencia os ha causado, tendrás que admitir que nosotras y sólo nosotras…

—¿Vosotras? —dijo la princesa—. Nuestra especie no era fuerte. Por eso llegasteis… como podría haber llegado cualquier enfermedad. Colgaos todas bien juntas, hermanas mías.

Al salir el sol aparecieron unas figuras cubiertas con velos y vieron a su enjambre en la punta de una rama, aguardando pacientemente cerca de su vieja colmena… apenas un puñado, pero preparadas para continuar.

LOS ZORRITOS

Un zorro salió de su madriguera en las orillas del gran río Gihon, que fluye por Etiopía. Vio a un hombre blanco cabalgando entre los agostados campos de mijo y, para que el hombre pudiera cumplir su destino, el zorro aulló.

El jinete se detuvo entre los campesinos y se volvió, apoyándose en el estribo.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Eso —respondió el jefe de la aldea— es un zorro, su excelencia nuestro gobernador.

—¿No es un chacal?

—Nada de chacal. Es Abu Hussein, el Padre de la Astucia.

—Soy el mudir[13] de esta provincia —dijo el hombre blanco alzando un poco la voz.

—Cierto —exclamaron los campesinos—. *Ya, Saart el Mudir* («su excelencia nuestro gobernador»).

El gran río Gihon, acostumbrado a los caprichos de los reyes, fluía entre sus riberas de más de un kilómetro de ancho en dirección al mar, mientras el gobernador alababa a Dios con un grito inquisitivo y sonoro jamás oído por el río.

Cuando el gobernador hubo retirado el dedo índice de detrás de la oreja derecha, los aldeanos le hablaron de sus cosechas de centeno, de mijo, de cebollas y otros cultivos similares. El gobernador estaba de pie sobre los estribos. Veía al norte una franja de sembrados verdes de varios metros de ancho, tendida como una alfombra entre el río y la línea rojiza del desierto. Esta franja se extendía por espacio de noventa kilómetros ante sus ojos y otros tantos a sus espaldas.

A intervalos de poco menos de un kilómetro, un quejumbroso molino extraía el agua del río para regar las cosechas por medio de un acueducto de barro. El canal tenía casi treinta centímetros de ancho y metro y medio de altura sobre la orilla del río, con una base de amplitud proporcionada. Abu Hussein, mal llamado el Padre de la Astucia, bebía del río junto a su madriguera, y su sombra era alargada porque el sol empezaba a declinar. No entendía el grito que había lanzado el gobernador.

El jefe de la aldea hablaba de las cosechas, de las cuales obtienen sus ingresos los gobernantes de todas las tierras; pero el gobernador tenía la vista fija, entre las orejas de su caballo, en la acequia más cercana.

—Se parece mucho a las acequias de Irlanda —murmuró; y sonrió al evocar una escarpada ribera en el lejano Kildare.

Animado por esta sonrisa, el jefe siguió diciendo:

—Cuando la cosecha se malogra hay que moderar los impuestos. Por eso sería bueno, su excelencia nuestro gobernador, que viniera usted a ver las cosechas que se

han echado a perder, para comprobar que no mentimos.

—Sin duda —dijo el gobernador tirando de las riendas.

El caballo salió a medio galope, subió por el terraplén del acueducto, cambió sabiamente el paso en la cima y descendió brincando entre una nube de polvo dorado.

Abu Hussein lo observaba con interés desde su madriguera. Jamás había visto cosa igual.

—Sin duda —repitió el gobernador, y volvió sobre sus pasos—. Hay que comprobar las cosas personalmente; eso es lo mejor.

Un viejo vapor fluvial de rueda en la popa, inmóvil y salpicado de agujeros de bala, bordeaba el recodo del río con una barcaza amarrada a un costado. Su sirena anunció al gobernador que la cena estaba lista, y el caballo, al ver su forraje apilado en la barcaza, respondió con un relincho.

—Además —prosiguió el jefe de la aldea—, los emires y sus feudatarios desposeyeron a muchos campesinos de sus tierras en los tiempos de la opresión. Nuestro pueblo espera recuperar sus propiedades legítimas río arriba y río abajo.

—El asunto está en manos de los jueces —respondió el gobernador—. Acudirán en los vapores y escucharán a los testigos.

—¿Por qué? ¿Han matado los jueces a los emires? Preferiríamos ser juzgados por los hombres que ejecutaron el veredicto de Dios sobre los emires. Preferiríamos acatar la decisión de su excelencia nuestro gobernador.

El gobernador asintió. Un año había transcurrido desde que viera yacer a los emires inmóviles y amontonados en torno a la piel de oveja enrojecida donde descansaba El Mahdi, el Profeta de Dios. Nada quedaba del dominio de los emires salvo el viejo vapor perteneciente a una antigua flotilla de derviches, donde el gobernador tenía su casa y su oficina. El mismo vapor que en ese momento se acercaba a la orilla y tendía la rampa del portalón para que el gobernador subiera a bordo con su caballo.

Las luces del vapor estuvieron encendidas hasta bien avanzada la noche, debidamente reflejadas en el río que sacudía sus amarras. El gobernador leía, no por primera vez, los informes de la administración de un tal John Jorrocks, adiestrador de perros raposeros.

—Necesitaremos unas diez parejas —le dijo de pronto a su inspector—. Las buscaré cuando vaya a Inglaterra. ¿Querrás ser tú el montero, Baker?

El inspector, que aún no había cumplido los veinticinco, manifestó su asentimiento a su manera habitual, mientras Abu Hussein le ladraba a la luna en el vasto desierto.

—¡Ja! —dijo el gobernador, apareciendo en pijama—. Dentro de tres meses te pondremos *capivi*[14], amigo mío.

Cuatro meses pasaron finalmente antes de que un vapor que remolcaba una melodiosa barcaza cargada de perros de caza atracase en el mismo embarcadero. El inspector saltó a la barcaza y los nostálgicos trotamundos lo recibieron como a un

hermano.

—En el barco les han dado de comer de todo, pero estos perros son muy exquisitos —explicó el gobernador—. Ése al que tienes sujeto se llama Royal, es el mejor de todos, y la hembra que no se separa de ti (está un poco nerviosa) es May Queen. Es de Merriman, de Cottesmore Maudlin; ya lo conoces.

—Sí. «Magnífica perra de cejas tostadas» —parodió el inspector—. Creo que ahora empezaré a interesarme por la vida, Ben. ¡A por ellos! ¡A por ellos!

Abu Hussein cumplía con su tarea nocturna bajo el alto terraplén de la orilla. Un remolino llevó su olor hasta la barcaza y el estallido musical se dejó oír en tres aldeas. Hasta el propio Abu Hussein no pudo contener un aullido de respuesta.

—Bueno, ¿cómo va mi provincia? —preguntó el gobernador.

—No va mal —respondió el inspector, con la cabeza de Royal entre las rodillas —. Naturalmente todas las aldeas solicitan una reducción de impuestos pero, por lo que veo, el país está infestado de zorros. El problema será donde despiezarlos. Tengo una lista de los pueblos con derecho a exención. ¿Cómo se llama ese perro flaco con motas azules, el de los carrillos colgantes?

—Sabuesito. Tengo mis dudas sobre él. ¿Crees que dispondremos de dos días a la semana?

—Claro, y todas las concesiones que quieras. El jefe de esta aldea dice que la cosecha de centeno se ha echado a perder y pide una rebaja del cincuenta por ciento.

—Empezaremos con él mañana y de paso le echaremos un vistazo a su cosecha. No hay nada como la supervisión personal —dijo el gobernador.

Se pusieron en camino al amanecer. La jauría salió corriendo de la barcaza en todas las direcciones y, después de retozar un poco, los perros empezaron a cavar como terriers en las muchas madrigueras de Abu Hussein. Bebieron luego el agua del río Gihon hasta llenarse la panza, y el gobernador y el inspector los castigaron con el látigo. No faltaron los escorpiones; May Queen olisqueó uno y tuvieron que llevarla a la barcaza gimoteando. Mystery (apenas un cachorro) se topó con una serpiente, y Sabuesito, el de las motas azules (que nunca fue un perro exquisito) comió cosas que debería haber desechado. Unicamente Royal, el de la cabeza tostada y la mirada triste y exigente, de la camada de Belvoir, intentó defender el honor de Inglaterra bajo la vigilancia de Coda la aldea.

—No se puede tener todo —dijo el gobernador después de desayunar.

—Y sin embargo lo tenemos… menos los zorros. ¿Has visto el hocico de May Queen? —preguntó el inspector.

—Y la cabeza de Mystery. La próxima vez los llevaremos atados hasta que nos hayamos adentrado bien en las cosechas. ¡Y menudo cobrador de cadáveres que está hecho Sabuesito! ¡Merecería que lo ahogáramos!

—Aquí entierran a la gente en cualquier parte. Dale otra oportunidad —intercedió el inspector, sin saber lo mucho que se arrepentiría más adelante.

—Hablando de oportunidades —dijo el gobernador—, el jefe de la aldea miente

sobre la pérdida del centeno. Si ha alcanzado la altura suficiente para que la caza pueda ocultarse en esta época del año es que se encuentra en perfectas condiciones. ¿Y dices que solicita una reducción del cincuenta por ciento?

—Tú no pasaste del melonar donde intenté que Vagabundo se diera la vuelta. Se ha quemado todo, desde allí hasta el desierto. El otro molino de agua tampoco funciona —respondió el inspector.

—Muy bien. Dividiremos la diferencia y le ofreceremos una reducción del veinticinco por ciento. ¿Adónde tenemos que ir mañana?

—Hay algunas disputas entre aldeas río abajo por los títulos de propiedad de las tierras. Creo que deberíamos resolverlas sobre el terreno —dijo el inspector.

Y así, la siguiente reunión se celebró a unos treinta kilómetros río abajo, y no se liberó a la jauría hasta que la partida se encontró en mitad de los campos. Fue allí donde Abu Hussein entró en escena; en cuatro ocasiones. Cuatro delirantes batidas de cuatro minutos cada una —a razón de cuatro perros por zorro— concluyeron en cuatro madrigueras justo encima del río. La aldea entera los observaba.

—Nos habíamos olvidado de las madrigueras. Las orillas son un auténtico laberinto. Eso será nuestra derrota —señaló el inspector.

—¡Un momento! —dijo el gobernador, tirando de un perro que estornudaba—. Acabo de recordar que soy el gobernador de estas tierras.

—En ese caso que venga un batallón negro a sellar las madrigueras. Lo necesitaremos, amigo mío.

El gobernador enderezó la espalda y gritó:

—¡Escuchadme! ¡He dictado una nueva ley!

Los campesinos se acercaron. El gobernador proclamó:

—De ahora en adelante, le daré un dólar al hombre en cuyas tierras encontremos a Abu Hussein. Y otro dólar —sostuvo la moneda en alto— al hombre en cuyas tierras estos perros lo maten. Pero al hombre en cuyas tierras Abu Hussein se esconda en un agujero como éste, no le daré dólares sino una paliza inconmensurable. ¿Lo habéis entendido?

—Nuestra excelencia —dijo un hombre, dando un paso al frente—, esta mañana se vio a Abu Hussein en mis tierras. ¿No es así, hermanos?

Nadie lo negó. El gobernador le lanzó cuatro dólares sin decir palabra.

—En mis tierras todos se refugiaron en sus madrigueras —dijo otro—. Merezco una paliza.

—De eso nada. La tierra es mía y la paliza será para mí.

Quien esto dijo se lanzó hacia delante con los hombros ya descubiertos, y los campesinos gritaron.

—¡Vaya! ¿Dos hombres deseosos de ser azotados? Esto me huele a estafa —dijo el gobernador. Y después, en la lengua vernácula, añadió—: ¿Qué derecho tenéis a ser azotarlos?

Tal como cambia de aspecto un tramo del río por la inclinación del sol, así la

multitud desperdigada se transformó en un tribunal de justicia ancestral. Los perros tiraban de las correas y gimoteaban junto a la madriguera de Abu Hussein, pasando desapercibidos entre las piernas de los testigos, y el río, igualmente acostumbrado a las leyes, manifestaba su aprobación con un ronroneo.

—¿No pensáis esperar hasta que vengan los jueces para resolver el litigio? —preguntó al fin el gobernador.

—¡No! —gritó la aldea al completo, menos el hombre que había pedido ser azotado en primer lugar—. Acataremos la decisión de nuestra excelencia. Que nuestra excelencia expulse a los vasallos de los emires que nos robaron nuestras tierras en los tiempos de la opresión.

—¿Y tú qué dices? —preguntó el gobernador, volviéndose hacia el hombre que había pedido ser azotado en primer lugar.

—Yo digo que esperaré hasta que los jueces sabios vengan en el vapor. Acudiré entonces con todos mis testigos —replicó.

—Es un hombre rico. Traerá a muchos testigos —murmuró el jefe de la aldea.

—No es necesario. ¡Tú mismo te has condenado! —clamó el gobernador—. Ningún hombre que sea legítimo propietario de su tierra esperaría siquiera una hora para tomar posesión de ella. ¡Hazte a un lado!

El hombre se tiró al suelo, y los campesinos lo abuchearon.

El que se había proclamado propietario de la tierra en segundo lugar se agazapó rápidamente entre los cultivos. Los campesinos se regocijaron.

—Ah, Fulano, hijo de Mengano —dijo el gobernador, apuntado por el jefe—, aprende desde el día en que emito mi orden a cubrir todos los agujeros en los que Abu Hussein pueda ocultarse en… tus tierras.

Concluyeron así los leves azotes. El hombre se incorporó triunfante, pues con este elogio el Gobierno Supremo había reconocido su título de propiedad ante todos los vecinos.

Mientras los campesinos elogiaban la perspicacia del gobernador, un niño desnudo y picado de viruela se acercó a la madriguera y se sostuvo sobre una sola pierna, indiferente, como una joven cigüeña.

—¡Oíd! —dijo, con las manos en la espalda—. Debemos cerrarla con haces de mijo, o mejor aún, de espino.

—Mejor con espino —dijo el gobernador—. Y los extremos más gruesos dentro.

El niño asintió gravemente y se acuclilló en la arena.

—Mal día para ti, Abu Hussein —gritó en la boca de la madriguera—. Un día de obstáculos para tus fechorías matinales.

—¿Quién es? —preguntó el gobernador—. Es listo.

—Es Farag el Huérfano. Su familia fue asesinada en los tiempos de la opresión. El hombre a quien nuestra excelencia ha concedido la tierra es su tío materno, por así decir.

—¿Querrá venir conmigo para alimentar a los perros grandes? —preguntó el

gobernador.

Otros niños allí reunidos retrocedieron diciendo a voces:

—¡Corred! ¡Nuestra excelencia va alimentar a los perros con Farag!

—Iré —dijo Farag—. Y nunca me marcharé. —Rodeó con un brazo el cuello de Royal, y el sabio animal le lamió la cara.

—¡Es como el golfillo Binjamin! —exclamó el inspector.

—¡No! —replicó el gobernador—. A mí me parece un James Pigg en ciernes[15].

Farag saludó a su tío con la mano y condujo a Royal hasta la barcaza. El resto de la jauría lo siguió.

Gihon, que había presenciado numerosas cacerías, llegó a conocer bien la embarcación de los cazadores. La veía rodear sus recodos en los grises amaneceres de diciembre, al son de una música tan frenética y lamentable como el latido casi olvidado de los tambores de los derviches, cuando, con un timbre aún más agudo que el ladrido de tenor de Royal y más penetrante que el impostado *falsetto* de Sabuesito, Farag cantaba su guerra a muerte contra Abu Hussein y toda su descendencia. Al despuntar el sol, el río empujaba despacio a la barcaza, atento al barullo y a la carrera de la jauría al cruzar la plancha del portalón, y atento al chacoloteo del caballo árabe del gobernador. La partida cruzaba la cima de la loma y se adentraba en las cosechas sin una sola gota de rocío, y Gihon, menguado y encogido, sólo podía adivinar entonces lo que hacían cuando Abu Hussein bajaba corriendo hasta la orilla para escarbar en alguna madriguera y, al encontrarla cancelada, regresaba rápidamente para esconderse entre el centeno. Tal como predijo Farag, fueron días difíciles para Abu Hussein antes de que éste aprendiera a dar los pasos necesarios para huir con resolución. A veces, Gihon contemplaba la procesión de la partida al completo, perfilada sobre el azul de la mañana, que lo acompañaba alegremente por espacio de muchos kilómetros. Burros y caballos saltaban cada ochocientos metros los canales de riego —arriba, del pie a la mano y otra vez adelante, como figuras en un zoótropo, hasta que se empequeñecían en la línea de los molinos. Gihon aguardaba entonces su alborotado regreso entre las cosechas, y a las diez los acogía en su seno para que descansaran. Mientras los caballos comían y Farag dormía con la cabeza apoyada en el flanco de Royal, el gobernador y su inspector trabajaban por el bien de la caza y de la provincia.

Pasado algún tiempo no hubo necesidad de azotar a ningún hombre por desatender sus tierras. El destino del vapor se comunicaba telegráficamente de molino en molino, y los aldeanos salían a recibirlo para presentar sus reclamaciones. Cuando se descuidaba una tierra surgían disputas por su propiedad, y la partida las evaluaba y resolvía in situ de la siguiente manera: el gobernador y el inspector lado a lado, este último a una distancia de medio caballo por detrás; los reclamantes con los hombros descubiertos al frente de los vecinos, congregados en forma de media luna,

y Farag junto a la jauría, que entendía perfectamente la actuación, sentado a la izquierda. Veinte minutos bastaban para dirimir los casos más complicados pues, tal como el gobernador le dijo a un juez en el vapor:

—En un campo de caza se descubre la verdad mucho antes que en vuestros tribunales.

—¿Y qué pasa cuando las pruebas son contradictorias? —preguntó el juez.

—Vigila el campo. Si ven que sigues una pista falsa no tardan en soltar la lengua. Todavía no habéis recibido una sola apelación por ninguna de mis decisiones.

Los jefes a caballo —el pueblo llano a lomos de astutos burros— y los niños despreciados por Farag no tardaron en comprender que los pueblos que reparaban sus molinos y sus acequias gozaban del máximo favor del gobernador, quien les compraba el centeno para sus caballos.

—Las acequias son necesarias, para que podamos saltarlas —dijo—. Pero sobre todo son necesarias para las cosechas. Mantened los molinos y las acequias en buen estado y dadme buen centeno.

—Sin dinero no hay molinos —respondió un anciano jefe.

—Yo os prestaré el dinero —dijo el gobernador.

—¿Y a qué interés, nuestra excelencia?

—Quedaos con dos cachorros de May Queen y criadlos en vuestra aldea de manera que aprendan a no comer basura; que no pierdan el pelo ni contraigan fiebre por tumbarse al sol, sino que se conviertan en buenos perros de caza.

—¿Como Royal y no como Sabuesito?

Ya se había convertido en un insulto a lo largo del río comparar a un hombre con el antropófago furtivo de las motas azules.

—Exactamente, como Royal… que no se parezcan en nada a Sabuesito. Ése será el interés del préstamo. Criad bien a los cachorros y construid molinos, y yo estaré contento —dijo el gobernador.

—El molino será construido, nuestra excelencia, pero, si por la gracia de Dios los cachorros se convierten en buenos rastreadores en lugar de comedores de basura, y atienden a sus nombres y obedecen, ¿quién les hará justicia a ellos y a mí llegada la hora de juzgar a los perros jóvenes?

—¡Sabuesos, hombre, sabuesos! Cuando alcanzan la edad adulta los llamamos sabuesos, jefe.

—A los sabuesos se los juzga en la feria. Tengo amigos río abajo a quienes nuestra excelencia también ha confiado la cría de sabuesos.

—¡Cachorros, hombre! Los llamamos cachorros cuando son jóvenes, jefe.

—Cachorros. Mis enemigos pueden juzgar injustamente a mis cachorros en la feria. Hay que tenerlo en cuenta.

—Comprendo el obstáculo. ¡Escucha! Si eres capaz de construir en un mes el nuevo molino sin recurrir a la opresión, serás nombrado juez para evaluar a los cachorros en la feria. ¿Entendido?

—Entendido. Construiremos el molino. Mis descendientes y yo somos responsables de la devolución del préstamo. ¿Dónde están mis cachorros? Sí se comen un ave, ¿también deben comerse las plumas?

—Bajo ningún concepto deben comer las plumas. Farag os enseñará cómo tratarlos.

No se conoce ningún caso de mora en los préstamos ilegítimos y personales del gobernador, por los cuales se le dio el nombre de Padre de los molinos. La primera feria de cachorros en la capital exigió no obstante mucho tacto, además de la presencia de un batallón negro entrenado a la vista de todos en la plaza del cuartel para evitar disturbios tras la entrega de premios.

Pero ¿quién puede cantar la gloria de la Cacería del Gihon… o su vergüenza? ¿Quién se acuerda de la matanza en el mercado, cuando el gobernador pidió a los jefes y a los guerreros allí reunidos que observaran cómo los perros devoraban en un instante el cuerpo de Abu Hussein? ¿Y cómo, tras haberlo descuartizado científicamente, la extenuada jauría se apartó del zorro con desprecio, y Farag lloró porque, según dijo, el rostro de la tierra se había mancillado? ¿Qué hombres que no hayan cabalgado tras el sonido de un cuerno de caza recuerdan la carrera a medianoche que concluyó entre las tumbas, con Sabuesito a la cabeza, el apresurado castigo con la fusta, y el juramento, profanados los huesos de los nativos, de olvidar el suceso? La persecución por el desierto, cuando Abu Hussein salió de los cultivos y recorrió nueve kilómetros hasta refugiarse en un desolado barranco, donde unos jinetes desconocidos y armados, a lomos de camellos, descendieron en picado por la quebrada y, en lugar de presentar batalla, se ofrecieron a llevar a casa a los agotados sabuesos en sus monturas, hecho lo cual desaparecieron.

Y sobre todo, ¿quién recuerda la muerte de Royal, cuando uno de los jefes lloró sobre el cuerpo del animal como si de un hijo se tratara… y la partida no volvió a cabalgar ese día? Apenas nada de todo esto se dice en el mal llevado diario de esta aventura, aunque al final de la segunda temporada (corchete cuarenta y nueve) aparece esta enigmática entrada: Necesitamos desesperadamente sangre nueva. Empiezan a escuchar a «Sabuesito».

El inspector se ocupó de este asunto llegado el momento de su permiso.

—Recuerda —le dijo el gobernador— que debes conseguir la mejor sangre de Inglaterra: auténticos sabuesos de gustos delicados; no repares en gastos, pero tampoco confíes en tu propio criterio. Muestra mis cartas de presentación y acepta lo que te ofrezcan.

El inspector presentó sus cartas en una sociedad donde se aprecia mucho a los caballos, aún más a los perros, y se trata con cierta cortesía a los hombres que saben cabalgar. Lo llevaron de casa en casa, le ofrecieron una montura acorde con su destreza, le dieron de comer acaso con demasiada prodigalidad tras cinco años a base

de chuletas de cabra y salsa Worcester.

Poco importa la residencia o el castillo donde el inspector dio su golpe maestro. Cuatro criadores de perros raposeros se hallaban sentados a la mesa, y en una hora apacible el inspector les contó historias de la caza en el Gihon. Concluyó diciendo:

—Ben me dijo que no me fiara de mi criterio en cuanto a los sabuesos, pero yo creo que los constructores del Imperio merecen un precio especial.

Sus anfitriones lo tranquilizaron a ese respecto en cuanto pudieron hablar.

—Y ahora, cuéntanos otra vez cómo fue vuestra primera feria canina —dijo uno.

—Y cómo cerrasteis las madrigueras. ¿Fue todo idea de Ben? —dijo otro.

—Un momento —terció desde el otro extremo de la mesa un hombre corpulento y pulcramente afeitado, que no era criador de perros—. ¿De verdad el gobernador azota a los campesinos cuando no cierran las madrigueras de los zorros?

El tono y la frase habrían sido excesivos aun cuando, tal como el inspector confesaría más tarde, el hombre de la papada azul no se hubiese parecido tanto a Sabuesito. El inspector se enfrentó a él, por el honor de Etiopía.

—Sólo salimos de caza dos veces a la semana… tres a lo sumo. No he visto que se castigue a un hombre más de cuatro veces a la semana, a menos que suceda algo extraordinario.

El hombre grande y de labios caídos soltó su servilleta, rodeó la mesa, se sentó en una silla al lado del inspector y se inclinó hacia delante con mucha seriedad, respirando en la cara del invitado.

—¿Con qué se le castiga? —preguntó.

—Con el *kourbas*; en los pies. Un *kourbash* es un látigo de piel de hipopótamo con una especie de gancho, como el filo cortante del colmillo de un jabalí. Pero al que delinque por primera vez le aplicamos el extremo redondo.

—¿Y tiene alguna consecuencia esta práctica? Para la víctima, quiero decir… no para ustedes.

—Muy rara vez. Le seré sincero. Nunca he visto morir a un hombre bajo el látigo, aunque puede presentarse una gangrena si el látigo está encurtido.

—¿Encurtido en qué?

—En vitriolo verde, naturalmente. ¿No lo sabía? —dijo el inspector.

—No, gracias a Dios —farfulló visiblemente el hombre corpulento.

El inspector se enjugó el rostro y se envalentonó.

—No piense que tratamos con negligencia a nuestros selladores de madrigueras. La partida cuenta con un presupuesto para alquitrán caliente. El alquitrán es un espléndido remedio cuando los latigazos no hacen que se les caigan las uñas de los pies. Sin embargo, cazar en un país tan grande como ése significa que tardamos un mes en regresar a la misma aldea, y si las vendas no se cambian y aparece la gangrena lo normal es que el hombre termine caminando apoyado en los muñones. En el río tenemos un nombre para ellos. Los llamamos las Grullas del mudir. He convencido al gobernador para que limitemos el castigo a un solo bastonazo en un

pie.

—¿En un pie? ¡Las Grullas del mudir! —El hombre enrojeció hasta la coronilla de su cabeza calva—. ¿Podría decirme cómo se dice las Grullas del mudir en la lengua local?

El inspector halló en su bien provista memoria una palabra contundente y escueta que sorprende incluso en Etiopía, donde nadie se sonroja. La pronunció y vio que el hombre corpulento la anotaba en el puño de su camisa y se retiraba. El inspector tradujo luego los distintos significados y connotaciones de la palabra para los cuatro criadores de perros. Se marchó tres días más tarde con ocho parejas de los mejores sabuesos de Inglaterra procedentes de cuatro criaderos distintos, a modo de generoso y cordial obsequio a los cazadores del Gihon. Tenía la sincera intención de sacar del error al hombre corpulento y con motas azules, pero al final se olvidó de hacerlo por alguna razón.

La nueva jauría abrió un nuevo capítulo en la historia de la caza en el Gihon, que de un fenómeno aislado en una barcaza pasó a convertirse en una institución permanente, con casetas de ladrillo para los perros en las orillas y una influencia social, política y administrativa que se extendía hasta los límites de la provincia. Ben, el gobernador, regresó a Inglaterra y se dedicó a criar una jauría de sabuesos realmente exquisitos, pero nunca dejó de añorar sus antiguas tierras sin ley. Sus sucesores ocuparon el puesto de monteros mayores en las orillas del Gihon, mientras que los inspectores se encargaban del látigo. Y esto fue así por una razón; Farag, el responsable de la jauría, con su uniforme caqui y sus polainas, no obedecía a ninguna autoridad con rango inferior al de Excelencia, y los perros sólo obedecían a Farag; y también porque el mejor modo de calcular los beneficios y los ingresos de las cosechas era salir de caza con la jauría; y por la tercera razón de que si bien los jueces del río emitieron, firmaron y sellaron los títulos de propiedad para todos sus legítimos propietarios, la opinión pública ribereña jamás reconocía la validez de estos títulos en tanto ésta no se certificara, según la costumbre establecida, con la fusta del gobernador en el coto de caza, junto a la madriguera desatendida. Cierto que la ceremonia se había reducido a tres simples toques en el hombro, pero los gobernadores que intentaban eludirla eran asaltados en sus oficinas por un enjambre de testigos que les hacían perder mucho tiempo con sus reclamaciones legales y, peor todavía, desatendían a los cachorros. A decir verdad los jefes más ancianos defendían las palizas de los viejos tiempos; cuanto más duro fuera el castigo, argüían, más seguro era el título. Sin embargo, la mano del progreso moderno se oponía a ellos en este punto, y hubieron de conformarse con contar sus historias sobre Ben —el primer gobernador, a quien llamaban el Padre de los molinos— y los tiempos heroicos en que hombres, caballos y perros de caza eran dignos de ser escoltados.

El mismo progreso moderno que había llevado galletas para perros y dotado de grifos de cobre a las casetas se extendía por el mundo entero. Fuerzas, actividades y movimientos cobraban vida, pugnaban entre sí, se fusionaban y, como una avalancha

política, arrollaban a una Inglaterra atónita que en modo alguno lo pretendía. Los ecos de la nueva era llegaban hasta la provincia en las alas de cables misteriosos. Los cazadores del Gihon leían discursos en los que se hablaba de sentimientos y de políticas que los llenaban de asombro, y, prematuramente, daban gracias a Dios por el hecho de hallarse en una provincia tan remota, tan calurosa y tan inaccesible a aquellos oradores y sus políticas. Sin embargo, al igual que tantos otros, subestimaron el alcance y el propósito de la nueva era.

Una a una, las provincias del Imperio fueron enjuiciadas y perseguidas, aplastadas y controladas, atacadas con golpes bajos y doblegadas para solaz de sus nuevos dirigentes en el distrito de Westminster. Una a una entraron en decadencia, heridas y furiosas, y compararon su respectiva condición en los confines de la convulsa tierra. Los cazadores del Gihon, como Abu Hussein en los viejos tiempos, no entendían lo que estaba ocurriendo. Más tarde se enteraron por la prensa de cómo ellos mismos azotaban a los buenos pagadores de impuestos que se negaban a sellar las madrigueras, y de cómo los pocos, los poquísimos que no morían bajo los látigos de piel de hipopótamo impregnados con vitriolo verde, caminaban sobre los tobillos gangrenados y recibían el burlesco apodo de Grullas del mudir. De todos estos cargos dio fe en la Cámara de los Comunes un tal Lethabie Groombride, quien tras crear un comité se dedicó a difundir literatura. La provincia protestó; el inspector —a la sazón inspector de inspectores— lanzó un profundo silbido. Se había olvidado del caballero que farfullaba en la cara de la gente.

—¡Se parecía demasiado a Sabuesito! —fue su única defensa cuando desayunaba con el gobernador en el vapor tras una cacería.

—No deberías haber bromeado con un animal de esa clase —dijo Peter, el gobernador—. ¡Mira lo que me ha traído Farag!

Era un panfleto, firmado por una secretaria en representación de un comité, pero redactado por alguien que conocía a la perfección el lenguaje de la provincia. Contaba la historia de las palizas e instaba a los apaleados a presentar querellas criminales en contra de su gobernador, así como a levantarse contra la opresión y la tiranía británicas sin pérdida de tiempo. Ese tipo de documentos eran nuevos en Etiopía por aquel entonces.

El inspector leyó la última página.

—Pero… pero… —tartamudeó—… esto es imposible. Los hombres blancos no escriben cosas así.

—¿Eso crees? —dijo el gobernador—. No sólo las escriben sino que por hacerlo son nombrados ministros del gabinete. Estuve en Inglaterra el año pasado. Lo sé.

—Se olvidará —dijo el inspector con voz débil.

—No. Groombride vendrá a investigar el asunto en cuestión de unos días.

—¿A título personal?

—Cuenta con el respaldo del gobierno imperial. Tal vez te interese echar un vistazo a las órdenes que he recibido —dijo el gobernador, tendiéndole un telegrama.

El latigazo decía: «Ofrecerá al señor Groombride todos los medios necesarios para su investigación y será responsable de que no se interponga ningún obstáculo en su camino, de tal modo que pueda interrogar a fondo a tantos testigos como estime necesario. El señor Groombride irá acompañado de su propio intérprete, a quien nadie debe sobornar».

—¡Eso a mí… el gobernador de la provincia! —dijo Peter el gobernador.

—Parece más que suficiente —respondió el inspector.

Farag, el cuidador de los perros, entró en el salón, pues gozaba de este privilegio.

—Mi tío, que fue azotado por el Padre de los molinos está aquí, excelencia. Y hay otros en la orilla.

—Que pasen —dijo el gobernador.

Subieron a bordo jefes de clan y campesinos, hasta un número de diecisiete. Cada hombre llevaba en la mano una copia del panfleto y en cada rostro se advertía el terror y la inquietud que suscitan los gobernadores, a quienes se paga para disipar estos sentimientos. El tío de Farag, convertido en jefe de la aldea, habló así:

—En este libro, excelencia, se afirma que los latigazos que nos permitieron conservar nuestras tierras no son válidos. Se dice que todos los hombres azotados por el Padre de los molinos que dio muerte a los emires deben presentar de inmediato una querella, porque su título de propiedad no es válido.

—Así está escrito. Pero no queremos querellas. Queremos las tierras que se nos devolvieron tras los tiempos de la opresión —gritaron los demás.

El gobernador miró al inspector. La situación era grave.

En Etiopía, arrojar dudas sobre la propiedad de la tierra significa que las aguas se revuelven y las tropas se retiran.

—Vuestros títulos son válidos —dijo el gobernador.

El inspector lo confirmó asintiendo con la cabeza.

—¿Qué significa entonces este escrito que viene de río abajo, donde se encuentran los jueces? —preguntó el tío de Farag, blandiendo el panfleto—. ¿Quién nos ordena asesinarte, excelencia?

—Ahí no dice que debáis asesinarme.

—No con esas palabras, pero si dejamos una madriguera sin cerrar es como si quisiéramos salvar a Abu Hussein de los sabuesos. Este escrito dice: «Derrocad a vuestros gobernantes». ¿Cómo vamos a derrocarlos si no es matándolos? Corre el rumor de que uno ya está en camino para dirigir la matanza.

—¡Idiotas! —exclamó el gobernador—. Vuestros títulos son buenos. ¡Esto es una locura!

—Está escrito —respondieron como una jauría.

—Escuchad —dijo el inspector en tono conciliador—. Yo sé quién ha provocado que se escriba y se envíe este panfleto. Es un hombre con la mandíbula moteada de azul, muy parecido a Sabuesito, que come porquerías. Vendrá por el río y preguntará por los castigos.

—¿Y anulará nuestros títulos de propiedad? ¡En mala hora venga!

—Espera un poco, Baker —susurró el gobernador—. Lo matarán si temen perder sus tierras.

—Os contaré una parábola —dijo el inspector, encendiendo un cigarrillo—. ¿Quién de vosotros crió a los hijos de Lechera?

—¿Lechera Primera o Lechera Segunda? —preguntó al punto Farag.

—Segunda; la que se clavó la espina.

—No, no. Lechera Segunda fue la que se hizo daño en el hombro al saltar mi acequia —voceó uno de los jefes—. Lechera Primera fue la que se clavó las espinas el día en que nuestra excelencia se cayó tres veces.

—Cierto… cierto. El compañero de Lechera Segunda era Movolio, el perro ruano —dijo el inspector.

—Yo crié a dos de los cachorros de Lechera Segunda —dijo el tío de Farag—. Murieron de locura a los nueve meses.

—¿Y qué hacían antes de morir? —preguntó el inspector.

—Corrían bajo el sol y echaban espuma por la boca.

—¿Por qué?

—Sabe Dios. Él envió la locura. No fue culpa mía.

—Tu propia boca ha respondido por ti —dijo el inspector riendo—. Con los hombres pasa lo mismo que con los perros. Dios hace que algunos se vuelvan locos. No es culpa nuestra si a esos hombres les da por correr bajo el sol y echar espuma por la boca. El hombre que está en camino echará espuma por la boca al hablar, y se acercará mucho a quienes lo escuchan, para intimidarlos. Cuando lo veáis y lo escuchéis, veréis que Dios le ha enviado la enfermedad, que está loco. Está en manos de Dios.

—Pero, nuestros títulos… ¿nuestros títulos de propiedad son válidos? —insistía la multitud.

—Vuestros títulos están en mis manos. Son válidos —respondió el gobernador.

—¿Y el que escribió esto también está afectado por la enfermedad de Dios? —preguntó el tío de Farag.

—El inspector lo ha dicho —gritó el gobernador—. Lo veréis cuando llegue. Hemos cabalgado juntos y criado juntos a nuestros cachorros, jefes; hemos comprado y vendido centeno para los caballos durante años, ¿y vamos a amotinarnos tras el rastro de un hombre loco… de un hombre afectado por Dios?

—Pero los cazadores nos pagan por matar a los chacales locos —dijo el tío de Farag—. Y a quien cuestione mis títulos de propiedad.

—¡Aahh! ¡Nada de disturbios! —La fusta del gobernador restalló como un látigo de tres colas—. ¡Por Alá! —tronó—. Si ese hombre afligido por Dios sufre algún daño por vuestra culpa, yo mismo mataré a todos los sabuesos y a todos los cachorros, y la partida no volverá a cabalgar. Tenedlo bien presente. Y ahora, id en paz y decídselo a los demás.

—Si la partida no vuelve a cabalgar, ¿quién va a gobernar la tierra? —preguntó el tío de Farag—. No tocaremos un sólo pelo de la cabeza del afligido por Dios, su excelencia nuestro gobernador. Será para nosotros como la esposa de Abu Hussein en época de cría.

Cuando los aldeanos se retiraron, el gobernador se secó la frente.

—Tenemos que apostar soldados en todas las aldeas que visite Groombride, Baker. Diles que no se dejen ver y que vigilen a los aldeanos. Están muy alterados.

—Excelencia —dijo la voz suave de Farag, dejando sobre la mesa sendos ejemplares de *The Field* y *Country Life*—, ese hombre afligido por Dios, el que se parece a Sabuesito, ¿es el mismo a quien el inspector conoció en la casa grande de Inglaterra, y a quien le contó el cuento de las Grullas del mudir?

—¡Hermanos míos!

No sospechaba hasta qué punto le habían preparado el camino. La aldea estaba despierta. Farag, ataviado con una túnica amplia y holgada, sin el uniforme caqui y las polainas, estaba apoyado en la fachada de la casa de su tío.

—Venid a ver al afligido por Dios —gritó con voz melodiosa—. Es cierto que se parece a Sabuesito.

Salieron los aldeanos y concluyeron que Farag estaba en lo cierto.

—No entiendo lo que dicen —dijo el señor Groombride.

—Dicen que se alegran mucho de verlo, señor —interpretó Abdul.

—De ser así deberían haber enviado un comité al vapor; aunque supongo que tenían miedo de los oficiales. Diles que no teman nada, Abdul.

—Dice que no debéis temer nada —explicó Abdul.

Un niño estalló en carcajadas.

—Nada de alborotos —advirtió Farag—. El afligido por Dios es el huésped de su excelencia nuestro gobernador. Somos responsables de hasta el último pelo de su cabeza.

—No tiene ninguno —dijo alguien—. Tiene la sarna blanca y brillante.

—Diles ahora por qué estoy aquí, Abdul, y, por favor, sujeta bien la sombrilla. Debo reservar mi pequeño discurso en lengua vernácula para el final.

—¡Acercaos! ¡Mirad! ¡Escuchad! —cantó Abdul—. El afligido por Dios va a dirigirse a vosotros. Hablará en vuestra lengua y os moriréis de la risa. Llevo tres semanas a su servicio. Os hablaré de su ropa interior y de los perfumes que se pone en la cabeza.

Y procedió a explicarse por extenso.

—¿Y le has quitado alguno de sus frascos de perfume? —preguntó Farag al final.

—Estoy a su servicio. Le he quitado dos —replicó Abdul.

—Pregúntale qué sabe de nuestros títulos de propiedad —dijo el tío de Farag—. Los jóvenes sois todos iguales.

Blandió un panfleto. El señor Groombride sonrió al ver los frutos que la semilla plantada en Londres daba junto al Gíhon. ¡Quién lo iba a decir! Todos los ancianos

tenían copias del panfleto.

—Ése sabe menos que un búfalo. Me ha contado en el vapor que Demah-Karazi, que es un diablo que habita en las multitudes y en las asambleas, le expulsó de sus propias tierras —dijo Abdul.

—¡Alá nos libre del mal! —cacareó una mujer desde la oscuridad de una choza —. Entrad en casa, hijos míos, puede echaros el mal de ojo.

—No, tía —replicó Farag—. Ningún afligido por Dios tiene el mal de ojo. Espera a oír el alegre discurso que va a pronunciar. Abdul me lo ha contado ya dos veces.

—Parece que no tardan en comprender la situación. ¿Qué te han dicho, Abdul?

—Todo lo relacionado con los castigos, señor. Están muy interesados.

—No olvides mencionar el asunto de la autonomía local y, por favor, cúbreme con la sombrilla. De nada sirve destruir si no se construye primero.

—Puede que no tenga el mal de ojo —gruñó el tío de Farag—, pero está claro que su diablo lo ha llevado a cuestionar mi título de propiedad. Pregúntale si sigue dudando de mi título.

—Y del mío. Y del mío —gritaron otros.

—¿Eso qué importa? Es un afligido por Dios —dijo Farag—. Recordad lo que os he contado.

—Sí, pero es un inglés, y sin duda influyente; de lo contrario nuestra excelencia no lo habría recibido. Que se lo pregunte ese burro.

—Señor —dijo Abdul—, esta gente teme verse despojada de sus tierras como consecuencia de sus denuncias. Por eso le piden la promesa de que su visita no tendrá malas consecuencias para ellos.

El señor Groombride contuvo el aliento y enrojeció. Luego dio un fuerte pisotón.

—Diles que si algún oficial se atreve a tocarles un solo pelo de la cabeza por cualquier motivo, toda Inglaterra lo sabrá. ¡Por Dios bendito! ¡Qué cruel opresión! Los rincones oscuros de la tierra están llenos de crueldad. —Se secó el sudor del rostro y, abriendo los brazos, exclamó—: Diles… di a estos pobres siervos que no me teman. Diles que estoy aquí para recompensarles, no para causarles más problemas, bien lo sabe Dios.

A los aldeanos les gustó mucho el grito ahogado del experto orador.

—Suda como los nuevos grifos de agua en las casetas —dijo Farag—. Su excelencia nuestro gobernador lo ha invitado para que pueda hacer deporte. Haz que pronuncie ese discurso que provoca tanto alborozo.

—¿Qué dice de mi título de propiedad? —el tío de Farag no se daba por vencido.

—Dice —interpretó Farag— que desea que puedas vivir en tus tierras en paz. Habla como si fuera el gobernador.

—Bien. Todos los aquí presentes somos testigos de lo que ha dicho. Ahora, que empiece la diversión —dijo el tío de Farag, alisándose su túnica—. ¡Qué distintas ha creado Alá a sus criaturas! A uno lo dota de fuerza para asesinar a los emires y a otro lo hace enloquecer y vagar bajo el sol, como a los pobres hijos de Lechera.

—Sí, y echar espuma por la boca, como nos dijo el inspector. Todo sucederá tal como él anunció —dijo Farag—. Nunca he visto que el inspector se haya equivocado.

—Creo —Abdul le tiró de la manga al señor Groombride— que es el momento de que pronuncie su hermoso discurso en lengua vernácula, señor. Ellos no entienden el inglés, pero están muy complacidos por su condescendencia.

—¿Condescendencia? —exclamó el señor Groombride girando sobre los talones —. ¡Si supieran lo que siento por ellos! ¡Si pudiera expresarles siquiera una décima parte de mis sentimientos! Debo quedarme aquí y aprender su lengua. Sujeta la sombrilla, Abdul; creo que mi pequeño discurso les demostrará que entiendo un poco su intimidad.

Fue una alocución sencilla y breve, bien memorizada, y pronunciada con un acento, previamente supervisado por Abdul en el vapor, que permitió a los campesinos adivinar su significado: la solicitud de ver a una de las Grullas del mudir, pues el orador no tenía más deseo ni propósito al que consagrar los días de su vida que el de mejorar la situación de las Grullas del mudir. Pero antes necesitaba verlas con sus propios ojos. ¿Le permitían por tanto sus amados hermanos ver a una de las Grullas del mudir, a quien deseaba amar?

Una, dos y hasta tres veces formuló esta petición en su perorata, empleando siempre —para que vieran que estaba familiarizado con la jerga local—, empleando siempre, digo, la palabra que el inspector había pronunciado en Inglaterra tiempo atrás: esa palabra escueta y contundente que sorprende incluso en un país como Etiopía, donde nadie se sonroja.

La noble educación de un pueblo ancestral tiene sus límites. Y el hombre corpulento y de barbilla azul, vestido de blanco, su nombre escrito en letras rojas en la pechera de la camisa, que farfullaba bajo una sombrilla verde y suplicaba casi con lágrimas en los ojos que le presentaran a los impresentables, que pronunciaba en voz alta el nombre de los innombrables, que bailaba, al parecer, con perversa alegría ante la sola mención de lo inefable, tuvo ocasión de conocerlos. Hubo un momento de silencio y, luego, un regocijo que el Gihon jamás había escuchado en sus siglos de vida, un rugido como el de sus propias cataratas al desbordarse. Los niños se tiraron al suelo y empezaron a dar volteretas, chillando y lanzando hurras; los hombres fuertes, sus rostros ocultos bajo las capuchas, se balancearon en silencio hasta que la agonía resultó insoportable, y estirando las cabezas, lanzaron sus aullidos al sol; las mujeres, madres y vírgenes, profirieron gritos cada vez más agudos al tiempo que se daban palmadas en los muslos, produciendo un sonido como un redoble de mosquetes. Cada vez que intentaban tomar aliento, una voz medio ahogada graznaba la palabra, y el jolgorio comenzaba de nuevo. El último en sucumbir fue Abdul, educado en la ciudad. Aguantó hasta el borde de la apoplejía y cayó al suelo, soltando la sombrilla.

El señor Groombride no merece ser juzgado con excesiva dureza. El ejercicio y las emociones fuertes bajo un sol intenso, así como el impacto de la ingratitud

pública, le dejaron muy abatido. Plegó la sombrilla y golpeó con ella al postrado Abdul, mientras gritaba que lo habían traicionado. En esta actitud lo sorprendió el inspector, que llegaba en su caballo seguido por el gobernador.

—Todo eso está muy bien —dijo el inspector, tras tomar declaración en el vapor a un Abdul agonizante—, pero no se puede apalear a un nativo sólo porque se ría de uno. No veo otra salida que seguir el curso de la ley.

—Podría rebajar la acusación a… soborno de un intérprete —dijo el gobernador.

El señor Groombride parecía muy lejos de sentirse satisfecho.

—Es la publicidad lo que temo —gimoteó—. ¿No hay posibilidad de silenciar el incidente? No saben lo que una duda, una sola duda, significa en la Cámara para un hombre de mi posición… el fin de mi carrera política, se lo aseguro.

—Jamás lo habría imaginado —dijo el gobernador con aire reflexivo.

—Y aunque tal vez no debiera decirlo, no carezco de honor o de influencia en mi país. Usted sabe, excelencia, que una palabra dicha a tiempo puede llevar muy lejos a un oficial.

El gobernador se estremeció y se dijo que esto también tenía que pasar.

—Veamos —dijo—. Si le digo al intérprete que retire la denuncia contra usted, por mí puede marcharse a Gehenna. Sólo le pongo una condición, y es que si escribe sobre sus viajes, como supongo que es parte de su trabajo, ¡no me elogie!

Y el señor Groombride ha cumplido con lealtad este acuerdo hasta la fecha.

EN EL MISMO BARCO

—El origen de muchos delirios es un latido venoso —dijo el doctor Gilbert con dulzura.

—¿Cómo entonces quiere que le explique lo que me pasa? —la voz de Conroy se elevó casi hasta quebrarse.

—Desde luego, pero debería haber consultado con un médico antes de usar… paliativos.

—Me estaba volviendo loco. Y ahora no puedo pasarme sin ellos.

—¡No será para tanto! Uno no adquiere hábitos fatales a los veinticinco años. Piénselo una vez más. ¿Se asustaba usted cuando era niño?

—No lo recuerdo. Todo empezó cuando era un chaval.

—¿Con o sin los espasmos? Por cierto, ¿le importaría describirme de nuevo cómo es el espasmo?

—Bueno —dijo Conroy, rebulléndose en el asiento—. Yo no soy músico, pero imagínese que fuera usted una cuerda de violín… vibrando… y que alguien lo tocara con un dedo. ¡Como si un dedo rozase el alma desnuda! ¡Es terrible!

—Como una indigestión… o una pesadilla… mientras dura.

—Pero ese horror me acompaña durante días. Y la espera es… ¡y para colmo está esa adicción al medicamento! ¡Esto no puede seguir así! —Se estremeció al decirlo, y la silla crujió.

—Mi querido amigo —dijo el doctor—, cuando sea usted mayor comprenderá las cargas que soportan incluso los mejores. Cada espartano tiene su zorro.

—Eso no me ayuda. ¡No puedo! ¡No puedo! —exclamó Conroy rompiendo a llorar.

—No se disculpe —dijo Gilbert cuando el paroxismo hubo pasado—. Estoy acostumbrado a que la gente se… desahogue un poco en esta sala.

—¡Son esas tabletas! —Conroy dio un ligero pisotón mientras se sonaba la nariz —. Me han vuelto loco. Yo era un hombre sano. He probado a hacer ejercicio, de todo. Pero si me quedo sentado un minuto cuando llega el momento… aunque sean las cuatro de la madrugada, ya no me deja en paz.

—Sí. Muchas cosas ocurren en la quietud de la mañana. ¿Y sabe usted siempre cuándo va a suceder?

—¡Daría cualquier cosa por no saberlo! —sollozó.

—Dejaremos eso de lado por el momento. Estoy pensando en un caso de lo que llamaríamos anemia cerebral que logramos paliar (no digo que lo curásemos) mediante vibración. El paciente no podía dormir, o pensaba que no podía, pero un viaje en barco y el zumbido de la hélice…

—¿Un barco? ¡Con lo que le he contado! —Conroy casi chilló—. Antes

preferiría…

—Desde luego que en su caso no sería en barco, sino un largo viaje en tren la próxima vez que crea que va a sucederle. Sé que parece absurdo, pero…

—Estoy dispuesto a intentar cualquier cosa. Aunque ya casi lo he probado todo —suspiró Conroy.

—¡Tonterías! Le he dado un tónico que le quitará esa idea de la cabeza. Dele una oportunidad al tren, y no empiece el viaje levantando el ánimo con esas tabletas. Llévelas, pero déjelas en reserva… en reserva.

—¿Y cree que soy capaz de controlarme, después de lo que le he contado? —dijo Conroy.

El doctor Gilbert sonrió y dijo:

—Sí. Después de ver lo que he visto —lanzó una ojeada a la habitación—, no tengo la menor duda de que posee usted tanto autocontrol como el que más. Ya le daré instrucciones por escrito para el viaje. Entretanto, tómese el tónico —dijo, y señaló a Conroy unas pautas generales antes de que se marchara.

Una hora más tarde el doctor Gilbert acudió presurosamente al campo de golf, donde lo esperaban sus habituales compañeros del fin de semana. El recorrido era rígido, y jugaron como siempre al trote, porque la tensión de la semana pesaba tanto en los dos consejeros del rey y en sir John Chartres como en el propio Gilbert. Los abogados eran viejos enemigos del Tribunal del Almirantazgo, mientras que sir John, el de las cejas escarchadas y los modales aprendidos en Abernethy, estaba catalogado junto a Rutherford Gilbert, aunque antes que éste, como especialista en nervios.

Reunidos en su club después de la partida, los abogados reanudaron la disputa sobre un litigio bastante enmarañado, mientras los médicos, como es natural, contrastaban asuntos profesionales.

—Mentiras… todo mentiras —dijo sir John cuando Gilbert le hubo contado los problemas de Conroy—. *Post hoc, propter hoc*. El hombre o la mujer que se droga se convierte ipso facto en mentiroso. No tienes imaginación.

—Lástima que a veces tú no tengas un poco de…

—Una vez creí en un paciente. Siempre sucede lo mismo.

Empiezan a tomar el fármaco sin que se les prescriba en la consulta. Y entonces aparecen los síntomas. Te jurarán, porque de verdad lo creen así, que empezaron a tomarlo para paliar los síntomas. ¿Qué es lo que toma tu paciente? ¿Najdolene? Ya me lo figuraba. El jueves pasado tuve un caso casi idéntico. El Najdolene de siempre… la misma mentira de siempre.

—Dime cuáles son los síntomas y yo sacaré mis propias conclusiones, Johnnie.

—¡Los síntomas! La chica se había envenenado con Najdolene. Pura y simple posesión. ¡Dios mío… casi creí que iba a derribar la lámpara de araña!

—Mi paciente también perdió los nervios, y está fuerte como un toro —dijo Gilbert—. ¿Qué tipo de delirios sufría tu muchacha?

—Caras… caras putrefactas. Lo que la gente normal llamaría horrores.

Naturalmente me dijo que tomaba el fármaco para no ver las caras. *Post hoc, propter hoc*, una vez más. ¡Todos mienten!

—¿De qué habláis? —preguntó el mayor de los consejeros—. Suena a asunto profesional.

—¡Déjalo, Sandy, no es para ti! —Sir John le dio la espalda y salió en compañía de Gilbert al frío atardecer.

Una semana más tarde, Conroy recibió en su despacho la siguiente carta:

Estimado señor Conroy:

Si su plan de viajar en la noche del 17 aún sigue en pie y no ha considerado usted ningún destino en particular, podría prestarme un servicio. La señorita Henschil, en quien estoy interesado, parte esa misma noche hacia el oeste en el tren de las 10.08 h desde Waterloo (andén tercero). No es exactamente una inválida, sí bien, como muchos de nosotros, anda con los nervios un poco alterados. Naturalmente viaja acompañada de su enfermera, pero me tranquilizaría saber que va usted en el mismo tren. ¿Tendría la bondad de escribirme y hacerme saber si el tren de las 10.08 h que sale del andén tercero de Waterloo el día 17 le va bien para que nos encontremos allí? No olvide mis advertencias y lleve consigo el tónico.

Sinceramente suyo,

L. RUTHERFORD GILBERT

«Sabe que apenas puedo cuidar de mí mismo y quiere que me ocupe de una mujer», se dijo Conroy.

No obstante, tras media hora de vacilación, terminó por aceptar.

El problema de Conroy, que persistía desde hacía años, era el siguiente:

Cierta noche, cuando yacía entre el sueño y la vigilia, sintió un prolongado escalofrío, signo que con el tiempo llegó a interpretar como advertencia de que su cerebro había concebido el horror una vez más y que a su tiempo, a su debido tiempo, éste se presentaría inevitablemente.

Los fármacos podían atenuar dicho horror de manera que sus efectos no fueran peores que los de un sueño paralizante en una sucesión de sueños perturbadores, si bien no evitaban su reaparición. Una vez el escalofrío salía de sus labios en forma de suspiro, ya no había vuelta atrás, y los días de gracia que a Conroy se le concedían hasta el próximo episodio resultaban un tormento para él. Los dos primeros años intentó eludirlo con distintas distracciones, pero ni el ejercicio ni la bebida sirvieron

de nada. Luego empezó con las tabletas del excelente M. Najdol, cuya etiqueta garantizaba «Un sueño reparador y absolutamente natural para la fatiga anímica». Se venden en un envase provisto de un mecanismo que dispensa una tableta aromatizada por una abertura, de tal modo que el fármaco puede llevarse directamente a los labios mientras uno se mesa el bigote o se ajusta el velo.

Tres años de sustancias de M. Najdol no dejan a un hombre en condiciones de desempeñar una actividad profesional. Los amigos de Conroy, quienes sabían que no bebía, lo atribuyeron a un sobreesfuerzo del corazón por exceso de ejercicio al aire libre, al tiempo que Conroy inventaba con cierto esmero un doctor, unos síntomas y un régimen imaginarios, tanto para sus amigos como para su madre en Hereford. Ella insistía en que lo superaría y le recomendaba *nux vomica*.

Cuando Conroy se enfrentó finalmente a un médico de verdad fue con la idea de librarse del suicidio poniéndose una camisa de fuerza. Sin embargo, el doctor Gilbert se limitó a suministrarle nuevos fármacos —por ejemplo un tónico como para tirar de un tren— y a recomendarle una noche de viaje. Por si no bastara con los horrores del ferrocarril (para el que un hombre que se atreve a vivir sin servicio doméstico debe preparar su propio equipaje y rotularlo con las correspondientes etiquetas), Conroy se veía obligado a acompañar a una desconocida con «los nervios un poco alterados».

Pasó toda una mañana empaquetando, pues mientras reunía y clasificaba sus pertenencias su pensamiento regresaba a las horas del día que restaban para la noche, y se sorprendía contando los minutos en voz alta. En tales ocasiones lo injusto de su destino provocaba sublevaciones que ningún criado debiera presenciar, si bien esa noche en concreto el tónico del doctor Gilbert lo mantuvo bastante tranquilo mientras guardaba sus patentadas navajas de afeitar.

La estación de Waterloo lo devolvió bruscamente a la vida real. El cambio de su billete exigía concentración, siquiera para evitar que los chelines y los peniques se transformaran en minutos ante la ventanilla de venta, y habló rápidamente con un mozo de estación sobre la disposición de su equipaje. El viejo 10.08 con destino al oeste era un tren nocturno con parada en casi todas las estaciones, en interés del tráfico lechero.

El doctor Gilbert se encontraba junto a la puerta de uno de los compartimentos del vagón; tras él había un hombre robusto y de mayor edad.

—¡Cuánto me alegro de verlo aquí! —exclamó—. Permítame ocuparme de su billete.

—De ninguna manera —respondió Conroy—. Lo saqué… hace algún tiempo. Y mi equipaje ya está dentro —añadió con orgullo.

—Le ruego que me disculpe. La señorita Henschil está aquí. Los presentaré.

—Pero… pero… —tartamudeó Conroy—, hágase cargo del estado en que me encuentro. Si algo ocurriera me vendré abajo.

—No lo creo. Estará a la altura de las circunstancias como el más pintado. Y en cuanto a la cuestión del autocontrol de la que me hablaba el otro día —Gilbert le

obligó a volverse—, mire.

Un joven con abrigo y levita con pechera de seda lloraba sin rubor alguno junto a la ventanilla del vagón.

—Pero eso no es más que la bebida —dijo Conroy—. No he tomado ninguna de mis… de mis cosas desde la hora de almorzar.

—¡Excelente! —dijo Gilbert—. Sabía que podría contar con usted. Venga conmigo. Aguarde un minuto, Chartres.

Una mujer alta, con velo, estaba sentada junto a la ventanilla del otro extremo del vagón. Inclinó la cabeza mientras el doctor le murmuraba algo que Conroy no logró entender. Luego, el médico desapareció y el revisor pasó pidiendo los billetes.

—El de mi acompañante… va en el siguiente compartimento —dijo la mujer despacio.

Conroy le entregó su billete y, al guardarlo en el bolsillo de la manga de su abrigo, la cajita de plata de Najdolene resbaló por el guante y cayó al suelo. La recogió mientras el tren lo lanzaba sobre el asiento al arrancar.

—¡Qué bonita! —observó la mujer. Se levantó el velo pausadamente, desabrochó el primer botón del guante izquierdo y mostró en la mano una caja de Najdolene.

—¡No! —dijo Conroy, sin darse cuenta de que había hablado.

—¿Disculpe? —La voz era profunda, mesurada, uniforme y grave. Conroy sabía por qué sonaba así.

—He dicho «¡no!». ¡A él no le gustaría!

—No, no le gustaría. —Sostenía el envase con su tableta siempre presente entre el índice y el pulgar—. Pero ¿no es usted también uno de esos… eh… con «agotamiento anímico»?

—Precisamente. ¡No, por favor! No tan pronto. Yo… yo no he tomado ninguna desde esta mañana. Me… me hará usted estallar.

—¿A usted? ¿Ha llegado a ese punto?

Conroy asintió, presionando las palmas de las manos.

El tren pasó traqueteando por las agujas de Vauxhall y fue recibido con el tintineo de los cántaros de leche vacíos con destino al oeste.

La mujer levantó sus grandes ojos tras un largo silencio y, con una inocencia que habría engañado a cualquier hombre en su sano juicio, le pidió a Conroy que avisara a su acompañante para que le llevase un libro olvidado.

Conroy negó con la cabeza.

—No. Nosotros no podemos leer. ¡No!

—¿Le han enviado para vigilarme? —Su voz nunca cambiaba.

—¿A mí? Yo necesito mucha más vigilancia… ¡especialmente esta noche!

—¿Esta noche? ¿Quiere decir que tiene una mala noche? A mí no me creen cuando les hablo de las mías. —Se recostó en el asiento y se echó a reír, siempre despacio—. ¿No cree que los médicos son estúpidos? No saben nada.

Apoyó el codo en la rodilla, se recogió el velo que había caído y, barbilla en

mano, se quedó mirando a Conroy. Él la miró… hasta que sus ojos se empañaron de lágrimas.

—¿Usted cree que he estado allí? —preguntó ella.

—Sin duda… sin duda —respondió Conroy, pues había visto de un modo inconfundible el miedo y el horror que residían tras los ojos de gruesos párpados, el fino trazo de la frente amplia y la expresión de alerta en la boca deseable.

—En ese caso… suponga que tomamos una… solamente una. Llevo sin ellas toda la tarde.

Conroy levantó una mano y a punto estuvo de gritar, pero se le quebró la voz.

—¡No! ¿No comprende que eso me ayuda a ayudarla a que usted lo evite? No vayamos a tener una crisis los dos al mismo tiempo.

—Pero yo quiero una. Mi corazón jamás se alegra por nada. Sólo una. Tengo una mala noche.

—Y yo también. La sexagésimo cuarta o quinta o sexta o puma. —Apretó firmemente los labios frente a la avalancha visual de números que amenazaba con arrollarlo.

—En mi caso es la trigésimo novena. —Se interrumpió, como él había hecho—. Me pregunto si viviré hasta los sesenta… Hábleme o me volveré loca. Usted es un hombre. Es usted la vasija más fuerte. Hábleme de cuando se rompió en pedazos.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete… ocho… le ruego que me disculpe.

—En absoluto. Yo siempre finjo que me he saltado un punto en la calceta. Cuento los días hasta el final; después las horas y luego los minutos. ¿Y usted?

—Creo que apenas he hecho otra cosa desde hace… —dijo Conroy, tiritando, pues la noche era fría, con un estremecimiento familiar.

—No sabe lo reconfortante que resulta encontrarse con alguien que dice cosas con sentido. Pero la fecha no es siempre la misma, ¿verdad?

—¿Y eso qué más daría? —Se desabotonó el abrigo bruscamente—. Es usted una mujer sensata. ¿Es que no ve lo malvado… malvado… malvado —cayó polvo del reposabrazos almohadillado al sacudirlo Conroy—… lo injusto que es? ¿Qué he hecho yo?

Ella posó con firmeza una mano amplia en el hombro de Conroy.

—Si empieza a pensar en eso —dijo—, se romperá en pedazos y se avergonzará. Cuénteme lo que le pasa y yo le contaré lo que me pasa a mí. Pero esté tranquilo… esté tranquilo, joven, ¡o me dará un ataque! —Esta vez le tocaba a ella tranquilizarlo, aunque le temblaba la barbilla.

—Bueno —dijo él al fin—; lo mío no es gran cosa, desde luego.

—¡No sea tonto! Eso guárdeselo para los médicos… y para las madres.

—Es un infierno —musitó Conroy—. Todo empieza en un vapor… una noche de calor sofocante. Salgo de mi camarote. Paso por el salón donde las camareras ya han recogido las alfombras y el suelo de madera está desnudo, caliente y enjabonado.

—Yo también he viajado —dijo ella.

—¡Ah! Salgo a cubierta. Paseo por una galería. Carne, plátanos, aceite, olores así.

Ella asintió de nuevo.

—Es un vapor de color gris plomo y el mar tiene el mismo color. El mar está completamente quieto… y el barco absolutamente tranquilo, salvo por el ruido de las máquinas, y las olas se alejan formando líneas y líneas y líneas… de un gris apagado. Y yo sé en todo momento que algo está a punto de ocurrir.

—Lo sé. Algo está a punto de ocurrir —susurró ella.

—De pronto oigo un golpe sordo en la sala de máquinas. Luego, un ruido de hierros que caen… como los accesorios de una chimenea… y después, dos gritos espantosos. En realidad son como aullidos, y sé… mientras los oigo sé… que eso significa que dos hombres han muerto mientras gritaban. Era su último aliento saliendo a gritos… con el más atroz de los dolores. ¿Lo comprende?

—Debiera. Continúe.

—Ésa es la primera parte. Luego oigo ruido de pies descalzos que corren por la galería. Uno de los hombres escaldados viene corriendo hacia mí y dice con absoluta claridad: «¡Amigo mío! ¡Todo está perdido!». Entonces me da una palmadita en el hombro y oigo cómo cae muerto. —Conroy se palmeó y se secó la frente.

—De manera que ¿ésa es su noche? —preguntó ella.

—Ésa es mi noche. Se presenta cada pocas semanas… tantos días después de recibir lo que yo llamo la sentencia. Entonces empiezo a contar.

—¿Recibir la sentencia? ¿Así lo llama? —Entrecerró los ojos, tomó aire profundamente y se estremeció—. Yo lo llamo el «aviso». Sir John pensaba que todo eran mentiras.

Se había quitado el sombrero y lo había lanzado al asiento contrario, mostrando una densa mata de pelo negro sujeto en la base de un cuello como una columna y recogido por detrás de la oreja izquierda; pero Conroy sólo tenía ojos para sus ojos graves.

—¡Ahora me toca a mí! —dijo ella—. Voy caminando por una carretera, una carretera blanca y arenosa cerca del mar. Hay vallas rotas a ambos lados, y los hombres se acercan a ellas y me miran.

—¿Sólo hombres? ¿Dicen algo?

—Lo intentan. Tienen las caras comidas, podridas —y por un momento ocultó el rostro con la mano izquierda—. ¡Son las caras… las caras!

—Sí. Como mis aullidos. Lo sé.

—¡Ah! Y luego está el lugar en sí mismo… su desnudez… el resplandor y los olores salobres, y el viento que levanta la arena. Los hombres me persiguen y echo a correr… sé lo que va a ocurrir. Uno de ellos me toca.

—¡Sí! ¿Qué sucede después? Los dos hemos eludido eso.

—Un miedo atroz… no es palpitación, sino miedo, miedo, miedo.

—Como si el alma se detuviera… ¿como cuando uno mete un dedo en un aguamanil? —dijo él.

—Exacto —respondió ella—. El alma… ésa que nos da la vida… detenida. ¡Así!

Hundió profundamente el pulgar en el reposabrazos y, con un gemido, dijo:

—Y ahora que ya nos hemos alterado el uno al otro, ¿no podríamos tomar siquiera una?

—No —dijo Conroy temblando—. Debemos resistir. Ya hemos pasado —atisbó por las ventanillas negras— Woking. Ahí está la necrópolis. ¿Cuánto falta para que amanezca?

—Una cruel eternidad todavía. En cuanto uno se adormece un poco está perdido.

—¿Y cómo sabe que esto —dio un golpecito a la palma de su guante— le ayuda?

—Impide que parezca demasiado real… cuando se toma en cantidad suficiente… ya lo sabe usted. Sólo… sólo que… uno pierde todo lo demás. Desde hace dos años soy como el coco. ¿Qué daría usted por volver a ser auténtico? Tanto mentir es una lata.

—Uno debe protegerse… y hay que pensar en la propia madre —dijo él.

—Cierto. Espero que en algún lugar se muestren indulgentes con nosotros. Nuestra carga… ¿me oye?… ya tenemos suficiente con nuestra carga.

Se puso en pie, alzándose como una torre hasta el techo del vagón. Conroy tiró bruscamente de ella para obligarla a sentarse.

—No sea tonta. Siéntese —dijo.

—¡No soporto esta crueldad! ¿Es que no lo ve? ¿No lo siente? Tomemos una ahora… de lo contrario yo…

—¡Siéntese! —vociferó Conroy, y el sudor volvió a cubrirle la frente. Algunas noches había luchado y otras, en mayor número, soportado la derrota, y conocía esa rebelión que arde sin control hasta dejarlo a uno exhausto.

Ella se alisó el pelo y se dejó caer en el asiento, pero estuvo un rato moviendo la cabeza y el cuello con el irritante movimiento de quien tiene torticolis.

—Una vez —dijo, extendiendo las manos—, hice jirones mi cubrecama. Y eso requiere fuerza. Entonces la tenía. Ahora tengo muy poca. «Estoy drota», como dice mi sobrinita. ¿Y usted?

—¡Roto del todo! Permítame que guarde su cajita hasta mañana.

—Empiezo a notar esa sensación fría.

—En ese caso, démela.

—Y el tirón en el costado derecho. En cuestión de un minuto no podré moverme.

—Yo apenas puedo levantar el brazo —dijo Conroy—. Estamos a punto.

—Entonces, ¿por qué se empeña? Sabe que será más fácil si tomamos una… sólo una.

Empezó a llevarse la cajita a la boca. Conroy se la quitó, con tremendo esfuerzo. Los dos se movían como muñecas articuladas, y el encuentro de sus manos fue de madera con madera.

—¡No debe… no! —dijo Conroy. Se le tensaron las mandíbulas y el frío le subió desde los pies.

—¿Por qué… no… debo? —repitió ella como una imbécil.

Conroy no alcanzó sino a negar con la cabeza, en tanto sujetaba la mano y la cajita en ella.

Ella perdió el habla por completo. Los deliciosos labios reposaban sobre los dientes uniformes, la respiración no pasaba de los orificios nasales, los ojos apagados, la cara gris, y la mano que se clavaba a través del guante como hielo.

Recuperó luego el alma, que se agazapó detrás de sus ojos… lo único con vida en aquel rostro… y desde allí buscó el alma de Conroy. También él tenía todo el cuerpo entumecido, pero en alguna parte, a una distancia inmensa, oía que su corazón seguía funcionando, tal como las máquinas de un barco se mantienen en funcionamiento bajo la ola que casi está a punto de aplastarlo todo. Su única esperanza, lo sabía, era no perder esos ojos que se aferraban a los suyos, pues fuera de allí acechaba un demonio que lo poseería si desviaba la vista siquiera un milímetro.

El resto era oscuridad, a través de la cual algún planeta remoto giraba entre un estruendo de címbalos. (Pasado Farnborough el 10.08 carga muchos cántaros de leche vacíos en cada estación). Entonces, un cuerpo cobró vida con un insoportable picor. Miembro tras miembro, con un terror agónico, ese cuerpo regresó a él, machacado por un absoluto agotamiento físico, como el que se siente tras un largo día de remo. Conroy vio cómo los densos párpados de ella caían sobre sus ojos —el personaje que observaba tras ellos se había retirado—, y, hundiéndose su alma en una paz segura, se quedó dormido.

La luz en los párpados y el olor a salitre lo despertaron sobresaltadamente. La mano de ella seguía en la de él. Estaba dormida, con la frente apoyada en la mano, pero el movimiento de Conroy la despertó y bostezó como una niña.

—Creo… creo que ya es de día —dijo Conroy.

—¡Y no ha pasado nada! ¿Ha visto usted a sus hombres? Yo no he visto mis caras. ¿Significa eso que nos hemos librado? ¿Se… se tomó usted alguna cuando me quedé dormida? Yo le juro que no —tartamudeó.

—No, no había ninguna necesidad. Lo hemos pasado durmiendo.

—¡Ninguna necesidad! ¡Gracias a Dios! ¡No había ninguna necesidad! ¡Ah, mire!

El tren pasaba bajo unos acantilados rojos, junto a un dique bañado por olas que carecían de color con la primera luz del día. Al sur, el sol se alzaba entre la bruma sobre el canal de la Mancha.

Ella se asomó a la ventanilla y respiró llenando los pulmones mientras el viento le enredaba el pelo suelto, sacudiéndolo por debajo de su cintura.

—¡Bueno! —dijo con unos ojos espléndidos—. ¿No cree que todavía pueda ocurrir algo?

—No. Hasta la próxima vez. Nos hemos librado —respondió Conroy respirando tan hondo como ella.

—En ese caso deberíamos rezar.

—¡Qué tontería! Podrían vernos.

—No es necesario que nos arrodillemos. Nos pondremos en pie y rezaremos el padrenuestro. ¡Debemos hacerlo!

Era la primera vez que Conroy rezaba desde que era niño.

Se rieron histéricamente cuando una curva los lanzó contra un reposabrazos.

—¡Y ahora, a desayunar! —exclamó ella—. Mi acompañante, la enfermera Blaber, lleva una cesta. Lo tendrá listo dentro de veinte minutos. ¡Ay! ¡Qué pelos tengo! —y se marchó riendo.

El primer descubrimiento de Conroy, realizado sin necesidad de tantear ni de contar las letras de los grifos, fue que el suministro de agua en Londres y en el suroeste es deficiente. Usó hasta la última gota, sublevándose al sentir el frío cosquilleo en el cuello y en los brazos. Afeitarse en un tren en marcha resultaba difícil, pero la siguiente parada le ofreció una oportunidad, y Conroy se sorprendió al aceptarla. Sonreía y asentía mientras se miraba en el espejo. Aquel hombre de ojos claros aunque hundidos y boca casi relajada tenía algunos rasgos atractivos. Pero al cargar con su bolsa hasta el compartimento, el peso en el brazo laxo humilló esa nueva sensación de orgullo.

—Amigo mío —dijo ella a media voz—, tienes que hacer ejercicio. Estás fofo.

Ella lo esperaba en el otro compartimento, donde su enfermera había preparado el desayuno.

—¡Caramba! —exclamó, deteniéndose en el pasillo—. ¡No me había fijado en lo guapa que es usted!

—Lo mismo digo. Siéntese. Me comería un caballo.

—Yo no debería —dijo la doncella en voz baja—. Cuanto menos se coma mejor. —Era una mujer menuda, pecosa, con el pelo sedoso y claro y unos ojos azul pálido que todo lo penetraban.

—Ésta es la señorita Blazer —dijo la señorita Henschil—. Él también tiene fatiga anímica, enfermera.

—Lo sé. Pero las comidas abundantes no sientan bien. Por eso sólo he traído pan y mantequilla.

Salió en silencio, y Conroy se ruborizó.

—¿Ha visto? Todavía somos niños —dijo la señorita Henschil—. Me siento tan bien que casi me avergüenza un poco. ¿Quiere azúcar?

Pasaron hambre heroicamente juntos, y la enfermera Blazer tuvo la gentileza de manifestar su aprobación cuando volvió para recoger.

—¿Enfermera? —insinuó la señorita Henschil, sonrojándose.

—¿Fuma usted? —le preguntó la enfermera a Conroy con frialdad.

—No he fumado desde hace años. Aunque ahora que lo menciona, creo que me apetecería un cigarrillo… o lo que sea.

—Yo antes fumaba. ¿Cree que eso me tranquilizaría? —preguntó la señorita Henschil.

—Tal vez. Pruebe éstos. —La enfermera le ofreció su pitillera.

—No coman nada más —ordenó, y se marchó con la cesta del desayuno.

—¡Bueno! —masculló Conroy, entre bocanada y bocanada.

—Menos es nada —dijo la señorita Henschil; se sentían un poco avergonzados, pero con la satisfacción de dos niños a quienes castigan juntos.

—Dígame —susurró—, ¿quién era usted cuando era un hombre?

Conroy se lo contó y ella a su vez le relató su historia. Fue un placer para ambos hablar de asuntos mundanos —familias, nombres, lugares y fechas— con una persona comprensiva.

La señorita Henschil contó que su familia era de Lancashire, hilanderos adinerados que aún conservaban la «a» abierta y ese modo de antaño de aspirar y arrastrar las palabras de antaño. Vivía con su anciana y autoritaria madre en una zona opulenta, al norte de Lancaster Gate, donde la buena sociedad daba fiestas en una meca conocida como Langham Hotel.

Fue precisamente allí donde a ella la presentaron en sociedad, y las flores y el baile habían costado ochenta y siete libras, pero como la tenían por rara no contaba con muchas amigas. Muchos hombres se habían sentido atraídos por ella, pues era una belleza… en realidad «la» belleza de la buena sociedad, según dijo.

Hablaba sin vergüenza ni reparo alguno, como un condenado a cadena perpetua le cuenta su vida a un compañero de prisión; y Conroy asentía haciendo aros de humo.

—¿Se acuerda de cuando subió al vagón? —preguntó la señorita Henschil—. (¡Lamenté no haber traído mi calceta!). ¿Lo notó usted, joven?

Conroy rememoró. Hacía siglos de eso.

—¿No había alguien junto a la puerta… llorando? —preguntó.

—Es… es el hombrecillo con quien estaba prometida —dijo ella—. Pero he roto con él. Le dije que no era buena idea. Y él no lo acepta, ¿sabe usted?

—¿Ese tipo? ¡Pero si no le llega a la altura del hombro!

—Eso no tiene nada que ver. Le deseo todo lo mejor. Soy una chica muy tonta… —divagó en su discurso mientras se recomponía cómodamente, apoyando un codo en el reposabrazos—. Hemos estado prometidos… no pude evitarlo… y él venera el suelo que piso. Pero es inútil. Yo no soy responsable, ¿sabe usted? Sus dos hermanas se oponen, pero soy yo quien tiene el dinero. Están en lo cierto, aunque ellas se piensan que es por la bebida. Son metodistas… los Skinner. Su abuelo, el fundador de los Molinos Patton, murió por la bebida.

—Comprendo —dijo Conroy.

El rostro grave y sin velo de la señorita Henschil denotaba preocupación.

—George Skinner —pronunció con suavidad—. Yo podría ser una buena esposa para él… si Dios quisiera. Pero es inútil. No soy responsable. Y él no acepta un no por respuesta. Yo lo llamaba «Toots». Es un hombre insignificante, como ve.

—Eso es de Dickens —se apresuró a decir Conroy—. Hacía años que no pensaba en Toots. Iba a la escuela del doctor Blimber.

—Y ése… es mi problema —concluyó ella retorciéndose las manos muy

levemente—. Pero yo… ¿cree usted que… ahora hay alguna esperanza?

—¿Eh? —dijo Conroy—. ¡Ah, sí! Ésta es la primera vez que he doblado la esquina sin ayuda. Con su ayuda, debiera decir.

—Pero no tardará en repetirse.

—En ese caso, ¿por qué no volvemos a encontrarnos como ahora? Tenga mi tarjeta. Escríbame para indicarme su tren y viajaremos juntos.

—Sí. Tenemos que hacer eso. Pero entretanto… cuando queramos… —Se miró la palma de la mano, presionada con los cuatro dedos—. Es difícil renunciar a ellas.

—Yo casi creo que ya lo hemos conseguido; deje que yo le guarde la caja.

Ella negó con la cabeza y lanzó el cigarrillo por la ventanilla.

—Todavía no.

—En ese caso, démosle los envases a la enfermera y pasemos el día sólo con cigarrillos. La llamaré antes de que flaqueemos.

Ella vaciló, pero terminó por ceder, y la enfermera aceptó el ofrecimiento con una sonrisa.

—No le pasará nada —le dijo a la señorita Henschil—. Yo que usted —a Conroy— practicaría mucho ejercicio.

Cuando llegaron a su destino, Conroy se dispuso a obedecer a la enfermera Blaber. Ese día no le dejó recuerdo alguno, salvo el de una franja de mar azul a la izquierda, aulagas a la derecha, y delante, la senda de un guardacostas señalizada con piedras lavadas que se contaban por millares. Cuando regresó al pueblecito vio a la señorita Henschil en la playa, bajo los arrecifes. Estaba arrodillada a los pies de la enfermera Blaber, sollozando y suplicando.

Veinticinco días más tarde, Conroy recibió un telegrama: «Aviso recibido. Otra vez a Waterloo. Veinticuatro». Esa misma noche, Conroy sintió el escalofrío y el suspiro que le anunciaban el pronunciamiento de su sentencia. Sin embargo, consultó con la almohada y concluyó que, salvo en algún intervalo, le había arrancado a la vida tres semanas que incluyeron varios paseos a caballo antes de desayunar, la hora en que más se anhela el Najdolene; cinco tardes consecutivas en una piscina del río en Hammersmith, ejercitando los brazos pálidos y sufriendo las burlas de los transeúntes; una partida de tenis en el club; tres cenas, un pequeño baile y un humano coqueteo con una mujer humana. Más notable era el hecho de que había puesto en orden sus cuentas mensuales y sólo en una ocasión confundió el dinero para los gastos corrientes con los días de gracia que le habían sido concedidos. A la mañana siguiente salió a cabalgar victoriosamente por el parque con una montura de alquiler. Cerca de Lancaster Gate vio a la señorita Henschil a caballo, charlando con un joven junto a las vías del ferrocarril.

La señorita Henschil giró al verlo y se acercó a medio galope.

—¡Caramba! ¡Qué buen aspecto tiene! —exclamó Conroy, prescindiendo del

saludo—. No sabía que montase a caballo.

—Eso era antes —dijo ella—. Ahora estoy muy débil.

Salieron al paso por el sendero.

—Su caballo tiene ganas de correr.

—Lo-lo necesita. Eso me-me hace pensar que… ¿Qué tal le ha ido? —dijo, jadeando—. Ojalá que las farmacias no tuvieran luces rojas.

—¿Se ha dejado caer por allí para comprar algo?

—Usted no conoce a la enfermera. Pero ¡es estupendo volver a montar a caballo! Este muchachito me ha salido por doscientas.

—En ese caso la han estafado —dijo Conroy.

—Lo sé, pero no me importa. Debo volver con Toots para despacharlo de una vez. Está desatendiendo su trabajo por mí.

Obligó al díscolo caballo a girar sobre sus corvejones no demasiado sanos.

—¿Le han comunicado su sentencia, joven?

—Sí, pero esta vez no me está importando tanto.

—En ese caso, a Waterloo… ¡y que Dios nos ayude! —Regresó como un rayo junto a la pequeña figura de la levita que aguardaba fielmente junto a la verja.

Conroy sintió el sol de la primavera en sus hombros y volvió a casa trotando. Esa tarde salió a remar con un amigo en una piragua para dos hasta que se quedó paralizado. El otro sabía que Conroy no habría resistido el ritmo cinco minutos más.

Cargó con su bolsa por el andén número tres de Waterloo y la alzó con una sola mano hasta el portaequipajes.

—¡Bien hecho! —dijo la enfermera Blaber en el pasillo—. Nosotras también hemos mejorado.

El doctor Gilbert y un hombre algo mayor salieron del compartimento contiguo.

—¡Hola! —saludó Gilbert—. ¿Cómo es que no ha pasado a verme, señor Conroy? Acérquese a la luz. Quítese el sombrero. No… no. Siéntese, joven gigante. Mu-uy bien. Ven a ver esto, Johnnie.

Un hombre bajito y panzudo, de rostro aguileño, observó a Conroy.

—Gilbert estaba en lo cierto en cuanto a la belleza de la Bestia —musitó—. ¿Lo lleva dentro del guante? —dijo, lanzando una pulla a Conroy entre las costillas.

—No —dijo Conroy dócilmente, pero sin carraspear—. No lo llevo en ninguna parte… ¡por mi honor! Lo he mandado al diablo para bien.

—No diga eso hasta que esté curado, señor Conroy. —Sir John Chartres salió del compartimento y, en el pasillo, le dijo a Gilbert—: Todo está muy bien, pero la cuestión es si me convertiré o nos convertiremos en «sir Pándaro de Troya», ¿eh? Debemos pensar en los niños.

—¿Lo han registrado? —preguntó la señorita Henschil minutos después de que arrancara el tren—. ¿Puedo sentarme con usted? Yo… todavía no me fío de mí. Al

parecer no puedo dejarlo con tanta facilidad como usted.

—¿Que no puede? Nunca he visto a nadie que mejorase tanto en un mes.

—¡Mire esto! —Se estiró hacia el portaequipajes, levantó la bolsa de Conroy con una sola mano y la sostuvo con el brazo extendido—. He contado despacio hasta diez. Y no he pensado en horas ni en minutos —dijo con orgullo.

—No me lo recuerde —dijo Conroy.

—¡Ah! Eso me recuerda… Siento haberlo hecho. ¿Cree que esta noche nos resultará más fácil?

—No, por favor. —El olor del compartimento despertó en Conroy el nítido recuerdo del último viaje, y se removió con inquietud.

—Lo siento. He traído algunos juegos —continuó ella—. Damas y cartas… aunque todos exigen contar. Me gustaría haber traído un ajedrez, pero no sé jugar. ¿Qué podemos hacer? Hablemos de algo.

—Bueno, ¿cómo está Toots?… para empezar —preguntó Conroy.

—¿Por qué? ¿Es que lo ha visto en el andén?

—No. ¿Estaba allí? No me he dado cuenta.

—Por supuesto. No lo comprende. Es desesperantemente celoso. Yo le he dicho que no tiene importancia. ¿Me haría el favor de tomarme la mano? Creo que empiezo a notar el escalofrío.

—Toots debe de envidiarme —dijo Conroy.

—Así es. La otra noche le hizo a usted un gran cumplido. Le ha dado por venir a mi casa otra vez… a pesar de lo que dicen todos.

Conroy inclinó la cabeza. Sentía frío y tenía la certeza de que éste iría en aumento.

—Dijo —la señorita Henschil bostezó—. (Disculpe). Dijo que no entendía cómo podía no enamorarme de un hombre como usted; y lo llamó rata asquerosa, y anoche se dio golpes en la cabeza contra el piano.

—¿El piano? ¿Toca usted?

—Sólo para él. Cree que toco de maravilla. Yo le dije que no lo aceptaría a usted aunque fuera el último hombre sobre la tierra y no sólo el más atractivo… ni siquiera con un millón en cada calcetín.

—Yo tampoco… ni con un millón en cada calcetín —asintió él con vehemencia —. ¿No le parece extraño?

—Supongo que sí… para cualquiera que no lo sepa. Bueno, ¿por dónde iba? Ah, George casi llegó a insinuar que lo estaba engañando y quiso marcharse sin decir buenas noches. Detesta andar de puntillas, pero tiene que hacerlo si yo no estoy sentada.

Conroy habría sonreído, pero el frío que preludiaba la llegada del Emboscador se había apoderado de él, y su mano se cerró sobre la de ella para advertirle.

—Y… y entonces —intentaba decir ella, a quien también le había llegado la hora, y sólo en los ojos dilatados por el miedo que se volvieron hacia Conroy le quedaba

algo de vida.

La mano del uno se congeló en la del otro, y tras ellas el resto del cuerpo, mientras ambos aguardaban el terror en la negrura que lo anunciaba. Sin embargo, aun en medio de lo peor, a una distancia inconmensurable, Conroy entrevió un minúsculo destello de luz en su noche. Allí se encaminaría para liberarse del miedo; y descubrió que aquella luz era la luz en la atalaya de los ojos de ella, desde donde su alma encerrada lanzaba señales al alma de Conroy.

—¡Míreme!

Poco a poco, la crisis los fue abandonando, de tal modo que sus respectivas almas pudieron descender y regresar a sus propios asuntos. Él pensaba confusamente en una multitud bajo una tormenta eléctrica, apartándose de las ventanas donde habita la noche rasgada para retirarse a sus camas familiares y cómodas. Después se quedó dormido hasta que en algún recodo del sueño su mano se separó de la mano tibia de ella.

—Ya está. Las Caras no han venido —la oyó decir—. ¡Gracias a Dios! Creo que ni siquiera necesito lo que la enfermera me prometió. ¿Y usted?

—No. —Se frotó los ojos—. Pero no cantemos victoria.

—Desde luego. El mes que viene habrá que intentarlo de nuevo. Temo que sea un tremendo fastidio para usted.

—Le aseguro que no —dijo Conroy; y se recostaron en el asiento, riendo por lo anodinas que resultaban esas palabras tras los infiernos de los que acababan de regresar.

—Y ahora —dijo ella, mirando a Conroy con ojos severos—, dígame ¿por qué no me aceptaría ni con un millón en cada calcetín?

—No lo sé. Le he estado dando vueltas a eso.

—Yo también. Somos la pareja más atractiva que he visto nunca. ¿Tiene usted una buena posición, joven?

—Eso dicen —respondió Conroy, sonriendo.

—Una nimiedad —señaló ella, y volvió a reír—. Al margen de mi atractivo y del suyo, yo dispongo de cuatro mil libras al año, que con las rentas se convierten en seis mil. Soy un partido por el que muchos gatos estarían dispuestos a beber té a lengüetazos toda la noche.

—Ciertamente. ¡Toots es muy afortunado!

—Sí —respondió ella—. Será el joven más feliz de Londres si consigo salir adelante. ¿Quién es su afortunada?

—No… nadie, querida. Llevo años en el infierno. Sólo quiero librarme de esto y estar vivo y… todo lo demás. ¿No le parece razón suficiente?

—Tal vez, para un hombre. Yo nunca me preocupaba por nada hasta que apareció George. Era una completa estúpida.

—Yo también; pero ahora creo que puedo vivir. Seguro que el mes que viene será un poco mejor, ¿no le parece?

—Eso espero. Sí. Una muchacha puede aspirar a poco más que a casarse y… conformarse con eso. Quienquiera que sea la afortunada, cuando la encuentre usted, recibirá un regalo de bodas de la señora de George Skinner que…

—Pero ella tampoco lo entenderá, como Toots.

—A él no le importa… pero a mí… ¡Se me cierran los ojos, gracias a Dios! Buenas noches, joven.

Conroy la siguió con la mirada. Tenía belleza, tenía gracia, fuerza y todo aquello que lleva a hombres mejores que George Skinner a golpearse la cabeza contra la tapa de un piano, y sin embargo, pese a haber recuperado su vida, Conroy no sentía siquiera un cosquilleo de instinto o de emoción hacia aquella mujer. Puso los pies en alto y se quedó dormido, soñando con un mundo recobrado, feliz y normal, donde los atrasos exigían el pago de un interés. Había muchas cosas en ese mundo, pero ni un solo rostro femenino.

Tres veces más tomaron el mismo tren, y su trastorno fue menguando y debilitándose progresivamente. La señorita Henschil hablaba de Toots, de sus múltiples visitas, de las cosas que les había dicho a sus hermanas y de las cosas aún peores que éstas habían respondido; de los últimos regalos de M. Najdol (parecía casi muerto para ambos) destinados a los que sufrían de fatiga anímica; y de compras, alquileres, del precio de la ropa de hogar y de un mobiliario realmente artístico.

Conroy le explicó las actividades con las que disfrutaba: tremendos esfuerzos deportivos en competición con hombres tremendos, hasta que sudaba y, después de tomar un baño, se quedaba dormido. También había visitado a su madre, en Hereford, y habló un poco de ella y de la vida familiar, a la que su cuerpo, privado por completo de vida durante cinco años, se entregaba ahora con inocente y hondo disfrute. La enfermera Blaber mostró cierto interés por la madre de Conroy, aunque por lo general se quedaba en su compartimento fumando y leyendo novelas baratas.

En su último viaje, la enfermera se ofreció a sentarse con ellos y se sumergió en la lectura de *The Cloister and the Hearth* mientras los dos cuchicheaban. En esa ocasión (fue cerca de Salisbury), a las dos de la madrugada, cuando el Emboscador los rozó con su ala, no pasaron de guardar silencio unos instantes y de tomarse las manos mientras duraba la sensación como pueden hacer incluso dos completos desconocidos cuando su barco zozobra.

—De todos modos —dijo la enfermera Blaber, sin levantar la vista—, creo que el señor Skinner tiene derecho a sentir celos de todo esto.

—Sería difícil de explicar —dijo Conroy.

—En ese caso será mejor que no venga usted a mi boda —rió la señorita Henschil.

—¡Con todo lo que hemos pasado! Aunque supongo que será mejor que no me invite. ¿Ya ha fijado una fecha?

—El 22 de septiembre… a pesar de sus dos hermanas. Ahora puedo correr ese riesgo. —Se sonrojó y resultó maravillosa.

—¡Mi querida amiga! —Conroy le estrechó la mano sin reservas y ella apretó sin pestañear—. ¡No se imagina cuánto me alegra!

—¡Por todos los santos! —dijo la enfermera Blaber con una voz desconocida—. Ah, les pido disculpas. Olvidaba que no me pagan para sorprenderme.

—¿De qué? ¡Ah, comprendo! —dijo la señorita Henschil. Y le explicó a Conroy —: Esperaba que usted fuera a besarme o que yo lo besara a usted, o algo por el estilo.

—Con todo lo que han pasado, como dice el señor Conroy.

—Pero yo no podría. ¿Y usted? —dijo la señorita Henschil, con un disgusto tan franco como el que delataba la expresión de Conroy.

—Sería horroroso… horroroso. Aunque desde luego es usted extraordinariamente atractiva. ¿Usted qué opina, enfermera?

La enfermera Blaber meneó la cabeza.

—A mí me contrataron para curar a la señorita Henschil de una adicción. En cuanto esté curada pasaré a ocuparme de otro caso… ése de demencia senil del que le hablé, en Bournemouth.

—¡Y yo me quedaré sola con George! Pero ¿y si no me curase? —preguntó de pronto la señorita Henschil—. ¿Y si volviera a presentarse? ¿Qué haré? ¡No podré llamar al señor Conroy como ahora cuando sea una mujer casada! —señaló como una niña.

—Yo acudiría, naturalmente —dijo Conroy—. Aunque desde luego que eso hay que tenerlo en cuenta.

Se miraron el uno al otro, alarmados y angustiados, y miraron luego a la enfermera Blaber, que cerró su libro, marcó la página y se volvió hacia ellos.

—¿Alguna vez ha hablado con su madre como conmigo, señorita Henschil? —preguntó.

—No. Con papá podría haber hablado… pero, mamá es distinta. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Y usted, señor Conroy, tampoco ha hablado nunca con su madre?

—No hasta que empecé con el Najdolene. Le dije que tenía algún mal de corazón. Y ahora que ya casi lo he superado no hay necesidad de contárselo, ¿no cree?

—No, si no vuelve a repetirse, pero… —Los señaló con un dedo regordete y victorioso que les hizo acercar las cabezas—. Ya sabe, mi niña, que yo siempre paso para leerle un capítulo a su madre a la hora del té.

—Lo sé. Es usted un ángel. —La señorita Henschil le dio una palmadita en el hombro azul—. Mamá se ha convertido a la Iglesia de Inglaterra —explicó—. Pero seguirá con su Biblia y sus pastas todas las noches, como los Skinner.

—Fueron Naamán y Giezi[16] quienes me dieron la pista el martes pasado. Dije que nunca había visto un caso de lepra, y su madre me contó que ella había visto

demasiados.

—¿Dónde? Nunca me lo ha contado —dijo la señorita Henschil.

—Unos meses antes de que usted naciera… en su viaje a Australia… en Mola o Molo o algo parecido. Me llevó tres veladas sacárselo todo.

—Sí… mamá recela cuando le hacen preguntas —le dijo la señorita Henschil a Conroy—. Cierra con llave las puertas de todas las habitaciones cuando está dentro, aunque sólo sea cinco minutos. Era una Tackberry de Jarrow, ¿sabe?

—Me describió a esos hombres suyos como si los viera… hombres con las caras devoradas que la miraban desde la valla de una leprosería en esa isla de Molo. Le suplicaban, y ella salía corriendo, según me dijo; corría por toda la calle hasta el embarcadero. Uno de ellos la tocó y casi se desmaya. Todavía se avergüenza de ello.

—¿Mis hombres? ¿La arena y las vallas? —musitó la señorita Henschil.

—Sí. Ya sabe usted lo ordenada que es su madre y cuánto detesta el viento. Recordaba que las vallas estaban rotas… y que el viento soplaba. Arena… sol… viento salado… vallas… caras… todo se lo saqué, poco a poco. ¡Usted no sabe lo que yo sé! Y eso ocurrió tres o cuatro meses antes de que usted naciera. ¡Para que vea! —La señorita Blaber se dio una palmada triunfal en la rodilla.

—¿Eso lo explicaría todo? —preguntó la señorita Henschil, temblando de la cabeza a los pies.

—Absolutamente. ¡Puede preguntárselo a quien quiera! Nunca han sido imaginaciones suyas. Todo estaba dentro de usted. ¡Le sucedió a usted en este mundo! ¡Ayúdeme, señor Conroy! Pesa demasiado para mí. Sacaré el frasco.

La señorita Henschil se inclinó hacia delante y se derrumbó, según Conroy le contó más tarde, como la chimenea de una fábrica. Despertó de su desvanecimiento con los dientes castañeteando en el borde de la taza.

—No… no —dijo, mientras bebía—. No es histeria. Ahora nunca más volverá ocurrirme. No habrá más avisos… por ninguna razón. ¡Alabado sea Dios! ¿Se da cuenta de que soy una mujer normal?

—¡Deje de achucharme! —protestó la enfermera—. No sabe la fuerza que tiene. Termine el agua y el coñac. Es absolutamente comprensible, y apostaría cualquier cosa a que el caso del señor Conroy es similar. He estado pensando…

—Es increíble… —dijo Conroy, sosteniendo de nuevo a la muchacha cuando ésta volvió a tambalearse.

La enfermera acarició el pelo rubio de la señorita Henschil.

—Lo que a usted le pasa, o algo similar, le ocurrió en algún lugar de la tierra o del mar a su madre cuando estaba encinta. Pregúntele, hijo. Pregúntele y acabe con ello de una vez por todas.

—Lo haré —asintió Conroy—. Creo que debería… —abrió su bolsa y rebuscó en ella con ansiedad.

—¡Bendita sea! ¡Bendita sea, enfermera! —sollozó la señorita Henschil—. No se imagina lo que esto significa para mí. Lo aclara todo… desde el principio.

—¿Y eso no cambia ahora las cosas? —preguntó la enfermera con curiosidad—. ¿Ahora que es usted una mujer normal?

Conroy, ocupado con su bolsa, no oyó la pregunta. La señorita Henschil lo miró, y su belleza, liberada de la sombra de cualquier temor, resplandeció en su interior.

—Comprendo lo que quiere decir —dijo—. Pero no ha cambiado nada. Quiero a Toots. Nunca ha perdido la cabeza… salvo por una tonta como yo.

—Perfecto —dijo Conroy, agachándose bajo la lámpara, con el horario de trenes en la mano—. Si hago transbordo en Templecombe… hacia Bristol (Bristol… Hereford… eso es)… podré desayunar con mi madre y averiguarlo.

—En ese caso tendrá que darse prisa —dijo la enfermera—. Hace ya un rato que pasamos Gíllingham. Llévese algunos bocadillos.

Salió a buscarlos. Conroy y la señorita Henschil podrían haber bailado, pero no hay espacio para gigantes en un compartimento de la South-Western.

—Adiós y buena suerte, joven. Aunque ya ha cambiado… como yo. Envíenos un telegrama al hotel en cuanto esté seguro —dijo la señorita Henschil—. ¿Qué habría hecho yo sin usted?

—¿Y yo? —dijo Conroy—. Aunque quien de verdad nos ha salvado ha sido la enfermera.

—Entonces gracias a ella —dijo la señorita Henschil, mirándolo fijamente—. Sí, se lo diré. Le gustará.

Cuando la enfermera Blaber regresó tras la despedida en Templecombe tenía la nariz y los ojos enrojecidos, pero por lo demás su rostro irradiaba una intensa luz, aunque siguió sorbiendo con la nariz mientras leía *The Cloister and the Hearth*.

La señorita Henschil, absorta en un catálogo de muebles, estuvo veinte minutos sin hablar. Luego, mientras sumaba los totales de las mejores sábanas para invitados y servicio doméstico, dijo:

—Pero ¿por qué nuestras crisis coincidían, enfermera? —Porque cada segundo nace un niño en algún lugar del mundo— respondió la señora Blaber.

—Además, puede que al hablar y al pensar en ello, el uno le provocaba una crisis al otro. Ya sabe que no debían hacerlo.

—Sí, pero usted nunca ha estado en el infierno —respondió la señorita Henschil.

El telegrama fue enviado en Hereford a las 12.46 y entregado a la señorita Henschil en la playa de cierta localidad a las 14.07. Decía lo siguiente:

> Definitivamente confirmado. Mi madre recuerda haber oído el ruido de un accidente en la sala de máquinas durante su regreso de la India en el ochenta y cinco.

—Se refiere al año —dijo la enfermera Blaber, lanzando guijarros al mar frío.

> En él se escaldaron dos hombres, lo que explica mis aullidos. *[¡Quién me lo iba a decir!*). Después, un cura idiota que se encontraba entre el pasaje corrió tras ella gritándole en broma, «Amiga mía, todo está perdido». Lo que explica exactamente las palabras.

La enfermera Blaber ronroneó de modo audible.

> Mi madre dice que el susto le duró sólo uno o dos minutos. Mi alivio es inexpresable. Todo mi cariño a esa enfermera que es una joya. Intente sonsacarle qué le gustaría más.

Ay, no debería haber leído eso —dijo la señorita Henschil.

—No importa. No quiero nada —dijo la enfermera Blaber—. Y aunque lo quisiera tampoco lo tendría.

EL FILO DE LA NOCHE

¡Ah! ¿De qué sirve el giro clásico
o la palabra precisa,
ante la fuerza del hecho,
contado sin amañar?

¿Qué es el Arte que plasmamos
en pintura, rima y prosa
ante a la Naturaleza bruta
que mil veces nos derrota?

—¡Eh! ¡Eh! ¡Contén a tus caballos! ¡Detente!… ¡Bien! ¡Bien! —Un hombre enjuto, con un abrigo forrado de marta, saltó de un vehículo privado, impidiéndome el paso camino de Pall Mall—. ¿No me conoces? Es comprensible. Apenas llevaba nada encima la última vez que nos vimos… en Sudáfrica.

Cayeron las escamas de mis ojos y lo vi con una camisa militar de color azul claro, tras un alambre de espino, entre los prisioneros holandeses que se lavaban en Simonstown, hace más de doce años.

—Pero ¡si eres Zigler…! ¡Laughton O. Zigler! —exclamé—. ¡Cuánto me alegro de verte!

—¡Por favor! No malgastes tu inglés conmigo. «Cuánto me alegro de verte… y bla, bla, bla». ¿Vives aquí?

—No, he venido a comprar provisiones.

—En ese caso, sube a mi automóvil. ¿Adónde vas?… ¡Sí, los conozco! Mi querido lord Marshalton es uno de los directores. Piggott, llévanos a la Cooperativa de Suministros Navales y Militares, S. L., en Victoria Street, Westminster.

Se acomodó en los mullidos asientos neumáticos color paloma y su sonrisa fue como si todas las luces se encendieran de pronto. Tenía los dientes más blancos que los accesorios de marfil del coche. Olía a un jabón extraño y a cigarrillos, los mismos que me ofreció de una pitillera dorada con un encendedor automático. En mi lado del coche había un espejo con marco de oro, una baraja y un estuche de tocador. Lo miré con aire inquisitivo.

—Sí —asintió—, dos años después me marché de El Cabo. Pero no creas que es por una chica de Ohio. Ahora está en el campo. ¿Qué te parece? Está en nuestra casita del campo. Iremos allí en cuanto hayas comprado tus provisiones. ¿Algún compromiso? Tu único compromiso es recoger tu bolsa de viaje, del hotel, quiero decir, y venir ahora mismo a conocerla. Estás cautivo de mi arco y mi flecha.

—Me rindo —dije obedientemente—. ¿Y todo esto lo ha conseguido tu Zigler

automática? —señalé a los accesorios del coche.

—¡Vaya! ¡Sabía que te acordarías! La Zigler es un arma magnífica… la mejor que existe… pero la vida es demasiado corta y demasiado interesante para desperdiciarla en la sociedad militar. He cedido mis derechos sobre ella a un ciudadano de Pensilvania-Transilvania lleno de inteligencia y arrojo. Si eso tiene alguna influencia en las cancillerías de Europa, seguro que tendrá éxito y yo quedaré muy sorprendido. ¡Disculpa!

Se descubrió la cabeza al pasar junto a la estatua de la gran reina frente a Buckingham Palace.

—¡Qué gran dama! —dijo—. He disfrutado de su hospitalidad. Representa a una de la instituciones más espléndidas del mundo. La siguiente es el lugar al que nos dirigimos. La señora Zigler también compra allí, y la obligan a devolver los envases vacíos todas las semanas.

—¡Ah! ¿Te refieres a los almacenes de la Cooperativa? —pregunté.

—A la señora Zigler le gustan mucho. Tienen un aspecto muy señorial. Yo te esperaré fuera y rezaré mientras tú te peleas con ellos.

Concluida mi misión en los almacenes, y recuperada mi bolsa del hotel, su palacio sobre ruedas nos condujo al campo.

—Debo decirte —dijo Zigler, con tanta suavidad como el vehículo—, lo que soy ahora. Represento el aspecto comercial de la Invasión Americana. La culpa no es de los coches, no me encontrarán muerto en uno, sino de las herramientas con que se construyen. Soy la Herramienta Zigler de Alta Velocidad y el Consorcio del Torno. El Consorcio, amigo mío, es enteramente mío, fruto de mi invención. Soy la aeronave Renzalaer de diez cilindros, el aeroplano más ligero del mercado; precio, potencia y garantía. Soy la procesadora de papel Orlebar, la compañía de paneles de pulpa para estructuras de aeroplanos; y soy el silenciador Rush para aeronaves militares, absolutamente silencioso, usado en Europa previo pago de su patente. Los británicos todavía no están a la aluna, con tres excepciones. Eso es lo que ahora represento. ¿Me has visto descubrirme ante tu difunta reina? Le debo a esa gran dama hasta el último céntimo. Sí, señor, me vine de África tras una cura de descanso de dieciocho meses, aire libre y baños de mar; fui su prisionero de guerra, pero volví como un gigante refrescado. Después de esa experiencia, nada podía detenerme cuando tomaba una decisión. Y a ti, como representante de la ciudadanía británica, te digo aquí y ahora que te considero el fundador de la fortuna familiar… la de Tommy y la mía.

—Yo sólo te di unos papeles y tabaco.

—¿Y qué más necesita un ciudadano? Ni el diamante de Clullinam me habría ayudado tanto; y, hablando de Sudáfrica, cuéntame…

Hablamos de Sudáfrica hasta que el coche se detuvo junto al pabellón georgiano rodeado de grandes jardines.

—Bajaremos aquí. Quiero enseñarte una vista que merece la pena —dijo Zigler.

Caminamos cosa de ochocientos metros, entre madera salpicada de turba,

pasamos junto a un lago, nos adentramos en un oscuro bosque de rododendros en el que resonaban las ligeras pisadas de los faisanes y salimos de los árboles en un punto donde se cruzaban cinco caminos, junto a un pequeño templo clásico rodeado de estatuas de estuco cubiertas de líquenes, que miraba hacia un círculo de turba de varias hectáreas de extensión. Tejos irlandeses de un tamaño que jamás había visto cercaban el umbrío círculo como precipicios de obsidiana partida, salvo en uno de los extremos inferiores, donde los arbustos daban paso a una franja de terreno ondulado y desnudo que concluía en una ladera arbolada ochocientos metros más abajo.

—Aquí es donde Marshalton celebraba sus carreras de caballos —dijo Zigler—. Esa nevera se llama el Templo de Flora. Nell Gwyne y la señora Siddons y Tagliom y todos los demás interpretaban aquí obras de teatro para el rey Jorge III. ¿Lo sabías? Lo cierto es que Jorge es el único rey que me entretiene. Dejémoslo ahí. Este círculo era el escenario, supongo. Los reyes y la nobleza se sentaban en el Templo de Flora. He olvidado quién esculpió las estatuas de la puerta. Son las musas de la tragedia y de la comedia. ¿Verdad que es una vista espléndida?

El sol abandonaba el parque. Atísbé un destello de plata al sur, más allá del risco arbolado.

—Es el mar… el canal de la Mancha —dijo Zigler—. Está a unos treinta o cuarenta kilómetros. ¿Verdad que es una vista espléndida?

Observé los severos tejos, las bocas de las dos estatuas que lanzaban su mudo grito hacia las sombras verde azuladas de la hierba sin sol, y la llanura brillante y serena donde pacían algunos ciervos.

—El contraste es magnífico, aunque supongo que será mejor un día de verano —dije.

Y anduvimos al menos medio kilómetro por uno de los silenciosos paseos, hasta que llegamos a la entrada porticada de un enorme edificio georgiano. Cuatro lacayos surgieron en un vestíbulo cubierto de cuadros.

—Le alquilé la residencia a lord Marshalton —explicó Zigler, mientras nos ayudaban a quitarnos los abrigos bajo la adusta mirada de los antepasados con pelucas y chorreras—. Sí. A mí también me miran siempre como si acabara de salir de una alcantarilla. Y así es en realidad. Ésa es Mary, lady Marshalton. Retratada por Joshua. ¿Encuentras algún parecido con lord Marshalton? ¿Cómo? ¿Ni siquiera lo conoces? Era el capitán Mankeltow… mi capitán en la Artillería Real británica, el que me sacaba de mis casillas en la guerra y luego quiso «enterrarme» en contra de mis principios religiosos. Sí. Heredó el título de lord al morir su padre. Casi no le quedó nada más después de pagar vuestros impuestos de sucesiones. Me dijo que le haría un favor si le alquilaba este rancho. Exige un trabajo de mil demonios, pero Tommy, la señora Laughton, lo comprende. Pasa directamente al salón y sé bienvenido.

Me condujo, la mano en el hombro, hasta un enorme alón rebosante de risas y de conversaciones. Me presentó como el fundador de la fortuna familiar a una mujer

menuda y ágil, de ojos oscuros, que me saludó con meloso acento sureño. La mujer, a su vez, me presentó a su madre, una anciana de cejas negras y pelo blanco como la nieve, tocada con un ridículo gorrito de punto veneciano, unas manos que en su día seguramente sostuvieron a muchos corazones y una dignidad tan incuestionable e incondicional como la de una emperatriz. Era ciertamente una Burton de Savannah que superaba en la jerarquía a los Lee de Virginia. El resto de la compañía procedía de Buffalo, Cincinnati, Cleveland y Chicago, con alguna que otra veta sureña. Un grupo de jóvenes hacían palomitas de maíz en la chimenea presidida por un Gainsborough. Dos hombres corpulentos, semiocultos por un arpa enfundada, discutían sobre un montón de documentos mecanografiados los términos de algún contrato. Un puñado de matronas hablaba de criados —irlandeses contra alemanes— al otro lado del piano de cola. Un chico asaltaba una vieja estantería de libros mientras, a su lado, una muchacha alta contemplaba el retrato de una mujer de muchos amores, fallecida tres siglos atrás, que volvía a la vida y lanzaba su advertencia bajo la lamparilla del marco. Media docena de niñas examinaban en un rincón las vitrinas que contenían las condecoraciones —inglesas y extranjeras— del difunto lord Marshalton.

—¡Mirad esto! ¿Será la Orden de la Jarretera? —dijo una de ellas, señalando una medalla.

—Podría ser. ¡No! La de la Jarretera dice «¿Dónde estoy?…»[17]. Eso lo sé. Aquí pone «*Tria juncia*» algo.

—¿Y qué es esa cruz de cobre tan bonita que dice «*For Valour*»? —gritó una tercera.

—¡Vaya! ¡Mira esto! —dijo el joven que estaba junto a la estantería—. Es una primera edición de *Handley Cross*, y al lado está el *Birds* de Beewick… además de otros muchos libros de éxito. ¡Mira, Maidie!

La muchacha que se encontraba bajo el cuadro se volvió a medias, sin mirar al joven.

—¡No me digas! —dijo despacio—. Seguro que sus mujeres también llegaron a algo.

—Pero los intereses y la perspectiva de la mujer eran muy limitados en esa época —terció una de las matronas desde el piano.

—¿Limitados? ¿Para ella? Si lo eran, me parece que era ella quien ponía el límite. ¿Quién era? ¿Dónde está el catálogo, Peters?

Un mayordomo delgado, a cargo de dos criados que retiraban el servicio del té, se acercó hasta una mesa y le entregó a la muchacha un libro azul y dorado. El mayordomo se vio acorralado por uno de los hombres que estaban detrás del arpa y quería telefonear a Edimburgo.

La oficina de aquí cierra a las seis —dijo Peters—. Pero podría llevarle a… —dijo el nombre de alguna localidad cercana— en diez minutos, señor.

—Eso me va bien. Ven a buscarme cuando hayas enganchado el coche. ¡Ah, una

cosa, Peters! El señor Olpherts y yo no cogeremos el primer tren de la mañana sino el otro… el de la otra línea… no sé cómo se llama.

—La 927, señor. De acuerdo, señor. Les servirán el desayuno a las ocho y media y el coche estará en la puerta a las nueve.

—¡Peters! —llamó una imperiosa voz juvenil—. ¿Qué pasa con la Orden de la Jarretera de lord Marshalton? No la vemos por ningún lado.

—Verá, señorita, he oído decir que la Orden fue devuelta a su majestad tras la muerte del caballero. Sí, señorita. —Penas le susurró entonces a uno de los criados—: Más mantequilla para las palomitas en el rincón del rey Carlos. —Y se detuvo detrás de mi silla—. Su habitación es la número 11, señor. ¿Puedo ofrecerle las llaves?

Peters abandonó el salón en compañía de una damita de seis años llamada Alice, quien anunció que no pensaba irse a la cama si «Peter, Peter, Comeconfites» no la llevaba personalmente.

Tuvo la amabilidad de pasar a verme un momento mientras me vestía para la cena.

—En absoluto, señor —replicó Peters a un cumplido mío—. Serví al difunto lord Marshalton durante quince años. Era un hombre de movimientos poco previsibles, señor. Nunca me avisaba de sus viajes hasta una hora antes de marcharse. Íbamos a Siria con frecuencia. He estado dos veces en Babilonia. Las exigencias del señor y la señora Zigler son escasas, comparativamente hablando.

—Pero ¿y los invitados?

—Muy poco fuera de lo ordinario en cuanto uno conoce sus costumbres. Extremadamente sencillos, si se puede decir así, señor.

Tuve el privilegio de acompañar a la señora Burton al comedor y fui recompensado con una visión completamente nueva para mí y bastante asombrosa de Abraham Lincoln, quien, según mi acompañante, arrasó la tierra heredada con sangre y fuego, y entregó el resto a los extranjeros.

—Mi hermano, señor —dijo—, cayó en Gettysburg para que los armenios hoy puedan colonizar Nueva Inglaterra. Si me interesara por alguno de esos yanquis aparte de mi yerno Laughton, diría que la muerte de mi hermano ha sido ampliamente vengada.

El hombre que se encontraba a su derecha aceptó el desafío y así empezó la batalla. Los ojos de la señora Burton centellearon sobre las llamas que ella misma había prendido.

—¿No le recuerda esta gente —me preguntó más tarde— a los árabes que almuerzan bajo las pirámides?

—Nunca he visto las pirámides —dije.

—¡Ah! No sabía que fuese usted tan inglés. —Y al ver que me echaba a reír, añadió—: ¿Lo es?

—Siempre. Ahorra muchos problemas.

—Eso es lo que me parece tan significativo de los ingleses. —Creo que quien dijo

eso era la madre de Alice, metiendo el codo entre las almendras saladas—. Comprendo cómo se siente, señora Burton, pero una mujer norteña, como yo, que soy de Buffalo… aunque venimos aquí todos los años… percibe el deseo de comodidad que se respira en Inglaterra. En la sociedad británica hay poquísimos conflictos o exaltaciones.

—Nos gusta sentirnos cómodos —dije.

—Lo sé. Es muy característico. Pero ¿no le parece un poco, sólo un poco, falto de flexibilidad y de imaginación?

—No tienen ninguna necesidad de flexibilidad —dijo señora Burton—. No tienen que adaptarse a ningún modelo como los de Ellis Island[18].

—Pero nosotros sabemos asimilar —contraatacó la mujer de Buffalo.

—¡Buena la ha hecho! —le susurré a la anciana, mientras la bendita palabra «asimilación» despertaba todos los argumentos posibles en pro y en contra.

No me aburrí ni un momento en esa cena, ni tampoco cuando los jóvenes interpretaron al piano melodías *rag-time* de su tierra, al tiempo que los mayores, con un interés insaciable, retomaban la discusión sobre el futuro del país, hasta que alguien propuso una partida de *rummy*. Cuando todo el mundo se hubo sentado a las mesas, Zigler me llevó a su estudio forrado de libros, donde vi que guardaba sus palos de golf, y habló con la sencillez de un niño y la gravedad de un obispo acerca de los años transcurridos desde nuestro último encuentro…

—Creo que eso es casi todo… hasta la fecha —dijo tras desplegar el brillante mapa de su fortuna en tres continentes—. Me gusta ser rico. Y también me gusta tu país, señor. ¿Mi país? Ya has oído a ese hombre de Detroit durante la cena. «Un gobierno de extranjeros, hecho por los extranjeros para los extranjeros». Madre tiene razón. Lincoln nos mató. Por los más nobles motivos, pero nos mató. Ah, eso me recuerda algo. ¿Alguna vez has matado a un hombre por los más nobles motivos?

—Por ningún motivo… que recuerde.

—Pues yo sí. No me remuerde la conciencia, pero fue interesante. La vida es interesante para un hombre rico… para cualquier hombre en Inglaterra. Sí. La vida en Inglaterra es como sentarse en primera fila de un teatro sin saber cuándo va a desbordarse sobre uno el drama del escenario. Eso no lo he sabido siempre. Ahora, cuando me acuesto, me sonrojo al pensar en algunas de las cosas que hice en Sudáfrica. En cuanto a los británicos, no me refiero a vuestro método oficial de hacer negocios, sino al espíritu. Yo estaba muy, muy lejos de ese espíritu. ¿Conoces algún otro país en el que sea necesario matar a un par de hombres para captar el espíritu nacional?

—Bueno —dije—, creo que después de casarse con una de sus mujeres, matar a uno de sus hombres es la mejor manera de intimar con cualquier país. Deduzco que mataste a un ciudadano británico.

—Claro que no. Nuestro sindicato limitó sus operaciones a los extranjeros… unos extranjeros rematadamente idiotas… ¿Conoces a un lord inglés llamado Lundie?

Suena a anuncio de jabón y comida envasada. Creo que fue miembro de vuestro Tribunal Supremo antes de ser nombrado lord.

—Es un jurista, lo que llamamos un juez lord; un juez de apelación, no un lord por herencia.

—¡Eso es tan inconcebible para mí como «esto»! —dijo Zigler, dando un manotazo a un grueso volumen de Debrett que había sobre la mesa—. Aunque supongo que las decisiones de ese juez lord sin ascendencia real son más o menos reales. Tuve ocasión de comprobarlo. Y, una pregunta más. ¿Conoces a un hombre llamado Walen?

—¿Te refieres a Burton-Walen, el editor de…? —mencioné el nombre del periódico.

—El mismo. Tiene pinta de duro, habla como una ametralladora y se codea con reyes.

—Así es —asentí—. Burton-Walen conoce íntimamente a todos los monarcas europeos. Es su pasatiempo.

—Pues ya conoces a todo el grupo… además de lord Marshalton, Mankeltow de nacimiento, y yo. Todos asesinos activos, especialmente el juez lord, o encubridores de los hechos. ¿Y qué te cae por eso en este país?

—Veinte años, creo —fue mi respuesta.

Zigler reflexionó un momento.

—No —dijo, haciendo a continuación un aro de humo. Veinte meses en El Cabo es mi límite. Digamos que el asesinato no es ese suceso desgarrador que nos presentan en las revistas los falsificadores de la verdad. Se desarrolla de manera natural, como cualquier otra propuesta… ¿Has jugado alguna vez a eso del golf? En Estados Unidos se ha extendido por todas partes, desde Maine hasta California, y estamos produciendo a todos los campeones del momento. No es un deporte para hombres de negocios, pero es interesante. Tengo un campo de golf en el jardín que según dicen es el mejor del interior. Tuve que pagar una cantidad adicional por él cuando alquilé la finca, el año pasado. Nuestro asesinato ocurrió justo antes de que firmara el contrato. Lord Marshalton me pidió que viniera a pasar el fin de semana para resolver un asunto… algo relacionado con Peters y la ropa de hogar, creo. La señora Zigler cazó la ocasión al vuelo. Se entendió bien con Peters desde el primer momento. No había exactamente una fiesta en la finca; éramos sólo quince o veinte personas. Tommy dice que caben treinta y dos en la casa. Creo que esta noche debemos de andar cerca. Y aquí, en esta sala de fumadores, lord Marshalton, es decir Mankeltow, me presentó a ese entrometido de Walen. También había participado en la guerra, de principio a fin. Conocía todas las columnas y a todos los generales contra los que yo había combatido en los días de mi Zigler. Nos echamos el uno en brazos del otro, por así decir, y nos olvidamos del mundo cruel por algún tiempo.

»Walen me presentó a tu lord Lundie. Fue una novedad para mí. Habría sido un ganadero perfecto si no fuera jurista. Creo que jugamos unas partidas de poker. Otra

de mis evasiones. ¡Sí! Me salió por mil cien dólares además de las protestas de Tommy cuando me retiré. No tengo reparos en relacionarme con tu aristocracia, ni con tu judicatura, ni con tu prensa.

»El domingo fuimos todos a la iglesia del jardín… ¡Bah! ¡Supongo que recuerdas cuál es mi religión! Me hice episcopaliano cuando me casé. Si. Después de comer, Walen nos estuvo hablando de esos atrofiados monarcas europeos. Era un entendido en reyes. Y en crisis continentales. No es que yo siga de cerca la política británica, pero un hombre que está en el negocio de la aviación debe conocer las posibilidades internacionales. En este momento los británicos estáis centrados en quimonos o en barriles de dinamita. La conversación con Walen me alertó sobre la localización y el tamaño de algunos barriles. ¡Sí!

»Después salimos los cuatro a ver el campo de golf que yo iba a alquilar. Llevábamos un palo cada uno. El mío —echó un vistazo a una gran bolsa marrón que había junto a la chimenea— era un palo de principiante. La verdad es que este asunto del golf me atrapó tan deprisa como… como la muerte. Tuvieron que sacarme del *green* cuando ya casi no se veía, y volvimos a casa. Yo iba en cabeza con lord Marshalton, hablando de golf, como hacen los principiantes. (Era yo a quien le hubiera correspondido morir). Atajamos campo a través hacia el Templo de Flora, ese lugar que te enseñé esta tarde. Lundie y Walen iban a unas veinte o treinta varas[19] por detrás de nosotros, en la oscuridad. Marshalton y yo nos detuvimos en el teatro para admirar esos tejos ancestrales. Me llevó hasta el más grande de todos (el tejo de un rey que no recuerdo) y mientras yo calculaba su tamaño con mi pañuelo, me dijo: “¡Mira!”, como si fuera un conejo; y de pronto veo un biplano que aterriza en el teatro, silencioso como un muerto. Mi silenciador Rush es el único en el mercado capaz de realizar esa labor de espionaje… ¿Qué? Un biplano, ocupado por dos hombres. Saltaron del avión y se pusieron a examinar los motores. Yo empecé a decirle a Mankeltow, ya no me acuerdo de llamarle Marshalton, que la Real Fuerza Aérea británica al parecer había adoptado finalmente mi silenciador Rush; pero él salió de debajo del tejo para dirigirse a los furtivos y dijo: “¿Tienen algún problema? ¿Puedo ayudarles en algo?”. Pensó, como yo, que debían de ser dos muchachos de Aldershot o de Salisbury. Y a partir de ese momento, la situación se desarrolló como una película en el infierno. El que estaba más cerca del avión giró en redondo, sacó un arma y disparó a Mankeltow en la cabeza. Yo lo abatí automáticamente con mi palo de golf. Cualquiera que disparar a un amigo mío recibirá su merecido si estoy cerca. Cayó al suelo. Mankeltow se frotó el cuello con un pañuelo. El otro echó a correr. Lundie, o tal vez fuera Walen, apareció por el sendero gritando:

»—¿Qué ha pasado?

»—Coged a ese hombre —dijo Mankeltow.

»El segundo empezó a correr alrededor del avión, y una mano lo agarró por la espalda. Mankeltow le cerró el paso, y el otro intentó huir a ciegas por donde venían Walen y Lundie, corriendo por el sendero. Nos pareció que forcejeaban, aunque

estaba demasiado oscuro para poder verlo, y oímos un golpe seco. Walen dijo: “¡Lo tenemos!”.

»Y Lundie respondió:

»—¡Eso es lo único que no aprendí en Harrow!

»Mankeltow corrió hacia ellos, sin dejar de frotarse el cuello y dijo:

»—Ése no es el que me ha disparado. Ha sido el otro. ¿Dónde está?

»—Lo he tumbado junto a la máquina —dije.

»—¿Son furtivos? —preguntó Lundie.

»—No. Aviadores. No lo entiendo —dijo Mankeltow.

»—Un momento —dijo Walen, con cierta brusquedad—. Éste hombre no respira. ¿No oíste una especie de chasquido cuando lo agarramos, Lundie?

»—¡Dios mío! —exclamó Lundie—. Creí que eran mis tirantes —lo cierto es que dijo mis “suspensores”.

»Los dejé allí y volví de puntillas junto al otro, con la esperanza de que hubiera revivido y se hubiera largado. Pero no fue así. El maldito palo le había alcanzado justo en la base del cráneo, por debajo del casco. Recibió su merecido. Lo supe por cómo rodó su cabeza entre mis manos. Los otros subían por el sendero con su carga. El ruido que hacían al arrastrarlo sobre la hierba era inconfundible. ¿Te acuerdas… en Sudáfrica? Sí.

»—¡Pfff! —dijo Lundie—. ¿Os dais cuenta de que le he roto el cuello?

»—Yo también —dije.

»—¿Cómo? ¿Los dos? —dijo Mankeltow.

»—¡No es posible! —dijo lord Lundie—. ¿Quién iba a imaginarse que estaba en tan mala forma? Un hombre que no está en forma no debería volar.

»—¿Qué hacían aquí? —preguntó Walen.

»Y Mankeltow dijo:

»—No podemos dejarlos a descubierto. Alguien podría verlos. Llevémoslos al Templo de Flora.

»Cargamos con ellos y los dejamos sobre un banco de piedra. Estaban muertos, pese a todas nuestras atenciones. Lo sabíamos, pero continuamos con los procedimientos hasta que oscureció por completo.

»—Me pregunto si todos los asesinos harán lo mismo.

»—Necesitamos una luz —dijo Walen, tras un silencio general—. Seguramente hay una en el avión. ¿Por qué no la encenderían?

»Salimos del Templo de Flora y cerramos las puertas. Empezaban a brillar algunas estrellas, como cuando Caín cometió su fechoría, supongo. Subí a registrar el avión. Estaba muy bien equipado. Encontré dos antorchas eléctricas sujetas a lo largo de los barómetros, junto al asiento trasero.

»—¿Qué clase de máquina es? —preguntó Mankeltow.

»—Una Renzalaer Continental —dije—. Lleva mis motores y mi silenciador Rush.

» Walen lanzó un silbido y dijo:

»—Déjame ver —y cogió la otra antorcha.

»Estaba perfectamente equipado. Reunimos un buen montón de cámaras, mapas, cuadernos y un álbum de fotos; lo trasladamos todo al Templo de Flora y lo extendimos sobre una mesa de mármol (ya te la enseñaré mañana) que el rey de Nápoles le regaló al abuelo Marshalton. Walen empezó a inspeccionarlo todo. Queríamos saber por qué nuestros amigos tenían tantos prejuicios contra nosotros.

»—Un momento —dijo lord Lundie—. Prestadme un pañuelo.

»Sacó el suyo; Walen le pasó su pañuelo verde y rojo, y Lundie les cubrió el rostro. Luego dijo:

»—Ahora podemos examinar las pruebas.

»No había ni un solo fallo en las pruebas. Walen leyó las últimas observaciones de los pilotos, Mankeltow hizo algunas preguntas y lord Lundie ofreció una especie de resumen, mientras yo ojeaba el álbum de fotos.

»—¿Habéis visto alguna vez una crónica fotográfica de Inglaterra a vista de pájaro realizada con fines militares? Es interesante, pero indecente, como poner a un hombre boca abajo. Sin mi silenciador no habría sido posible tomar ninguna de esas panorámicas de los fuertes a corta distancia —dije.

»—Ojalá fuéramos tan concienzudos como ellos —dijo Mankeltow, cuando Walen dejó de traducir.

»—Hemos sido bastante concienzudos —dijo lord Lundie—. Las pruebas contra ambos son concluyentes. En cualquier otro país los encerrarían siete años en una fortaleza. Nosotros probablemente los condenaríamos a dieciocho meses por un delito menor. Pero su causa no está en nuestras manos. Debemos ocuparnos de la nuestra. Señor Zigler —dijo—, ¿quiere decirnos cómo provocó la muerte del primer acusado?

»Se lo expliqué. Quería saber sobre todo si golpeé al primer acusado antes o después de que éste disparase a Mankeltow. Mankeltow testificó que le había disparado, y mostró su cuello como prueba. Lo tenía chamuscado.

»—Ahora, señor Walen —continuó lord Lundie—. ¿Tiene la bondad de decirnos qué hizo usted con el segundo acusado?

»—Se me echó encima, milord —dijo Walen—. Yo le dije: “No hagas eso”. Y le di un golpe en la cara.

»Lord Lundie levantó una mano y descubrió el rostro del segundo acusado. Tenía una herida en una mejilla y la barbilla manchada de verde por la hierba. Era un hombre muy corpulento.

»—¿Qué ocurrió después? —preguntó lord Lundie.

»—Lo que recuerdo es que se apartó de mí para atacar a su Señoría.

»Y Lundie continuó:

»—Yo me agaché y lo sujeté por los tobillos. Lo pillé desprevenido y cayó parcialmente sobre mi hombro izquierdo. Me lo sacudí de encima, sin soltarle los tobillos, y cayó al suelo con fuerza, al parecer sobre la barbilla; la muerte fue

instantánea.

»—La muerte fue instantánea —repitió Walen.

»Lord Lundie se quitó la toga y la peluca (resultó evidente cómo lo hizo) para convertirse en cómplice de nuestro asesinato. Y dijo:

»—Ésa es nuestra causa. Sé cómo debería dirigirme a un jurado, pero me parece indigno de un juez de apelación manipularlo, y creo que algunos de mis doctos hermanos se mostrarían predispuestos a la burla.

»Supongo que no tengo la debida sensibilidad. Quien pudiera sacarme del aprieto, por mí podía reírse a sus anchas por espacio de varias generaciones. Pero yo sólo soy un millonario. Propuse que registráramos al segundo acusado para ver si llevaba armas ocultas.

»—Me parece una buena idea —dijo lord Lundie—. Aunque lo importante para el jurado sería si yo he ejercido más fuerza de la necesaria para evitar que las usara.

»Guardé silencio, porque no hablábamos el mismo idioma. El segundo acusado llevaba un arma, como es natural, pero encajada en el bolsillo de la cadera. Estaba demasiado gordo para sacarla sin dificultad y tampoco parecía un pistolero. Los dos llevaban encima un montón de cartas personales. Cuando Walen terminó de traducirlas supimos cuántos hijos tenía el gordo en casa y cuándo pensaba casarse el flaco. ¡Tremendo! Sí.

»Y mientras les abotonaba las chaquetas (no iban de uniforme), Walen me dijo:

»—¿Has leído un libro titulado *The Wreckers*[20]?

»—No que recuerde en este momento —dije.

»—Pues léelo —dijo—. Te gustará. Te aseguro que ahora te gustará.

»—Lo tendré en cuenta —dije—. En todo caso, no veo de qué manera va a ayudarnos todo este jaleo. Tenemos dos cadáveres, su avión está aquí y en algún momento se hará de día.

»—¡Cielos! —exclamó Lundie—. Eso me recuerda algo. ¿A qué hora se cena?

»—A las ocho y media —dijo Mankeltow—. Son las cinco y media. Dejamos de jugar al golf a las cinco menos veinte, y si no hubieran sido tan imbéciles para disparar como civiles los habríamos invitado a cenar. Ahora mismo podrían estar sentados con nosotros en el estudio —dicho lo cual añadió que ningún hombre tenía derecho a tomarse su profesión tan en serio como aquellos dos embaucadores.

»—¡Qué interesante! —señaló Lundie—. He observado la misma actitud de impaciencia hacia las víctimas en bastantes asesinos. Hasta este momento no la había comprendido. Lo que les fastidia es la necesidad de deshacerse del cadáver.

De todos modos, me pregunto quién se ocupará de nuestro caso. Repasémoslo de nuevo.

»Walen se volvió rápidamente. Llevaba un rato mordiéndose las uñas en un rincón. Para entonces estábamos todos bastante nerviosos. ¿Yo? El que más. Debía pensar también en Tommy.

»—No pueden juzgarnos —dijo Walen—. ¡No deben juzgarnos! Se armaría un

gran escándalo internacional. ¿Qué os dije en el estudio después de comer? Estamos en un momento de máxima tensión. Esto sería el detonante. ¿Os dais cuenta?

»—Yo pensaba en los aspectos legales del caso —explicó Lundie—. Con un buen jurado es muy posible que quedáramos absueltos.

»—¡Absueltos! —exclamó Walen—. ¿Quién se atrevería a absolvernos ante la exigencias de… la otra parte? ¿Has oído hablar de la guerra de Jenkins? ¿De Mason y Slidell? ¿Sabes lo que es un ultimátum? Sabes quiénes son esos dos idiotas, y sabes quiénes somos nosotros: un juez lord, un vizconde inglés y yo… yo que sé todo lo que sé, ¡y los hombres que lo saben todo perfectamente saben que lo sé! Es nuestro pellejo o el Armagedón. ¿Qué crees que elegiría este gobierno? ¡No pueden juzgarnos! —dijo.

»—En ese caso supongo que tendré que presentar la dimisión en mi club —continuó Lundie—. Creo que ningún miembro *ex-officio* lo ha hecho con anterioridad. Tendré que consultar con el secretario. —Imagino que en ese momento se sintió atrapado, o quizá le salió el lord que llevaba dentro.

»—¡Tonterías! —dijo Mankeltow—. Walen está en lo cierto. No podemos permitir que nos juzguen. Tendremos que enterrarlos; lo malo es que mi jardinero guarda con llave todas las herramientas a las cinco.

»—¡Ni se te ocurra! —le advirtió Lundie. Volvía a ocupar el tribunal, como jurista de alto rango—. Esté o no esté en lo cierto, si intentamos ocultar los cuerpos estamos perdidos.

»—Me alegra oír eso —dijo Mankeltow—, porque enterrarlos no es jugar limpio.

»Por alguna razón, claro que yo no soy inglés, esta consideración no me preocupaba tanto como debiera. Además, intentaba pensar, pues no tenía más remedio, y empecé a ver una luz… una pequeña y brillante luz de salvación.

»—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Walen—. ¿Tú qué propones Zigler? Tu pellejo también está en juego.

»—Caballeros —dije—, algo que lord Lundie acaba de decir me ha dado una idea. Propongo que este comité autorice al gran Claus y al pequeño Claus, que han decidido suicidarse entre nosotros, a salir de esta finca tal como llegaron. Lo que sugiero entraña grandes riesgos, pero no tenemos otra opción —y me acerqué al avión.

»¡No me digas que los ingleses no son capaces de pensar con la misma rapidez que cualquiera cuando están en un aprieto! Sacaron los cadáveres del Templo de Flora, con decoro, pero sin pérdida de tiempo, mientras yo buscaba la razón por la que el avión había descendido. Un cilindro no quemaba bien. No me detuve a repararlo. Mi Renzalaer puede volar con seis. Y lo demostramos. Si los pilotos hubieran confiado en mis garantías, en ese momento habrían estado ya a medio camino de casa, en lugar de sentados en sus asientos con las cabezas colgando, como si estuvieran avergonzados. ¡Más vergüenza debería darles jugar a pistoleros en el jardín de un aristócrata inglés! Corrí grandes riesgos poniendo en marcha el avión sin

controles, pero era una noche muy tranquila y no hay obstáculos en el terreno que cruza el teatro y se adentra en el parque, como has visto; rogué que la máquina se elevara antes de chocar contra las ramas de los árboles. La forcé todo lo que me atreví para un despegue rápido. Le advertí a Mankeltow que si aceleraba demasiado el morro podía levantarse y caer. Mankeltow no quería otra investigación judicial en su finca. ¡No, señor! De manera que tuve que levantar el avión en la oscuridad. ¡Sí!

»Y corrí también grandes riesgos al poner el motor a plena potencia, mientras los otros tres sujetaban el avión. Mi Renzalaer no es un ventilador. Conseguí saltar justo a tiempo. Enganché la luz de señalización en la cola, para que pudiéramos seguirle el rastro. De lo contrario, puesto que llevaba mi silenciador Rush, podríamos haber espantado a alguna lechuza en un granero. Así se alejó cuando lo soltamos. Sólo se oía el ruido de las hélices: ¡uuuuuuuu! ¡uuuuuuuu! Un poco más adelante había una zanja en el terreno. La luz se ocultó un segundo, aunque en la vida real el tiempo no existe. Luego vimos que la lámpara se movía ladera arriba, muy despacio, demasiado despacio. Después nos pareció que se levantaba un poco. Y a continuación no cupo duda de que se estaba levantando. Se elevó sin problemas. ¿Sabe por qué? Porque debajo sudaban nuestras cuatro almas desnudas, empujándola hacia los cielos. ¡Sí, señor! ¡Lo logramos!… Y la lámpara siguió elevándose más y más. ¡De pronto se inclinó lateralmente! ¡Dios mío! ¡Se inclinó lateralmente dos veces, que era lo que yo me estaba temiendo todo el tiempo! Luego se enderezó y se alejó remontando hacia la gloría, pues te aseguro que esa bendita estrella de nuestra esperanza fue empequeñeciéndose hasta que le perdimos el rastro. Y entonces respiramos. No habíamos respirado desde su llegada, pero no lo supimos hasta ese momento, cuando respiramos todos a la vez. Nos limpiamos las uñas a conciencia y volvimos a la casa sanos y salvos.

»Lundie fue el primero en hablar, y dijo:

»—Así encomendamos sus cuerpos al aire. —Y se puso la gorra.

»—Al inmenso… inmenso —dijo Walen—. Estamos a sólo treinta kilómetros del canal de la Mancha.

»—¡Pobres hombres! ¡Pobres hombres! —dijo Mankeltow—. Podríamos haberles invitado a cenar si no hubieran perdido la cabeza. No te imaginas cuánto me apena esto, Laughton.

»—Míralo de este modo, Arthur —le dije—. Sólo por la clemencia de Dios tú y yo no estamos ahora muertos en el Templo de Flora, y si ese hombre gordo hubiera podido sacar el arma cuando intentaba huir, lord Lundie y Walen habrían corrido la misma suerte que nosotros.

»—Lo sé, pero nosotros estamos vivos y ellos están muertos. ¿No lo entiendes?

»—Lo entiendo —dije—. En ese punto es donde los muertos son siempre terriblemente injustos con los que sobreviven.

»—Eso también lo sé —respondió—. Pero habría dado cualquier cosa porque no hubiera ocurrido, ¡pobres hombres!

»—Amén —dijo Lundie.

»¿Y después? Bueno, volvimos andando al Templo de Flora y encendimos cerillas para comprobar si nos habíamos dejado algo allí. Walen había confiscado los cuadernos antes de que los sacáramos. Encontramos la pistola del primer hombre, que olvidamos devolverle cuando lo tendimos en el banco de piedra. Mankeltow la cogió ni siquiera rozó el gatillo, y como era una automática el maldito chisme se disparó, ¡como una malvada serpiente de cascabel!

»—¡Vaya! Al final terminarán matándonos a alguno —dijo Walen en la oscuridad.

»Pero no lo lograron, porque el señor no había dejado de ser nuestro pastor; oímos el zumbido de la bala en el *veldt*, como en los viejos tiempos. ¡Sí!

»—¡Canalla! —dijo Mankeltow.

»Y a partir de entonces no volvió a decir "¡Pobre hombre!". ¿Yo? En ningún momento me preocupé de haber manido a ese hombre. Estaba demasiado ocupado imaginando cómo interpretaría el suceso un jurado británico. Creo que a Lundie le ocurría lo mismo.

»Luego tuvimos una cena interesante. Esperábamos a unas personas que se quedaron en la carretera al estropearse su coche. No pudieron avisar por cable, y Peters ya había puesto dos cubiertos más. Reparamos en ellos en cuanto nos sentamos. Lamento decir que resultaban muy llamativos. Mankeltow, que tenía el cuello vendado (se había puesto un informal pañuelo de golf) llamó a Peters y le dijo que retirase los dos servicios… *por favor*. Peters no se altera fácilmente, pero en esa ocasión se alteró. Nadie más se dio cuenta. Y ahora…

—¿Dónde cayeron? —pregunté, mientras Zigler se ponía en pie.

—En el canal de la Mancha, supongo. Los periódicos no dijeron nada. ¿Vamos al salón a ver qué hacen los chicos? Pero, dime una cosa, ¿verdad que la vida en Inglaterra es muy interesante?

RÉGULO

El general romano Régulo derrotó a los cartagineses en 256 a. C., pero fue vencido y apresado por ellos un año más tarde, y enviado a Roma con una embajada para solicitar la paz o un intercambio de prisioneros. Tras aconsejar firmemente al Senado romano que no realizara ningún pacto con el enemigo, Régulo regresó a Cartago para ser ejecutado.

Fueron varias las ocasiones en que la Oda Quinta salió a relucir en la vida escolar, en todos los rincones del colegio Horacio. Los examinadores militares concedían por aquel entonces miles de puntos a quienes sabían latín, y la detestada labor del profesor King consistía en derrotarlos.

Oigámoslo una cruda mañana de noviembre, en la segunda hora de clase.

—¡Ajá! —dijo, frotándose las manos—. *Cras ingens iterabimus aequor*. Hoy nos ocuparemos de la Oda Quinta del Libro Tercero, que habla de un caballero llamado Régulo. ¿Cuántas veces la hemos estudiado?

—Dos, señor —dijo Malpass, el delegado de la clase.

El señor King dio un respingo y dijo:

—Sí, dos, literalmente. Hoy, pensando en vuestros exámenes *viva voce*, ¡uf!, os pediré una versión más libre y florida. Con sentimiento y comprensión, a ser posible. Eximiré —barrió con la mirada las últimas filas— a nuestro amigo y compañero Beetle, a quien como siempre le pido una traducción absolutamente literal.

La clase entera rió servilmente.

—¡Le ahorraremos sonrojos! Beetle, sea el primero en deleitarnos.

Beetle se puso en pie, confiado al hallarse en posesión de un buen aval, el análisis sintáctico de M'Turk, que ese día estaba resfriado y se encontraba en la enfermería. Beetle era pese a todo un alumno demasiado mediocre para mostrar su confianza.

—*Creddidimus*, nosotros… creemos… nosotros hemos creído —empezó a decir despacio y en tono vacilante—, *tonantem Jovem*, que el vehemente Júpiter… *regnare*, reina… *caelo*… en el cielo. *Augustus habebitur*, tendremos o consideraremos a Augusto, *praesens divus*, como un dios actual, *adjectis Britannis*, por haber sumado a los bretones… *Imperio*, al Imperio… *gravisbusque Persis*, junto a los duros… eh… temibles persas.

—¿Qué?

—Los peligrosos o temibles persas —dijo Beetle, con el aire de quien se dice «Gracias a Dios que he cumplido mi tarea», como Nelson en el puente de mando.

—Soy consciente de que la primera estrofa está más o menos a su alcance, pero continúe, jovencito, continúe. *Gravibus*, por cierto, suele traducirse como «belicoso».

Beetle exhaló, con el corazón en un puño. La segunda estrofa (que enlaza con la tercera) de esta Oda es lo que técnicamente se conoce como «endiablada». Pero M'Turk la había resuelto espléndidamente.

—*Milesne Crassi…* los soldados de Craso… *vixit,* vivieron… *turpis maritus…* en deshonrosa unión…

—Ha alargado en exceso la cantidad silábica a partir de *turpis* —dijo King—. A ver qué hace ahora.

Beetle volvió a arriesgarse y dio milagrosamente con la cantidad correcta:

—Eh… en deshonrosa unión… *conjuge barbara*, con sus esposas bárbaras.

—¿Por qué elige un equivalente tan enojoso entre todas las palabras del diccionario? —le espetó King—. ¿Acaso «mujer» no te parece suficiente?

—Sí, señor. Pero ¿qué hago con este paréntesis? ¿Debo traducirlo ahora?

—Limítese por el momento a los soldados de Craso.

—Sí, señor. *Et,* y… *consenuit,* envejecieron… *in armis, e* n eh… en brazos… *hostium socerorum*, de los enemigos de sus suegros.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué?

—Al servicio de sus enemigos y suegros, señor.

—Gracias. Por cierto, ¿qué otro significado podría dar a in *armis*?

—Armas… armas de guerra, señor. —Había en la voz de Beetle una nota virginal, como si le hubieran acusado falsamente de alguna indecencia impronunciable—. ¿Traduzco ahora el paréntesis, señor?

—Ya que tanto le preocupa…

—*Pro Curia*, ¡ay nuestro Senado…! *inversique mores,* y nuestras costumbres alteradas… trastornadas.

—Tanto como su traducción. ¿Y qué pasa entretanto con los soldados de Craso?

—*Sub rege Medo,* bajo un rey medo… *Marsus et Apulus*, marso y apulio[21].

—¿Quién? ¿El rey medo?

—No, señor. Los soldados de Craso. *O-bli-ttus* concuerda con *milesne Crassi,* señor —se atrevió a decir Beetle con demasiada precipitación.

—¿De veras? Pues conmigo no concuerda.

—*O-bli-ttus* —corrigió apresuradamente Beetle—, olvidaron… *anciliorum,* sus escudos o trofeos… *et nominis*, y su nombre… *et togae*, y la toga… *et eternaeque Vestae*, y a las Vestales eternas… *incolumi Jove,* a salvo Júpiter… *et urbe Roma*, y la ciudad romana. —Y con un fervor a duras penas contenido, añadió—: ¿Continúo, señor?

—No, gracias —dijo el señor King con un gesto de dolor—. ¡Nos ha ofrecido una excelente traducción! ¿Puedo preguntar si tiene algún sentido en su supuesto cerebro?

—Yo creo que sí, señor —dijo, con delicadeza y respeto a Horacio y a todas sus obras.

—Lo envidiamos. Siéntese.

Beetle se sentó, muy aliviado, sabiendo que más adelante se alzaba un arrecife de

ignotos genitivos en el que habría naufragado inexorablemente, aun cuando contara en su navegación con las indicaciones de M'Turk.

Rattray, a quien se le encomendó esta tarea, supo sortearlos con destreza y arribó a puerto ileso.

—Esta parte requiere dramatismo —dijo King—. Es Régulo quien habla ahora. ¿Quién quiere representar al prudente Régulo? ¿Tendría usted la bondad, Winton?

Cuando Winton, un alumno alto, fuerte y rubio perteneciente a la Casa de King, que estaba a punto de incorporarse al grupo de los Quince Primeros, con el aspecto grave de un caballo viejo, se puso en pie y anunció, entre otras cosas, que había visto «carteles pegados a los diluvios púnicos», la mitad de la clase estalló en carcajadas y la otra mitad se sumó al alboroto por el mero hecho de tener un motivo para reírse.

El señor King abrió y cerró los ojos con asombrosa velocidad.

—*Signa adfixa delubris* —dijo con voz apenas audible—. ¿Quiere decir que *delubris* significa «diluvios»? Dígame, Winton, ¿en algún momento de nuestra relación lo he tomado yo por un bufón?

—No, señor —dijo Winton, rígido y anguloso, mientras sus compañeros se retorcían a su alrededor.

—Y sin embargo afirma usted que *delubris* significa «diluvios». No sé si soy o no el blanco adecuado para una broma como ésta, es cuestión de opinión, pero… usted es un alumno aplicado, Winton. ¿Podemos suponer entonces que ha consultado el significado de *delubris*?

—No, señor. —Winton tenía el privilegio de decir esa verdad tan peligrosa para todos cuantos se enfrentaban a King.

—¿Lo ha dicho al azar?

Hasta la última línea de su cuerpo demostraba que Winton jamás hacía nada por el estilo. A decir verdad, el mero hecho de que «Pater» Winton (y a un muchacho sus compañeros no lo llaman «Pater» por su frivolidad) hubiera podido hacer algo al azar era difícilmente concebible. No obstante, Winton respondió «Sí», sin parar de mover el talón derecho como si estuviera a punto de lanzar la pelota al bateador.

Aunque nadie podía jactarse de ser el alumno predilecto de King, el taciturno y áspero Winton ocupaba una elevada posición en la estima del profesor, que además era el director de su Casa en el colegio. Esto no le ahorraba a Winton ni castigos ni reprimendas, pese a lo cual se tenían cierta simpatía mutua.

—¡Hum! —dijo King con sequedad—. Estaba a punto de decir *Flagitio additis damnum*[22], pero creo… creo que entiendo el proceso. Beetle, la traducción de *delubris*, por favor.

Beetle levantó la cabeza del hombro tembloroso sólo lo justo para responder:

—Ruinas, señor.

Se produjo un silencio admirado mientras King llevaba la cuenta de los delitos con los dedos. Acto seguido, le dirigió al sufrido Beetle estas altisonantes palabras:

—Adivinando —dijo—. Siempre adivinando, Beetle, a partir de la aparente

similitud de *delubris* con *diluvium* o diluvio, y le ha comunicado usted el resultado de sus desacertadas elucubraciones a Winton, que parece estar tan perdido como para aceptarlo. Y tras observar la caída de su compañero desde la supuesta seguridad de su innoble posición en la retaguardia, lanza usted otro disparo al azar. Del turbio caos de su cabeza ha surgido algún recuerdo de la palabra «dilapidaciones» y ha intentado camuflarla patéticamente bajo el sinónimo de «ruinas».

Puesto que eso era exactamente lo que había ocurrido, Beetle se mostró herido, aunque comprensivo.

—Nos ocuparemos de esto más adelante —dijo King—. Continúe, Winton, y vuelva en sí.

Resultó que *delubris* era la única palabra que Winton no había consultado, y se la preguntó a Beetle mientras ocupaban sus puestos. Winton avanzó luego sin dificultad. Sólo cuando tradujo *scilicet* como «en verdad» desató la cólera de King:

—Régulo —dijo el profesor— no era un escritor de éxito para la prensa barata, y mucho menos lo era Horacio. Lo que dice Régulo es: «El soldado rescatado con oro mostrará más entusiasmo en el combate… ¡pardiez!». Ése es el significado de *scilicet*. Denota desprecio… un profundo desprecio. «En verdad». ¡En verdad! A este paso terminará usted diciendo cosas como «bellezas pecosas» o «se ha filtrado la noticia». Howell, ¿qué opina de ese doble «Vidi ego… ego vidi»? No está ahí para completar la medida del verso, como bien sabe.

—¿No tiene una función intensiva, señor? —dijo Howell, aquejado de un autentico interés por lo que leía—. Régulo deseaba sinceramente que Roma no hiciera ningún pacto con Cartago, y quería que los romanos lo comprendieran, ¿no es así, señor?

—No alcanza la elegancia habitual en usted, pero es exacto. Régulo era auténtico. Al mismo tiempo sabía que se estaba degollando con cada palabra que pronunciaba. Sabía que Cartago (esto no van a preguntárselo los examinadores, de manera que no es necesario que tomen notas) era un lugar dejado de la mano de Dios, una especie de Manchester poblado por negros. Régulo no pensaba en su propia vida. Contaba la verdad a Roma. Actuaba por el bien de los suyos. Esos versos, del dieciocho al cuarenta, deberían haberse escrito cuánta fuerza, cuántas vísceras hay en los versos que acaba usted de destrozar de un modo tan atroz en nuestra presencia. Pero… —cambió de tono—, me esforzaré en la medida de mis posibilidades porque comprenda usted, Vernon, que existen en latín unas insignificantes reglas gramaticales, sintácticas y aun de declinación que no se inventaron para su inculto entretenimiento… para su divertimiento boeciano. Por lo tanto, Vernon, mañana me traerá usted una traducción literal de la Oda, junto con una lista completa de todos los adjetivos… y un adjetivo no es un verbo, Vernon, como podrá decirle cualquier alumno de tercero de primaria; de todos los adjetivos con su número, caso y género. Y eso no es ni siquiera una ínfima parte de lo que se merece.

—Yo… lo siento mucho, señor —tartamudeó Vernon.

—Confunde usted los síntomas, Vernon. Comprendo que se sienta molesto por el castigo, pero «sentir» requiere algo parecido a un cerebro, a un intelecto. Y sólo por su traducción de *probrosis* se sitúa usted en una categoría inferior a la de las bestias del campo. ¿Quiere alguien quitarnos el mal sabor de boca? Y… hablando de sabores… —tosió—. Aquí huele inconfundiblemente a gas de cloro. Enarcó una ceja, aunque sabía perfectamente lo que significaba.

—Es la clase de ciencias del señor Hartopp… en la puerta de al lado —dijo Malpass.

—Ah, sí. Lo había olvidado. Nuestra nueva vertiente moderna, recientemente establecida. Perowne, abra las ventanas; y Winton, continúe a partir de *interque maerentes*.

—Y rodeado por sus afligidos amigos, fue apresuradamente enviado a un ilustre destierro. Aunque en realidad lo he sacado de Conington, señor —añadió Winton sin pausa.

—Soy consciente. Por regla general el profesor sabe cuándo un asno ha copiado, aunque a usted lo absuelvo de esa intención. ¿Alguna sugerencia para *egregius exul*? ¿Sólo egregio exilio? Me temo que «egregio» es una buena palabra echada a perder. ¡No! En este caso no puede usted mejorar a Conington. Siga con *atqui sciebat quae sibi barbarus tortor par aret*. Toda la fuerza del verso reside en *atqui*.

—Aunque sabía —propuso Winton.

—Creo que es más intenso —dijo King.

—Pues bien sabía —sugirió Malpass.

—Sí. «Por más que bien supiera». No me gustan los «malabarismos» de Conington. Son anticuados.

—Por más que bien supiera lo que el salvaje torturador le estaba preparando —dijo Winton.

—Sí. Le tenía reservado.

—Y sin embargo apartó a su familia y al pueblo que impedía su regreso.

—Sí; pero entonces, ¿cómo traduces *obstantes*?

—Si es una traducción libre, ¿no podrían ser *obstantes* y *morantem* más o menos lo mismo, señor?

—Nada es «más o menos lo mismo» en el caso de Horacio, Winton. Como ya he dicho, Horacio no era un periodista. Lo que yo entiendo es que sus familiares y amigos lo sujetan para impedir que se marche, mientras que la multitud (*populumque*), el pueblo se queda allí compadeciéndolo inútilmente e interponiéndose en su camino. Veamos ahora ese magnífico final… *quam si clientum* —dijo King, pasando a leer la cita:

> Tal si una vez resuelto un asunto tedioso,
> y libre ya de trabas mercantiles, emprendiera viaje

hacia los verdes campos de Venafro
o el puerto de Tarento construido por Esparta.

—Muy bien, Winton. Beetle, cuando haya terminado de ventilar ahí, dígame el significado de *tendens*… y bájese el cuello.

—¿Yo, señor? ¿*Tendens*, señor? ¡Ah! Extendiéndose en la dirección de, señor.

—¡Idiota! Régulo no era un elemento del paisaje. Era un hombre, condenado a muerte por tortura. *Atqui sciebat*… y a sabiendas de lo que hacía… de que lo hacía por el bien de su país… ¿es que no oye que *atqui* corta como un cuchillo?… Se alejó dignamente. Por eso Horacio, de entre toda la excelsa lengua latina, eligió la palabra *tendens*… que es absolutamente intraducible.

La flagrante injusticia de pedirle a Beetle una traducción de *tendens* transformó al alumno en mártir cristiano hasta que King volvió a hundir la nariz en su pañuelo.

—Creo que han abierto otra botella de cloro en la clase de al lado, señor —dijo Howell—. Lo hacen a todas horas.

Los alumnos tosieron al entrar los vapores en el aula.

—Bueno, supongo que debemos ser pacientes con la vertiente moderna —dijo King—. Aunque para nuestra vertiente clásica resulte casi insoportable. ¿De qué se ríe, Vernon?

Vernon había bajado de las nubes y se sentía brillante e inspirado. Reía entre dientes mientras subrayaba su Horacio.

—Parece que le divierte —dijo King—. Permítanos participar. ¿De qué se trata?

—De los dos últimos versos de la Oda Décima de este libro, señor —fue la asombrosa respuesta de Vernon.

—¿Cómo? Ah, ya veo. *Non hoc semper erit liminis aut aquae caelestis patiens latus*[23]. —King torció los labios para ocultar la risa—. ¿Lo ha subrayado intencionadamente?

—Creo… me ha parecido como hecho a medida, señor.

—Así es. Un feliz acierto. Pero ¿a qué almacenarlo en su limitada cabeza, Paddy?

—No lo sé, señor. Lo estudiamos el trimestre pasado.

—¿Y se acordaba? ¡La misma cabeza de la que sale que *probrosis* es un verbo! Es usted un enigma, Vernon. ¡No! Esta vertiente no será siempre paciente con los gases y las aguas que no vienen del cielo. Elevaré una protesta a nuestros hombres modernos. Entretanto (para que nadie diga que no soy |justo) les ahorraré más dolor y penalidades a cuenta de *probosim, probosis, probosit* y atrocidades parecidas. No debería hacerlo, pero los de esta vertiente a veces somos humanos. No está nada mal, Paddy.

—Gracias, señor —dijo Vernon, preguntándose cómo era posible que la inspiración le hubiese visitado.

Y tras dedicar enérgicos comentarios a la ciencia, King volvió a centrarse en

Régulo, y pasó diez minutos hablando del general y de Horacio y de Roma y de la malvada y comercial Cartago y de la eterna futilidad de la democracia, en cualquier época y clima, según dijo; y se refirió después a la Oda siguiente —*Delicia majorum* —, cargando toda la fuerza de su voz en *Dis te minorem quod geris imperas* («Gobiernas porque sabes situarte por debajo de los dioses»), y aprovechó el texto para lanzar un discurso sobre las costumbres, la moral y el respeto a la autoridad, cuestiones muy distintas de los gases embotellados, que se prolongó hasta que sonó la campana. Y mientras aplastaba sus libros como un acordeón, Beetle le dijo a Winton:

—King es un tipo muy interesante cuando abre la espita. El cloro de Hartopp lo ha descorchado.

—Sí, pero ¿por qué me dijiste que *delubris* era «diluvios», so burro? —preguntó Winton.

—Bueno, eso también le abrió la espita. ¡Mira por dónde andas, cernícalo!

Winton intentaba abrirse camino entre los estudiantes que salían en tropel retozando como cachorros y se había agarrado al cuello de Beetle. Stalky lo sujetó por el pescuezo desde detrás. Los tres cayeron al suelo.

—*Dis te minorem quod geris imperam* —citó Stalky, frotando las alborotadas greñas de Winton—. No se bromea con la Oda Quinta. No seas tan virtuoso. No te amargues por eso. No será un obstáculo en tu futura carrera. Anímate, Pater.

—¿Quieres hacer el favor de quitármelo de… mis «vísceras»? Me las está aplastando —dijo Beetle desde debajo. Se dispersaron hacia sus respectivas clases.

Nadie, y menos aún el interesado, puede explicar lo que hay en la cabeza de un chico que está creciendo. Tal vez fuera el ciego fermento de la adolescencia, o acaso lo incitaran los comentarios de Stalky sobre su virtud; o quiso buscar la popularidad como sus compañeros, haciendo el payaso; o, como diría el director años más tarde, la única broma que se le conocía en su rígida vida hizo mella en él, como cuando un hombre que siempre ha sido sobrio decide mostrarse tal cual es y arruina su existencia para siempre. Lo cierto es que en la clase siguiente, la de dibujo técnico con el señor Lidgett, quien como profesor de dibujo tenía unos poderes de castigo muy limitados, Winton cayó bruscamente en desgracia al soltar un ratón en el aula. Todos se pusieron a dar gritos y saltos, y le lanzaron al roedor los conos de plástico, las pirámides y la fruta en relieve —por no hablar de los tinteros— que tenían a mano. El señor Lidgett informó de inmediato al director. Winton reconoció que su delito, venial en tercero superior y perdonable a cierto precio en cuarto inferior, era una vileza despreciable en un chico de quinto; y así, en etapas sucesivas, Winton llegó al despacho del director justo antes de comer, penitente, perturbado, enfadado consigo mismo y —según el director le dijo a Kíng en el pasillo tras el almuerzo— más humano de lo que nunca lo había visto en siete años.

—El único defecto de Winton es una virtud demasiado rígida e inflexible. Por eso

es una suerte que esto haya ocurrido.

—Yo nunca he observado esos indicios —dijo King.

Winton era miembro de la Casa de King, y aunque éste era capaz de ejercer sobre su provincia la opresión infernal de un procónsul, y de hecho así lo hacía, cuando uno de los muchachos de la gorra negra y amarilla tenía problemas con la autoridad imperial, King peleaba por él hasta los últimos escalones que conducían al trono de César.

—Bueno, tú mismo acabas de reconocer que un ratón era poco dadas las circunstancias —fue la respuesta del director.

—Desde luego. —King no le tenía simpatía al señor Lidgett—. Debería haber soltado una rata. Pero… pero… detesto tener que suplicarte… es la primera falta que comete ese chico.

—¿Le impondrías tú un castigo peor, King?

—Hummm. ¿Cuál es la pena? —preguntó King alejándose, pero atento aún a la acción en la retaguardia.

—Mis habituales versos de Virgilio para antes de cenar.

El director volvió ligeramente la mirada hacia un extremo del pasillo donde Mullins, el capitán deportivo («Pote», «Potaje» o «Potifar» Mullins) colgaba el consabido cartel de los miércoles «Rugby Benjamín, Alevín y Junior: A-K, L-Z, de 15 a 16.45 h».

Es imposible escribir los habituales versos latinos del director (exactamente quinientos) y jugar al rugby una hora y lees cuartos entre las 13.30 y las 17.00 h. Era evidente que Winton no se proponía siquiera intentarlo, pues se quedó rondando por el pasillo con aire circunspecto y andar vacilante. Sin embargo, era ley en la escuela —y una en comparación con la cual cualquier ley de los medos o de los persas no pasaba de ser una simple moción— que si un chico, salvo que perteneciera a los Quince Primeros, faltaba al partido por cualquier causa y no presentaba un justificante por escrito y debidamente firmado por una autoridad competente para explicar su ausencia, recibía no menos de tres golpes con una vara de fresno de manos del capitán deportivo, por lo general un joven de entre diecisiete y dieciocho años, rara vez por debajo de los setenta kilos («Potaje» andaba más cerca de los ochenta y dos) y en espléndida forma física.

King sabía, sin necesidad de preguntar, que el director no le había firmado a Winton su justificante.

—Ya está casi entre los Quince Primeros. Lleva todo el curso jugando con ellos —dijo King—. Creo que su gorra debía haber llegado la semana pasada.

—De momento no se le ha impuesto, por lo que oficialmente no es nada. Yo confío en «Potaje».

—Pero Mullins es el compañero de estudio de Winton —insistió King.

Mullins y Pater Winton eran primos y bastante buenos amigos.

—Eso a ellos les da igual, si es que los conozco un poco —dijo el director.

—Pero… pero —King jugó su última carta a la desesperada—. Pensaba recomendar a Winton como subprefecto suplente de mi Casa ahora que Carton se ha marchado.

—Desde luego. ¿Por qué no? Espero que a la hora de cenar esté en excelentes condiciones.

En ese momento vieron que el señor Lidgett se acercaba por el pasillo y era abordado por Winton.

—Quería hablarle del asunto del ratón en clase de dibujo —dijo Winton, balanceándose ante el profesor.

—Sí, sí, sumamente deshonroso —dijo el señor Lidgett con un suspiro.

—Lo sé —respondió Winton—. Ha sido… ha sido una bajeza porque…

—Porque usted sabía que yo no le pondría más de cincuenta versos de castigo —dijo el señor Lidgett.

—Bueno, en todo caso quería pedirle disculpas.

—Desde luego —dijo el señor Lidgett, y acto seguido, pues era un hombre bondadoso, añadió—: Supongo que eso es una muestra de buenos sentimientos. Ahora mismo le diré al director que estoy satisfecho.

—¡No, no! —La voz del muchacho, todavía sin madurar, pasó del gruñido al grito—. ¡No era ésa mi intención! Yo… sólo lo he hecho por principios. Por favor, no le diga nada.

El señor Lidgett lo miró de hito en hito y, como era un artista, lo comprendió.

—Gracias, Winton. Esto quedará entre nosotros.

—¿Has oído eso? —dijo King, sin disimular su orgullo.

—Naturalmente. Tú creías que iba a suplicarle a Lidgett que lo librase del castigo.

King negó este extremo con tanto ardor como el director se reía, y se marchó enfurruñado.

—Por cierto —dijo el director—. Le he dicho a Winton que haga su trabajo en tu aula, no en el estudio.

—Gracias —dijo King por encima del hombro, pues la orden del director les ahorraría a Winton y a Mullins una incómoda tarde juntos.

Una hora después King se dejó caer por el aula silenciosa. Winton trabajaba con ahínco.

—¡Ajá! —dijo King, frotándose las manos—. Esto no parece divertido, Winton. No permita que su frívola pluma se detenga por mí. ¿A qué viene este repentino amor por Virgilio?

—Es un castigo del director, señor. Por lo que pasó con el ratón esta mañana.

—Nos han llegado rumores al respecto. Es un comportamiento de tercero inferior que no llego a comprender en usted.

El toc-toc de las patadas antes de que los equipos comenzaran el partido llegaba por la ventana abierta. Winton, al igual que el director de su Casa, amaba el aire libre. Se oyó entonces a Paddy Vernon, subprefecto en funciones, pasando lista en el campo

y anotando las ausencias. Winton seguía escribiendo. King se sentó sobre una mesa, abrazándose las rodillas. Cualquiera hubiera dicho que se deleitaba con la desgracia del muchacho, pero Winton lo comprendía.

—*Dis te minorem quad geris imperas* —citó King—. Hay que situarse siempre por debajo de los dioses locales… incluso de los profesores de dibujo, que no están facultados para tomar represalias. Me gustaría que probara usted conmigo el juego del ratón, Pater.

Winton sonrió, pero enseguida borró la sonrisa.

—Fue una bajeza hacerle eso al señor Lidgett —dijo con la mirada puesta en la página que estaba escribiendo.

—Bueno, «el pecado que imputo a las almas que han sido derrotadas…». —King se interrumpió—. ¿Por qué mueve los ojos como una lechuza? Páseme el Mantuano y yo le dictaré. No importa. Cualquiera de los espléndidos versos de Virgilio puede servir. Quizá por ventura recuerde algunos. Y empezó:

Tu regere Imperio populos Romane memento
Hae tibi erunt artes pacisque imponere morem,
Parcere subjectis et debellare superbos.

—Ahí ya lo tiene todo, Winton. Escríbalo dos veces y repítalo una tercera.

Sin mirar una sola vez el libro, recitó los gloriosos hexámetros (y King leía en latín como si fuera una lengua viva) por espacio de cuarenta minutos, mientras Winton tiraba de los versos y los iba enrollando como recogen los marineros de un barco de telegrafía el cabo sumergido en el mar. De la *Eneida* pasó a las *Geórgicas* y regresó a la primera, deteniéndose de cuando en cuando para traducir un verso especialmente querido o para deleitarse en la música y la textura del antiguo tejido. No aludió al inminente encuentro con Mullins hasta el último momento, cuando dijo:

—Creo que dadas las circunstancias, Pater, no es necesario que le pregunte el significado exacto de *atqui sciebat quae sibi barbaras tortor*.

El huraño Winton enrojeció de ira, y King salió sin prisa para tocar la campana de las cinco, hecho lo cual invitó al me nudo profesor Hartopp a tomar el té y a hablar de los gases de cloro. Hartopp aceptó el desafío como un peso gallo, y juntos subieron al estudio de King más o menos a la misma hora en que Winton regresaba al aula para terminar sus versos.

Media docena de alumnos de los Quince Segundos que en ese momento deberían estar en las duchas, fueron a condolerse con Pater Winton, cuya desgracia y sus consecuencias estaban en boca de todos. No había chico más sincero que Paddy Vernon, alto, pelirrojo y de nudillos huesudos; pero Vernon era bruto y patoso, y

empujó el pupitre de Winton.

—¡Maldita bestia idiota! —dijo Winton—. No hagas eso.

Es comprensible que cuando alguien está castigado no se muestre muy cortés, y Vernon, dejando a un lado su condición de subprefecto, respondió pacíficamente:

—No te pongas colérico, Pater.

—No lo estoy —dijo Winton—. ¡Fuera de aquí! Ésta no es el aula de los de vuestra Casa.

—El aula no es de tu propiedad. ¿Por qué no te vas a tu estudio? —replicó Vernon.

—Porque Mullins está allí esperando a la víctima —intervino delicadamente Stalky, haciendo que todos se echaran a reír—. Deberías haber hecho como si te sacudieras ese ratón de la pierna del pantalón, Pater. Es lo que hice yo cuando era pequeño. Pater está viviendo una segunda infancia. No te preocupes, Pater, todos te respetamos y respetamos tu futura carrera.

Winton, que seguía encolerizado, lanzó un gruñido. Vernon se inclinó sobre el pupitre y volvió a empujarlo. Luego se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó Winton.

—De que tengas que recibir una paliza de Pote. Te juro que no me parece justo. No has faltado nunca a un partido y ya casi eres uno de los Quince Primeros. Tu gorra tenía que haber llegado la semana pasada, ¿no es verdad?

Según la ley escolar, nadie podía gozar de los privilegios y la inmunidad de los Quince Primeros hasta que le hubieran impuesto la gorra de terciopelo negro con la borla dorada que confeccionaban los impuntuales sombrereros de Exeter. Mu cho tiempo atrás un corpulento y díscolo miembro del equipo intentó cambiar la ley, pero los prefectos de su edad eran todavía más fornidos y nadie se atrevió a repetir el experimento.

—¿Quieres hacer el favor —dijo Winton muy despacio— de ocuparte de tus asuntos, maldito idiota descerebrado?

El aula quedó en silencio, como los campos de deportes vacíos en la oscuridad. Vernon cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Bueno, a mí no me gustaría recibir una paliza de Pote —dijo.

—¿No te gustaría? —preguntó Winton, pasando las páginas de su copia con manos temblorosas.

—No, no me gustaría —repitió Vernon, sus pecas más visibles en la nariz blanca.

—Pues yo voy a recibirla —dijo Winton, apartándose del pupitre—. Pero tú vas a recibir una paliza mía primero.

Y antes de que nadie pudiera reaccionar, Winton relinchó y se abalanzó sobre Vernon. Los contendientes no respetaban ninguna convención, y los demás los miraban atónitos. El combate era caótico; Vernon intentaba sacar partido de su estatura, mientras que Winton, insensible a los golpes, sólo se concentraba en empujar a su enemigo hacia un rincón para hacerlo papilla. Lo consiguió junto a la

chimenea, donde Vernon cayó medio aturdido.

—Ahora voy a darte tu paliza —dijo Winton—. Quédate ahí hasta que consiga una vara de fresno y te cortaré en pedazos. Como te muevas te tiro por la ventana.

Agarró a Vernon del cuello y de la cintura y logró incorporarlo parcialmente antes de que los otros se le lanzaran a la cabeza, los hombros y las piernas, todos a una. Winton bufaba y golpeaba enloquecido, en mitad de un silencio espeluznante. Frotó contra el suelo la delicada nariz de Stalky; Beetle recibió un golpe en las tripas y salió disparado contra la pared, silbando y gimoteando; Perowne tenía una brecha en la frente y Malpass salió de la refriega con un ojo como un arco iris agonizante que no precisó explicaciones en toda una semana.

—¡Estás loco! ¡Loco de remate! —dijo Stalky, saltando por tercera vez al cuello de Wínton.

La puerta se abrió y King entró en el aula, seguido por la menuda figura de Hartopp. Los chicos seguían amontonados en el suelo, jadeando y forcejeando, pero no se levantaron porque Winton aún ardía de venganza.

—Sólo estábamos jugando, señor —dijo Perowne—. Me he dado un golpe en la cabeza contra un banco. —Esto último era verdad.

—Ah —dijo King—. *Dimovit obstantes propinquos*. Deduzco que son ustedes el *populos,* demorando el regreso de Winton a… ¿Mullins?

—No, señor —dijo Stalky por debajo de su pañuelo teñido como el vino—. Somos los *maerentes amicos*.

—¡No está mal! Como ves, al final algo les queda —le dijo King a Hartopp riendo entre dientes. Y los profesores salieron sin hacer más preguntas.

Los chicos estaban sentados sobre Winton, que había dejado de resistirse.

—Bueno —dijo Stalky finalmente—. Eres el más asqueroso de los idiotas, Pater…

—Lo siento. Lo siento muchísimo —empezó Winton; y dejaron que se levantara. Le tendió la mano al malherido y perplejo Vernon—. Lo siento, Paddy. Yo… he perdido la cabeza. No… no sé qué me pasa.

—Verás cuando aparezca en el comedor con esta cara —gruñó Vernon—. ¿Por qué no podías decir que te pasaba algo, en lugar de escabullirte como un lunático? ¿Tengo el labio hinchado?

—Sólo un poco. ¡Mira mi napia! Bueno, estas bonitas heridas nos las hemos hecho jugando al rugby, por el celo que hemos puesto en el partido —dijo Stalky, sacudiéndose la ropa—. Pero ¿crees que estás en condiciones de andar suelto, Pater? ¿Seguro que no quieres matar a otro subprefecto? Me gustaría ser Pote. Te sacaría el alma a golpes.

—Supongo que tengo que ir a ver a Pote —dijo Winton.

—¡Y dejar que esos idiotas te vean con esa pinta! No. Subiremos a lavarnos con agua caliente. Beetle, tú no estás herido. Ve y enciende el calentador.

—Creo que tengo una lata de cacao en el estudio —le gritó Perowne cuando ya se

alejaba—. Búscala y tráela.

Se retiraron hacia el estudio número cinco por distintos caminos, Vernon con el jersey por encima de la cabeza. Lamento decir que Hartopp y King los observaban desde la barandilla del rellano, junto al estudio de King.

—Muy humano —dijo Hartopp—. Tu virtuoso Winton se mete en líos y la toma con mi pobre Paddy. ¿Qué mentira se le ocurrirá a Paddy para explicar esa cara?

—¿No irás a ponerle en un aprieto preguntándole? —dijo King.

—Tu chico ha ganado —dijo Hartopp.

—Volviendo a nuestra conversación —dijo King apresuradamente—, ¿de verdad crees que ese sistema tuyo tan moderno, el de inculcar datos aislados sobre el gas de cloro que tal vez resulten ser falsos cuando los chicos hayan crecido, tiene algo que ver con la educación, incluso con esa clase de educación inferior que exigen los examinadores?

—Yo no sostengo nada. Pero ¿acaso es peor que tu repetición de sílabas incomprensibles en una lengua muerta que suena a chino?

—¡Muerta, ciertamente! —King casi se puso a bailar—. ¡La única lengua viva de la tierra! ¡El chino! Te lo aseguro, Hartopp.

—Y al cabo de siete años… ¿cuántas veces lo habré repetido?… siete años de doscientos veinte días de seis horas cada uno, tus víctimas salen de aquí sin saber nada, absolutamente nada; como mucho, si han puesto suficiente interés, una docena (bueno, te admito hasta veinte) de expresiones latinas aisladas que cualquier niño de doce años podría haber aprendido en un solo curso.

—Pero… pero ¿no te das cuenta de que si nuestro sistema es capaz de ofrecer al final… al menos una pizca de comprensión… al margen de la gramática y del latín… de arrancar un simple destello de trascendencia (¡repugnante palabra!) de una oda de Horacio o de veinte versos de Virgilio, habremos conseguido eso por lo que luchan unos pobres diablos como nosotros, los maestros?

—¿Y qué sería eso? —dijo Hartopp.

—Equilibrio, proporción, perspectiva… vida. Tu hombre científico es el animal aislado… la bestia sin formación. ¿Alguna vez te has dado cuenta de que vives envuelto en malos olores?

—¿Mientras que tú les haces perder la vida por el bien de la vida?

—¡Vuelves a estar ciego, Hartopp! Ya te he contado la cita a la que se refirió Paddy esta mañana. (¡Aunque dijo que *probrosis* era un verbo!). Tú mismo has oído decir a Corkran que eran los *maerentes amicos*. Al final les queda… algo se les acaba pegando a los bárbaros.

—Absoluta y esencialmente chino —dijo Hartopp, el único de los profesores que no deseaba enfrentarse con King—. Lo que no termino de entender es que Winton le haya dado una paliza a Paddy. Se supone que Paddy es un buen boxeador.

—Cuidado con el vinagre hecho de miel —replicó King—. Pater, como algunas personas, es paciente y sufrido, pero tiene sus límites. Además, el director le está

presionando mucho. Le he señalado que ya es casi miembro de los Quince Primeros.

—Pero, mi querido amigo, tú también castigas a los chicos y te niegas a eximirlos de los partidos en muchas ocasiones.

—Ya, pero sólo cuando necesito que un zoquete entre en razón y no hay otra manera de conseguirlo. Sin embargo, en la actitud de nuestro estimado director no veo más que…

El giro que tomó la conversación a partir de este momento no nos concierne.

Entretanto los chicos intentaban levantar el ánimo de Winton, muy arrepentido y especialmente amable con Vernon, con una taza de cacao. Les costó contener la avalancha de disculpas. El propio Winton le señaló a Vernon que merecía un castigo oficial por haber agredido a un subprefecto sin ninguna razón.

—No sé qué me pasa hoy —se lamentó—. Desde ese dichoso asunto del ratón…

—En ese caso, mejor que no lo pienses —dijo Stalky—. ¿O quieres que Paddy organice un escándalo en presencia de todo el colegio?

Vernon dijo que ya se ocuparía de Winton en otro lugar.

—Y si piensas que Perowne o Malpass o yo vamos a aportar pruebas en una reunión de prefectos sólo para tranquilizar tu conciencia de bestia, te equivocas por completo —dijo Beetle—. Yo sé lo que hiciste.

—¿Qué? —preguntó Pater con voz ronca, desde el valle de su humillación.

—Te pusiste Berserk[24]. Lo he leído en *Hypatia*.

—¿Qué es «ponerse Berserk»?

—No te preocupes por eso. ¿No te sientes fatal, hecho un asco?

—Estoy bastante cansado —suspiró Winton.

—Es lo normal. Te has puesto Berserk y pronto te quedarás dormido. Pero es posible que vuelvas a tener ataques como éste durante toda tu vida —concluyó Beetle —. No te sorprenda si algún día asesinas a alguien.

—¡Cállate… tú y tus Berserks! —dijo Stalky—. Ve a ver a Mullins y termina con esto, Pater.

—Me parece una injusticia asquerosa por parte del director —dijo Vernon—. De todos modos, me has dado una buena paliza, amigo. Espero que Pote te dé tu merecido.

—Lo siento muchísimo… muchísimo —fueron las últimas palabras de Winton.

Era costumbre en aquel consulado ocuparse de quienes faltaban al partido entre la llamada de las cinco y el té. A Mullins, que tenía edad suficiente para ser compasivo, no le parecía bien que los chicos pasaran la noche esperando el castigo, hasta el frío amanecer del día siguiente. Estaba terminando de zurrar a los dos últimos y escuchaba sus excusas cuando llegó Winton.

—Por favor, Mullins —decía Babcock tercero, un encantador muchachito de doce años que era el niño bonito de su madre—, tenía una herida espantosa en la rodilla. Fui a ver a la enfermera y me puso un poco de yodo. Me he pasado el día rascándome. Yo pensaba que sería una razón para excusarme.

—Veamos esa herida —dijo el impasible Mullins—. Eso es un arañazo… y tiene por lo menos una semana. Prepárate que voy a darte yodo.

Babcock gritó con fuerza, como tantas otras veces. Jevons, un niño de once años que había llegado nuevo aquel cuatrimestre oscuro y lluvioso, poco estimado en la Casa, poco estimado en su curso, deprimido y profundamente nostálgico de su hogar, se puso blanco del horror. Se oyó cómo despegaba los labios mientras el llanto de Babcock, que ya se había marchado, se alejaba hasta extinguirse.

—¡Hola, Jevons! ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Mullins.

—Pp-or favor, señor. Me fui a dar un paseo con Babcock tercero.

—¿De veras? Supongo que fuisteis a la tienda de golosinas. Y pagaste, ¿verdad?

Un asentimiento con la cabeza. Jevons estaba demasiado aterrado para poder hablar.

—Por supuesto, y seguro que Babcock te dijo que Pote te perdonaría por ser la primera vez.

Otro asentimiento, con una sombra de sonrisa.

—Muy bien. —Mullins sujetó a Jevons antes de que éste pudiera adivinar lo que se avecinaba, lo dejó sobre la mesa con una sola mano mientras con la otra le atizaba tres golpes enfáticos, y luego lo levantó en el aire.

—Ahora dile a Babcock tercero que por su culpa has recibido una paliza, y asegúrate de devolvérsela. Y cuando seas prefecto deportivo no permitas que nadie falte a un partido sin una justificación por escrito. ¿En qué posición juegas?

—En la delantera, señor.

—Puedes hacer mucho más. Te he visto correr como una liebre. Dile a Dickson de mi parte que en el próximo partido te pruebe entre los tres cuartos. Lárgate.

Jevons se marchó, sintiendo calor por primera vez en todo el día, notablemente reforzado en su autoestima y muy enfadado con el mentiroso de Babcock.

Mullins se volvió hacia Winton.

—Tu nombre está en la lista, Pater.

Winton asintió.

—Lo sé. El director me castigó por lo del ratón en la clase de dibujo técnico. No tengo excusa.

—¿Era esto lo que quería? —Mullins movió delicadamente la cabeza en dirección a la vara de fresno que reposaba sobre la mesa—. Ya había oído algo.

Winton asintió.

—Ha sido una maldad. No entiendo por qué lo hice. Además he perjudicado a un compañero; y he hecho otra cosa más…

—Muy bien, Pater. Por favor, apártate de nuestra fotografía.

Una vez cumplida esta pequeña formalidad se produjo una pausa. Winton giró sobre sus talones, bostezó ante la sorprendida mirada de Pote y se tambaleó hacia el asiento de la ventana.

—¿Qué te pasa, Dick? ¿Estás enfermo?

—No. Me encuentro perfectamente, gracias. Sólo… sólo tengo un poco de sueño. Winton se hendió en el asiento y cayó al suelo, profunda y plácidamente dormido.

—No se ha desmayado —dijo Mullins, que tenía experiencia—; de lo contrario no tendría pulso. Tampoco es un ataque, porque gruñiría y se retorcería. Con este tiempo no puede ser una insolación; ni ha tenido un exceso de entrenamiento.

Desabrochó el cuello de Winton, le puso un cojín debajo de la cabeza, lo cubrió con una manta y se sentó a escuchar el ritmo regular de su respiración. Al poco apareció Stalky, con el pretexto de pedirle un libro prestado. Miró hacia el asiento de la ventana.

—¿Has notado que a Winton le ocurriera algo últimamente? —dijo Mullins.

—Lo que noto es algo en mi napia —respondió Stalky—. Pater se puso Berserk y la tomó con nosotros por gastarle una broma a cuenta del castigo. Tienes que ver el ojo de Malpass.

—¿Quieres decir que Pater se ha peleado? —preguntó Mullins.

—Como una fiera. Después casi se queda dormido en el estudio. Espero que se encuentre bien cuando despierte. Ha sido rarísimo. Él que es tan serio. Tendrías que haber oído sus disculpas.

—Pero Pater no sabe pelear ni siquiera un poquito —insistió Mullins.

—No ha sido una pelea. Quería matarnos a todos.

Stalky le relató lo ocurrido y Mullins fue a consultar con el director, quien, entre una nube de humo azul, le dijo que todo se arreglaría.

—Winton —dijo— es algo rígido en su estructura moral. Lo superará. Si te pregunta si lo que ha hecho hoy tendrá consecuencias en su…

—Pero usted sabe lo importante que es eso para él. Su familia no es… acomodada —dijo Mullins.

—Precisamente por eso me estoy tomando tantas molestias. Debes tranquilizarlo, Pote. Lo he abrumado con nuevas experiencias. Por cierto, ¿ha llegado su gorra?

—Llegó esta mañana, señor —dijo Mullins, echándose a reír.

Como era de esperar, cuando Winton se despertó, a la hora de la cena, quiso contarle a Mullins todas sus desgracias y le preguntó:

—¿Crees que tendrá consecuencias negativas?

—No te preocupes tanto por ti y tu estúpida carrera —dijo Mullins—. No pasa nada. Por cierto, al fin ha llegado tu gorra. Cuélgala en el perchero y ven a cenar.

De camino se encontraron con King, que paseaba con aire majestuoso, frotándose las manos.

—He solicitado los servicios de un subprefecto adicional ante la feliz ausencia de Carton. Su nombre, Winton, al parecer ha recibido el favor de las autoridades y, dadas las circunstancias, estoy dispuesto a respaldar su nombramiento. Ya casi es usted un lictor.

—Parece que no ha tenido consecuencias negativas —dijo Winton en cuanto se hubieron alejado.

Un capitán deportivo tiene derecho a burlarse de un subprefecto en público.

—¡Maldito idiota! —dijo Mullins sujetando a Winton por la base del cuello rígido y obligándole a correr hasta el comedor, donde los subprefectos, sentados bajo la tribuna, le dieron la bienvenida con la pasta de arenque económica que se servía a mitad del cuatrimestre.

A las diez de la noche, King y Hartopp discutían con el reverendo John Gillett en su estudio; de lo clásico frente a lo moderno, como siempre.

—Carácter… proporción… y formación —gruñó King—. Ésa es la esencia de las humanidades.

—Las *Analectas* de Confucio —respondió Hartopp.

—El tiempo —dijo el reverendo John, que bebía un vaso de soda—. Me abrumáis, amigos. ¿Qué le has dicho esta noche a Paddy en el dormitorio, Hartopp? Ni siquiera tú podrías pasar por alto cómo tiene la cara.

—Pues así ha sido —respondió tranquilamente Hartlopp—. Ni siquiera le he gastado una broma, como habrían hecho ciertos clérigos. Pasé de largo sin decir nada.

—¡Pobre Paddy! Aunque, por mi parte —dijo King—, y ya sabéis que no soy dado a prodigar elogios, considero que Winton es un tipo de primera; absolutamente de primera categoría.

—No lo creo —dijo el reverendo John—. De primera entre los de segunda; eso lo admito. El mejor entre los de segunda, pero —sacudió la cabeza— tendría que haber soltado una rata. Pater nunca pasará de coronel de ingenieros.

—¿En qué fundamentas tu veredicto? —preguntó King con rigidez.

—Vino a verme después de los rezos… con toda su conciencia.

—Pobre Pater. ¿Por lo del ratón? —dijo Hartopp.

—Por eso y por lo que él llamó su temperamento incontrolable, y sus responsabilidades como subprefecto.

—¿Y qué le dijiste?

—Si le hubiera soltado lo que vulgarmente se llama un sermón se habría puesto histérico. Por eso le recomendé una dosis de sales Epsom. Se la tomará… obedientemente. No me mires así, King. Tal vez llegue a ser caballero del Imperio británico.

Daban las diez cuando los chicos de la academia militar de los cursos más avanzados regresaban a sus respectivas Casas, tras una hora de trabajo adicional, por el camino de gravilla que pasaba por debajo de la ventana del estudio del reverendo John. Alguien cantaba, sobre la melodía de «Arena blanca y arena gris», *Dis te minorem quod geris imperas*. La voz se detuvo junto a la puerta del estudio de Mullins. Oyeron que la ventana de Mullins se abría y a continuación la voz de Stalky:

—¡Ah! Buenas noches, Mullins, mi *barbarus tortor*. Somos los centinelas. Venimos a interesarnos por nuestro Berserk. ¿Le va todo lo bien que cabe esperar en su nueva carrera?

—Mejor de lo que te irá a ti si esperas un segundo, Stalky —protestó Mullins.

—Me alegra saberlo. Hemos pensado que le gustaría saber que a Paddy se lo han llevado a la enfermería con un ataque de delirio grave. Creen que tiene conmoción cerebral.

—Pero si estaba perfectamente a la hora de rezar —empezó a decir Winton, completamente en serio; y se oyeron risas lejanas mientras Mullins cerraba la ventana bruscamente.

—Buenas noches, Régulo —cantó Stalky, y las pisadas se alejaron.

—Lo veis. Algo se pega. Algo termina por calar entre los bárbaros —dijo King.

—Amén —dijo el reverendo—. Es hora de irse a la cama.

MARY POSTGATE

De la señorita Mary Postgate, lady Me Causland escribió que era «sumamente concienzuda, ordenada, cordial y elegante. Lamento mucho prescindir de ella y siempre me interesaré por su bienestar».

Fue con esta recomendación como la contrató la señorita Fowler y, para su sorpresa, pues tenía amplia experiencia en señoritas de compañía, comprobó que todo era cierto. La señorita Fowler andaba por aquel entonces más cerca de los sesenta que de los cincuenta y, aunque necesitaba algunas atenciones, no agotaba la vitalidad de su empleada. Era ella quien, por el contrario, resultaba agotadora con sus estímalos y sus recuerdos. Su padre había sido un modesto oficial de la corte en los días en que la Gran Exposición de 1851 acababa de ratificar el perfeccionamiento de la civilización. No todas las historias de la señorita Fowler eran sin embargo aptas para jóvenes. Mary no era joven y aunque su conversación fuese tan insulsa como sus ojos o su pelo, jamás se escandalizaba. Escuchaba a todo el mundo sin parpadear, y al final decía «¡Qué interesante!» o «¡Qué espantoso!», según requiriese la ocasión, y nunca volvía a referirse a ello, pues se enorgullecía de tener una mente disciplinada, que «no se detenía en ese tipo de cosas». Era además una joya para la economía doméstica, razón por la cual los comerciantes del pueblo, con sus libros semanales, no sentían demasiada simpatía por ella. Por lo demás, no tenía enemigos; no provocaba envidias siquiera entre los más modestos, ni fue nunca objeto de habladurías o de calumnias; ocupaba puntualmente el puesto vacante en la mesa del médico o del rector, aun cuando el recado sólo llegara con media hora de antelación; era como una tía para muchos niños del pueblo, cuyos padres lo aceptaban todo, aunque luego lamentaban lo que ellos llamaban «influencia»; participaba en los comités de enfermería locales por designación de la señorita Fowler cuando ésta se veía impedida por la artritis reumatoide, y al término de seis meses de reuniones quincenales se había ganado el respeto unánime de toda la camarilla.

Cuando el destino puso en manos de la señorita Fowler a su sobrino de once años, huérfano y necesitado de cariño, Mary Postgate compartió la responsabilidad de su educación, tal como ésta se practicaba en las escuelas públicas y privadas. Repasaba las listas de ropa marcada y las facturas de extras sin detallar, escribía a directores, supervisoras, enfermeras y médicos, y se entristecía o se alegraba con los informes que llegaban a mitad del trimestre. El joven Wyndham Fowler la recompensaba durante las vacaciones llamándola «Estafeta», «Buzoncito» o «Paquete Postal[25]», dándole puñetazos entre las paletillas o persiguiéndola por el jardín hasta hacerla gimotear, la boca grande abierta, la nariz grande apuntando al aire y el cuello rígido como el de un camello. Más tarde, el chico llenó la casa con sus protestas,

discusiones y arengas sobre sus necesidades personales, gustos y aversiones, frente a las limitaciones impuestas por «vosotras dos», sumiendo a Mary Postgate en mares de lágrimas de puro agotamiento o en incontenibles ataques de risa, cuando al chico le daba por estar de buen humor. En los momentos de crisis, que se multiplicaron a medida que el muchacho iba creciendo, ella era su embajadora y mediadora ante la señorita Fowler, que no albergaba una gran simpatía por el muchacho; defendía sus intereses en las reuniones en que se discutía su futuro; era su costurera y su ayuda infalible cuando se perdía una prenda o un zapato; siempre su felpudo y su esclava.

Cuando el joven decidió hacerse abogado y empezó a trabajar en Londres, cuando sus saludos pasaron del «Hola, Buzoncito, vieja bestia» al «Buenos días, Estafeta», llegó una guerra que, a diferencia de todas las que Mary Postgate recordaba, no tuvo la decencia de mantenerse alejada de Inglaterra y circunscrita a los periódicos, sino que se inmiscuyó en las vidas de la gente a la que ella conocía, por lo que Mary calificaba la situación ante la señorita Fowler de «sumamente enojosa». La guerra se llevó al hijo del rector, que se disponía a entrar en el negocio de su hermano mayor; se llevó al sobrino del coronel cuando estaba a punto de marcharse a Canadá para cultivar fruta; se llevó al hijo de la señora Grant, que estaba destinado al sacerdocio, a decir de su madre; y se llevó también, muy pronto, a Wynn Fowler, que un día envió una postal para anunciar que se había alistado en las Fuerzas Aéreas y para pedir un chaleco de lana.

—Irá y tendrá su chaleco —se pronunció la señorita Fowler.

Y Mary buscó las agujas y la lana pertinentes, mientras la señorita Fowler les decía a sus empleados, los dos jardineros y el hombre de sesenta años que se encargaba de las chapuzas domésticas, que todos los que pudieran enrolarse en el Ejército debían hacerlo. Los jardineros se alistaron, pero el otro, Cheape, se quedó, y fue ascendido a jardinero. Se fue también la cocinera, muy molesta por las limitaciones en los lujos, tras una terrible escena con la señorita Fowler, y se llevó consigo a la criada. La señorita Fowler empleó entonces a Nellie, una chica de diecisiete años, sobrina de Cheape, y la señora Cheape pasó a ocupar el puesto de cocinera, pero tenía ocasionales arrebatos de limpieza, de tal modo que la casa siguió funcionando sin contratiempos.

Wynn pidió un aumento de asignación, y la señorita Fowler, que siempre encaraba las cosas de frente, se pronunció: «Lo tendrá. Es muy posible que no viva mucho tiempo, y si trescientas libras le hacen feliz…».

Wynn lo agradeció y volvió a casa con su uniforme abotonado hasta el cuello para manifestarlo personalmente. Su centro de entrenamiento se encontraba a menos de cincuenta kilómetros, y su cometido era tan técnico que para explicarlo tenía que dibujar los distintos tipos de máquinas. Le dio a Mary uno de los dibujos, diciendo:

—Más vale que te lo estudies, Buzoncito, porque no tardarás en ver muchos como éste.

Mary estudió el dibujo, pero cuando Wynn volvió por allí, para darse bombo ante

las dos mujeres, no pasó el examen al que la sometió el joven, que una vez más la menospreció como en los viejos tiempos.

—Tienes una apariencia más o menos humana —dijo, en su nuevo tono de militar—. Y seguro que en algún momento has tenido un cerebro. ¿Qué has hecho con él? ¿Dónde lo guardas? Hasta una oveja sabe más que tú, Buzoncito. Eres lamentable. Vales menos que una lata vacía, vieja casuario.

—¿Es así como te hablan tus superiores? —observó la señorita Fowler desde su sillón.

—A Buzoncito no le importa —replicó Wynn—. ¿Verdad que no, Estafeta?

—¿Qué? ¿Ha dicho algo Wynn? Para la próxima vez que vengas lo habré aprendido —musitaba ella; y volvía a dejarse las pestañas en los diagramas de los Taub, los Farman y los Zeppelin.

En pocas semanas, incluso las batallas navales y terrestres que Mary le leía a la señorita Fowler después del desayuno empezaron a parecerle una nimiedad. Todo su corazón y su interés estaban en las alturas, junto a Wynn, que había terminado de «rodar» —a saber lo que eso significaba— y había pasado de un «taxi» a una máquina más o menos propia. Una mañana su aparato pasó en vuelo rasante sobre las chimeneas de la casa, aterrizó en Vegg’s Heath, casi en la puerta del jardín, y Wynn entró, amoratado de frío, pidiendo comida a gritos. Con ayuda de Mary sacaron la silla de ruedas de la señorita Fowler hasta el camino, como habían hecho en otras ocasiones, para que viera el biplano. Mary dijo que «olía muy mal».

—Me parece que piensas con la nariz, Buzoncito —dijo Wynn—. Con la cabeza sé que no piensas. Dime, ¿qué tipo de máquina es?

—Iré a por el diagrama —dijo Mary.

—¡Eres desesperante! Tienes menos cerebro que un ratón —proclamó a voces; y pasó a explicar el funcionamiento de los cuadrantes y de los interruptores para lanzar las bombas, hasta que se hizo la hora de montar en su aeronave y cabalgar de nuevo entre las nubes húmedas.

—¡Ah! —dijo Mary, mientras el apestoso artilugio remontaba el vuelo—. ¡Ya verán cuando nuestras Fuerzas Aéreas entren en combate! Wynn dice que la aviación es mucho más segura que las trincheras.

—Me extraña —respondió la señorita Fowler—. Dile a Cheape que venga para llevarme a casa.

—Es todo cuesta abajo. Ya puedo yo sola, si usted tira del freno —dijo Mary. Inclinó su flaco esqueleto contra la barra, y despacio fueron rodando hasta la casa.

—No vayas a acalorarte demasiado y pilles luego un resfriado —le dijo la señorita Fowler, que iba cubierta con varias capas de ropa.

—Nunca sudo —respondió Mary.

Enderezó la larga espalda una vez que hubo metido la silla bajo el porche. El ejercicio había dado color a sus mejillas, y el viento le había soltado un mechón de pelo sobre la frente. La señorita Fowler la miró.

—¿Tú en qué piensas, Mary? —le preguntó de pronto.

—Bueno… Wynn dice que necesita otros tres pares de calcetines bien gordos.

—Sí. Pero yo me refiero a las cosas en las que piensan las mujeres. Tienes más de cuarenta años…

—Cuarenta y cuatro —corrigíó Mary, siempre sincera.

—¿Y?

—¿Y? —repitió Mary, ofreciendo su hombro a la señorita Fowler, como de costumbre.

—Y llevas ya diez años conmigo.

—¿A ver? —dijo Mary—. Wynn llegó con once años. Ahora tiene veinte, y yo llegué dos años antes. Hace ya once años.

—¡Once! Y en todos estos años nunca me has hablado de nada importante. Pensándolo bien, tengo la impresión de que sólo he hablado yo.

—Me temo que no soy una gran conversadora. Como dice Wynn, no tengo mucha cabeza. Deje que le quite el sombrero.

Con un rígido movimiento de la cadera, la señorita Fowler estampó su bastón contra las baldosas del vestíbulo.

—¿Es que no eres nada aparte de una señorita de compañía, Mary? ¿Es que nunca has sido nada aparte de una señorita de compañía?

Mary colgó el sombrero de jardín en su correspondiente percha y, tras reflexionar un momento, dijo:

—No. No me imagino que pudiera ser otra cosa. Aunque me temo que no tengo imaginación.

Le llevó a la señorita Fowler su vaso de Contrexéville de las once.

Estaban en el húmedo mes de diciembre, cuando la lluvia alcanzaba una altura de quince centímetros, y apenas salían de casa. Recibieron en varias ocasiones la visita de la máquina voladora de Wynn, y dos mañanas, previo aviso a través de una postal, Mary oyó el zumbido de las alas al amanecer. La segunda vez corrió a asomarse a la ventana y se quedó contemplando el cielo blanco. Vio pasar una pequeña mancha y levantó hacia ella los brazos delgados.

Esa tarde, a las seis en punto, llegó en un sobre oficial la comunicación de que el segundo teniente W. Fowler había sido abatido en vuelo de reconocimiento. La muerte fue instantánea. Mary leyó la carta y se la llevó a la señorita Fowler.

—Nunca esperé otra cosa —fue su reacción—; aunque lamento que haya ocurrido antes de que tuviera la oportunidad de hacer algo.

La habitación daba vueltas alrededor de Mary Postgate, aunque ella se mantenía firme en mitad del torbellino.

—Sí, es una lástima que no haya muerto en combate, después de haber matado a alguien.

—Murió al instante. Eso es un consuelo —siguió diciendo la señorita Fowler.

—Pero Wynn dice que con la impresión de la caída te mueres en el acto… aunque

a los tanques no les pase nada —recordó Mary.

La habitación volvió a quedarse quieta, y Mary oyó que la señorita Fowler decía con impaciencia:

—¿Por qué no podemos llorar, Mary?

A lo que Mary replicó:

—No hay nada por lo que llorar. Ha cumplido con su deber, como el hijo de la señora Grant.

—Pero cuando él murió, ella vino a vernos y se pasó toda la mañana llorando —continuó la señorita Fowler—. Sólo me siento muy cansada… terriblemente cansada. ¿Me ayudas a acostarme, por favor? Creo que me vendrá bien la bolsa de agua caliente.

Mary la ayudó a acostarse y se sentó a su lado, hablando de Wynn y de su turbulenta adolescencia.

—Creo —dijo de pronto la señorita Fowler— que a la gente mayor y a la gente joven no les afectan estos golpes. Los de mediana edad son quienes más los acusan.

—Así lo espero —dijo Mary levantándose—. Voy a sacar las cosas de su habitación. ¿Llevaremos luto?

—Desde luego que no —respondió la señorita Fowler—, salvo en el funeral. Yo no podré asistir. Irás tú. Quiero que lo dispongas todo para que lo entierren aquí. ¡Qué bendición que no ocurriera en Salisbury!

Todos, desde las autoridades de las Fuerzas Aéreas hasta el rector, se mostraron amables y compasivos. Mary se vio temporalmente sumergida en un mundo donde se despachaba a los cadáveres por cualquier medio de transporte y a cualquier lugar. Dos jóvenes de uniforme asistieron al funeral y se acercaron después a hablar con ella.

—¿Es usted la señorita Postgate? —preguntó uno de ellos—. Fowler me habló de usted. Era un buen chico… un amigo de primera… una gran pérdida.

—¡Una gran pérdida! —se lamentó su compañero—. Estamos todos muy afectados.

—¿Desde qué altura cayó? —susurró Mary.

—Creo que unos mil cuatrocientos metros, ¿no es así? Tú estabas arriba ese día, Monkey.

—Sí —dijo el otro—. Mi altímetro indicaba mil metros, y yo estaba bastante más abajo.

—Eso está muy bien —dijo Mary—. Muchas gracias.

Mientras los jóvenes se alejaban, la señora Grant se lanzó sollozando contra el pecho plano de Mary en la entrada del cementerio, diciendo a gritos:

—¡Yo sé lo que se siente! ¡Yo sé lo que se siente!

—Sus padres están muertos —respondió Mary, apartándola de sí—. Puede que ahora se reúna con ellos —añadió vagamente, escapando hacia el coche de caballos.

—Yo también he pensado en eso —sollozó la señora Grant—; pero será casi un

extraño para ellos. ¡Es terrible!

Mary describió fielmente los detalles de la ceremonia a la señorita Fowler, quien, al saber de la reacción de la señora Grant, se echó a reír con ganas.

—¡A Wynn le habría encantado! Era completamente imprevisible en los funerales. ¿Te acuerdas…? —Y volvieron a hablar de él, ayudándose mutuamente a rellenar lagunas—. Y ahora —dijo la señorita Fowler—, cerraremos las persianas y haremos limpieza general. Eso siempre sienta bien. ¿Has recogido ya las cosas de Wynn?

—Todo… desde que llegó —respondió Mary—. Siempre fue muy cuidadoso… incluso con los juguetes.

Contemplaron la habitación limpia y ordenada.

—No puede ser natural no llorar —dijo Mary al fin—. Me preocupa mucho que tenga usted una reacción brusca.

—Ya te he dicho que a la gente mayor no nos afectan estos golpes. Soy yo quien está preocupada por ti. ¿Todavía no has llorado?

—No puedo. Sólo consigo enfurecerme contra los alemanes.

—Eso es un derroche de energía inútil —le aseguró la señorita Fowler—. Tenemos que vivir hasta que acabe la guerra. —Abrió un armario lleno de ropa—. He estado pensando en todo. Te contaré mi plan. Regalaremos toda su ropa de civil… a los refugiados belgas y demás.

Mary asintió y dijo:

—¿Botas, cuellos y guantes?

—También. No necesitamos quedarnos con nada más que su gorra y su cinturón.

—Ayer trajeron su uniforme de las Fuerzas Aéreas —dijo Mary, señalando un petate sobre la cama de hierro.

—Conservaremos todo el equipo de servicio. Puede que alguien lo necesite más adelante. ¿Recuerdas qué talla tenía?

—Uno setenta y siete de altura y uno de contorno de pecho. Aunque me dijo que había crecido cuatro centímetros. Lo anotaré en una etiqueta y lo ataré a su petate.

—Asunto concluido —dijo la señorita Fowler, dándose un golpecito en la palma de una mano con el dedo anular de la otra—. ¡Qué desperdicio! Mañana guardarás su ropa de civil en su baúl de estudiante.

—¿Y el resto? —preguntó Mary—. ¿Sus libros y sus fotos y los juguetes… y… y todo lo demás?

—Mi plan es quemarlo todo —explicó la señorita Fowler—. Así sabremos dónde está y nadie podrá llevárselo. ¿Qué te parece?

—Sin duda es lo mejor —asintió Mary—. Pero hay un montón de cosas.

—Las quemaremos en la incineradora —concluyó la señorita Fowler.

La incineradora era un horno a cielo abierto donde quemaban la basura; una pequeña torreta circular de ladrillo de algo más de un metro de altura, con una parrilla de hierro. La señorita Fowler había visto el diseño años antes en una revista de

jardinería, y mandó construir una igual en un rincón del jardín. Casaba bien con su espíritu ordenado, pues de ese modo no tenía necesidad de esconder los montones de basura y, además, las cenizas aligeraban la tierra arcillosa y compacta.

Mary lo pensó un momento, vio con claridad lo que tenía que hacer y asintió de nuevo. Pasaron la tarde ocupadas con la ropa de civil, la ropa interior que Mary había marcado y los regimientos de corbatas y calcetines chillones. Necesitaron un segundo baúl y una caja de embalar, hasta que por fin, a última hora del día siguiente, Cheap y el transportista del pueblo lo cargaron todo en el carro. Por fortuna, el rector sabía del hijo de un amigo, que medía en torno a un metro setenta, a quien le vendría muy bien un uniforme completo de las Fuerzas Aéreas, y envió al hijo de su jardinero a recogerlo, provisto de una carretilla. La gorra se colgó en el dormitorio de la señorita Fowler, y el cinturón en el de la señorita Postgate, porque, según dijo la primera, no sería agradable charlar mientras tomaban el té con esos objetos delante.

—Asunto concluido —señaló la señorita Fowler—. El resto lo dejo en tus manos, Mary. Yo no puedo andar por el jardín. Será mejor que cojas el cestón de la ropa y le pidas ayuda a Nellie.

—Lo haré yo misma con la carretilla —dijo Mary, y por una vez en la vida la señorita Fowler cerró la boca.

En los momentos de irritación, la señorita Fowler le reprochaba a Mary su exceso de meticulosidad. Mary se puso su viejo impermeable, su sombrero de jardín y sus resbaladizas botas de agua, porque se avecinaba más lluvia. Reunió un puñado de astillas de la cocina, medio cubo de carbón y un haz de leña y lo llevó todo en la carretilla por los senderos cubiertos de musgo, hasta los húmedos laureles que crecían imito a la incineradora, bajo tres robles chorreantes. Saltó la alambrada de la finca del rector, que lindaba con el jardín, y sacó de sus almiares dos brazadas de buen heno, que esparció con cuidado sobre la parrilla de hierro. Luego, viaje a viaje, pasando siempre por delante de la pálida cara de la señorita Fowler, ante la ventana orientada al sol naciente, fue transportando en la carretilla la cesta de la ropa cubierta con una toalla, los viejos y manoseados ejemplares de Henty, Marryat, Lever, Stevenson, la baronesa Orczy y Garvic; los libros de texto, los atlas, y los montones de números sueltos de *Motor Cyclist* y *Light Car*, los catálogos de exposiciones en el Olympia; los restos de una flota de veleros, desde cúteres de diecinueve peniques hasta un yate de tres guineas; una toga de bachiller; bates desde tres chelines y seis peniques a veinticuatro chelines; pelotas de cricket y de tenis; locomotoras de vapor desguazadas, con los raíles torcidos; un submarino de hojalata, gris y rojo; un gramófono mudo y discos rotos; palos de golf que tuvo que partir con la rodilla, lo mismo que los bastones de paseo, y una azagaya; fotos de los equipos de cricket y de fútbol, de su paso por las milicias universitarias; rollos de películas Kodak; algunos trofeos de peltre y una copa de plata, de campeonatos de boxeo y de carreras de vallas; fajos de fotografías del colegio; una foto de la señorita Fowler; otra de la propia señorita Postgate, que Wynn le quitó una vez para gastarle una broma (¡bien se

cuidó ella de no decir nada!) y nunca más le devolvió; un cofre con un cajón secreto; un cargamento de pantalones de franela, cinturones, jerséis y unos zapatos de punta que aparecieron en el desván; un paquete con todas las cartas que la señorita Fowler y ella le habían escrito y que por alguna absurda razón él había conservado todos esos años; un intento de diario que no pasó del quinto día; fotos enmarcadas de coches a motor en plena carrera de Brooklands, y varios cargamentos de cajas con todo tipo de piezas sueltas, conejeras, pilas eléctricas, soldaditos de plomo, recortables y rompecabezas.

La señorita Fowler la veía ir y venir desde su ventana, y pensaba: «Mary se ha hecho mayor y yo hasta ahora no me había dado cuenta».

Le aconsejó que descansara un poco después de comer.

—No estoy cansada en absoluto —dijo Mary—. Lo tengo todo listo. A las dos iré al pueblo a comprar un poco de parafina. Nellie no tiene suficiente; el paseo me sentará bien.

Antes de salir dio una última batida por la casa y comprobó que no había olvidado nada. Empezó a levantarse la neblina nada más bordeó el camino de Vegg's Heath, donde Wynn solía aterrizar con su biplano, y a Mary casi le pareció oír el zumbido de las hélices sobre su cabeza, aunque no se veía nada. Abrió el paraguas y se zambulló en la ciega humedad hasta llegar al pueblo desierto. Cuando salía de la tienda del señor Kidd con una botella de parafina en su bolsa de redecilla, se encontró con la enfermera Eden y se paró a charlar con ella, como de costumbre, sobre los niños del pueblo. Estaban despidiéndose en frente del Royal Oak cuando —eso les pareció— sonó un disparo justo detrás de la casa. Se oyó a continuación un grito infantil, que se apagó hasta transformarse en un gemido.

—¡Un accidente! —exclamó la enfermera Eden con prontitud, y entró corriendo en el bar vacío, seguida de Mary.

Se encontraron con la señora Gerritt, la mujer del dueño, que sólo era capaz de jadear y señalar hacia el patio, donde un pequeño cobertizo se deslizaba lateralmente con gran estrépito de tejas. La enfermera Eden tiró de una sábana puesta a secar delante del fuego, echó a correr, levantó algo del suelo y lo cubrió con la sábana. La sábana se volvió escarlata, como la mitad de su uniforme, mientras trasladaba la carga hasta la cocina. Era la pequeña Edna Gerritt, de nueve años, a quien Mary conocía desde que iba en un carrito de bebé.

—¿Estoy malherida? —preguntó Edna, y murió entre las manos ensangrentadas de la enfermera Eden.

La sábana cayó a un lado y, por un instante, antes de que pudiera cerrar los ojos, Mary vio el cuerpo desgarrado y hecho jirones.

—¡Es un milagro que haya podido hablar! —dijo la enfermera Eden—. ¿Qué ha sido eso?

—Una bomba —respondió Mary.

—¿Uno de los Zeppelin?

—No. Un avión. Me pareció oírlo en Heath, pero pensé que sería de los nuestros. Ha debido de apagar los motores para descender y por eso no nos dimos cuenta.

—¡Cerdos sarnosos! —exclamó la enfermera Eden, completamente blanca y temblorosa—. ¡Fíjese cómo me he puesto! Vaya a avisar al doctor Hennis, señorita Postgate. —La enfermera miró a la madre, tirada de bruces en el suelo—. Sólo tiene un ataque. Déle la vuelta.

Mary puso a la señora Gerritt de costado y corrió en busca del doctor. Le contó lo ocurrido, y él médico dijo que se sentara un momento hasta que le diera algo.

—No lo necesito, se lo aseguro —respondió Mary—. No creo que sea conveniente contárselo a la señorita Fowler, ¿verdad? Su corazón se vuelve muy sensible con este tiempo.

El doctor Hennis la miró con admiración mientras preparaba su bolsa.

—No. No se lo diga a nadie hasta que estemos seguros —dijo, y se dirigió apresuradamente hacia el Royal Oak, mientras Mary volvía a casa con la parafina.

A sus espaldas, el pueblo estaba en calma, como era habitual, pues la noticia aún no se había extendido. Frunció el ceño, dilató de un modo muy desagradable las aletas de la nariz y repitió una frase que Wynn, que no se contenía en presencia de las dos mujeres, había aplicado al enemigo: «¡Malditos paganos! Son unos malditos paganos». Y recordando las enseñanzas que la habían convertido en lo que era, continuó: «No está bien darle vueltas a estas cosas».

Antes de que Mary llegara a casa, el doctor Hennis, que también era agente de policía, la alcanzó con el coche.

—Señorita Postgate, quería decirle que el accidente en el Royal Oak se ha debido al hundimiento del cobertizo. Hacía tiempo que corría peligro. Tendrían que haberlo conde nado.

—A mí me pareció oír una explosión —señaló Mary.

—Seguramente lo ha confundido con el ruido de las vigas al partirse. He estado examinándolas. Están completamente podridas. Al romperse, como es natural, deben de haber sonado como un disparo.

—¿Sí? —dijo cortésmente Mary.

—La pobre Edna estaba jugando allí —continuó el médico, sin dejar de mirar a Mary—, y entre las vigas y las tejas la han cortado en pedazos, ¿lo comprende?

—Lo vi —asintió Mary, sacudiendo la cabeza—. Y también lo oí.

—Bueno, no estamos seguros —insistió el doctor Hennis, cambiando completamente de tono—. Sé que tanto usted como la enfermera Eden, con quien he estado hablando, son personas de absoluta confianza, y espero que no digan nada… al menos por el momento. No es bueno inquietar a la gente a menos que…

—Yo nunca digo nada… en ningún caso —dijo Mary; y el doctor Hennis siguió en dirección al Ayuntamiento.

«A fin de cuentas», se dijo, «quizás sólo haya sido el hundimiento del cobertizo lo que ha matado a la pobre Edna». Lamentaba haber insinuado siquiera otras

posibilidades, pero la enfermera Eden era la discreción personificada. Cuando Mary llegó a casa, todo le parecía cada vez más lejano, por la propia monstruosidad del asunto. Nada más entrar, la señorita Fowler dijo que hacía cosa media hora habían pasado un par de aviones.

—Me pareció oírlos —repuso Mary—. Voy al jardín. Ya tengo la parafina.

—Sí, pero ¿qué te ha pasado en las botas? Están empapadas. Cámbiate ahora mismo.

Mary no sólo obedeció sino que además envolvió las botas en un periódico y las metió en la bolsa de redecilla, con la botella. Y así, provista del atizador más largo de la cocina, salió al jardín.

—Está lloviendo otra vez —fueron las últimas palabras de la señorita Fowler—; pero sé que no te quedarás tranquila hasta que hayas terminado con esto.

—No tardaré mucho. Ya está todo listo y he dejado puesta la tapa de la incineradora para que no se mojara.

Cuando hubo terminado sus preparativos y rociado todo con el aceite sacrificial, los arbustos empezaban a cubrirse de penumbra. Al encender la cerilla que le quemaría el corazón hasta reducirlo a cenizas, oyó un quejido o un gruñido tras la densa mata de laureles de Portugal.

—¿Cheape? —llamó con impaciencia; pero Cheape, con su lumbago, estaría cómodamente en su casita, y sería el último hombre a quien se le ocurriría profanar el santuario—. Ovejas —concluyó, y lanzó la cerilla.

La pira ardió con un rugido, y la llama instantánea precipitó la noche a su alrededor.

«¡Cuánto le habría gustado esto a Wynnl!», pensó, alejándose un poco del resplandor.

A la luz del fuego, parcialmente oculto entre uno de los laureles y a no más de cinco pasos de ella, vio a un hombre con la cabeza afeitada, sentado muy tieso al pie de uno de los robles. Junto a su regazo yacía una rama partida, bajo la que asomaba una bota. Movía la cabeza sin cesar a uno y otro lado, pero su cuerpo estaba tan inmóvil como el tronco del árbol. Vestía —Mary se acercó de lado para observarlo más de cerca— un uniforme parecido al de Wynn, con la solapa cruzada en el pecho. Por un momento se le ocurrió que podía ser uno de los jóvenes aviadores con los que se había encontrado en el cementerio, pero luego recordó que tenían el pelo oscuro y brillante. El pelo de aquel hombre era claro como el de un bebé y tan rapado que se le veía la piel rosada, de un modo muy desagradable. El hombre movió los labios.

—¿Qué dice? —preguntó Mary acercándose y agachándose delante de él.

—*¡Laty! ¡Laty! ¡Laty*! —murmuraba el hombre, cogiendo entre las manos las hojas húmedas y muertas. No había duda respecto a su nacionalidad. Tanto se enfureció Mary que retrocedió hacia la incineradora, pensando que el atizador aún estaría demasiado caliente para poder cogerlo. Los libros de Wynn estaban prendiendo bien. Miró hacia la copa del roble en el que se apoyaba el hombre; varias

ramas superiores y otras dos o tres más bajas y podridas se habían quebrado y yacían desperdigadas por el sendero del jardín. En la horquilla más baja asomaba un casco con cuerdas, como el nido de un pájaro a la luz de la larga lengua de una llama. Era obvio que el hombre había caído entre las ramas del árbol. Wynn le había contado a Mary que era fácil caer de un avión, y también le había dicho que los árboles eran buenos para amortiguar la caída, aunque en este caso parecía que el aviador se había roto algún hueso, pues de lo contrario no seguiría en esa extraña posición. Parecía indefenso, aunque no paraba de mover la horrible cabeza. Además, Mary vio una cartuchera en el cinturón… y ella odiaba las pistolas. Meses atrás, después de haber leído varios reportajes belgas, Mary y la señorita Fowler estuvieron manipulando un revólver enorme, con balas de punta plana, que, según diría Wynn más tarde, estaban prohibidas por las reglas de la guerra entre enemigos civilizados. «A nosotras nos vendrá muy bien», había dicho la señorita Fowler. «Enséñale a Mary cómo funciona». Y, riéndose ante la mera posibilidad de que fuera necesario, Wynn se llevó a la aterrada y encogida Mary hasta la abandonada cantera del rector, para enseñarle a disparar el terrible mecanismo. Mary guardó el revólver en el cajón de la izquierda de un tocador: un recuerdo que no había incluido en la incineración. A Wynn le habría gustado ver que no tenía miedo.

Volvió a la casa en busca del revólver. Cuando salió al jardín, bajo la lluvia, los ojos del hombre la miraron llenos de expectación. La boca incluso intentó sonreír; pero nada más ver el revólver, las comisuras de los labios cayeron, como Mary había visto en la boca de Edna Gerritt. Una lágrima resbaló desde un ojo, y la cabeza se movió de hombro a hombro, como si quisiera indicar algo.

—*Cassée. Tout cassée* —dijo entre sollozos.

—¿Qué dice? —preguntó Mary con disgusto y sin acercarse demasiado, aunque el hombre sólo movía la cabeza.

—Cassée —*repitió el hombre*—. Che me rends. Le médecin! ¡Toctor!

—*Nein!* —respondió Mary, recurriendo a su escaso alemán para soportar la gran pistola—. *Ich haben der todt Kinder gesehn*.

La cabeza dejó de moverse. La mano de Mary cayó. Había tenido la prudencia de retirar el dedo del gatillo, por miedo a un accidente. Tras unos momentos de espera volvió imito a la incineradora, donde las llamas empezaban a menguar, y removió los queridos libros de Wynn con el atizador. La cabeza gruñó otra vez, pidiendo un médico.

—¡Cállate! —le ordenó Mary, dando una patada en el suelo—. ¡Calla, maldito pagano!

Las palabras acudieron a sus labios de la manera más natural. Eran palabras de Wynn, y Wynn era un caballero que por nada en el mundo habría destrozado a la pequeña Edna en jirones de ese color tan intenso. Pero aquella cosa agazapada bajo el roble sí lo había hecho. No era como cuando Mary le leía a la señorita Fowler los horrores que relataban los periódicos. Mary lo había visto con sus propios ojos, en la

mesa de la cocina del Royal Oak. No debía dar vueltas a esas cosas. Procedía de una familia con tendencia a morir, según le había contado a la señorita Fowler, en «circunstancias sumamente penosas». Se quedaría allí hasta que tuviera la absoluta certeza de que la Cosa estaba muerta… muerta como su querido padre, a finales de los ochenta; como tía Mary, en el ochenta y nueve; como mamá, en el noventa y uno; como el primo Dick, en el noventa y cinco; como la criada de lady Mc Causland, en el noventa y cinco; como la hermana de lady Mc Causland, en mil novecientos uno; como Wynn, enterrado hacía cinco días; y como Edna Gerritt, que aún esperaba el momento de ser decentemente inhumada. Mientras pensaba en todo esto —el labio inferior atrapado bajo un colmillo deslustrado, el ceño fruncido y las aletas de la nariz muy dilatadas—, la emprendió a golpes con el atizador hasta que la parrilla y el ladrillo de las paredes chirriaron. Miró el reloj. Eran cerca de las cuatro y media, y llovía con fuerza. A las cinco se servía el té. Si la Cosa no había muerto para entonces, ella estaría empapada y tendría que cambiarse. Entre tanto, y esto la mantenía ocupada, las pertenencias de Wynn ardían sin dificultad a pesar de la silbante lluvia, aunque de tanto en tanto un libro con el título perfectamente visible se desprendía de la masa. El ejercicio de atizar le había dado un brillo que parecía calar hasta la médula de los huesos. Mary musitaba… cuando nunca había tenido una voz propia. Nunca había creído en esas ideas tan avanzadas, y eso que la señorita Fowler sí se inclinaba un poco en aquella dirección, de que la mujer tenía un papel en el mundo, y de pronto Mary comprendió que las mujeres tenían mucho que decir. Lo que estaba ocurriendo, por ejemplo, era tarea suya, y una tarea que ningún hombre, mucho menos el doctor Hennis, había cumplido jamás. En semejante situación de crisis, un hombre se conduciría, según Wynn, como un «caballero»; lo dejaría todo para ir en busca de ayuda, y desde luego que metería a la Cosa en casa. La función de la mujer, por el contrario, era la de construir un hogar feliz para… para el marido y los hijos. A falta de marido y de hijos… no debía dar vueltas a esas cosas… sin embargo…

—¡Basta! —gritó Mary una vez más hacia las sombras—. ¡He dicho nein! Ich haben der todt Kinder gesehn.

Sin embargo era evidente. Una mujer podía seguir siendo útil aun cuando careciera de todo eso… incluso más útil que mi hombre en ciertos aspectos. Golpeaba como una máquina entre las cenizas ante la secreta emoción que sentía. La lluvia estaba apagando el fuego, pero Mary sentía —estaba demasiado oscuro para ver— que había cumplido con su misión. Un pálido resplandor rojizo brillaba en el fondo de la incineradora, aunque no llegaría a quemar la tapa de madera si cubría parcialmente el fuego para protegerlo de la lluvia. Hecho esto, se apoyó sobre el atizador y esperó, poseída de un éxtasis creciente. Dejó de pensar. Se entregó sólo a sentir. Un sonido que en algunos momentos de su vida había esperado con angustia interrumpió su prolongado placer. Se inclinó hacia delante y aguzó el oído, sonriendo. No cabía la menor duda. Cerró los ojos y lo absorbió por completo. El sonido cesó de

pronto.

—Vamos —murmuró a media voz—. Esto no es el fin.

El fin llegó luego con absoluta nitidez, como un arrullo entre dos ráfagas de lluvia. Mary Postgate soltó de golpe el aire entre los dientes y se estremeció de la cabeza a los pies.

Eso es —asintió con satisfacción, y volvió a la casa, poniendo patas arriba la rutina doméstica al darse el lujo de tomar un baño caliente antes del té, y después bajó con un aspecto que, al verla relajadamente tendida en el otro sofá, la señorita Fowler calificó de «¡muy atractivo!».

LOS COMIENZOS

No estaba escrito en su sangre,
le llegó mucho después;
con prolongado retraso
nació el odio en el inglés.

No fue fácil arrancarlo,
de su calma y fría espera,
y se cuadró cada cuenta,
antes que el odio naciera.

Su mirada llana y franca,
su voz era baja y suave,
sin alardes ni señales
antes que el odio naciera.

No se predicó en los púlpitos.
No fue doctrina de Estado.
Nació el odio en el inglés
sin ser nunca voceado.

No apareció de repente,
ni pronto se ha de aplacar.
Y en fríos años futuros
el tiempo se contará,
desde ese día pasado
en que el inglés supo odiar.

LA CASA DE LOS DESEOS

LLEGÓ MÁS TARDE EL DIOS

Llegó más tarde el Dios, acudieron primero sus heraldos, y fueron desoídos.
Tarde, pero con ira;
proclamando: «Se pagará el agravio y saldará la afrenta
con todo lo que ella poseía».
Envenenó la espada y golpeó el hogar; se abrió
la herida en el centro del pecho y penetró el veneno, sin alivio ni cura.

Acordó con el Tiempo una parada tal que la pena de ella siguiera siempre fresca,
renovada de día y asediando en la noche alma y carne sin tregua…
Mañanas de memoria, vísperas de agonía, medianoche implacable,
hasta que el empedrado de las calles de sus Infiernos y de su Paraíso ardiera de dolor.

Vivió así la mujer, mientras su cuerpo se iba corrompiendo.
Y llegada la Noche suplicó algún indicio, y el indicio le fue facilitado.
Y construyó un Altar, y a la luz de su Visión depositó su ofrenda,
sola, sin esperar ni mérito ni halago, pero firme,
resuelta, generosa y divina.
Y todo lo hizo ella tan sólo por amor…
¿Pues qué es un Dios frente a una Mujer? ¡Polvo y escarnio!

La nueva visitadora de la Iglesia acababa de marcharse, tras haber pasado veinte minutos en la casa. Durante la visita, la señora Ashcroft había empleado el lenguaje propio de una cocinera entrada en años, experimentada y jubilada, que ha conocido la vida en Londres. De ahí que en ese momento estuviera aún más dispuesta a hablar con el antiguo y cómodo acento de su tierra natal (suavizando la «d» a medida que se animaba) cuando la señora Fettley, que vivía a cincuenta kilómetros, llegó en el autobús, ese agradable sábado del mes de marzo. Eran amigas desde la infancia, aunque el destino hubiera distanciado cada vez más sus encuentros en los últimos tiempos.

Era mucho lo que tenían que decirse, y muchos los cabos sueltos que anudar por

ambas partes antes de que la señora Fettley, con su bolsa de retales para hacer una colcha, se sentara en el sofá, bajo la ventana que daba al jardín y al campo de fútbol en el valle, un poco más abajo.

—Se han apeado casi todos en Bush Tye para el partido —explicó—. Y en los últimos ocho kilómetros no tenía a quién agarrarme. ¡Y el coche venga a dar brincos!

—Pero tú estás muy bien —respondió su anfitriona—. Por ti no pasan los años, Liz.

La señora Fettley se rió y empezó a casar dos retales de su gusto.

—Es verdad, si no ya me habría roto hace veinte años, Seguro que ya ni te acuerdas de cuando decían que estaba regordeta. ¿Te acuerdas?

La señora Ashcroft negó con la cabeza despacio, porque nunca se precipitaba, y siguió cosiendo el forro de arpillera en un cesto de mimbre para herramientas, trenzado con trozos de tela. La señora Fettley continuó sacando retales a la luz primaveral que entraba entre los geranios del alféizar, y las dos se quedaron un rato calladas.

—¿Cómo es vuestra nueva visitadora? —preguntó la señora Fettley, señalando con la cabeza hacia la puerta. Era muy miope y al entrar casi se había tropezado con la mujer.

La señora Ashcroft dejó la gruesa aguja de coser el forro suspendida en el aire, ponderando su respuesta antes de dalla puntada.

—Aparte de que no trae muchas noticias, no tengo nada en contra de ella.

—La nuestra, la de Keyneslade, no para de hablar y es muy compasiva, pero nunca escucha las respuestas —dijo la señora Fettley—. Puedes seguir a lo tuyo y ella dale que dale.

—Ésta no habla mucho. Me da que va para monja anglicana.

—La nuestra está casada, pero dicen que de poco le vale… —la señora Fettley levantó su pronunciada barbilla—. ¡Ay, Señor! ¡Cómo sacuden el esqueleto esos condenados autobuses!

La casita revestida de azulejos tembló al paso de dos autobuses de cuarenta asientos alquilados especialmente para el partido en Bush Tye; los seguía humeando el coche de línea que iba al mercado de los sábados, en la capital del condado, y de uno de los abarrotados hostales salió un cuarto vehículo pura sumarse a la procesión, interrumpiendo el tráfico a los que iban de paseo.

—Sigues teniendo la lengua tan larga como siempre, Liz —observó la señora Ashcroft.

—Sólo cuando estoy contigo. El resto del tiempo soy la abuelita perfecta. Ese cesto es para uno de tus nietos, ¿verdad?

—Para Arthur… el mayor de mi Jane.

—Pero no trabaja en ninguna parte, ¿o sí?

—No. Es una cesta de picnic.

—Tienes suerte. Mi Willie está siempre pidiéndome dinero para uno de esos palos

en el aire que la gente pone en el jardín para oír la música que dan en Londres. Y yo se lo doy… ¡tonta de mí!

—Y seguro que luego no te da ni un beso, ¿verdad? —La triste sonrisa de la señora Ashcroft pareció volverse hacia dentro.

—¡Déjate de besos! Los chicos de hoy no son como hace cuarenta años. Lo quieren todo sin dar nada… ¡y nosotras a llagar! ¡Si es que somos tontas! ¡Willie me pide tres chelines de golpe!

—Es que no saben lo que cuesta el dinero —señaló la señora Ashcroft.

—Y la semana pasada —continuó la otra—, va mi hija y le pide al carnicero un kilo de tocino, y le dice que se lo corte, que ella no puede molestarse en cortarlo.

—Seguro que se lo cobró.

—Seguro. Tenía partida de tresillo en el Centro, y no podía molestarse en cortarlo. Eso me dijo.

—¡Hala!

La señora Ashcroft dio las últimas puntadas al forro del cesto. Apenas había terminado cuando su nieto de dieciséis años, seguido de la chica de turno, llegó corriendo por el sendero del jardín, preguntando a grito pelado sí el cesto ya estaba listo; le quitó el cesto de las manos a la señora Ashcroft y se largó sin dar las gracias. La señora Fettley lo miró fijamente.

—Se van de excursión a no sé dónde —explicó la señora Ashcroft.

—¡Ya! —dijo la otra, entornando los ojos—. Ése no tiene compasión por nadie. ¿A quién me ha recordado de pronto ese bribón?

—Tienen que mirar por ellos… como nosotras a su edad —lo disculpó la señora Ashcroft, empezando a servir el té.

—Tú sí que supiste mirar por ti, Gracie —dijo la señora Fettley.

—¿Por qué dices eso?

—No sé… De pronto me ha venido a la cabeza… esa mujer de Rye… no me acuerdo cómo se llamaba… ¿era Barnsley?

—Batten… estás pensando en Polly Batten.

—Eso… Polly Batten. Ese día que fue a por ti con una horca… cuando estábamos todos segando el heno en Smalldene… por haberle quitado el novio.

—¿Y no te acuerdas de que yo le di permiso para que se lo quedara? —dijo la señora Ashcroft con una sonrisa y un tono de voz más dulce que nunca.

—Sí… y todos creíamos que iba a clavarte la horca en el pecho.

—¡Qué va! Polly nunca se pasaba de la raya. Se le iba toda la fuerza por la boca.

—Yo siempre he pensado —dijo la señora Fettley tras una pausa—, que no hay cosa más tonta que dos mujeres peleándose por un hombre. Es como un perro con dos amos.

—A lo mejor. Pero ¿por qué te acuerdas ahora de eso, Liz?

—Por la cara del chico y la forma de andar. No lo había visto desde que era pequeño. Tu Jane no era así, pero… ¡él! ¡Es cómo si volviera a ver a Jim Batten…!

¿Eh?

—A lo mejor. Algunas dirían lo mismo… claro que ellas son estériles.

— ¡Ah! ¡Claro! ¡Qué cosas, qué cosas!…Y Jim Batten murió…

—Hace veintisiete años —dijo escuetamente la señora Ashcroft—. ¿Por qué no te acercas, Liz?

La señora Fettley se acercó a las tostadas con mantequilla, el pan de pasas, el té recocido y amargo, las peras en conserva caseras y un rabo de cerdo hervido y frío, para bajar los bollos de pan dulce, haciendo los oportunos cumplidos.

—Sí. No sé si debería comer tanto —dijo la señora Ashcroft pensativamente—. Pero sólo se vive una vez.

—¿Y nunca te sienta mal? —preguntó su invitada.

—La enfermera dice que antes me muero de indigestión que de mi pierna.

La señora Ashcroft tenía una úlcera muy antigua en el tobillo que requería los continuos cuidados de la enfermera, quien presumía (cuando no lo hacían otros por ella) de haberle hecho ya ciento tres curas desde que llegó al pueblo.

—¡Y tú que estabas tan sana! Se te han echado los años encima demasiado pronto. Me he fijado en cómo andas —dijo la señora Fettley, con sincero cariño.

—A todos nos llega la hora. Pero el corazón todavía me funciona —dijo la señora Ashcroft.

—Eso es porque siempre has tenido un corazón que vale por tres. Y eso una lo puede recordar cuando se va haciendo mayor.

—Tú también tienes cosas que recordar —fue la respuesta de la señora Ashcroft.

—Y tanto. Pero no pienso demasiado en eso; sólo cuando estoy contigo, Gra. Hacen falta dos palos para encender el fuego.

Con la boca entreabierta, la señora Fettley se quedó mirando el calendario de colores de la tienda de comestibles. La casita volvió a estremecerse con el rugido del tráfico, y del abarrotado campo de fútbol al fondo del jardín llegaba casi el mismo estruendo, porque todos disfrutaban de su sábado libre.

La señora Fettley estuvo un rato hablando, con suma precisión y sin interrupciones, antes de secarse los ojos.

—Y —concluyó— el mes pasado me leyeron su esquela en el periódico. Claro que ya no era asunto mío… hacía mucho tiempo que no lo veía. Y no podía decir nada ni demostrar nada. Ni siquiera tengo derecho a ir a Eastbourne para visitar su tumba. He pensado coger el autobús un día de éstos; pero en casa me harán muchas preguntas. Ni siquiera tengo ese consuelo.

—Pero has tenido tus satisfacciones.

—¡Ya lo creo que sí! Esos cuatro años que trabajó en el tren cerca de casa. Y los otros maquinistas le hicieron un funeral por todo lo alto.

—Entonces no tienes por qué quejarte. ¿Otra taza de té?

La luz y el ambiente habían ido cambiando a medida que el sol menguaba, y las dos mujeres cerraron la puerta de la cocina cuando empezó a refrescar. Una pareja de arrendajos piaban y alborotaban entre los desnudos manzanos del jardín.

Esta vez tenía la palabra la señora Ashcroft, acodada en la mesa, con la pierna mala en alto sobre un taburete…

—¡Y yo ni imaginarlo! Pero ¿qué te dijo tu marido? —preguntó la señora Fettley, una vez concluido el relato en tono grave.

—Dijo que por él podía largarme donde me diera la gana. Pero como estaba postrao, dije que lo cuidaría. Él sabía que no iba a aprovecharme, porque estaba malo. Duró ocho o nueve semanas. Luego le dio como un ataque, y se quedó varios días tieso como un palo en la cama. Y un día va y se levanta en la cama y me dice: «Reza para que ningún hombre te trate nunca como me has tratao tú a mí». Y yo le digo: «¿Y tú?». Porque tú sabes, Liz, cuánto le gustaban las faldas. «Los dos, pero yo me voy a morir y soy más sabio, y veo lo que se te avecina». Murió un domingo y lo enterramos un jueves… Y mira que yo lo había querido… anteso… ¿lo quise alguna vez?

—Eso no me lo habías contao —dijo la señora Fettley.

—Te lo cuento por lo que tú acabas de contarme. Cuando se murió, la escribí una carta a esa señora Marshall de Londres y la dije que estaba libre, y me dio mi primer trabajo de pinche en la cocina. ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo! Se alegró mucho, porque los dos se estaban haciendo mayores y yo me sabía sus costumbres. ¿Te acuerdas, Liz, que de vez en cuando iba a servir a su casa… cuando andábamos justos de dinero o… o cuando mi marido estuvo fuera… esa vez?

—¿Cuando estuvo seis meses en la cárcel de Chichester? —susurró la señora Fettley—. Nunca llegamos a saber lo que había pasao.

—Le podían haber caído más, pero el otro no murió.

—No tuvo nada que ver contigo, ¿verdá Gra?

—¡No! Esa vez fue por la mujer del otro. El caso es que cuando mi marido se murió volví con los Marshall, de cocinera, a la buena vida y a que me llamasen señora Ashcroft. Fue el año que tú te mudaste a Portsmouth.

—A Cosham —corrigió la señor Fettley—. Estaban construyendo bastantes casas nuevas. Primero se fue mi marido a buscar el cuarto y después me fui yo.

—Bueno, pues estuve más o menos un año en Londres y se me pasó como un suspiro; cuatro comidas al día y una vida cómoda. Luego, cuando se acercaba el otoño, los señores se fueron de viaje, a Francia; pero no me despidieron, porque no sabían pasarse sin mí. Me arreglé con el guardés y me vine a ver a mi hermana Bessie… con mi sueldo en el bolsillo y to dos contentos de verme.

—Eso debió de ser cuando yo estaba en Cosham —comentó la señora Fettley.

—Tú sabes, Liz, que en esa época nadie se andaba con tantos remilgos, igual que tampoco había cines ni partidas de tresillo. Todo el mundo aceptaba cualquier trabajo

por un chelín, ¿verdad? Estaba muy cansada de trabajar en Londres, y pensé que un cambio de aires me sentaría bien. Así que me quedé en Smalldene, y echaba una mano cuando tocaba sacar las patatas o desplumar a las gallinas y esas cosas. ¡Lo que se habrían reído en mi cocina de Londres, si me hubieran visto con mis botas de hombre y las enaguas arremangadas!

—¿Y te sentó bien? —se interesó la señora Fettley.

—No me fui por eso. Tú sabes igual que yo que las cosas no te pasan hasta que te pasan. La cabeza no te dice que no vayas por ese camino hasta que has llegado al final. No nos damos cuenta de lo que hacemos hasta que lo hemos hecho.

—¿Quién fue?

—Harry Mockler —dijo la señora Ashcroft, torciendo el gesto por el dolor de la pierna.

—¿Harry? —preguntó atónita la señora Fettley—. ¡El hijo de Bert Mockler! ¡Y yo sin pisparme de nada!

La señora Ashcroft asintió.

—Entonces me dije… porque de verdá lo creía… que lo que me gustaba era trabajar en el campo.

—¿Y qué pasó?

—Lo de siempre. Al principio todo fue divinamente… luego menos que nada. No me faltaron advertencias, pero no hice caso. Porque un día estábamos los dos juntos quemando basura, justo cuando estábamos empezando a… a conocernos… Era un poco pronto para quemar la basura, y se lo dije. Y él me soltó: «¡No! Cuanto antes acabemos con esta porquería, mejor». Y me lo dijo con un gesto duro como una roca. Y entonces me di cuenta de que por primera vez un hombre me mandaba, y eso no me había pasado nunca, porque siempre mandaba yo.

—¡Sí! ¡Sí! O mandas tú o mandan ellos —suspiró la otra—. Yo prefiero lo primero.

—Yo no. Pero Harry sí… Por entonces yo tenía que volver a Londres. Y no podía. ¡Sencillamente no podía! Conque un lunes por la mañana fui y me escaldé la mano y el brazo izquierdo con agua hirviendo, aposta, para quedarme otras dos semanas.

—¿Y valió la pena? —preguntó la señora Fettley, contemplando la cicatriz brillante en el brazo arrugado.

La señora Ashcroft asintió.

—Y después nos arreglamos para que él fuese a Londres a buscar trabajo en unas cuadras, cerca de donde yo vivía. Y se lo dieron. Ya me encargué yo de que se lo dieran. Nadie dijo nada. Ni siquiera su madre sospechó lo que pasaba. Él se mudó a Londres, y allí pasamos ese invierno, a menos de un kilómetro el uno del otro.

—Y seguro que tú le pagaste el billete y todo —dijo la señora Fettley con convencimiento.

La señora Ashcroft volvió a asentir.

—Todo me parecía poco para él. Era mi hombre y… ¡ay, Dios mío!… ¡lo que nos reíamos cuando salíamos a pasear de noche por las calles adoquinadas!, ¡y eso que a mí me mataban los callos! Nunca había estado igual. ¡Y él tampoco! ¡Él tampoco!

La señora Fettley soltó una risita para indicar que lo entendía.

—¿Y cómo terminó? —preguntó.

—Cuando me lo devolvió todo, hasta el último penique. Entonces lo supe, pero no quería enterarme. Va y me dice: «Has sido muy buena conmigo». Y yo le digo: «¡Buena! ¿Y lo que hay entre nosotros?». Y él venga a repetir lo buena que había sido con él y que no lo olvidaría nunca. Estuve dos o tres tardes sin creérmelo, porque no me lo podía creer. Hasta que me suelta que no está contento con su trabajo en las cuadras, que los otros la tienen tomada con él, y todas esas mentiras que cuentan los hombres cuando te van a plantar. Yo lo dejé que hablara, sin darle ni quitarle razón. Al final, me quité un broche que me había regalado y le dije: «Muy bien. Yo no te pido nada». Me di media vuelta y me marché. Estaba deshecha. Y él no insistió. Ni me buscó, ni escribió, ni nada. Volvió con su madre.

—¿Y tú querías que volviera? —preguntó implacable la señora Fettley.

—¡Más de una vez! ¡Más de una vez! Cuando pasaba por las calles por las que paseábamos juntos, me parecía que hasta las piedras gritaban bajo mis pies.

—Sí —asintió la señora Fettley—. No sé por qué, pero no hay nada que duela tanto. ¿Y se acabó?

—No. No se acabó. Eso es lo más raro, aunque no te lo creas, Liz.

—Me lo creo. Creo que estás siendo más sincera que nunca, Gra.

—Es verdad… Sufrí como no se lo deseo ni a mi peor enemigo. ¡Dios mío! ¡Las pasé canutas esa primavera! Me entraron unos dolores de cabeza que no había tenío en la vida. ¡Figúrate… yo con dolor de cabeza! Pero casi me alegré, porque así no pensaba…

—Es como el dolor de muelas —comentó la señora Fetley—. Tiene que doler y doler hasta que ya no puede más y se está quieto; y después… después no queda nada.

—A mí me ha quedado suficiente para toda la vida. Fue por la chica de la asistenta… Sophy Ellis se llamaba… Era todo ojos y codos, siempre con hambre. Yo le daba cualquier cosa de comer, pero no le hacía mucho caso, y mucho menos cuando pasó lo de Harry. Pero ya sabes lo que les pasa a las chicas a veces por primera vez; me cogió un cariño loco; ¡venga a manosearme y a abrazarme a todas horas! Y yo no tenía valor para echarla… Una tarde, me acuerdo que era al principio de la primavera, su madre la mandó a que le diésemos algo. Yo estaba sentada al lado de la chimenea, con el mandil puesto y un dolor de cabeza que me estaba volviendo loca, y de pronto llega la chica. Reconozco que estuve brusca con ella. Y va y dice: «¡Ah! ¿No es más que eso? ¡Yo se lo quito en un pispás!». La advertí que no me pusiera la mano encima, pensando que quería acariciarme la frente; y… a mí esas cosas no me van. Y me dice: «No la voy a tocar». Y coge y se va. No hacía ni diez

minutos que se había ido, cuando el dolor de cabeza se me pasa igual que vino. Y vuelvo a mi faena. Y de pronto vuelve la Sophy y se sienta en mi silla; sin hacer ruido, como un ratón. Y veo que tiene unas ojeras que para qué y muy mala cara. Y le pregunto qué le ha pasao. «Nada. Sólo que ahora lo tengo yo». «¿Que tienes qué?», le digo. «Su dolor de cabeza», me dice toda ronca y sin despegar los labios. «Me lo he pasado a mí», me dice. Y yo le digo: «Tonterías. Se me ha quitao solo, mientras tú andabas por ahí. Anda, siéntate, que te hago una taza de té». «No servirá de nada; me durará lo mismo que a usted. ¿Cuánto le duran esos dolores de cabeza?». Y le digo: «Como sigas diciendo tonterías tendré que llamar al médico…», porque me pareció que había cogido el sarampión. «¡Ay, señora Ashcroft!», me dice, estirando esos bracitos tan flacos. «¡La quiero tanto!». Y esa vez tampoco me atreví a echarla. Me la senté encima y la estuve consolando. «¿De verdad se le ha quitado?», me dice. «Sí, y si has sido tú quien me lo ha quitado, te estoy muy agradecida», le digo. «¡Pues claro que he sido yo!», dice ella, y me apoya la mejilla en la mía. «Yo soy la única que lo sabe», me dice. Y entonces va y me cuenta que ha cambiado mi dolor de cabeza por el suyo en una Casa de los Deseos.

—¿Qué es eso? —preguntó bruscamente la señora Fettley.

—Una Casa de los Deseos. ¡No! Yo tampoco había oído hablar de eso. Al principio no entendía nada, pero luego me lo fue explicando y vi que era una casa que llevaba mucho tiempo vacía y cualquiera podía meterse allí. Me contó que se lo había enseñado una niña con la que jugaba en las cuadras donde trabajaba Harry. Me dijo que la niña pasaba el invierno en Londres en un carromato. Y me figuré que eran gitanos.

—¡Ahh! ¡Los gitanos saben muchas cosas! Pero nunca había oído hablar de una Casa de los Deseos, y mira que he oído cosas —dijo la señora Fettley.

—La Sophy me dijo que había una Casa de los Deseos en Wadloes Road… a pocas manzanas, camino de la frutería donde comprábamos nosotros. No había más que tocar el timbre y decir el deseo por la boca del buzón. Le pregunté si eran las hadas. Y va y me dice: «¿Es que no sabes que en una Casa de los Deseos no hay hadas? Sólo hay un ánima».

—¡Virgen Santa! ¿De dónde habrá sacado esa palabra? —exclamó la señora Fettley; porque un ánima es el espíritu de los muertos o, peor aún, de los vivos.

—Se lo dijo la niña del carromato. A mí, Liz, aquello me dio miedo, y como la tenía en brazos, ella tuvo que notarlo. Entonces la aprieto fuerte y le digo: «Has sido muy buena por quitarme el dolor de cabeza. Pero ¿por qué no pediste un deseo para ti?». Y me dice: «No se puede. En una Casa de los Deseos sólo puedes pedir que si a alguien le pasa algo malo se lo quiten. Siempre le quito los dolores de cabeza a mi madre, cuando es buena conmigo; pero es la primera vez que puedo hacer algo por usted. ¡Ay, señora Ashcroft! ¡Cuánto la quiero!». Y venga con lo mismo, Liz; te aseguro que me puso la carne de gallina. Y le pregunté cómo era un ánima.

Y me dice: «No lo sé, pero después de tocar el timbre la oyes subir corriendo

desde el sótano hasta la puerta. Luego le pides el deseo y te marchas». Y le digo: «¿Y el ánima no abre la puerta?». Y me dice: «No, no. Pero la oyes reírse detrás de la puerta. Entonces le pides que le quite lo malo a la persona que tú quieres mucho. Y te vas». No le hice más preguntas, porque estaba muy cansada y tenía mucha fiebre. Le estuve haciendo arrumacos hasta que llegó la hora de encender el gas y, un poco después, el dolor de cabeza… el mío, supongo… se le quitó, y se fue a jugar con el gato.

—¡Qué cosa tan rara! —dijo la señora Fettley—. ¿Y… no le preguntaste nada más?

—Ella sí me preguntaba, pero yo no quería hablar de esas cosas con una niña.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Cuando me daba el dolor de cabeza, me sentaba en mi habitación, en vez de en la cocina. Pero no podía dejar de pensarlo.

—No me extraña. ¿Y nunca más te dijo nada?

—No. Ella sólo sabía lo que le había contado la niña gitana, y que el encantamiento funcionaba. Y luego… eso fue en mayo… pasé el verano en Londres. Hacía mucho calor y mucho viento, y las calles apestaban a mierda de caballo seca, porque el viento se las llevaba de un lado para otro y se acumulaban hasta la altura de los bordillos. Hoy ya no pasan esas cosas. Tenía las vacaciones justo antes de la recogida del lúpulo, y me vine otra vez con la Bessie. Ella se dio cuenta de que había adelgazao y que tenía ojeras.

—¿Y viste a ‘Arry?

La señora Ashcroft asintió.

—El cuarto… no, el quinto día. Era un miércoles. Yo ya sabía que había vuelto a trabajar en Smalldene. Me crucé con su madre en la calle y se lo pregunté, con todo el descaro. No me pudo contar mucho, porque ya sabes qué lengua tenía la Bessie… que no paraba de hablar. Pero ese miércoles, iba yo paseando con uno de los niños de la Bessie colgao de mis faldas por detrás de Chanter’s Trot. Y de buenas a primeras siento que él está detrás, y por su manera de andar noto que había cambiao. Empecé a andar más despacio y vi que él hacía lo mismo. Entonces hice como que tenía que pararme con el chico por algo, para que él me adelantara. Y no tuvo más remedio. No dijo más que «buenas tardes», y pasó de largo, aparentando como si nada.

—¿Estaba borracho?

—¡Qué va! Encogido y arrugao; parecía un espantajo con la ropa colgando, y tenía el cogote más blanco que la cal. Tuve que aguantarme para no abrir los brazos y llamarlo. Tragué saliva hasta que volví a casa y los chicos se acostaron. Entonces, después de cenar, la pregunto a la Bessie: «¿Qué narices le ha pasao a ‘Arry Mockler?». Y la Bessie me cuenta que ha estao dos meses en el hospital; se había cortao el pie con una pala sacando el barro del estanque en Smalldene. El barro estaba infestao y primero se le infestó la pierna y luego se le subió por todo el cuerpo. Hacía sólo quince días que había vuelto a su trabajo… de carretero en Smalldene. La

Bessie me dijo que el médico dijo que seguramente no aguantaría las heladas de noviembre, y su madre le contó a la Bessie que ni dormía ni comía y que sudaba a chorros, aunque durmiera desabrigao. Y por las mañanas no paraba de escupir. Y yo dije: «¡Ay, madre! Aunque a lo mejor la recogida del lúpulo le sienta bien». Y cojo mi labor y me pongo a coser debajo de la lámpara, como si nada. Pero esa noche (mi cama estaba en el lavadero) me la pasé llorando. Y tú sabes, Liz, porque has estao conmigo en los partos, que yo tengo que estar muy mala para llorar.

—Sí; pero el dolor del parto es sólo dolor —dijo la señora Fettley.

—Cuando cantó el gallo me fui a la cocina a ponerme té frío en los ojos para que no se notara. Y a última hora de la tarde… iba yo a poner unas flores en la tumba de mi marido, por guardar las apariencias… volví a encontrarme con ‘Arry, donde ahora está el Monumento a los Caídos. Él volvía de las cuadras y no me vio. Lo miro de arriba abajo y le digo en voz baja: «‘Arry, vente a Londres a descansar». Y me dice: «No, porque no puedo darte nada». Y le digo: «Yo no te pido nada. ¡Por Dios que no te pido nada! Sólo que vengas a Londres para que te vea un médico». Y él me mira con los ojos tristes y me dice: «Ya no se puede hacer nada, Gra. Sólo me quedan unos meses». Y yo le digo: «¡Ay, ‘Arry! ¡Ay, ‘Arry, eres mi hombre!».

Y no pude decir más; se me hizo un nudo en la garganta. Y él me dice: «Muchísimas gracias, Gra», pero no dijo que yo fuera su mujer. Y siguió calle arriba, y su madre… la muy bruja… lo estaba esperando, y en cuanto entró candó la puerta.

La señora Fettley alargó un brazo por encima de la mesa liara rozar la manga de la señora Ashcroft, a la altura de la muñeca, pero ésta apartó la mano.

—Y me marché al cementerio con mis flores, y entonces me acordé de la advertencia que mi marido me hizo esa noche. Es verdad que tenía la sabiduría de la muerte, y todo se cumplió como me dijo. Pero cuando estaba poniendo las flores en la tumba, se me ocurrió que a lo mejor podía hacer algo por ‘Arry. Dijera lo que dijera el médico, tenía que intentarlo.

Y lo hice. Al día siguiente llegó una cuenta de nuestra tienda de Londres. La señora Marshall me había dejao dinero para esas cosas, claro, pero yo le dije a la Bessie que tenía que volver a casa. Y esa misma tarde cogí el tren.

—Y… ¿no te daba miedo?

—¿De qué? Ya no me quedaba más que mi vergüenza y la crueldad de Dios. Sabía que ya nunca podría tener a ‘Arry… ¿no? Y sabía que eso me quemaría hasta que me consumiera.

—¡Ay! —exclamó la señora Fettley, haciendo un nuevo intento de acercarse a la muñeca de su amiga; y esta vez, la señora Ashcroft se lo permitió.

—De todos modos me consoló saber que al menos podía intentarlo. El caso es que fui a pagar la cuenta al frutero, me guardé el recibo en el bolso y eché a andar hacia la casa de la señora Ellis… nuestra asistenta. Le pedí las llaves para abrir la casa. Lo primero que hice fue hacerme la cama. Y me acordé del refrán[26]. Luego me preparé una taza de té y me senté en la cocina, y estuve pensando casi hasta que

empezó a oscurecer. Casi era de noche. Entonces me vestí y salí con mi recibo en el bolso, haciendo como que buscaba unas señas. La casa estaba en el número 14 de Wadloes Road. Era una casita con la cocina en el sótano, en una fila de veinte o treinta todas iguales, con jardincitos en la entrada y la pintura de las puertas pelada, con pinta de que nadie se ocupaba de nada. Casi no había nadie en la calle, aparte de los gatos. ¡Hacía demasiao calor! Me planté en la puerta, con todo el valor. Subí los escalones y llamé al timbre. Sonó muy fuerte, como pasa en las casas vacías. Cuando dejó de sonar, me pareció como si arrastraran una silla por el suelo de la cocina. Después oí pasos en la escalera, como de una mujer gorda en zapatillas. Los pasos llegaron hasta lo alto de la escalera y cruzaron el vestíbulo… oí crujir los tablones del suelo… y se pararon en la puerta. Me acerqué a la boca del buzón y dije: «Que me pase a mi todo lo malo que le pasa a mi hombre, a ‘Arry Mockler, por el amor que le tengo». Entonces, lo que estaba al otro lado de la puerta soltó el aire, como si lo hubiera estado aguantando para oírme mejor.

—¿Y no te dijo nada? —preguntó la señora Fettley.

—Nada. Sólo soltó el aire… como un aah. Luego los pasos volvieron a las escaleras de la cocina… arrastrando los pies, y volví a oír que arrastraban la silla.

—¿Y tuviste el valor de aguantar delante de esa puerta, Gra?

La señora Ashcroft asintió.

—Me marché, y me crucé con un hombre que me dijo: «¿No sabía usted que esa casa está vacía?». Y yo le dije: «No. Me han debido dar mal el número». Volví a nuestra casa y me metí en la cama, porque estaba reventada. Hacía tanto calor que sólo podía dormir a ratos, y me pasé la noche levantándome y acostándome, hasta que amaneció. Entonces fui a la cocina para prepararme una taza de té, y me di un golpe justo encima del tobillo, con una de las tenazas que la señora Ellis había separao de la esquina cuando estuvo limpiando. Y luego esperé a que los Marshall volvieran de vacaciones.

—¿Allí sola? ¿No te daba miedo la casa vacía? —preguntó la señora Fettley, horrorizada.

—Bueno, la señora Ellis y la Sophy empezaron a venir en cuanto que supieron que yo había vuelto, y entre todas limpiamos la casa de arriba abajo. En una casa siempre hay mucho que hacer. Y así me pasé ese otoño y ese invierno en Londres.

—¿Y no te pasó nada… por lo que habías hecho?

La señora Ashcroft sonrió.

—No. Entonces no. Más tarde, en noviembre, le mandé a la Bessie diez chelines.

—Tú siempre tan generosa —interrumpió la señora Fettley.

—Y con las demás noticias me enteré de que había conseguido lo que quería. La Bessie me contó que la recogida del lúpulo le había sentao de maravilla a ‘Arry. Estuvo seis semanas y luego volvió a su trabajo en Smalldene. A mí me daba igual cómo hubiese pasao… lo que me importaba es que había pasao. Pero los diez chelines tampoco me tranquilizaron mucho. Si ‘Arry se hubiera muerto, sería mío

hasta el día del Juicio; pero si estaba vivo, a lo mejor no tardaba en liarse con alguna. Y eso me daba mucha rabia. Y con la primavera me pasó otra cosa que me fastidió mucho. Me había salido un furúnculo muy feo por encima del tobillo, que no se iba con nada. Me ponía enferma, porque yo siempre he tenido muy buena piel. Ya me puedo cortar con una pala que enseguida me curo, como la tierra. La señora Marshall se empeñó en que me lo viera su médico. El médico dijo que tenía que haber ido a verlo mucho antes, en vez de pasarme meses escondiéndolo con medias oscuras. Dijo que era de pasar mucho tiempo de pie, por mi trabajo, porque estaba muy cerca de una vena que se había hinchao, por detrás del tobillo. «Tarda en venir y tarda en irse. Descanse con la pierna en alto, y se irá aliviando. Pero no deje que se le cierre demasiado pronto. Tiene usted una pierna muy fuerte, señora Ashcroft». Y me puso compresas húmedas.

—Hizo bien —señaló la señora Fettley—. En heridas húmedas, compresas húmedas. Se tragan la pus como las lámparas el aceite.

—Cierto. Y la señora Marshall venga a recordarme que descansara, y esa noche me mejoró. Y después me mandaron aquí con la Bessie, para que terminara de curarme, porque yo no soy de las que se pueden estar quietas cuando hay tanto por hacer. Para entonces tú ya habías vuelto al pueblo, Liz.

—Sí, sí. Pero… ¡cómo iba yo a saber!

—Yo no quería que lo supieras —dijo la señora Ashcroft con una sonrisa—. Me crucé con ‘Arry un par de veces por la calle; había engordao y se había curao del todo. Un día no lo vi, y su madre me contó que un caballo le había dao una coz en la cadera. Estaba en la cama con muchos dolores. La Bessie le dijo a la madre que era una lástima que ‘Arry no tuviera una mujer que lo cuidara. ¡Y no veas cómo se puso! Nos dijo que ‘Arry nunca había mirao a ninguna mujer, y que mientras ella siguiera con vida cuidaría de él hasta que se le cayeran las manos. Y entonces me di cuenta de que me vigilaría como a un perro, y eso que yo ni siquiera pedía un hueso.

La señora Fettley se echó a reír.

—Ese día —continuó la señora Ashcroft— casi no me senté un momento, viendo ir y venir al médico, porque creían que a lo mejor le había roto alguna costilla. Se me abrió el furúnculo y me empezó a supurar. Al final resultó que ‘Arry no tenía nada en las costillas y pasó buena noche. A la mañana siguiente, cuando me lo contaron, me dije: «No sumes dos y dos todavía. Quédate una semana de pie y a ver qué pasa». Ese día no me dolió mucho… al contrario; casi parecía que me daba fuerzas… y ‘Arry volvió a pasar buena noche. Eso me animó a seguir, pero no quise sumar dos y dos hasta el fin de semana, cuando ‘Arry estaba otra vez como si nada… sano por dentro y por fuera. Casi me pongo de rodillas en el lavadero cuando la Bessie salió a la calle. «Ya eres mío. Yo te daré el bien mientras viva, aunque tú no lo sepas. ¡Ay, Dios mío, dame muchos años de vida por el bien de Harry!», dije. Y creo que eso me alivió los dolores.

—¿Para siempre? —preguntó la señora Fettley.

—Han vuelto muchas veces, pero, por fuertes que fueran, yo sabía que era por él. Lo sabía. Y entonces empecé a dirigirlos, como dirigía mi cocina, hasta que aprendí a tenerlos cuando yo quería. Aunque la verdad es que era muy raro. Habia veces, Liz, que el furúnculo se encogía y se secaba. Al principio yo intentaba que me volviera a salir, porque me daba miedo dejar a ‘Arry demasiao tiempo solo y que le pasara algo malo. Después comprendí que eso era una señal de que él estaba bien, y así me salvé.

—¿Y cuánto duró eso? —preguntó la señora Fettley con enorme interés.

—A veces he pasao casi un año sin que el furúnculo se viera más que un poquitín. Se encogía y se secaba. Hasta que él lo volvía a inflamar, para avisarme, y entonces me dolía. Cuando no podía más… porque tenía que seguir con mi trabajo en Londres, ponía la pierna en alto hasta que se me pasaba el dolor. Pero no creas que se me quitaba pronto. Y por cómo me dolía esas veces, yo sabía que ‘Arry me necesitaba. Entonces le mandaba cinco chelines a Bess, o algo para los chicos, para enterarme de si es que le pasaba algo porque yo me había descuidado. ¡Y así seguí! Así, año tras año, Liz, cuidando de él, y todo lo bueno que le pasaba era gracias a mí… así año tras año.

—¿Y qué sacabas tú de todo eso, Gra? —preguntó la señora Fettley, casi sollozando—. ¿Lo veías a menudo?

—A veces… cuando me venía aquí por vacaciones. Y desde que me vine para siempre más. Pero no me ha mirao ni una sola vez; ni a mí ni a ninguna más que a su madre. ¡Y mira que yo lo vigilaba! Y ella también.

—¡Así años y años! —repitió la señora Fettley—. ¿Y dónde trabaja ahora?

—Hace mucho que dejó las cuadras. Trabaja en una de esas fábricas de tractores… ésas en las que también hacen arados, y tengo oído que a veces va con los camiones… hasta Gales. Cuando viene está con su madre; pero ahora me paso semanas sin verlo. Con ese trabajo no puede quedarse mucho tiempo en el mismo sitio.

—Pero… es un decir… suponte que a Harry le diera por casarse —dijo la señora Fettley.

La señora Ashcroft resopló con fuerza entre los dientes, uniformes y todavía propios.

—Nunca se me ha ocurrió pensarlo —dijo—. Supongo que se me tendrían en cuenta mis dolores, ¿no crees, Liz?

—Seguro que sí, hija. Seguro que sí.

—A veces me duele. Ya verás cuando venga la enfermera. Se cree que no sé lo que tengo.

La señora Fettley comprendió. La naturaleza humana raras veces se atreve a pronunciar la palabra «cáncer».

—¿Estás completamente segura, Gra?

—Desde que el señor Marshall me mandó subir a su despacho y me soltó un sermón sobre mi lealtad. Llevaba bastante tiempo sirviendo en su casa, aunque no lo

suficiente para que me dieran una pensión. Pero me dan una asignación semanal mientras viva. Desde ese momento supe lo que significaba… de eso hace ya tres años.

—Eso no demuestra nada, Gra.

—¿Darle quince chelines a la semana a una mujer que podría vivir veinte años si la naturaleza sigue su curso? ¡Claro que sí!

—¡Te equivocas! ¡Te equivocas! —insistió la señora Fettley.

—No me puedo equivocar, cuando los bordes están todos dados la vuelta como… como un cuello de camisa. Ya lo verás. Además, yo ayudé a amortajar a Dora Wíckwood. Ella tenía lo mismo que yo, en el sobaco.

La señora Fettley se quedó un rato pensativa y luego inclinó la cabeza, como si se diera por vencida.

—¿Y cuánto crees que te queda a partir de ahora, hija?

—Tarda en venir y tarda en irse. Pero si no te vuelvo a ver antes de la próxima recogida del lúpulo, Liz, ésta será nuestra despedida.

—No sé yo si podré apañarme para entonces sin un perrito que me guíe. Los chicos no quieren molestias, y… ¡ay, Gra…! Me estoy quedando ciega… ¡Me estoy quedando ciega!

—¡Vaya! ¡Por eso no has hecho más que dar vueltas con la colcha todo el rato! Ya me parecía a mí… Pero, seguro que el dolor se tiene en cuenta, ¿no crees, Liz? El dolor tiene que contar para que Harry siga… donde yo quiero que esté. Dime que no ha sido todo en vano.

—Seguro que no… seguro, hija mía. Recibirás tu recompensa.

—No quiero más que eso… que el dolor se tenga en cuenta.

—Se tendrá… se tendrá, Gra.

Llamaron a la puerta.

—Debe ser la enfermera. Llega antes de tiempo —dijo la señora Ashcroft—. Anda, abre.

La joven entró enérgicamente, con una bolsa llena de frascos tintineantes.

—Buenas tardes, señora Ashcroft. He venido un poquito antes que de costumbre porque esta noche hay baile en el Centro. Supongo que no le importará.

—Claro que no. Yo ya no estoy para bailes —dijo la señora Ashcroft, volviendo a ser la prudente criada—. Aquí mi vieja amiga, la señora Fettley, que me ha estado haciendo compañía un rato.

—Espero que no se haya fatigado —dijo la enfermera en tono un tanto frío.

—Al contrario. Ha sido un placer. Sólo… sólo al final me he sentido un poquitín… un poquitín cansada.

—Ya, ya. —La enfermera ya se había puesto de rodillas, con todos los líquidos a mano—. Ya me he dado yo cuenta de que las señoras mayores no paran de hablar cuando se reúnen.

—Puede que tenga razón —dijo la señora Fettley, poniéndose en pie—. Me iré,

para no estar de más.

—Espera un poco —dijo la señora Ashcroft con un hilillo de voz—. Me gustaría que lo vieras.

La señora Fettley lo vio y se estremeció. Luego se inclinó y besó a la señora Ashcroft, primero en la frente macilenta y después en los desvaídos ojos grises.

—Seguro que cuenta… el dolor, ¿verdad que sí? —Los labios, que aún conservaban algún rastro de su dibujo original, apenas susurraron las palabras.

La señora Fettley se los besó y se alejó hacia la puerta.

RAHERE

Rahere, bufón del rey Enrique, aterraba con sus modos a los señores normandos:
clavábanse sus ojos en los pechos, deshonraba su lengua a las espadas;
nutrido y halagado por el clero —que bien sabía el puesto que ocupaba
en los turbios consejos del oscuro monarca—, presa cayó de un mal humor del alma.

Se figuró de pronto los días de su vida, los aún por venir y los pasados,
tan vacíos y yermos, tan fijados e insulsos como esas leguas de desnuda arena
cuando en St. Michael retrocede el mar hasta la línea gris del horizonte,
y las aguas extensas, traicioneras, se alejan de la vista y del oído.

Se hundió luego su espíritu en la noche más negra, y, sin tardanza
(quién lo viera, crispado de dolor, emblanquecido y deambulando a solas),
acercóse a él Gilberto, el médico de la corte, y susurró en su oído:
«Lo tienes, ¿verdad, hermano?». «Lo tengo», Rahere dijo.
«Así llega —Gilberto con voz suave— esa angustia inmanente en todo hombre.
Es un humor del alma que con brío aborrece del exceso;
y todo cuanto a éste da sustento, ya sea ingenio o riqueza, ya sea poder o fama
(y tú lo tienes todo), se esfuerza el alma en expulsar sin falta.

»Por eso el odio propio en la mirada triste… de ahí el ceño fruncido;
de ahí la carga de Wanhope y el dolor en el cuerpo y en el alma.
Debe afrontarlo este bufón alegre y aprenderlo también este sabio galeno;
Pues llega… llega —añadió Gilberto— tal como pasa… y vuelve».

Era grande el tormento de Rahere, y vagaba el bufón ausente y mudo,
hasta que fue a la plaza, pestilente, atestada, donde se levantaban los patíbulos.
(Seguido de Gilberto, el físico de la corte). Bajo los pies del reo —el cuello roto—,
sentábase un leproso al lado de su esposa, cortando pan, felices.

Iba el hombre cubierto de barbilla a tobillo —obsceno, ya sin dedos y sin rostro—,
putrefacta la carne, tal como para el hombre se ha dispuesto; intacta y limpia ella,
feliz, junto a su hombre canturreando, y tras ellos Rahere,
sin poder contener otro de sus gemidos al verlos tan dichosos.

«Llega así —habló Gilberto—. Llega. Así es desde que hay vida.
Es un gesto del alma que Dios al hombre quiso revelarle,
pues cuando hay amor en demasía, grande es la mancha y grande la caída,
y dicen las Sagradas Escrituras que no sabe de excesos el amor si es perfecto.

»Por eso no ve el ojo los defectos… ni se muestra la hora con recato.
De ahí que sostenga el alma con firmeza que Sustancia y Esencia son lo mismo.
No se libran siquiera los mezquinos, y la sufre igualmente el poderoso.
Pues llega… llega —dijo Gilberto—, ¡y como ves, no muere!».

UNA VIRGEN EN LAS TRINCHERAS

CARROMATOS GITANOS

A menos que procedas de la estirpe gitana,
que a todas horas roba, día y noche,
cierra tu corazón con dos vueltas de llave
y deshazte de ésta de inmediato.
Entiérrala bajo una piedra negra,
junto a la lumbre del hogar paterno,
y no pierdan tus ojos de vista lo que eres
ni transiten tus pies por senda impropia.
Podrás entonces pararte en el umbral
y reír cuando veas pasar sus carromatos…
pues no está bien que viva el payo
como es costumbre entre los romanís.

A menos que poseas esa sangre gitana
que gusta de quitar sin reparar en nada,
conténtate tan sólo con aquello que tienes
y obra con diligencia en tus asuntos.
Labra, escarda y aplasta los surcos de la tierra
y siembra lo que deba ser sembrado;
mas no consientas nunca que el corazón escape de tu mano,
ni lo dejes tampoco latir por los caminos.
Prosperarás así con tu propio alimento
mientras que ves pasar los carromatos…
Pues no está en la manera de la sangre del payo
amar como lo hace el romaní.

A menos que te adornen los ojos de un gitano
que ven, aunque rara vez lloran,
aparta la mirada de los cielos vacíos
y no habrán las estrellas de trastornar tu sueño.
La luna contempla a través del cristal de tu ventana
y descifra en su rostro el tiempo que presagia;
mas no salgas corriendo en la noche lluviosa
ni regreses a casa mientras cae el rocío.

Podrás acurrucarte y entrecerrar los ojos
cuando junto a tu puerta pasen los carromatos…
pues no está bien que el payo
camine como lo hace el romaní.

A menos que procedas de la raza gitana
que cuenta siempre el tiempo de la misma manera,
sé consciente del Tiempo y del Lugar:
del Juicio y del Buen Nombre:
y dirige tu vida para vivir la vida
tal como a tu persona corresponde;
¡se reirán de ti cuando llegue tu hora,
tu dios y tu mujer, y también los gitanos!
Pero podrás pudrirte después en tu agujero
mientras los carromatos prosiguen su viaje…
pues no hay razón para que muera el payo
como debe morir el romaní.

Habla en su corazón el hombre, hijo de hombres,
ponderando las obras de los dioses del cielo,
que en verdad y mil veces al hombre le han mostrado,
prodigiosa piedad y un amor infinito.

Dulce y único amor, deleite de mi vida,
querido aunque los días nos hayan separado,
perdido sin remedio y lejos de la vista,
sólo una vez los dioses harán esto en el mundo.

Swinburne, «Les Noyades»

A la vista del elevado número de soldados trastornados que llegaban a la Logia de Instrucción (adscrita a Obras y Fe, Constitución inglesa 5837) en los años posteriores a la guerra, lo asombroso era que no hubiese más hermanos a quienes un encuentro repentino con los viejos camaradas devolviera bruscamente a un pasado todavía en carne viva. Nuestro orondo médico local, un hombre con barba en forma de torpedo —el hermano Keede, gran maestre—, se apresuraba siempre a tratar la histeria antes de que la situación se fuera de las manos; y cuando examinaba yo a algún hermano desconocido o con insuficientes referencias en el aspecto masónico, le enviaba los casos que me suscitaban alguna duda. Contaba él con experiencia como oficial médico de un batallón del sur de Londres durante los dos

últimos años de guerra, de ahí que, como es natural, se encontrara a menudo con amigos y conocidos entre quienes lo visitaban.

El hermano C. Strangwick, un joven espigado y nuevo en la Orden, llegó procedente de alguna de las logias del sur de Londres. Sus informes y referencias estaban fuera de toda duda, pero había en sus ojos un brillo extraño y un cerco rojizo que podían ser síntoma de nervios. Lo llevé personalmente a ver a Keede, quien reconoció en él a un ordenanza del cuartel de su viejo batallón, le dio la enhorabuena por su recuperación —había quedado exento del servicio por alguna dolencia— y al punto se zambulló en sus recuerdos del Somme.

—Confío en haber hecho lo correcto, Keede —le dije mientras nos vestíamos las túnicas antes del ritual.

—Desde luego. Me ha recordado que lo atendí en Sampoux en 1918, cuando se desmoronó. Era un mensajero.

—¿Sufrió un shock? —me interesé.

—Considerable… aunque por un motivo distinto del que quiso hacerme creer. Sin embargo, no fingía. Sus ataques eran muy graves… aunque intentaba confundirme en cuanto a las causas… En fin, supongo que si lográramos que los pacientes dejaran de mentir, la medicina sería demasiado fácil.

No me pasó inadvertido que, tras el rito, Keede le ofreciera un puesto un par de filas por delante de nosotros para que disfrutara de una conferencia sobre la orientación del templo del rey Salomón que uno de los hermanos, un hombre muy conspicuo, consideró un buen interludio entre el oficio y la estupenda merienda que llamábamos «banquete». Aun con ayuda del tabaco, la conferencia resultó un suplicio. Más o menos mediada la alocución, Strangwick, que llevaba un rato rebulléndose de inquietud, se puso en pie, empujó la silla haciéndola chirriar sobre el mosaico del suelo y gritó: «¡Ay, tía, no puedo soportarlo más!». Y en medio de una carcajada de asentimiento general, pasó bruscamente a nuestro lado, tambaleándose en dirección a la puerta.

—¡Me lo temía! —me susurró Keede—. ¡Acompáñeme!

Lo alcanzamos en el pasillo, donde vociferaba histérico, retorciéndose las manos. Keede lo condujo a la sala del centinela, una pequeña estancia donde guardábamos todo tipo de trastos, como muebles o vestiduras, y echó el cerrojo a la puerta.

—Estoy… estoy bien —empezó a decir el muchacho, en tono lastimero.

—Claro que sí —dijo Keede, abriendo un armario que yo ya le había visto abrir en otras ocasiones, para mezclar sal volátil y agua en una probeta graduada y, mientras Strangwick bebía la mezcla, conducirlo suavemente hasta un viejo sofá—. Ya está —dijo—. No hay razón para escribir a casa. Te he visto diez veces peor. Supongo que nuestra conversación te ha traído recuerdos.

Enganchó con un pie la silla que tenía delante, tomó las manos del paciente entre las suyas, y se sentó. La silla crujió.

—¡No! —gritó Strangwick—. ¡No puedo soportarlo! ¡No hay nada en el mundo

como ese crujido! Y… y cuando se funde… ¡tenemos que sacarlos con palas! ¿Se acuerda usted de las botas de los franceses bajo las tablas del túnel…? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

Alguien llamó a la puerta para comprobar si estábamos todos bien.

—¡Muy bien, gracias! —dijo Keede por encima del hombro—. Pero necesitaré esta habitación un rato. Eche las cortinas, por favor.

Oímos chirriar las anillas de las colgaduras en el pasillo que separaba la logia de la sala del banquete, y el bullicio de pisadas y voces se extinguió por completo.

Entre espasmos que no podía controlar, se lamentaba Strangwick de cómo crujían los cadáveres congelados.

—Sigue intentando confundirme —susurró Keede—. No es eso lo que le preocupa… como tampoco lo era la última vez.

—Pero seguro que esas cosas se quedan muy grabadas en el cerebro —repliqué—. Recuerde que en octubre…

—A este chico no. —Me interrumpió Keede—. Me pregunto qué es lo que en verdad le atormenta. ¿Usted qué opina? —preguntó, en tono perentorio.

—La Punta de los Franceses y la Línea del Carnicero —murmuró Strangwick.

—Sí, allí había muchos. Pero, supón que nos enfrentamos con los franceses en lugar de saludarlos cada vez que nos topamos con ellos. —Keede se volvió hacia mí indicándome con la mirada que le siguiera el juego.

—¿Qué pasó en la Punta de los Franceses? —me atreví a preguntar.

—Era una trinchera, cerca de Sampoux, que les quitamos a los franchutes. Son duros, pero como nación son poco organizados. Habían cubierto las dos paredes con cadáveres para contener el barro. Las trincheras son como las gachas cuando el hielo se funde. Los nuestros tuvieron que hacer lo mismo… en otro lugar; pero la Línea del Carnicero, que estaba en la Punta de los Franceses, fue el… ejem… el no va más. Justo entonces tuvimos la suerte de arrebatarles una posición a los alemanes, y con eso resolvimos el problema… a partir de noviembre dejamos de usar la Línea del Carnicero. ¿Te acuerdas, Strangwick?

—¡Dios mío, sí! Cuando no había tablones tenías que pisar los cadáveres, y crujían.

—Es normal. Como el cuero —respondió Keede—. Altera un poco los nervios, pero…

—¿Nervios? ¡Es real! ¡Es real! —replicó Strangwick tragando saliva.

—Ya verás como a su debido tiempo te olvidas de todo; en menos de un año. Te daré un poco de tranquilizante, y lo abordaremos con serenidad. ¿Verdad que sí?

Keede abrió de nuevo su armario y le administró una dosis cuidadosamente medida de un líquido oscuro que no era sal volátil.

—Esto te tranquilizará en pocos minutos —explicó—. Tiéndete y no hables si no te apetece.

Me miró, mesándose las barbas.

—Siií. Lo de la Línea del Carnicero no fue agradable. El ver a Strangwick me ha hecho recordarlo todo. ¡Qué raro! El sargento de la sección número dos (¿cómo diablos se llamaba?) era un pájaro bien entrado en años que debió de mentir como un patriota para que le permitieran ir al frente a su edad; pero era un suboficial de primera y el último hombre del que esperarías un error. En el mes de enero del dieciocho le dieron un permiso de dos semanas. Tú estabas por entonces en el cuartel general del batallón, ¿te acuerdas, Strangwick?

—Sí. Era ordenanza. Fue el veintiuno de enero —dijo Strangwick, con la lengua pastosa y los ojos cargados. La droga, fuera cual fuese, empezaba a surtir efecto.

—Más o menos —asintió Keede—. El sargento en cuestión, en lugar de bajar desde las trincheras como era habitual, para unirse al destacamento al caer la noche y tomar el tren en dirección a Arras, decidió pasar un rato calentito. Se metió en un túnel de la Línea del Carnicero que los franceses habían usado como puesto de avituallamiento, y se intoxicó con un par de braseros de carbón puro. Resultó que aquél era el único refugio subterráneo cuya puerta se abría hacia dentro (un dispositivo antigás de los franceses, supongo), y llegamos a la conclusión de que la puerta debió de cerrarse por accidente mientras se calentaba. El caso es que el sargento no se presentó en el tren. De inmediato se inició la búsqueda. No podíamos pasarnos sin sargentos de sección. Lo encontró el que manejaba la ametralladora, ¿verdad, Strangwick?

—No, señor. Fue el cabo Grant… el de los morteros.

—Eso es. Sí, Grant, ese que tenía un quiste en el cuello. Está claro que a tu memoria no le pasa nada. ¿Cómo se llamaba el sargento?

—Godsoe… John Godsoe —respondió Strangwick.

—Sí, así se llamaba. Tuve que ir a verlo a la mañana siguiente… lo encontré rígido y congelado entre los dos braseros… y sin su documentación encima. Fue eso lo que me hizo pensar que tal vez no fuera un accidente.

Se relajó el rostro de Strangwick, y el joven recuperó al punto las maneras propias del ordenanza.

—Yo le di mi testimonio en esa ocasión, señor. Pasó a mi lado… mejor dicho, me adelantó… bajando del retén, después de que le diera el aviso de marcharse. Yo pensé que iría por la Trinchera del Loro, como siempre, pero debió de girar para meterse en la Punta de los Franceses, donde estaba la antigua barricada bombardeada.

—Sí. Ahora lo recuerdo. Tú fuiste el único que lo vio con vida. ¿Y dices que eso fue el veintiuno de enero? ¿Cuando Dearlove y Billings te llevaron a verme… para que te limpiara la cabeza…? —Keede dejó caer la mano sobre el hombro de Strangwick, a la manera de los detectives de los tebeos.

El muchacho lo miró con difuso asombro y murmuró:

—Me llevaron la noche del veinticuatro de enero. Pero usted no cree que yo lo maté, ¿verdad?

No pude contener una sonrisa al advertir la turbación de Keede, que enseguida se

sobrepuso.

—Entonces, ¿qué diantre te pasó esa noche… antes de que te pusiera la hipodérmica? —preguntó.

—Lo de… lo de la Línea del Carnicero. Se me caían todos encima. Usted ya me ha visto así otras veces, señor.

—Pero sabía que mentías. Tu cerebro estaba tan poco alterado entonces como ahora. Te pasó algo, y lo estás ocultando.

—¿Cómo lo sabe, doctor? —gimoteó Strangwick.

—¿Recuerdas lo que me dijiste esa noche, mientras Dearlove y Billings te sujetaban?

—¿Sobre los cadáveres de la Línea del Carnicero?

—¡No, no! Me hablaste mucho de cómo crujían los cadáveres, pero perdiste el control… cuando me enseñaste aquel telegrama. ¿Por qué dijiste que de qué te servía luchar contra las fieras de los oficiales si los muertos no resucitaban?

—¿Dije yo «fieras de oficiales»?

—Eso dijiste. Es una oración del oficio de difuntos.

—En ese caso, supongo que lo habré oído alguna vez. En realidad, lo he oído —dijo Strangwick, estremeciéndose de un modo exagerado.

—Es probable. Y también dijiste otra cosa… no parabas de cantar un himno a voz en grito, hasta que te sedé. Hablaba de Piedad y Amor. ¿Lo recuerdas?

—Lo intentaré —respondió el muchacho con obediencia, y empezó a parafrasear, más o menos así—: «Siempre que el hombre hable con el Señor desde su corazón… en verdad os digo que Dios le mostrará su maravillosa compasión y… su amor». —Se frotó los ojos y tembló.

—Dime, ¿de dónde sacaste eso? —insistió Keede.

—Se lo oí a Godsoe… el veintiuno de enero… ¿Cómo iba a imaginarme lo que se proponía? —soltó de pronto, en timbre muy agudo y poco natural—. Y tampoco sabía que ella estaba muerta.

—¿Quién estaba muerta? —preguntó Keede.

—Mi tía Armine.

—¿De la que te hablaban en el telegrama que recibiste, en Sampoux… de la que hablabas hace un momento en el pasillo cuando dijiste «¡Ay, tía!» y luego, cuando te sujeté, cambiaste por «¡Ay, Dios!»?

—¡La misma! No he tenido ocasión de hablar con usted, doctor. Yo no sabía que esos braseros estuvieran en mal estado. ¿Cómo iba a saberlo? Los usábamos siempre. Le juro ante Dios que sólo pensé que él quería entrar en calor antes de coger el tren. Yo… yo no sabía que el tío John se propusiera «poner en orden sus asuntos». —Se echó a reír de un modo horrible, y luego estalló en llanto seco.

Keede esperó hasta que el llanto dio paso a hipos y sollozos antes de continuar:

—¿Por qué? ¿Es que Godsoe era tu tío?

—No —dijo Strangwick, con la cabeza entre las manos—. Pero lo conocía desde

que nací. Mi padre ya lo conocía de antes. Vivía en la calle de al lado. Mi padre y mi madre… y los demás siempre fueron amigos suyos. Por eso lo llamábamos tío… como hacen los niños.

—¿Qué clase de hombre era?

—De lo mejor, señor. Sargento retirado, con algunos ahorros… muy independiente… y muy superior. Tenía en casa una sala de estar llena de curiosidades de la India, y su mujer y él nos dejaban ir a verlas cuando nos portábamos bien.

—¿No era demasiado mayor para alistarse?

—Eso no le importaba. Se alistó como sargento instructor en la primera ofensiva, y cuando el batallón estuvo listo, consiguió que lo enviaran al frente. Se las arregló para que me destinaran a su sección cuando me llamaron a filas… al principio del diecisiete. Supongo que mi madre se lo pidió.

—No sabía que lo conocieras tanto —comentó Keede.

—Bueno, eso no contaba para él. No tenía favoritos en la sección, pero le escribía a mi madre y le daba noticias de mí. Como ya le he dicho —Strangwick se movió con inquietud en el sofá—, nos conocíamos de toda la vida… vivía en la calle de al lado… Y estaba bien entrado en los cincuenta. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Qué confuso es todo cuando uno es tan joven como yo! —lloriqueó de pronto.

Pero Keede no le permitió desviarse.

—¿Le escribía a tu madre para darle noticias tuyas?

—Sí. Mi madre tenía problemas con la vista desde los bombardeos. Se le rompieron los vasos sanguíneos de pasar tanto tiempo escondida en los sótanos, y estaba enferma. Mi tía le leía las cartas. Ahora que lo pienso, eso fue lo único que podría haber sido…

—¿Es ésa la misma tía que murió, la misma del telegrama? —continuó Keede.

—Sí… Tía Armine… la hermana menor de mi madre. Andaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. ¡Qué confusión! Y si alguien me hubiera preguntado, yo habría jurado que ella no tenía un solo secreto. Nunca ocultaba nada… era como un libro abierto. Cuidaba de mi hermana y de mí cuando hacía falta… cuando cogíamos la tos ferina o el sarampión… lo mismo que de mi madre. Entrábamos y salíamos de su casa a todas horas. Tía Armine hacía armarios, y restauraba muebles, y a nosotros nos gustaba jugar con sus chismes. No tenía hijos y, cuando llegó la guerra, dijo que se alegraba. Aunque nunca hablaba mucho de sus sentimientos. Era bastante reservada, ya me entiende. —Nos miraba con fijeza, como si quisiera hacernos comprender.

—¿Cómo era? —se interesó Keede.

—Era robusta, y creo que había sido bien parecida, pero como estábamos acostumbrados a ella, nosotros no nos fijábamos mucho… aunque quizás había una cosa. Mi madre la llamaba por su nombre de pila, que era Bella; pero mi hermana y yo la llamábamos siempre Tía Armíne. ¿Comprende?

—¿Por qué?

—Nos parecía que le iba mejor… nos recordaba a algo que se mueve despacio, bajo una armadura.

—¡Ah! ¿Y ella le leía las cartas a tu madre?

—En cuanto llegaba el correo cruzaba la calle para leérselas. Y… y yo pondría la mano en el fuego de que no había nada más que yo recuerde. Si fuesen a ahorcarme mañana mismo, pondría la mano en el fuego. No es justo por parte de él haberlo descargado todo en mí, porque… porque…

si es verdad que los muertos resucitan, ¿qué demonios será de mí y de todo lo que he creído en la vida? ¡Quiero saberlo! Y… y…

Keede no se dejaba distraer.

—¿Te delató el sargento en sus cartas? —preguntó, muy tranquilo.

—No tenía ninguna razón para delatarme… y además estábamos muy ocupados… y sus cartas eran un gran consuelo para mi madre. A mí no se me da bien escribir. Me lo guardaba todo para cuando iba de permiso. Tenía dos semanas cada seis meses y otra extraordinaria… era más afortunado que la mayoría en ese sentido.

—¿Y cuando ibas a casa les llevabas noticias del sargento? —dijo Keede.

—Sí, aunque entonces no le daba demasiada importancia. Estaba ocupado en mis propios asuntos, como es natural. Tío John siempre me escribía una carta durante mi permiso, para contarme cómo iban las cosas por allí y lo que podía encontrarme a mi regreso, y mi madre me pedía que se la leyera. Luego, como es natural, iba a su casa para darle las noticias a su mujer. Y allí estaba la joven con la que yo quería casarme si sobrevivía. Ya habíamos llegado a intercambiar confidencias en las ventanas.

—¿Y al final no te casaste con ella…?

El chico volvió a temblar y gritó:

—¡No! ¡Porque todo terminó y comprendí la verdad de las cosas! Yo… ¡ni en sueños había imaginado que esas cosas pudieran ocurrir…! ¡Y ella estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, y era mi propia tía! Pero desde el principio hasta el final no vi ni una sola señal, ni una sola pista, ¿cómo iba yo a saberlo? ¿No lo entiende? Antes de marcharme en ese permiso de las navidades del dieciocho, fui a despedirme de tía Armine… y lo único que me dijo fue: «¿Verás pronto al señor Godsoe?». A lo que yo respondí: «Mucho antes de lo que me gustaría». Y entonces ella me dijo: «Pues dile de mi parte que para el veintiuno del mes próximo espero haber resuelto ya ese problemilla mío, y que me muero por verlo lo antes posible a partir de esa fecha».

—¿Qué problema tenía? —preguntó Keede, con súbito interés profesional.

—Creo que le había salido un bulto en un pecho; pero nunca hablaba de su cuerpo con nadie.

—Comprendo —asintió Keede—. ¿Y qué te dijo?

Strangwick repitió:

—«Dile a tío John que espero haber resuelto el problema para el día veintiuno y que me muero por verlo lo antes posible a partir de esa fecha». Luego se rió y dijo:

«Aunque tú tienes la cabeza como un colador. Será mejor que le escriba una nota para que se la des cuando lo veas». Lo escribió en un papel y le di un beso de despedida… siempre había sido su favorito… y regresé a Sampoux. La verdad es que apenas volví a acordarme. Pero cuando regresé al frente… ya sabe que era mensajero… nuestra sección se encontraba en la Trinchera de Bahía Norte y tuve que llevar un mensaje a la trinchera donde estaban los morteros, que se encontraba al mando del cabo Grant. Nada más recibirlo, ordenó a un par de hombres que se pusieran a cavar o algo así. Le entregué a tío John la nota de Armine y le di a Grant un cigarrillo, y nos quedamos un rato calentándonos junto a un brasero. De pronto Grant me dice: «No me gusta»; y señala con el pulgar a tío John, que estaba leyendo el mensaje de Armine. Usted sabe, señor, que a Grant había que recordarle que se dejara de vaticinios… desde que Rankine se quitó la vida con el lanzabengalas.

—Lo sé —asintió Keede, y enseguida me explicó—: Grant tenía un sexto sentido… ¡el condenado! Y ponía muy nerviosos a los hombres. Yo me alegraba cuando cerraba la boca. ¿Y qué pasó después, Strangwick?

—Grant me susurró: «Mira, maldito inglés. Se está preparando». El tío John estaba apoyado en un saliente, tarareando ese himno que he intentado recordar hace un momento. De pronto su cara había cambiado… como si estuviera recién afeitado. Yo no entiendo de esas cosas, pero le advertí a Grant que no hablara de ese modo, no fuera a oírlo un oficial, y me marché. Al pasar junto a tío John, me saludó con la cabeza y sonrió, cosa que no hacía a menudo; se palpó el bolsillo y dijo: «Buenas noticias. Yo también me voy de permiso el día veintiuno».

—¿Eso te dijo? —preguntó Keede.

—Exactamente, como para pasar el rato. Naturalmente, yo le dije que me alegraba y que esperaba que lo consiguiera, y volví al cuartel general. No le dediqué ni un minuto más al asunto. Estábamos a once de enero… y hacía tres días que había vuelto de permiso. Usted sabe, señor, que en la primera mitad de ese mes no hubo mucho que hacer en Sampoux. Los alemanes se estaban preparando para lanzar su ofensiva, y nosotros no queríamos atacar mientras ellos estuvieran quietos.

—Lo recuerdo —dijo Keede—. Pero ¿qué pasó con el sargento?

—Supongo que me encontraría con él alguna vez en los días siguientes, yendo de un lado a otro, pero no volví a pensar en lo que me había dicho. ¿Para qué? Y el día veintiuno de enero, cuando voy a avisar a los hombres que se marchaban de permiso, veo que su nombre está en la lista. En eso sí que me fijé, claro. Esa misma tarde los alemanes habían estado probando un nuevo mortero de trinchera, y antes de que se marcharan los que tenían licencia alcanzaron una posición y mataron a media docena de los nuestros. Los estaban bajando cuando yo subía al retén, y la Trinchera del Loro se colapso, como siempre. ¿Se acuerda, señor?

—¡Claro! Y además estaba la ametralladora detrás de la casa, esperándote si salías —añadió Keede.

—Sí, de eso también me acuerdo. Pero acababa de anochecer y la niebla estaba

entrando desde el canal de la Mancha; por eso salí de la Trinchera del Loro y atajé campo a través, hasta donde yacían amontonados esos cuatro muertos de Warwick. Pero me envolvió la niebla y cuando quise darme cuenta estaba metido hasta las rodillas en la vieja trinchera que iba desde el oeste de la del Loro hasta la Punta de los Franceses. Me caí en la zanja, casi encima de la plataforma de la ametralladora, al lado del repostero y de los esqueletos de los dos zuavos. Entonces pude orientarme y seguí por la Punta de los Franceses hasta la Línea del Carnicero, donde los cadáveres estaban amontonados de seis en fondo a cada lado, apiñados bajo los tablones. Esa noche había caído una buena helada; el hielo había dejado de derretirse y la madera empezaba a crujir.

—¿Y eso te preocupó entonces? —preguntó Keede.

—No —replicó el joven, con desdén de profesional—. Si un mensajero empieza a fijarse en esas cosas, más le vale mandarlo todo al diablo. En mitad de la Línea, justo antes de llegar al antiguo puesto de avituallamiento al que usted se ha referido antes, señor, me dio la sensación de que por encima de mi cabeza, sobre los tablones, estaba tía Armine, esperando junto a la puerta; y me dije que sería de lo más raro que de pronto apareciera allí. En menos de un segundo comprendí que la oscuridad y unas máscaras antigás hechas jirones que colgaban de una madera me habían jugado una mala pasada. Continué hasta el retén y advertí a los hombres que se marchaban de permiso, incluido tío John. Después subí hasta el Pasillo de Rake para avisar a los que estaban en primera línea. No me apresuré, porque no quería llegar antes de que los alemanes se hubieran tranquilizado un poco. Entonces llegó una compañía de refuerzo… el oficial se asustó por unas luces que había en el flanco y la lió, y tuve que echar a correr para avisar a los que se iban de permiso en medio de aquel fregado. El caso es que entre unas cosas y otras debían de ser más de las ocho y media cuando volví al retén. Allí me encontré con tío John, que se había afeitado y se había quitado el barro de encima… hecho un pimpollo. Me preguntó por el tren de Arras, y le dije que si los alemanes estaban tranquilos, pasaría a las diez y media. Y dijo: «Bien». Y dije: «Te acompaño». Y echamos a andar por la antigua trinchera que cruzaba Halnaker por detrás del retén. Usted la conoce, señor.

Keede asintió.

—Entonces, tío John dijo que vería a mi madre y a los demás en pocos días y me preguntó si quería que les diera algún recado de mi parte. Dios sabe por qué lo hice, pero le pedí que le dijera a tía Armine que nunca me imaginé que la vería en esa parte del mundo. Se lo dije riendo. Y ésa fue la última vez que me reí. «Ah, la has visto, ¿verdad?», dijo él, con la mayor naturalidad. Entonces le conté la jugada que me habían gastado los sacos terreros y las máscaras de gas en la oscuridad. Y él dijo: «Es muy probable». Y se sacudió el barro de los bombachos. Para entonces ya habíamos llegado a la esquina donde estaba la antigua trinchera, la que se adentraba en la Punta de los Franceses antes de que la bombardearan, señor. Él giró a la derecha y se subió encima. Y yo le dije: «No, gracias. Ya he estado allí esta noche». Pero él no me prestó

atención. Cayó en la barricada, entre la basura y los huesos, y cuando se incorporó llevaba un brasero en cada mano.

»—Y me dijo: “Ven, Clem”. Él casi nunca me llamaba por mi nombre de pila. “¿No tendrás miedo? No queda mucho tiempo, y aunque los alemanes vuelvan a la carga no creo que se molesten en gastar munición aquí. Saben que está abandonada”. Y yo le dije: “¿Quién tiene miedo?”. Y él dijo: “Yo, por ejemplo. No quiero echar a perder mi permiso en el último momento”. Entonces se dio la vuelta y se puso a recitar eso que según usted se reza en el oficio de difuntos.

Por alguna razón, Keede repitió el pasaje completo, muy despacio:

—«Si luché con las fieras en Éfeso con miras humanas, ¿de qué me sirvió? Si los muertos no resucitan».

—Eso era —dijo Strangwick—. Seguimos juntos hasta la Punta de los Franceses… todo estaba congelado y en silencio, salvo los crujidos. Recuerdo que pensé… —Empezó a parpadear.

—No pienses. Cuenta lo que ocurrió —le ordenó Keede.

—¡Ah! ¡Disculpe! Él fue con sus braseros, tarareando el himno hasta la Línea del Carnicero. Justo cuando nos acercábamos al antiguo puesto de avituallamiento, se detuvo, los dejó en el suelo y dijo: «¿Dónde dijiste que la habías visto, Clem? Ya no tengo tan buena vista como antes».

»“En su cama, en casa” le dije. “Vamos, hace un frío de muerte y yo no tengo permiso”. Y él dijo: “Pero yo sí. Yo sí…”. Y entonces, le doy mi palabra de que no reconocí la voz, estiró un poco el cuello, como hacía a veces, y dijo: “¡Pero si es Bella! ¡Ah, Bella! ¡Gracias a Dios!”. Así. Y entonces vi… le aseguro que la vi… a tía Armine, que estaba de pie junto a la puerta del puesto de avituallamiento, donde me pareció haberla visto la primera vez. Él la miraba y ella lo miraba a él. Me di cuenta, y me dio un vuelco el corazón porque… porque todo en lo que yo creía se derrumbó en ese momento. No tenía nada a lo que sujetarme. Él la miraba como si hubiera sido suya y ella lo miraba a él igual, como si se le fueran a salir los ojos de las órbitas. Y él dijo: “¡Vaya, Bella, ésta debe de ser la segunda vez que hemos estado a solas en todos estos años!”. Entonces vi que ella le tendía los brazos bajo aquel frío helador. Y estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, ¡y era mi tía! Si usted quiere mañana mismo me despacha por lunático, pero yo le aseguro que lo vi… ¡vi cómo ella respondía a sus palabras! Entonces, él cogió su fusil. Y empezó a mover la mano, diciendo: “¡No! ¡No! No me tientes, Bella. Tenemos toda la eternidad por delante. Podemos esperar un par de horas”. Y luego cargó los braseros y fue hasta la puerta de la trinchera. Se olvidó de mí por completo. Llenó los braseros de gasolina, los encendió con una cerilla y se los llevó adentro, lanzando destellos. Y todo el tiempo, tía Armine seguía con los brazos extendidos… ¡y una expresión en la cara! ¡Yo no sabía que esas cosas pudieran pasar! Después, él salió y dijo: “Ven aquí, cariño”. Y ella se irguió y se metió en el túnel, con la misma expresión en la cara… ¡esa expresión en la cara! Entonces él cerró la puerta por dentro y empezó a atrancarla.

¡Que Dios se apiade de mí porque lo vi y lo oí todo, con mis ojos y mis oídos!

Repitió varias veces su súplica. Tras una larga pausa, Keede le preguntó si recordaba lo que pasó a continuación.

—A partir de ese momento empecé a mezclarlo todo. Seguramente seguí andando… eso me dijeron… pero… estaba… me sentía muy lejos de todo, como… no sé si alguna vez habrá tenido usted la misma sensación. No estaba exactamente allí. Me despertaron a la mañana siguiente, porque tío John no se presentó a la hora de coger el tren, y alguien lo había visto conmigo. Me estuvieron interrogando todos, sin excepción, hasta la hora de la cena.

»Creo que entonces me ofrecí como voluntario para sustituir a Dearlove, que tenía una herida en el pie, y llevar un mensaje a la línea de combate. Necesitaba hacer algo, porque no tenía a qué agarrarme. Cuando llegué allí, Grant me contó cómo había encontrado a tío John, con la puerta atrancada con sacos terreros metidos entre los huecos de los tablones. No me lo esperaba. Ya me bastó con el ruido que hacían mientras él los metía. Como el ataúd de mi padre.

—Nadie me dijo que la puerta estuviera atrancada —dijo Keede con severidad.

—Porque no hay necesidad de ensuciar el nombre de un muerto, señor.

—¿Por qué se le ocurrió a Grant ir a la Línea del Carnicero?

—Porque se había fijado en que tío John se pasó toda la semana recogiendo carbón y almacenándolo detrás de la antigua trinchera. Por eso cuando empezó la búsqueda se fue directo allí y, al ver la puerta cerrada, lo supo enseguida. Me ordenó que sacara los sacos de los huecos de los tablones, metió la mano por uno de ellos y desatrancó la puerta antes de que llegaran los demás. Me pareció bien. Usted mismo dijo, señor, que la puerta también debería haber volado por los aires.

—¿Eso significa que Grant sabía lo que se proponía Godsoe? —le espetó Keede.

—Grant sabía que Godsoe lo había decidido, y que nada en el mundo podía ni ayudarle ni impedírselo. Así me lo dijo.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Creo que seguí con mi trabajo, hasta que en el cuartel general me entregaron el telegrama de mi madre… el que me anunciaba la muerte de tía Armine.

—¿Cuándo había muerto tu tía?

—La mañana del veintiuno. ¡La mañana del veintiuno! Eso lo desencadenó todo, ¿comprende? Mientras fui capaz de pensar, no paré de repetirme que era como esas cosas de las que usted nos hablaba en Arras, cuando estábamos alojados en los sótanos… lo de los Ángeles de Mons y todo eso. Pero el telegrama lo desencadenó todo.

—¡Ah! ¡Las alucinaciones! Lo recuerdo. ¿Y el telegrama lo desencadenó todo? —preguntó Keede.

—¡Sí! Verá —dijo el muchacho, incorporándose en el sofá—, no me quedaba ni una puñetera cosa a la que agarrarme. Si es verdad que los muertos resucitan… y yo lo había visto… entonces… entonces todo era posible. ¿No lo comprende?

Se había puesto en pie, y gesticulaba con movimientos rígidos.

—Yo la vi —repetía—. Los vi a los dos… y ella estaba muerta desde esa mañana, y él se quitó la vida ante mis propios ojos para poder pasar con ella toda la eternidad… ¡y ella le tendía los brazos para animarlo! ¡Quiero saber dónde estoy! Díganme ustedes… ¿por qué vivimos en peligro cada hora?

—Sabe Dios —dijo Keede para sus adentros.

—¿No sería mejor que avisáramos a alguien? —sugerí—. Está a punto de perder el control.

—No. Es la última patada antes de volver a la superficie. Sé cómo funciona esto. ¡Vaya!

Strangwick, las manos detrás de la cabeza y la mirada fija, dio rienda suelta a su tensión, recitando con la voz quebrada de un niño:

—Sólo una vez los dioses harán esto en el mundo —gritaba una y otra vez.

»¡Y maldito sea yo si me sucede siquiera una sola vez! —siguió diciendo, loco de ira—. Me da igual que hayamos intercambiado confidencias en las ventanas… ¡Que se condene ella si quiere! No conoce la verdad de las cosas. Yo sí la conozco… he tenido la ocasión de verlo… ¡No, se lo aseguro! Las tendré cuando quiera y luego me desharé de ellas, pero hasta que vea esa expresión en un rostro… esa expresión… no me casaré con ninguna. La verdad es la vida y la muerte. Todo empieza con la muerte, ¿lo ve? Ella no lo entiende… ¡Ah, al infierno tú y tus abogados! Estoy harto de esto… ¡harto!

Todo cesó tan bruscamente como había empezado, y el rostro contraído recuperó sus líneas poco definidas. Tomándolo de las manos, Keede lo condujo nuevamente hasta el sofá —donde se desplomó como un fardo— y lo cubrió con una extravagante túnica que cogió de una percha.

—Sií. Al fin ha dicho la verdad —dijo—. Ahora que lo ha expulsado de su mente podrá dormir. Por cierto, ¿con quién ha venido?

—¿Quiere que vaya a averiguarlo? —me ofrecí.

—Sí, y tráigalo aquí. No hay necesidad de que pasemos la noche en vela.

Volví al banquete, que estaba en pleno apogeo, donde me abordó un hermano de avanzada edad perteneciente a una logia del sur de Londres, que me acompañó enseguida, preocupado y pidiendo disculpas.

Keede no tardó en tranquilizarlo.

—El chico ha tenido problemas —explicó nuestro visitante—. Me avergüenza sobremanera que haya organizado esta escena aquí. Yo creía que ya lo había superado.

—Supongo que el hecho de hablar conmigo de esos días le hizo revivirlo todo —dijo Keede—. A veces ocurre.

—¡Puede ser! ¡Puede ser! Pero además y por encima de todo, Clem ha tenido problemas después de la guerra.

—¿No encuentra trabajo? Eso no debería preocuparle tanto a su edad —dijo

Keede con desenfado.

—No es eso… no pasa privaciones… pero —tosió discretamente en su mano enjuta—… a decir verdad, Venerable señor… en estos momentos está contraviniendo un compromiso.

—¡Ah! Eso es otro cantar —dijo Keede.

—Sí. Ése es su verdadero problema. No hay ninguna razón. La muchacha es adecuada en todos los aspectos, y sería una buena esposa, si es que yo soy quién para juzgar. Pero él dice que no es su ideal o algo por el estilo. No hay quien entienda a los jóvenes de hoy, ¿verdad?

—Me temo que así es —asintió Keede—. Pero ya ha pasado todo. Ahora dormirá. Siéntese a su lado y, cuando despierte, llévelo a casa tranquilamente… Aquí estamos acostumbrados a que los hombres se alteren un poco. No tiene nada que agradecernos, hermano… hermano…

—Armine —dijo el anciano caballero—. El chico es mi sobrino político.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Keede.

El hermano Armine lo miró con ligero desconcierto. Keede se apresuró a intervenir:

—Como le iba diciendo, lo único que necesita es estar tranquilo hasta que se despierte.

LA VIGILIA DE GOW

Acto V, escena tercera

Después de la batalla.
La PRINCESA *junto al estandarte en el fortín.*
Entra GOW, *con la corona del reino.*

GOW: He aquí la muestra de que la reina se ha rendido.
Presuroso la trajo su último emisario.
PRINCESA: Ya era nuestro. ¿Dónde está la mujer?
GOW: Huyó con su caballo. Con el albor partieron.
No ha dado el mediodía y ya eres reina.
PRINCESA: Por ti… gracias a ti. ¿Cómo podré pagarte?
GOW: ¿Pagarme a mí? ¿Por qué?
PRINCESA: Por todo… todo… todo…
¡Desde que el reino sucumbió! ¿Lo habéis oído? «Me pregunta ¿por qué?».
Tu cuerpo entre mi pecho y el cuchillo de ella,
tus labios en la copa con la que quiso ella envenenarme;
tu manto sobre mí, esa noche en la nieve
de vigilia en el paso de Bargi. Cada hora
nuevas fuerzas, hasta este inconcebible desenlace.
«¿Honrarlo?». Te honraré… te honraré…
Es tu elección.
GOW: Niña, eso queda muy lejos.

(*Entra* FERDINAND, *como recién llegado a caballo*).

Éste hombre sí es digno de todos los honores. ¡Sé bienvenido, Zorro!
FERDINAND: Y tú, Perro Guardián. Es un día importante para todos.
Lo planeamos y lo hemos conseguido.
GOW: ¿La ciudad se ha tomado?
FERDINAND: Lealmente. Ebrios de lealtad están en ella.
El ánimo virtuoso. Tus bombardeos han contribuido…
Pero traigo un mensaje. La Dama Frances…
PRINCESA: Enferma la he dejado en la ciudad. Ningún quebranto, espero.
FERDINAND: Nada que a ella así le pareciera. Muy poco, en realidad, lo que (*a* gow) vengo a decirte. Que estará aquí enseguida.
GOW: ¿Es ella quien lo ha dicho?
FERDINAND: Escrito.

Esto. (*Le da una carta*). En la noche de ayer.
En mis manos lo puso el sacerdote…
La acompañó en su hora.

GOW: ¿Y? (*Lee*). Así es.
Anuncia su llegada. (A Ferdinand). ¿En la ciudad se encuentra todo a salvo?

FERDINAND: Cuanto mi escasa astucia y tu espada consiguen.
No es menester que esperes. ¿Otra vez al camino?

GOW: Sí. Pero esta vez no habré de ir yo solo… Ella estará conmigo.

PRINCESA: Aquí estoy. Y hace rato que tú no me miras.

GOW: Dejo todo en tus manos, Ferdinand… Y luego libres.

PRINCESA: Y a mi servicio más que nunca en la vida. Proclamo…
(la guerra me ha enseñado)… y ahora que soy tu reina, te proclamo completamente mío.

GOW: Luego libres… ¡Llegará en un momento! Ya queda sólo un poco…

PRINCESA (*a* FERDINAND): Mira hacia allá, en lugar de mirarme.

FERDINAND: Es el cansancio.
Ya no somos tan jóvenes. Tras dos días de lucha…
Un digno servidor… se merece un asueto.

PRINCESA: Todo cuanto quisiera le he ofrecido.

FERDINAND: Pero él se queda con lo que ya ha tomado.

(*Se le aparece a* GOW *el espíritu de* LADY FRANCES).

GOW: ¡Frances!

PRINCESA: ¡Está angustiado!

FERDINAND: Es por un golpe que se dio en la cabeza. A veces le ha ocurrido.

GOW (*al espíritu*): Nada puede la tumba hacer contra nosotros, amor mío,
mi consuelo, mi luz y mi razón para todas las cosas
visibles e invisibles… mi único Dios.
Porque tú fuiste yo estos años estériles, de lucha
sin cuartel que al fin han concluido. ¡Frances!

PRINCESA: Ella ya es vieja.

FERDINAND: Cierto. Es vieja, según la mayoría de los cálculos.
A buen seguro ellos lo cuentan de otro modo.

PRINCESA: ¡Besa su mano al aire!

FERDINAND: Más bien su propio anillo es lo que besa. Sí… no hay duda… el anillo.

GOW: Queridísima mía. Y ahora, esos brazos. (*Muere*).

PRINCESA: ¡Mira! Se desvanece. ¡Apresúrate! ¡Libéralo del yelmo! ¡Auxilio!

FERDINAND: Inútil. No hay auxilio que pudiera
vencer este veneno. Ha fallecido.

PRINCESA: ¿Se ha quitado la vida? ¿En esta hora? Cuando le había ofrecido…
FERDINAND: Él ya hizo su elección… una elección muy vieja.
Nunca se apartó de ella, y con la muerte acaba de sellarla.
PRINCESA: Ha llamado… ¿era ella lady Frances? ¿Por qué?
FERDINAND: Porque ella era su vida. Perdona, amiga mía—

(*le cubre el rostro a* GOW)

Dios me supera ampliamente en fe,
en servicio y pasión—, si desvelo al final
este secreto. (*A la* PRINCESA). ¿Has pensado… soñado
que fue todo por ti?
¿Que lo dio todo… porque tú recobraras la corona?
¿Que golpeó, contuvo, enmendó, destruyó
y elaboró por ti sus múltiples ardides?
PRINCESA: Yo creí… yo creí…
FERDINAND: Ve un poco más allá. El deseo de ella
era la única Ley que él conocía. Ella no decidió
la muerte de tu Casa. De ahí que él prometiera defenderla.
A él le bastaba una palabra suya:
a ella se asía para volverla hierro, piedra o fuego,
dirigiendo a su modo nuestras vidas
tal como siembra el viento. El rostro de ella invisible
te esperaba con tu manto o tu guante…
A ese dios ha ido él a venerar.

(Suenan trompetas. Entran los heraldos del Príncipe).

Y aquí empieza de nuevo la tarea del reino.

Son los heraldos del Príncipe de Bargi… con cuya espada, así lo piensa él, estás en deuda, y debes ayudarle.

Es un igual en sangre, más que un par en fortuna, joven, de gran encanto y corazón amable…

Y hay dos reinos en juego. ¿Vas a verlo?
PRINCESA: ¡Ay, Dios, cuánta desgracia! Al fin he conocido el verdadero amor.
¿Qué podrá contentarme en el futuro?

EL OJO DE ALÁ

INOPORTUNO

Nada ha hecho en la vida el hombre para el uso del hombre
por más que al hombre ya se le mostrara en épocas
perdidas como el nombre de aquel que lo creara,

aquel que por sus logros mereciera desprecio y opresión,
odio, aversión, desdén en su quehacer diario,
hasta que confundido pereciera.

Más compasión merecen los hombres instruidos
que anticipar supieron el mal de prescindir
del arte y el saber llegados a destiempo,
y destruyeron nobles artefactos, inventos curativos
por miedo a despertar alguna ofensa.

Dicta el cielo a la Tierra la Hora exacta,
aquella que no puede adelantarse, aún a costa de mundos o de almas,
y llega su Profeta entre la sangre de las vanguardias
que soñaron mucho antes del tiempo consentido.

Comoquiera que el maestro cantor de San Illod fuese un músico demasiado entusiasta para hacerse cargo de la biblioteca, era su sochantre, que reverenciaba hasta el último detalle del trabajo, quien se ocupaba de recogerlo todo, tras dos horas de escritura y dictado en el *scriptorium*. Los monjes amanuenses le entregaron sus láminas —preparaban los Cuatro Evangelios por encargo de un abad de Evesham— y acudieron al oficio de vísperas. John Otho, más conocido como Juan de Burgos, hizo caso omiso de la llamada. Estaba bruñendo un diminuto tachón de oro en su miniatura de la Anunciación, para su Evangelio de san Lucas, con la esperanza de que el cardenal Falcodi, el legado pontificio, le hiciera el honor de aceptarlo más tarde.

—Déjalo ya, Juan —dijo el sochantre cantor a media voz.

—¿Eh? ¿Se han marchado ya? No me había dado cuenta. Aguarda un momento, Clemente.

El sochantre esperó pacientemente. Conocía a Juan desde hacía más de doce años,

pues iba y venía continuamente de San Illod, monasterio al que decía pertenecer cuando se encontraba en el extranjero. De buen grado se le permitía esta licencia, especialmente por parte de Fitz Otho, porque Juan parecía portar todas las artes en su mano, así como la mayoría de las recetas necesarias para su práctica bajo la capucha.

El sochantre miró de soslayo la lámina donde las primeras palabras del magníficat se habían escrito sobre un fondo de pan de oro lavado con laca roja para mostrar el halo de la Virgen, apenas encendido por el momento. Aparecía la Señora con las manos unidas en actitud maravillada, enmarcada en una red de arabescos de infinita complejidad, alrededor de cuyos bordes unas rociaduras de flores de azahar parecían cargar el aire caliente y azul que se deslizaba sobre el diminuto y agostado paisaje a media distancia.

—La has pintado con un aire muy judío —observó el sochantre, estudiando las mejillas teñidas de verde olivo y los ojos rebosantes de presciencia.

—¿Y qué si no era Nuestra Señora? —respondió Juan, desprendiendo los alfileres —. Escucha, Clemente. Si no vuelvo por aquí, quiero que esto se incluya en mi Gran Lucas, que no sé quién terminará. —Deslizó el dibujo entre dos guardas de papel.

—¿Vuelves a Burgos… como he oído?

—Dentro de dos días. La nueva catedral… aunque esos albañiles son más lentos que la ira de Dios… es buena para el alma.

—¿Tu alma? —dijo el sochantre en tono dubitativo.

—Incluso la mía, con tu permiso. Y más al sur, en el extremo de las Tierras Conquistadas, camino de Granada, hay unos trabajos geométricos moros muy saludables. Disipan los pensamientos vanos y te acercan a la imagen… como acaba de pasarte a ti con mi Anunciación.

—Sí… ha sido muy hermoso. No me sorprende que te vayas. Pero ¿no te olvidarás de tu absolución, Juan?

—Descuida.

Era ésta una precaución que Juan no dejaba de tomar antes de sus viajes, como la de retocarse la tonsura que en sus años de juventud se afeitara en algún lugar próximo a Gante. La marca le confería privilegios de clerecía en caso necesario, además de cierta consideración en los caminos.

—No olvides tampoco lo que necesitamos en el *scriptorium*. Parece que ya no queda auténtico azul ultramar en ningún lugar del mundo. Ahora lo mezclan con ese azul alemán. Y en cuanto al bermellón…

—Haré cuanto pueda.

—Y el hermano Thomas —el enfermero que se ocupaba del hospital del monasterio— necesita…

—Ya me lo dirá él mismo. Voy a verlo, para que me afeite la tonsura.

Juan bajó las escaleras hasta el corredor de la galería que separaba el hospital y la cocina de los claustros posteriores. Mientras se ocupaba de su afeitado, el hermano Thomas, sumiso aunque persistente e infalible enfermero, le enumeró la lista de

sustancias que debía traer de España, ya fuera por las buenas, por las malas o por legítima adquisición. Los sorprendió la llegada del abad Stephen, moreno y renqueante, con sus botas forradas de piel. Stephen de Sautré no era un espía, pero de joven había participado en una desafortunada Cruzada que concluyó, tras una batalla en Mansura, con dos años de cautividad entre los sarracenos, en la ciudad de El Cairo, donde los hombres aprendían a caminar sin hacer ruido. Diestro en la caza y en la cetrería, razonablemente severo, pero ante todo hombre de ciencia y doctor en Medicina —formado con un tal Ranulfo, canónigo de la catedral de San Pablo—, tenía su corazón más puesto en la labor hospitalaria del monasterio que en la religiosa. Stephen repasó la lista con escaso interés y añadió a ella sus propias peticiones. Cuando el enfermero se hubo retirado, el abad otorgó a Juan su generosa absolución, destinada a compensar los pequeños pecados del camino, pues no aprobaba la compra de indulgencias.

—¿Cuál es esta vez el motivo de tu viaje? —se interesó, sentándose en el banco, junto al mortero y las balanzas, en la pequeña y caldeada celda donde se guardaban los remedios médicos.

—Diablos, principalmente —respondió Juan echándose a reír.

—¿En España? ¿No están Abana y Pharphar…?

Juan, para quien los hombres no eran sino modelos pictóricos y que, por si fuera poco, era un joven de alta cuna —un De Sanford por vía materna—, miró abiertamente al abad y dijo:

—¿Acaso los conoce?

—No. Aunque también estaban en El Cairo. Pero ¿para qué los necesitas?

—Para mi Gran Lucas. Es el maestro de los evangelistas en materia de diablos.

—No me sorprende. Él era médico. Tú no.

—¡Dios me libre! Estoy cansado de los modelos clásicos de diablos. No son más que simios o chivos o híbridos de aves. Están bien para los infiernos y los días del Juicio, en rojo y negro, pero a mí no me sirven.

—¿Por qué te interesan tanto?

—Porque es obvio tanto para la razón como para el arte que en las obras del infierno intervienen todo tipo de asambleas de diablos. Esos siete que le sacaron del cuerpo a la Magdalena, sin ir más lejos. Deberían ser diablos femeninos, sin ningún parentesco con los diablos al uso, que tienen pico, cuernos y barba.

El abad se echó a reír.

—¡O ese otro diablo que salió del hombre necio! ¿De qué le sirve un pico o un hocico? No debería tener rostro, como un leproso. Y sobre todo, ¡Dios me dé vida para lograrlo!, los diablos que se apoderaron de los cerdos de Gadarene. Deberían ser… deberían ser… todavía no sé cómo, pero deberían ser distintos. Quiero que sean diferentes, como los santos. Ahora todos son iguales, ya sea en pared, en ventana o en cuadro.

—Continúa, Juan. Eres mucho más versado que yo en este misterio.

—¡Dios me libre! Sin embargo, creo que los diablos merecen un respeto, por más que sean seres malditos.

—Peligrosa doctrina.

—Lo que quiero decir es que cuando una forma, de cualquiera cosa, es digna de que el hombre reflexione sobre ella y la pinte para al resto de la humanidad, entonces merece toda su reflexión.

—Eso es menos peligroso. Me alegro de haberte concedido la absolución.

—Un artesano que se ocupa de la forma exterior de las cosas no corre tantos peligros… por gloria de la Madre Iglesia.

—Tal vez, pero —la mano del abad casi rozó la manga de Juan—, dime una cosa… ¿esa mujer morisca… o es hebrea?

—Es mía —respondió Juan.

—¿Y basta con eso?

—Yo creo que sí.

—¡Ah… bien! Eso queda fuera de mi jurisdicción, pero… ¿qué piensan de ti por esos mundos?

—En España nadie se mete con un botarate… ni la Iglesia ni el rey, ¡benditos sean! Están demasiado ocupados matando moros y judíos, aunque si los expulsan se quedarán sin comercio y sin agricultura. Le aseguro que en las Tierras Conquistadas, desde Sevilla hasta Granada, vivimos todos en amorosa armonía: españoles, moros y judíos. ¿Sabe por qué? Porque no hacemos preguntas.

—Sí… sí —suspiró el abad Stephen—. Y siempre queda la esperanza de que se convierta.

—Claro, siempre queda la esperanza.

El abad entró en el hospital. Eran tiempos tranquilos, antes de que Roma se mostrara implacable con las relaciones de los clérigos. Mientras la dama no fuera excesivamente descarada ni se viera el hijo demasiado favorecido por el padre en cuestión de ascensos y levas eclesiásticas, se hacía la vista gorda ante muchas cosas. Sin embargo, tal como el abad tenía motivos para recordar, las uniones entre cristianos e infieles conducían al dolor. Pese a todo, cuando Juan partió con mula, correo y criado, en dirección hacia Southampton y el mar, Stephen lo envidió.

Regresó al cabo de veinte meses, con buen ánimo y cargado de regalos: un fragmento del mejor lapislázuli, una barra de bermellón anaranjado y un paquetito de escarabajos secos para el sochantre, con los que se elaboraba el más glorioso escarlata. Traía además varios terrones de mármol lechoso y ligeramente rosado, que una vez fragmentados y molidos proporcionaban un fondo incomparable. Consiguió la mitad de las sustancias que el abad y Thomas le habían solicitado, y también un largo collar de cornalina rojo intenso para la dama del abad, Anne de Norton, quien lo recibió con gentileza y quiso saber dónde lo había encontrado Juan.

—Cerca de Granada.

—¿Los dejaste a todos bien? —preguntó Anne. (Quizá el abad le había contado algo sobre la confesión de Juan).

—Los dejé a todos en manos de Dios.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Cuatro meses menos once días.

—¿Estuviste… con ella?

—La tuve en mis brazos. Ocurrió mientras alumbraba.

—¿Y?

—El niño también. Ya no me queda nada.

Anne de Norton se quedó sin habla.

—Tal vez sea mejor así —dijo tras un silencio.

—Con el tiempo quizá llegue a aceptarlo. Pero ahora no puedo.

—Tienes tu trabajo y tu arte y… Juan… recuerda que en la tumba no existen los celos.

—¡Siií! Tengo mi arte, y Dios sabe que no tengo celos de nadie.

—Demos gracias a Dios al menos por eso —dijo Anne de Norton, la mujer siempre delicada de salud que seguía los movimientos del abad con sus ojos hundidos —. Y ten por seguro que conservaré esto como un tesoro mientras viva —añadió, acariciando las cuentas del collar.

—Para eso lo he traído —repuso Juan, y se preparó para marcharse.

Cuando ella le contó al abad de dónde procedía el collar de perlas, el marido no dijo nada, pero luego, mientras guardaba con Thomas los remedios que Juan había traído, en la celda cuya pared mediaba con la chimenea de la cocina del hospital, reparó en una pastilla de aceite de amapola seca y dijo:

—Esto tiene el poder de anular por completo el dolor del cuerpo.

—Lo sé —dijo Juan.

—Sin embargo, para el dolor del alma no hay más que un remedio, aparte de la gracia de Dios; y el remedio es el oficio, el estudio o cualquier actividad útil para la mente.

—Lo voy comprendiendo —fue la respuesta.

Juan pasó en el bosque el siguiente día festivo del mes de mayo, con el encargado de los cerdos del monasterio y el resto de los porqueros, y regresó cargado de flores y frutos primaverales al impoluto puesto que ocupaba en el ala norte del *scriptorium*. Allí, con sus cuadernos de bocetos bajo el codo izquierdo, apartó sus recuerdos para zambullirse en su Gran Lucas.

El hermano Martin, el maestro calígrafo —que hablaba más o menos una vez cada quince días—, se atrevió más tarde a preguntarle cómo iba el trabajo.

—¡Aquí está todo! —dijo Juan, golpeándose la frente con el lápiz—. Ha estado esperando todos estos meses para, ¡ah, Dios!, nacer. ¿Has acabado ya con tu copia, Martin?

El hermano Martin asintió. A pesar de sus setenta años, consideraba un honor que Juan de Burgos acudiera a él cuando quería un trabajo de la máxima calidad.

—¡Veamos! —dijo Juan, preparando una nueva vitela, fina aunque perfecta—. De aquí a París no hay nada como este papel. ¡Sí! Huélelo si quieres. Y pásame los compases para que pueda preparártelo. Como hagas una sola letra más clara o más oscura que la contigua te azotaré como a un cochino.

—¡Eso nunca, Juan! —dijo el anciano con una sonrisa radiante.

—¡Sabes que sí! ¡Ahora presta atención! Aquí y aquí, justo donde pincho, y con una letra tan fina como un pelo, escribirás los versículos treinta y uno y treinta y dos del Evangelio de Lucas, 8.

—¡Los cerdos de Gardarene! «Y le rogaban que no les ordenara regresar al abismo. Había allí una gran piara de cerdos…». —Naturalmente, el hermano Martin conocía los Evangelios de memoria.

—¡Exacto! Hasta «y él se lo permitió». Tómate todo el tiempo que necesites. Mi Magdalena aún tiene que salir de mi corazón.

Tan excelente fue el trabajo del hermano Martin, que Juan robó unos dulces de la cocina del abad para recompensarlo. El anciano se los comió; luego se arrepintió; después se confesó e insistió en que le impusieran penitencia. De ahí que el abad, sabedor de que no había sino un modo de desenmascarar al verdadero pecador, le impusiera como penitencia la copia literal de un libro titulado *De Virtutibus Herbarum*. Los monjes de San Illod lo habían pedido prestado a los lúgubres monjes cistercienses, quienes desaprobaban todas las cosas hermosas, y el apretado texto tuvo a Martin ocupado hasta que Juan lo requirió para unas letras especialmente espaciadas.

—¡Ay, ay, ay! —dijo el sochantre en tono reprobador—. No deberías hacer esas cosas, Juan. Al hermano Martin le han puesto penitencia por tu culpa…

—No… por mi Gran Lucas. Pero ya he pagado al cocinero del abad. Lo he estado dibujando hasta que sus marmitones no pudieron contener la risa. No volverá a decir nada.

—¡Mal hecho! Y también has perdido el favor del abad. No te ha dicho nada desde que volviste, ni te ha invitado a la mesa de los superiores.

—He estado ocupado. Y Stephen, que tiene ojos en la cara, lo sabía. Clemente, no hay un solo bibliotecario desde Durham hasta Torre que limpie como tú.

El sochantre se puso en guardia, pues sabía adónde solían llevar los cumplidos de Juan.

—Pero fuera del *scriptorium*…

—Adonde yo nunca voy. —El sochantre había sido dispensado incluso de cavar en el huerto, no fuera a estropear sus maravillosas manos de encuadernador.

—En todo lo que queda fuera del *scriptorium* eres el mayor idiota de la cristiandad. Créeme, Clemente. Y he conocido a muchos.

—Yo creo todo lo que tú dices —dijo Clemente sonriendo con benevolencia—.

Me tratas peor que a los niños del coro.

Se oyó en ese momento berrear en el claustro a un miembro de esta sufrida casta, mientras el maestro le tiraba del pelo.

—¡Dios te ama! ¡Y yo también! Pero ¿has pensado alguna vez que en mis viajes miento y robo a diario… sí, y para que lo sepas, también asesino… a fin de conseguir tus colores y tus tierras?

—Cierto —admitió el justo y probo Clemente—. A veces pienso que si yo viviera en el mundo, ¡líbreme Dios!, sería un ladrón consumado de ciertos materiales.

Hasta el hermano Martin, inclinado sobre su aborrecido *De Virtutibus*, rió la ocurrencia.

A mediados del verano, Thomas, el enfermero, transmitió a Juan la invitación del abad de cenar en su casa esa noche, con el ruego de que llevara consigo una muestra de su trabajo para el Gran Lucas.

—¿Qué se propone? —preguntó Juan, que había estado completamente absorto en su trabajo.

—No es más que una de sus cenas de «sabios». Ya has asistido a varias desde que eres mayor de edad.

—Cierto, y en su mayoría muy buenas. ¿Cómo desea Stephen que…?

—Hábito y capucha. Asistirá un doctor de Salerno, un tal Rogelio, italiano. Sabio y famoso por su destreza con la sangradera. Lleva diez días en la enfermería, ayudándome… ¡a mí!

—No he oído hablar de él. Aunque ya sabemos que nuestro Stephen es *phisicus* antes que *sacerdos*, siempre.

—Y su dama está enferma desde hace tiempo. Rogelio ha venido principalmente por ella.

—¿De veras? Ahora que lo pienso, hace tiempo que no veo a la dama Anne.

—Hace tiempo que no ves nada de nada. Lleva casi un mes sin salir de casa… tienen que llevarla al extranjero.

—¿Tan mal está?

—Rogelio de Salerno no quiere emitir un juicio por el momento, pero…

—¡Dios se apiade de Stephen! ¿Quién más acudirá a la cena, aparte de ti?

—Un fraile de Oxford. También se llama Roger. Un célebre y erudito filósofo. Además de muy aficionado al licor.

—Tres doctores… contando a Stephen. Tengo comprobado que, en casos así, dos siempre son ateos.

Thomas lo miró con inquietud y desdeñó el comentario.

—Ésa es una máxima perversa —balbució—. No deberías emplearla.

—¡Ja! ¡No te las des de monje conmigo, Thomas! Llevas once años de enfermero en San Illod y todavía eres lego. ¿Cómo es que en todo ese tiempo no has tomado los

hábitos?

—Yo… yo no soy digno.

—Diez veces más digno que ese nuevo cerdo… Henry como-se-llame, el que se ocupa de las misas en la enfermería. Le mete el viático debajo de la nariz a un hombre que sólo se ha desmayado a consecuencia de una hemorragia. Y entonces, el hombre muere… de puro miedo. ¡Tú lo sabes! He visto la cara que pones en esas ocasiones. Toma los hábitos, Dídimo. Podrás ofrecer a tus enfermos un poco más de medicina y un poco menos de misa, y vivirán más tiempo.

—No soy digno… no soy digno —repitió Thomas en tono lastimero.

—No lo eres, pero ante tu maestro o resistes o caes. Y ahora que mi trabajo me permite un descanso, estoy dispuesto a beber con cualquier filósofo de cualquier escuela. Y a darme un baño caliente en la enfermería antes de vísperas, Thomas.

Cuando la cena del abad, perfectamente preparada y servida, hubo concluido, y se retiraron el mantel y las servilletas con flecos, y el prior entregó las llaves para que todo se cerrara en el monasterio, y las llaves fueron debidamente devueltas con un «Todo cerrado hasta prima», el abad y sus invitados salieron a tomar el aire a un claustro superior que los condujo entre sus galerías hasta el lado sur del coro, en el triforio. El sol estival aún brillaba con fuerza, pues apenas eran las seis, aunque la iglesia de la abadía se hallaba sumida en su oscuridad habitual. Diez metros más abajo empezaban a encenderse las luces para el ensayo del coro.

—El maestro no les da un respiro —susurró el abad—. Quedémonos junto a esta columna para escuchar lo que están preparando.

—¡Recordad todos! —llegó la severa voz del maestro—. Es el alma de Bernardo, atacando este mundo de maldad. Hacedlo más rápido que ayer, y articulando bien todas las palabras. ¡El órgano! ¡Que empiece!

Sonó el órgano, furioso y sólo por un instante. Se le unieron luego las voces en la primera y temible frase del «*De Contemptu mundi*».

«*Hora novissima… témpora pessima*». Un silencio hasta que el *sunt* de asentimiento resonó en la oscuridad, como un sollozo, y una voz juvenil, cristalina como un clarín de plata, respondió el prolongado *vigilemus*.

«*Ecce minaciter, inminet arbiter*». Órgano y voces se desataron con terror y prevención, hasta derramarse como un líquido en el «*ille supremus*». Cambió entonces el tono al iniciarse el preludio: «*Imminet, imminet, ut mala terminet…*».

—¡Alto! ¡Otra vez! —vociferó el maestro; exponiendo sus razones con mayor contundencia de la que requería una práctica coral.

—¡Ah! ¡Vanidad humana! Ha adivinado que estamos aquí. ¡Salgamos! —dijo el abad.

Anne de Norton, en su silla de ruedas, también estaba escuchando al coro desde el triforio, algo más apartada, en compañía de Rogelio de Salerno. Juan la oyó sollozar.

De vuelta le preguntó a Thomas cómo seguía su salud, pero antes de que el enfermero pudiera responderle, el médico italiano se interpuso entre ellos.

—Continuando con nuestra conversación, he creído oportuno decírselo —le comunicó a Thomas.

—¿Decirle qué? —preguntó Juan con llaneza.

—Lo que ya sabía. —Rogelio de Salerno soltó una cita en griego, a tenor de la cual las mujeres lo saben todo acerca de todo.

—No entiendo el griego —dijo Juan en tono seco.

Rogelio de Salerno se había explayado bien a gusto en griego durante toda la cena.

—En ese caso se lo diré en latín. Ovidio lo expresó a la perfección. «*Utque malum late solet inmedicable cáncer…*», sin duda usted conoce el resto, distinguido señor.

—¡Lástima! Mis estudios de latín se reducen a lo poco que he podido aprender de los idiotas que se jactan de curar a mujeres enfermas. «*Abracadabra…*», sin duda usted conoce el resto, distinguido señor.

Rogelio de Salerno no abrió la boca hasta que llegaron al comedor, donde se había encendido la chimenea y se sirvieron los dátiles, las uvas pasas, el jengibre, los higos y los dulces de canela, junto con los vinos selectos. El abad tomó asiento, se desprendió de su anillo y lo dejó caer en una copa de plata vacía, de manera que todos pudieron oír el tintineo; estiró las piernas y se quedó mirando el rosetón de oro tallado en la bóveda de cañón. El silencio que media entre completas y maitines se cernió sobre su mundo. El fraile de Oxford, de cuello corto y ancho, observaba un rayo de sol que se descomponía en distintos colores sobre el borde del platito de vidrio que contenía la sal; Rogelio de Salerno había retomado una discusión con el hermano Thomas sobre cierta clase de fiebres que producían erupciones en la piel y tenían desconcertados a los hombres de ciencia, tanto en Inglaterra como en otros países; Juan reparó en su afilado perfil y, pensando que podía servirle como modelo para su Gran Lucas, se llevó una mano al pecho. El abad advirtió el gesto y dio su consentimiento, asintiendo con la cabeza. Juan sacó su cuaderno y su punta de plata.

—Sí, la modestia es una virtud, pero dígame su propia opinión —instaba el italiano al enfermero.

Por deferencia hacia el extranjero, la conversación discurría principalmente en latín, más formal y más copioso que la jerga de los monjes. Thomas empezó a hablar, con su manso balbuceo.

—Me confieso perdido ante la causa de la fiebre, a menos que, como dijo Varro en su *De Re Rustica*, ciertos anima les que el ojo no puede ver penetren en el cuerpo a través de la nariz y de la boca, produciendo graves enfermedades. Claro que esto no figura en las Escrituras.

Rogelio de Salerno se encrespó como un gato enfurecido.

—¡Siempre igual! —exclamó, mientras Juan esbozaba la curva de los labios

finos.

—Nunca descansas, Juan —señaló el abad, sonriendo al artista—. Deberías interrumpir cada dos horas para rezar, como hacemos todos. San Benito no tenía un pelo de tonto. Dos horas es el tiempo máximo que un hombre puede forzar su vista o su mano.

—Así es… en el caso de los calígrafos. El hermano Martin empieza a cometer errores al cabo de una hora. Pero cuando un hombre está atrapado por su trabajo, debe continuar hasta que éste decida liberarlo.

—Sí, ése es el demonio de Sócrates —terció el monje de Oxford, sorbiendo al beber de su copa.

—Esa doctrina lleva a la presunción —señaló el abad—. Recordad: «¿Debe un hombre mortal superar a su Creador?».

—No hay riesgo de justicia —respondió el fraile secamente—. Pero debiera tolerarse al menos que el hombre progrese en su arte o en su pensamiento. Y, sin embargo, ¿qué dice la Madre Iglesia cuando oye o ve que éste avanza en alguna dirección? ¡No! Siempre no.

—Si los pequeños animales de Varro son invisibles —insistió Rogelio de Salerno—, ¿cómo podemos acercarnos hacia la curación?

—Experimentando —afirmó el fraile, volviéndose súbitamente hacia los médicos—. Mediante la razón y la experimentación. La una resulta inútil sin la otra. Pero la Madre Iglesia…

—¡Sí! —exclamó Rogelio de Salerno, precipitándose como un lucio a morder el cebo fresco—. Escuchen, señores. Los obispos de la Iglesia, nuestros príncipes, han sembrado los caminos de Italia de esqueletos que ellos mismos han creado, por ira o por placer. ¡Hermosos cadáveres! Pero si yo, si nosotros los médicos, nos atrevemos a levantar la piel de uno de ellos para ver el tejido divino que hay debajo, ¿qué dice la Madre Iglesia? ¡Sacrilegio! ¡Cíñete a tus cerdos y a tus perros o arderás en la hoguera!

—¡Y no sólo la Madre Iglesia! —metió la cuchara el fraile—. A diario nos vemos coartados por las palabras de algún hombre que murió hace mil años y que se consideran irrefutables. ¿Quién es cualquier hijo de Adán para cerrar con sus afirmaciones la puerta a la verdad? Ni siquiera salvaría a Peter Peregrinus, y eso que es mi gran maestro.

—¡Ni yo a Pablo de Egina! —señaló Rogelio de Salerno—. ¡Escuchen, señores! El caso es muy pertinente para la ocasión. Apuleyo afirmaba que cuando un hombre ingiere el jugo de la hoja del ranúnculo, *sceleratus* lo llamamos, que significa «criminal» —explicó, dirigiendo a Juan un condescendiente asentimiento de cabeza—, su alma se escapa del cuerpo riendo a carcajadas. Esta postura es más peligrosa que la verdad, porque encierra alguna clase de verdad.

—¡Apuleyo ya no está entre nosotros! —susurró el abad con desesperación.

—Porque el jugo de esa planta, lo sé por experiencia, quema, ampolla y deforma

la boca. Igual que he visto ese rictus, o seudocarcajada, en el rostro de los que han muerto por los fuertes venenos de otras plantas combinadas con el ranúnculo. El espasmo es ciertamente muy parecido a la risa. A mi juicio, tras ver el cadáver de un hombre muerto por ese veneno, Apuleyo llegó a la conclusión de que el hombre había muerto riendo.

—Sin quedarse para observar o confirmar su observación con un experimento —apostilló el fraile, frunciendo el ceño.

El abad miró a Juan, levantando una ceja.

—¿Qué te parece a ti? —preguntó.

—No soy médico —fue la respuesta de Juan—, pero yo diría que es posible que en todos estos años Apuleyo haya sido traicionado por sus copistas. A veces suprimen cosas para ahorrarse problemas. Supongamos que Apuleyo escribió que el alma «parece» abandonar el cuerpo riendo, tras ingerir ese veneno. Ni tres de cinco copistas, en mi opinión, respetarían el «parece». Porque, ¿quién cuestiona a Apuleyo? Si a él le pareció, seguramente es que fue así. Por lo demás, hasta un niño conoce la hoja del ranúnculo.

—¿Tiene usted conocimientos de botánica? —preguntó ásperamente Rogelio de Salerno.

—Sólo de cuando era niño en el convento y me provocaba erupciones con ranúnculo en la boca y en el cuello para no ir a rezar en las noches frías.

—¡Ah! —dijo Rogelio—. Desconozco esos ardides. —Y se volvió, muy envarado.

—¡Eso es lo de menos! Y hablando de tus ardides, Juan —terció hábilmente el abad—, deberías enseñar a los doctores tu Magdalena y tus cerdos de Gardarene con los diablos.

—¿Diablos? ¿Diablos? Yo he producido diablos merced al uso de sustancias, y los he aniquilado por el mismo procedimiento. En cuanto a si los diablos son ajenos a la humanidad o inmanentes, aún no me he pronunciado —dijo Rogelio de Salerno todavía enojado.

—No se atreva a hacerlo —le espetó el fraile de Oxford— La Madre Iglesia se ocupa de crear sus propios diablos.

—¡No del todo! Nuestro Juan ha regresado de España con algunos completamente nuevos —dijo el abad tomando la lámina que Juan le tendía y dejándola con cuidado sobre la mesa.

Todos se acercaron para mirar. La Magdalena aparecía representada en una palidísima grisalla, casi transparente, sobre un enfurecido fondo de demonios con rostro de mujer, cada cual marcado por su pecado particular y, todos, era evidente, en frenética lucha contra el poder que los dominaba.

—Nunca había visto un trabajo de grises como éste —señaló el abad—. ¿Dónde lo has visto?

—*Non nobis.* Se me ocurrió —dijo Juan, sin saber que se hallaba más de una

generación por delante de su tiempo en el uso de esa técnica.

—¿Por qué está tan pálida? —preguntó el fraile.

—El maligno acaba de abandonar su cuerpo… y se ha llevado todo el color.

—Ya, como la luz a través de un cristal. Entiendo.

Rogelio de Salerno observaba la lámina en silencio, la nariz cada vez más cerca del papel.

—Así es —habló al fin—. Esto lo produce la epilepsia (la boca, los ojos y la frente), hasta el modo en que cae la muñeca. ¡Presenta todos los signos! Esa mujer necesitará reconstituyentes, además de un buen sueño natural. Nada de aceite de amapola, porque al despertar vomitaría. Y después… aunque eso es salirse de mi escuela. —Se incorporó—. Debería usted practicar nuestra profesión, señor. ¡Junto a las serpientes de Esculapio!

Se estrecharon la mano como iguales.

—¿Y qué les parecen los siete demonios? —continuó el abad.

Las figuras se transformaban en flores convolvuláceas o en cuerpos como llamas —en colores que iban desde el verde fosforescente hasta el manido púrpura negro de la iniquidad—, bajo cuya materia se adivinaban los corazones palpitantes. La amplia orla convencional de flores y de pájaros primaverales, presidida por un martín pescador atrapado entre un manojo de lirios amarillos, añadía sin embargo una nota que permitía recobrar la esperanza y la cordura en el funcionamiento de la vida.

Rogelio de Salerno identificó las plantas y se explayó acerca de sus virtudes.

—Y ahora los cerdos de Gardarene —anunció el abad.

Juan depositó la lámina sobre la mesa.

Allí estaban los diablos desalojados, temerosos de ser arrojados al vacío, apiñados y precipitándose para colarse por cualquier orificio en los cuerpos de los animales. Algunos cerdos combatían a los invasores, embistiendo y lanzando espumarajos por la boca; otros se rendían, adormecidos, como si les rascaran placenteramente la espalda; y otros, plenamente poseídos, corrían en confusión hacia el lago próximo. En una esquina se veía al hombre liberado con las piernas extendidas, plenamente recuperado su control, y Nuestro Señor, sentado, lo miraba como preguntándole qué le parecía su liberación.

—¡Desde luego que son diablos! —comentó el fraile—. Pero de una clase completamente nueva.

Algunos eran meros muñones, con lóbulos y protuberancias, un atisbo de rostro maligno que asomaba entre paredes de gelatina. Y había también una impaciente familia de diablillos globulares que acababan de reventar el vientre de su sonriente padre y corrían desesperadamente hacia sus presas. Otros adoptaban la forma de bastones, cadenas y escaleras, solos o en grupo, en torno al cuello y las mandíbulas de una cerda que se desgañitaba y de cuya oreja emergía, como un látigo, la cola vidriosa del diablo que había encontrado allí su refugio. Completaban la escena diablos de aspecto granulado y conglomerado, que se mezclaban con la espuma y las

babas allí donde el ataque era más encarnizado. La mirada del observador se veía luego conducida hasta los enloquecidos lomos de los cerdos a la carrera, el aterrado rostro del pastor y el pánico de su perro.

—Yo diría que estos diablos han sido engendrados por algún veneno. No son propios de la mente racional.

—Éstos no —señaló Thomas, el enfermero, quien en su calidad de lego debería haber solicitado el permiso del abad antes de intervenir—. ¡Éstos no! ¡Fíjese en la orla!

La orla de la imagen era un entramado geométrico de compartimentos o celdillas, irregulares aunque equilibrados, en cuyo interior se sentaban, nadaban o chapoteaban diablos negros, mediocres, por así decir, no inspirados todavía por el Maligno, aunque caóticos y delirantes. Una vez más, sus formas se asemejaban a escaleras, cadenas, látigos, diamantes, yemas de frutos muertos o fosforescentes y pesadas esferas, casi como estrellas en algunos casos.

Rogelio de Salerno los comparó con las obsesiones de una mente clerical.

—¿Malignas? —preguntó el fraile de Oxford.

—«Todo lo desconocido se tilda de horrible» —citó con desprecio Rogelio de Salerno.

—Yo no. Las encuentro maravillosas… maravillosas. Creo…

El fraile retrocedió. Thomas se adelantó para verlas mejor y entreabrió la boca.

—Habla —le conminó Stephen, que había estado observándolo—. Aquí todos somos doctores de alguna manera.

—En ese caso, yo diría —se apresuró a decir Thomas, como apostando de golpe todas sus creencias vitales— que las figuras de la parte inferior de la orla no son tanto infernales y malignas cuanto modelos y diseños con los que Juan ha jugado para embellecer a sus propios diablos, los que se encuentran arriba, entre los cerdos.

—¿Y eso qué significaría? —preguntó con brusquedad Rogelio de Salerno.

—En mi modesta opinión, que acaso haya visto esas formas… sin ayuda de venenos.

—Dime, ¿quién… quién —intervino Juan de Burgos, luego de que se le escapara un rotundo juramento— te ha vuelto tan sabio de repente, mi querido Incrédulo?

—¿Sabio yo? ¡Dios me libre! Sólo que… te acuerdas, Juan, de un invierno, hace seis años, cuando estábamos en la puerta de la cocina y los copos de nieve se derretían en tu manga. Ese día me mostraste un pequeño cristal, a cuyo través las cosas se agrandaban.

—Sí. Los moros lo llaman el Ojo de Alá —confirmó Juan.

—Me mostraste cómo se fundían los copos. Y dijiste que eran tus modelos.

—Cierto. Los copos de nieve se funden por seis caras distintas. Los he usado muchas veces para crear fondos geométricos.

—¿Arte óptico? ¡Jamás lo había oído! —exclamó Rogelio de Salerno.

—Juan —dijo el abad de San Illod en tono autoritario—, ¿fue… es así?

—Thomas está en lo cierto —repuso Juan—, de algún modo. Esas formas de la orla me sirvieron de modelo para los diablos de arriba. En mi oficio, Salerno, no nos atrevemos a usar venenos. Te destruyen la vista y la mano. Mis figuras son honradas formas de la naturaleza.

El abad acercó hacía sí un cuenco con agua de rosas.

—Cuando fui prisionero de… de los sarracenos, tras la batalla de Mansura —empezó a decir, volviendo hacia arriba el pliegue de su larga manga—, conocí a ciertos magos, físicos, capaces de mostrar —hundió el dedo medio delicadamente en el agua— todo el firmamento del infierno, por así decir —sacudió una gota de su brillante uña sobre la brillante mesa—, incluso en una superficie tan pequeña como esta uña.

—Pero debe hacerse con agua putrefacta… no con agua limpia —señaló Juan.

—Muéstranoslo… a todos… a todos… —lo animó Stephen—. Me gustaría comprobarlo, una vez más. —El abad adoptó un tono oficial.

Juan se sacó del pecho una cajita de cuero repujado, de unos diez o doce centímetros de largo, sobre cuyo forro de terciopelo desvaído yacía un objeto semejante a un compás de vieja madera de boj, con la punta de plata y un tornillo en la cabeza para abrir o cerrar las piernas en minúsculas fracciones. Las piernas terminaban, no en punta, sino en forma de cuchara, perforada una de las espátulas por un orificio revestido de metal de menos de un centímetro de ancho, y otro de poco más de un centímetro la otra. En este último, y tras limpiarlo cuidadosamente con un trozo de seda, introdujo Juan un cilindro metálico, provisto, a lo que parecía, de un vidrio o un cristal en sus extremos.

—¡Ah! ¡Arte óptico! —dijo el fraile—. Pero ¿qué es lo que hay debajo?

Se trataba de una pequeña y temblorosa lámina de plata bruñida, no mayor que un florín, que atrapaba la luz y la concentraba en el agujero de menor tamaño. Juan la ajustó sin la ayuda que le ofrecía el fraile.

—Y ahora a buscar una gota de agua —anunció, sacando un pequeño pincel.

—Subamos al claustro superior. Todavía da el sol en el tejado —propuso el abad poniéndose en pie.

Los demás lo siguieron. A medio camino, la pérdida de una tubería había formado un charco verdoso sobre una piedra erosionada. Con sumo cuidado, Juan dejó caer una gota de agua en el orificio más pequeño de la pierna del compás y, apoyando el aparato en un caballete del tejado, giró el tornillo para ajustar el cilindro hasta que la inclinación del cristal resultó satisfactoria.

—¡Bien! —dijo mirando a través del artilugio—. Aquí están todas mis formas. ¡Puede mirar, padre! Si al principio no las ve, gire la tuerca a la derecha o a la izquierda.

—No lo he olvidado —respondió el abad, ocupando su lugar—. ¡Sí! Aquí están, como en mi tiempo… en mi tiempo pasado. Me dijeron que son infinitas… ¡Son infinitas!

—La luz no tardará en irse. ¡Déjame mirar! ¡Permíteme mirar a mí también! —suplicó el fraile de Oxford, casi apartando a Stephen de un empujón.

El abad se hizo a un lado. Su mirada se perdió en tiempos pretéritos. Sin embargo, en lugar de mirar, el fraile cogió el aparato en sus hábiles manos.

—No, no —le interrumpió Juan, viendo que empezaba a toquetear los tornillos—. Deje que lo vea el doctor.

Rogelio de Salerno estuvo mirando unos minutos. Juan vio que sus pómulos, surcados de venas azules, se tornaban blancos. Al fin se alejó del cilindro, como si algo lo torturase.

—Es un mundo nuevo… un mundo nuevo y… ¡ah, Dios injusto…! yo soy viejo.

—Y ahora Thomas —ordenó Stephen.

Juan manipuló el cilindro para el enfermero, a quien le temblaban las manos y que también se demoró un buen rato.

—Es la vida —dijo con la voz quebrada—. ¡No el infierno! La vida que se regocija de haber sido creada… la obra del Creador. Viven, tal como yo lo he soñado. No había pecado en mis sueños. No había pecado, ¡oh, Dios! ¡No había pecado!

Se hincó de rodillas y, llevado por la histeria, se puso a rezar el *Benedicite omnia Opera*.

—Ahora veré cómo funciona —dijo el fraile de Oxford adelantándose una vez más con ímpetu.

—Llevémoslo adentro. Este lugar es todo ojos y oídos —sugirió Stephen.

Regresaron tranquilamente por los claustros, rodeados por tres condados ingleses bajo el sol vespertino; iglesia tras iglesia, monasterio tras monasterio, celda tras celda, y la masa de una enorme catedral anclada en el extremo de los bajíos crepusculares.

Una vez de vuelta se sentaron todos menos el fraile, que se acercó a la ventana y se inclinó como un murciélago sobre el compás.

—¡Lo veo! ¡Lo veo! —repetía para sí mismo.

—No creo que lo estropee —dijo Juan.

Pero el abad, que estaba frente a él, con la mirada absorta, como Rogelio de Salerno, no lo oyó. El enfermero había apoyado la cabeza sobre la mesa, entre los brazos temblorosos.

Juan se levantó para servirse una copa de vino.

—En El Cairo —decía el abad, hablando igualmente para sí— me enseñaron que el hombre vive entre dos infinitudes: la de la grandeza y la de la pequeñez. Por lo tanto, no hay final… ni para la vida ni…

—Y yo estoy al borde de la tumba —se lamentó Rogelio de Salerno—. ¿Quién se apiada de mí?

—¡Chiss! —dijo el enfermero—. Las pequeñas criaturas serán santificadas… santificadas al servicio de Sus enfermos.

—¿Qué necesidad hay? —respondió Juan de Burgos, secándose los labios—. Este

instrumento se limita a mostrar las formas de las cosas. Proporciona buenas imágenes. Lo conseguí en Granada. Me dijeron que venía de Oriente.

Rogelio de Salerno se echó a reír con malicia de hombre viejo.

—¿Y qué pasa con la Madre Iglesia? ¿La Santísima Madre Iglesia? Si llegara a sus oídos que hemos espiado su infierno sin autorización, ¿qué será de nosotros?

—Nos quemarán en la hoguera —dijo el abad de San Illod, y alzando ligeramente la voz, añadió—: ¿Lo has oído? ¿Has oído eso, Roger Bacon?

El fraile se volvió de la ventana, aferrando los compases con más fuerza.

—¡No! ¡No! —gritó—. No con Falcodi… no ahora que nuestro querido Foulkes, que es inglés, ha sido nombrado Papa. Él es sabio… es docto. Lee lo que yo escribo. Foulkes jamás lo consentiría.

—Una cosa es el Santo Padre y otra la Santa Iglesia —señaló Rogelio de Salerno.

—Yo puedo dar fe de que no es un arte mágica —insistió el fraile—. No es nada más que arte óptico, conocimiento adquirido mediante la prueba y la experimentación. Yo puedo demostrarlo, y… mi nombre tiene un peso entre los hombres que se atreven a pensar.

—¡Encuéntralos! —graznó Rogelio de Salerno—. Cinco o seis en todo el mundo. Eso no pesa ni veinticinco kilos en cenizas tras la quema en la hoguera. He visto a esos hombres… reducidos.

—¡Yo no pienso renunciar a esto! —gritó el fraile, con ardor y desesperación—. Sería un pecado contra la Luz.

—¡No! ¡No! Santifiquemos a los pequeños animales de Varro —dijo Thomas.

Stephen se inclinó hacia delante, pescó el anillo de la taza y se lo puso en el dedo.

—Hijos míos, hemos visto lo que hemos visto —dijo.

—Esto no es magia, sino simple arte —recalcó el fraile.

—De nada cuenta. Ante los ojos de la Madre Iglesia hemos visto más de lo que al hombre le está permitido.

—Pero ¡si era la vida, regocijándose de haber sido creada! —subrayó Thomas.

—Mirar en el infierno… por lo cual seremos juzgados… por lo cual seremos puestos a prueba… haber mirado es sólo para sacerdotes.

—O para vírgenes anémicas camino de la santidad, quienes, por más razones que puedan dar las parteras…

La mano en alto del abad interrumpió la invectiva de Roger.

—Ni siquiera a los sacerdotes les está permitido ver si hay el infierno algo más de lo que la Iglesia sabe que hay. A la Iglesia se le debe tanto respeto como a los diablos, Juan.

—Mi oficio se ocupa de la apariencia de las cosas —respondió tranquilamente Juan—. Tengo mis modelos.

—Pero quizá cuando necesites nuevos modelos quieras volver a mirar —insistió el fraile.

—En mi oficio, lo que se ha hecho una vez ya no vale. Hay que buscar siempre

formas nuevas.

—Y si traspasamos esos límites, siquiera de pensamiento, nos exponemos al juicio eclesiástico —continuó el abad.

—Pero tú lo sabías… ¡lo sabías! —le espetó Roger de Salerno, volviendo a la carga—. El mundo está ciego a las causas de las cosas… desde la fiebre al otro lado de la calle hasta la enfermedad que está devorando a tu dama… a tu propia dama. ¡Piénsalo!

—¡Ya lo he pensado, Salerno! ¡Vaya si lo he pensado!

El enfermero levantó la cabeza, y esta vez no tartamudeó en absoluto.

—Igual que luchan y combaten en el agua deben hacerlo en la sangre. Llevo diez años soñando con esto… y creía que era pecado… pero ¡Varro y mis sueños tenían razón! ¡Vuelve a pensarlo! ¡Tienes la Luz al alcance de la mano!

—¡Basta! Te achicharrarían, como a cualquiera. Expongo el caso tal como la Iglesia… como yo mismo… lo entendería. Nuestro Juan vuelve de entre los moros y nos muestra un infierno de diablos que combaten en el interior de una gota de agua. ¡Magia prohibida! ¿Es que no oís el chisporroteo de la leña?

—Pero ¡tú lo sabías! ¡Tú ya lo habías visto! ¡Por el mísero bien del hombre! ¡Por nuestra vieja amistad… Stephen! —suplicaba el fraile, al tiempo que intentaba guardarse el compás en el pecho.

—Lo que Stephen de Sautré sabe, lo sabéis también vosotros, sus amigos. Ahora quiero que obedezcáis al abad de San Illod. ¡Dámelo! —ordenó, extendiendo la mano en la que llevaba el anillo.

—¿Puedo… o puede Juan… al menos dibujar alguna imagen? —rogó el fraile, sin poder contenerse.

—¡De ningún modo! —refutó el abad—. Tu daga, Juan. Su vaina servirá.

Desmontó el cilindro de metal, lo dejó sobre la mesa y con la empuñadura de la daga redujo el cristal a un montón de polvo brillante, que luego barrió de un manotazo para lanzarlo a la chimenea.

—Se diría que la elección se debate entre dos pecados. Negar al mundo una Luz que tenemos al alcance de la mano, o iluminarlo prematuramente —dijo—. Lo que acabáis de ver lo vi yo hace mucho tiempo entre los físicos de El Cairo. Y conozco la doctrina que han extraído de ello. ¿Has soñado, Thomas? Yo también… con mayor conocimiento de causa. Pero esto, hijos míos, es inoportuno. No traerá sino más muerte, más tortura, más división y mayor oscuridad en esta época oscura. Por eso, yo que conozco tanto mi mundo como a la Iglesia, cargo con esta decisión sobre mi conciencia. ¡Marchaos! Se ha terminado.

Y hundió las piernas de los compases entre los leños de haya hasta que se consumieron.

ÚLTIMA ODA

Como vigías tendidos bajo un roble bantino,
que al oír el revuelo del viento en la alborada
saben así la fuerza de la noche agotada,
por más que no amenace aurora alguna
en tanto llegue su hora señalada… así murió Virgilio,
consciente de los cambios de su tiempo, augurando
más cambios sobre la vasta obra de dioses infinitos
y en ellos por igual…
como el alba sujetos al destino, y como ésta aplazados,
hasta que la hora justa haya sonado…

Un nuevo astro se alza sobre vivos y muertos;
y las sombras perdidas que fueron nuestro amor
como amantes se ven restablecidas, y por siempre. Así dijo
Habiendo recibido la palabra…

Ya me espera Mecenas allá en el Esquilino:
Hacia allí parto esta misma noche…
¿Habrá, Virgilio mío, de devolvernos esta aurora
a la aurora? ¿Debajo de qué cielo?

27 de noviembre, año 8 a. C.
Horacio, Oda XXXI, Libro V

EL JARDINERO

Una tumba se me dio
en custodia hasta el Día del Juicio;
y miró Dios desde el cielo
y la losa levantó.

Un día entre muchos años
y una hora de ese día
vio su ángel mis lágrimas
y la losa levantó

Era de todos bien sabido en el pueblo que Helen Turrell cumplía con aquellos que formaban parte de su mundo, muy especialmente con el infortunado hijo de su único hermano. Se sabía también que George Turrell había puesto a prueba la paciencia de la familia desde su primera juventud, y a nadie sorprendió que, tras haber comenzado y abandonado distintas empresas, este hombre, inspector de la policía india, se liara con la hija de un suboficial retirado y muriese a consecuencia de una caída de caballo pocas semanas antes del nacimiento de su hijo. Felizmente, tanto el padre como la madre de George ya habían fallecido, y aunque Helen, una mujer independiente de treinta y cinco años, bien pudo haberse lavado las manos ante esta desgracia, tuvo la nobleza de hacerse cargo de todo, pese a que se encontraba en el sur de Francia, adonde la habían llevado ciertos problemas pulmonares. Dispuso el pasaje del niño y de una niñera desde Bombay, los recibió en Marsella, cuidó del bebé cuando éste sufrió un ataque de disentería por descuido de la niñera, a la que tuvo que despedir, y se llevó finalmente al pequeño a su casa de Hampshire, muy delgado y muy frágil, pero plenamente restablecido a finales del otoño.

Todos estos detalles eran del dominio público, porque Helen era clara como el día y aseguraba que silenciar los escándalos sólo sirve para agravarlos. Reconocía que George siempre fue una oveja negra, pero las cosas podían haber sido mucho peor en caso de haber insistido la madre en su derecho a quedarse con el bebé. Pareció, por fortuna, que la gente de su clase era capaz de cualquier cosa por dinero, y comoquiera que George siempre había recurrido a ella cuando se encontraba en apuros, Helen se sintió justificada —con el apoyo de sus amistades— para cortar cualquier vínculo con el suboficial y ofrecer al niño todos los privilegios. El primer paso fue el bautizo, a cargo del rector, donde el pequeño recibió el nombre de Michael. En la medida en que se conocía a sí misma, Helen reconocía que no sentía especial predilección por

los niños, pero quería mucho a George, a pesar de sus numerosos defectos, y subrayaba que el pequeño Michael tenía la misma boca de su padre, lo cual al menos era un punto de partida.

A decir verdad, fue la frente de los Turrell, amplia, baja y bien cincelada, aparte de los ojos separados, el rasgo que Michael reprodujo con mayor fidelidad. En el dibujo de la boca el niño superaba el modelo familiar, por más que Helen, incapaz de reconocer nada bueno en la línea materna del pequeño, se empeñara en que era un Turrell de pies a cabeza, y, no habiendo nadie para contradecirla, el parecido quedó así establecido.

En pocos años Michael pasó a ocupar su lugar, y fue tan aceptado como lo había sido siempre Helen; era atrevido, filosófico y bastante guapo. A los seis años quiso saber por qué no podía llamar a Helen «mamá», como los demás niños a sus madres. Ella le explicó que sólo era su tía, y que las tías no eran lo mismo que las mamás, pero también le dijo que, si eso le hacía feliz, podía llamarle «mamá» a la hora de acostarse, como apelativo cariñoso entre ellos dos.

Michael guardaba su secreto con inquebrantable lealtad, mientras que Helen, como era propio de ella, insistía en explicar la situación ante las amistades, lo que provocó la ira de Michael cuando éste se enteró.

—¿Por qué se lo has dicho? ¿Por qué se lo has dicho? —preguntó una vez pasada la tormenta.

—Porque siempre es mejor decir la verdad —respondió Helen abrazando al pequeño, que temblaba en su cama.

—Sí, pero cuando la «verdaz» es fea, creo que no está bien decirla.

—¿Eso crees, cariño?

—Sí, y yo no la diré, y… —Helen sintió cómo el niño se tensaba—, ahora, por haberlo dicho, nunca más volveré a llamarte «mamá», ni siquiera cuando me vaya a dormir.

—¿Y no crees que eso es un poco cruel? —le preguntó Helen con dulzura.

—¡No me importa! ¡No me importa! Tú me has hecho daño por dentro y yo te haré daño a ti. ¡Te haré daño mientras viva!

—¡Por favor, no digas eso, cariño! No sabes cuánto…

—¡Lo haré! ¡Y cuando me muera te haré más daño!

—Gracias a Dios yo moriré mucho antes que tú, cariño.

—¿Eh? Emma dice que nadie conoce su suerte. —Michael había estado hablando con la anciana criada de Helen, una mujer de cara chata—. Muchos niños se mueren. Y yo también me moriré. ¡Y entonces verás!

Helen contuvo la respiración y se alejó hacia la puerta, hasta que un gemido, «¡Mamá! ¡Mamá!», la obligó a regresar, y lloraron los dos juntos.

A los diez años, en el segundo trimestre escolar, alguien o algo le dio a Michael la

idea de que su situación no era normal. Michael acusó a Helen, rompiendo sus frágiles defensas con la característica sinceridad familiar.

—No me creo ni una sola palabra —terminó diciendo alegremente—. La gente no hablaría así si mis padres se hubieran casado. Pero tú no te preocupes, tía Helen. En clase de historia de Inglaterra y en algunos pasajes de Shakespeare he sabido que hubo muchos como yo. Para empezar estaba Guillermo el Conquistador, y… montones como él, de primer orden. Y seguro que a ti no te importa que yo sea eso… ¿verdad que no?

—Desde luego que no… —empezó a decir Helen.

—De acuerdo. No hablaremos más de esto si te hace llorar.

Nunca más volvió a mencionar el asunto por iniciativa propia, hasta que, pasados dos años, cuando tuvo la habilidad de contraer la viruela en plenas vacaciones y le subió la fiebre hasta cuarenta grados, Michael no decía otra cosa, hasta que la voz de Helen logró penetrar en su delirio para asegurarle que por nada del mundo cambiarían las cosas entre ellos.

Sus años de colegio privado, con sus maravillosas vacaciones de Navidad, Semana Santa y verano, fueron ensartándose como un magnífico collar de gemas variadas; y como gemas los atesoraba Helen. Michael fue desarrollando sus propios intereses con el paso del tiempo, que no tardaban en ceder su puesto a otros intereses nuevos, pero su interés por Helen se mantuvo constante y fue siempre en aumento. Ella le recompensaba con todo su afecto, su consejo y su dinero, y aunque Michael no tenía un pelo de tonto, la guerra lo pilló por sorpresa cuando estaba a punto de iniciar lo que quizás habría sido una prometedora carrera.

Estaba decidido que en el mes de octubre se iría a Oxford, con una beca, pero a finales de agosto estuvo a punto de sumarse al primer holocausto de muchachos de colegios privados que se lanzaron al frente en la primera remesa, de no ser porque, cuando llevaba casi un año de servicio como sargento, el capitán de las milicias universitarias le cerró el paso enviándolo directamente a un batallón tan nuevo que la mitad de sus integrantes aún lucía el viejo uniforme rojo del ejército, mientras que la otra mitad incubaba la meningitis, a causa del hacinamiento y de la humedad en las tiendas de campaña. Helen había estado muy preocupada por la posibilidad de que Michael se alistara voluntario.

—Es lo que corresponde a la familia —se rió Michael.

—¿No irás a decirme que todavía sigues creyendo en esa historia? —dijo Helen. Emma, la criada, había muerto hacía unos años—. Te di mi palabra de honor, y vuelvo a dártela… de que… no pasa nada. Te lo aseguro.

—Eso no me preocupa. Nunca me ha preocupado —replicó Michael con valentía —. Lo que quiero decir es que si me hubiera alistado antes, como hizo mi abuelo, habría participado en el espectáculo.

—¡No hables así! ¿Es que temes que termine pronto?

—No tendremos esa suerte. Ya sabes lo que dice K.

—Sí, pero el lunes mi banquero me dijo que no podía durar más allá de la Navidad, por razones económicas.

—Ojalá tenga razón, aunque nuestro coronel está convencido de que la tarea será larga.

A consecuencia de cierto azar, que se tradujo en varias «licencias», el batallón de Michael tuvo la fortuna de ser destinado a la defensa del litoral, entre las trincheras de la costa de Norfolk. De ahí los enviaron al norte, a vigilar la desembocadura de un estuario escocés y, finalmente, pasaron varias semanas bajo el rumor completamente infundado de un destino lejano. Sin embargo, el mismo día en que Michael iba a encontrarse con Helen en un cruce de vías férreas para pasar cuatro horas con ella, llegó la orden de partir para suplir las bajas que se habían producido en Loos, y apenas tuvo tiempo de enviarle un cable de despedida.

En Francia la fortuna acudió una vez más en ayuda del batallón. Se encontraban estacionados cerca de Ypres, donde llevaban una vida meritoria y con escasas exigencias, en tanto se planeaba la ofensiva del Somme, y una vez que dio comienzo esta batalla disfrutaron de la paz de los sectores de ArmentiÈres y Laventie. Viendo que el batallón tenía buenas razones para proteger sus propios flancos y que era útil para cavar, un prudente comandante los apartó de su División, con el pretexto de colaborar en las operaciones de telegrafía, para utilizarlos ampliamente en Ypres.

Un mes más tarde, justo después de que Michael hubiera escrito a Helen para contarle que no pasaba nada especial y por lo tanto no había motivo para preocuparse, un trozo de metralla que cayó del cielo un frío amanecer segó la vida del joven en el acto. La siguiente granada hizo saltar por los aires el muro de un granero, cubriendo el cadáver de tal modo que nadie más que un experto hubiera podido sospechar que allí había ocurrido una desgracia.

Para entonces en el pueblo ya tenían amplia experiencia de la guerra y, según las costumbres inglesas, habían elaborado un riguroso protocolo para encarar la situación. Cuando la directora de la oficina de correos le entregó a su hija de siete años el telegrama oficial, con el encargo de llevárselo a la señorita Turrell, la niña le dijo al jardinero del rector: «Esta vez le ha tocado a la señorita Turrell». A lo que éste, pensando en su propio hijo, respondió: «Ha durado más que otros». La niña llamó a la puerta llorando, porque el señorito Michael le daba caramelos en muchas ocasiones. Helen se dispuso a cerrar con cuidado todas las persianas de la casa, diciendo a cada una en tono grave: «Desaparecido siempre significa muerto». Luego emprendió la terrible procesión que habría de conducirla a través de una inevitable secuencia de emociones inútiles. El rector, como es natural, predicó esperanza y auguró prontas noticias desde algún campo de prisioneros. Las amigas le contaban historias fehacientes, aunque siempre de segunda mano, de mujeres que tras largos meses de silencio recuperaban milagrosamente a sus desaparecidos. Otros la instaban

a acudir a infalibles Secretarios de ciertas organizaciones que podían comunicarse con personas buenas y neutrales en situación de obtener información exacta aun de los más herméticos comandantes de prisiones alemanes. Helen hizo, escribió y firmó todo cuanto le sugerían o le ponían delante.

En uno de sus permisos, Michael la había llevado a una fábrica de munición, donde Helen presenció el proceso de transformación de una granada, desde el hierro en estado bruto hasta el producto casi acabado. Ya entonces le llamó la atención que el perverso artefacto no se dejara ni un segundo sin vigilancia; y, mientras preparaba sus documentos, se dijo: «Me están transformando en una pariente desconsolada».

Pasado algún tiempo, cuando todas las organizaciones hubieron lamentado profunda o sinceramente su incapacidad para averiguar, etcétera, algo cambió en Helen, y toda sensación, salvo la del agradecimiento por el alivio, se diluyó en una bendita pasividad. Michael había muerto, y el mundo de Helen se había detenido, y ella con él, hondamente impresionada. Y ahora ella seguía quieta, mientras que el mundo continuaba su curso, pero a Helen no le preocupaba, no le afectaba en absoluto. Lo supo por la facilidad con que podía dejar caer el nombre de Michael en una conversación y responder con la oportuna inclinación de cabeza a la condolencia oportunamente murmurada.

Fue tal su alivio y tal su bendición que Helen no hizo caso cuando todas las campanas anunciaron el Armisticio. Al cabo de un año había superado el desprecio físico que sentía por los jóvenes que volvían a casa con vida, al punto de que ya era capaz de estrecharles la mano y desearles lo mejor casi con sinceridad. No tenía interés alguno, ni nacional ni personal, en lo que pudiera ocurrir después de la guerra, y a una inmensa distancia de todo participaba en diversos comités de ayuda y exponía sus sólidas convicciones —de pronto se oía formulándolas— sobre el emplazamiento propuesto para el Monumento a los caídos.

En una carta escrita con lápiz indeleble, acompañada de una pequeña chapa de plata, le llegó la comunicación oficial, en su calidad de pariente más próxima, de que el cadáver del teniente Michael Turrell había sido encontrado, identificado y vuelto a enterrar en el Cementerio Militar del Tercio de Hagenzeele, junto con la correspondiente letra de identificación de la hilera y el número de sepultura.

Fue así como Helen pasó a una nueva fase de su proceso de transformación y se vio envuelta en un mundo repleto de parientes exultantes o destrozados, tranquilizados ahora por la certeza de que en algún lugar de la tierra había un altar ante el cual podían depositar su amor. No tardaron éstos en explicarle y en aclararle, mostrándole los horarios, lo fácil que era visitar la tumba del difunto y lo poco que interfería en el devenir de la vida.

—Sería muy distinto —aseguraba la mujer del rector— si hubiera muerto en Mesopotamia o incluso en Gallipolli.

Angustiosamente despertada a una suerte de segunda existencia, Helen cruzó el canal de la Mancha, donde en un nuevo mundo de procedimientos abreviados supo

que podía llegar cómodamente al Tercio de Hagenzeele en un tren que, a primera hora de la tarde, enlazaba con la llegada del barco de la mañana, y que había un confortable hotelito a menos de tres kilómetros del Tercio, donde podría pasar cómodamente la noche antes de visitar la tumba del difunto a la mañana siguiente. De todo esto se enteró por una autoridad central que vivía en un chamizo de tablas y cartón alquitranado en las afueras de una ciudad arrasada, donde los remolinos arrastraban consigo papeles y polvo de cal.

—Por cierto —dijo la autoridad—, ¿sabe usted cuál es su sepultura?

—Sí, gracias —respondió Helen, y mostró su hilera y su número, anotado en un papel con la pequeña máquina de escribir del propio Michael.

El oficial habría querido comprobarlo en uno de sus muchos libros, pero una corpulenta señora de Lancashire se interpuso entre ellos, rogándole que le dijera dónde podía encontrar a su hijo, que había sido cabo en el Cuerpo de Transmisiones. Su verdadero nombre, dijo entre sollozos, era Anderson, pero como venía de una familia respetable se había alistado, claro está, con el nombre de Smith y había muerto en Dickiebush, a comienzos de 1915. No sabía cuál era su número de hilera, ni tampoco cuál de sus dos nombres de pila podía haber empleado junto a su alias, pero su billete de clase turista desde Cook expiraba al final de la Semana Santa y si para entonces no había logrado encontrar a su hijo se volvería loca. Dicho lo cual se abalanzó contra el pecho de Helen, pero la mujer del funcionario salió rápidamente de una pequeña alcoba que había detrás de la oficina, y Entre los tres acostaron a la pobre mujer.

—Les pasa a muchas —dijo la mujer del funcionario, mientras le desataba los cordones del sombrerito—. Ayer nos dijo que había muerto en Hooge. ¿Está usted segura de que sabe cuál es su tumba? Es muy importante.

—Sí, gracias —respondió Helen, y se fue corriendo, antes de que la mujer que estaba en la cama empezara a lamentarse de nuevo.

Tomando el té en un abarrotado barracón de madera con una fachada falsa y pintado a rayas malvas y azules, se sumió aún más en la pesadilla. Abonó su cuenta junto a una inglesa de rostro imperturbable, quien al oír que Helen preguntaba por el tren de Hagenzeele se ofreció a acompañarla.

—Yo también voy a Hagenzeele —explicó—. No al Tercio de Hagenzeele. Yo voy a la azucarera, aunque ahora lo llaman La Rosière. Está justo al sur del Tercio de Hagenzeele. ¿Ha reservado ya su habitación en el hotel?

—Sí, gracias. Ya he telegrafiado.

—Es mejor así. Unas veces está lleno y otras veces no hay un alma. Pero han hecho cuartos de baño en el antiguo Lion d’Or, el hotel que está al oeste de la azucarera, y eso por fortuna atrae a mucha gente.

—Para mí todo es nuevo. Es la primera vez que vengo.

—¡No me diga! Para mí es la novena desde el Armisticio. No por asuntos personales. Gracias a Dios no he perdido a nadie, pero, como le pasa a todo el mundo, tengo muchas amistades a quienes sí les ha ocurrido. Yo, que vengo con frecuencia, sé que les alivia que vaya a echar un vistazo y les cuente. Y hasta puedo hacer fotos. Tengo una buena lista de encargos —dijo, soltando una risita nerviosa y echando mano de su Kodak, colgada en bandolera—. Esta vez tengo que ver a dos o tres en la azucarera y a otros muchos en los cementerios. Cuando reúno suficientes encargos de una misma zona, para que el viaje merezca la pena, allá voy corriendo a cumplir con ellos. A la gente le reconforta mucho.

—Supongo —respondió Helen, estremeciéndose al entrar en el pequeño tren.

—Desde luego. (¿Verdad que es una suerte que tengamos asientos de ventanilla?). Seguro que es así, de lo contrario no me lo pedirían, ¿no le parece? Aquí llevo una lista de doce o quince encargos —volvió a tocar la Kodak— para esta noche. Ah, he olvidado preguntarle cuál es el suyo.

—Mi sobrino —dijo Helen—. Lo quería mucho.

—¡Ah, sí! A veces me pregunto si ellos se darán cuenta después de muertos. ¿Usted qué opina?

—No lo sé… no me atrevo a pensar demasiado en eso —dijo Helen, casi levantando las manos para ahuyentar la idea.

—Quizá sea lo mejor —asintió la mujer—. Supongo que con el sentimiento de pérdida ya tiene una bastante. No la molestaré más.

Helen se lo agradeció, aunque cuando llegaron al hotel, la señora Scarsworth (ya se habían presentado) insistió en cenar con ella y, tras la cena en el pequeño salón, donde resonaban lúgubremente los susurros de los parientes, instruyó a Helen sobre sus «encargos», detallando las biografías de los difuntos, dónde los había conocido, y ofreciendo un esbozo de su pariente más próximo. Helen lo soportó hasta casi pasadas las nueve y media, antes de escapar a su habitación.

Casi al momento llamaron a la puerta, y la señora Scarsworth entró, sosteniendo entre las manos crispadas su terrible lista de encargos.

—Sí, sí… lo sé. Está harta de mí, pero quería decirle algo. Usted… ¿verdad que usted no está casada? En ese caso es posible que no… Pero da lo mismo. Tengo que decírselo a alguien. No puedo seguir así.

—Por favor… —dijo Helen; pero la señora Scarsworth ya se había apoyado contra la puerta cerrada y habló secamente.

—Será un minuto —dijo—. ¿Se acuerda usted de esas sepulturas de las que le he hablado ahí abajo, hace un momento? Es verdad que son encargos. Al menos algunos. —Recorrió la habitación con la mirada—. Sin embargo, hay uno que… significaba para mí más que nada en el mundo. ¿Comprende usted?

Helen asintió.

—Más que nadie. Y, claro está, no debería ser así. Él no debería haber sido nada para mí. Pero lo fue. Lo es. Por eso me ocupo de estos encargos, ¿lo comprende? Eso

es todo.

—¿Y por qué me lo cuenta? —preguntó Helen con desesperación.

—Porque estoy cansada de mentir. Cansada de mentir… siempre mintiendo… año sí, año no. Cuando no cuento mentiras, las planifico o las pienso; siempre. No se imagina lo que es eso. Él era todo para mí, y no debía serlo… pero fue lo único verdadero… lo único que me ha pasado en la vida; y he tenido que fingir. He tenido que medir cada una de mis palabras, y pensar qué mentira contaría a continuación. ¡Así durante años y años!

—¿Cuántos años?

—Seis años y cuatro meses antes, y dos años y nueve meses después. He venido a verlo ocho veces desde entonces. Mañana será la novena y… no puedo… no puedo volver a verlo sin que nadie lo sepa. Quería ser sincera con alguien antes de ir allí. ¿Lo comprende? No es por mí. Yo nunca he sido de fiar; ni siquiera de niña. Pero él no se merece esto. Por eso… por eso… tenía que contárselo. No puedo guardármelo por más tiempo. ¡Ay, no puedo!

Se llevó las manos unidas casi hasta la boca y las dejó caer bruscamente sin separarlas, estirando los brazos por debajo de la cintura. Helen se inclinó hacia delante, le tomó las manos, agachó la cabeza sobre ellas y musitó:

—¡Ay, querida! ¡Querida mía!

La señora Scarsworth retrocedió, ruborizándose.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿Es «eso» lo que piensa?

Helen no supo qué decir, y la mujer se marchó. Sin embargo, pasó mucho rato antes de que Helen pudiera conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, la señora Scarsworth salió temprano para cumplir con su ronda de encargos, y Helen fue caminando sola hasta el Tercio de Hagenzeele. El cementerio estaba aún en construcción, y se elevaba unos dos metros sobre la carretera empedrada, flanqueándola a lo largo de varios cientos de metros. Unos conductos subterráneos abiertos a través de una honda zanja hacían las veces de puertas en el incompleto muro que rodeaba el recinto. Helen subió unos escalones de tierra con tablones de madera y se quedó sin aliento ante la inmensa explanada repleta de tumbas. No sabía que en el Tercio de Hagenzeele hubiera ya veintiuna mil sepulturas. No veía más que un implacable mar de cruces negras, con pequeñas placas de hojalata grabadas y colgadas de cualquier manera sobre las cruces. Era incapaz de distinguir ningún orden o disposición en aquella masa; sólo veía una confusión de hierbajos secos que le llegaban hasta la cintura y se precipitaban hacia ella. Siguió adelante, avanzando sin rumbo a derecha e izquierda, preguntándose si llegaría a encontrar su sepultura. A bastante distancia divisó una línea de lápidas blancas, que resultó ser una sección de unas trescientas tumbas provistas ya de lápidas y flores, entre las que empezaba a asomar la hierba recién plantada. Se acercó,

vio las letras claramente talladas en los extremos de las hileras y, consultando su papel, comprendió que no era allí donde debía buscar.

Un hombre arrodillado ante una hilera de lápidas, a todas luces un jardinero, sembraba una planta joven en la tierra blanda. Helen se acercó a él, con su papel en la mano. El hombre se incorporó al verla llegar y, sin preámbulos ni saludos, preguntó:

—¿A quién busca?

—Al teniente Michael Turrell… mi sobrino —dijo Helen muy despacio, palabra por palabra, como ya había hecho en miles de ocasiones.

El hombre alzó los ojos y la miró con infinita compasión antes de dar la espalda al césped recién sembrado para volverse hacia la masa de cruces negras.

—Venga conmigo —dijo—. Le mostraré dónde está su hijo.

Cuando Helen salía del cementerio, se volvió por última vez. Vio a lo lejos al hombre inclinado sobre sus jóvenes plantas y se marchó, suponiendo que era el jardinero.

LA CARGA

Con una pena cargo a todas partes,
un día y otro día, de año en año,
de la que nadie puede liberarme
ni puedo confiar a un ser extraño.
Una pena que sólo desemboca
en una nueva pena…
¡Ay, María Magdalena!,
¿conoces peor condena?

Soñar esta desdicha tan querida,
en cada instante, en cada amanecida,
y mostrar este rostro deshonesto
fingiendo a todas horas desafecto;
mentir desde el ocaso hasta el albor del cielo
sabiendo cuán en vano es este anhelo…
¡Ay, María Magdalena!,
¿conoces peor condena?

Ver que el miedo es constante
y que me espera fiel en todas partes,
año tras año, jornada tras jornada.
Y entremedias arder y congelarse,

rebelarse y temblar.
¡Ay, María Magdalena!,
¿conoces peor condena?

Una tumba me dio
y hasta el Juicio he de guardarla,
más miró Dios desde el Cielo,
y la losa levantó.

Un día en todos mis años
y una hora de ese día
vio mis lágrimas su ángel
y la losa levantó.

EL ALBA MALOGRADA

C’est moi, c’est moi, c’est moi!
Je suis la Mandragore!
La fille des beaux jours qui s’éveille à l’aurore—
et qui chante pour toi!

CHARLES NODIER

En los extraordinarios días que precedieron a los Juicios, un genio llamado Graydon anticipó que los progresos en la educación y en el nivel de vida provocarían una avalancha de lecturas normalizadas bajo la cual quedaría sepultado cualquier indicio de inteligencia, y a fin de satisfacer esta demanda decidió crear el Sindicato para el Suministro de Ficción.

Comoquiera que en un par de días trabajando para él ganaban más que en una semana en cualquier otra parte, su empresa atrajo a numerosos jóvenes, hoy eminentes. Graydon les pidió que no perdieran de vista esos libros baratos del género romántico, además del catálogo de pertrechos navales y militares (que les proporcionaría contexto y decorados a medida que las modas fueran cambiando) y *El amigo del hogar*, un semanario sin rival especializado en emociones domésticas. La juventud de sus colaboradores no fue óbice para que algunos de los diálogos amorosos incluidos en títulos como *Los peligros de la pasión*, *Los amantes perdidos de Ena* o el relato del asesinato del duque en *La tragedia de Wickwire* —por nombrar sólo algunas de las obras maestras que hoy nunca se mencionan por miedo al chantaje — no desmereciesen en absoluto los trabajos que sus autores firmaron con su nombre real en tiempos más distinguidos.

Figuraba entre estos jóvenes cuervos motivados por la ambición a posarse temporalmente en la percha de Graydon un muchacho del norte llamado James Andrew Manallace, pausado y lánguido, de esos que no se inflaman por sí solos sino que es necesario detonar. Resultaba inútil proporcionarle un esbozo de trama, ya fuese verbalmente o por escrito, pero con media docena de imágenes era capaz de escribir relatos asombrosos.

Adoraba a la mujer que más tarde se convertiría en la madre de Vidal Benzaguen[27] y que sufrió y murió por amar a un hombre indigno. Integraba asimismo el elenco de plumíferos un individuo afectado y barrigón llamado Alured Castorley, que hablaba y escribía sobre la «Bohemia», aunque temía verse «comprometido» a asistir a las cenas semanales del grupo en el café Neminaka’s de Hestern Square, donde se distribuía el trabajo del semanario y donde cada cual velaba

por sus propios intereses. También él, a su manera, había amado durante un tiempo a la madre de Vidal.

Un sábado en el café Graydon, que le había facilitado a Manallace unas ilustraciones —arrancadas de un extinto libro infantil titulado *Philippa's Queen*— para que improvisara algo a partir de ellas, quiso ver los resultados. Manallace rebuscó en el bolsillo de su abrigo largo, vaciló un instante y dijo que las imágenes se habían transformado en poesía.

—¡Majaderías!

—De eso nada —replicó el chico—. Es bastante buena.

—En ese caso no nos sirve —dijo Graydon, echándose a reír—. ¿Me has traído las láminas?

Manallace se las devolvió. La serie incluía un castillo; un par de caballeros con armadura; una dama tocada con cuernos; una joven ídem de ídem; un notorio hebreo; un oficinista, con pluma y tintero, que comprobaba unas barricas de vino en un muelle; y un cruzado. En el dorso de una de las láminas había una anotación: «¿Si no quiere ir, por qué no lo toman prisionero y lo retienen a cambio de un rescate?». Graydon preguntó qué significaba eso.

—Todavía no lo sé. Tal vez una ópera cómica —dijo Manallace.

Graydon, que rara vez perdía el tiempo, le pasó las láminas a otro y le adelantó a Manallace un par de soberanos para que continuara con su trabajo, como de costumbre, lo cual molestó a Castorley, que tuvo ganas de soltar una grosería, pero se contuvo. A mitad de la cena, Castorley contó a sus compañeros que un pariente suyo había muerto, dejándole una herencia, y que pensaba abandonar los «encargos» para dedicarse a la «Literatura». El Sindicato celebraba generalmente la buena suerte de un camarada, pero Castorley tenía talentos que suscitaban la aversión de los demás. La noticia se recibió con un voto de agradecimiento, el joven se marchó antes de que la cena hubiera terminado y, según se dice, le hizo proposiciones a la madre de Vidal Benzaguen y fue rechazado. Nunca más volvió. Manallace, que ese día había llegado un poco exaltado, se emborrachó a tal punto que antes de la medianoche uno de nosotros tuvo que acompañarlo a casa. Pero el alcohol nunca se le subía más allá de la cintura y, tras echar una cabezada, se puso a recitar a la luz del candil el poema que había escrito a partir de los dibujos; dijo que, pensándolo bien, lo transformaría en una ópera cómica; deploró la tóxica influencia de Gilbert y Sullivan; cantó un poco para ilustrar su asunto y fue luego conducido hasta su habitación por una mucama negra vestida de raso amarillo.

Graydon vio recompensado su genio y sus pronósticos en pocos años. El público empezó a leer y a pensar en planos superiores, y el Sindicato se hizo rico. Más adelante, la gente empezó a pedir de la letra impresa lo mismo que le pedía a la ropa o a los muebles. Y así, exactamente igual que al bolso de mano de tres guineas le sucede en el plazo de tres semanas su indistinguible hermano de trece chelines y siete peniques y medio, los lectores disfrutaban con sucedáneos perfectamente sintéticos

de trama, sentimiento y emoción. Graydon falleció antes de que apareciese la escuela de subtítulo cinematográfico, si bien le dejó a su viuda veintisiete mil libras.

Manallace consiguió reputación y, lo que era más importante, dinero para la madre de Vidal, cuando su marido la abandonó y ella empezó a sentir los primeros síntomas de parálisis. Se dedicó al género de la comedia de enredo sentimental de Wardour Street, contada en un estilo que cumplía invariablemente con las expectativas, sin excederse en ningún momento.

En cierta ocasión, instado a «escribir un libro de verdad», dijo: «Tengo mi propia marca y no pienso renunciar a ella. Si evitas que la gente piense, puedes hacer con ella lo que quieras». Dejando a un lado su producción, Manallace era un genuino hombre de letras. Vivía de alquiler en una casita en el campo y economizaba en todo lo que no fueran los cuidados y los gastos de la madre de Vidal.

Castorley voló más alto. Desde el momento en que su herencia lo liberó del «trabajo por encargo», primero se hizo crítico —despellejando lealmente a todos sus antiguos compañeros— y más tarde buscó una especialización. Una vez que la hubo encontrado (Chaucer fue la presa), afianzó su posición incluso antes de alcanzarla, merced a su discurso esmerado, su porte cultivado y los cuchicheos de sus amigos, a quienes también él había ahorrado la molestia de pensar. Y así resultó que, al publicar su primera serie de artículos serios sobre Chaucer, todo el mundo interesado en éste afirmó: «He aquí una autoridad». Castorley no era un impostor. Estudió y llegó a conocer bien la poesía y la época de Chaucer, y se enzarzó con un reconocido chauceriano del momento en una feroz disputa que se prolongó por espacio de un mes en un modesto semanario literario. Además, «por los viejos tiempos», según le escribió a un amigo, se apartó de su línea habitual para escribir una reseña de uno de los libros de Manallace con una profusión de deducciones obscenas (esto fue antes de los días de Freud) que ostentaron el récord por largo tiempo. Cierto miembro del extinto Sindicato tuvo ocasión de preguntarle si —por los viejos tiempos— tendría a bien ayudar a la madre de Vidal en un nuevo tratamiento. La respuesta fue que «sólo había conocido a la dama muy de pasada, además eran muchas sus cargas pecuniarias, etcétera». El escritor le mostró la carta a Manallace, quien respondió diciendo que se alegraba de que Castorley no se hubiera inmiscuido. La madre de Vidal se encontraba por entonces totalmente paralizada. Sólo podía mover los ojos, y éstos siempre buscaban al marido que la había abandonado. De este modo murió en los brazos de Manallace, en el mes de abril del primer año de la guerra.

Manallace y Castorley trabajaron durante la guerra en calidad de algo parecido a lavaplatos de un departamento de la Oficina de Supervisiones Coordinadas. Manallace tuvo entonces la ocasión de conocer nuevamente a Castorley. Éste, que era muy goloso, le gorroneaba terrones de azúcar para el té a una mecanógrafa, y cuando ella empezó a dárselos a un hombre más joven, la delató por fumar en espacios prohibidos. Manallace se apoderó de todos los detalles del caso, en compensación por la reseña de su libro. Una noche, mientras esperaban un gran ataque aéreo, hablaron

los dos en términos muy humanos, y Manallace se refirió a la madre de Vidal. Castorley dijo algo a modo de réplica, y fue entonces —según se supo años más tarde— cuando comenzaron los verdaderos intereses profesionales de Manallace.

Terminada la guerra, Castorley resolvió convertirse en sumo pontífice de Chaucer, mediante procedimientos no muy distintos del empleo del gas letal. El pope inglés guardaba silencio, atribulado por íntimos pesares, y la gripe se había llevado al instruido Hun, que abogaba por la lealtad a Europa continental. Así las cosas, Castorley pudo graznar sin ser contestado desde Upsala hasta Sevilla, mientras Manallace regresaba a su casita de campo y colocaba sobre la chimenea la foto de la madre de Vidal. Su muerte parecía haber vaciado por completo la vida de Manallace, que sólo se interesaba fugazmente por menudencias. Se entretenía en privado con experimentos de inciertos resultados que, según decía, le proporcionaban descanso tras un día de maldiciones y entumecimiento vital. Un fin de semana lo encontré en la caseta donde guardaba las herramientas, preparando un brebaje con unas cortezas viscosas que, hervidas y mezcladas con agallas de roble, vitriolo y vino, debían convertirse en polvo de tinta. Las estuvo hirviendo hasta el lunes, y el resultado fue un adhesivo más potente que el que se usaba para cazar pájaros y en el que nos vimos los dos enredados.

Otras veces, cada pocas semanas, me llevaba a sentarme a los pies de Castorley para escucharlo disertar sobre Chaucer. La voz de Castorley, que ya en su juventud, cuando era posible hacerlo callar, resultaba desagradable, se había tornado casi insufrible, con aquella pátina de erudición y tacto. También su afectación se había multiplicado y afianzado. Hablaba y se movía con amaneramiento, adoptando poses y tragándose las palabras durante aquellas terribles veladas, y destrozaba no sólo a Chaucer, sino cualquier fragmento de literatura inglesa con el que decidiera embellecerse. Carecía del más mínimo pudor, en cuanto a autobombo y «reconocimiento»; elaboraba siniestras intrigas; establecía mezquinas amistades y alianzas que disolvía a la semana siguiente en favor de relaciones más prometedoras; adulaba, desairaba, sermoneaba, manipulaba y mentía con el desenfreno de un político en su afán por conseguir el título de caballero, no para él (no dejaba de invocar a su Hacedor para que lo librara de semejante pensamiento), sino como tributo a Chaucer. Sin embargo, a veces era capaz de apartar sus obsesiones para demostrar cómo la obra de un hombre puede ayudarlo a salvar su alma. Nos contaba deliciosas historias de los amanuenses del siglo XV que, en Inglaterra y los Países Bajos, habían multiplicado los manuscritos de Chaucer, nos daba el número exacto de ejemplares que habían sobrevivido y refería cómo él (y en ello iba implícito que solamente él) podía distinguir a cada uno de estos copistas por cierta peculiaridad del trazo, el espaciado o cualquier otro ardid caligráfico; o cómo podía determinar la datación de su trabajo con un margen de error de cinco años. A veces disertaba por espacio de una hora sobre asuntos en verdad interesantes para regresar invariablemente a su más que merecido «reconocimiento». A mí me ponían enfermo

estos contrastes, mientras que Manallace lo defendía como un maestro en su campo, que había descubierto a Chaucer al menos a un espíritu agradecido.

Si no recuerdo mal, esto ocurrió el otoño que Manallace pasó sus vacaciones en las Shetland o en las Faroe y regresó con una piedra de amolar trigo. Dijo que le interesaba desde el punto de vista etnográfico. El capricho le duró hasta la siguiente cosecha y fue seguido de un éxtasis religioso que, naturalmente, se tradujo en literatura. Me mostró una maltrecha y mutilada Vulgata de 1485, con el lomo parcheado con trozos de pergamino de algún texto legal, que había comprado por treinta y cinco chelines. Al parecer, fue el intento de algún monje por florear las capitulares lo que despertó su lánguido capricho, y se pasó semanas chapoteando en cubetas de pintura oro y plata.

También este interés se desvaneció, y viajó a Europa en busca de color local para una historia de amor sobre Alva y el Holandés, de manera que apenas lo vi el año siguiente. Su ausencia me liberó de ver a Castorley, aunque de vez en cuando iba a cenar con él, y su esposa —una mujer de tez cenicienta y carente de apetito— no ocultaba que los amigos de su marido la aburrían casi tanto como él. En una reunión posterior, no mucho tiempo después de que Manallace hubiera concluido su novela ambientada en los Países Bajos, encontré a Castorley pletórico de triunfo y a punto de explotar, incapaz de reservarse la información que tenía. Me confió que se acercaba el momento de revelar grandes asuntos, de ahí que el «reconocimiento» sería inevitable. Supuse, como es natural, que se avecinaba un nuevo escándalo o una nueva herejía en los círculos chaucerianos, y decidí estar al tanto, si bien refrenando mi curiosidad.

Tiempo después llegó un cable de Nueva York en el que se anunciaba que un fragmento de uno de los *Cuentos de Canterbury*, desconocido hasta la fecha, se encontraba guardado a buen recaudo en la cámara de seguridad con paredes de acero de la Colección Sunnapia, valorada en siete millones de dólares. Era una noticia de alcance internacional: el Nuevo Mundo se mostraba exultante mientras el Viejo deploraba la «carga fiscal británica, que favorecía la fuga de ese tipo de tesoros, etcétera», y los periódicos menos serios se mostraban divertidos, a decir de sus lectores; porque «nuestro Dan», según observaba un conspicuo director del dominical, «está mucho más cerca del corazón del país de lo que imaginamos». La decencia me hizo visitar a Castorley, quien para mi sorpresa aún no había entrado en liza. Lo encontré rejuvenecido de alegría, sumergido en unas pruebas recién salidas de la imprenta.

Sí, dijo, todo era cierto. Naturalmente él estaba al corriente desde el primer momento. Se habían descubierto ciento siete nuevos versos de Chaucer añadidos a un final abreviado de «El cuento del párroco», todos ellos obra de Abraham Mentzius, más conocido como Mentzel de Amberes (1388-1438/9) —puede que yo recordara que él ya lo había mencionado—, cuyos rasgos distintivos consistían en una particular formación bizantina de la «g», el uso de un cálamo de plumilla oblicua, que

en ciertas letras rasgaba la vitela, y, sobre todo, la tendencia a escribir las palabras en inglés según la ortografía holandesa, de la cual el manuscrito ofrecía una prueba fehaciente. Por ejemplo (escribió para mí), una muchacha que reza contra un matrimonio no deseado, dice:

> Ah, Jesu-Moder, pitie my oe peyne.
> Daiespringe mishandeelt cometh nat agayne[28].

¿Quería, por favor, fijarme en el modo de escribir *mishandeelt*? ¡Descaradamente holandés y el mayor pecado de Mentzel! Pero en «su» posición uno no daba nada por sentado. El texto se encontró entre las tapas de una vieja Biblia que el gran librero Dredd había adquirido en un lote, pues tenía algunas capitulares iluminadas, y había despachado luego por barco junto con otros artículos similares con destino a la Colección Sunnapia, donde iba a exponerse en vitrinas una muestra completa de la historia de la iluminación y no importaba cuántos libros hubiera que destripar para ello. Una vez allí, alguien reparó que el volumen tenía una grieta en el lomo, y descubrió el manuscrito. Y continuó diciendo:

—Al principio no sabían qué hacer con ello. Pero ¡habían oído hablar de mí! Y esperaron hasta consultar conmigo. Tal vez hayas notado que he estado tres meses fuera de Inglaterra.

»Me encontraba allí, naturalmente. Se trataba de lo que antiguamente se llamaba una *maula* —una página que Mentzel había estropeado con su ortografía neerlandesa, supongo que porque alguien se lo dictó en inglés—, y era obvio que más tarde se sirvió de la misma vitela para probar sus plumas, desechándola a continuación. La *maula*, doblada y pegada, se introdujo entre las tapas del viejo ejemplar. La encuadernación se había descosido, y fue entonces cuando el fragmento salió a la luz y fue analizado. Se encontraron grumos de harina en la pasta, que era tosca debido a la antigüedad de la muela, e incluso granos de la propia sémola. ¿De qué? Posiblemente de un molino manual de la época de Mentzel. Es probable que él doblara la página inservible y la usara como relleno para dar cuerpo a las tapas. Puede que el fragmento anduviera rodando por su taller durante años. Esto sin duda es prácticamente cierto, porque un aprendiz de los Países Bajos probó en él su pluma, escribiendo algunos versos de un himno monástico —cuya cadencia no es nada mala, por cierto— que probablemente fuera una fórmula común. Sí, puede que la página se usara también en otros libros antes que en la Vulgata. Eso carece de importancia, pero esto no. ¡Escucha! Tomé una muestra, para analizarla, de un borrón que había en una esquina (que debió de producirse después de que Mentzel hubiera dado la página por inútil, de ahí que se descuidara) y descubrí que la tinta era auténtica, la que se usaba en aquella época. Es una sustancia casi eterna, a base de (no recuerdo su nombre en este momento, pero la inventó, claro está, el copista de Bury St. Edmunds) espino,

corteza y vino. El caso es que la fórmula es suya. Supongo que esto tampoco te interesa; sin embargo, considerado junto al resto de los testimonios, todo encaja. (Lo verás todo en mis declaraciones a la prensa el lunes). Extraordinario, ¿verdad?

—Extraordinario —asentí, sinceramente—. Pero dime de qué trataba el cuento. Eso entra más en mi campo.

—Lo sé; pero yo debo pertrecharme en todos los aspectos. La pronunciación de los versos es relativamente sencilla. La frescura, el humor, la humanidad, la fragancia del conjunto, anuncian a gritos (¡qué digo a gritos… a alaridos!) que es obra de Dan. Esa «malograda alba» ya lleva por sí sola el sello de Dan. ¡Lastimero como la muerte, amigo mío… lastimero como la muerte! Está todo en mi declaración. El pasaje habla esencialmente de una muchacha cuyos padres desean casarla con un pretendiente mayor. La madre no es demasiado partidaria, pero el padre, un anciano caballero, está decidido. La muchacha, naturalmente, está enamorada de un hombre más joven y más pobre. ¿Fórmula común? Por descontado. El padre, que en modo alguno está dispuesto a consentirlo, debe partir a una Cruzada y, pasándole el muerto a la chica, como decíamos durante la guerra, le ordena que permanezca confinada hasta su regreso o bien dé su consentimiento al pretendiente de mayor edad. ¿Fórmula común, una vez más? Sin duda. La madre piensa que eso ya es demasiado y le recuerda al anciano caballero su edad, sus dolencias y las incomodidades de la Cruzada. ¿Seguro que no te aburro?

—En absoluto —dije, aunque el tiempo había empezado a girar en mi cabeza formando remolinos para retrotraerme al pasado, hasta una sala del café Neminaka's tapizada en terciopelo rojo y con olor a brillantina, donde Manallace recitaba a la luz del candil con expresión forzada.

—Lo leerás todo en mi declaración la semana próxima. El resumen es que la madre le habla de cierto caballero y aventurero de la costa francesa quien, a cambio de una suma determinada, ataca a los caballeros que no disfrutan con la Cruzada y los retiene en tanto no reciba un rescate imposible, hasta que concluye la campaña o los combatientes regresan enfermos. Tiene un barco en el canal de la Mancha con el que transporta a los caballeros hasta su castillo en tierra firme, donde según se cuenta los trata bien. Y la mujer señala:

Y si por un azar te diera una somanta,
¿por Dios cómo irías tú hasta la Tierra Santa?

»¿Lo ves? En esencia es tan moderno como Gilbert y Sullivan, aunque manejado como sólo Dan sería capaz de hacerlo. Y las palabras de la mujer me recuerdan que "Honor y viejos huesos" hace tiempo que partieron peras. El marido formula entonces una solemne invocación al espíritu de la caballería:

Muden todos los hombres al albur de Fortuna,
mas pelee hasta el fin el caballero nacido en alta cuna.

»y a continuación, claro está, acepta:

Mas cuanto la mujer le pide a su marido
debe éste acometer o en el infierno arder como es sabido.

»La mujer insinúa luego que el joven amante de su hija, que trabaja en el negocio del vino de Burdeos, podría iniciar las negociaciones para el secuestro sin verse comprometido. ¡Y entonces ese bruto de Mentzel estropea la página y la desecha! Sin embargo, esto es suficiente para adivinar lo que va a pasar. Lo verás todo en mi declaración. ¿Ha habido alguna vez en el mundo literario un hallazgo que pueda compararse a éste…? ¡Y otorgan el título de caballero a los tenderos por vender quesos!

Me marché antes de que soltara una diatriba a este respecto. Quería pensar y ver a Manallace. Esperé, sin embargo, hasta que se publicó la declaración de Castorley. No había dejado ningún cabo suelto. Y cuando poco después apareció su descripción «científica» (en realidad la de Sunnapia) de los análisis y las pruebas, las críticas cesaron y algunos periódicos empezaron a exigir «reconocimiento público». Manallace me escribió al hilo de este asunto y fui a visitarlo a su casa de campo, donde al punto me pidió que firmara un manifiesto en favor de Castorley. Con suerte lo veríamos distinguido como caballero del Imperio británico en la próxima Lista de Honores. ¿Había leído yo la declaración?

—La he leído —respondí—. Pero antes quisiera hacerte una pregunta. ¿Recuerdas esa noche que te emborrachaste en el Neminaka’s y tuve que ocuparme de ti?

—Ah, esa vez —dijo, haciendo memoria—. ¡Un momento! Recuerdo que Graydon me adelantó dos libras. Era un jefe generoso. Y ahora recuerdo… ¿quién demonios me metió debajo del sofá… y por qué?

—Fuimos todos —le dije—. Querías leernos lo que habías escrito sobre esas láminas de Chaucer.

—Eso no lo recuerdo. ¡No! No recuerdo nada de lo que pasó después del incidente del sofá… Siempre dijiste que me llevaste a casa, ¿no es así?

—Te llevé, y en la puerta del antiguo Empire le dijiste a Kentucky Kate que *habías sido fiel, Cynara, a tu manera*[29].

—¿Eso dije? ¡Dios mío! Bueno, supongo que es verdad. —Se quedó mirando el fuego—. ¿Y qué más?

—Antes de salir del Neminaka’s me recitaste lo que habías escrito a partir de las

láminas… ¡el relato completo! Por eso… ¿comprendes?

—Siií —Asintió—. ¿Qué piensas hacer?

—¿Qué piensas hacer tú?

—Primero lo ayudaré a conseguir el título de caballero.

—¿Por qué?

—Te diré lo que dijo de la madre de Vidal… la noche que bombardearon las oficinas.

Se lo contó.

—Por eso —concluyó—. ¿Tengo justificación?

Me pareció incuestionable.

—Pero ¿y después de que lo hayan nombrado caballero? —le pregunté.

—Eso depende. Se me ocurren varias alternativas. Me interesa.

—¡Por todos los santos! Yo siempre te había creído un hombre sin intereses.

—Y lo era. Mis intereses se los debo a Castorley. Me los ha proporcionado todos, salvo este relato.

—¿Cómo es posible?

—Esas láminas fantasmagóricas despertaron algo dentro de mí… una especie de posesión, supongo. Yo también estaba enamorado. No me sorprende que esa noche me emborrachara. ¡Llevaba una semana siendo Chaucer! Luego se me ocurrió que la idea podía servir para una ópera cómica. Pero Gilbert y Sullivan pesaban demasiado.

—Recuerdo que me lo dijiste en esa ocasión.

—Lo guardé para mí, y eso me llevó a interesarme por Chaucer… filológicamente y todo lo demás. Trabajé en esos versos durante años. Ya en 1914 no había un solo error en ellos, y a partir de ese momento apenas tuve que tocarlos.

—¿Se lo contaste a alguien aparte de mí?

—No; sólo a la madre de Vidal… cuando aún escuchaba… para ayudarla a conciliar el sueño. Pero cuando Castorley dijo… lo que dijo de ella, me pareció que podía utilizarlo. No era difícil. Él mismo me enseñó. ¿Recuerdas mis experimentos con el adhesivo que se te pegó a las manos? Llevaba más de un año intentando conseguir esa tinta. Castorley me indicó dónde encontrar la fórmula. ¿Y recuerdas cuando tropezaste con la rueda del molino?

—Eso explicaba el polvillo en el microscopio.

—Sí. Yo había molido el trigo en el jardín. Castorley me ofreció a Mentzel completo. Me habló de un manuscrito del Museo Británico que en su opinión era el mejor ejemplo de su trabajo. Pasé meses copiando esas «g» bizantinas.

—¿Y qué es un cálamo de plumilla oblicua? —quise saber.

—Se consigue haciendo una muesca en la punta hasta que prolonga y rasga las curvas de las letras. Castorley me habló de las técnicas de Mentzel para el espaciado y los márgenes. Sólo tenía que pillarle el tranquillo a su caligrafía.

—¿Y cuánto te llevó eso?

—En total… varios años. Al principio era demasiado ambicioso… quería copiar

el poema completo. Eso habría sido muy arriesgado. Castorley me habló entonces de las páginas echadas a perder, y eso me dio la clave. Escribí «Daiespringe mishandeelt» a la manera de Mentzel… para curarme en salud. No es un mal dístico. ¿Has visto cuánto admira él su tono plañidero?

—Él es lo de menos. ¡Continúa!

Así lo hizo. Castorley había sido su infalible guía a lo largo de todo el proceso, especificando al detalle cada una de las trampas en las que finalmente él mismo caería. Manallace encontró el pergamino original en Amberes y, tras un largo proceso de encuadernación amateur, lo introdujo en la cubierta de la Vulgata. Finalmente lo metió bajo las páginas de un viejo texto legal y una página impresa (1686) de las *Odas* de Horacio, diferentes propietarios empleadas legítimamente para hacer restauraciones a lo largo de los siglos XVII y XVIII; y en el último momento, con el propósito de validar la teoría de Castorley, según la cual las páginas inservibles eran usadas en los talleres por los aprendices, escribió unas palabras en latín, con cursiva del siglo XV —la declaración proporcionaba la fecha exacta— en un blanco del fragmento. El texto en latín decía: «*Illa alma Mater ecca, secum afferens me acceptum*. Nicolaus Atrib». Ponerlo en circulación fue lo más sencillo de todo. Había estado varias veces en la oscura librería de quince salas de Dredd, donde era bien conocido, pues, aunque por lo común se limitaba a ojear, de vez en cuando compraba algo, y un día Dredd padre le mostró un texto en gótica minúscula —inglesa y continental— bastante vulgar, que iban a enviar a la gente de Sunnapia. Fue ahí donde Manallace realizó su aportación, cuidándose de desgarrar el lomo lo suficiente para facilitarle la pista a un examinador minucioso.

—¿Y después? —pregunté.

—Castorley quiso verme al cabo de unos seis meses. Los de Sunnapia encontraron el fragmento y, puesto que Dredd lo había pasado por alto y no había en juego motivos económicos, lo dieron por auténtico casi desde el primer momento. No obstante lo invitaron a examinarlo. Castorley debatió con los expertos de Sunnapia y propuso que se realizaran las pruebas científicas. Fui yo quien le di la idea antes de que se embarcara. Eso es todo. Y ahora, ¿quieres firmar nuestro manifiesto?

Firmé. Antes de que hubiéramos terminado de difundirlo se habían sumado a la causa un buen número de nombres influyentes, y contábamos además con el impulso del debate literario que suscitó cada detalle de la gloriosa trova. El resultado fue la distinción de caballero del Imperio británico[30] para Castorley en la siguiente Lista de Honores; y lady Castorley, una vez oportunamente impresas sus tarjetas de visitas, convocó a las amistades para esa misma tarde.

Manallace me invitó a acompañarlo un par de días después, para transmitir a ambos nuestra felicitación. Fuimos recompensados con la visión de un hombre relajado y distendido —por no decir que retozaba desnudo— en la más alta cumbre del éxito. Nos aseguró que «El Título» no cambiaría en absoluto nuestra relación, pues él no lo veía en modo alguno como una distinción personal sino, según había

dicho en tantas ocasiones, como un tributo a Chaucer; «y a fin de cuentas», señaló, dirigiendo la mirada hacia el espejo que había sobre la chimenea, «Chaucer era el prototipo del “más perfecto y gentil caballero” del Imperio británico, en la medida en que éste existía en aquella época».

Cuando salimos de allí Manallace me dijo que estaba considerando bien una revelación sin previo aviso en la prensa más zafia, de manera que todo llegara a oídos de Castorley cualquier día a la hora del desayuno, bien una conversación en privado, en la que dejaría bien claro a Castorley que debía respaldar la falsificación mientras viviese, bajo la amenaza de delatarlo si no cumplía.

Optó por el segundo plan.

—Si descubro el pastel en la prensa —dijo—, a Castorley se le podría ir su «muy perfecta y gentil cabeza». Y quiero que conserve su intelecto.

—¿Y tu propia posición? La falsificación no importa tanto, pero si se lo dices lo matarás.

—Eso me propongo. Y… ¿mi posición? Estoy muerto desde… abril del catorce. Pero no tengo prisa. ¿Qué te dijo «ella», justo cuando nos marchábamos?

—Me dijo lo mucho que tu simpatía y tu comprensión habían significado para él. Dijo que ni siquiera el propio sir Alured era consciente de la deuda que tenía contigo.

—Tiene razón, pero no me gusta que lo exprese de ese modo.

—No es más que una fórmula común… como solía decir Castorley.

—No en el caso de ella. Es capaz de oír los pensamientos de un hombre.

—Nunca me lo ha parecido.

—Porque tú no te estás enfrentando a ella.

—¿Mala conciencia, Manallace?

—¡Hummm! ¿Cuál? ¿La mía o la de ella? Me gustaría que no hubiera dicho eso. Y espero que él no llegue a saberlo. Dejaré de verlos durante un tiempo.

Se mantuvo al margen hasta que leímos que sir Alured no había podido asistir a una cena en su honor debido a una ligera indisposición.

Nuestras pesquisas revelaron que no había sido más que una reacción natural, tras la tensión acumulada, que por el momento se había manifestado en forma de dispepsia nerviosa, no obstante lo cual Castorley estaría encantado de ver a Manallace en cualquier momento. Manallace lo encontró bastante alicaído y distante, aunque engreído con su nueva vida y posición, y hasta orgulloso de lo mucho que había sufrido. Había decidido reunir, ordenar y ampliar todos sus pronunciamientos e inferencias en un volumen autorizado.

—Yo también tendré que esforzarme —dijo Manallace—. He recopilado casi todos sus trabajos sobre el hallazgo aparecidos en la prensa, y me ha prometido todo lo que no se ha publicado. Voy a ayudarlo. Será un nuevo interés para mí.

—¿Cómo piensas hacerlo? —pregunté.

—Supongo que citaré sus deducciones sobre las pruebas y las cotejaré con mis experimentos… la tinta, el adhesivo y todo lo demás. Seguro que resulta muy

interesante.

—Sin embargo, no contarás más que con tu palabra. Es difícil refutar una mentira establecida. Especialmente cuando tú mismo la has iniciado.

Se echó a reír.

—Ya he pensado en eso… en el supuesto de que algo me ocurriera. ¿Te acuerdas del «himno monástico»?

—¡Desde luego! Se ha escrito mucho al respecto.

—Pues bien, escribe las diez palabras una debajo de la otra, lee la primera letra de cada una y luego la segunda, y verás el resultado[31]. He guardado la fórmula en la caja de seguridad de un banco.

Se sumergió amorosa y pausadamente en su nueva tarea, y Castorley cumplió con su palabra, facilitándole su ayuda. Se trató en realidad de una colaboración, pues Manallace propuso que todas las pruebas estrictamente científicas de Castorley se agruparan en un mismo bloque, mientras que sus deducciones y sus ditirambos se publicaran como apéndices. Le aseguró que el público preferiría esta ordenación y, tras muchas consideraciones, Castorley aceptó.

—Así es mejor —me dijo Manallace—. De este modo no habrá tantos hiatos en mis fragmentos. Los puntos siempre hacen pensar al lector que no estás siendo justo con tu personaje. Me limitaré a citarlo sólidamente y a despedazarlo, prueba tras prueba y fecha tras fecha, en columnas paralelas. El libro le está costando más de lo que a mí me gustaría. Ya sabes que desde que trabajo con él ha sufrido dos fuertes ataques de dolor abdominal. Y sigue siendo la misma bestia flatulenta que podría terminar con apendicitis.

No tardamos en saber que los ataques eran debidos a piedras en el riñón, y Castorley precisaba una operación. Soportó muy bien el golpe. Tenía plena confianza en su cirujano, pues era un viejo amigo; gran fe en su propia constitución; la fuerte convicción de que no le pasaría nada hasta que hubiera terminado su libro y, ante todo, Ganas de Vivir.

Insistía en estas certezas a veces con la voz un punto desafinada y un desacostumbrado brillo en los ojos junto a una nariz ligeramente más afilada.

Yo sólo había coincidido con Gleeag, el cirujano, en un par de ocasiones en casa de Castorley, pero siempre había oído hablar de él como un hombre sumamente capaz. Gleeag le dijo a Castorley que su dolencia era el precio que de un modo u otro se exige a todo el que ha servido a su país; medido en unidades de esfuerzo, casi podía decirse que Castorley había pasado en el frente los tres años que prestó servicio en el Departamento de Supervisiones Coordinadas. No obstante, habían detectado la causa a tiempo, y en pocas semanas no tendría que volver a preocuparse por ello.

—Pero ¿y si muriera? —le dije a Manallace.

—No morirá. He hablado con Gleeag. Dice que está perfectamente.

—¿Y no lo habrá dicho sólo por decir?

—Hubiese preferido no pensar en eso. En todo caso, no creo que Gleeag se

atreviera a mentirme… o a mentirle a ella.

—¿Por qué no? Seguro que no es la primera vez que se hace.

Manallace insistió en que, en este caso, era imposible.

La operación fue un éxito, y al cabo de unas semanas Castorley decidió cambiar la ordenación y buena parte del material para su libro.

—Deja que lo haga a mi manera —decía, ante las protestas de Manallace—. Me están tratando como a un bebé. No necesito que Gleeag pase a verme todos los días.

Lady Castorley, por su parte, nos dijo que necesitaba atenta vigilancia. Su corazón se había resentido y era imprescindible evitarle cualquier tipo de inquietud o de disgusto.

—Incluso —le dijo a Manallace—, aunque tú sepas mucho mejor que él cómo ordenar su libro.

—Te aseguro —replicó Manallace— que tengo mucho cuidado de no molestar.

Ella le lanzó un dedo acusador, en broma.

—Eso crees, pero recuerda que me cuenta todo lo que tú le dices, igual que antes me contaba todo lo que te decía. Y no me refiero a las confidencias que se hacen los hombres. Me refiero a su Chaucer.

—No lo sabía —dijo Manallace con voz débil.

—Yo sabía que no lo sabías. Nunca me oculta nada; pero a mí no me importa —replicó, con una carcajada, y se marchó con Gleeag, que estaba cumpliendo con su visita diaria.

Gleeag no tenía objeción a que Manallace trabajara con Castorley en el libro algún tiempo —digamos, dos veces a la semana—, siempre y cuando se respetaran las exigencias de lady Castorley de no sobrecargarlo en lo que ella llamaba las «horas sagradas». Trabajar con Castorley resultaba cada vez más difícil, y el escaso control del que hasta la fecha había hecho gala para no caer en el engreimiento se esfumó por completo.

—Asegura que en toda la Historia de las Letras no ha habido nada que pueda comparársele —se lamentaba Manallace—. Ahora quiere citarme —porque ya sabes que él nunca dedica—, citarme como «su más preciado ayudante». Y para colmo de males ella lo anima a terminar cuanto antes. ¿Por qué? ¿Cuánto crees que sabe?

—¿Por qué habría de saber algo?

—¿No oíste que él le contaba todo lo que me decía sobre Chaucer? (¡Ojalá no hubiera dicho eso!). No tardará en atar cabos y verá que todas sus ideas y teorías son una trampa. Aunque en ese caso… en ese caso… ¿Por qué tiene tanta prisa en publicarlo? Dice que yo lo altero. Es ella la que está todo el tiempo encima de él, apremiándolo.

Es probable que Castorley trabajase más de la cuenta, pues dos meses más tarde se quejó de una punzada en el costado derecho, que según Gleeag era una pequeña secuela, una consecuencia menor de la operación. Tuvo que pasar algún tiempo en reposo, pero regresó a su trabajo, invicto.

El libro debía estar listo para el otoño. Pasaba el verano, su editor empezaba a apremiar, según me contó una vez que fui a verlo después de un intervalo más bien largo, y a Manallace se le ocurrió elegir precisamente ese momento para tomarse unas vacaciones. Castorley no estaba contento con Manallace, el que antes fuera su más preciado ayudante, pues se había vuelto dilatorio y sus continuas objeciones les hacían perder tiempo. Lady Castorley también lo había observado.

Entretanto, con ayuda de lady Castorley, el propio Alured hacía cuanto podía por acelerar el trabajo; pero Mana Hace traspapeló (me pregunté si no sería por celos) cierto material indispensable que había tomado al dictado. Lady Castorley escribió a Manallace, que había aplazado su regreso por un pequeño accidente de motor en el extranjero, señalando que la inquietud de la espera resultaba perjudicial para la salud de su marido. A su regreso de Europa, Mana Hace me mostró esa carta.

—Creo que está un poco inquieto —dije.

Manallace se encogió de hombros.

—Si me quedo fuera estoy contribuyendo a matarlo. Si lo ayudo a adelantar en el libro es que quiero matarlo. Ella lo sabe —dijo.

—Estás loco. Te has obsesionado con este asunto.

—¡No es cierto! ¡Mira! Recuerdas que Gleeag me permitió trabajar con Castorley de cuatro a seis, dos veces a la semana. Ella lo llamó las «horas sagradas». ¿La oíste? ¡Pues bien, lo son! Son para Gleeag y para ella. Pero ella es tan directa y yo tan necio que me llevó dos semanas averiguarlo.

—Están liados —respondí—. Eso no prueba que sepa nada acerca de Chaucer.

—¡Lo sabe! Él le ha contado todo lo que me decía mientras yo lo incitaba, durante todos estos años. Y cuando el asunto salió a la luz ató cabos. Vio exactamente cómo había tendido yo mis trampas. ¡Lo sé! Y ahora quiere que yo lo admita.

—¿Qué hiciste?

—No darme por enterado, claro. Entonces, delante de mí le preguntó a Gleeag si no pensaba que mi retraso con el libro estaba alterando a sir Alured. Gleeag dijo que no. Dijo que no hacerlo sería privarlo de un estímulo. Hasta ese punto fue decente. Ella es el diablo.

—¿Qué crees que se propone?

—Si Castorley se entera de que ha caído en una trampa, eso lo matará. Y ella no deja de acosarme para que eso ocurra indirectamente. Ya te he dicho que hace como si se tratara de una broma entre nosotros. Gleeag está dispuesto a esperar. Sabe que Castorley es hombre muerto. A veces se les escapa cuando hablan de él. Dicen «Él era», en lugar de «Él es». Los dos lo saben. Pero ella quiere que se muera antes.

—No lo creo. ¿Qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer? Tampoco puedo dejar que lo maten.

Como hombre honrado que era, inventó distintos compromisos destinados a atraer el interés de Castorley hacia otras cuestiones para posponer la publicación. No tuvo éxito. Castorley se fue impacientando a medida que avanzaba el otoño y tuvo

recaídas de sus tremendos cólicos. Gleeag le dijo finalmente que tal vez se debieran al tránsito de un cálculo que no habían extraído en la operación. Una segunda intervención, comparativamente trivial, eliminaría las molestias de una vez por todas. Gleeag le dio el nombre de un eminente cirujano, en el caso de que Castorley tal vez quisiera pedir una segunda opinión. «Y luego», dijo alegremente, «tú y yo podremos discutirlo». Pero Castorley no quería discutir nada. Estaba acuciado por el dolor en el costado, que al principio se mitigó con un tónico hepático prescrito por Gleeag; pero el dolor persistía, como un dolor de muelas. Se encontraba más cómodo en su estudio-dormitorio, rodeado de sus pruebas de imprenta. Si el dolor llegaba a hacerse insoportable, consideraría una segunda intervención. Entretanto, Manallace —«el meticuloso Manallace», como Castorley lo llamaba— se mostró de acuerdo en que el facsímil de Mentzel de la Biblioteca Sunnapia no tenía suficiente calidad para su gran libro, y estaba seguro de que los de Sunnapia no tendrían inconveniente en procesarlo de nuevo. De este modo contuvo la situación hasta comienzos de la primavera, lo cual tenía sus ventajas, pues en el ínterin podía analizar las cosas bajo una nueva perspectiva.

De estas noticias fui enterándome en el curso de mis visitas esporádicas, a medida que los días iban menguando. Castorley insistía en que Manallace respetase las «horas sagradas», y Manallace, por su parte, insistía en que yo lo acompañara siempre que fuera posible. En tales ocasiones, ambos debatían en privado por espacio de media hora, mientras yo escuchaba el insufrible tic-tac del reloj en la sala de estar. Luego me reunía con ellos y los ayudaba a pasar el resto del tiempo entre las divagaciones de Castorley. Su discurso resultaba con frecuencia vago y confuso, como resultado del tónico hepático; y su rostro tenía el color de un pergamino viejo.

Pocos días después de Navidad —la operación se había aplazado hasta el viernes siguiente—, acudimos juntos a casa de Castorley. Ella nos recibió con la noticia de que sir Alured había pillado un fastidioso resfriado invernal, por culpa de la ola de frío, mas no por eso debíamos acortar nuestra visita. Lo encontramos envuelto entre vapores aromáticos de bálsamo de Friar. Nos saludó blandiendo el facsímil de Sunnapia. Coincidimos en que no tenía suficiente dignidad. Se bebió una dosis de su brebaje, se acostó y nos pidió que cerrásemos la puerta con llave. Con un susurro dijo que algo no iba bien. No llegaba a captarlo, pero lo sentía en el ambiente. Tenía la sensación de que lo engañaban. No le gustaba. Algo pasaba en su entorno. ¿Lo habíamos notado nosotros? Tanto Manallace como yo negamos despacio y repetidamente que hubiéramos apreciado nada por el estilo.

Sin más intervalo que el de un ligero ataque de tos, fue presa del espantoso e inevitable pánico del enfermo, aún peor que el del cautivo que miente en el juicio aún a riesgo de las consecuencias que ello pueda tener para cualquier mediación o esperanza. Quería marcharse. ¿Lo ayudaríamos a hacer su maleta? O, en el caso de que eso llamara la atención en determinadas esferas, ¿a vestirse y salir? Debía solucionar un asunto urgente, y ahora que tenía El Título y sabía quién era, todo

concluiría felizmente y volvería a sentirse bien. ¿Lo ayudábamos, por favor, a salir, sólo para hablar con…? Pronunció el nombre de ella; la llamó por su apelativo de los viejos tiempos de Neminaka’s. Manallace se mostró de acuerdo y le recomendó un trago del tónico hepático para cobrar fuerzas tras tanto tiempo sin salir de casa. Castorley bebió y Manallace sugirió que se sentiría mejor si, después de su paseo, se marchaba a pasar con él el fin de semana en su casita del campo y llevaba consigo su trabajo. Podrían retocar juntos el último capítulo. Castorley respondió a esa droga, así como a cierto elogio de su trabajo, y al punto sonrió como en sueños. Sí, era bueno… aunque no estaba bien que él lo dijera. Se elogió a sí mismo durante un rato hasta que con el ceño fruncido y los ojos cerrados nos dijo que últimamente ella no paraba de decirle que era demasiado bueno… que todo, ¿lo entendíamos?, era «demasiado» bueno. Nos pidió que captáramos el matiz exacto de estas palabras. Ella había insinuado, o más bien señalado implícitamente, esta duda. Había asegurado —podíamos sacar nuestras propias conclusiones— que el hallazgo del Chaucer había «anticipado las carencias de la humanidad». Johnson, sin duda. Eso no era necesario decírselo a Castorley. Pero ¿qué narices insinuaba? ¡Ah, Dios! ¡La vida ha sido siempre un largo *innuendo*! Y también había dicho que un hombre podía hacer lo que se le antojara con cualquiera, siempre y cuando le ahorrase la molestia de pensar. ¿Qué había querido decir con eso? Él jamás había eludido el pensamiento. Había pensado de manera sostenida a lo largo de toda su vida. «No era» demasiado bueno, ¿o sí lo era? Manallace no opinaba que fuese demasiado bueno… ¿o sí? Pero seguro que tanto acosar a un hombre significaba algo malo, ¿verdad? ¿Qué había querido decir ella? ¿Por qué sacaba siempre a colación a Manallace, que no era más que un amigo… no un erudito, sino un amante del juego…?, ¿eh? Manallace habría podido confirmarlo si hubiera estado allí en ese momento, en lugar de haraganear por Europa cuando más necesario era.

—He vuelto —lo interrumpió Manallace con inseguridad—. Puedo confirmar todas y cada una de tus palabras. No tienes por qué preocuparte. El hallazgo es tuyo… el mérito es tuyo… la gloria es tuya… y todo lo demás.

—En ese caso, júrame que se lo dirás a ella —le pidió Castorley—. No cree ni una palabra de lo que digo. Dice que nunca me ha creído, ni siquiera antes de que nos casáramos ¡Prométetelo!

Manallace lo prometió, y Castorley anunció que lo había nombrado su albacea literario, aunque las ganancias del libro serían para su mujer.

—Todas, sin excepción —dijo casi sin aliento—. Y las ventas serán importantes si se manejan debidamente. Tú no necesitas dinero… Graydon siempre te fiará lo que haga falta. A mí me sería muy difícil…

Tosió y, mientras tomaba aire, el dolor rompió la barrera de los fármacos, y un alarido resonó en la habitación. Manallace se levantó para ir en busca de Gleeag cuando una voz intensa, aguda y afectada, que llevaba una generación sin dejarse oír, acompañó lo que parecía el clamor de una bestia agonizante, diciendo:

—¡Por Dios que alguien haga callar a ese cerdo que no para de gritar! No puedo… Estaba a punto de deciros, amigos, que a mí me sería muy difícil conseguir que Graydon me adelantara dos libras.

Escapamos juntos, y en el rellano nos encontramos con Gleeag, que esperaba junto a lady Castorley. Me telefoneó a la mañana siguiente para comunicarme que Castorley había muerto de bronquitis, que en su delicado estado fue incapaz de combatir.

—Tal vez sea mejor así —añadió el doctor en respuesta a las condolencias que le rogué transmitiera a la viuda—. Podríamos habernos encontrado con algo que no habríamos sabido tratar.

La distancia a la que me hallaba de la casa me infundió valor.

—¿Supongo que usted lo ha sabido desde el primer momento? ¿Qué era, en realidad?

—Un cáncer de riñón maligno… finalmente generalizado. No tenía sentido preocuparlo. Era preferible que lo pasara con la mayor tranquilidad posible. ¡Sí! Un feliz desenlace… ¿Qué…? ¡Ah! Cremación. El viernes, a las once.

Fue allí donde Manallace y yo nos encontramos. Me contó que ella le había preguntado si seguía siendo necesario publicar el libro; a lo que Manallace respondió que era más necesario que nunca, tanto por ella como por Castorley.

—Quiere presentarse como su viuda… al menos por algún tiempo. ¿Crees que lo he engañado demasiado?

—No explícitamente —le dije.

—Bueno… ahora… con ella… sí lo he hecho explícitamente —dijo, sacando sus guantes negros…

Cuando, al pronunciarse las oportunas palabras, el féretro avanzó lentamente entre las puertas que se cerraban sin hacer ruido, vi los ojos de lady Castorley vueltos hacia Gleeag.

LA ORACIÓN DE GERTRUDIS

Lo que nace imperfecto el tiempo no lo cura,
ni mana el agua pura en pozo encenagado;
el mal siempre retorna,
o fluye en nuestra sangre inadvertido.
De ahí que sea aún más triste la certeza:
el alba malograda no regresa.

Igual cuando traspasan la corteza del roble
las yemas delicadas que han de ser
una rama bondadosa y risueña,

y su origen se vuelve en contra de ellas,
y se quedan en agallas nudosas o en cápsulas nervudas:
el alba malograda no regresa.

En nada se asemeja al mediodía
la dicha matinal, ni puede compensarla;
y una vez malograda nuestra aurora
de nada valen sucesivas horas.
¡Que la Virgen se apiade de mi pena:
el alba malograda no regresa!

(Modernizada a partir del *Chaucer* de Manallace)

LA IGLESIA QUE HABÍA EN ANTIOQUÍA

Cuando Pedro vino a Antioquía,
yo me enfrenté a él cara a cara y le reprendí.

Carta de san Pablo a los gálatas 2:11

La madre, una viuda romana, devota y de alta cuna, decidió que al hijo no le hacía ningún bien continuar en aquella Legión del Oriente tan próxima a la librepensadora Constantinopla, y así le procuró un destino civil en Antioquía, donde su tío, Lucio Sergio, era el jefe de la guardia urbana. Valens obedeció como hijo y como joven ávido por conocer la vida, y en ese momento llegaba a la puerta de su tío.

—Esa cuñada mía —observó el anciano— sólo se acuerda de mí cuando necesita algo. ¿Qué has hecho?

—Nada, tío.

—O sea que todo, ¿no?

—Eso cree mi madre, pero no es así.

—Ya lo veremos.

—Tus habitaciones se encuentran al otro lado del patio. Tu… equipaje ya está allí… ¡Bah, no pienso interferir en tus asuntos privados! No soy el tío de lengua áspera. Toma un baño. Hablaremos durante la cena.

Pero antes de esa hora «Padre Serga», que así llamaban al prefecto de la guardia, supo por el erario que su sobrino había marchado desde Constantinopla a cargo de un convoy del tesoro público que, tras un choque con los bandidos en el paso de Tarso, entregó oportunamente.

—¿Por qué no me lo dijiste? —quiso saber su tío mientras cenaban.

—Primero debía informar al erario —fue la respuesta.

Serga lo miró y dijo:

—¡Por los dioses! Eres igual que tu padre. Los cilicios sois escandalosamente cumplidores.

—Ya me he dado cuenta. Nos tendieron una emboscada a menos de ocho kilómetros de Tarso. ¿Aquí también son frecuentes esas cosas?

—Veo que no tardas en adaptarte. No. No lo son; pero Siria es una provincia autónoma que depende directamente del emperador, no del Senado. Tenemos a un lado todo el Oriente libre, la escoria del Mediterráneo al otro, y la ciénaga de Judea al sur. Todo es posible en Siria. ¿Te agrada la perspectiva?

—Seguro… estando contigo.

—Se lleva en la sangre. Lo mismo los hombres que los caballos. Y ahora dime, ¿qué has hecho para afligir tanto a tu madre?

—Es mujer de principios antiguos. Sigue a la vieja escuela: rinde culto a los lares y a la estricta Trinidad latina. No creo que reconozca más dioses que a Júpiter, Juno y Minerva.

—Tampoco yo… oficialmente.

—Ni yo como funcionario, señor. Pero un hombre desea algo más y… y… lo que aprendí en Bizancio concordaba con lo que vi con la Decimoquinta.

—No digas más. Todas las legiones son iguales. ¿Quieres decir que sigues a Mitras?

El joven agachó ligeramente la cabeza.

—Eso no hace daño, hijo. Es una religión de soldados, aun cuando venga de fuera.

—Lo mismo pensé yo. Pero mi madre se enteró. No lo aprobaba y… supongo que ésa es la razón por la que estoy aquí.

—¡De la sartén a las brasas! ¡Así son las mujeres! El mitraísmo se ha propagado por toda Siria. Mi única objeción a las religiones de moda es que celebran sus reuniones cuando ya ha oscurecido, y eso significa más trabajo para la guardia. Tenemos aquí una escuela de hebreos contumaces que se hacen llamar cristianos.

—He oído hablar de ellos —afirmó Valens—. No hay una sola ceremonia o un solo símbolo que no hayan plagiado del ritual mitraico.

—¡Eso no es nuevo para mí! Las religiones forman parte de mi trabajo, y también lo serán del tuyo. Nuestros judíos combaten como escitas esta nueva fe.

—¿Y eso importa mucho?

—Mientras peleen entre ellos sólo tenemos que mantener el cerco. Divide y vencerás… sobre todo entre los hebreos. Incluso esos cristianos están ahora divididos. Uno de sus ritos es el de comer juntos.

—¡Otro plagio! La cena es para nosotros el símbolo esencial —interrumpió Valens.

—Para «nosotros» es el símbolo esencial de los problemas de tu tío, querido mío. Cualquiera puede convertirse al cristianismo. Los judíos pueden hacerlo, pero siguen viviendo bajo la Ley de Moisés (he tenido que estudiar también ese código maldito); todos sus actos se rigen por ella. Luego se sientan a celebrar un banquete del amor con los cristianos junto a un griego o a un occidental, que no matan ni corderos ni cerdos. ¡No! ¡No! Los judíos no tocan el cerdo, tal como estipula la Ley judía. Y entonces las mesas se vienen abajo, pero no por las carcajadas. ¡No! ¡No! ¡Disturbios!

—Eso es infantil —señaló Valens.

—Ojalá lo fuera. Pero mis lictores deben preservar el orden y yo me veo obligado a aceptar las declaraciones de los judíos que denuncian a los cristianos ante César como traidores. Si creyera sólo la mitad de las acusaciones que formulan sus rabinos,

prendería cada semana a un puñado de pequeños y respetables comerciantes judíos por conspiración.

¡Nunca fíes tu decisión a las pruebas cuando se trate de los judíos! ¡Acabarás hasta la coronilla! Mañana tendrás que vértelas con ellos, cuando hagas la ronda del mercado en el Circo Menor. ¡Y ahora, que duermas bien! Llevo en esta frontera más de lo que nadie recuerda… por eso me llaman el Padre de Siria… y… ¡me complace ver de nuevo a un ejemplar de la vieja estirpe!

A la mañana siguiente, y por espacio de muchas semanas sucesivas, Valens entró de servicio en el mercado junto a un edil gordo que montaba en cólera cuando los tenderetes no estaban instalados a la hora prevista. Se asignó al mismo servicio a un par de hombres de su tío, quienes naturalmente introdujeron a Valens en los barrios de los ladrones y de las prostitutas, además de presentarle a los principales gladiadores y ese tipo de cosas.

Un día, cuando se encontraba detrás del Circo Menor, cerca de la calle Singon, tropezó con una multitud en medio de la cual un grupo de aurigas intentaba recolectar o evadir algunas de las apuestas de las recientes carreras de carros. El edil dijo que no era de su competencia y dio media vuelta. Los lictores cerraron filas con Valens, si bien dejaron la situación en sus manos. Un hombre fuerte y de escasa estatura, con densas cejas, recibió una patada en el pecho, mientras la multitud lo acusaba entre aullidos de ser el cabecilla de una conspiración.

—Sí —dijo Valens—; este viejo truco también se practicaba en Bizancio. Pero creo que vendrás con nosotros, amigo mío. —Y soltando al agredido prendió al más vociferante de los acusadores para llevarlo ante su tío.

—Tenías toda la razón —dijo Serga al día siguiente—. Ese gentilhombre fue incitado por alguien. He ordenado que reciba una docena de latigazos. ¿Sabes el nombre del hombre al que intentaban acusar?

—Sí. Gayo Julio Pablo.

—Ya lo suponía. Es un viejo conocido mío, un cilicio de Tarso. De alta cuna, descendiente de patricios y bien educado, pero su familia lo ha desheredado. Por eso trabaja para ganarse la vida.

—Hablaba como un patricio. Y su forma física era excelente. Lo toqué. Todo músculo.

—No es extraño. Resiste más que un camello. En realidad es el prefecto de esa nueva secta. Viaja por todas las provincias orientales, creando escuelas y ocupándose de mantenerlas al día. Por eso los judíos de la sinagoga lo persiguen. Intentan que lo prendan por algún cargo político para acabar con él.

—¿Es sedicioso?

—En absoluto. Y aun cuando lo fuera, no se lo arrojaría a los judíos sólo porque ellos lo quieran. Uno de nuestros gobernadores ya lo intentó en el litoral hace algunos años… en aras de la paz. No lo consiguió. ¿Te gusta el trabajo en el mercado, hijo mío?

—Es interesante. Ya sabes, tío, que en mi opinión los judíos de la sinagoga son mejores carniceros que nosotros.

—Cierto. Por eso son tan severos. Una docena de latigazos no son nada para Apella, aunque no te quepa duda de que derribará el patio con sus aullidos mientras los recibe. La escuela cristiana se encuentra en tu zona. ¿Qué te parece?

—Son tranquilos. Parecen un poco preocupados por lo que deberían comer en sus banquetes del amor.

—Lo sé. Ah, quería decirte… que no debemos presionarlos demasiado por el momento, Valens. Mi prefectura ha comunicado que tu amigo Pablo ha emprendido un viaje de varios días por el país para reunirse con otro sacerdote de la escuela, al que traerá con él para que le ayude a resolver sus dificultades por las vituallas. Eso significa que la congregación se sentirá perdida hasta su regreso. La masa no sabe hacer nada sin un líder. Los judíos de la sinagoga aprovecharán para comprometerlos. No quiero que esos pobres diablos se vean empujados a cometer lo que podría parecer un crimen político. ¿Entendido?

Valens asintió. Entre las veladas discursivas con su tío, tachonadas con griego de cocina y obsoletos versos de sociedad romanos, sus rondas matinales con el jadeante edil y las confidencias que a todas horas le hacían sus lictores, Valens se figuraba que conocía Antioquía.

Se mantuvo así atento a la iglesia de la columnata situada tras el Circo Menor, donde se congregaban los fieles de la nueva fe. Uno de tantos carniceros judíos le contó que Pablo había dejado ciertos asuntos en manos de un hombre llamado Barnabás, pero que regresaría con otro, Pedro —un personaje a todas luces famoso—, para que estableciera todas las diferencias dietéticas entre los cristianos griegos y judíos. El carnicero no tenía nada en contra de los cristianos griegos como tales, siempre y cuando mataran su carne como judíos decentes.

Serga rió el comentario, si bien asignó a Valens otros dos hombres y le auguró que en breve tendría que lidiar con ese león.

El muchacho tuvo que lanzarse a la arena un atardecer muy caluroso, cuando cundió la noticia de que esa noche habría problemas. Apostó a sus lictores en un callejón cercano y entró en la sala común de la iglesia, donde se celebraban los banquetes del amor. Todos se mostraban amigables como cristianos —por emplear la jerga del barrio—, especialmente Barnabás, un hombre majestuoso y sonriente que acechaba junto a la puerta.

—Me complace verte —dijo—. Ayudaste a nuestro Pablo en esa escaramuza el otro día. No podemos prescindir de él. ¡Ojalá ya hubiera vuelto!

Lanzó una ojeada nerviosa a la sala, pues empezaba a llenarse de gente de mediana y humilde condición que disponía su comida sobre las mesas vacías y se saludaba con un gesto especial.

—Te aseguro —continuó con la mirada aún perdida— que no tenemos intención de ofender a ninguno de los hermanos. Podríamos resolver nuestras diferencias si…

Como a una señal, un clamor se elevó desde media docena de mesas, con gritos de «¡Corrupción! ¡Profanación! ¡Paganismo! ¡La Ley! ¡La Ley! ¡Que el César lo sepa!». Y mientras Valens se apoyaba en la pared, la multitud la emprendía a golpes con trozos de carne y loza rota, hasta que de la nada empezaron a llover piedras.

—Esto estaba preparado —le dijo Valens a Barnabás.

—Sí. Han entrado con piedras ocultas en el pecho. ¡Cuidado! Apuntan hacia ti —replicó Barnabás—. El alboroto era notable. Una parte de la multitud se acercó hasta ellos, exigiendo a gritos la Justicia de Roma. Los dos lictores se situaron detrás de Valens, y un hombre se abalanzó sobre él con un cuchillo.

Valens le agarró de la mano, y los lictores lo redujeron mientras el arma caía al suelo. El ruido que hizo al caer acalló un poco el tumulto. Valens aprovechó la calma y empezó a hablar despacio:

—Ciudadanos, ¿es preciso que comencéis vuestros banquetes con una batalla? Hasta los vendedores de tripas de las funerarias gastan mejores modales.

Una carcajada alivió la tensión.

—Esto lo ha organizado la sinagoga —murmuró Barnabás—. La culpa caerá sobre mí.

—¿Quién es la cabeza de vuestra congregación? —interrogó Valens a la multitud.

Las voces se alzaron en competición.

—¡Pablo! ¡Saúl! ¡Él conoce el mundo!…

—¡No! ¡No! ¡Pedro! ¡Nuestra piedra! Él no nos traicionará. Pedro, la piedra viva.

—¿Cuándo regresan? —preguntó Valens.

Se ofrecieron, juraron y negaron distintas fechas.

—Posponed la pelea hasta que hayan vuelto. Yo no soy sacerdote, pero si no recogéis esta sala, nuestro edil —Valens lo llamó por el apodo soez con que se le conocía en el barrio— os quitará las sandalias de los pies. Y tampoco debéis pisotear los alimentos. Yo me encargaré de cerrar cuando hayáis terminado. Daos prisa. Conozco bien al prefecto.

Se pusieron manos a la obra, como niños reprendidos.

Valens les sonreía al verlos salir con cestos de basura. El incidente no tendría mayores consecuencias.

—Aquí tienes nuestra llave —dijo al fin Barnabás—. La sinagoga jurará que yo contraté a ese hombre para que te matara.

—¿Tú crees? Veámoslo.

Los lictores empujaron a su prisionero.

—¡Infortunio! —dijo el hombre—. Estaba en deuda contigo por la muerte de mi hermano en el paso de Tarso.

—Tu hermano intentó matarme —replicó Valens.

El hombre asintió con la cabeza.

—En ese caso estamos en paz —dijo Valens, haciendo una señal a los lictores, que soltaron al prisionero—. A menos que quieras ver a mi tío.

El hombre se esfumó como un pez en el anochecer. Valens le devolvió la llave a Barnabás y dijo:

—Yo que tú no dejaría a tu gente que vuelva a entrar aquí hasta que no hayan regresado vuestros líderes. Tú no conoces Antioquía como yo.

Volvió a casa, seguido de los satisfechos lictores, quienes informaron a su tío, que también sonrió y dijo que Valens había hecho lo correcto, incluso siendo condescendiente con Barnabás.

—Desde luego que yo no conozco Antioquía como tú, pero en verdad te digo, hijo mío, que por esta vez has salvado la iglesia de los cristianos. Ya tengo tres declaraciones en las que se asegura que tu amigo el cilicio era un cristiano contratado por Barnabás. Tanto mejor para él que hayas soltado a ese bruto.

—Me dijiste que no querías verlos envueltos en problemas. Además, hicimos las paces. Es posible que a fin de cuentas yo matara a su hermano. Tuvimos que matar a dos de ellos.

—¡Bien! Veo que sabes conservar la cabeza en un momento difícil. Lo necesitarás. ¡No acabaremos en plazas solitarias! Quiero ver a Pedro y a Pablo en cuanto regresen para saber qué han decidido con respecto a sus infernales banquetes. ¿Por qué no se limitan a emborracharse decentemente?

—Se habla de ellos en toda la ciudad como si fueran dioses. Por cierto, tío, fueron los judíos de la sinagoga llegados desde Jerusalén quienes organizaron los disturbios… no ha sido nuestra gente.

—¿De veras? Ahora tal vez comprendas por qué te destiné al servicio del mercado con ese viejo puerco. Llegarás a oficial de la guardia.

Valens se encontró con la sagrada y heterogénea congregación en torno a las fuentes y los establos mientras hacía su ronda por el barrio. Parecían aliviados de no poder entrar en sus cenáculos por el momento, tanto como por la noticia de que Pedro y Pablo debían comparecer ante el prefecto antes de dirigirse a ellos sobre la gran cuestión de la comida.

No estuvo presente Valens en la primera parte de esta reunión oficial. La segunda, que se celebró en el patio fresco y entalamado, con bebidas y refrigerios, todo ello dispuesto bajo el vasto crepúsculo de limón y lavanda, fue mucho menos formal.

—Creo que ya os conocéis —dijo Serga al pequeño y delgado Pablo cuando entró Valens.

—Así es. Ante Dios proclamo que tenemos una doble deuda contigo —fue la rápida respuesta.

—Sólo cumplí con mi deber. Espero que hayáis encontrado bien los caminos en vuestro viaje —dijo Valens.

—Sin duda lo estaban —dijo Pablo, como si no se hubiera fijado en ellos.

—Habríamos hecho mejor en venir en barca —intervino su compañero, Pedro, un hombre grande y carnoso, con ojos que parecían no ver nada, la mano derecha medio paralizada reposando ociosamente sobre el regazo.

—Valens viene desde Bizancio —informó su tío—. Aprecia mucho sus piernas.

—Así debe ser a su edad. ¿Cuál fue tu mejor marcha en la Via Sebaste? —preguntó Pablo con interés; y al momento Valens relataba su caminata por sendas de montaña que el cristiano parecía haber recorrido palmo a palmo.

—Bien está —fue su comentario—. Y confío en que marches en formación más densa que la mía.

—¿Cuál dirías tú que ha sido tu mejor trabajo? —preguntó a su vez Valens.

—He logrado… —Pablo se contuvo—. En realidad no he sido yo, sino Dios —murmuró—. ¡Es difícil librarse de la vanidad!

Un espasmo torció el semblante de Pedro.

—En verdad difícil —dijo. Y seguidamente se dirigió a Pablo como si no hubiera nadie más presente—. Verdad es que he comido entre gentiles y como comen los gentiles. Aunque dudo de que fuese prudente en ese momento.

—Eso es agua pasada —respondió amablemente Pablo—. La decisión para la Iglesia ya está tomada… esa pequeña Iglesia que tú has salvado, hijo mío. —Se volvió hacia Valens con una sonrisa que casi cautivó el corazón del muchacho—. Ahora, como romano y como oficial de policía, dime… ¿qué piensas de nosotros, los cristianos?

—Que debo mantener el orden en mi jurisdicción.

—¡Bien! Es preciso servir al César. Pero, como siervo de Mitras, digamos… ¿qué opinión te merecen nuestras disputas por los alimentos?

Valens vaciló. Su tío lo animó con un asentimiento de cabeza.

—Como siervo de Mitras yo como con cualquier iniciado, siempre y cuando los alimentos sean puros —respondió Valens.

—Pero ése es el quid —dijo Pedro.

—Mitras también nos dice —continuó Valens— que podemos compartir un hueso cubierto de polvo si no encontramos nada mejor.

—¿No observáis entonces ninguna diferencia entre los pueblos en vuestros banquetes? —preguntó Pablo.

—¿Cómo haríamos tal cosa? Todos somos hijos suyos. Los hombres hacen las leyes. No los dioses —citó Valens del viejo Rito.

—¡Repite eso, hijo!

—Los dioses no hacen las leyes. Ellos transforman los corazones de los hombres. El resto es el Espíritu.

—¿Has oído eso, Pedro? ¿Lo has oído? ¡Es la verdadera Doctrina! —insistió Pablo ante su silencioso compañero.

Ligeramente avergonzado por haber hablado de su fe, Valens siguió diciendo:

—Me dicen que aquí los carniceros judíos desean el monopolio de la matanza para vuestras gentes. Al final casi todo se reduce a intereses comerciales.

—Puede que haya algo más —dijo Pablo—. Escucha un momento.

Entonces se dispuso a relatar una curiosa historia sobre el Dios de los cristianos,

Quien, según dijo, había adoptado la forma de un Hombre, y a Quien años atrás los judíos de Jerusalén prendieron y llevaron ante las autoridades para que lo juzgaran por conspirador. Afirmó que, por su parte, puesto que en esa época era un buen judío, se mostró de acuerdo con la sentencia y denunció a todos los seguidores del nuevo Dios. Pero un día, la Luz y la Voz de Dios llegaron hasta él, y en su corazón se produjo un cambio desgarrador… exactamente igual que en el credo de Mitras. Más tarde conoció a ciertos hombres, con los que se inició, que habían caminado, hablado y, sobre todo, comido, con el nuevo Dios antes de que Éste fuera asesinado, y quienes Lo habían visto después de que, como Mitras, hubiera resucitado de Su tumba. Pablo y los demás hombres —Pedro era uno de ellos— intentaron predicar entonces su fe entre los judíos, mas no tuvieron éxito; y, una cosa llevó a la otra, Pablo regresó a su hogar en Tarso, donde su familia lo desheredó por haber abjurado de su fe. Se derrumbó, de agotamiento y desesperación. Hasta entonces, dijo, nunca se les ocurrió a ninguno de ellos enseñar la nueva religión a nadie más que a los judíos, puesto que su dios había nacido judío. El propio Pablo no llegó a vislumbrar las posibilidades de intentarlo en otros lugares sino poco a poco. Ahora era el encargado de predicar en cualquier tierra extranjera, y con ello esperaba transformar el mundo entero.

Dejó entonces que Pedro concluyera el relato, y éste, hablando muy despacio, explicó que años atrás recibió órdenes de Dios para predicar a un oficial romano de los irregulares tierra adentro, a raíz de lo cual dicho oficial y la mayoría de sus soldados quisieron convertirse al cristianismo. De manera que Pedro los inició a todos la misma noche, aunque ninguno de ellos fuese hebreo. Pedro concluyó:

—Y comprendí que no hay nada bajo el cielo que podamos llamar impuro.

Pablo se volvió hacia él como un rayo y exclamó:

—¡Lo has reconocido! Ha salido de tu boca.

Tembló Pedro como una hoja, y casi levantando la mano derecha, dijo:

—¿También tú vas a burlarte de mí por esto? —empezó a decir, pero cambió de expresión y guardó silencio.

—¡No! ¡Líbreme Dios! ¡Y Dios me perdone una vez más! —dijo Pablo, que parecía tan afligido como su compañero, mientras Valens observaba con asombro el sorprendente estallido.

—Hablando de lo puro y de lo impuro —terció su tío con delicadeza—, vuelve a oírse en la ciudad esa fea canción. Ayer mismo la estuvieron cantando ante las puertas, Valens. ¿Te diste cuenta?

Miró a su sobrino, que captó la indirecta.

—Si se refiere a «Pescado en salmuera», señor, así es. ¿Causará eso problemas?

—Tan seguro como que esos peces —había un frasco sobre la mesa— producen sed. ¿Cómo es? Ah, sí. —Serga tarareó:

¡Aiaaiaa!

La sardina y el escualo —el impuro y el más puro—
y hasta el pescado en salmuera que se hace en Galilea,
dijo Pedro, serán míos.

Su voz vibró, arrastrando debidamente las palabras:

(¿Có-omo?)
Con las redes o la caña,
hasta que los dioses vengan.
(¿Cuá-ando?)
¡Cuando el pescado en salmuera que se hace en Galilea
ascienda hasta el Esquilino!

Y terminó diciendo:

—Para eso haría falta una buena inundación… ¡peor que peces vivos en los árboles! ¿Verdad?

—Eso sucederá un día —sentenció Pablo.

Se apartó de Pedro, a quien había estado tranquilizando tiernamente y, recuperando su tono natural, levemente áspero, dijo:

—Sí. Es mucho lo que le debemos a ese centurión por convertirse en ese momento. Nos enseñó que el mundo entero puede recibir a Dios, y a mí me mostró mi siguiente tarea. Vine desde Tarso para predicar aquí por algún tiempo. Y nunca olvidaré lo bien que se portó entonces con nosotros el prefecto de la guardia.

—Para empezar, Cornelius fue compañero mío —dijo Serga, esbozando una amplia sonrisa por encima de su copa de vino fuerte—. Un compañero excelente… ¿cómo le va? Pasábamos el largo día de la Pascua bebiendo juntos. Además, sé reconocer a un buen trabajador cuando lo veo. Esa tienda que me hiciste para mis viajes por el desierto, Pablo, es perfecta. Y en tercer lugar, lo cual para un hombre de mis costumbres es lo más importante, ese médico griego que me recomendaste es el único que comprende mi hígado túmido.

Le pasó una copa de vino casi puro, y Pablo se la ofreció a su vez a Pedro, que tenía las comisuras de los labios blancas y escamadas.

—Pero vuestro problema —continuó el prefecto— será vuestra propia gente. Jerusalén jamás perdona. Tarde o temprano os prenderán por *laese majestatis*.

—Nadie lo sabe mejor que yo —dijo Pedro—. La decisión que hemos tomado en cuanto a los banquetes del amor podría provocar la alianza de griegos y hebreos en nuestra contra. Como ya te he dicho, prefecto, estamos pidiendo a los cristianos griegos que no dificulten los banquetes de los cristianos hebreos, por lo que deben abstenerse de comer carne que no haya sido matada según la Ley. (Nuestras

costumbres son en todo caso más saludables). Sortearemos ese obstáculo. Sin embargo, hay un aspecto vital. Algunos cristianos griegos se presentan en los banquetes del amor con comida que compran a vuestros sacerdotes al término de sus sacrificios. Eso no podemos permitirlo.

Pablo se volvió imperiosamente a Valens.

—¿Quiere decir que compran los restos de los altares? —preguntó el muchacho—. Eso sólo lo hacen los más pobres; compran recortes de piezas grandes. Los carniceros de los altares tienen la prerrogativa de la venta. No les gustaría verse privados de ella.

—Permitamos mesas separadas para hebreos y griegos, como ya propuse en su día —terció Pedro.

—Eso terminaría por crear iglesias separadas. No debe haber sino una sola Iglesia —repuso Pablo, hablando por encima del hombro; y sus palabras sonaron como golpes de vara—. ¿Tú crees que podría haber problemas, Valens?

—Mi tío… —empezó Valens.

—¡No, no! —rió el prefecto—. Los mercados de la calle Singon son tu Siria. Escuchemos lo que nuestro legado piensa de su provincia.

Valens se sonrojó e intentó poner orden en sus ideas.

—Supongo que se trata principalmente de carne de cerdo. Los hebreos la detestan.

—Muy cierto. ¡A mí no me sorprenderán comiendo cerdo al este del Adriático! No quiero morir por causa de los gusanos. ¡Dadme una buena pierna de jabalí de la joven Sabina! ¡He dicho!

Serga se sirvió otra copa de vino y tomó un poco de pescado en salmuera del Lago para reforzar su sabor.

—Aun cuando —dijo Pedro, inclinándose hacia delante como un hombre sordo—, admitiéramos mesas separadas para hebreos y griegos deberíamos evitar…

—Nada, excepto la salvación —lo interrumpió Pablo—. Hemos roto con la Ley de Moisés. Vivimos sólo en, por y a través de nuestro Dios. Nada somos aparte de eso. ¿Qué sentido tiene rememorar la Ley en las comidas? ¿A quién engañamos? ¿A Jerusalén? ¿A Roma? ¿A Dios? ¡Tú mismo has comido con los gentiles! Tú mismo has dicho…

—Uno dice más de lo que desea cuando se deja llevar —respondió Pedro. Y su rostro volvió a tensarse.

—Esta vez dirás precisamente lo que se ha de decir —dijo Pablo entre dientes—. Habrá una sola Iglesia, en y a través del Señor. ¿No te atreverás a negar esto?

—¡Bien sabe el Dios que a nada me atrevo! Sin embargo, a Ello he negado… lo he negado… Y Él dijo… dijo que yo era la Piedra sobre la que se habría de edificar Su Iglesia.

—Y yo me ocuparé de que así sea; no seré yo, sin embargo… —Pablo bajó la voz una vez más—. Mañana hablarás a la única Iglesia de una única Mesa en el mundo

entero.

—Eso es asunto vuestro —terció el prefecto—. Pero yo os prevengo de que los problemas vendrán de vuestra propia gente.

Pablo se levantó para despedirse, mas al hacerlo perdió el equilibrio, se llevó una mano a la frente y, mientras Valens lo ayudaba a llegar a un diván, se desplomó, atacado por la mortal malaria siria, que muerde como una serpiente. Valens, que había sufrido la enfermedad, pidió que le trajeran su pesada pelliza de viaje de sus habitaciones. Su joven esclava, a quien había comprado en Constantinopla meses atrás, fue en su busca. Pedro arropó torpemente con las pieles el cuerpo menudo y tembloroso; el prefecto ordenó zumo de lima y agua caliente, y Pablo se excusó y les dio las gracias, mientras sus dientes castañeteaban contra el borde de la copa.

—Mejor hoy que mañana —dijo el prefecto—. Bebe, suda, y pasa la noche aquí. ¿Quieres que llame a mi médico?

Pero Pablo dijo que la enfermedad pasaría naturalmente, y en cuanto pudo ponerse en pie insistió en marcharse con Pedro, pese a lo avanzado de la hora, para preparar su anuncio a la Iglesia.

—¿Quién era el hombre grande y torpe? —preguntó a Valens su esclava cuando se llevaba la pelliza—. Alborotaba más que el pequeño, que era el que estaba sufriendo.

—Es un sacerdote de la nueva escuela que hay junto al Circo Menor, querida. Cree, así me lo ha dicho mi tío, que una vez negó a su dios, quien, según dice, murió por él.

La esclava se detuvo a la luz de la luna, sosteniendo sobre un brazo las brillantes pieles de chacal.

—¿Eso hizo? Mi dios me compró a los mercaderes como a un caballo. Y pagó demasiado por ello. ¿No es cierto? ¿Lo confesáis?

—¡No, vos! —respondió Valens enfáticamente.

—Pero yo jamás negaría a mi dios… ¡ni vivo ni muerto! ¡Que no muera! Mi dios vivirá… para mí. ¡Vivid… vivid, sangre de mis venas, eternamente!

Mejor hubiera sido que Pedro y Pablo no dejaran a esas horas la casa del prefecto, pues se rumoreaba en la ciudad, tal como el prefecto sabía y la prolongada reunión parecía confirmar, que el mismísimo secretario del Estado de César en Roma planeaba —sirviéndose de Pablo— un envilecimiento general de los hebreos con ayuda de los cristianos griegos, una vez efectuado el cual, merced a la promiscua ingestión de alimentos prohibidos, todos los judíos serían indiscriminadamente tachados de cristianos, esto es, de miembros de una secta de librepensadores, y dejarían de ser la peculiar y conflictiva «nación judía en el seno del Imperio». Y, según se decía, perderían sus derechos como ciudadanos romanos, y podrían así ser vendidos como esclavos.

—Naturalmente —le explicó Serga a Valens al día siguiente—, el rumor lo ha propagado la sinagoga de Jerusalén. Nuestros judíos de Antioquía no son tan listos.

¿Comprendes su juego? Pedro es un corruptor del pueblo hebreo. Tanto mejor si esta noche algún joven fanático debidamente cebado lo acuchilla.

—Eso no ocurrirá. Yo cuidaré de él.

—Confío en que así sea. Sin embargo, aun cuando no lo apuñalen, intentarán provocar disturbios en la ciudad alegando que, cuando todos los judíos hayan perdido sus derechos civiles, él se convertirá en una especie de rey de los cristianos.

—¿En Antioquía? ¿En el presente año de Roma? Eso es una locura, tío.

—El populacho siempre está loco. ¿Por qué si no nos pagan a nosotros? Pero, escucha. Envía una patrulla de guardias a caballo detrás del Circo Menor. Que obliguen a la gente a circular cuando la congregación salga de la iglesia. Y que dos de tus hombres vigilen la entrada del recinto. Diles a Pedro y a Pablo que esperen allí con ellos hasta que las calles se hayan despejado. Luego, tráelos aquí. No lances una carga hasta que sea necesario. Y carga con dureza antes de que empiecen a volar piedras. No permitas que mis caballos sufran si puedes evitarlo, y estate atento al «Pescado en salmuera».

Buen conocedor de su zona, al ponerse en camino esa noche Valens se dijo que las precauciones de su tío eran excesivas. La iglesia cristiana estaba abarrotada, como era de esperar, y un gran gentío aguardaba a las puertas la decisión en cuanto a los banquetes. Parecían en su mayoría buenos cristianos, pero había entre ellos algunos holgazanes, y, como suele hacer la multitud, distraían la espera cantando canciones populares. Las cosas marchaban bien hasta que un grupo de cristianos entonó un himno bastante explosivo que decía así:

¡Más ensalzado que César y Juez de la Tierra entera!
Aguardamos tu llegada… ¡Ah, no te demores!
Como los reyes de Oriente
que empuñaron sus espadas cuando naciste en Belén,
¡así nos armamos en esta noche de oprobio y afrenta!

—Sí… y si un camello derriba alguno de los puestos de pescado… ¡la culpa será mía! —dijo Valens—. ¡Ya han empezado!

Y así era. Se alzaban voces que entonaban «Pescado en salmuera», pero antes de que Valens pudiera intervenir, alguien las acalló, gritando:

—Callaos, si no queréis que os pongan en salmuera a vosotros.

Casi anochecía cuando un grito se elevó desde la iglesia abarrotada y la congregación salió para mezclarse con la multitud. Todos comentaban las nuevas órdenes para los banquetes, y la mayoría coincidía en que eran sencillas y sensatas. Coincidían igualmente en que Pedro (Pablo no parecía haber participado gran cosa en el debate) había hablado como un hombre inspirado, y se sentían profundamente orgullosos de ser cristianos. Algunos empezaban a unir los brazos en el callejón y a

entonar el «Más ensalzado que César».

—Y en este momento —dijo Valens al joven comandante de la patrulla montada —, es cuando los enviamos a casa, ¡Ah! Y «dejad que la noche reciba también su merecido himno», como diría mi tío.

A espaldas del Circo Menor resonaron cuatro atronadoras trompetas, y un estandarte apareció entre una docena de guardias a caballo. Sus sabias monturas árabes, pequeñas y grises, empujaban suavemente a la multitud con hombros y hocicos, como si buscaran caricias, mientras las trompetas ensordecían el estrecho callejón. La presión se alivió pronto al llegar a una plaza cercana. La patrulla se desplegó en cuatro grupos para tomar la plaza, saludando a las imágenes de los dioses en cada esquina y en el centro. La gente se detuvo, como de costumbre, a contemplar la habilidad con que lanzaban el incienso desde las cruces de sus caballerías a los pebeteros; los niños se ponían de puntillas para acariciar a los caballos, a los que decían conocer; las familias se reencontraban en el humeante atardecer; los vendedores ambulantes ofrecían comida, y el gentío no tardó en dispersarse por las avenidas principales. Valens volvió a la entrada de la iglesia, donde aguardaban Pedro y Pablo custodiados por sus lictores.

—Bien hecho —dijo Pablo.

—¿Cómo va la fiebre? —preguntó Valens.

—Hoy me he librado. Y creo además que gracias a La Bendición hemos conseguido nuestro propósito.

—¡Me alegra saberlo! Mi tío me pide que les transmita que son bienvenidos en su casa.

—Sus deseos son órdenes —dijo Pablo, con el rápido gesto del país—. Será un placer, ahora que su carga diaria ha concluido.

Se sumó Pedro como un buey fatigado. Valens lo saludó, pero el otro no dijo nada.

—Déjalo —le susurró Pablo—. La virtud nos ha abandonado por el momento… a los dos.

También él parecía cansado y estaba pálido.

Encontraron la calle vacía, y Valens atajó por un callejón donde las casquivanas se asomaban a las ventanas riendo. Avanzaban los tres a buen paso, seguidos de los lictores, mientras oían a lo lejos las trompetas del Caballo Nocturno, saludando a alguna estatua de César y marcando así el final de la ronda. Pablo le decía a Valens cómo el acuerdo alcanzado por los cristianos al respecto de sus banquetes transformaría el Imperio romano, cuando un descarado chiquillo judío se plantó ante ellos, interpretando «Pescado en salmuera» con una especie de gaita del desierto.

—¿Ninguno de vosotros es capaz de detener a esta joven peste? —preguntó entre risas Valens—. No debéis permitir que se burlen de vosotros en vuestra gran noche, Pablo.

Los lictores retrocedieron unos pasos y le lanzaron una antorcha al mocoso, pero

éste la esquivó y les increpó. Oyeron entonces que Pablo gritaba y, al regresar corriendo, hallaron a Valens postrado y tosiendo; su sangre teñía el borde de la túnica de Pablo, arrodillado a su lado. Agachado junto a ellos, Pedro agitaba una mano indefensa.

—Alguien ha salido a la carrera de detrás de ese pozo. Lo ha apuñalado sin detenerse y ha seguido corriendo. ¡Escuchad! —dijo Pablo.

Pero no se oía siquiera el eco de una pisada, y el niño judío había volado como un murciélago. Valens dijo desde el suelo:

—¡A casa! ¡Rápido! ¡Lo tengo!

Arrancaron los postigos de un comercio para cargar y transportar al herido, mientras Pablo caminaba a su lado. Lo tendieron en el patio iluminado de la casa del prefecto y un lictor corrió en busca del médico.

Pablo observaba el rostro del muchacho y, al ver que Valens temblaba ligeramente, llamó a la esclava para que trajera la pelliza de la noche anterior. Volvió ella con las pieles, agachó la cabeza y se arrojó junto a Valens.

—No es grave. No sangra mucho. No puede ser grave… ¿o sí? —repetía la muchacha.

Valens la tranquilizó con su sonrisa hasta que llegó el prefecto y examinó la mortal puñalada ascendente bajo las costillas. Se volvió hacia los hebreos.

—Mañana vuestra iglesia ya no estará donde estaba —dijo.

Valens levantó la mano que la muchacha no le besaba.

—¡No! ¡No! —jadeó—. ¡Ha sido el cilicio! ¡Por lo de su hermano! Lo ha dicho.

—¿El cilicio al que dejaste ir para salvar a los cristianos porque yo…? —Valens asintió con un susurro, mientras la muchacha le suplicaba que sacara fuerzas de ella hasta que llegase el doctor.

—Perdóname —le dijo Serga a Pablo—. Sin embargo deseo que vuestro Dios del Hades de una vez por todas… ¿Qué voy a decirle a su madre? ¿Ninguno de vosotros, criaturas parlantes, podéis indicarme qué voy a decirle a su madre?

—¿Y qué tiene ella que ver con él? —gritó la joven esclava—. Él es mío… ¡mío! ¡Juro ante todos los dioses que él me compró! Soy suya. Es mío.

—Ya nos ocuparemos del cilicio y de sus amigos más tarde —dijo uno de los lictores—. Pero ¿qué hacemos ahora?

Pese a estar acostumbrado al trabajo del carnicero, el hombre miró a Pedro por alguna razón.

—Dadle de beber y esperad —dijo Pedro—. He visto heridas similares.

Valens bebió y su rostro recuperó algo de color. Indicó al prefecto que se acercara.

—¿Qué sucede? Dime qué te preocupa, queridísimo hijo.

—El cilicio y sus amigos… No seas duro con ellos… Los han inducido. No saben lo que hacen… ¡Prométélo!

—No es cosa mía, hijo. Es la Ley.

—Me da igual. Eres el hermano de mi padre… Los hombres hacen las leyes, no los dioses. ¡Prométélo! Ha llegado mi hora.

Valens acomodó la cabeza en la anhelante almohada.

Pedro parecía hallarse en trance. Su rostro dejó de temblar al repetir:

—«¡Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen!». ¿Has oído eso, Pablo? Lo ha dicho él, que es un pagano y un infiel.

—Lo he oído. ¿Qué nos impide ahora bautizarlo? —se apresuró a responder Pablo.

Pedro lo miró como si acabara de salir de las aguas del mar.

—Sí —dijo al fin—. Habla el pequeño constructor de tiendas… ¿Cuál es su orden esta vez?

Pablo repitió su propuesta.

El otro levantó dolorosamente la mano paralizada que otrora alzara en una sala contra una acusación.

—¡Calla! —dijo—. ¿Crees que quien pronuncia esas palabras nos necesita para que lo avalemos ante algún dios?

Pablo se acobardó sin reconocer a su compañero, que de pronto se revelaba autoritario y grande al cabo de tantos años.

—Como gustes… como gustes —balbució, pasando por alto la blasfemia—. Además está la concubina.

La muchacha no prestaba atención, porque la ceja en la que tenía posados sus labios ya empezaba a enfriarse mientras invocaba a su dios, que por haberla comprado a tan alto precio debía seguir viviendo en lugar de morir.

El DISCÍPULO

Él, que tuvo Evangelio
para la Humanidad,
y a conciencia lo cumple
en cuerpo, alma y mente,
Él, que vive a diario
por su triunfo un Calvario,
verá que Su Discípulo
vuelve Su esfuerzo vano.

Él que tuvo Evangelio,
para la Tierra toda,
y lo grabó en acero
o lo talló en la roca
a fin de evitar dudas

en los días por venir,
verá que Su Discípulo
lo entiende a su capricho.

Verá que Su Discípulo
(aun antes de ser polvo Aquellos Huesos)
modifica la Ley,
y divide al Consejo,
amplía distinciones,
y simplifica la Orden,
pretextando que así
habría obrado el Maestro.

Verá que Su Discípulo
nos dice cuánto
pelearía el Maestro si viviera,
y cómo cambiaría
ciertas cosas ya dichas…
Esto y más
ha de hacer Su Discípulo…

Él, que tuvo Evangelio
para ganar el cielo

(camellero, ebanista
o engañado hijo de Maya),
habrá de ser herido por múltiples espadas
que sangre y bilis mezclan;
¡mas será la peor de Sus heridas
la que de Su Discípulo reciba!

AFICIONADOS

Como la astronomía es aún menos lucrativa que la arquitectura, fue una suerte para Harries que un tío suyo comprara un desierto en un país lejano que resultó contener petróleo. La consecuencia para Harries, su único sobrino, fue una inversión cercana a las mil libras que reportaba sus beneficios anuales.

Una vez que los albaceas se hubieron ocuparon de todo, Harries, a quien bien podría calificarse de ayudante casi sin sueldo del observatorio Washe, invitó a cenar a tres hombres tras evaluarlos y ponerlos a prueba bajo lunas refulgentes y hostiles en Tierra de Nadie.

Vaughan, auxiliar de cirugía en St. Peggoty's, construía por entonces un consultorio cerca de Sloane Street. Loftie, un patólogo de incipiente reputación, era —pues se había casado con la inestable hija de una de sus antiguas patronas londinenses— asesor bacteriológico de un departamento público, donde ganaba quinientas setenta libras anuales y esperaba alcanzar la antigüedad necesaria para obtener una pensión. Ackerman, que también trabajaba en St. Peggotty's, recibió en herencia unos cientos de libras al año nada más terminar su carrera y renunció a cualquier trabajo serio que no fuera la gastronomía y sus artes afines.

Vaughan y Loftie estaban al corriente de la suerte de Harries, quien les explicó todos los detalles durante la cena y señaló cuáles serían sus ingresos calculando por lo bajo.

—Tachuelas puede corroborarlo —dijo.

Ackerman se empequeñeció en su silla, como si se tratara del agujero del proyectil donde un día tramara la retirada para todos.

—Nos conocemos bastante bien —empezó a decir—. Nos hemos visto todos diseccionados hasta el último átomo con bastante frecuencia, ¿no es cierto? No necesitamos camuflaje. ¿Estáis de acuerdo? Siempre decís lo que haríais si fuerais independientes. ¿Habéis cambiado de opinión?

—Yo no —respondió Vaughan, cuyo sueño tantas veces relatado era dirigir su propia clínica cerca de Sloane Street, e incluso ya había elegido el edificio.

—¿Creéis que yo seguiría trabajando en las alcantarillas si no fuera por la pensión? —preguntó Loftie. Se había entregado por completo a la investigación desde que su felicidad personal naufragó a los veintidós años.

—En ese caso, sed libres —dijo Ackerman—. Aceptad tres mil…

—Un momento —lo interrumpió Harries en tono quejumbroso—. Yo dije «hasta cinco».

—¡Perdona, amigo! Yo hablaba de la comisión. Aceptad cinco mil anuales de Harries mientras queráis… de por vida, si os apetece. Tú podrás investigar en lo que te interese, Loftie, y… y… contárselo al Toro si descubres algo. ¿No es ésa la idea?

—No del todo. —Harries se incorporó un poco en su asiento—. Un hombre tiene

derecho a usar un telescopio además de un microscopio, ¿cierto? Veréis… tengo algunas ideas que me gustaría verificar. Eso exige tener los ojos abiertos y… registrar el momento exacto en que ocurren las cosas.

—Eso dijiste cuando nos diste esa conferencia de astrología… aquella noche en Arras. ¿Te refieres a «influencias planetarias»? —preguntó Loftie con desprecio científico.

—No fue una conferencia. —Harries se sonrojó—. Mi apuesta es la siguiente. No sabemos a qué sistema está engranada la maldita dinamo de nuestro universo, pero sí sabemos que vivimos rodeados por todo tipo de ondas. Antes las llamaban «influencias».

—¿Cómo Venus, Cáncer y los demás? —preguntó Vaughan.

—Sí… si lo prefieres. Lo que quiero es que Vaughan abra su clínica y me dé la oportunidad de verificar mis impresiones de vez en cuando. ¡No! ¡No hablo de curación por la fe! Loftie puede trastear con sus células y sus tejidos a su antojo sirviéndose del radio. Pero…

—Sólo estamos en el umbral del radio —le espetó Loftie.

—¡En ese caso olvídate del radio! El radio es un *post hoc*, no un *propter*. Sólo me interesa observar el crecimiento de tus células con un reloj en la mano. ¡No pensar! *Observar…* y registrar los cambios que detectes.

—¿O imagine? —sugirió Loftie.

—Exacto. Imaginación es lo que necesitamos. Este «pensamiento» tan rígido está frenando la investigación. Tú mismo lo dijiste la otra noche; que todo se convertía en técnica y así no se avanza —concluyó Harries.

—Eso es ir demasiado lejos. Estamos a punto de realizar grandes progresos.

—¡Mejor me lo pones! Acepta el dinero y ponte a ello. ¡Piensa en tu laboratorio, Genio! Hornillos, filtros, esterilizadores, cámaras frigoríficas… ¡todo lo que quieras!

—He traído el último catálogo de Schermoltz. A lo mejor te apetece echarle un vistazo. —Ackerman le pasó el folleto a Loftie, que extendió la mano.

—Cinco mil anuales —murmuró Loftie, pasando las fascinantes páginas—. ¡Dios! ¡La de cosas que podría hacer! Pero yo no merezco ese dinero, Toro. Además, sería una estafa… Con esto de la astrología nunca se llega a nada.

—¿Quién sabe? ¿Cuál es la utilidad de la investigación?

—Sabe Dios —respondió Loftie, devorando las ilustraciones—. Aunque… aunque a veces parece como si Él estuviera a punto de decirlo.

—Eso es lo que todos queremos —lo animó Harries—. Tú no Lo pierdas de vista, y si ves que se decide a revelar algo, anótalo.

—Hace medio año que le eché el ojo a ese edificio. Se podría construir un anexo detrás. —Vaughan hablaba y miraba al futuro.

El *padrone* entró para decir que si deseaban más bebidas era el momento de pedirlas.

Ackerman aceptó el ofrecimiento; Harries se quedó mirando el fuego; Loftie se

sumergió en el catálogo y Vaughan en su visión de la casa deseada para su clínica. El mayordomo regresó con una bandeja cargada.

—Es demasiado dinero para aceptarlo, incluso de ti, Toro —dijo Vaughan con voz tensa—. Si me prestaras un par de cientos para mi clínica, yo podría…

Loftie emergió del catálogo y balbuceó en el mismo sentido, mientras calculaba cuántas libras a la semana necesitaría para salir de la miserable pensión donde vivía y acabar dignamente con el horror que envilecía su vida hasta aniquilarlo por completo.

Harries se irguió sobre ellos como una morsa acorralada.

—¿Os acordáis del fortín de Zillebeeke[32] y del esqueleto en la puerta? ¿Quién se ocupó entonces de robar las bombas? —dijo con impaciencia.

—El Genio y yo —respondió Vaughan, enfurruñado como un colegial.

—¿Y por qué?

—Porque las necesitábamos.

—¡Pues ahora las necesitamos todavía más! Nos enfrentamos al mendigo del fortín. Se llama Muerte… no sé si habéis oído hablar de él alguna vez. Lo que yo tengo no es dinero, ¡imbéciles! Es una emisión en especie… como unos calcetines. ¡No hemos luchado tanto por salvar nuestras estúpidas vidas para esto! ¡No me digáis que no! ¿Es que no os dais cuenta? —Su voz airada tembló.

—¡Vamos, camarada Toro! —dijo Loftie.

Vaughan había sido el primero en levantar las manos, y fue el primero en recuperarse para decir:

—¿Y qué pasa con Tachuelas? ¿No ira a quedarse fuera?

—No. Yo recibiré una comisión de todos vosotros —dijo Ackerman—. ¡Entretanto! ¡Vamos, multimillonarios! El calvo mendigo del fortín es viejo, pero la noche todavía es joven.

Los efectos de cinco mil libras anuales son estimulantes.

Nada menos que un ministro del gabinete, cuyo puesto dependía de las elecciones, visitó uno de los comités donde Loftie ofrecía su asesoramiento técnico y preguntó, en voz demasiado alta, si aquel veterano funcionario era «uno de sus sabuesos temporales». Loftie presentó su dimisión esa misma tarde. Con ayuda de una tía, Vaughan puso en marcha una pequeña clínica cerca de Sloane Street, donde el problema del menaje y la ropa blanca casi lo lleva a dejarse cazar por «la muchacha perfecta, amigo mío, para ser la esposa ideal de un profesional».

Harries continuó con su observación del cielo y le pidió a Ackerman que buscara un lugar donde pudieran reunirse todos. Éste —Simson House era su nombre— había sido en otro tiempo una pequeña escuela para chicos en un barrio sin demasiados tranvías. Ackerman lo dotó de agua, luz y calefacción, una cocina casi inspirada, criado y cocinera, además de un ex suboficial de marina en calidad de fontanero-ayuda de cámara, ingeniero-camarero y electricista-mayordomo; puso cuatro catres

en cuatro habitaciones pequeñas y transformó el aula del jardín trasero en una sala con suelo de cemento de grandes posibilidades, que Harries fue el primero en apreciar. En un extremo de la sala instaló un cubículo donde almacenaba libros, relojes y aparatos. Loftie pidió y obtuvo más tarde un laboratorio, prístino y estanco, con montones de artículos de Schermoltz dispuestos entre grifos, fregaderos y estantes de cristal. Se llevó allí algunos cachivaches numerados que Vaughan y otros especialistas le habían remitido en el pasado y que, tras el oportuno examen, le habían servido para emitir importantes veredictos sobre hombres y mujeres desconocidos. Algunas de las muestras —meros fragmentos de tejido canceroso— las mantenía vivas merced a sus propias artes en caldos y sales aun después de haberse ejecutado la sentencia sobre sus fuentes de origen.

Conservaba dos muestras, las números 127 y 128, de una extraña enfermedad en idéntico estado de desarrollo y en idéntica posición, correspondientes a dos mujeres de la misma edad y condición física que acudieron a Vaughan la misma tarde, justo después de que éste fuera nombrado auxiliar de cirugía en St. Peggotty's. Y una vez concluidas las operaciones ridículamente idénticas, Vaughan recibió las felicitaciones de un hombre cuyo elogio resultaba halagador, pero cuya presencia le había hecho sudar tinta. Según la información de St. Peggotty's, ambos casos evolucionaban favorablemente varios meses más tarde. Estas muestras le parecieron a Harries especialmente interesantes, y les dedicaba interminables horas de estudio, pues siempre había sido muy hábil en el manejo del microscopio.

—¿Qué tal si vigilas a éstas dos, para ver qué hacen? —le propuso un día a Loftie.

—Sé perfectamente lo que harán —respondió el otro, que había iniciado su propia línea de investigación sobre las células cerebrales.

—¿Y no podrías pedirle a Frost que las vigile con una lente de baja potencia? —insistió Harries—. Es un observador con experiencia en su propio campo. ¿Qué? Claro que está a tu disposición, amigo mío. Haría cualquier cosa por ti. Ah, por cierto, ¿por casualidad recuerdas a qué hora del día operaste a la 127 y la 128?

—Por la tarde, desde luego… en St. Peggotty's… entre las tres y las cinco. Está registrado en alguna parte.

—No importa. Me basta con tener una idea aproximada. ¿Le pedirás entonces a Frost que vigile las muestras? Muchísimas gracias.

Frost, el fontanero-mayordomo, había sido capitán en un torpedero, tenía la mirada azul y fría del tirador nato y era un hombre de mediana edad, poco agradable, no mal mecánico y acostumbrado a manejar instrumentos de precisión. Le gustaba sentarse en una habitación bien caldeada y mirar a través del microscopio lo que él llamaba «porquerías» con instrucciones de «observarlas durante veinticuatro horas y registrar todos los cambios». Pero en cuanto Frost inició su observación resultó que Loftie, celoso como dos mujeres y sabedor de la suerte que puede tener el principiante, decidió acompañarlo en sus guardias. Loftie andaba enzarzado en un

arduo trabajo con sus células cerebrales, y la monotonía de la vigilancia le hizo temer que a su mente le diera por construir teorías a partir de una evidencia inducida. Fue así como al cabo de poco tiempo le dijo a Frost que todo aquello era absurdo, además de malo para la vista. ¿No le parecía?

—No sé cómo será para usted, señor —fue la respuesta de Frost—. Yo a veces tengo la sensación de ver una especie de onda que recorre los bordes. Como la espuma de una ola iluminada por el sol. Como en la Regata de Portland cuando hay nubes y claros.

—Eso es fatiga ocular. Pero ¿cuándo lo ve?

—A veces en la guardia de la noche… entre las doce y las cuatro de la madrugada. Y vuelvo a sentirlo después en la guardia de la tarde, entre las cuatro y las ocho, señor.

—¿Y eso le pasa con cualquiera de las dos muestras? —preguntó Loftie con mucho interés.

—Yo diría que sí. Sin embargo, la 128… me parece que lo hace en la guardia nocturna, a partir de la medianoche; y la 127 por la tarde. Lo he anotado todo.

Tres meses más tarde Loftie anunció en Simson House, sin desviarse siquiera mínimamente de sus propias teorías, la observación de un fenómeno que, en aras de la brevedad, definiría como una «marea» en las muestras 127 y 128. Se producía a unas horas determinadas, todas ellas debidamente registradas y comunicadas a Harries… «por si sirve de algo».

Harries sonrió y contrató a un experto muy caro para que fotografiara y filmara las muestras, lo cual llevó varias semanas y costó varios cientos de libras. Todos observaron las magníficas «mareas» junto a unas curiosas tablas elaboradas por Harries… «porque ha servido de algo», según explicó Loftie.

Harries aseguró que el gasto había merecido la pena y empezó a pasar buena parte de su tiempo libre en Simson House. También a Vaughan le dio por refugiarse allí cuando la persecución de la que era víctima (fomentada por su tía) se intensificó a causa de sus éxitos. Loftie había sido una presencia fija en el laboratorio desde el primer momento; y el pobre Tachuelas, que era tan incapaz de hacerse con un penique fraudulentamente como de ahorrar uno honestamente ganado, cocinaba para todos con tanta generosidad que incluso la cocinera se asustaba de las facturas semanales, mientras que Harries se negaba rotundamente a controlarlas.

Tres meses después del «lanzamiento» de su primera película, poco antes de cenar, Loftie les leyó un texto impreso en el que se afirmaba la existencia de una «corriente» en las células normales de todos los tejidos que él y su ayudante, Frost, habían observado; sin embargo, no era capaz de apreciar signos de «corriente» en las zonas malignas. Detalló las pruebas y las observaciones hasta que los demás bostezaron y Frost proyectó entonces la última filmación, a cámara lenta y a cámara rápida. Luego se sentaron todos alrededor del fuego.

—No quiero comprometerme con nada —dijo Loftie, hablando como un hombre

profundamente impresionado—, pero cada maldito tejido parece tener, hasta ahora, su propio momento para sus propias «mareas». Las distintas muestras de una misma fuente tienen las mismas mareas, con la misma fuerza y a la misma hora. Pero, como acabo de mostraros, hay en cada marea constantes variaciones mínimas (reacciones a algo), tan individuales como una huella dactilar. Sólo ante vosotros me jugaría mi reputación. Pero estoy seguro de que es así.

—¿Y qué crees que significa? —casi susurró Vaughan.

—Por lo que he leído —terció Harries en voz baja— las diferencias mínimas de esas «mareas» en los tejidos son causadas por interferencias en la influencia principal o externa, sea cuál sea, que es la que determina, o mejor dicho «es», la marea principal de toda la materia. Ambas vienen de *fuera*. No de *dentro*.

—¿De muy lejos? —preguntó Vaughan.

—No sabría precisarlo… aunque… puede que de unos cuantos años luz. He intentado desentrañar esas interferencias o influencias menores… que podrían ser debidas a las… eh… influencias más próximas de la marea principal. En mi opinión…

—¡Para! —gritó Loftie estridentemente—. Juraste no teorizar antes de un año.

—¡Escúchame! He verificado algunos de mis cálculos en «mi» final de partida, y justifican mi… justifican que todos nos emborrachemos esta noche.

Así lo hicieron: se emborracharon con el fermento de sus propias especulaciones antes de sentarse a la mesa. Loftie, a quien Ackerman sólo permitió beber cerveza fuerte por ser lo mejor para la fatiga de las células cerebrales, se levantó a los postres y dijo que era «el criado de un minuto infinitesimal, pero no del gordo Tachuelas, afectado por la tenia». Harries describió cómo los vastos Confines del Universo burbujeaban formando espirales «como el champán», si bien todo era una única estación generadora de una misma Energía extraída de lo Absoluto, y de una misma esencia y sustancia común a todas las cosas. Luego se quedó profundamente dormido. Vaughan —el profesional— sólo quería pedir un taxi por teléfono para desacreditar a un odiado rival del West End, llamando a su ventana, y obligarle a discutir la «dicotomía», un término muy duro a las tres de la madrugada.

Después empaquetaron a Loftie para que se marchara un mes de vacaciones, con un metro cúbico de novelas baratas de detectives, y la tía de Vaughan, quien se ocuparía de que se alimentara y vistiera como es debido. A su regreso comenzó ciertos experimentos con ratones, de los que Frost se ocupaba en la sala de calderas, pues recordaba los tiempos en que sus antepasados sirvieron en los primeros submarinos. Al parecer, las «mareas» también estaban presentes en los tejidos de los ratones, pero se producían a horas ligeramente distintas, según la época del año en que nacía cada nueva camada.

Y allí vieron nacer a montones de ratones con prodigiosas «mareas». Algunos, a los que inoculaban en el momento de la «crecida», superaban la enfermedad y eran ascendidos por Frost a la categoría de mascotas. Cuando les aplicaban el tratamiento

en el momento del «reflujo» tardaban en morir más que la media. Harries llevaba minuciosa cuenta de las horas en que se producían todos los fenómenos y le pedía a Frost que sacara a algunos ratones de sus jaulas y los colocara sobre distintos artilugios magnéticos, o que los llevara al exterior cuando había una tormenta o en las noches de luna llena.

Esto último sacaba de sus casillas a Loftie, que una vez más volvía al legítimo drama de los cultivos y las emanaciones del radio, y a los misterios de las células malignas que jamás reconocen «marea» alguna. Al cabo de tres semanas él y Frost interrumpieron la campaña.

Una tarde, después de ver la filmación habitual, Loftie le preguntó a Harries:

—¿En qué crees que piensan los gérmenes?

—Si sigues por ese camino acabarás desarrollando una verdadera imaginación —fue la respuesta.

En ese momento apareció Vaughan, cargado de problemas. Su enfermera jefe estaba inmovilizada por un ataque de ciática y su personal doméstico se aprovechaba de un modo mezquino. Necesitaba con urgencia manteles, toallas, dos jarras de agua con funda y un juego de desayuno de metal… no de porcelana. Ackerman dijo que hablaría con Frost y vería qué podía arañar del pedido.

Mientras todos se reían de Vaughan, éste recibió una llamada de St. Peggotty's.

—¡Bien, bien! Esto podía ocurrir en cualquier momento… ¿Una cama vacía?… Sí, puedes contar con ella… Que venga a verme… *¡Debes!*… ¿Aviso para que la esperen?… ¿Sí? Me parece muy bien… Enviaré el coche… Sí, y el resto de los gastos… Porque yo fui quien la operó. La esperamos a las nueve. ¡Perfecto!… En absoluto. Gracias, amigo.

Acto seguido telefoneó a casa para comunicar la llegada de una paciente y regresó al círculo reunido en silencio junto al fuego.

—Es uno de mis casos gemelos —explicó—. Una de las mujeres ha vuelto a enfermar. Recidiva… en la cicatriz… al cabo de dieciocho meses.

—¿Y eso significa? —preguntó Harries.

—Con esa dolencia en particular… tres… cinco meses de gracia… quizás. Luego la recaída definitiva. Dicen que la otra está perfectamente de momento.

—Es normal. Ésa es la 128 —dijo Loftie.

—¿Cómo lo sabes?

Frost acababa de llegar y se encargaba con Ackerman del pedido de Vaughan.

—¿Cuál es el ritmo de la 128, Frost? —preguntó Loftie.

—¿La 128, señor? Crecida desde la medianoche hasta las cuatro… reflujo entre las cuatro y las ocho de la tarde… Sí, señor, puedo proporcionarle los manteles y las jarras. Pero andamos escasos de toallas en este momento.

—¿Demostraría algo que esa mujer muriera en un plazo de nueve meses? —preguntó Harries, retomando el hilo de la conversación con Vaughan.

—No. Hay repuntes y treguas.

—¿Un año completo?

—Eso lo aceptaría. Pero sé quién no haría lo mismo. —Vaughan pronunció un nombre muy importante.

—Gracias por recordármelo —dijo Ackerman por encima del hombro—. La tubería del agua caliente del baño tiene esclerosis arterial, Frost. Opérala.

—¿Cuándo operarás tú, Galés? —insistió Harries.

—Mañana a las diez menos cuarto. Es mi mejor momento.

—Piensa en tu paciente, para variar. ¿Por qué no esperas hasta unos minutos antes de la medianoche de mañana? Te telefonearé desde aquí a las doce en punto.

Vaughan parecía ligeramente sorprendido.

—¿A medianoche? Sí, desde luego. Pero tendré que avisar a mi anestesista.

—Y Ferrers jurará que has estado bebiendo o drogándote —dijo Ackerman—. Además, piensa en tu pobre supervisora y en la enfermera que tendrá la tarde libre. Mucho mejor dejar que la mujer estire la pata en horario sindical, Galés.

—Cierra el pico, *posadero* —dijo Loftie—. No necesitamos a Ferrers. Yo ocuparé su lugar… si me consideras apto.

Dado que la propuesta era como si Raeburn se ofreciera a imprimir un lienzo para Benjamin West, Vaughan aceptó, y se sentaron a comer.

Cuando ambos hubieron refrescado sus recuerdos sobre la constitución y los detalles de la 128 le preguntaron a Harries por qué había elegido esa hora para la operación.

Harries dijo que, según sus cálculos, era el momento más cercano al nacimiento de la mujer. Anotó en un papel la fecha estimada y, se lo estaba pasando a Vaughan, cuando a éste lo llamaron de la clínica para informar de la llegada de la paciente, bastante fatigada y muy ansiosa por agradecer al «doctor» su extraordinaria amabilidad al rescatarla de la sala del hospital.

Los comensales escucharon la respuesta de Vaughan, destinada a dar tranquilidad y confianza, y por el tono dedujeron que cualquier desenlace feliz quedaba descartado tras la enojosa recaída. Vaughan colgó el teléfono y dijo:

—Quiere que la opere pasado mañana, porque es su cumpleaños. Cree que eso le dará suerte.

—En ese caso que sea a medianoche, o pasado mañana, y mira la fecha que he escrito… ¡No! El diablo no tiene nada que ver en esto. Por cierto, si no es muy contrario a tu estilo, ¿podrías poner bajo la mesa…? —Harries le entregó un compás magnético.

—No te asustes —dijo Ackerman—. Él sería capaz de convencerla para que se operase ahora mismo, si el Toro se lo pidiera. ¿Te marchas, Galés? Frost enviará tus trapos y tus cacharros en un taxi. Disculpa si he herido tus sentimientos.

El relato de la operación que le hizo Loftie no interesó a Frost tanto como las

muestras que traía. Tardaron tres o cuatro días en prepararlas debidamente. Frost a su vez le contó a Loftie que «nuestra parte del espectáculo», con el mayor Harries a cargo del reloj sideral, «a la espera de que apareciese el fenómeno», y el capitán Ackerman al teléfono, preparado para dar la señal al capitán Vaughan en Sloane Street, había sido «como la batalla de Jutlandia».

—Esa mujer —preguntó, tras un atareado silencio—, ¿en qué posición estaba acostada?

Loftie le indicó la posición que Harries le había facilitado a Vaughan.

—Supongo que si alguien lo sabe es el mayor Harries —dijo Frost plácidamente —. Pasa lo mismo con las agujas náuticas, que varían según la posición de sus cabezas en el momento de su construcción.

—Es una locura. ¡Eso es!

—¿Qué dijo el Almirantazgo cuando se habló por primera vez de usar vapor en la Marina? —dijo Frost con una mueca. Apartó un juego de filtros protectores y volvió a colocar con reverencia algunas lentes en sus altares de terciopelo.

—Al margen de esa paciente suya —dijo, incorporándose—… algunos de mis ratones no están reaccionando como yo quisiera.

—¿Cuáles? —preguntó Loftie. Estaban realizando varios experimentos simultáneos.

—A uno o dos de los que se recuperaron tras la inoculación los he liberado y ascendido a mascotas. Pero parece que han sufrido una recaída. Están muy nerviosos; intentan escaparse a todas horas, como si fueran salvajes en lugar de blancos. No me gusta.

—Recoge y bajemos a la sala de calderas —dijo Loftie.

En una de las jaulas chillaba una hembra con el lomo de color ciruela, luchando desesperadamente por abrirse camino entre los alambres con las patas delanteras casi transparentes y semejantes a manos. Frost colocó la jaula sobre una mesa bajo una luz eléctrica y le pasó a Loftie la ficha de la hembra. Reflejaba su fecha de nacimiento, edad, fecha y tipo de inoculación, fecha en que su sistema pareció eliminar los efectos de la dosis y, naturalmente, las horas y la fuerza de sus «mareas». Mostraba que en esa hora se encontraba en marea muerta.

—¿Qué se propone? —susurró Loftie—. Ni siquiera su grito es natural.

Observaron. La hembra arremetía con creciente fuerza contra la pared de la jaula; sentada, como si escuchara con suma atención, saltó hacia delante y embistió contra los alambres bajo la bombilla.

—Apaga la luz —dijo Loftie—. La está poniendo nerviosa.

Frost obedeció. En pocos segundos los chillidos se convirtieron en un silbido y cesaron finalmente.

—¡Lo que suponía! Sigamos —dijo Loftie—. ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios!

—Demasiado tarde —exclamó Frost—. ¡Se ha partido el cuello! ¡Se ha partido su precioso cuello entre los alambres! ¿Cómo lo ha hecho?

—Al convulsionar —balbució Loftie—. Ha terminado convulsionando. Ha empujado tanto con la cabeza entre los alambres que han actuado como una cuña… y… y… ¿Qué te parece?

—Creo que estoy pensando lo mismo que usted, señor. —Frost volvió a dejar la jaula bajo los plomos y los fusibles que había pintado a la manera del soldado—. Parece como si se encontraran dos mareas —añadió—. Eso siempre desencadena una carrera, y la carrera es peor cuando baja la marea. Es como si hubiera quedado atrapada en la marea baja… como si la hubiera arrollado. ¡Pobre! Debería haber algún modo de ayudarlos.

—Veamos si no lo hay —dijo Loftie, y levantó el cuerpo pequeño y tibio, con una gotita de sangre en la punta del hocico.

La 128 (la señora Berners) se recuperó favorablemente, y como parecía estar sola en el mundo Vaughan le pidió, como pago por sus cuidados, que se quedara en su casa y terminara de restablecerse para darle una satisfacción. Ella se mostró conmovedoramente agradecida. Transcurridos unos meses (cuando recobró las fuerzas), la mujer quiso hacer algo por sus benefactores. Nadie parecía ocuparse de la ropa blanca del señor Vaughan. Se ofreció a clasificar, guardar y desechar, pues tenía experiencia como doncella. Sus deseos le fueron concedidos, y le sentó bien ocuparse de las cosas con las que Vaughan había montado su clínica, las que había comprado y nunca llegaron a entrar en ella, las que le había saqueado a Ackerman y creía —o peor aún, estaba completamente seguro— que éste había vuelto a llevarse y las que había perdido en las lavanderías o le habían robado las criadas. Esta tarea llevó a la señora Berners hasta Simson House para devolverle a Frost algunos artículos, y allí Harries y Ackerman elogiaron su buen aspecto y Loftie le pidió que se ocupara también de su ropa blanca comprada de ocasión. Ella se mostró encantada. Dijo que cuando no tenía nada que hacer se sentía un estorbo y como si debiera estar en otra parte. Loftie le preguntó por qué. Ella dijo que mientras estuvo enferma se mantuvo ocupada, al menos para intentar no llorar. Pero ahora que unos caballeros tan amables la habían liberado de sus problemas, el día más cargado de actividad no le parecía suficiente. Tenía un modo curioso de mover la cabeza hacia un lado y hacia arriba, a veces cuando se encontraba en plena supervisión, y decía: «¡Bien, bien! No puedo quedarme aquí todo el tiempo. Debo ir a donde me necesitan». A casa de Loftie o a la Simson House, según el caso.

Hablaron de ella largo y tendido una noche, mientras veían una película —en la que habían colaborado Vaughan y Loftie—, basada en las últimas muestras de la señora Berners.

Vaughan estaba muy satisfecho.

—¡Ya lo veis! No hay recaída. Sé que esta mujer (fijaos cómo se han estabilizado las mareas… y creo que nuestras mantas nuevas también influyen un poco) tiene una

fuerza por encima de lo normal. Ha superado siete meses y veintitrés días y os aseguro que su cicatriz es sencillamente preciosa.

—Te tomamos la palabra —dijo Harries—. Ahora, pon tu película de los ratones, Loftie.

Y mientras Frost ralentizaba, aceleraba o retrocedía a petición de alguien, Loftie habló de los ratones que aparentemente se habían recuperado de ciertas infecciones, pero más tarde habían caído en un extraño estado de inquietud, seguido de crisis nerviosas —tal como se mostraba—, que culminaban en lo que parecían ser intentos de suicidio.

En todos los casos en los que el intento había triunfado, los vacudos —los centros vacíos e incoloros— de las células cerebrales parecían haber estallado en una zona minúscula, como («Sé que esto os va a interesar. Me lo ha facilitado el instituto meteorológico la semana pasada»)… como estalla una casa y revientan sus ventanas por el vacío que produce un tornado. Luego vieron cómo estallaba un hotel de madera de tres plantas mientras el gancho negro de la punta de un tornado se retorcía para pescarlo.

Loftie siguió diciendo que a veces un ratón afectado se recuperaba tras sufrir unas crisis nerviosas muy parecidas a las que produce el tétanos —como habían visto—, seguidas de un colapso y una temperatura asombrosamente inferior a la normal, y de pronto reanudaba su vida habitual como si nada. Podían sacar sus propias conclusiones.

Ackerman rompió el silencio colectivo.

—Frost, vuelve a pasar esa parte que muestra el movimiento de las cabezas cuando se producen las crisis, por favor. —Frost empezó de nuevo.

—¿A quién se parece «eso»? —preguntó Ackerman de repente—. ¿Me equivoco?

—No, señor —gruñó Frost desde la oscuridad. Y todos lo vieron entonces.

—«¡No puedo quedarme aquí! Tengo que marcharme a donde me necesitan» —citó Ackerman a media voz—. ¡Y sus manos cuando trabaja! ¡Las patas delanteras… quiero decir sus manos! ¡Mirad! ¡Es *ella*!

—Y exactamente la misma actitud cuando escucha —añadió Harries—. Nunca me había fijado.

—¿Cómo ibas a fijarte… si no tenías con qué compararlo? —dijo Loftie—. ¿Qué significa esto?

—Significa que tiene muchas posibilidades de lanzarse bajo las ruedas de un camión cualquier día, entre esta casa y Sloane Street —interrumpió Frost, como si tuviera pleno conocimiento y certeza.

—¿Cómo lo sabes? —empezó a decir Vaughan—. Es una mujer completamente normal.

No habían desconectado los cables de la cámara, y seguían a oscuras.

—¡No lo es! Está perdida. A saber adónde va; pero no está aquí. Es como si ya hubiera muerto.

Frost guardó la cámara y salió. Los demás se agruparon alrededor de Harries.

—Por lo que he leído —dijo, tras algunos preliminares—, a esa mujer la ha arrastrado la marea más o menos en el mismo momento en que su enfermedad debería haber terminado con ella. De eso hace dos o tres meses, ¿no es así, Galés? Pero no es la operación lo que la ha salvado, sino la operación en el momento preciso de la marea.

—Ha sobrevivido siete meses y veintitrés días. Admito que es atípico con esa clase de enfermedad, pero no concluyente —replicó Vaughan.

—Escuchad. En lo que se refiere a la muerte, tal como ha sido creada y ha evolucionado en este planeta (y como sabéis, no tiene necesidad de existir en otra parte), y sobre todo en lo que se refiere al instrumento de deterioro que debía matarla, hace ya semanas que debería estar en la tumba. *Pero*, en lo que se refiere a la influencia, la marea, si queréis, exterior de esta muestra de cultivo que llamamos nuestro mundo, una nueva corriente de vida ha vuelto a empujarla. La cuestión es si, después de una crisis, de algo parecido a lo que hemos visto en los ratones, esa marea podría llevarla más allá de… las exigencias de la tumba. Supongo que esto empieza a ser un tira y afloja entre ambas cosas.

—Entiendo tu argumento, Toro —dijo Loftie—. ¿Cuándo deberían empezar sus crisis? Porque… es igual de descabellado que todo lo demás, pero… podría quedar una posibilidad de…

—Primero aparecen los instintos suicidas —dijo Ackerman—. ¿Por qué no la vigilamos cuando salga? Las enfermeras del Galés pueden echarle un ojo en la clínica.

—Tú has estado leyendo mis novelas de detectives. —Loftie sonrió.

—Hagámoslo así, si lo prefieres. Supongo que podríamos encargar el trabajo a una agencia de investigación respetable —dijo Harries.

—Que lo decida Frost. Yo corro con los gastos. Se avecinan momentos sensacionales. ¡Hablamos de una mujer, no de un ratón blanco! —dijo Ackerman; y en tono pensativo añadió—: ¡Pero el campeón de los idiotas, a diferencia del simple necio profesional, es entre nosotros el Galés!

Vaughan había ordenado que no permitieran a la señora Berners ir andando de Simson House a la clínica, y también que regresara en taxi tras sus breves paseos por los parques, donde a menudo se encontraba con la agradable señorita de compañía de la anciana, la dependienta de los almacenes y otras extranjeras educadas de su misma clase (a tantos chelines la hora). Al señor Frost lo vio muy poco ese verano, debido a sus muchas obligaciones y a una recaída, según le dijeron, del reúma contraído cuando defendía a su país. Ella no tuvo nada peor que una ligera contractura cervical, por sentarse en un espacio donde había corriente. En cuanto a su salud, admitía que a veces se sentía un poco nerviosa, aunque por lo demás se encontraba de maravilla.

Una tarde acudió a Simson House para llevarle a Loftie varias camisas nuevas recién marcadas, y allí, en la sala común, enumeró sus bendiciones con su efusividad ligeramente exagerada. Frost se llevó las camisas al piso de arriba y Loftie insinuó que debía volver a su trabajo. Ella ladeó la cabeza y dijo que también tenía cosas que hacer. Sin pausa, aunque con un susurro, empezó a decir:

—No quiero morir, señor Loftie. Pero no tengo más remedio. Tengo que salir de aquí. Me necesitan en otro lugar, pero —se estremeció— no quiero marcharme.

Dicho lo cual bajó la cabeza y echó a correr directamente hacia la pared. Loftie la sujetó del vestido y la obligó a darse la vuelta, de manera que la señora Berners cayó al suelo tras golpearse el hombro contra la pared; y al regresar Frost encontró a Loftie forcejeando con ella, no sin habilidad.

Ella se zafó de él e intentó cruzar la habitación. Frost se apresuró a ponerle la zancadilla, y consiguió derribarla. Pudo haberse dado con la cabeza contra el suelo, pero Frost lo impidió poniéndole una mano bajo la barbilla y tiró de ella hasta levantarla. No la soltó.

Ella guardó silencio, absorta en el empeño de lanzarse contra la pared más próxima sin reparar en ningún obstáculo. Aunque era menuda y frágil, embestía una y otra vez contra los setenta y siete kilos de Frost para soltarse, y de un manotazo mandó a Loftie dando tumbos hasta el otro lado de la habitación. La batalla prosiguió sin tregua, aunque la respiración de la señora Berners no se había acelerado; hasta que de pronto se desmadejó, repitiendo que no quería morir. Pidiendo a gritos a Loftie que se lo impidiera, logró colarse entre los dos hombres, que tuvieron que perseguirla entre los muebles.

Al fin consiguieron sentarla en el sofá; Loftie le sujetaba las rodillas mientras Frost le inmovilizaba los brazos por encima de la cabeza con todas sus fuerzas, cargando todo el peso del cuerpo sobre ella. La señora Berners volvió a relajar se y con un suave y despreocupado susurro empezó a decir:

—Después de lo que me dijo usted el otro día en la puerta de Barker, bajo la lluvia, no pensará de verdad que quiero morir. ¿Verdad, señor Frost? No quiero… ni un poquito. Pero no tengo más remedio. Debo ir a donde me necesitan.

Frost tuvo entonces que sujetarle el brazo derecho con la rodilla y bajarle el brazo izquierdo con las dos manos. Loftie, apoyado contra el sofá, le inmovilizaba los pies, hasta que la crisis concluyó con unos espasmos que los sacudieron a los tres. La señora Berners tenía los ojos cerrados. Frost le levantó un párpado con el pulgar y miró atentamente.

—¡Dios mío! —dijo ella, ruborizándose hasta las sienes.

Los hombres se apartaron de un salto, asustados. Ella se llevó una mano al pelo revuelto.

—¿Quién me ha hecho esto? ¿Cómo es que estoy así? Debería estar muriéndome.

Loftie se disponía a lanzarse de nuevo sobre ella, pero Frost levantó una mano.

—Puede hacer lo que más le convenga en ese sentido, señora Berners —dijo—.

Lo que intento averiguar es qué ha hecho usted con nuestra rejilla de las tostadas, nuestras toallas y todo lo demás.

La zarandeó, sujetándola de los hombros, y al hacerlo cayó el resto de su pelo claro.

—Una rejilla de tostadas y dos tazas de huevos que se le enviaron al señor Vaughan sobre pedido el pasado 28 de abril, junto con cuatro manteles y seis sábanas. Lo pregunto porque soy el responsable.

—Pero yo tengo que morir.

—Igual que todos, señora Berners. Pero antes de que muera, quiero saber qué ha hecho con… —Repitió la lista y la fecha—. Usted conoce la rutina entre las dos casas tan bien como yo. Las envié por orden del señor Ackerman, a petición del señor Vaughan. ¿Cuándo repasa usted la ropa de casa? ¿Una vez al mes o cada quince días?

—Cada quince días. Pero me necesitan en otra parte.

—Si no se centra un poco más en el asunto, señora Berners, yo mismo le diré enseguida dónde la necesitan y para qué. No estoy dispuesto a perder mi reputación por su descuido… o algo peor. Y aquí está el señor Loftie…

—A mí no me metas —murmuró Loftie con horror masculino.

—¡Déjenos en paz! Conozco a los de mi clase, señor… El señor Loftie, que lo ha hecho todo por usted.

—Ha sido el señor Vaughan. Él no me dejaría morir. —Intentó levantarse, cayó y se quedó sentada en el sofá.

—No crea que va a librarse de ese modo. ¡Haga memoria e intente aclararse!

Frost volvió a la carga científicamente, como un inquisidor, mezclando detalles, deducciones, fechas e insinuaciones con recordatorios del ritual doméstico: sin abrumarla, salvo cuando ella intentaba salir por la tangente y volvía a su penosa idea fija, pero sin aceptar sus excusas. Le costó a la mujer alejarse de su obsesión: protestó, explicó, se esforzó por concentrar en su trabajo su razón dividida, aunque siempre volvía a verse acorralada por las distintas divagaciones que usaba en su defensa, y al fin, con la mirada de una liebre aterrorizada, gimió:

—¡Ay, Fred! ¡Fred! Lo único que yo me he llevado, tú mismo lo dijiste en la puerta de Barker, ha sido tu insensible corazón.

Frost cambió de expresión, aunque su voz siguió siendo la del oficial de marina frente al insubordinado.

—Señora Berners, esos nombres no tienen cabida entre nosotros hasta que hayamos resuelto este asunto. —Frost entrecerró los ojos húmedos como si evaluara un inmenso campo de tiro. Luego señaló deliberadamente—: Si alguien me pregunta diré que es usted una vulgar ladrona.

Ella lo miró tanto tiempo como tardaría un proyectil en alcanzar el horizonte. Después estalló la natural ira huma na —dijo que no se rebajaría siquiera a negarlo— hasta que, ahogada por los insultos, le dio a Frost un débil manotazo en la boca y cayó a sus pies.

—¡Ha vuelto! —dijo Frost, con el rostro transfigurado—. ¿Qué hacemos ahora?

—A mi habitación. Dile a la cocinera que la meta en la cama. Llena todas las botellas de agua caliente que tengamos y calienta las mantas. Llamaré a la clínica. Luego nos arriesgaremos con las inyecciones.

Frost se cargó al hombro a la señora Berners, fláccida como un trapo, y se volvió para preguntar:

—Éstos… todos estos síntomas no hace falta que los anote, ¿verdad, señor? Ya… ya los conocemos.

Loftie asintió.

La señora Berners volvió en sí temblando, tras burlar la tumba después de días de resfriado, y las enfermeras de Vaughan le dijeron que había pillado una gripe terrible y había estado inconsciente, pero le aseguraron que en pocas semanas podría volver a su trabajo. Ackerman, que sentía por Vaughan más afecto que todos los demás juntos, declaró en su siguiente sesión de cine nocturno que el Galés casi era digno de ser llamado médico, por cómo había manejado el caso.

—Tachuelas —dijo Vaughan con cariño—, eres tan necio en lo que atañe a mi trabajo como yo lo fui con Frost. Yo me he limitado a inyectarle lo que me dio Lofter, en el momento indicado por Harries. Lo demás ha sido cosa de viejas.

—Esa mujer siempre parecía una gallina mojada —dijo Harries—. Y ahora va por ahí como una oveja risueña. Me gustaría haber presenciado su crisis. ¿Lo habéis registrado Frost o tú, Lofter?

—No valía la pena —respondió Lofter sin darle importancia—. Era simple histeria. Pero ya ha pasado su año. ¿Creéis que la hemos salvado?

—Yo diría que sí. No sé que sentirás tú, pero —Vaugham sonrió encantado— a mí me produce un placer inmenso ver su cicatriz. ¡Ah! ¡Fue un trabajo estupendo, Tachuelas, y eso que yo sólo soy carpintero!

—¿Qué demuestra toda esta locura en lo que afecta a la vida real? —preguntó Ackerman.

—Nada en absoluto, aparte de los datos y de las deducciones que podrían servir como base para comprender algunos detalles del trabajo que otros realicen en el futuro —dijo Harries—. Lo principal, a mi entender, es que esto le hace a uno… no tanto pensar, puesto que la investigación está unida al pensamiento, como imaginar un poco.

—Creo que eso también será posible… cuando Frost y yo hayamos terminado esta película.

La película incluía una secuencia de cultivos de ratones que habían superado sus instintos suicidas, reconfortados por un ser humano que, en los intervalos de la proyección, describía sumamente complacido los efectos de ciertas inyecciones en su propio y resistente organismo; y reconocía que las primeras «le habían tumbado por

completo».

—Había que correr el riesgo —se disculpó Loftie—. Este verano no sabíamos si la señora Berners volvería a dar la lata con el asunto de la tumba; por eso preferí probar las inyecciones en Frost. Todavía no he ordenado mis notas. Pronto las veréis.

Se quedó ayudando a Frost a recoger el equipo más delicado mientras los demás iban a cambiarse.

—¡Cuántos problemas nos ha dado esta mujer! —dijo Frost—. Mi primera mujer bebía un poco, y, naturalmente, su madre nunca me lo advirtió. Me avergonzaba por todo Fratton y se gastó casi todo lo que yo había ganado con una comisión. Murió en el Hospital Lock. Yo ya he recibido un buen palo.

—Eso nos pasa a algunos. Yo también he pasado lo mío —respondió Loftie.

—No lo sabía. Aunque —cambió la voz para decir—: estaba tan seguro como si me lo hubieran contado.

—Sí. ¡Dios nos ayuda! —dijo Loftie, tendiéndole la mano a Frost.

Frost, sin soltarla, dijo:

—Una cosa más, señor. No llegué a entenderlo bien en su momento, porque entonces no me afectaba, pero… esa primera operación de mi mujer, ¿era de una naturaleza que impedía… la posibilidad de tener descendencia?

—Absolutamente, amigo mío —respondió Loftie, apoyando la mano libre en el hombro de Frost.

—¡Lástima! Debería haber alguna manera de ayudarlas, ¿no le parece?

PRUEBAS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

1 Levántate, resplandece,
porque llega tu luz
y la gloria del Señor despunta sobre ti,
2 mientras las tinieblas envuelven la tierra
y la oscuridad cubre los pueblos.
3 Las naciones caminarán a tu luz
y los reyes al resplandor de tu aurora.

19 Ya no será tu luz el sol durante el día,
ni la claridad de la luna te alumbrará,
pues el Señor será tu luz eterna y tu Dios, tu esplendor.
20 No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna,
porque el Señor será tu luz eterna,
cumplidos ya los días de tu duelo.

ISAÍAS 60, 1:3; 19:20

Estaban sentados en unas sillas robustas, en el suelo de guijarros, al lado del jardín, bajo los aleros de la casa de verano. Los separaba una mesa con vino y vasos, un fajo de papeles, pluma y tinta. El más gordo de los dos hombres, desabrochado el jubón, la frente amplia manchada y surcada de cicatrices, fumó un poco antes de tranquilizarse. El otro cogió una manzana de la hierba, la mordisqueó y retomó el hilo de la conversación que al parecer habían trasladado al exterior.

—¿A qué perder el tiempo con insignificancias que no te llegan al ombligo, Ben? —preguntó.

—Me da un respiro… me da un respiro entre combate y combate. A ti no te vendrían mal un par de peleas.

—No para malgastar cerebro y versos con ellas. ¿Qué te importaba a ti Dekker? Sabías que te devolvería el golpe… y con dureza.

—Marston y él me han estado acosando como perros… a cuenta de mi negocio, como dicen ellos, aunque en realidad era por mi maldito padrastro. «Ladrillos y mortero», decía Dekker, «y ya eres albañil». Se burlaba de mí en mis propias narices. En mi juventud todo era limpio como la cuajada. Luego este humor se apoderó de mí.

—¡Ah! ¿«Cada cual y su humor»? Pero ¿por qué no dejas en paz a Dekker? ¿Por qué no lo mandas a paseo como haces conmigo?

—Porque ya he desenvainado… y no es más digno de ser ahorcado que Gabriel. Dejando a un lado lo que ha escrito sobre mí, hay que reconocer que ese perro

mercenario tiene su mérito. Sus *Vacaciones del zapatero*. ¿Eh? Aunque cuando se presente mi *Feria de san Bartolomé*, valdrá por tres y…

—Mejor me lo pones. Ya me has hecho leerla dos veces. Chirría como un carro de heno hasta los topes —lo interrumpió el otro—. Das demasiado.

Ben sonrió con altivez y siguió diciendo:

—Pero me alegro de haberlo atacado con mi *Poetastro*, por más que después haya trabajado con él. ¿Cómo es que nunca he peleado contigo, Will?

—En primer lugar, Behemoth[33] —dijo el otro arrastrando las palabras—, hacen falta dos para engendrar cualquier clase de iniquidad. En segundo lugar, el progreso de la época actual, y acaso de la siguiente, reposa principalmente sobre nuestros cuatro hombros. Si caen los Pilares del Templo, la naturaleza, el arte y el conocimiento se estancarán. Y para terminar, aún no soy tan burro como para pregonar mis íntimos resentimientos ante el populacho. ¿Qué te ofrecen la corte, los ciudadanos o los aprendices a cambio de tus peleas con Dekker… o con el Gran Diablo?

—Hay que enseñarles… enseñarles.

—No me vengas con ésas. ¿Cuál es tu comisión por ilustrarnos?

—Los conocimientos que yo mismo he acumulado a lo largo de toda una vida, con mi propio esfuerzo. Y también el dominio de mi oficio y de mi arte. No toleraré burla ni maldad de nadie en ese sentido.

—Ése es el camino más seguro hacia la burla.

—Nada de lo que guardo en mi cerebro les niego a mis versos. Yo… construyo mis propias obras de principio a fin.

—Pero cuando Dekker te llama «albañil» no te hace gracia.

Ben hizo amago de incorporarse.

—Te debo una paliza por lo que acabas de decir cuando adelgace un poco. Lo anoto en la cuenta. Digo que construyo sobre mis propios cimientos; ideo y perfecciono mis propias tramas; las adorno sólo lo justo para la época, el lugar y la acción. Mientras que tú en eso pecas terriblemente. Yo no establezco principados a orillas del mar.

—Ellos pagan su penique para divertirse… no para aprender —respondió Will con el corazón de la manzana en los labios.

—Penique o seis peniques, tú les debes respeto. En la factura de las obras… no, escucha, Will… todos los detalles deben abordarse históricamente (*teres atque rotundus*) tanto en los adornos como en el carácter. Como mi *Sejano*, del que la chusma era indigna.

Will puso entonces cara compungida y repitió:

—¡Indigna! Yo sí que fui indigno, Ben… ¿qué hice durante ese largo hastío? Me porté como un burro redomado.

—El papel de Cayo Silio —dijo Ben fríamente.

Will soltó una carcajada.

—Cierto. «A decir verdad ese territorio no era mi provincia».

Debía de tratarse de una cita, porque Ben parpadeó un poco antes de decir:

—Lo mismo pasa con mi *Alquimista*, al que el mundo sólo entiende parcialmente. Sus principales enseñanzas siguen todavía necesariamente ocultas para ellos. En cuanto a tus obras, Will…

—Yo soy un pecador por los cuatro costados. Estás a punto de tirar el vino.

—No te salvará la confesión… ni el soborno. —Ben llenó el vaso—. Con tal de ahorrarte el justo sudor frío que exige el idear tus propias tramas, tú birlas, emborronas, mezclas de fragmentos de baladas, de pasquines, de historietas de viejas solteronas y de libros destrozados…

Will asintió con absoluta satisfacción.

—Continúa —dijo.

—Lo haces con casi todo lo que escribes. Ele conocido cuervos más honestos. ¿Y a quién engañas entre los instruidos? Entrelas (¿cuántas son?) cuarenta obras que has engendrado no hay siquiera seis que no tengan tramas tan vulgares como ese lúgubre charco de Moorditch.

—Te excedes, Ben. No hay siquiera una. Mis *Trabajos de amor perdidos* (no sé cómo llegué a escribirla) es casi legítima. Mi *Tempestad* (sí sé cómo llegué a escribirla) es en parte mía. En cuanto al resto, me confieso culpable. ¡Todas bastardas!

—¿Y no te avergüenza?

—¡En absoluto! Nuestro negocio se construye con piezas robadas… y dan más problemas los muchachos que los hombres. Dame un esqueleto cualquiera y yo me encargaré de vestirlo tan deprisa como el que más. Pero incubar nuevas tramas es desperdiciar el tiempo sin retorno que Dios nos da como… —soltó una carcajada— como una gallina.

—¡Y todo lo que yerras! La invención sumada al conocimiento, del cual procede, es la principal gloria del arte…

—¿Errar, dices? Dick Burbage… en mi *Hamlet*, que emborroné para él cuando se hartó de nuestros reyes. (Noblemente lo interpretó). ¿Fue él un error?

Antes de que Ben pudiera responder, Will lo interrumpió en tono autoritario.

—Y cuando el pobre Dick estaba enfrentado con el mundo en general y con las mujeres en particular, le ofrecí mi *Lear* a cambio de un vómito.

—Un batiburrillo de pasión irracional —fue el veredicto.

—No del todo. Se fundió en un molde demasiado grande para cualquier tribunal. (¡Culpa mía!). Y sin embargo Dick lo compensó. Y cuando al fin dejó atrás su arrepentimiento de putañero, le serví mi *Macbeth* para endurecerlo. ¿Fue eso un error?

—Concedo que tu *Macbeth* es lo que más se acerca a mi *Sejano* en espíritu; pongamos por ejemplo: «Ved cómo se las gasta la fortuna cuando comienza a jugar sus bazas». Ya veremos quién de los dos vive más tiempo.

—¡Amén! No he de guardar rencor a los gusanos.

Un hombre de librea, con botas y espuelas, entró en el jardín por una cancela conduciendo un caballo ensillado. A una señal de Will ató al animal a un árbol, se hizo a un lado y se tendió en la hierba. Ben, curioso como una lagartija no obstante su volumen, quiso saber qué significaba aquello.

—Hay un entrometido juez de paz dentro de ti —respondió Will—. Se trata de un asunto que por tu oronda persona he descuidado todo el día… y eso que ése está más borracho… ¡Paciencia! Todo está dispuesto sobre la mesa. ¡Cuidado con la tinta!

Ben se levantó torpemente para alcanzar el montón de papeles y leer la siguiente inscripción:

—«*A* William Shakespeare, caballero, en su casa de New Place, en la ciudad de Stratford, éstas… con diligencia de M. S.». ¿Por qué oculta su nombre? ¿O es una de tus mujeres? Veamos.

Fisgón como era, abrió y desplegó con maestría un fajo de papeles impresos.

—Es del doctísimo y divino Miles Smith de Brazen Nose College —explicó Will—. Tú conoces este negocio tan bien como yo. El rey tiene a todos los eruditos de Inglaterra preparando una Biblia que será obligatoria para la Iglesia entre todas las biblias usadas por los hombres.

—Lo sé —Ben no podía apartar la vista de la página impresa—. Sé más de la corte de lo que tú imaginas. Los conocimientos de Oxford y de Cambridge, «muy nobles y muy igualitarios», como ya he dicho, y también los de Westminster, se concentrarán en un puñado de biblias. La de Ginebra (mi madre me leía fragmentos sentado en sus rodillas), las de Douai, Rheims, Coverdale y Matthews, la gran biblia, la de los obispos, y todas las demás.

—Ahí las tienes todas puestas en página… texto contra texto. ¿Y me llamas a mí zurcidor de ropa vieja?

—Justamente. ¿Qué tienes tú que ver en estos zurcidos? ¿Te propones hacer las paces con los Divinos? Tengo entendido que hay cincuenta trabajando en esto.

—Yo sólo trato con uno. Nos conocimos cuando actuamos en Oxford… cuando la peste azotaba Londres.

—Ahora recuerdo a ese Miles Smith. ¿Hijo de un carnicero? ¿No es así? —gruñó Ben.

—¿Es eso cierto? —fue la tranquila respuesta de Will—. Dijo que le habían conmovido algunos de mis versos del personaje de Dick. Dijo que eran, en su excelsa percepción, una parábola, por así decir, de su reverenda persona descendiendo oscuramente hacia su tumba entre precipicios de hielo y de hierro.

—¿Qué versos? No conozco ningunos versos tuyos que tengan esa fuerza. Pero mi *Sejano…*

—Estos de mi *Macbeth*. Nada perdían en boca de Dick:

El mañana, el mañana
y el mañana avanza a pasos cortos, día a día
hasta alcanzar la sílaba postrera
del tiempo registrado; los ayeres
a los pobres mortales escoltaron
en la senda del polvo de la muerte…

o algo por el estilo. Condell las adapta a sus necesidades, y le dice que soy juez de paz (en eso miente) y un escudero, lo cual me sitúa entre las aceptables criaturas de Dios y de la Iglesia. Luego, poco a poco, este reverendo Miles Smith me revela sus intenciones. Se propone, con ayuda de una decena de clérigos, renovar a los profetas, de Isaías a Malaquías. A la luz de ciertos comentarios se ha formado la opinión de que poseo alguna habilidad con las palabras y ha condescendido a…

—¿Cómo? —le espetó Ben—. ¿Condescender?

—¿Por qué no? Ha condescendido a consultarme personalmente cuando carecía de una iluminación directa para embellecer sus palabras o interpretar alguna figura. Por ejemplo —dijo Will señalando los papeles—, aquí están los tres primeros versos del capítulo 6o de Isaías, junto con el decimonoveno y el vigésimo. Miles llevaba más de una semana atascado con ellos.

—No han contado conmigo —dijo Ben, acariciando amorosamente las pruebas impresas a mano en lujoso papel de lino—. El latín precede aquí —pasó el grueso dedo índice sobre el papel— a tres o cuatro versiones en inglés de otras biblias. Han sido muy exigentes. Veámoslo juntos. ¿Quieres oír primero el latín?

—¿Acaso podría impedírtelo, Holofernes?

Ben recitó suntuosamente:

—«*Surge, illumare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est. Quia ecce tenebrae aperient terram et caligo populos. Super te autem orietur Dominus, et gloria ejus in te videbitur. Etambulabuntgentes in lumine tuo, et reges in splendore ortus tui*». ¿Eh… hummm? ¿Te consideras capaz de mejorar esto?

—¿Cómo lo ha resuelto el equipo de Smith?

—Así —dijo Ben, leyendo del papel—: «Levántate, oh Jerusalén, y resplandece, porque llega tu luz, y la gloria de Dios se ha alzado sobre ti».

—¡Arriba, arriba, bah! —exclamó Will con irreverencia.

Ben continuó leyendo:

—«Mira cómo las tinieblas envuelven la tierra y a los pueblos».

—No me parece gran cosa para poner en labios de Isaías. ¿Cómo sigue, Ben?

—«Pero Dios arrojará Su luz sobre ti y en…» o «sobre», ¿qué pone aquí?… —Ben se acercó el papel hasta la nariz— «y en ti se manifestará Su gloria. Y así las naciones caminarán bajo tu luz y los reyes en la gloria de tu aurora».

—Se podría mejorar. Léeme ahora la versión de Coverdale. Está en el mismo

pliego, a la derecha, Ben.

—¡Hummm… hummm! Coverdale dice: «Levántate pues, no te demores, porque aquí está tu luz, y la gloria del Señor se alzará sobre ti. Pues hete aquí que mientras la oscuridad y las nubes envuelvan la tierra y a los pueblos, el Señor te enviará Su luz, y en ti brillará Su gloria. Acudirán a tu luz los gentiles, y los reyes al resplandor que de ti emana». *Gentes* suele referirse casi siempre a «pueblos» —concluyó Ben.

—¿Eh? —dijo Will con indiferencia—. ¿Estás seguro?

La pregunta provocó una avalancha de ejemplos en Ovidio, Quintiliano, Terencio, Columela, Séneca y otros. Will hizo caso omiso hasta que cesó el torrente, contemplando el jardín entre la neblina de septiembre.

—Léeme ahora las versiones de Douai y de Ginebra para «Levántate, oh Jerusalén» —dijo al fin.

—Supongo que estarán todas ahí —dijo Ben, aludiendo a las pruebas—. Las dos dicen «ponte en pie». Geneva dice «ponte en pie y brilla». Douai dice «ponte en pie y sé iluminada».

—¿Y? Pásame el papel.

Will lo tomó de su compañero, se levantó y echó a andar hacia un árbol del jardín, por un sendero hollado en la hierba. Ben se inclinó hacia delante en su silla. Su amigo levantó la mano libre en señal de advertencia y dijo:

—¡Quieto! ¡Espero a mi demonio! —Y adoptando la zancada escénica de su arte, comenzó a hablarle al aire:

—¿Cómo debería empezar? «¿Ponte en pie?». ¡No! «¡En pie!». Sí. Sin débiles combinaciones. ¡Es un llamamiento aúna ciudad! «En pie… refulge». Nada de academicismos, porque Isaías no es Holofernes. «¡En pie… refulge; pues tu luz ha llegado, y…!». —Se refrescó con las pruebas y la manzana, sin dejar de andar—. «¡Y la gloria de Dios!». No, Dios es demasiado corto. Necesitamos más sílabas.

»”Y la gloria del Señor se ha alzado sobre ti”. Es Isaías quien lo dice. Lo sabemos de sus propios labios. ¿Qué dice Smith a continuación?… “¿Mira cómo?”. No, eso es horrible… horrible. ¿Y Ginebra dice “hete aquí”? (¡Tranquilo, Ben! ¡Tranquilo!). “Hete aquí” es mejor, sin duda alguna. Sin embargo, para mantener el ritmo con “Señor” diremos “mira”. ¿Cómo sería? “Pues las tinieblas envuelven ya la tierra y… y…”. ¿Qué color y qué sentido tiene ese maldito *caligo*, Ben? “*Et caligo populos*”.

—Es «nebulosa» o «ceguera», como en Plinio. Y después…

—Noo… Puede que *caligo* venga de *tenebrae. «Quia ecce tenebrae operient terram et caligo populos*». ¡No! «Sombra» y «niebla» no tienen hombría suficiente para una obra como ésta… ¿Has dicho ceguera, Ben?… ¿La negrura de la ceguera sobre la mera oscuridad?… ¡Por Dios! ¡La de veces que lo he empleado en mis obras! ¡La «vileza» la busca a toda costa! «Las tinieblas cubren»… no, «cubren» (siempre mejor breve). «Pues las tinieblas cubren ya la tierra y la vileza… la vileza oscurece al pueblo». Pero Isaías está profetizando; la tormenta aún no ha llegado. ¿No te das cuenta, Ben? Hay que hablar en futuro. «Cubrirán la tierra»… El resto es más claro…

«Pero en ti se alzará Dios». (No; eso supone sacrificar al Creador por la Criatura). «Pero el Señor se alzará sobre ti» y… sí, volvemos a oír ese «ti»… «y en ti se…». ¡No! «Y Su gloria en ti resplandecerá». ¡Muy bien! —Probó el ritmo en silencio, murmurando los dos versos antes de pronunciarlos.

—¡Ya lo tengo! ¡Escucha, Ben! «En pie… refulge, pues tu luz ha llegado, y la gloria del Señor se ha alzado sobre ti. Pues las tinieblas cubrirán la tierra y la vileza oscurecerá al pueblo. Pero el Señor se alzará sobre ti, y Su gloria en ti resplandecerá».

—No está del todo mal —concedió Ben.

—Mi demonio nunca me ha traicionado cuando he confiado en él. Y ahora vamos con ese verso que conduce al toque de los cuernos de carnero. «*Et ambulabunt gentes in lumine tuo, et reges in splendore ortus tui*». ¿Qué nos dice ahí Smithy? «¿Acudirán a tu luz los gentiles, y los reyes al esplendor que de ti emana?». Y Coverdale y los obispos dicen lo mismo, ¿verdad? Conservaremos «gentiles», Ben, por la caída de la última sílaba. Pero debería ser «Y los gentiles acudirán». ¡No! ¡Cuanto más sencillo mejor! «Los gentiles acudirán a tu luz, y los reyes al esplendor de…». (Aquí nos alejaremos de Smith. Necesitamos algo que levante de nuevo las trompetas). «Los reyes… los reyes…». (Escucha, Ben; pero ¡por lo que más quieras no hables!) «Los gentiles acudirán a tu luz y los reyes a tu resplandor». ¡No! «Los reyes al resplandor que mana…». ¡No sirve! Una trompeta debe responder a la otra. Y el estallido de un trompeta es siempre agudo y prolongado. «El resplandor de…». ¿*Ortus* significa «alzamiento», Ben, o qué?

—Sí, o nacimiento, o el Oriente en general.

—¡Qué burro! Ésa es la palabra que responde ala «luz». «Los reyes al resplandor de tu nacimiento». ¡Mira! Ahora todo refulge por dentro y por fuera. ¡Dios! ¡Que una palabra pueda contener tanto! —Repitió el verso—: «Los gentiles acudirán a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento».

Se acercó a la mesa y anotó rápidamente en el margen de las pruebas los tres versos tal como los había recitado.

—Si se atienen a esto —dijo, levantando la cabeza—, no irán por mal camino. Vamos ahora con los versos diecinueve y veinte. En el otro pliego, Ben. ¿Qué? ¿Qué? ¿Smith dice que aplaza su traducción hasta que haya visto la mía? En ese caso las mezclaremos todas. Léeme primero la versión latina; luego la de Coverdale y por último la de los obispos. Hay en el aire un contagio de sueño. —Devolvió las pruebas, bostezó y reanudó su paseo.

Ben leyó obedientemente:

—*«Non erit tibi amplius Sol ad lucendum per diem, nec splendor Lunae illuminabit te»*. Que Coverdale traduce así: «No dará nunca el sol luz a tus días, ni brillará jamás en ti la luna». Los obispos dicen: «No será tu sol la luz de tus días y la luz de la luna jamás brillará sobre ti».

—Es mejor la de Coverdale —dijo Will, y, frunciendo ligeramente la nariz,

añadió—. Los obispos colocan las luces con torpeza. Veamos, Ben.

Ben apretó los labios y arrugó el ceño.

—El tono es el mismo en los dos versos; cambia sólo una cuarta en el segundo. Por eso es más difícil.

—¿Lo ves entonces? —dijo Will, sin mirarlo y sin dejar de murmurar sobre soles y lunas mientras paseaba. Volvió luego a la prueba, escogió otra manzana y gruñó:

—Hummm. Hummm. «Tu sol nunca será…». ¡No! Suena plano como una viola rota. *«Non erit tibi amplius Sol…»*. Debemos conservar *amplius*.

»¡Ah!… "Tu sol… tu sol… no será más tu luz de día". Una entrada hermosa. "¿O?" ¡No! No puede ser detrás de "día". Es mejor "ni"… "Ni la luna…". Pero aquí llega el *splendor* y vuelven a sonar los cuernos. (Por lo tanto… ¡iii-iii!)… "Ni brillará la luna…". (¡Pardiez! Es el Señor quien ocupa el lugar de la luna sobre Israel. Debe ser "tuluna"). "Ni brillará tu luna… ni dará luz tu luna…". ¡Ah! ¡Escucha! "No será más el sol tu luz de día, ni brillará tu luna con su luz sobre ti". Eso está más que bien para la primera entrada. ¿Cómo sigue, Ben?

Ben asintió con gesto de autoridad mientras Will se acercaba; tendió la mano para coger las pruebas y leyó:

—*«Sed erit tibi Dominus in lucem sempiternam et Deus tuus in gloriam tuam»*. He aquí una joya de Coverdale que los obispos han plagiado sabiamente en su totalidad. ¡Escucha! «Pues el Señor será tu luz eterna, y tu Dios será tu gloria». —Ben hizo una pausa y dijo—: ¡Eso sí que es una buena cuarta de esplendor para que un hombre pueda abarcarlo!

—Más bien dos cuartas. Ha arpado las cuerdas tan divinamente como David ante Saúl —asintió Will—. Nosotros también lo conservaremos en su totalidad. ¿Qué pasa ahora, Holofernes?

Ben lo miraba con fría piedad académica.

—¡Dos cuartas! ¿Alguna vez te has molestado en dominar cualquier forma o variedad de prosodia…? ¿Conoces siquiera los nombres de las medidas y de las cadencias de las palabras en poesía?

—Yo las concibo y dejo que tú las bautices. ¿Sabes tú algo de los esfuerzos del parto?

—Nada. Nada. Pero ¡no conocer los nombres de las herramientas del propio oficio! —Ben musitó y pronunció alguna palabra en griego que nada significaba para su amigo, quien replicó:

—Le pido perdón por cualquier pecado que haya podido cometer. Yo sólo conozco las palabras que necesito, Ben. ¡No te impacientes!

Reanudó sus murmullos y su deambular:

—«Porque el Señor será tu, ¿o vuestra?, luz eterna». Sí. Lo diremos así. —Lo repitió dos veces—. ¡No! Es mejorable. Escucha, Ben. Aquí el sol se dispone a ocupar todo el cielo y a poseerlo por siempre jamás. Por lo tanto (¡tranquilo, amigo!) enjaezaremos a los caballos del alba. ¿Oyes sus cascos? «El Señor será en ti luz

eterna y…». ¡Espera un momento! Tras ese trueno ascendente hay que frenar con suavidad… como unas grandes alas deslizándose. Por eso no diremos «será tu gloria» sino «¡Y tu Dios tu gloria!». ¡Suave como un águila al posarse! ¡Bien… bien! Volvamos de nuevo al sol y a la luna del vigésimo verso, Ben.

Ben leyó:

—«Non occidet ultra Sol tuus et Luna tua non minuetur: quia erit tibi Dominus in lucem sempiternam et complebuntur dies luctus tui».

Will le arrebató el papel y leyó en voz alta la versión de Coverdale:

—«No se pondrá tu sol ni te será tu luna arrebatada…». ¿Qué demonios hace Coverdale con los *ets* y los *urs*, Ben? ¿Qué significa *minuetur*? Ya casi lo tengo.

—Disminuir… rebajar… aplacar… mitigar, como en…

—¿Entonces? —Will le lanzó las pruebas—. Entonces «menguar» nos servirá. «Ni menguará tu luna». «Menguar» está bien, aunque queda demasiado débil junto a «luna»… —Blasfemó en voz baja—. Isaías ha abolido tanto la luna como el sol en la tierra. *Exeunt ambo*. ¡Ajá! ¡Empiezo a entenderlo!… El Sol, el hombre, desciende… por unas escaleras o una trampa… según el caso. Es decir, hay que mantener la idea de «bajar». «Ponerse» habría sido mejor, como una espada que vuelve a casa sin haber sido desenfundada, pero chirría… chirría. Por eso la luna debe replegarse de una manera sencilla… ¿Cuál? ¡Mira que soy burro! Es la manera de hablar más corriente en todas las obras…

»La palabra es “retirarse”… “Retirar el favor…”. “Retirar el saludo…”. “La reina se retira…”. ¡Será “retirarse”! “Ni se retirará tu luna”… ¿Oyes, Ben, cómo raspa las tablas su tren de plata? “Jamás caerá tu sol, ni se retirará tu luna. Porque el Señor…” (ah, el Señor, sencillamente) “será en ti”… sí, aquí “en ti”… “luz eterna”… ¿cómo dice el final, Ben?

—«*Et complebuntur dies luctus tui*» —leyó Ben—. «Y tus días de pesar te serán compensados». Eso dice Coverdale.

—¿Y los obispos?

—«Y tus días de pesar habrán cesado».

—Eso de ningún modo. ¿*Y* Douai?

—«Concluirán tus penas».

—¿Y la de Ginebra?

—«Cumplidos ya tus días de aflicción».

—¡Los suizos lo han conseguido! Pon la cola de Ginebra con la cabeza de Coverdale y el final resulta perfecto.

Empezó a golpear a Ben en el hombro.

—¡Lo tenemos! ¡Lo tengo todo, Hijo del Trueno! ¡Bendito sea mi Demonio! ¡Escucha! «No será más el sol tu luz de día, ni brillará la luna por la noche. Porque el Señor será tu luz eterna, y tu Dios tu gloria».

Tomó aliento con fuerza y prosiguió:

—«Jamás caerá tu sol, ni se retirará tu luna, pues el Señor será en ti luz eterna,

cumplidos ya tus días de aflicción».

Se reanudó la lluvia de trompetas triunfales.

—Si esos otro siete diablos de Londres se atienen a esto, servirá. ¡Aunque sabe Dios qué no son capaces de poner patas arriba!

Ben se retorció y protestó:

—¡Déjalo estar! Pareces más emocionado con estos malabarismos que si el planeta hubiera ardido.

—¡Paja! ¡Paja vieja! ¡Y plagada de pulgas!… Pero Ben, tendrías que haber oído a mi Ezequiel burlarse de la caída de Tiro en su capítulo veintisiete. Miles me ha enviado esto para unos pequeños retoques, según dijo. Con ello me fui al río… a las cuatro de una madrugada de verano; me tendí en una de nuestras barcas… y contemplé Londres, puerto y ciudad, a ambos lados del río; los vi desperezarse engalanados hasta caer en el exceso. ¡Sí! «Un mercader para las gentes de tantas islas… ¿Cantarán tus hazañas “Las naves de Tarsis” en tus mercados?». ¡Sí! Vi todo Tiro desplegado ante mí relinchando de orgullo contra los cielos… Mas, ¿cuántas de todas mis obras consentirán que perduren? ¿Cuáles? Nunca lo sabré.

Había empezado a recoger y a anudar pulcra y rápidamente el fajo de papeles mientras hablaba.

—Eso es un misterio —dijo al terminar.

—Lo perderá en el camino —dijo Ben, señalando al hombre dormido bajo el árbol—. Está borracho como una cuba.

—Pero su caballo no —respondió Will.

Cruzó el jardín, despertó al hombre; introdujo el paquete en una alforja, cerró la hebilla con cuidado; lo acompañó hasta la cancela y regresó a su silla.

—¿Quién sabrá que hemos participado en esto? —preguntó Ben.

—Dios, tal vez… si alguna vez presta oídos a la tierra. He ganado y perdido suficiente… he perdido suficiente. —Se recostó en el asiento y suspiró. Hubo un largo silencio hasta que habló a media voz—. Y Kit, que fue mi maestro en mis comienzos, murió cuando el mundo entero era joven.

—Acuchillado en una taberna, supongo… ¡ni siquiera por una moza! —añadió Ben.

—Sí. Pero ¡de haber vivido me habría alentado! ¡Por Dios que me habría alentado!

—¿Ha sido Marlowe, o algún otro hombre, alguna vez tu maestro, Will?

—Sólo él. El único. Yo envidiaba a Kit. Tú no conoces esa envidia, ¿verdad, Ben?

—No en lo que a mis obras se refiere. He sentido el dolor y el fracaso cuando la chusma es conducida a preferir a una Musa abyecta. Eso lo sabes… tal como conoces mi doctrina dramática.

—No… no del todo… explícamela a fondo —dijo Will, relajándose en el asiento, pues la virtud le había abandonado. Formuló un par de preguntas adormiladas. En

cuestión de tres minutos, Ben despotricaba con vehemencia sobre la decadencia del teatro, que él había nacido para enmendar; sobre los conciliábulos y las intrigas en torno a su persona que había tenido que combatir sin tregua; y sobre el inveterado atolondramiento del populacho a menos que fuera debidamente azotado por una mano magistral como la suya.

Todo estaba en calma en el jardín ahora que el caballo se había marchado. El calor persistía aun cuando el sol había declinado, y el vino había causado efecto. El discurso de Ben se vio de pronto interrumpido por un ronquido desde el otro asiento.

—¡Estaba escuchando, Ben! No he perdido una sola palabra. —Will se incorporó y se frotó los ojos—. Me has mantenido en vilo. —Volvió a dejar caer la cabeza antes de terminar la frase.

Ben lo miró, rió entre dientes y pronunció una cita de una de sus propias obras:

—«Mi ardoroso y vehemente chapucero, además de diácono, Will, no puedo discutir contigo».

Sacó piedra, acero y ceniza, pipa y bolsa de tabaco de algún lugar de su cintura, encendió y sopló entre los mosquitos hasta que también él se quedó dormido.

Postfacio

KIPLING NARRADOR

> Dicen que una tela, según su extensión, su forma, su solidez, sus trampas, su hermosura, teje en todo momento la araña que necesita. Las obras inventan al autor que requieren y construyen la biografía que les conviene.
>
> Pascal puignard, *Villa Amalia*

La vida de Kipling se divide en dos actos: el primero, brevísimo, ocupa los primeros seis años de su infancia; el segundo se extiende hasta su muerte, en 1936.

Kipling nació en la ciudad de Bombay el 30 de diciembre de 1865. Su padre era el director de la escuela de arte municipal; su madre pertenecía a una notable familia británica de escritores y artistas. Su primer idioma fue el indostaní, y su aya (una cristiana de Goa) debía recordarle a menudo que hablase en inglés a sus padres. Durante ese período de su vida, Kipling, acompañado de su hermana menor, Trixie, disfrutó de una libertad casi sin restricciones: libre de recorrer con su aya los bazares de Bombay, libre de entrar en los templos de dioses y ritos extraños, libre de descubrir el mundo mágico y multifacético de la India colonial.

Poco después de su sexto cumpleaños, su vida cambió por completo. Era habitual que los niños de familias angloindias no se educaran en las colonias sino en Inglaterra, en parte por evitar las enfermedades tropicales, en parte por temor a lo que llamaban «el contagio cultural». En un periódico inglés apareció un anuncio en que se ofrecía alojamiento para niños angloindios en la ciudad de Southsea, en el sur de Inglaterra. Sin preocuparse por averiguar más, los padres de Kipling se embarcaron con sus hijos en la primavera de 1871 y, pocos meses después, dejaron a Kipling y a su hermana en manos de dos desconocidos y regresaron a Bombay. No se despidieron de ellos, como explicaría la madre luego a un Kipling ya adulto, «para no entristecerlos». No volvieron a verlos durante los próximos cinco años. La dueña del alojamiento era una mujer sádica y avara; su marido, un timorato marino jubilado. Kipling sufrió innombrables vejaciones en ese lugar, que más tarde, en el cuento «Baa Baa Black Sheep» («Bee, bee, Obejita Negra»), apodaría «La casa de la desolación». En su autobiografía, *Algo de mí mismo*, escribió: «Si uno interroga a un niño de siete u ocho años sobre lo que ha hecho durante el día (sobre todo cuando éste quiere irse a dormir), caerá sin duda en varias contradicciones. Si cada contradicción es tachada de mentira y presentada como prueba de tal por la mañana,

la vida se vuelve harto difícil. He tenido algunas experiencias con matones, pero esto era una tortura preconcebida, tanto religiosa como científica. Sin embargo, me hizo prestar atención a las mentiras que muy pronto me vi obligado a decir: y esto, entiendo, es el fundamento de todo esfuerzo literario».

Sólo cuando un amigo de la familia visitó a los niños —Kipling había cumplido ya once años— y descubrió que el muchacho se estaba quedando ciego, los padres vinieron a buscarlo. El primer gesto que hizo Kipling al ver a su madre fue levantar el brazo instintivamente para que no le pegara.

En su adolescencia Kipling fue enviado a una escuela en el condado de Devon, llamada curiosamente Westward Ho! («¡Eh, hacia el oeste!») en homenaje a una novela de Charles Kingsley. La escuela había sido fundada por Cornell Price, amigo de los padres de Kipling, para educar a los hijos de militares ingleses. A pesar de sufrir, durante los primeros años, los malos tratos habituales en tales establecimientos, Kipling se impuso a sus compañeros por su inteligencia y su humor, y en la biblioteca de Price pudo descubrir a autores como Carlyle, Poe y Browning, cuya influencia se haría notar a lo largo de su carrera. La crónica de aquellos años fue publicada bajo el título *Stalky & Cía*.

En 1882, terminada la escuela, regresó a la India para trabajar como periodista. No se instaló en Bombay: su padre había sido nombrado director del museo de Lahore y allí Kipling empezó a escribir para la *Civil and Military Gazette*. Algunas de sus columnas tomaron la forma de relatos breves que al poco tiempo reunió bajo el título *Cuentos de las colinas*. Tenía entonces diecinueve años. Son relatos de una calidad y madurez extraordinarias. Cuando Borges volvió a escribir ficciones en 1970, confesó que su inspiración habían sido esas «lacónicas obras maestras». «Alguna vez pensé», escribió en el prólogo de *El Informe de Brodie*, «que lo que ha concebido y ejecutado un muchacho genial puede ser imitado sin inmodestia por un hombre en los lindes de la vejez, que conoce el oficio».

El éxito de sus escritos hizo que otro periódico, el *Pioneer* de Allahabad, decidiese enviar al joven prodigio a Inglaterra. Kipling partió sin saber que nunca más regresaría a la India, la tierra en la que su imaginación había echado tan poderosas raíces. Al desembarcar, descubrió que, gracias a la lectura entusiasmada que el crítico Andrew Lang había hecho de su obra, el autor de veintitrés años se había transformado en una figura célebre y a la moda. A pesar de la fama, vivió modestamente. En Londres conoció a un agente literario americano, Wolcott Balestier, con quien escribiría una novela mediocre, *Naulahka*, y a su hermana, Caroline Balestier, que poco tiempo después se convertiría en su mujer. Carrie, como siempre la llamaron, tenía un carácter fuerte y agresivo. «Carrie Balestier es la ruina de un buen hombre», fue el juicio lapidario del padre de Kipling.

Kipling y Carrie planearon un largo viaje de bodas, primero a Vermont, en Estados Unidos, para que el nuevo marido pudiese conocer a la familia de su mujer, y luego a Samoa, para encontrarse con Robert Louis Stevenson, a quien Ki pling

admiraba mucho. Pero al llegar a Japón supieron que el banco en que habían depositado sus ahorros había quebrado, y la pareja tuvo que resignarse a volver a Vermont sin un centavo en los bolsillos. La estancia en Vermont fue productiva: allí nacieron sus dos hijas y allí Kipling escribió *El libro de la selva*. Pero en 1897, tras una pelea con su cuñado, Kipling volvió con su familia a Inglaterra, donde nació su hijo John. Ese año se celebró el jubileo de la reina Victoria y Kipling, considerado por el *Times* como «el poeta del pueblo», escribió para la ocasión uno de sus poemas más famosos, «Recessional» («Fin de oficio») que, más que un canto de elogio al Imperio, es una elocuente advertencia contra el peligro de creerse omnipotente. Su estribillo reza: «¡Dios, Señor de los Ejércitos, permanece a nuestro lado / por temor a que olvidemos, por temor a que olvidemos!».

Siguieron años de éxito literario y tragedias personales. Su hija mayor murió de gripe durante una visita a Nueva York y su hijo John, ya adulto, falleció durante la primera guerra mundial. Para purgar su sentimiento de culpa (Kipling había presionado a John para que entrara en el Ejército) se comprometió a escribir la larga y tediosa historia de los Irish Guards, el regimiento de su hijo. En 1907 obtuvo el Premio Nobel. Murió el 18 de diciembre de 1936, el día del aniversario de su boda. Después del funeral en la abadía de Westminster, durante la cual la muchedumbre entonó los versos de «Fin de oficio», Carrie quemó todos sus papeles personales.

La vida y la obra de un autor a menudo no son complementarias. La historia ha querido que recordemos a un Kipling imperialista, autor de cuentos para niños. Olvidamos que el suyo fue un imperialismo crítico, menos nacionalista que ecuménico, y que su literatura infantil es (como la mejor de su género) para todas las edades. Poemas como «Alza la carga del hombre blanco» y «Razas inferiores sin la Ley» son leídos fuera del contexto que les otorga una feroz ironía, y en la acusación contra Kipling nunca son citadas obras como el poema «Nosotros y ellos» (que termina «¿Puedes creerlo? ¡Ellos nos consideran a Nosotros / como otra especie de Ellos!») y el cuento «Mary Postgate» en el que la insensibilidad de los ingleses es implacablemente desnudada, con una crueldad casi insoportable. A un siglo de distancia condenamos sus prejuicios (por cierto condenables) porque creemos estar libres de ellos. Kipling fue más humilde. Escribió:

> Durante el corto, corto plazo
> que un muerto es recordado
> no busquéis otra respuesta
> que en los libros que he dejado.

Esos libros contienen algunos de los cuentos más perfectos en lengua inglesa. Su mérito está en la concisión, la sutil manera de contar, la generosidad que permite al lector sentirse más inteligente que el autor. Un gesto discreto, un detalle nimio, una

palabra que parece ser casual, revela la verdad sobre un personaje y brinda la clave de la historia. Los ojos de la señora Castorley volviéndose hacia el médico al final de «El alba maltratada», el cáncer que corroe la pierna de la señora Ashcroft como prueba de su devoción amorosa en «La casa de los deseos», la primera pregunta que hace la mujer ciega al visitante en «Ellos» y que retrospectivamente aclara todo el cuento, son ejemplos de tal maestría. No necesitamos recordar el Evangelio de Juan 20:15 para entender la oculta relación de Helen con su «sobrino» en «El jardinero», ni conocer la teoría de la transmigración de las almas para sentir, como Charlie Mears en «El mejor relato del mundo» o el centurión romano en «La iglesia que había en Antioquía», que podemos ser, que tal vez hemos sido, todos los hombres en todas las edades. Incluso en ciertos cuentos complejos, ambiguos, difíciles de entender por completo —uno de los más maduros, «Aficionados», o uno de los primeros, «La extraña galopada de Morrowbie Jukes»— el lector acaba la última página con la agradecida impresión de que algo, quizás innombrable, maravilloso o terrible, le ha sido revelado.

La obra de Kipling ha tenido fortuna variada. Exaltada en su juventud, criticada después de su muerte, ignorada durante varias décadas, espera pacientemente que nuevos lectores la descubran. La historia personal, la trayectoria política de un escritor suele otorgarle al personaje público cierta calidad infame o heroica; por lo general, sus libros no merecen compartir esa suerte. La literatura es despiadada: el sufrimiento o la gloria personal no le interesan, sólo la mágica combinación de palabras que, cuando las estrellas son auspiciosas, permiten a un lector la experiencia profunda del mundo.

ALBERTO MANGUEL



JOSEPH RUDYARD KIPLING (Bombay, 30 de diciembre de 1865 – Londres, 18 de enero de 1936) fue un escritor y poeta británico nacido en la India. Autor de relatos, cuentos infantiles, novelista y poeta, se le recuerda por sus relatos y poemas sobre los soldados británicos en la India y la defensa del imperialismo occidental, así como por sus cuentos infantiles.

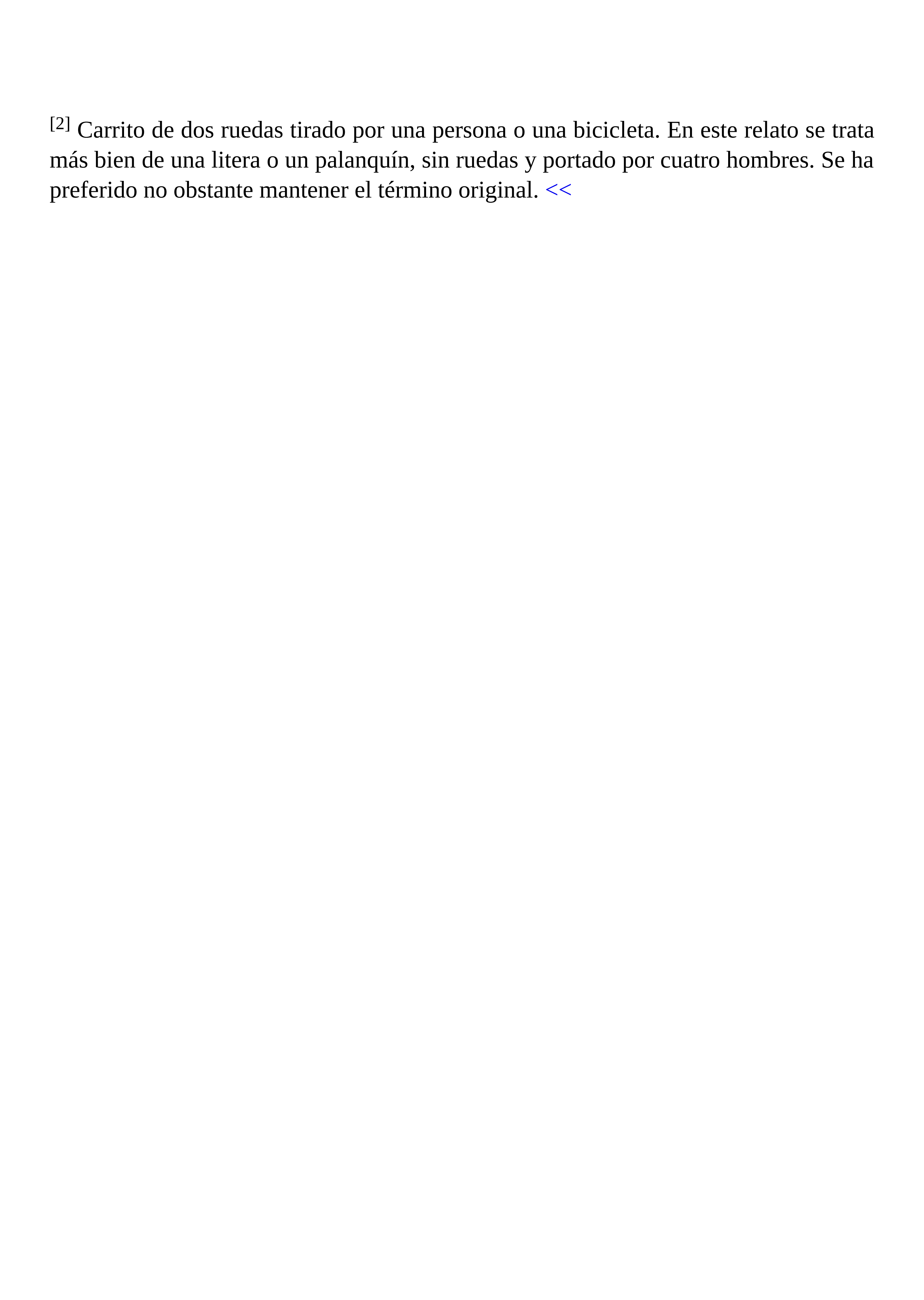
Algunas de sus obras más populares son la colección de relatos *The Jungle Book* (El libro de la selva, 1894), la novela de espionaje *Kim* (1901), el relato corto *The Man Who Would Be King* (El hombre que pudo ser rey, 1888), publicado originalmente en el volumen *The Phantom Rickshaw*, o los poemas *Gunga Din* (1892) e *If* (1895). Además varias de sus obras han sido llevadas al cine. Fue iniciado en la masonería a los veinte años, en la logia «Esperanza y Perseverancia N.º 782» de Lahore, Punjab, India.

En su época fue respetado como poeta y se le ofreció el premio nacional de poesía Poet Laureat en 1895 (poeta laureado) la Order of Merit y el título de Sir de la Order of the British Empire (Caballero de la Orden del Imperio Británico) en tres ocasiones, honores que rechazó. Sin embargo aceptó el Premio Nobel de Literatura de 1907 y fue el ganador del premio Nobel de Literatura más joven hasta la fecha, y el primer escritor británico en recibir este galardón.

Notas



[1] *Mujer que vive oculta tras un velo*. (Salvo donde se indique, las notas son de la traductora). <<



[2] Carrito de dos ruedas tirado por una persona o una bicicleta. En este relato se trata más bien de una litera o un palanquín, sin ruedas y portado por cuatro hombres. Se ha preferido no obstante mantener el término original. <<

[3] *Baba* se usa para referirse a un niño, especialmente varón. <<

[4] El muelle principal del puerto de Bombay. <<

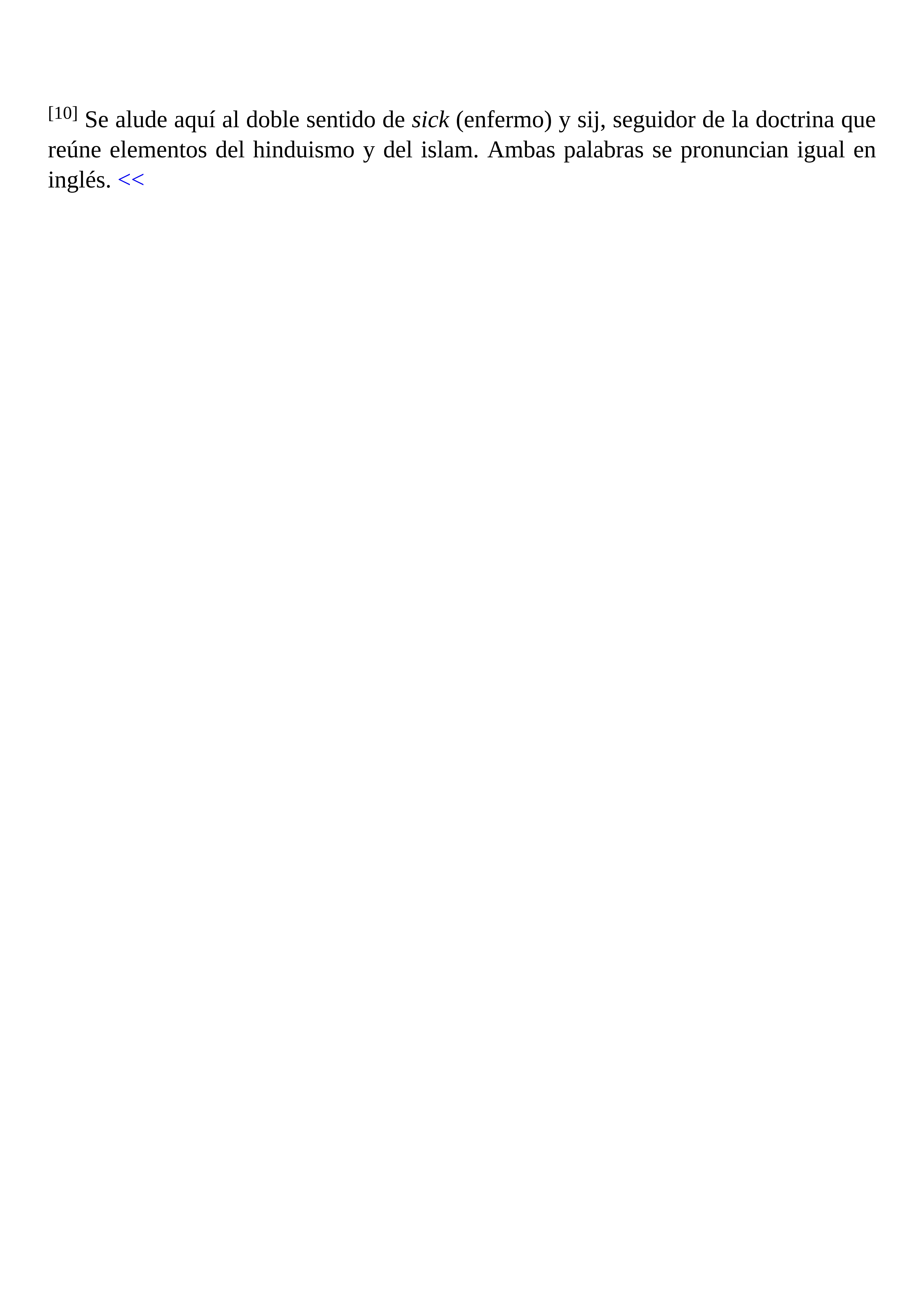
[5] *Gamberro. (N. del A.).* <<

[6] Ópera cómica de Gilbert y Sullivan, estrenada en mayo de 1878, de extraordinario éxito en Inglaterra. <<

[7] El Real Colegio Indio de Ingeniería Civil, en Surrey, Inglaterra. <<

[8] Sobrenombre que, a modo de distinción, se da en el norte de la India a los terratenientes adinerados. <<

[9] Medida de longitud equivalente a 3,2 kilómetros. <<



[10] Se alude aquí al doble sentido de *sick* (enfermo) y sij, seguidor de la doctrina que reúne elementos del hinduismo y del islam. Ambas palabras se pronuncian igual en inglés. <<



[11] El *jemadar* es un oficial de grado equivalente al de teniente, y *mehtar* significa «barrendero». <<

[12] Según la mitología escandinava, el árbol que une cielo, tierra e infierno. <<

[13] Gobernador de una provincia. *(N. del A.).* <<

[14] Cierta clase de bálsamo. <<



[15] Binjamin y James Pigg son personajes de las novelas de caza y aventuras del escritor Victoriano Robert Smith Surtees. <<

[16] La lepra de Naamán es curada. Reyes 2,5. <<



[17] En realidad, el lema de la Orden de la Jarretera dice, en francés antiguo, «*Honi soit qui mal y pense*» («Que se avergüence el malpensado»). <<



[18] Ellis Island, en la desembocadura del río Hudson, fue el principal puerto de entrada de emigrantes en Estados Unidos durante el siglo XIX y principios del XX. <<

[19] Antigua unidad de medida equivalente a 5,029 m. <<



[20] Se refiere probablemente al relato de Stevenson, «Los provocadores de naufragios», incluido en su libro *Cuentos de los mares del Sur*. <<



[21] Los medos, marsos y apulios eran tribus guerreras, que ocuparon respectivamente las regiones de Irán central, Abruzzo y Puglia. <<

[22] Añade injuria a la desgracia. <<

[23] «No estaré aquí siempre paciente, soportando la lluvia de este lado de la puerta». <<

[24] Guerrero nórdico que combatía con extremada ferocidad y arrojo en la batalla. <<

[25] En el original, «Gatepost», «Postey» y «Packthread», apodos que suponen un juego de palabras con el nombre de la protagonista, Postgate, que incluye las palabras *post*, ‘correo’ y *gate*, ‘puerta’. <<

[26] «*You’ve made your bed, now you must lie in it!*». La traducción literal sería: «Si te has hecho la cama, ahora tienes que acostarte». Y un refrán equivalente en castellano: «Con tu pan te lo comas». <<

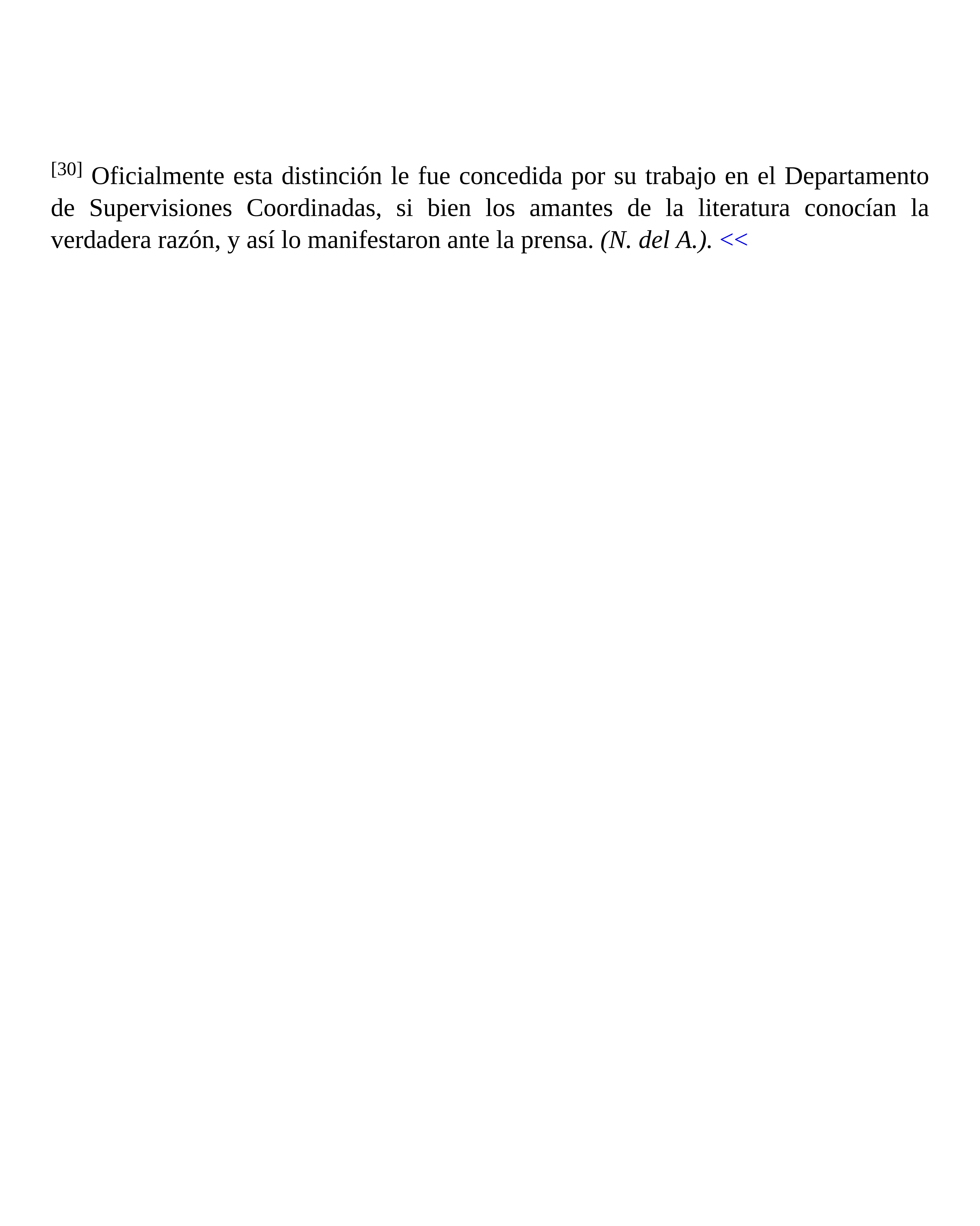


[27] Aparece en «The Village that Voted the Earth was Fiat» («La aldea que votó que la tierra era plana»), relato no incluido en esta antología. <<



[28] «Ah, Madre de Jesús, apiádate de mi dolor. Que no retorne este día de alba malograda». <<

[29] Cita de un poema de Ernest Dowson. <<



[30] Oficialmente esta distinción le fue concedida por su trabajo en el Departamento de Supervisiones Coordinadas, si bien los amantes de la literatura conocían la verdadera razón, y así lo manifestaron ante la prensa. *(N. del A.)*. <<

[31] «Illa / alma / Mater / ecca / secum / afferens / me / acceptum / Nicolaus / Atrib.». *El resultado es:* «lames A Manallace fecit» (*«Hecho por James A. Manallace*»). <<



[32] Lugar de Flandes donde trescientos seis soldados británicos fueron ejecutados por sus propios compañeros en la primera guerra mundial, por deserción o cobardía. <<



[33] Behemoth es un monstruo bíblico. Aparece en el libro de Job, a lado del célebre Leviatán. <<